3 1761 08158664 6

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 307.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JULIO 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

141932
21/3/17.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 26
no. 307-09

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

NUEVAS ORIENTACIONES DE LA HISTORIA

En la total revisión de valores científicos que la cultura contemporánea está realizando, con un sentido cuya característica bien podría decirse que es la *humanización* de la ciencia, no es la Historia la disciplina que menos se renueva.

Por el contrario, quizá sea la Historia la ciencia que más ha cambiado, desde su raíz esencial hasta sus manifestaciones formales. La Historia clásica, la Historia como hasta aquí se concebía, escribía y enseñaba, está desapareciendo, ha desaparecido casi por completo, es ya poco más que un sueño.

La renovación es absoluta, abarca todos los aspectos del conocimiento histórico, cualitativa y cuantitativamente considerados; es honda, es central, de esencia y de modos. No es posible, por esto, estudiarla aquí íntegramente. Por otra parte, se han escrito ya libros enteros sobre ello, incluso en nuestra patria, que tan a la zaga marcha de las corrientes reformadoras. Pero es conveniente hacer un índice de algunos de los puntos de vista de la moderna orientación histórica, señalando el nexo que los une con los adoptados por el total criterio científico presente (1).

(1) Véanse Xenopol: *La théorie de l'histoire.—Deuxième edition des Principes fondamentaux de l'histoire.*—París, 1908.—Langlois et Seignobos: *Introduction aux études historiques.*—París (s. a.).—Altamira: *La enseñanza de la Historia,* 2.ª ed., Madrid, 1895.—Ballesteros (A. y P.): *Cuestiones históricas,* Madrid, 1913, que es lo último y acaso lo más completo sobre estas materias.

Es, sin duda alguna, el problema central de la Historia, el relativo a su substancia, a su materia, a su contenido. ¿Cuál es la materia realmente histórica e historiable? ¿Qué contenido debe tener el relato (y valga esta palabra, un tanto impropia por inextensa) de la Historia? Plantear esta cuestión, como se ha planteado hace ya algún tiempo, es poner a revisión toda la Historia. Puesto el problema, cada solución traerá una visión y un concepto diferente de esa ciencia.

La Historia clásica, por defectos que no le son exclusivamente achacables, sino que llegaban hasta ella de todos los campos de la actividad humana—ciencia, arte, legislación, política, vida material—enfocó mal, descentradamente, y por lo tanto parcialmente, el espectáculo complejo, y multiforme y matizado de la vida humana colectiva. De ahí que la visión fuera imperfecta, y que la imagen reflejada se aparezca borrosa y deforme, truncada e inexacta.

La Historia clásica, salvo atisbos que relampaguean a veces en algunos de sus representantes, *no vió* la vida colectiva. Ese es su pecado original. Vió tan sólo hombres, individuos. Vió únicamente actos, hechos, sucesos. Vió exclusivamente formas, apariencias, exterioridades. Se le escaparon las multitudes, la colectividad. Se le fueron las ideas, los pensamientos, los ideales. Dejó de percibir lo íntimo, los vínculos, la solidaridad humana.

La Historia clásica redujo, contrajo, empequeñeció la materia histórica. Mejor dicho, la falseó por equivocación. Construyó la Historia con lo que no era más que una parte (y parte escasa y de escaso valor por sí) del material a emplear. Y así la Historia clásica fue una mera *narración* (1) de hechos, de sucesos. Fue menos aún. Fue índice, sumario o catálogo de sucesos externos, políticos, guerreros, internacionales.

(1) Y *narrar* no es *hacer* Historia, labor de historiador; porque narrar es algo superficial, es *contar* sencillamente y como mecánicamente, es recitar. Y narrar, contar y recitar, son tarea de repetidores dotados de un poco de arte para hacer entretenido o sugestivo el relato.

Costa, nuestro gran vidente de todos los problemas culturales y renovadores, dice que «los historiadores doctos, no satisfechos aún con ofrecernos la Historia de la política española como equivalencia de toda la Historia de España... contraen la Historia política de la nacionalidad a la vida de uno de sus múltiples representantes, del poder regulador, del rey... lo que no es, en sustancia, sino una serie de biografías regias, eslabonadas por orden cronológico.» «Por ninguna parte se descubre de un modo franco e intencionado la nación... No es la historia de un pueblo... es sencillamente un monarcologio acompañado de biografías y descripciones abundantes de sitios y batallas. Se hace girar la historia general alrededor de la política heroica... y no será hiperbólico decir de ella lo que de la epopeya el preceptista latino: *res gestœ regumque ducumque et tristitia bella*» (1).

De este vicio de origen nacen todas las tachas que a la Historia clásica hay que poner: su vacuidad, su carácter verbalista, sus contubernios infecundos o de prole híbrida con la leyenda y la fábula, su dogmatismo, su aridez abrumadora y farragosa, su esterilidad educativa, la falsificación de valores sociales en que con frecuencia incurre.

Porque es de advertir, que si en algunos momentos los historiadores al modo clásico han tratado de mostrarnos la Historia como algo más que la exposición, más o menos sistemática, de acontecimientos; si han querido *rellenar* el descarnado armazón del catálogo de hechos guerreros que como único material manejaban, han caído en culpas aún más graves. El índice de hechos externos, enlazados entre sí por una causalidad puramente sucesiva, por un nexo meramente cronológico, no es Historia de ninguna manera, pero puede ser arsenal de datos representativos, que, oportunamente encajados en el fondo de ideas, venga a completar demostrativamente la exposición

(1) *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*, Madrid, 1881, págs. 118 y 119.

de la vida de un momento histórico. La combinación de esos hechos, caprichosa, apriorística, con una finalidad preconcebida y al efecto de obtener una determinada conclusión, además de ser poco honrada, es olvidar la imparcialidad (1) y convertir la Historia en caja de resonancia de determinados sonidos políticos, y dogmatizar con alevosía, ya que se trata de imponer el dogma valiéndose del prestigio y de la influencia enormes que lo pasado ejerce sobre los espíritus.

Es en el siglo XVIII, al recio empuje del movimiento crítico que en él se iniciara, cuando el molde clásico comenzó a resquebrajarse. Fue aquel deseo intenso de nuevas normas con el que la revolución del concepto de la Historia dió su principio. Y es en los momentos actuales cuando las nuevas fórmulas pueden ya señalarse con nitidez casi totalmente. Y decimos casi, porque ni aun es tiempo de poder recoger todas las consecuencias de esa profunda innovación (que todavía se está efectuando), ni el nuevo concepto, por su propia índole, abierta, flexible, se presta a ir sufriendo las necesarias modificaciones; es fórmula que permita definirse inmutablemente, cerrando el paso a ulteriores transformaciones.

Y es esta, precisamente, la primera nota que conviene señalar: la flexibilidad, la elasticidad del concepto moderno de Historia. No se encierra hoy, no puede encerrarse, porque se desnaturalizaría y menguaría, en una de aquellas cerradas definiciones dogmáticas que tan en boga estuvieron al frente de todo tratado, grande o chico, de Historia (2). Es esta libera-

(1) V. el admirable *Discurso* de D. Marcelino Menéndez Pelayo en su recepción como Académico de la Historia. Páginas 24, en cuanto a la imparcialidad del historiador, y 27, por lo que se refiere al dogmatismo de la llamada Historia pragmática.

(2) Y conviene fijarse en que tales definiciones, además de ser celda o calabozo donde se encerraba, limitándolo en todas direcciones, el concepto de Historia, eran falsas absolutamente, ya que hablaban todas ellas de «hechos importantes en la vida de la humanidad», que eran, como veremos, precisamente los omitidos.

ción una exigencia del pensamiento moderno. Definir, al modo clásico, era cercenar y aprisionar, era algo arbitrario y despótico, por lo cual se imponía una cuadrícula férrea insuperable a los conocimientos en determinada materia. Dentro de los casilleros de la cuadrícula había que encerrarlos, forzándolos y mutilándolos o enmascarándolos, según los casos, para que allí cupieran.

Renovado, además, el contenido de la Historia de un modo esencial, ninguna de aquellas añejas fórmulas definidoras le conviene. Efectivamente, la materia histórica aparece transformada cualitativa y cuantitativamente. Porque hay que hacerlo constar desde un principio. La renovación no ha sido sólo por ensanchamiento, como aprecian algunos autores. Ha sido más profunda, según veremos. Ha dado entrada en el contenido histórico a una porción de aspectos antes olvidados (1). Ya no es sólo el relato monótono de guerras, revoluciones, regicidios, etc. El desarrollo de las artes, las letras, las ciencias, de las instituciones políticas y administrativas, de las creencias religiosas y de las normas jurídicas, de las costumbres y de la vida material, tienen ya cabida en los folios de la Historia. Es decir, que el nuevo sentido histórico contempla la vida en una visión amplia y total, y ha integrado el concepto Historia, hasta ahora incompleto.

Pero, además, ha categorizado, en función de la misma realidad, esos diversos valores sociales, cuya perenne evolución nutre a la Historia, colocando los hechos políticos, gue-

(1) «Balzac, según cierto prefacio de sus obras, propúsose encerrar en ellas la Historia por todos los historiadores olvidada, es decir, la de las costumbres, la de la sociedad viviente.» Cánovas del Castillo: Prólogo a las obras de D. Juan Valera en la Colección de escritores castellanos, página XXXI.—«La vida política de una nación no es sino el aspecto más superficial de su sér. Para conocer su vida interior, fuente de su acción, es preciso penetrar hasta el alma por la literatnra, la filosofía, las artes, donde se reflejan las ideas, las pasiones, los sueños de todo un pueblo.» Romain Rolland: *Musiciens d'autrefois*, 3.ª ed. París, 1912, pág. 1, Introducción.

rreros e internacionales en un lugar secundario y condicional. Son materia histórica en cuanto son representativos de estados de conciencia más hondos. Pierden toda su significación en cuanto no expresan una corriente ideal, que en ellos se concreciona y exterioriza. Un acto vale si manifiesta algo. Si no, no es nada. Los hechos de lo que se llama Historia externa deben ser historiados si algo manifiestan del estado del sér social en que aparecen.

Este doble resultado—ampliación del campo histórico, valoración nueva de los hechos en él contenidos—se debe a la nueva posición en que la Historia se coloca, y con la cual secunda la dirección que toda la vida lleva en los momentos actuales. Y es este el cambio verdaderamente substancial, del que dimanan todas las demás variaciones. La Historia ha dejado de ser la serie eslabonada de biografías regias de que habla Costa, para ser la biografía de los pueblos, de la masa anónima y multiforme, que con su vivir y su laborar ininterrumpida da vida y ser propios al compuesto social. La Historia ha comenzado a ser «la historia del espíritu humano», como pedía ya Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Abandonando su erróneo punto de vista arcaico, ha dejado de ser *individualista*, y mira y estudia *la colectividad*.

He aquí cómo expone la idea el insigne y profundo historiador inglés Macaulay:

«Las circunstancias que tienen más influencia en la felicidad de la especie humana; los cambios en las costumbres y en la moral; la transición de las sociedades de la pobreza a la riqueza, de la ignorancia a la cultura, de la ferocidad a la humanidad, son, la mayor parte, revoluciones silenciosas. Sus progresos raramente aparecen indicados en lo que los historiadores llaman acontecimientos importantes. No son los ejércitos quienes los realizan, ni las asambleas quienes los votan. Ni las sancionan los tratados, ni los registran los archivos. Se elaboran día por día en cada escuela, en cada iglesia, detrás de millares de mostradores, bajo cada hogar doméstico. La corriente

superficial de la sociedad no nos da criterio cierto, por el cual podamos juzgar cuál es la dirección seguida por la corriente inferior. Leemos relatos de derrotas y victorias. Pero no sabemos que las naciones pueden ser desgraciadas en medio de las victorias y prósperas en medio de las derrotas» (1).

Insistamos aún en ello, porque la actitud, la postura en que hoy se coloca la Historia no puede ser más fecunda en consecuencias. Hay que abandonar el modelo antiguo por estéril. El historiador debe sorprender la vida íntima de las sociedades, desentrañando y poniendo de relieve los ideales que la orientan, las ideas y principios que la sirven de base, las circunstancias de todo género que la condicionan, los males que la detienen, los resultados que produce, si quiere reflejar con exactitud la situación de un país o de la Humanidad en un momento dado. Pero debe hacerlo estudiando *directamente* las manifestaciones de esa vida social, no ateniéndose tan sólo al eco que *oficialmente* alcanzaron. La deificación del Estado en los tiempos modernos, el carácter divino de las monarquías antes, la influencia de lo sobrenatural más remotamente, han dejado sentir su acción perniciosa también sobre la Historia.

(1) *The miscellaneous writings speeches and poems.* Londres, 1880, volumen I, págs. 100-101.—He aquí, también, otro texto que expone la misma doctrina: «En el orden geológico, los grandes hundimientos, las erupciones volcánicas, los terremotos y otros grandes cataclismos originan numerosas víctimas y sobrecogen la imaginación; pero, en definitiva, no producen más que cambios superficiales; son efectos y no causas. Las verdaderas fuerzas plásticas que crean o modifican profundamente la epidermis de nuestro planeta, son la gota de lluvia, el arroyo, las corrientes líquidas o aéreas, las incesantes alternativas de frío y calor... Toda una legión de agentes que, por su acción imperceptible, pero continua, disgregan las rocas más refractarias, precipitan y alteran los aluviones. Las madréporas, los foraminíferos, son los que en sus microscópicas celdas construyen grano a grano los arrecifes, las islas, los macizos poderosos, los continentes enormes. Así ocurre con el trabajo íntimo de las generaciones que nos han precedido: único creador de las formaciones históricas, se oculta obstinadamente a nuestra investigación.» Metchnikoff: *La civilisation et les grands fleuves historiques.* París, 1889.

Y ver la realidad social a través de esos prismas es no verla, porque lo *oficial* suele ser lo menos *real*. Y si no, basta con fijarse en lo que hoy ocurre. ¿Se podría reconstruir la vida de las actuales sociedades utilizando exclusivamente la documentación oficial?

Y claro es que, solucionado así el problema, queda, al propio tiempo, resuelta una serie de cuestiones, antes muy discutidas con gran derroche de retoricismos, y algunas de las cuales merecen unas líneas.

Mucho se ha hablado acerca del sujeto de la Historia, sustentándose contradictorias opiniones, que se extendían entre las dos más radicales: la que hacía sujeto de la Historia a la Humanidad y la que daba aquella condición a determinadas personalidades, que en momentos dados aparecen para, con su genio, encauzar por nuevos derroteros la vida del género humano. Los últimos y más calificados paladines de esta segunda tendencia son: Carlyle, en su obra *Los héroes*, y Emerson, en la suya, *Los representantes de la Humanidad* (1). Pero no reparaban los mantenedores de lo primero que, después de muchas y muy elevadas consideraciones sobre la Humanidad como protagonista de la Historia, seguían precisamente el camino diametralmente opuesto, ya que todos ellos eran los que luego reducían la Historia a los hechos de los monarcas, príncipes, caudillos o héroes, de cualquier casta que fueren, sin dejar asomar por sus páginas, ni una vez siquiera, a ese género humano. Y no advertían los otros que su teoría es insuficiente, cuando

(1) Nótese que dichos dos escritores son sajones, inglés el primero, norteamericano el segundo. Advertimos esto, porque nos parece notar en la idea sustentada por ambos cierto sabor que está muy de acuerdo con el tono «imperialista» de la política que vienen siguiendo Inglaterra y los Estados Unidos.—Menéndez y Pelayo, en su citado *Discurso*, señala que Fr. José de Sigüenza, en el prólogo de su *Vida de San Jerónimo*, «formula la admirable teoría de los *hombres providenciales*, que, por decirlo así, exaltó y magnificó el elemento humano en la Historia, lanzando los gérmenes del *Discurso* de Bossuet...» Pág. 34.

no otra cosa; pues, admitida, habría que borrar no pocos períodos importantísimos y muy frecuentes que se caracterizan por no haber en ellos ese conductor genial.

El sujeto de la Historia es, y no puede ser otro, la colectividad, la sociedad toda, sin que ninguno de esos genios sea más que la encarnación momentánea, el brazo ejecutor de ideales y necesidades colectivas que, por determinadas circunstancias, requieren tal forma y medio de realización. Y claro es que afirmar esto no es negar ni borrar de un manotazo la labor propia, personalísima, que tales individualidades poderosas llevan a cabo. Al recoger vibraciones sociales que, de otro modo, acaso se malograran o retardaran, es evidente que imprimen en ellos la huella de su propio espíritu (1).

Intimamente unido a estos extremos está el de la unidad de la Historia, y con aquellos ha sido innovado. De dos modos era concebida: desde un punto de vista subjetivo, como derivación de la identidad del actor histórico—el hombre, con la misma naturaleza psico-física;—y en un aspecto objetivo, como repetición constante y regular de los mismos hechos (2). Falsa esta última por lo que tiene de fatalista, tampoco es bastante la primera.

---

(1) Nos parece de interés recoger a este propósito, y también con relación a lo que luego decimos, las siguientes palabras de Menéndez y Pelayo, que dice que Orosio es «el primer historiador universal, en el más propio sentido del vocablo, no ya por la extensión geográfica, en lo cual pudieran disputarle la prioridad Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo y otros antiguos, sino por haber sido el primero que consideró el género humano como una sola familia, y, lo que es más, *como un solo individuo*, afirmando, no sólo que la divina Providencia rige el mundo lo mismo que el hombre (divina Providentia, quœ sicut bona ita pia et justa, et agitur mundus et homo), sino que, cada hombre, en sí y por sí, puede contemplar todas las vicisitudes del género humano: «per bona malaque alternantia exerceri hunc mundum sentit quisquis *per se atque in se* humanum genus videt.»—Menéndez y Pelayo: *Disc.* cit., págs. 31 y 32.

(2) Vico y Guicciardini, sobre todo aquél, en su *Ciencia nueva*, son los más autorizados representantes de esta teoría.

La unidad de la Historia no puede nacer más que de la solidaridad humana, y ésta, a su vez, no es posible concebirla sino admitiendo la substantividad del yo colectivo, social, por cima, aunque de ellas se nutra, de las personas individuales. Es el único medio de poder trabar esencialmente todos los momentos históricos, que, con cualquiera otra explicación, aparecen incoherentes, dispersos, inligables. La Historia no es más que la expresión de la actuación en cada lugar y en cada instante de esa *psiquis* social para iniciar, formar, mantener y ensanchar sucesivamente los compuestos sociales. Es decir, la Historia de la acción socializadora en su lucha contra los instintos disgregadores.

La actividad humana esporádica, aislada, incongruente, inconsciente y confusa en los comienzos—nunca en absoluto, claro es,—se va socializando para hacerse persistente, reunida, dirigida, consciente y diferenciada. Este yo, esta personalidad social, está sujeta a la que es ley de toda vida: a la evolución. Pero la evolución es un principio tan general en sí mismo, que no puede explicar concretamente la unidad de la Historia. Por eso rechazamos el criterio *genético* que, para substituir a los dos anteriormente apuntados, novísimamente se ha formulado a fin de explicar aquella unidad (1).

Pero aún hay más. El nuevo modo de ser de la Historia apareja una nueva forma estructural de la misma. Hasta ahora, se hacía historia de *hechos*, de sucesos, y hoy es menester hacer historia de *ideas*, de problemas, de cuestiones, de corrientes y tendencias ideales. El tejido histórico estaba formado por la enumeración, ordenada cronológica o geográficamente, de acontecimientos; es decir, como ya apuntamos en

(1) Casi todos estos puntos han sido estudiados por distinguidos autores; pero, en mi opinión, no lo han sido de un modo orgánico y en su verdadera trascendencia, sino aisladamente. Para nosotros, hemos de repetirlo, lo fundamental, y de lo cual dimana todo lo demás—sujeto, valor de los hechos, unidad,—es que la Historia ha dejado el tono *individualista* que la informaba para colocarse en un punto de vista *social*.

párrafos anteriores, la exteriorización fenoménica de la vida, la mayor parte de las veces solamente de la actuación de los órganos oficiales, actuación en tantas ocasiones desacorde con la realidad de la vida social.

Y esta vida social, aun en su aspecto político, guerrero e internacional, no se compone de *hechos* (1), sino de problemas complejos que se plantean en el juego y recíproco influjo de los factores de la sociedad, de corrientes de ideales qne impulsan su movimiento, de tendencias doctrinales y prácticas que actúan en vario sentido, de posiciones sucesivas de los diversos elementos que integran la colectividad, todo lo cual se concreta en *hechos*, más o menos rápidamente, más o menos numerosos, que sólo tienen un valor representativo; el que les da la esencial corriente que exteriorizan. Por eso es estéril y agobiador hacinar en el relato histórico noticias de sucesos, detalles y pormenores. Basta con escoger aquellos que caracterizan y matizan el momento, el pueblo y la cuestión de que se trate, cuidando, en cambio, mucho de situar bien el conjunto, señalando los términos en que está planteado, causas del planteamiento, factores que intervienen, influencias y circunstancias que los limitan y condicionan, orientaciones que marcan, necesidades que tienden a satisfacer, soluciones requeridas y efectuadas (2).

Esto tiene más importancia de la que a primera vista se echa de ver. En primer lugar, rinde hacedero lo que, si no, sería irrealizable. El vivir social, la corriente que en él palpita, es totalmente incoercible si queremos aprisionarlo en una serie de sucesos. Por eso su fisonomía no ha aparecido hasta

(1) Ya se comprenderá que damos a la palabra *hechos*, no el sentido amplio que tiene, sino el que generalmente se le ha venido dando en Historia, esto es, sucesos, acontecimientos concretos y resonantes.

(2) Ya se pueden citar bastantes obras de Historia así entendidas y escritas. Ejemplo son los libros admirables de Seignobos, los de Martín Hume, y aquí en nuestra patria, entre otros, la *Historia de España*, de D. Rafael Altamira.

ahora. «Por ninguna parte se descubre de un modo franco e intencionado la nación...», dice Costa. El sér colectivo—lo mismo que el individual—vive más con su espíritu que con su actuar material y concretísimo. Y esta vida—que es ideas y problemas y tendencias y deseos—es la que hay que sorprender y trasladar a las páginas, con todos sus rasgos distintivos.

Por otra parte, es la única manera de hacer a la Historia permanentemente actual y educadora. El *hecho*, el suceso, el fenómeno, es flor de un día, envejece con presteza, muere antes que las personas que materialmente lo realizan, se hace inactual, seco, descarnado. Hay que meter en su caparazón la idea que lo engendró, la savia que le dió vida, esto es, el conjunto de necesidades y de anhelos que vino a encarnar. Del mismo modo que de algún novelista se ha dicho, que los personajes de sus obras podían ser perfectamente sustituídos sin que la novela desapareciese ni se alterara, los *hechos* en la Historia deben poder ser reemplazados por otros, permaneciendo idéntica aquélla. Porque la revolución francesa sería la misma exactamente, supuesto su fondo de ideas inalterable, si los hechos en que se exteriorizó—Estados generales, juramento del juego de pelota, toma de la Bastilla, fuga del rey, etc.,—hubiesen sido otros que los que fueron. Del mismo modo que las cantidades concretas de un problema matemático pueden ser reemplazadas por otras, sin que el problema varíe. De ahí que las matemáticas operen con letras.

Con ello se infunde una perpetua actualidad a los *hechos* históricos, porque todo ese fondo de contenido ideal que manifiestan o declaran no desaparece, no muere, sino que a lo largo de los sucesos que lo encarnan momentáneamente, circunstancialmente, va marcando las huellas de la vida. Se transforma, se renueva, evoluciona, en fin, pero sin romperse, sin solución de continuidad, de tal suerte que, perennemente conserva el vigor de lo vivo, al revés de aquellos hechos hasta ahora expuestos como única materia histórica, y que no están, sin ese

nexo, trabados por lazo íntimo, sino por una mera yuxtaposición, o a lo sumo, por una sucesión cronológica. Son algo fragmentario y disperso. Animados por las ideas que los engendran y enlazan, conservan constantemente su pleno valor, pues necesariamente reviven al plantearse, en nueva forma, en momentos subsiguientes el problema que encarnaron en alguno de sus matices (1).

De este modo surge el poder educador de la Historia, no al modo de la Historia pragmática, ni de la Filosofía de la Historia, cosas ambas falsas por desprovistas de todo sentido de la realidad comprobada, no como propósito o finalidad preconcebida, sino como derivación espontánea de su contenido. Los hechos, los sucesos, por sí mismos, nada enseñan, porque, ya lo hemos dicho, su valor arranca del poder caracterizador y evocador que encierren. Sacados de la cantera viva de la realidad, palpitando en ellos el espíritu colectivo, expresión de la solidaridad humana, nadie podrá considerarse ajeno a ellos, ni ninguna cuestión podrá plantearse en falso. Y entonces se harán carne y alma en la conciencia de todas las admirables, definitivas palabras del poeta latino: «Homo sunt et nihil humani a me alienum puto» (2).

JUAN RUIZ DE OBREGÓN RETORTILLO,
Profesor Auxiliar en la Universidad de Madrid.

(1) Ocioso nos parece decir que todo esto no significa preconizar la Filosofía de la Historia, de la que bien puede decirse que ni era Filosofía ni Historia, sino algo metafísico, apriorístico, desprovisto de realidad objetiva, producto del peculiar modo de pensar de cada escritor. Las obras citadas en nota anterior prueban bien lo que entendemos por Historia de *ideas*.

(2) Terencio-Heautontimorúmenos, I, I-25.

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPITULO VII

Concordancias dudosas.

222. El castellano, nuestro incomparable medio de expresión, impulsado, como todas las lenguas, por incesante movimiento evolutivo, sufre grandes cambios, realiza notorios progresos.

Se enriquece continuamente el vocabulario; como que se necesitan nuevos términos y variaciones de significados y accidentes, para designar las nuevas adquisiciones de las ciencias, artes e industrias, los cambios de usos y costumbres, etc. Las palabras, comportándose como otros tantos seres vivientes, nacen, crecen, se reproducen y mueren; la raíz es el germen de las voces; crecen y se reproducen por oposición de afijos, por yuxtaposición de las mismas raíces, por cambios desinenciales, por variantes y ampliaciones en el significado; y mueren, cuando caen en completo desuso.

¿Escapará a este incesante movimiento la sintaxis, o sea la ordenación, dependencia y armonía que corresponde a los términos del lenguaje, vale decir, a la vida social de las palabras?

Sólo por la trivialidad de los superficiales, que hablan sin

mirar bien, sin ahondar lo que estudian, ha podido sostenerse que la sintaxis se mantiene inconmutable en sus reglas.

Los mismo cambios analógicos obligan a las veces los cambios sintácticos. Si el relativo *quien*, por ej., pudo, en tiempo de Cervantes, carecer del cambio de terminación con que hoy expresa el número plur., ¿puede acaso causar alguna extrañeza si encontramos en el *Quijote* frases que hoy resultarían intolerables discordancias, como éstas?: «De esta orden soy yo, *hermanos cabreros*, a *quien* agradezco el agasajo y buen acogimiento» (1.ª parte, cap. XI); «estaban todos (los árboles) llenos de *luminarias*, a *quien* no ofendía el viento» (II, XIX); «le cautivaron y rindieron el deseo *las ollas* de *quien* él tomara de bonísima gana un mediano puchero» (II, XX); «nunca por él se descubriría *quien ellos* eran» (II, XXXI).

No es raro, por tanto, que aún existan en la misma concordancia, la parte más fácil y clara de la sintaxis, puntos más o menos dudosos que no han llegado a permitir la enunciación de una regla definitiva; y es de contar que, a veces, las discrepancias resultan aparentes, como que sólo dependen de los distintos modos de ver de los gramáticos.

Entraré a considerar algunos casos concretos de concordancias dudosas, y trataré de dejarlos resueltos conciliando, en cuanto es posible, la apreciación de los gramáticos y la sanción que presta el uso de los escritores más autorizados.

*
* *

223. Valbuena, o sea don Miguel de Escalada, en su *Fe de erratas* (tomo IV, pág. 43), critica esta construcción de la Acad.: «*un paño o tela*», preguntándose si se trata de UN TELA, El Dr. P. de Mugica, otro de los impugnadores del *Léxico*, observa el siguiente pasaje de Galdós: «*no carecía de las redondeces y elegantes* (*las?*) *contornos y desigualdades* que distinguen a una mujer de un palo torneado».

¿Hay realmente motivo para tales reparos? ¿Hay solecismo?

Según Benot, *Arquit. de las Leng.* (tomo III, pág. 481), «cada nombre debe llevar consigo el correspondiente art. determinante». Y agrega este insigne autor: «Los clásicos no sabían atenerse a este rigor gramatical. Regularmente un solo art. les servía para muchos sust., aunque éstos fueran de gén. y núm. diferentes.» Presenta a continuación, para comprobar este aserto, más de veinte ejemplos tomados a Cervantes, número éste que podría multiplicarse con poco que se rebuscara en el mismo *Quijote;* reconoce que «no era sólo Cervantes quien se tomaba tales licencias», que «todos los antiguos escritores hacían lo mismo»; y concluye asegurando que «de esta libertad usan ahora con parsimonia suma cuantos se precian de bien decir».

Para Bello (*Gram.*, cap. XXX), «el adj. (incluye este autor el art. en los adj.) que especifica a varios sust. precediéndoles, concuerda con el que inmediatamente le sigue, v. g.: *La conservación y aumento de la república*». Y encuentra «que es conveniente la repetición de los adj. siempre que los varios sust. expresan ideas que no tienen afinidad entre sí, como: *el tiempo y el cuidado, el consejo y las armas*».

Considero que esta supresión de artículos, que es tan común en los escritores contemporáneos como pudo serlo en los clásicos, antes que solecismo será más bien licencia, muy tolerable por cierto, que aporta siempre concisión, sin perjuicio alguno para la claridad y pureza de la frase.

En este ejemplo de Cervantes: «y cuanto a *la entereza y entendimiento* del caso, no hay más pedir ni que dudar» (*Quij.* II, L), claro se ve que no es que quiera aplicarse el mismo art. a los dos sust., sino que se omite y queda sobrentendido, en virtud de la figura de construcción llamada *elipsis* el que correspondería a *entendimiento*.

224. Pécase, en los casos que dejo apuntados, por el plausible afán de ahorrar artículos; y ¡cuidado! que el prodigarlos trae también sus inconvenientes y a las veces muy graves;

como que vienen a resultar un obstáculo para la mejor y más castiza expresión del pensamiento.

Los que van subrayados en las siguientes frases, que entresaco de la introducción y del primer capítulo de «*Facundo*», y que bien pudieron omitirse para mayor gloria de esta notabilísima obra del genial Sarmiento, habrían sido tachados por Baralt como intolerables galicismos: «LA *Francia* estuvo a punto de ceder». «Entonces se hubiera podido aclarar un poco el problema de LA *España*.» «Después de LA *Europa*, ¿hay otro mundo cristiano civilizable y desierto que LA *América*? (Con art., o sin ellos, no resulta recomendable la sintaxis de esta frase): «Sería bueno proponer a LA *Inglaterra*»...

En las *Obras* del mismo Sarmiento (tomo XXV, pág. 104) se lee: «Id a decirle a LA *Francia*, a LA *Inglaterra*, a LA *España*, no hagáis matar a vuestros hijos»... lo que muestra que nunca escatimó nuestro celebrado escritor estos inútiles artículos.

J. B. Alberdi (*Escritos póstumos*, tomo XIII, pág. 261), escribió: «No, no es a los americanos a QUIEN LA *Francia* llama bárbaros. Es a ti (a Rosas), y los como tú, a QUIEN (menos mal que pasen estos *quien* ya que Cervantes así los usó), no solamente LA *Francia*, no solamente *Inglaterra* (esta vez no hay art.), no solamente el mundo, sino tus vecinos, tu mismo pueblo, todos los pueblos americanos TE (para bien de la concordancia hubiera sido conveniente poner «y los como tú» entre paréntesis) llamamos BÁRBARO». Y en las dos páginas siguientes aparece ocho veces «LA *Francia*». O se le pegó de veras el galicismo o ha querido evitar este eminente publicista que se pudiera suponer que hablaba del tirano paraguayo de tan famosa memoria.

225. Volviendo a las dudosas concordancias que vengo considerando, advertiré que ocurre también en los adj. determinantes la dificultad que he anotado a propósito de los artículos.

Benot, en la obra citada, dice al respecto: «Y la licencia no

se limitaba a solos los artículos; se extendía a los determinantes de análoga índole.»

En vez de decir:

Se emboscó corriendo por entre *estos* jarales y *estas* malezas;

Eran conocidos por *estos* nombres y *estas* insignias, etc.; decían los antiguos (según se puede comprobar con las siguientes autoridades de Cervantes):

«Se emboscó corriendo por entre *estos* jarales y malezas;

Por *estos* nombres e insignias eran conocidos, etc.»

Y me perdonen los manes del ilustre filólogo si me atrevo a dejar estampado que me quedo con el decir de Cervantes, que no tengo a menos seguir usando la licencia que autoriza el excelso autor del *Quijote*, y que autorizan a la vez muchos otros autores clásicos y modernos, y aun las mismas Gramáticas desde que dan a la elipsis, la ley del ahorro en materia de lenguaje, como figura de construcción, muy aceptable por cierto.

226. Para condenar estas construcciones, sería necesario poner reparos también a las que corresponden a casos en que un adj. calificativo se refiere a varios nombres a la vez.

Cuando se dice: «*la ciudad y sus arrabales eran populosos*» (ejemplo de la Acad.), ¿acaso están de acuerdo en su gén. y núm. *ciudad* y *populosos*?

Bien es verdad que también estas concordancias, artificiales cuanto se quiera, pero puestas en uso por notables escritores y consentidas por todas las gramáticas, descontentan a Benot, quien en su misma celebérrima *Arquit.* (tomo III, página 486), dice: Hoy los buenos escritores evitan estas concordancias artificiales, ya usando adjetivos de una sola terminación, ya poniendo adj. adecuados a cada sust.»

***

227. Ya que he venido siguiendo en las notas precedentes

al muy ilustre Benot, séame dado traerlo también a colación para aclarar otros puntos de concordancia dudosa referentes a la correspondencia de accidentes que debe existir entre el verbo y las palabras que hacen de sujeto.

En la *Arq. de las Leng.* (tomo III, pág. 493) se lee: «Cuando dos o más nominativos están unidos por conjunciones conexivas (v. gr.: *como, así como, igualmente que, lo mismo que, más bien que, como tampoco...*), el verbo concierta con el primero: *su memoria, como su cuerpo, se mantiene vigorosa*, etc.» Basta una simple trasposición en el orden de las palabras para que se demuestre palmariamente la razón de ser de tal concordancia; digamos: «su memoria se mantiene vigorosa *como* su cuerpo», y resaltará la inconveniencia que resultaría al cambiar el número del verbo; y otro tanto ocurrirá en las oraciones análogas que puedan formarse con las demás conjunciones.

Bello, en su *Gram.*, pide el verbo en pl. para estas mismas construcciones y para los casos en que los nombres que constituyen el sujeto están relacionados por la particula *con*, y da este ejemplo: «*la madre con el hijo fueron arrojados a las llamas*». Lo cierto es que el uso es vario, y habrá que tolerar las dos concordancias; pero, desde que no podrá decirse: «la madre *fueron arrojados* a las llamas con el hijo», y sí «la madre *fué arrojada* a las llamas con el hijo», lógico paréceme que ha de merecer preferencia la concordancia que impone Benot.

En el *Quijote* (II, XI) se tiene este ejemplo: «*la muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta*», pero, Clemencín, en sus sabios comentarios, se encarga de advertirnos que debió escribirse «*volvió*». En las primeras ediciones de esta magna obra de Cervantes se lee: «SALIÓ *la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraran de dolor*» (I, XLVII); hay que reconocer que por más vueltas que se le den a esta construcción, no pasa el núm. del verbo. Pues bien; en la edición popular publicada por Calleja (Madrid, 1905) se ha tenido el buen tino de salvar el solecismo echando mano de la prep. *con;* se ha estampado: «*salió la ven-*

tera con su hija y Maritornes..., y debemos convenir en que no habrá objeción que oponer a tal concordancia.

Cuando entran las locuciones conjuntivas que quedan anotadas, y va colocado entre ellas uno de los nominativos que forman el sujeto, forzoso será que concuerde el verbo en plural.

«*Su virtud, así como su saber, ha sido recompensada*»; «*La ciencia, lo mismo que las artes, continúa siendo su estudio predilecto*» (ejemplos de Benot); darían: «*Así su virtud, como su saber, han sido recompensados*»; *Lo mismo la ciencia que las artes continúan siendo su estudio predilecto.*»

228. Cuando las palabras que componen el sujeto están unidas por la conj. *o*, el verbo, según Benot, va en sing. v. gr.: «*El o ella lo sabe.*» Es ésta, sin duda alguna, la concordancia más lógica, puesto que *saben* indicaría dos personas, y el sentido supone una; mas, como bien lo advierte Bello, el uso permite el verbo en pl. en este caso, como en muchos otros que el autor de *Arq. de las Leng.* sólo toleraría como silepsis.

229. Cuando el verbo se refiere a dos o más palabras enlazadas por la conj. *ni*, va generalmente en pl.: «*Ni la iglesia ni el convento* con su espaciosa huerta, que mide más de cien fanegadas, *ofrecen* gran cosa que admirar» (R. Palma. *Tradiciones peruanas*, tomo I, pág. 105).

Según el distinguido gramático mejicano D. Angel de la Peña, si precede el adv. *no* al verbo, puede concertar éste con el nombre más próximo, como se ve en este pasaje del *Quijote:* «Que *ni el interés, ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad.*»

Para Benot, sólo va el verbo en sing. cuando una de las palabras unidas por la conj. *ni* puede ser por sí sola nominativo del verbo, p. ej.: «*ni uno ni otra obtendrá* el premio», «no será Presidente del Congreso *ni uno ni otro candidato*». Claro se deja ver que la regla dada por de la Peña viene a estar comprendida en la que formula Benot.

***

230. *Más de uno*, *¿lo dice* o *lo dicen? está* en lo cierto o *están* en lo cierto? *¿saldrá o saldrán?*... Si se recurre al uso de los escritores para dilucidar el número que mejor conviene al verbo en estas oraciones que tienen por sujeto a «*más de uno*», poca luz se obtendrá; unos han empleado el sing.; otros el pl.; pero, si bien se considera, es preferible el pl., puesto que si ejecutan la acción *más de una* persona, dos han de ser al menos. El filólogo guatemalteco Batres Jáuregui resuelve este caso optando por el pl. (*El castellano en América*, pág. 152), y aporta para mayor corroboración esta cita de Argensola: «*Más de uno quedaron* muertos en esta terrible noche.» Rivodó (*Entr. Gram.*, tomo IV, pág. 40) concede preferencia al sing., preferencia que es ilógica.

231.—«*Menos de dos años han* transcurrido»... En este ejemplo no tengo inconveniente en admitir el pl. que aconseja Rivodó, pues en *menos de dos años* caben un año y medio, año y cuarto y otras cantidades fraccionarias que requieren el verbo pl.

*
* *

232.—Cuando el sujeto está formado por un nombre colectivo en sing., el verbo concordará en el mismo número si el sujeto es incomplejo; si el colectivo está especificado, el verbo podrá ir en sing. o pl., según se refiera al conjunto o a los componentes. Se dirá, por tanto: «*la bandada apresuró* el vuelo», y no habrá, en este caso, lugar a dudas; pero, podrá decirse: «*la bandada de cisnes apresuró*, o *apresuraron*, el vuelo», según se quiera referir el verbo, al conjunto o a sus componentes. Atinadamente, establece Monner Sans, que para saber si el verbo tiene que ir al sing. o al pl., hay que atender al valor de la palabra dominante de la frase; se dirá: «*la mitad de las ovejas pasaron* el puente», porque son *las ovejas* las que *pasaron* el puente»; «*la mitad de las langostas cayó* sobre el campo, *la otra continuó* volando», porque en esta frase la palabra *mitad* es la dominante.» Inútil será aportar otros

ejemplos y citas de autores, que el uso es vario y la concordancia dependerá siempre, según queda reconocido, del significado o de la intención que se quiera dar a la frase.

Como bien lo confirman Bello, de la Peña y otros gramáticos, *parte*, *resto*, *mitad*, *tercio* y otros sustantivos semejantes, tomados en sentido colectivo, pueden concertar con el verbo y con el adjetivo en pl., según se ve en estos ejemplos: «*parte fueron y el resto se quedaron*»; «*sólo la mitad lo hicieron*, y lo que es *un tercio*, ni paso *supieron* dar».

***

233.—A los que dicen «*tú* (los que hablan con toda vulgaridad, emplearán el arcaico vos) y *Pedro* SALDRÁN», *ni tú* (o vos) *ni ellos* CONOCEN este asunto», etc., hay que prevenirles que está hoy establecido por todas las gramáticas, y por el uso de muy buenos autores, aun cuando la Acad. haya podido pasarlo por alto, que cuando existen en el sujeto dos o más personas, concierta el verbo en 1.ª pers. si ésta existe, en 2.ª a falta de la 1.ª y en 3.ª si faltan 1.ª y 2.ª; si existen 2.ª y 3.ª, como en los ejemplos citados, corresponde al verbo la 2.ª pers. Se dirá, por tanto, *saldréis* donde está *saldrán; conocéis*, por *conocen*.

El P. Cejador, en el Cap. V de su interesante obra *La Leng. de Cervantes* (tomo I, pág. 370), dice: «Cuando concurren dos pronombres, la 1.ª pers. y la 3.ª, o la 2.ª y la 3.ª, que se refieren al mismo individuo, el verbo puede ir en cualquiera de estas pers., *y no sólo en la 3.ª*, como dicen los gramáticos: «Yo soy Merlín aquel que las historias—Dicen que *tuve* por mi padre al diablo (II, 35, 236); pudo decirse también: *aquel... que tuvo*»... ¡vaya si pudo decirse *tuvo!* como que hoy todo buen escritor o todo individuo bien hablado diría otro tanto, empleando en cada verbo la persona que conviene al correspondiente sujeto de acuerdo con las reglas generales de la concordancia (*soy*, concuerda con *yo; tuvo*, con *aquel;* y

las historias, con *dicen*). Y aunque cabe salvedad semejante en las otras citas, no seré yo quien ponga tachas al *Quijote*; queden en buena hora autorizadas las dos concordancias, ya que Cervantes las usó indistintamente, y hasta en un mismo párrafo, según se ve en este ejemplo, citado también por Cejador: «*Yo, Dorotea, soy el que me hallé* presente a los desposorios de don Fernando, y *el que aguardó* a oír el sí...; *yo soy el que no tuvo* ánimo para ver en qué paraba su desmayo» (I, XXIX).

234.—Olvidan lamentablemente la conformidad de persona que debe reinar entre los verbos y los nombres o pronombres a que aquéllos se refieren, los que escriben: «*El infrascrito* CERTIFICO, DECLARO, etc.» *El infrascrito*, 3.ª pers.; *certifico*, 1.ª: ¡bonita concordancia de sujeto y verbo! Nace tal solecismo de que es común poner «*yo*, el infrascrito, *certifico*, *declaro*, etc., que es muy distinto cantar, pues existiendo el *yo*, corresponde al verbo la 1.ª pers.

235.—Muchos dan en estampar su nombre en el encabezamiento de sus tarjetas o papel de esquelas, y, como se ha hecho costumbre, arranca de ahí la misiva, diciéndose: «*N. N. saluda, o se complace en saludar, a su distinguido amigo X., y le participa...*» y hasta este punto, o poco más allá, se anda bien, porque se trata de fórmula muy trillada, es como si se anduviera sobre rieles; pero, lo malo es que algunos, al continuar, descarrilan, diciendo, por ejemplo: «*que he resuelto*», «*que no he podido*», etc., sin ver que estos verbos en 1.ª pers. disuenan atrozmente, pues correspondía seguir hablando en 3.ª pers., siquiera hasta terminar el párrafo.

***

236.—Ya que he hablado de algunas de las faltas de concordancia que son más comunes en nuestro decir, llamaré la atención sobre el siguiente parrafito, que acabo de leer en una

desdichada novela: MARCHAD sin temor, MI estimado amigo, pero CUÍDATE y TOMA TUS precauciones.»

Como el tratamiento comenzó en pl., en pl. debió seguir con las formas verbales que corresponden a los pronombres *vosotros*, *vos*, *os*, *vuestros*, *vuestras*, o bien adoptar las formas del sing. que se acompañan con los pronombres *tú*, *te*, *ti*, *tuyo*, *tuya*. Para hablar en castellano correcto, debióse decir: «*Marcha* sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cuídate* y *toma tus* precauciones», o «*marchad* sin temor, pero *cuidaos* y *tomad vuestras precauciones*.» Muy contado ha de ser el argentino que adopte esta última construcción; antes dirá, si es que el amigo no es de confianza y le merece consideración: «*Marche usted* (1) sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cuídese* y *tome sus* precauciones.» Caso de tutearlo, se tendrá esta singular mezcla de vulgaridad y de arcaísmos: «MARCHAD sin temor, *mi* estimado amigo, pero CUÍDATE y TOMA *tus* precauciones.»

Según se ve, bien les sentará a muchos seudo-literatos un buen repaso de la conjug. de verbos y de la concordancia, antes de meterse a escribir para el público.

237.—En una obra, «de cuyo nombre no quiero acordarme», he leído lo siguiente: «Voy a ENSEÑARLE a *estos señores* cómo se resuelve el problema»; y observar debo que quien tal escribió comienza por demostrar que no conoce su idioma. El pron. *le* se refiere a *señores*, y está en su mismo caso (dativo); mal puede ir, por tanto, en sing.; corresponde decir: *voy a enseñarles*... Solecismo es éste que mucho se muestra hasta en obras clásicas; ya es recurso, mal recurso por cierto, para obtener la medida del verso, ya simple gazapo escapado a los editores o a los encargados de corregir. «*Le dice al padre*», «*les* dice *a los padres*», «*le* teme *a la penitencia*», «*les* teme *a las penitencias*»... Estos ejemplos vienen a mostrar la conve-

(1) Y este mismo *usted*, que trasporta al verbo a la 3.ª pers., puesto en pl., concuerda con verbos de la 2.ª en sustitución de *vosotros* o *vosotras;* uso que no es exclusivamente americano, pues es común también en Andalucía.

niencia de número que debe existir en estos casos; y si se quiere tener presente alguna autoridad, apréndase este tan ocurrente como certísimo epigrama de D. Juan de Iriarte (citado por Cuervo):

«¡Que con la leche de burra
Así la salud recobre!
Más *les* debo *a los borricos*
Que *les* debo *a los doctores.*»

238. Rara será la gramática que no traiga el consabido ejemplo de silepsis «*nos el rey*» o «*nos el obispo*». En esta tierra sin reyes y de muy contados obispos no faltan quienes hayan dado en la flor de citarse como muchos; como que la licencia existe, se aprovechan de ella. Bien que los que escriben en diarios o revistas, tanto más si no firman sus artículos, den en mentarse en pl., ya que hablan ellos a nombre de cuantos forman la redacción; pero, se me ocurre, y no es novedad mía, que quien pone su firma al pie de un escrito usará la debida precisión y exactitud si al hablar de su propia persona adopta el número singular que en rigor corresponde.

***

239. Celoso nuestro sin par idioma de su eufonía, ha preferido infringir la concordancia antes que menoscabar el buen sonido.

El artículo *el* se antepone hoy a los nombres femeninos que comienzan por *a* acentuada, salvo cuando se trata de nombres de mujer, pues se dirá *la Ana*, *la Angela*, etc. La Acad. (y con ella la mayoría de los gramáticos) hace extensiva esta regla a los sustantivos en que la *a* está precedida por *h* muda, aunque la verdad es que en este caso el uso es variable; tanto es así, que el mismo *Dic.*, al definir las voces «*Haba*» y «*Habado*», tan pronto dice «*el haba*», como «*la haba*». Cervantes, que evita cuidadosamente la colisión de *aes* acentuadas: «halláronse presentes a la plática la sobrina y *el ama*» (*Quijote*, II, I),

etcétera; no se cuida de ellas cuando se interpone *h*, según prueban estos ejemplos: «le hacetan mala cara *la hambre*» (*Quijote* I, XIX); «sin duda causa mayor pena que *la hambre*» (*Id.*, I, XX); «toda *la hambre*, sed y cansancio que había pasado» (*Id.*, I, XXIII).

En los albores del habla, allá por los siglos XIII o XIV, parece que primó la concordancia sobre la eufonía, según puede colegirse por estos versos de Berceo:

«Puedes matar el cuerpo, la carne mal traer;
Mas non as en *la alma*, Rey, ningún poder»
(*Poema de Santo Domingo*).

En cambio, en tiempo de Cervantes fue común, como bien lo advierte Bello (*Gram.*, Cap. XIV), poner *el* por *la*, hasta delante de nombres comenzados por *a* no acentuada, diciendo *el alegría*, *el arena*, *el acémila*, etc. He aquí algunas muestras:

«Como *el aurora* bella y refulgente»
(Ojeda. *La Cristíada*, libro X);

«La grita, *el algazara* y sobresalto»
(Valbuena. *El Bernardo*, libro VIII);

«Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen *el altura*»
(Ercilla. *La Araucana*, canto XXXV).

Si bien en *La Araucana* misma se lee:

«Hierve y crece allí *la agua* detenida» (canto XVIII), no hay duda que se puso *la* por *el* para obtener la medida del verso.

240. Los adjetivos, aun cuando se hallen haciendo oficio de nombres, no siguen la regla que he dejado enunciada; se dice, por ej.: «yo me quedo con *la ancha* y tú con *la alta*», sin parar mientes en el hiato resultante. Los clásicos han tenido, sin duda alguna, el oído más delicado que nosotros; así, Fr. L. de León, en la *Profecía del Tajo*, dijo:

«Traspasa *el alta* sierra, ocupa el llano»

por más que hoy, por obra y gracia de retóricos y gramáticos, se haya dado en cambiar *el* por *la*, que tal viene publicándose ahora, cada vez que se transcribe esta hermosa poesía.

241. El artículo indefinido suele imitar al determinante, toda vez que se apocopa según puede verse en estos ejemplos:

«Va *un alma* zapateadora
Bailando con gran donaire»
(Cervantes. *Pedro de Urdemalas*, Jorn. 3.ª);

«Tan sólo cantaba *un ave*»
(Andrade. *La vuelta al hogar*);

«Y como *un alma* tímida y errante»
(R. Gutiérrez. *La Oración*);

Aunque algo disuene la colisión de *aes* que resultaría al decir *una alma, una ave*, etc., no choca tanto como cuando se trata del art. determinante, ante todo por ser átona la *a* de *una*.

Muy buenos escritores hasta se han permitido infringir la concordancia de adj. y nombre en mérito de la eufonía. Salvá (*Gram.*, pág 350) cita varias autoridades en que se lee «*aquel agua*» y «*aquel alma*», y entre ellas a Lista, con los versos siguientes:

«*Aquel alma* noble y sabia
Y en *aquel alma* divina.»

En las *Lecciones de Liter.*, por doña Emilia Pardo Bazán (Bibl. de *Oro viejo y oro nuevo*, tomo X, pág. 61), se lee: «*En aquel* agua tan límpida y tan clara.»

Y la Acad., aunque sin mantenerse consecuente con tal uso, dice en su *Dic.*, al definir la voz «*Empavesado*»: «Soldado que llevaba «*este arma* defensiva». Y a fe que la frase no deja de chocar. En otra parte ha estampado: «*algún arte* bella», locución que aparece trascrita en la *Gram.* por de la Peña (pág. 28).

La verdad es que saliendo del art. determinante, este uso se mantiene indiferente. En «*Reseñas* y *Críticas*», obra del

distinguido académico arg. E. Quesada, que es uno de nuestros escritores más correctos, hallo estos ejemplos: «Ni *una alma* se ve por ellas» (pág. 287), y «sería *una arma* terrible (pág. 178). «*Adiós*», inspirado poema del vate mejicano M. M. Flores, se inicia con esta conocida estrofa:

«Adiós para siempre, mitad de mi vida,
Una alma tan sólo teníamos los dos;
Mas hoy es preciso que *esta alma* divida
La amarga palabra del último adiós,»

donde pueden verse ejemplos del mismo tenor.

Conviene advertir, que la trasposición en el género de los artículos (1) o adj. determinantes no obliga cambio alguno en el género de la palabra determinada; y recupera su norma la concordancia desde que no tenga ocasión de producirse el encuentro de las *aes:* «Aquí estoy yo que cultivo *el arte dramática*»... (V. de la Vega. *La crítica del sí de las niñas,* esc. última.)

Muchos no lo han entendido así, y dicen erróneamente: *el asma* NERVIOSO, *el ascua* ENROJECIDO, *el Africa* CÁLIDO, *el Asia* EXTENSO. Y hasta ha caído en tan lamentable descuido nada menos que Lista, al escribir:

«Mientras vuela RISUEÑO
El aura de la vida»
(Versos citados por Salvá);

aun cuando hasta hoy sea común en poetas noveles el mentar *el aura* PERFUMADO, OLOROSO, TIBIO, etc., *aura* (como *asma*, *ascua*, *Africa*, *Asia*, etc.), se mantiene como femenino; tal puede

(1) En rigor de verdad no hay trueque de artículos, pues, según lo advierte el sabio filólogo F. Díez en su *Gramatica Histórica*, el uso de *el* delante de las voces femeninas, es debido a una elisión de la *a* en la antigua forma *ela: el águila* por *el'águila.*

Se trata de un caso de apócope semejante al que ocurre al decir *un* por *una;* pero, sea cual fuere la causa o el origen, tanto *el* como *un* vienen a resultar las formas que actualmente corresponden al masculino.

verse, si se quiere alguna cita, en *Paz y Misterio*, del poeta mejicano, J. J. Pesado:

«Lentas *las auras*, las silvestres ondas
Lentas murmuran...»

Quevedo desconoció la excelencia eufónica que aporta esta licencia gramatical, pues en el *Cuento de los cuentos* sostiene lo siguiente: «*El alma* decimos; y supuesto que *el alma bueno* no se puede decir, *el*, que es art. masc., ha de ser *la*, y pronunciarse *la alma*.» Tanto más rara resulta esta aseveración si se considera la época en que fue escrita. ¡Y mal podría uno sorprenderse si llegara a tener noticias de que este festivo escritor era algo duro de oído!

La licencia, a pesar de cuanto pudo decir y hacer Quevedo en su contra, queda de hecho autorizada en cuanto concierne al artículo, especialmente al determinante. Tratándose de los adjetivos, será cuestión de andarse con parsimonia, y convendrá, según mi parecer, que se eviten, en cuanto es posible, tanto el hiato como la licencia, dando otro giro a la locución.

Juan B. Selva,
Profesor en Dolores (República Argentina).

LOS RETABLOS LEONARDESCOS DE VALENCIA

Valencia es una ciudad rica en reminiscencias italianas de diversa índole. Sobre el portal de la iglesia de la Trinidad puede verse un medallón de Bella Robbin con una Madona; la fundición en bronce, rara allí, se halla representada por el animado grupo de San Martín a caballo, que adorna la fachada de la iglesia de este Santo. Desde los tiempos de Alfonso de Borja, que en 1455 subió al trono de los Papas con el nombre de Calixto III, miembros de esta familia ocuparon la sede episcopal de Valencia, elevada en 1492 a metropolitana, durante un período que abarca de 1429 a 1511, aunque sin residir en la capital, excepto el primero. Entre todos dotaron a su ciudad natal, Játiva, a la ducal Gandía y a la misma Valencia, de espléndidas fundaciones y suntuosas ofrendas.

En el Museo de Valencia se conserva el cuadro votivo del Pinturicchio, *El Cardenal Francisco de Borja de hinojos ante la Madona*, de la capilla de la Colegiata de Játiva, por él fundada. De objetos del culto regalados por la munificencia papal, mencionaremos tan sólo el cáliz de Calixto III, en San Nicolás, con seis delicados medallones y una elegante ornamentación «pagana».

Pero, lo más importante desde el punto de vista artístico en esta diáspora, son los doce retablos del altar mayor de la Cate-

dral (La Seo). La figura principal del altar era una estatua de la Virgen, rodeada de ocho episodios de su vida, en relieve, en plata, obra comenzada en 1470. Durante la guerra de la Independencia se la embarcó para las Baleares, y en 1812, en Palma, el general Ballesteros dió orden de que se la fundiera. Los cuadros, también con escenas de la vida de Nuestra Señora, se salvaron de esta borrasca. Desde muy antiguo fueron tenidos en gran aprecio. Felipe II, al visitar Valencia en 1585, acompañado de su hija Isabel y del heredero del trono, Felipe, confirmó el alto valer de estas obras con entusiastas extremos. «El altar es de plata—cuentan que exclamó,—pero sus puertas son de oro.» *Ponz* opina que el monarca dijo una gran frase en esta ocasión (*me parece que dixo grandemente*).

En 1738 *Pascual Esclapes* consignaba en su *Resumen historial*, pág. 52, los nombres de los artistas *Francisco Neápoli* y *Pablo de Aregio*, que había rebuscado en los archivos, mas los honorarios que habían percibido, tres mil ducados, *de cámara*. Desde entonces consideróse esos cuadros labor italiana. El viajero *Antonio Ponz* fue el primero que habló de los cuadros, con perfecto conocimiento de la pintura italiana. «Cuando contemplamos esas obras—escribe en 1779,—el primer impulso es atribuirlas a Leonardo de Vinci. En todo tiempo dieron que pensar a los maestros que las examinaron, los cuales admiraban en ellas lo acabado de la ejecución y la expresión de las figuras, cualidades ambas que caracterizan a la escuela florentina y que florecieron con singular brío en Leonardo de Vinci.» Ponz recomendó con encarecimiento la vulgarización de estas obras por medio del grabado. El mismo juicio lo han repetido luégo todos los escritores que se han ocupado de estos cuadros—Conca, F. Quilliet, Ford y Stirling,—atribuyendo su paternidad a los artistas mencionados por Esclapes. Ninguno ha puesto en duda que fuesen obra de italianos, y todos han confirmado unánimemente la presencia del elemento leonardesco. La escuela de Vinci salta allí a la vista en la composición, en el claroscuro y en los tipos de los personajes. La

biografía del gran florentino se enriqueció así con los nombres de dos discípulos de los que no se tenía en Italia la menor noticia.

Esa confianza en los datos de Esclapes era, sin embargo, algo impremeditada. Verdad que existían las fuentes de documentación, y cierto también que los nombres de los artistas estaban bien tomados; pero entrambos hacían referencia a otro trabajo muy distinto, aunque en el mismo sitio conservado. El *Diario de la Seo* menciona que allá por el año de 1471 el Obispo y el Cabildo hicieron venir a dos pintores florentinos «muy diestros y primorosos en su arte», pero para que pintasen al fresco los muros y la bóveda del altar mayor. Trátase de un trono de serafines en lo alto, angélicas figuras, guirnaldas de pámpanos y frutos, figuras apostólicas y episodios entre las ventanas. Se sabe también que uno de esos pintores fue el napolitano Francisco Pagano; el otro, Pablo de Aregio. Este último lleva el sobrenombre de «el lombardo», y a ambos se les denomina pintores de frescos («pintura del fresch»), o, como se decía en el latín notarial de aquellos tiempos, «pictores super recenti et humefacta pictura». Su trabajo quedó terminado en 1478, excepto las partes en oro, y en 1481 apareceu firmando un recibo, por valor de 3.000 ducados oro, que les habían sido pagados en tres plazos.

Resulta claro que los dos italianos fueron llamados para que decorasen con pinturas los muros de la Capilla Mayor. Del retablo comenzado ya, no se habla para nada. Conocido es también el dato de que el andamiaje para el mismo se dispuso en 1506 por el maestro carpintero Carlos. La presunción de Stirling de que aquellos hábiles italianos, una vez allí, debieron encargarse también de aquellas tablas, debió tomarse más bien como una corazonada que como un juicio crítico (1). Pero no habiendo subsistido nada de aquella pintura decorativa en

(1) Neapoli y Aregio likewise painted a part of the walls of the Cathedral in fresco.—Stirling: *Annals*, pág. 98.

la renovación barroca de 1682, no cabía afirmar ni negar nada en este punto.

Fue el sabio teólogo e historiador D. Jaime Villanueva quien ya en 1803, en su *Viaje a las iglesias de España* (I, 38), manifestó dudas sobre la exactitud de aquel aserto. «Como al ser llamados aquellos pintores (1471)—dice—ya tenían un nombre, no es inverosímil que hubiesen fallecido antes de 1500, cuando aún no estaba terminado el retablo» (de plata). Y más adelante: «Yo no me atrevo a colocar a Neapoli y a Aregio entre los discípulos de Leonardo, a pintores que gozaban ya de reputación en su arte, cuando su presunto maestro sólo contaba veinticinco años.» Villanueva creía poder señalar, en cambio, a un maestro del cual había visto cuadros en Santo Domingo. Con más verosimilitud se hubiera podido relacionar los nombres de Neapoli y Aregio con las pinturas murales de que aún se conservan algunos restos en la antigua sala capitular y que muestran el crudo realismo propio a los frescos del siglo xv.

Hernando Yañes.

Una vez puestos en tela de juicio los nombres de los discípulos de Leonardo, era lo más inmediato investigar entre sus allegados artísticos de la Península. Y aquí se ofrecía ya el nombre de un pintor conocido por sus obras, en el interior del país, en la catedral de Cuenca, tan interesante para los amantes del Renacimiento español por el pórtico plateresco, debido a un maestro de estirpe morisca, Xamete (Achmed).

Cuando se recorre la nave septentrional, llama la atención una verja con puerta, en cuyas pilastras y dinteles, finamente cincelados, se ven imágenes de muerte admirablemente combinadas con símbolos de lucha y de vida. La dúctil fantasía de aquel tiempo sabía formar y fundir con acierto, para fines ornamentales, figuras emblemáticas y sacras con símbolos heráldicos, y figuras tomadas de la Naturaleza y de la Historia. Con cráneos, tibias cruzadas, bacinetes y omoplatos, con yelmos,

corazas, cotas de armas, cabezas de ángeles y las llaves de San Pedro, con ondulantes cintas, acertó Antonio Flórez a formar allí un todo, cuya significación la indica la leyenda: *De victis militibus mors triumphat*. Es el *Sacellum militum*, la capilla de los caballeros, el panteón de los Albornoz, de la familia del cardenal Gil, restaurador del Estado eclesiástico.

En la penumbra de esta capilla sobresalen tres retablos: una *Crucifixión* de varias hojas, con pequeñas figuras sobre el altar mayor, una *Epifanía* y una *Lamentación* con figuras algo mayores, oscurecidas por el tiempo y el humo de los cirios. Como sombras evocadas del Hades, emergen del fondo de esos cuadros imágenes llenas de vida, amables cabezas, últimas vibraciones de un impulso nacido en otro tiempo, bajo un cielo totalmente distinto, en la Mancha melancólica.

Fue Ponz también quien descubrió estos cuadros, que por espacio de doscientos cincuenta años estuvieron en el olvido. Ya en su tiempo, había que encender cirios y pedir licencia para subir a los altares, si se quería verlos. «Aseguro a usted—escribe el viajero—que son cuadros famosos, en los cuales veo el estilo del gran Leonardo.»

El fundador de la capilla, el canónigo D. Gómez Carrillo de Albornoz (fallecido en 1536), protonotario y tesorero de la catedral, que mandó construir dos de estos altares, había estado en Roma y en Bolonia, de donde pudo traerse los cuadros o al pintor mismo. La urna de pórfido del fundador, bajo el altar de la Piedad, procedía de Roma.

Algunas décadas más tarde, logró Cean Bermúdez, el autor del *Diccionario*, ver el testamento de este D. Gómez (de 23 de Mayo de 1531), y en él encontró también el nombre del pintor Hernando Yañes. Las disposiciones concernientes a este último pudo cumplirlas el testador mismo, efectuando además el pago del tercer retablo (*La Epifanía*), fundación de su primo D. Luis Carrillo y de su esposa D.ª Inés Barrientos. Notable es la indicación de que nada ha de haber allí plástico («de bulto»), salvo los marcos estilo Renacimiento («talla de lo roma-

no»), que todo ha de ser obra de pincel, así como también los términos en que habla del pintor: «Señor pintor, singular pintor».

Ahora bien; es cosa averiguada que el nombre de Yañes era conocido aún a principios del siglo. Palomino, en su *Museo* (III, 267), dedicó a este «gran pintor» seis líneas, plagadas por cierto de inexactitudes, diciendo que falleció por los años de 1600, a los cincuenta cumplidos de su edad, y que fue discípulo de Rafael de Urbino. Sin embargo, no anduvo equivocado al señalar el lugar de su nacimiento, Almedina, en la Mancha, donde vivió, y donde aún podía verse en la iglesia parroquial un retablo obra suya, la única de que Palomino pudo tener noticia. Almedina es una antiquísima aldea, cuya iglesia tuvo que cerrarse al culto hace sesenta años, por su ruinoso estado.

En el otoño de 1877, mucho antes de que los nombres de los maestros valencianos hubiesen sido discutidos, hizo el autor una excursión de Madrid a Cuenca, lo que suponía entonces veinte horas en diligencia. Gracias a la amabilidad del clero conquense, pudo ver los cuadros con toda comodidad.

La Epifanía.—María, grave, serena, llena de distinción, sentada en un banco rústico, estrecha contra su regazo al niño, que se aferra a las manos maternales, con la mirada vuelta al regio anciano. En torno suyo, un coro de compactas cabezas; más lejos, un anciano apoyado en su báculo, una elevada figura con un ropaje exótico y turbante. Se piensa en el cartón de Leonardo en los Uffizi.

La Lamentación—un robusto cuerpo de varón tendido a lo largo, un grupo de afligidas figuras, en cuyo centro sobresale una juvenil imagen, con las manos cruzadas junto a las mejillas;—a la derecha, a los pies, el puro perfil de la Magdalena; arriba, una inclinada cabeza de rizados cabellos.

La Crucifixión es la más borrosa. Junto a la cruz se ve arrodillado al fundador con el hábito de la Orden de Predicadores. Sólo la «predella» podía verse bien; en el centro, Cristo resu-

citado, entre San Pedro y San Pablo y los dos Juanes; y en el zócalo de las pilastras, dos episodios de la vida de Santa Catalina: el tormento de la rueda y la decapitación. La Santa tiene el rostro vuelto hacia arriba, como en el cuadro de Gaudencio Ferrari.

La disposición de las figuras carece de ambiente; los personajes se asoman demasiado al primer término, hasta dar casi en el borde superior. La ejecución es amplia, diáfana, bien fundida de color. Para hacer resaltar las figuras principales de las otras, el semblante del resto de las figuras y las figuras del fondo, se extralimitó un tanto el artista en el empleo del claroscuro. Pero la gracia que respira todo el cuadro hace sentir su hechizo a través de aquella oscuridad.

Ahora bien; quien al contemplar estos cuadros tenga presente lo que sobre los discípulos de Leonardo dicen las biografías anónimas, recogidas por MILANESSI (1872), no dudará que nuestro Hernando Yañes, que tal reputación había alcanzado, entretanto, en su patria, era el mismo que aquel FERRANDO Spanuolo, que estuvo al lado del maestro, cuando pintaba el cartón de Pisa (1504 5), en el palacio de la Señoría. Pero, al mismo tiempo, no podrá menos de acordarse de los valencianos. El autor observó entonces: «Los que más se le aproximan en España son los pintores de Valencia.» Y unos años más tarde, como volviese a ver los cuadros de Valencia, anotó: «Quizá de aquel Yañes.»

Por aquel tiempo no pudo comprobar el autor esta suposición, y la causa de ello no fue otra que la siguiente: El problema se había complicado aún más de lo que lo estaba. En 1881 pensaba yo investigar si aquellos nombres de Aregio y Neapoli no se habrían hallado recientemente en Milán o en Florencia. Y entonces precisamente tuve noticia de que en la Galería Cereda, en Milán, había un cuadro leonardesco, firmado FRANZISZO NAPOLITANO, y que el comendador MORELLI, al oír hablar de los cuadros de Valencia, había expresado su opinión de que acaso fuesen obra de este F. N. El

cuadrito de Milán muestra a la Virgen sentada en su trono, entre San Sebastián, de rizadas guedejas, y el Bautista, de aire abatido. Ahora bien; aun cuando en detalle no se pudiese confirmar la intervención del valenciano en esta obra, su carácter leonardesco era indudable. La traslación a un país extranjero, el mucho trabajo y la colaboración con otros, son circunstancias bastantes a explicar diferencias aún mayores. Así, pues, aquellas dudas tan fundadas vinieron a ser dudosas ellas mismas, pues aun cuando resultase comprobada la existencia del discípulo de Leonardo, Francesco Napolitano, en Milán; aun cuando fuese igualmente cierto que un Francisco de Neapoli trabajó en el coro de Valencia, allí donde, aunque más tarde—no mucho, sin embargo, para lo que puede durar la carrera de un artista,—se produjeron cuadros leonardescos; ¿quién hubiera osado afirmar, sin nuevos datos, la existencia de dos Francisco de Nápoles? ¿Cómo pudo ocurrir que los fresquistas de 1471, que aún no podían haber aprendido nada del estilo de Leonardo, se convirtiesen en los leonardescos de 1506? He ahí el enigma.

Ferrando de Llanos y Ferrando del Almedina.

Querer buscar algo en los copiosos archivos eclesiásticos de España, era en la época de mi excursión como pretender un milagro. Por lo demás, el paciente PAHONER, que registró el archivo local en sus catorce folios, no halló nada referente al autor de los retablos. Pero el canónigo Dr. D. ROQUE CHABAS, editor de la revista histórica *El Archivo*, se tomó el trabajo, por el cual merece gracias, de registrar de nuevo el protocolo del año 1506, y más pronto de lo que podía esperarse, dió con el contrato de las puertas de altar, de 1.° de Marzo de 1507, que nadie hasta entonces había visto. Dicho contrato lo reprodujo *El Archivo* en su número de Diciembre, tomo V, capítulo VI.

Los nombres de los pintores rezan allí: MESTRE FE-

RRANDO DE LLANOS y MESTRE FERRANDO DEL ALMEDINA (sic). El nombre del primero era desconocido en los registros de pintores españoles; el segundo, es nuestro Llanos. Entrambos procedían de la provincia de Cuenca; el lugar de Santa María de los Llanos se halla a doce leguas de Almedina. Son, por lo tanto, «manchegos», hijos de la Mancha, provincia que en todo el mundo se ha hecho célebre por haber sido la patria del más inmortal de los caballeros españoles. La remuneración que percibieron los artistas fue de 31.500 sueldos «de moneda real».

Están pintados los cuadros sobre ambas caras de seis sólidas tablas de unos 18 mm., recubiertas de lienzos múltiples. En el contrato se describe, además, el asunto—«seis gozos y seis hechos de Nuestra Señora»;—indicándose asimismo que en la pintura han de emplearse «finos colores al óleo», laca florentina y ultramarino.

Las indicaciones de los canónigos fueron atendidas al pie de la letra. Sobre un fondo de pintura cálida y oscura sólo resalta el blanco que da aún más vigor a los colores, el rojo y el azul en los paños y en el paisaje. Estos sencillos colores dan a las tablas una potencia cromática, saturada, que afecta a los ojos casi sensiblemente, y hace que se eche de menos un cuarto color o una tonalidad más rota, al mismo tiempo que comunica cierta monotonía.

Sin embargo, en las doce tablas se pueden distinguir con toda precisión los dos pinceles que en ellas colaboraron, pues los maestros se las repartieron por partes iguales: Seis tablas—*El Nacimiento de la Virgen*, *La Epifanía*, *El Descanso en la huída*, *La Ascensión*, *La Pentecostés*—son aquellas en que más se advierte el carácter leonardesco. Su autor demostró aquí haber estudiado los tipos de su maestro, que reflejan en las figuras de las tablas, y estar recién llegado de Florencia. Son las mismas delicadas figuras de mujer, de animada expresión, ya estén sentadas, de rodillas o en pie; la misma inclinación lateral de la cabeza, la misma dulzura en los ojos y en la boca; son los

mismos cuerpecitos infantiles regordetes, de caras mofletudas; idénticos ancianos, animados y enjutos, de profundas pupilas, sombreadas por espesas cejas y hombros subidos. La misma serenidad amable trasciende del *Descanso en la huída*, de *La Adoración de los Reyes* y de la suntuosa *Pentecostés*. El pintor es un maestro en lo de dar a sus figuras una expresión llena de encanto. En el *Parto de Santa Ana* ocupa el primer término una serie de cinco lindas doncellas, alegremente atareadas, mientras la parturienta las contempla tranquilamente apoyada sobre el codo.

Al muelle carácter de esta escuela le ha impreso su sello la avasalladora personalidad de Leonardo. Es una creación de la Academia milanesa, que se enlaza con la serie de los Luini, Marco D'Oggione, Cesare da Sesto. Pero allí, donde le faltaron los modelos del maestro, la labor del artista de Valencia no es tan satisfactoria; Cristo resucitado es una figura encogida, lamentosa, sin vida, de manos y pies desmesurados. Se halla de pie sobre un sarcófago con garras de leones decorado. José, en la huída, es una figura vulgar de campesino; aquellos mancebos que hay en *La Ascensión*, y que parecen de madera, se diría que son hijos de la Mancha que conservan recuerdos del Arno.

El otro maestro es el más inspirado, el de más sólida educación artística, el de estilo más grandioso y mano más firme. Obra suya son: *El Encuentro junto a la Puerta Aurea*, *La Visitación de la Virgen al Templo*, *La Visita a Isabel*, *La Adoración del recién nacido*, *La Presentación en el Templo*, *La Muerte de la Virgen*. El carácter de estos cuadros es más serio; la construcción de las figuras y el arreglo de los pliegues de los paños, más proporcionados; mayores las dimensiones, más firmes los rasgos fisionómicos. La composición es menos floja, y en este punto *La Muerte de María* debería ocupar el primer puesto. ¡Qué magnífica es la figura de la Virgen cubierta con el manto, en *La Visitación*! Y, sin embargo, no carece de gracia infantil. Se ve allí a la pequeña María, subiendo las elevadas gradas del Templo, con los brazos cruzados en actitud pensa-

tiva, los ojos vueltos a sus padres y a los alegres y ruidosos juegos que deja para siempre. La muchachita que lleva la cesta, con las ropas ahuecadas por el viento, es una auténtica figura florentina.

Estas reminiscencias de la pintura toscana de aquel tiempo no han pasado inadvertidas. HERMANN LUECKE les encontró (1872) «una fisonomía eminentemente florentina». A BERTAUX le recordaban Fra Bartolomeo, y el Perugino; IRIZONI hallaba en ellas rasgos lombardos al mismo tiempo que reminiscencias de Pier di Cosimo. A pesar de todo, el autor de estas tablas se halla más libre de esas influencias; tiene un carácter más español que su colega. Ahora bien; ¿cuál de estos dos italianizados hijos de la Mancha, que llevan el mismo nombre visigodo (Vredenand) es Yañes, el pintor de la capilla de Albornoz de Cuenca, y cuál el recién descubierto Llanos? La contestación a esta pregunta sólo puede obtenerse comparando las tablas de Valencia con aquellos tres cuadros, tan borrosos, cuya paternidad está documentalmente comprobada. En mi artículo de 1893, reuniendo mis recuerdos, había yo señalado a Yañes como autor de las seis tablas más leonardescas y más flojas desde el punto de vista artístico, designando al otro, el más inspirado, en mi concepto, como el recién descubierto Llanos. E. BERTAUX, que hace poco pudo estudiar el problema más detenidamente, y con ayuda de la fotografía, ha llegado a una conclusión totalmente distinta, a la que, bien mirado, no encuentro reparo que poner.

Los referidos maestros pudieron muy bien, una vez terminada esta gran obra, en época que no es conocida, quedarse residiendo en Valencia. En la nave de la catedral había aún dos tablas de los Santos Cosme y Damián, un anciano y un mancebo, piezas centrales de un retablo, en el cual hacía de «predella» la *Lamentación*, de la sacristía. Allí, entre un palacio con soportales y el sepulcro con el sarcófago, se dilata un amplio y risueño paisaje, en cuya lontananza se vislumbra el panorama de Valencia.

También en las provincias vecinas se encuentran de esas tablas. En una capilla de Barcelona (capilla de San Eloy, del gremio de los plateros), se conserva hoy todavía una *Madona*, con el niño, en medio de un paisaje cercado de episodios de su vida. En la catedral de Murcia, en una capilla del coro, vi yo uno *Desposorios* del año 1516.

Pablo de San Leocadio.

Pero ¿qué se hizo entonces de nuestros dos desposeídos italianos Pablo Aregio y Francisco de Neapoli? Aun concediendo que haya que borrarlos de la lista de los discípulos de Leonardo, no es posible relegarlos al limbo de los nombres que no dicen nada. Sobre todo al primero. «Sanabit qui percussit.»

En Gandía, en la iglesia parroquial, hay un retablo que goza desde hace mucho tiempo gran estima, y que consta de ocho tablas grandes y cuatro más pequeñas, más algunas figuras aisladas en los marcos («polseras»), fundación de los Borja. Alejandro VI compró Gandía en 1485 al rey Fernando para vincularla en su familia; en 1499 elevó a colegiata la iglesia de Santa María y le regaló ricos ornamentos. María Enríquez, viuda de Juan de Borja, duque de Gandía y Suesa, y su hijo Juan, ampliaron el edificio, y en 1501 encargaron al pintor Pablo de San Leocadio las pinturas del retablo, pagándole por ello 30.000 sueldos. Delante del altar se halla el sepulcro del fundador. Ahora bien; de los documentos recientemente descubiertos se desprende que este Pablo y el Pablo Aregio de Valencia, son la misma persona. En los documentos de la SEO, fecha de 1478, publicados por el Dr. Chabas, se le llama «mestre Paulo de sent leucadio, alias de Reschi», y también PAULUS DE REGIO; pero el pintor de Gandía firma PAULO DE SENT LEOCADIO, en latín PAULUS DE SANCTO LEOCADIO. Debe hacerse referencia a Regio, en el ducado de Módena, no a Arezzo.

Los cuadros de Gandía son puramente italianos. Grupos

simétricos de finas figuras, en dignas y comedidas actitudes, con semblantes que reflejan un apacible estado de alma, de tonos lila, gris oscuro en las carnes, y de matices apagados en los paños. Las escenas se desarrollan ante un paisaje azul, con suaves colinas al lado de valles amplios y apacibles, como en los cuadros de la escuela de Umbría. Las formas ornamentales acusan el estilo del Renacimiento, pero aún subsisten los característicos nimbos de oro. Los cuadros que en conjunto hacen una impresión uniforme y monótona, ganan examinados en detalle, y sobre todo, las cabezas de las figuras revelan a un pintor serio y de sensibiliad exquisita, pariente espiritual del Perugino. Obras del mismo artista hay en la capilla del palacio de Borja y en el convento de Santa Clara en Gandía.

En la crónica de MARTIN DE VICIANA (impresa en 1564) hay testimonios de haber pintado el mismo artista otros grandes retablos, en Castellón de la Plana y en Villarreal (1). Y aun a principios del siglo anterior se veían cuadros de un maestro, Felipe Pablo de Sancta Leocadia, sobre el altar de Santo Domingo de Valencia (1525). A juzgar por las importantes obras que le fueron encargadas, y por el epíteto de «solemne artefice» que le aplica el cronista, debió ser tenido en el

(1) Libro segundo de la *Crónica* de la inclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino, compilado por Martín de Vicyana. *Valencia*, por Juan Navarro, 1565, pág. 13 (Gandía): «El retablo principal es de Imvocación de Ntra. Sra. la Madre de Dios, con figuras de muy prima y delicada labor, e fue hobra del solemne artefice que conoscimos, Maestro Paulo de San Leocadio.»

Libro tercero, etc., pág. 132 (Villarreal): «La iglesia principal es de título de Santiago Apóstol con un retablo de muy primo lauor de mano de Pablo de Santo Leocadio, que costó de hazer mil y quinientos escudos.» Página 186 s. (Castellón de la Plana): «El retablo principal de la yglesia es el mayor del reyno, es hermoso y fue labrado de mano de Pablo de Sancto Leocadio, solemne artefice.»

La mayoría de los bibliógrafos sólo menciona el tercero y cuarto tomo de esta rarísima obra. El primero ha debido perderse. Del segundo posee un ejemplar incompleto la Biblioteca de la Universidad de Valencia.

siglo XVI por uno de los primeros artistas valencianos. Del retablo de Castellón, que era el mayor del reino, no he podido encontrar la menor huella. Pero del de Villarreal se conservaban todavía las tablas sueltas en muy buen estado, en la sacristía de la nueva iglesia de Santiago, edificada en 1750. Ahora bien; esas tablas dan una impresión más concreta, más viva, del maestro. Este se nos muestra allí más juvenil, impregnado aún de reminiscencias italianas.

Los hechos del apóstol Santiago están llenos de vida, expresados con el realismo de aquel tiempo y con potente colorido; hay entre ellos preciosos cuadros de época (por ejemplo, *Los feligreses escuchando el sermón*); la suntuosa arquitectura es toscana.

La historia de la pintura valenciana, que en nuestros días ha renovado su antigua gloria de modo tan brillante, se ha enriquecido así con nombres que, sobre todo uno (el de Yañes), habían caído en un completo olvido. Allí mismo, donde creó una obra maestra, nadie le recordaba. E. Bertaux, que se propone darnos la historia, que tanta falta hace, de los primitivos españoles, ha añadido además a estos nombres los de Jacomar Bacó, Maestre Rodrigo y su hijo que, hasta ahora, sólo era conocido por la gran *Epifanía* del Museo de Kensington. La memoria de este maestro fue oscurecida por pintores como aquel Vicente Juanes, aunque este «Rafael español», tan estimado entonces y después, sólo fue un agradable amanerado, un epígono cuyas facultades no llegaban a las de los antiguos de quienes procedía.

CARLOS JUSTI

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

JUANA LA LOCA

(*Conclusión.*)

No hay duda ninguna de que Juana fuera vigilada cuidadosamente por los agentes de su padre y de Cisneros; y, aunque en apariencia obraba libremente, cualquier intento de independencia o de entrar en alguna combinación política que no fuera de la conveniencia de ellos, hubiera sido reprimido al punto. Su enfermedad mental no había de negarse ciertamente por su padre o sus agentes, que tenían impaciencia por recluirla, tanta como había tenido su marido. Hechas, sin embargo, toda clase de deducciones, es indiscutible que en su estado de enfermedad hubiera sido Juana desastrosa para el país si se le hubiera consentido ejercer pleno mando político en aquella ocasión, aun con su anuencia propia; pero si Fernando no se dejara guiar únicamente de sus propios intereses, la desdichada mujer pudiera, después de su llegada, haberse asociado a él en el gobierno, y conservado, a lo menos, su libertad personal y su soberanía aparente.

Jiménez, en tanto, ponía firmemente su mano en el gobernalle del Estado. Las grandes Ordenes militares, de que Fernando era perpetuamente Gran Maestre, estaban a su obediencia, y le daban fuerza para poder sujetar a los nobles (1),

(1) Cisneros levantó, además, una fuerza de mil lanceros, al mando de un jefe italiano, para robustecer así sus decisiones.

así como al partido flamenco, que reclamaba para el emperador Maximiliano la regencia de Castilla, como representante de Carlos, hijo del difunto monarca. El gran Cardenal, fuerte mucho más que ningún otro en España, preservó así a Castilla de la anarquía hasta la llegada de Fernando, en Julio de 1508. Sus procedimientos eran, es cierto, arbitrarios y contra la Constitución del Estado; porque a la Reina, quisiera o no quisiera, no se la permitía obrar; pero, al fin, Cisneros gobernó en este período de crisis suprema, como lo hizo en otro de crisis aún más aguda, a la muerte de Fernando, ocho años después; y cuando Fernando volvió eventualmente de Nápoles, todo estaba preparado para gobernar él en Castilla, en armonía con los planes de la Casa Real aragonesa.

A tan alto grado había subido el triunfo de Fernando en el interior como en el exterior de sus reinos. La muerte de Felipe obligó a Enrique de Inglaterra a cambiar de actitud y buscar la amistad del rey de España. Catalina de Aragón, princesa viuda de Gales, tan ignominiosamente abandonada y maltratada, encontró nuevamente en su suegro el inglés rostro sonriente y amable. Para complacerle, consintió ella en negociar el matrimonio entre Enrique VII, viudo recientemente de la reina Isabel de York, y la pobre Juana, que languidecía al lado del cadáver de su marido en Torquemada. La proposición era diabólica, porque la locura de Juana y el insano afecto a la memoria de su marido eran conocidos por dondequiera; pero Catalina de Aragón no tuvo escrúpulo en estimular tal enlace para mejorar su posición propia en Inglaterra. Fernando acarició benévolamente tan burda proposición. Erale buena coyuntura para ganar algunas concesiones, como el pago de la viudedad de Catalina, que de hacía tiempo se le debía, sin lo cual Enrique amenazaba destruir el casamiento de ella con su propio hijo y heredero. Fernando escribió, pues, de Nápoles suplicando que la proposición de casar a Juana se mantuviera secreta hasta que llegara él a España, o Juana, de otra suerte, «haría algo para impedir su realización»; pero le prometía

que, de casarla, no había de ser con otro que con su cuñado de Inglaterra.

Cualquiera que fuese la intención verdadera de Fernando, y parece muy lejos de toda verosimilitud que pensara en facilitar a tan poderoso señor como Enrique Tudor poner su planta en Castilla como regente o de cualquier otra manera, es lo cierto que su agente en Inglaterra estaba completamente entusiasmado con aquel plan de sacar a Juana de España. «Ningún rey en el mundo—escribía él en 1507—podría hacer tan buen marido (como Enrique VII) para la reina de Castilla, ahora esté sana o no. Podría recobrar su razón casándose con persona semejante; pero, aun en este caso, el rey Fernando podría tener la seguridad de conservar la Regencia de Castilla. Por otra parte, si la insania de la Reina resultaba incurable, no sería ello inconveniente para vivir en Inglaterra. Los ingleses parece que no dan mucha importancia a esta su enfermedad, sobre todo cuando se evidencia que su enfermedad mental no la impide tener hijos» (1).

Mientras Catalina en Inglaterra estaba «cebando» a Enrique VII para su provecho particular con el bocado tentador del matrimonio con Juana, y el rey de Francia ofrecía la mano de un príncipe francés, la reina de Castilla permanecía en letárgico aislamiento en Torquemada, aunque la llaga se le recrudeció aquel verano: algún fraile desvergonzado le había dicho que Felipe volvería otra vez a vivir con ella; y allí, obstinadamente, quiso permanecer y afrontar este caso; y cuando la instaron a trasladarse a la vecina ciudad de Palencia, donde podía proporcionársele más comodidades, decía que no era conveniente que una viuda se presentara en público, y todo cuanto pudieron lograr que se moviese fue hacerla llegar a una pequeña población, llamada Hornillos, a pocas millas de Torquemada, adonde pasó en el mes de Abril (2). Hablaba poco,

(1) Puebla a Fernando: *Spanish Calendar*, vol. I, pág. 409.

(2) Pedro Martyr: *Epistolæ*.

y, salvo oír música, a que era grandemente aficionada, no tenía otra distracción; pero no pocas cosas acreditan que, a pesar de sus extravagancias, no estaba privada por completo de juicio. Cisneros había obtenido de ella un decreto destituyendo todos los consejeros nombrados por Felipe. Estos favoritos de su marido se pusieron, naturalmente, furiosos, y pidieron audiencia a la Reina en Hornillos. Recibiólos en la Iglesia donde el cuerpo de Felipe estaba depositado. «¿Qué traéis al Consejo?»—les preguntó.—«Venimos disgustados por un decreto emanado y suscrito por Vuestra Alteza»—replicaron.—Entonces tuvo lugar un violento choque de palabras, y Juana, volviéndose al marqués de Villena (1), que estaba tras ella, le dijo que su mucha audacia le acarreaba a ella tal afrenta. Luego declaró con tono resuelto que era su deseo se volviese cada uno a la posición u oficio que tenía antes de venir con su marido a España; y así, cuando Don Fernando llegara, encontrara todo como antes de partir. Esto constituía, ciertamente, una victoria para el partido de Fernando, pero es claro que Juana sabía perfectamente lo que se decía en aquella ocasión (2).

Al fin, a principios del otoño de 1507 llegaron alegres nuevas de que Fernando había desembarcado en Valencia, y,

(1) Villena era contrario a Fernando; no obstante lo cual, la Reina le dispensaba afecto. Ella pensó, probablemente, que hubiera sido él el inspirador de la protesta.

(2) El recelo castellano por el gobierno aragonés, que era realmente lo que prestaba coherencia a los partidarios de Felipe, no dejó de respirar nunca; y si no hubiera sido por la firmeza de Cisneros y por la diplomacia de Fernando, se hubiera, probablemente, apoderado una liga de nobles de Juana, en aquella ocasión, y hubieran gobernado en su nombre. Muchos de los señores castellanos más poderosos aparecen protestando contra la cesión del gobierno en manos de Fernando. Existe en el archivo de Frías una protesta, fechada en 19 de Junio de 1507, antes de que desembarcara Fernando en Valencia, firmada por el marqués de Pacheco, repudiando solemnemente a Fernando como Rey, jurando lealtad a Juana y atribuyendo todo lo que ésta hacía a intimidación y fuerza. Como estas protestas se mantuvieron secretas, nada arriesgaron los nobles por entonces.

acompañado de numerosas tropas, estaba entrando en Castilla, siendo probablemente acogido por los nobles y el pueblo, en general (1). Tan pronto como Juana supo que su padre había entrado en su reino, hizo cantar un *Te Deum* en la iglesia de Hornillos, y salió a recibirle llevando consigo, como siempre, el cadáver de su marido, y viajando sólo de noche, como era su costumbre ahora. En un lugar llamado Tórtoles, a doce leguas próximamente de Valladolid, se encontraron padre e hija. El Rey se acercó rodeado y seguido de multitud de nobles y prelados. Esperábale a la puerta de la iglesia Juana, acompañada de su hermana bastarda la marquesa de Denia, y según que él se descubría, ella se echó atrás el negro capuchón que, a guisa de viuda flamenca, llevaba, y se despojó de la blanca cofia que tapaba sus cabellos. Echándose a los pies de su padre, quiso besarle la mano; pero él se arrodilló también y la abrazó tiernamente, conduciéndola por la mano a su casa. Dió Juana a su padre toda muestra de sumisión filial, y, después de varias conferencias privadas entre ambos, Fernando anunció que ella había delegado en él el gobierno de Castilla.

Pocos días después, se dirigió toda la corte a un pequeño lugar llamado Santa María del Campo, a pocas leguas de Burgos, viajando Juana, como de costumbre, por la noche, acompañando al ataúd, y allí en Santa María fue celebrado el servicio funeral de aniversario por Felipe (25 Setiembre 1507), y Jiménez de Cisneros recibió el capelo cardenalicio, aunque Juana no permitió que tuvieran lugar ceremonias de regocijo en la misma iglesia que guardaba los restos de su marido. Con mucha fatiga, logró Fernando persuadir a su hija a que le acompañara a una población más grande, donde encontraría más solaz, y al fin, a principios de Octubre, salieron, viajando Fernando de día y Juana de noche. Mas, súbitamente, Juana

(1) El marqués de Villena había sido repuesto a su lado, y poco después, D. Juan Manuel fue sobornado para que devolviera el Alcázar, aunque él se retiró a Flandes, porque no tuvo nunca fe en Fernando. El único noble que permaneció sin rendirse fue el duque de Nájera.

comprendió que se encaminaban a Burgos, la ciudad fatal en que Felipe había muerto. Ninguna consideración pudo inducirla a dar un paso en aquella dirección, y así se alojó en Arcos, a poca distancia de allí, mientras Fernando se instaló en Burgos con su joven esposa francesa, a quien Juana recibió cortésmente.

En Arcos Juana, con sus dos hijos, Fernando y Catalina, vivió su vida extraña, solitaria, por diez y ocho meses, interrumpida únicamente por Fernando, cuando, de vuelta de Andalucía, donde había ido a arreglar su situación, decidió llevarse a su predilecto nieto y tocayo. Juana se irritó bravamente cuando supo que le había sido arrebatado su hijo, y no se puede menos de creer que esta irritación le agravó notablemente la enfermedad por algún tiempo, aunque se dice que olvidó al niño poco después. Da idea curiosa de su vida en Arcos la carta del obispo de Málaga, su confesor, al Rey (fecha en 9 de Octubre de 1505), en que se leen estas palabras: «Como antes escribí, desde que Vuestra Alteza nos dejó, la Reina ha estado tranquila de dicho y de hecho, y no ha injuriado y molestado a nadie. Me olvidaba decir que no se ha cambiado de ropa interior, ni vuéltose a peinar, ni lavado la cara. Dícenme también que sigue durmiendo en el suelo, como antes. Vienen luego varios pormenores de índole facultativa, y de que infiere el obispo que la Reina no vivirá largo tiempo. «A esta falta de cuidado para con su salud se une el poco caso que hace del aseo de su persona. Su falta de limpieza es grande, tanto en su rostro como, según dicen, en las demás partes, y come con los platos en el suelo y sin mantel alguno. Pierde muchas veces la misa, porque suele almorzar a la hora en que se celebra, y no encuentra ocasión de oirla antes del medio día» (1).

Antes de marcharse para reprimir la revuelta de Andalucía, tomó Fernando sus medidas eficaces para prevenir que Juana sirviera de instrumento de facción. Había intentado sin

(1) Copiada por Rodríguez Villa.

éxito hacer valer su ascendiente sobre ella para que se marchara a la lejana ciudad de Tordesillas, a la ribera del Duero, donde había un palacio fortificado que ofrecía más comodidades y era más apropiado para habitación suya, sin contar con que el clima era más bueno; pero había apostado en los alrededores de Arcos numerosas tropas mandadas por fieles partidarios suyos con la consigna de que si la Reina al fin se dejaba persuadir por su séquito y marchase a Tordesillas, allí la custodiarían las tropas tan rigurosa y vigilantemente como aquí. Pero Juana, obstinadamente, se negó a moverse, y Fernando la volvió a encontrar cuando volvió de Andalucía en Febrero de 1509. Mientras había estado ausente, el gran magnate en cuyo distrito de Burgos se halla enclavado Arcos, el Condestable de Castilla y Conde de Haro, había entrado en componendas con el emperador Maximiliano para suplantar a Fernando por su nieto Carlos, niño a la sazón de nueve años; y el asegurarse para impedirlo de la persona de Juana, era cosa de la mayor importancia. Fernando decidió, en consecuencia, que de grado o por fuerza fuera Juana instalada allí, donde estaría a salvo de ser capturada por sorpresa. Cuando la visitó en Arcos, la encontró débil y flaca a consecuencia del frío y del clima insalubre (1). «Su vestir era tal, que casi no es permitido nombrarlo así, y todo lo demás por el semejante, que parecía del todo imposible que pasara otro invierno si continuaba en aquel género de vida.»

Permaneció el Rey con ella algunos días, sin proferir palabra sobre el asunto desagradable de alejarla de allí; pero el 14 de Febrero de 1509, la había hecho levantar a las tres de la mañana—porque sabía que no quería viajar con la luz del día,—y le dijo que se preparaba a partir. No ofreció ella resistencia; solamente solicitó que se la permitiera diferir el viaje algunos días, lo que le fue concedido; y entonces consintió en desechar los inmundos harapos que llevaba y en vestir más limpias ves-

(1) Está Arcos cerca de Burgos, punto de los más fríos de España.

tiduras antes de ponerse en camino para su nueva morada, llevando consigo a su hija menor, Catalina, no menos que el cadáver de Felipe en su gran féretro arrastrado por cuatro caballos que, como de costumbre, no había de abandonar en el viaje. Aunque era anochecido cuando salieron, ya se apiñaban numerosos grupos de gente en el camino de Burgos para ver a su Reina, que por tanto tiempo les había estado oculta, y que, en el sentir de muchos, se la tenía por muerta.

Cuando el sol mañanero del tercer día, matizaba con sus oblicuos rayos los pardos y desnudos barbechos que por espacio de varias leguas se extienden hasta Tordesillas a una y otra ribera del turbio Duero, pasaba el antiguo puente aquella triste y soñolienta cabalgata. Entre la calle principal y el río se alzaba el alcázar con sus muros austeros y sus mezquinas ventanuchas que daban vista al convento de Santa Clara, y sus lindos claustros y catedral de gótico estilo. Entró a caballo en el palacio, acompañada de su padre, velada en el rostro, Juana la reina de Castilla, y luego, por cuarenta y siete interminables años, aquel palacio fue su prisión, hasta que a los sesenta y seis, cascada y decrépita, pero rebelde y tenaz hasta el fin, le llegó la hora de reunirse con su marido, tan largo tiempo añorado, en el espléndido enterramiento de Granada. Desde las ventanas del primer aposento que ocupó en el palacio, podía ver el ataúd de Felipe, depositado en el claustro del convento, y en los primeros años de su reclusión, velaba el cadáver casi todas las horas que no dedicaba al reposo, y en alguna rara ocasión, estrechamente vigilada, asistía a algunas ceremonias funerales que se celebraban en honor del difunto, hasta que su hijo el emperador Carlos, nada considerado, o por vencer su resistencia o porque tal vez encontrara aquel extremado capricho cosa añeja, trasladó los deleznables despojos de Felipe a su último lugar de reposo, mientras Juana la Loca suspiraba por su libertad con altiva desconfianza en el corazón y con oprobios en la lengua para todo cuanto sus opresores tuvieran por sagrado.

Ninguna ventaja traería, ya que fuera posible, ir siguiendo día por día la vida monótona de Juana durante sus largos años de confinamiento; pero en ciertos momentos críticos de la historia política de su nación, su personalidad asumía importancia especial, y en estas ocasiones, la iluminaba cierta luz que nos permite explicar hasta cierto punto la realidad y extensión de su mal, y deducir que la causa de sus continuas reclusiones obedece a su laxitud en la observancia religiosa. Mr. Bergenroth, en su introducción a los primeros volúmenes del *Calendario de papeles de Estado españoles*, insiste porfiadamente en la idea de que Juana no estaba loca del todo, y que fue única y sucesivamente sacrificada a la ambición del padre, del marido y del hijo. Considerados atentamente los documentos de mi docto predecesor en la publicación del *Calendario diplomático*, y muchos de los que custodia la Real Academia Española de la Historia que él no conoció, me creo en estado de poder alcanzar la misma conclusión. Las relaciones dispersas acerca de su conducta tan numerosas, y muchas de ellas tan desapasionadas, no dejan en mi espíritu la menor duda razonable de que, después de la muerte de Felipe, y sea cual fuere la situación anterior, Juana no era responsable de todas sus acciones. Se nos aparece en muchas ocasiones, como capacitada para discutir asuntos complicados con entera razón, cosa no imposible en sujetos desvariados, pero sus explosiones de rabia contra las ceremonias religiosas, su desaseo personal, su persistencia en rehusar todo alimento por días enteros, y otras aberraciones, no sólo indican claramente su frenesí, sino que fueron síntomas repetidos en su biznieto Don Carlos, quien, sin género de duda, era demente. A la vez es segurísimo que no hubo motivo para encerrarla tan rigurosamente, sin ninguna comunicación y con poderosa guardia, como no fuese el temor en Fernando, y después en Carlos, de que la utilizaran las ligas de los nobles para debilitar el poder de la corona de Castilla (1). Que este temor no era infundado, ya se ha visto, y en

(1) Y en período posterior, cuando el peligro concluía, el temor del es-

cierta ocasión, como ahora veremos, el peligro era inminente. El que no se aprovechara Juana de la ocasión que se le ofreció después de lamentarse amargamente de los malos tratos que sufría, es, en mi opinión, la mejor prueba de que no estaba en condiciones de gobernar independientemente.

Fernando murió en Enero de 1516, dejando todos sus reinos a Carlos, que se hallaba entonces en Flandes, en atención a la «incapacidad mental» de Juana. Casi a punto de expirar intentó dejar a España dividida para favorecer a su hijo menor, Fernando; pero hubo de ceder ante las monitorias de su Consejo. Jiménez de Cisneros fue designado Regente hasta que el nuevo Rey llegara; y cuando el cardenal Adriano, embajador de Carlos, reclamó la Regencia, en virtud de la autoridad secreta que invocara Cisneros, le aceptó como colega, pero no hizo de él cuenta ninguna. Hasta esta época había estado Juana asistida de la diligencia de Mosén Ferrer aragonés y fiel amigo de Fernando, y a quien acusaba la fama de haber envenenado a Felipe: la dama de compañía principal era la condesa viuda de Salinas. La guardia personal de la Reina estaba confiada a los incorruptibles monteros de Espinosa, y algunas compañías de castellanos en servicio dentro y fuera de Palacio. Mosén Ferrer era aborrecido especialmente por la gente de Tordesillas, y por la escolta castellana de la Reina, porque se afirmaba que la había tratado cruelmente, y no se cuidaba de asistirla debidamente. Dió Ferrer órdenes terminantes de hacer ignorar a Juana la muerte de su padre; pero noticias tales no podían permanecer ocultas, porque toda Castilla estaba en vilo por conocer los sucesos de actualidad.

Muchos de los nobles circundaron al joven Fernando, y proclamaron Castilla por él a uno de los últimos deseos de Fernando, y no pocos dirigieron sus miras a Doña Juana. Cuando ésta supo al fin las novedades, se sintió muy contrariada al ver

---

cándalo que en una Corte tan fanática había de causar el aborrecimiento feroz de Juana al culto religioso.

que Jiménez de Cisneros no seguía en el lugar en que el Rey había muerto; pero se tranquilizó al oír que estaba en camino, y que asumiría presto el mando. No bien hizo pública en Tordesillas la muerte de Fernando, cuando sus ciudadanos y las guardias de Castilla intentaron entrar en las habitaciones de la Reina y expulsar a Mosén Ferrer; pero éste y los monteros de Espinosa (1) se mantuvieron firmes, y por algunas se prolongó esta situación. Las guardias condujeron allí a un clérigo exorcizador para que sacase los diablos del cuerpo de la afligida Reina; pero Ferrer no les permitió en la sala; con todo, ellos se detuvieron en la antesala, donde, sin que la Reina se percatara de nada, llevaron a cabo sus inútiles exorcismos a través de un agujero de la puerta. Así que Jiménez se hizo cargo de la Regencia, mandó a Tordesillas al obispo de Mallorca para poner orden en los asuntos. Ferrer, grandemente indignado por las acusaciones que se le hacían, escribió una carta al Regente, que, leída atentamente, nos revela muchas cosas. ¿Por qué había él de atender solícitamente a la Reina, cuando el propio padre no lo había hecho? Y si era tan mala persona cómo se decía, ¿por qué el prudente Fernando había confiado su hija a su solicitud? Esto no satisface verdaderamente; pero cuanto dice de sí por defenderse agrava las cosas. Escribe, por ejemplo, que si se ha decidido a torturar a la Reina, lo ha hecho por evitar que ella, prosiguiendo en sus privaciones, pereciera de inedia. Deplora amargamente que, aunque no se le ha despedido, le han impedido acercarse a la Reina, por temer que esto acarreara daño a su salud. Cisneros, comprendiendo tal vez que Ferrer se había conducido en forma más favorable a los intereses de Aragón que a la salud de Juana, le dejó marchar, y nombró al duque de Estrada sustituto suyo en la custodia de la Reina.

(1) Este cuerpo, que gozaba de extraños privilegios, había tenido siempre la misión de custodiar las personas de los soberanos dentro del Palacio. Su selección recaía por derecho solamente en moradores de la ciudad de Espinosa.

Las primeras instrucciones que el nuevo rey Carlos, de edad de diez y seis años no más, envió al Regente Cisneros, se referían a Juana. Su vigilancia era tan importante, decía, que había acordado, en vista de las disensiones de los españoles, encomendarla a un flamenco. Hasta tanto que se designara quién había de ser, prevenía que «fuera muy bien tratada, y al mismo tiempo tan diligentemente custodiada, que ninguno, deseoso de contrastar mis buenas intenciones, pueda salir con su empeño. A mí me concierne más que a nadie velar por el decoro, satisfacción y contentamiento de la Reina; y si alguno intenta estorbarme, causáralo algún designio malicioso» (1). Sin embargo, muchos osaban intervenir para murmurar sospechas a los oídos de Juana contra el hijo mayor de Juana, que era flamenco, porque se interesaban mayormente por el menor, Fernando, a quien su madre y los españoles querían mejor. Cuando en Setiembre de 1517 uno de los monteros se acercó a ella y le dijo: «Señora, nuestro soberano Señor el Rey Carlos, hijo de Vuestra Alteza, ha llegado a España», Juana prorrumpió en extremado furor: «Yo sola soy la Reina—dijo; —mi hijo Carlos no es más que el Príncipe»; y siempre, en lo sucesivo, se resistió a llamarle Rey.

Carlos y su hermana Leonor fueron a Tordesillas, en Diciembre, a ver a su madre. Xevres, tutor y consejero de Carlos, vió primeramente en qué modo la conmovieron las noticias de la llegada de sus hijos; y cuando poco después entraron aquéllos en la sala, y se arrodillaron ante ella, se enajenó de alegría al ver ya en la flor de su adolescencia los que había dejado aún niños doce años antes. Cuando se retiraron Carlos y su hermana, Xevres no perdió tiempo en decir a la Reina que para aliviarla de sus ocupaciones y acostumbrar a Carlos al gobierno, consentiría en encomendarle el de España.

(1) *Calendario: Documentos diplomáticos de España.* Suplemento al volumen I. Todos los citados para este período de la vida de Juana proceden de la misma fuente y de la colección de la Real Academia de la Historia (Rodríguez Villa).

Juana no hizo grande oposición; pero es claro que su intención era que él administrase el Gobierno a nombre de ella, y no en el suyo propio, como él hizo después; y cuando, pocos meses después, reunió Carlos las Cortes de Valladolid, éstas le confirmaron el Poder meramente como soberano adjunto, recelosos como eran de los flamencos, a condición de que si Juana recobraba sus facultades, en ella habría de resignarse el Gobierno (1). En lo sucesivo, Juana, aunque su nombre seguía apareciendo en edictos y decretos, había muerto políticamente.

Durante su estancia en Tordesillas, Carlos pudo conocer con aflicción la triste suerte de su hermanita Catalina, a la sazón de once años. Juana estaba seriamente encariñada con la niña; hubiera sido difícil apartarla de su compañía. Las habitaciones de Catalina estaban detrás de las de la Reina, y no se podía entrar en ellas sin que de ello tuviera Juana noticia; el único recreo de Catalina era mirar á través de una ventana que habían hecho para ella, y desde donde veía la gente que iba a la iglesia emplazada enfrente del palacio, y a los niños que jugaban en la callejuela que conducía al río, y a quienes ella estimulaba en sus juegos echándoles monedas. Nunca había dejado el palacio, e iba vestida de tan mezquinas ropas como las que la Reina misma llevaba. Carlos, al conocer que Juana nunca se separaría por su voluntad, maquinaba

(1) Por una larga serie de intrigas, Xevres había seducido a Jiménez a que Carlos y Juana fueran proclamados soberanos adjuntos, aun antes de la llegada del príncipe. El Papa y el Emperador habían sido persuadidos a dirigirse a Carlos como rey católico a la muerte de Fernando; pero, a vista del descontento de los nobles castellanos, hubo Carlos de hacer toda clase de promesas, residir en España, respetar las tradiciones españolas e impedir el empleo del dinero del reino en empresas extranjeras, a lo que se hacía también referencia con respecto a Juana, antes de ser él plenamente reconocido. Rompió de golpe muchos de estos compromisos, lo que precipitó el gran levantamiento de los comuneros. Véase *Vie de Chièvres*, por Varilla.

cruelmente ciertos planes para sustraerla. Hizo que se practicara un pasaje hasta su habitación desde una galería contigua, a través de una pared cubierta de tapices, y la niña y sus sirvientas fueron conducidas a altas horas de la noche al extremo opuesto del puente que por aquella parte cruza el Duero, adonde les aguardaba numerosa escolta de jinetes y mujeres. De allí escaparon como fantasmas a Valladolid, donde con toda pompa y esplendor fue alojada en el palacio de su hermana Leonor. Cuando al siguiente día se dió cuenta Juana de su pérdida, fue presa del mayor desconsuelo. Declaró que no comería, ni bebería, ni dormiría hasta que le devolvieran a su hija; y pasados dos días, en que con toda tenacidad cumplió su resolución, se halló el Rey sin saber qué hacer, porque le desagradaba el género de educación que al lado de ella le esperaba, considerando que las princesas eran cosa de interés para arreglos dinásticos e internacionales; mas no hubo otro remedio que devolvérsela. Acompañola Carlos mismo a Tordesillas, entrando en tratos con Juana; la niña había de tener compañeras y doncellas más acomodadas a su condición, habría de vestir de manera más conveniente a su clase, y se la había de permitir más facilidad de vida y alguna más libertad fuera del palacio. Convino en ello Juana, y Catalina vivió a su lado hasta que tuvo lugar su boda con el rey de Portugal, seis años después.

En Marzo de 1518, Carlos nombró para la custodia de la Reina al marqués de Denia, que permaneció en tal cargo hasta su muerte, sucediéndole en él su hijo. Al poco tiempo de su nombramiento escribió una carta al Rey, en la que se aclaran muchas cosas respecto a la condición misteriosa de Juana. Había intentado ésta, persistentemente y con hábiles discursos, dignos de notar en persona que pasaba por padecer quebranto en su salud mental, persuadirle de que la sacara de su encierro, y convocara a los nobles de Castilla y les hiciera saber cómo estaba descontenta del camino que tomaban las cosas del Gobierno, y quería de ello quejárseles. Trae pormenores

sobre las excusas con que da de mano a tales incitaciones, y deja traslucir que no faltarán halagos y promesas para triunfar en esta tentativa; pero da seguridades a Carlos de que «no se emprenderá nada contra los intereses del Rey», por más que otra cosa se hubiera querido significar. En esta misma carta, sin embargo, se perciben señales de la innegable locura de Juana. Un día o dos antes de estas cosas, había lanzado unas vasijas a dos de sus mujeres de servicio y lastimádolas; cuando Denia llegó adonde esto pasara, y con semblante severo la reprendiera diciendola: «¿Cómo así, señora? ¿Paréceos manera de tratar a las sirvientas? Vuestra madre mejor las trataba», Juana se levantó violentamente, y con insultos las despidió, causándolas espanto. «No soy tan cólerica que me atreva a ofenderos», dijo; y empezó de nuevo, y durante los cinco días que se siguieron, a emplear halagos para lograr de él que las despidieran, «porque no es capaz de soportar, dice, a semejantes mujeres».

En contestación a esto, amonesta Carlos al marqués para que sus conversaciones con la Reina nunca sean entendidas de ninguno, y que sus cartas todas se remitan con el mayor sigilo. De esta suerte, cada pocos días llegaban noticias al joven monarca alegando alternativas de mejoría y de retroceso, sin que faltara nunca lo de querer evadirse, los disgustos con las sirvientas y la irregularidad extrema en el aseo y las comidas, que muchas veces pasaba sin hacer, con intervalos de dos días. Por aquella época empezó también a manifestar su repugnancia por asistir a la misa. Parece que las mujeres de su compañía dieron lugar a grandes trastornos; siempre andaban callejeando por la población, contando a la gente lo que en Palacio pasaba, y cuanto hacía la Reina, especialmente sobre religión y su voluntad de escaparse y concitar a los nobles castellanos; y, lo que era peor, desafiaban a Denia a que las despidiera, hasta que por fin el Rey le otorgó plena autoridad sobre ellas, y él logró así reducirlas a razón. En el otoño del mismo año, 1518, hubo una epidemia en la comarca, si bien

Tordesillas no padeció de ella mucho, merced al cuidado escrupuloso con que se procuró aislar el Palacio. Con todo, había que pensar en el traslado de la Reina. «Si es preciso—escribía el marqués,—se necesitarán mulas ensilladas y con jaeces de terciopelo negro para la Reina e Infanta... también será menester llevar el cuerpo del Rey, vuestro padre, y en tal caso, acondicionar mejor el carro en que transportarle, porque está ahora desmantelado.» Carlos se oponía a toda traslación si fuera posible; pero si era de todo punto inevitable, habíase de conducir la Reina al Monasterio de San Pablo de Moraleja, junto a Arévalo. Si se negaba a ir allí, se la llevaría a la fuerza; pero con todo el respeto posible, y procurando que de nadie fuera vista en el camino. Si era preciso llevar el cádaver de Felipe con la Reina, se podría hacer un féretro postizo y llevarlo, dejando el auténtico en Tordesillas.

Cesó la epidemia y no se verificó la traslación, y así continuó la vida de Juana en la misma manera de antes.

Consumida y atribulada, sentía, tan obstinadamente como siempre, las excitaciones apremiantes que se le hacían para que oyera misa, si bien más de una vez mostró vehemente deseo de celebrar la Semana Santa y ciertos aniversarios en el convento de Santa Clara, y en varias ocasiones tenía las ropas limpias y preparadas para el gran acontecimiento. Denia estuvo siempre propicio a satisfacerla en este linaje de pretensiones, pero siempre bien vigilada; de modo que la gente de la ciudad repetía a cada momento lo de que tenía a la Reina presa. Muchos esfuerzos realizó Juan de Avila, su capellán, para reducirla a mejor temple de espíritu en las cosas de religión, y en Junio de 1519 escribía una curiosa carta al Rey, estimulándole a cumplir sus deberes con respecto a la madre, «especialmente para la salvación de su alma». Quizá en contestación a esta carta reforzó Carlos sus órdenes a Denia, para lograr que la Reina se prestara a oír la misa. Ella querría oirla celebrada en un extremo de una galería, en lugar de hacerlo en una sala próxima a su aposento, como Denia deseaba; y al fin

hubo de ceder éste, permitiéndosele que la oyera a su gusto; y así se preparó un altar y una capilla, con colgaduras de terciopelo negro, en el lugar manifestado por la Reina. Todo anduvo durante el oficio con gran devoción, hasta que le trajeron a besar la Paz, a que se negó; pero tuvo empeño en que se la administraran a su hija.

La asistencia a la misa perseveró algún tiempo, con inmenso regocijo del marqués y de los sacerdotes; pero cuando se acercó el día en que Carlos había de salir de España para recibir la corona imperial de Alemania, a consecuencia de la muerte de Maximiliano (Enero 1519), la efervescencia y descontento de Castilla, al saber que el Rey se ausentaba, llevándose consigo el dinero español para fines extraños, penetró por misteriosos caminos en la cárcel-palacio de Juana la Loca. Horas enteras estuvo apostrofando Juana a Denia, por no haber convocado a los nobles castellanos a una protesta, como se lo había intimado en varias ocasiones. Decía que la iban a maltratar; que todo era suyo, y, sin embargo, se le rehusaba cuanto pedía. Reprendió violentamente a su tesorero, y le pidió dinero, que no estaba facultado para entregarle. Llegó a tales extremos de furor, que Denia hubo de prohibir a todos que la hablasen una palabra. Juana expresó su intención de ir a Valladolid, y al cabo de un tiempo expresó la de dirigirse a un convento; y ya se había vestido conforme a esta última resolución, que también le impidieron. Ordenó a Denia que escribiese a su hijo, encomendándole que la tratasen mejor; y que los nobles acudieran a su presencia para consultarla sobre las cosas del reino. Denia se devanaba los sesos para tratar de aplacarla, porque, como decía, «usa de palabras capaces de conmover a las piedras». Ocurriósele un día mentarle a su padre, como si estuviera aún vivo y al frente de los negocios; y por algunas cuantas denegaciones que tenía que darle, le hacia ver eran voluntad de Don Fernando, por cuya prudencia tenía ella gran respeto. Pero esta ficción le sugirió una nueva idea: si su padre estaba aún vivo, bien podía socorrerla. Juzgábase maltra-

tada y prisionera; habíanle robado a su hijo Fernando, y temía que otro tanto hicieran con Catalina; pero si esto último ocurría, suicidaríase ella.

La situación de Denia se iba empeorando según aumentaba el descontento público por la partida de Carlos, y llegaban a la prisión de la Reina los ecos de la indignación popular por su encierro, y rumores de intención de libertarla. En una ocasión (Julio de 1520) se dice que ordenó Juana a Denia hiciera abrir una entrada a sus habitaciones en la galería donde se celebraba la misa. Entró él en sospechas, y se negó a complacerla, con lo que Juana estalló en furiosa cólera contra él y le colmó de injurias. No es de extrañar que al pobre guardián le fuera sensible la general creencia de que la tenía encarcelada (y así era con efecto), y se diera trazas para justificar aquella reclusión, siendo la mejor manera de convencer a la gente mostrarle la prisionera, para que se diera cuenta de sus tristes condiciones de salud.

Carlos zarpó de Coruña en 20 de Mayo de 1520. Durante el tiempo que había estado en España con su codiciosa banda de flamencos, había reducido a los castellanos a la desesperación. Jiménez, que había gobernado el país, en su ausencia, y el joven Fernando enfrente a los nobles, había sido despedido, y probablemente envenenado a la llegada de Carlos; el joven Fernando había sido expedido para Flandes; los flamencos ocuparon todos los empleos, con exclusión de los españoles, Juana no había estado presente a las Cortes en calidad de Reina asociada a su hijo, como le correspondía; y por último, y para colmar la medida, el insolente forastero, que iba a regir, no sólo España, sino la mitad del mundo, había violentado las Constituciones de Castilla. Había convocado Cortes castellanas fuera de los límites de Castilla mismo, y había forzado a las Diputaciones a votar enormes sumas de dinero que había de invertirse en cosas ajenas a España. Los nobles murmuraban, y la gente de las ciudades, que pagaba todos los impuestos, se sublevaba y ahorcaba algunos de aquellos

diputados que habían dispuesto de su dinero en beneficio de un rey ausente.

Entonces, como reguero de pólvora, toda Castilla se inflamó en la revuelta. Trajo aquello una gran lucha social, económica e industrial, que terminó con la impotencia financiera de las Cortes de Castilla y la decadencia de la nobleza del país. No pueden ser aquí referidos todos los pormenores complicados de aquella revolución, sino sólo aquellos puntos que se relacionan personalmente con la Reina. La Junta de gobierno de los comuneros revolucionarios se reunió en Avila a fines de Julio de 1520, precedida por personas de superior condición y amparada en secreto por los nobles. El Regente flamenco Cardenal Adriano, perdió ánimo al contemplar la extensión del movimiento, y nada hizo cuando, al grito de «¡vivan el Rey y la Reina; abajo los malos ministros!», habían respondido todos los corazones españoles. El manifiesto publicado por la Junta revolucionaria declaraba que se habían sublevado por alcanzar la libertad de Doña Juana, y luego, en Agosto, una Junta del Consejo de Castilla, cuerpo ejecutivo supremo del Gobierno de la Regencia, con su Presidente, el obispo Rojas, se presentó a la Reina en su palacio de Tordesillas, para pedir que firmara decretos contra los que estaban en armas. Juana se mostró aparentemente tranquila, y replicó a la demanda de su firma: «Hace quince años que se me tiene alejada del Gobierno y sometida a malos tratamientos; y este marqués (señalando al de Denia) es quien más me ha engañado.» El marqués, confuso, replicó: «Es cierto, señora, que os he engañado; pero lo he hecho a fin de contrarrestar algunas opiniones erradas de Vuestra Alteza. Ahora ya os puedo decir que el Rey, vuestro padre, está muerto y le hemos enterrado.» La Reina prorrumpió en llanto al oír esto, y volviéndose a Rojas, murmuró entre sollozos: «Obispo, creedme; todo cuanto veo y oigo paréceme no más que un sueño.» Rojas insistió en su petición, diciendo: «Señora, puedo aseguraros que vuestra firma en estos papeles obraría un milagro mayor que los de San Francisco; porque,

después de Dios, en vuestras manos está ahora la salvación de aquestos reinos.» «Quédese esto ahora así—contestó la Reina,—y vuelvan otro día.»

A la mañana siguiente, la Junta del Consejo volvió a ver a la Reina; y como no había otro asiento sino el suyo en la Cámara, el Presidente hizo notar que no se podría celebrar la reunión si habían ellos de seguir en pie. «Traed asientos para el Consejo»—ordenó la Reina; y cuando sus servidores iban entrando las sillas, dijo: «No, no, nada de sillas, un banco; que ésta era la costumbre en tiempos de mi madre; pero al Obispo désele una silla.» Después de larga conferencia, la Reina dispuso que volviera la Junta a Valladolid y discutirían nuevamente en pleno Consejo sobre los papeles a que había de ponerse la firma pedida; y así, mal satisfechos los miembros de ella, la dejaron, encontrándose con que al llegar a Valladolid fueron arrestados, pues aquella población había caído en poder de los rebeldes, que marcharon rápidamente a Tordesillas, a la urgente demanda de sus ciudadanos, para salvar a la reina Juana, impidiendo se la llevaran los del partido del Gobierno.

Los rebeldes no habían tenido tiempo de comunicar sus aspiraciones a Juana antes de presentarse en las cercanías de la muralla de la ciudad el 29 de Agosto. Tan pronto como ella supo su llegada, ordenó a los paisanos les fuera comunicada su bienvenida; y de esta suerte, entre los saludos del cañón y aclamaciones entusiastas, Padilla, cabeza del movimiento, y su hueste, fueron ordenados a la ciudad, y desfilaron ante la Reina, que en un balcón del Palacio se parecía. Después de descansar y cambiar de vestidos, Padilla y otros jefes solicitaron audiencia de la Reina. Juana los recibió con agrado. «¿Quién sois?—preguntó al primero, según que la hacía acatamiento. «Soy—replicó él,—hijo del Capitán general de Castilla, gran servidor de la reina Isabel, no menos que yo de Vuestra Alteza.» Y luego, el jefe de los insurrectos refirió a la Reina, pasmada de todo cuanto había acontecido desde la muerte del rey Fernando: cómo los pérfidos extranjeros que rodeaban a Carlos habían

obligado a España a la revuelta, y Padilla y los comuneros castellanos estaban prontos a morir en servicio de su reina Juana. Manifestó ella admiración por estas cosas. Díjoles que, prisionera por casi diez y seis años, su carcelero, Denia, la había mantenido en la ignorancia de todo. Si hubiera tenido noticia de la muerte de su padre, hubiera salido de su prisión y evitado, en lo posible, la turbación del reino. Luego, dirigiéndose a Padilla, le dijo: «Id, pues, y en mi nombre ejerced la autoridad de Capitán general del reino. Aparejad bien todo, en tanto yo os entere de otras resoluciones.»

Juana convirtióse así en cabeza visible de la revolución; y en muchas ocasiones conferenció con los jefes del alzamiento en Tordesillas, aprobando cumplidamente sus actos y sus proyectos. Esforzóse en despojar a Carlos de sus funciones, en atención a la poca edad del príncipe y consiguiente inexperiencia; pero indicando claramente su voluntad de gobernar por cuenta propia en lo porvenir. Y, lo que es más, autorizó a los jefes de las comunidades convocaran Cortes en Tordesillas. El Cardenal-Regente, sujeto de poca energía y forastero, pensó que la especial actitud de la Reina obedecía a su estado de demencia; pero la gente, como él informó a Carlos, la consideraba como prueba de cordura. Denia pasó a ser casi prisionero; pero los caudillos del levantamiento no pudieron persuadir a la Reina a que firmara su dimisión en regla; mas ellos, por propia iniciativa y sin contemplaciones de ningún género, echaron de Tordesillas a Denia y a su mujer, cuando esta ciudad se constituyó en centro del Gobierno comunero, en Setiembre, y se celebraron Cortes en ella (1).

(1) Denia dijo a los comuneros que había solicitado de la Reina su certificado de dimisión; mas lo que había pedido era su confirmación escrita en el cargo que desempeñaba. La Reina le contestó que se cuidara de sus asuntos y no la hablara más. Mas insistió en obtener de la Infanta una carta para la Junta revolucionaria, interesándose por que no se despidiera a la marquesa, pero no fue atendida. La Infanta cayó en desgracia con su hermano, por la simpatía y blandura que había mostrado con los comu-

Juana convocó el Parlamento en las salas de su propio palacio. Oyó pacientemente las prolijas arengas de los diputados, y les contestó, según toda probabilidad, improvisadamente, en un discurso, largo también, hablándoles de su padre y del cuidado con que se le había ocultado su muerte. Mientras él vivió tuvo vida tranquila, porque sabía que nadie sería osado a ofenderla. Pero ahora bien veía que el país y ella habían sido engañados y chasqueados al injuriar al pueblo a quien ella tanto amaba. Placeríale encontrarse en lugar más a propósito para dirigir los asuntos; pero como su padre la había colocado allí, a causa de la mujer que había tomado el puesto de su madre, o por otra razón, ella no podía remediarlo ya. Asombrábale que los españoles no se hubieran vengado antes de los extranjeros que habían venido con su hijo. En un principio comprendió lo que aquellos extranjeros habían tratado de insinuar a su hijo, pero se le había notificado que los habían restituído a Flandes; ahora ya estaba convencida de que también en esto la habían engañado, y esperaba que de los que allí estaban ninguno abrigaba propósitos siniestros contra su hijo. Si así fuera, obtendría mejor tratamiento ella, porque, al fin, era hija de poderosos reyes, y estaba de parte de los comuneros, porque los veía afanosos de remediar los mismos abusos de que ella se quejaba. Todos estos razonamientos parecieron de cumplida cordura, pero al fin de su discurso hay un rasgo patético de pesimismo, que da valor a los relatos que sobre su dolencia circulaban. «En lo que yo alcance—decía,—miraré todos los asuntos, tanto del interior como los de fuera. Pero si mientras sigo aquí no puedo hacer mucho, ello será porque me veo obligada a gastar mucho tiempo en aquietar mi corazón y corroborar mi espíritu, afligido por la muerte de mi señor y espo-

---

neros; y una prueba que ella invocaba en su defensa era precisamente esta carta de recomendación en favor de los Denias, que otorgó en circunstancias tan peligrosas y difíciles. (Cartas de Simancas, copiadas por Rodríguez Villa.)

so. Con todo, en cuanto me sea dable, yo atenderé a los negocios» (1).

Los excesos democráticos de la asamblea revolucionaria, juntamente con la diplomacia de Carlos, fueron poco a poco allegando a los nobles del lado del Gobierno. Aun cuando los que acompañaban a Juana se mantuvieron constantemente en su favor, e insistían en afirmar su buen estado de salud mental, y ahora se habían deshecho de los Denias, su confesor, Juan de Avila, secretamente guardaba fidelidad al Regente y reconvenía por lo bajo a la Reina. Pareció evidente, al cabo de brevísimo tiempo, a la misma Junta revolucionaria, que la salud de Juana era más que dudosa, pues que escribieron de Tordesillas a la ciudad de Valladolid, diciendo que habían llamado a consulta para observar a la Reina a los mejores médicos de España, y, comprendiendo que en lo humano faltaba remedio, habían ordenado procesiones y rogativas por el restablecimiento de su salud. El Regente, en carta que dirigió a Carlos en Octubre, dice que la Reina no puede durar más tiempo, si continúa en poder de la Junta rebelde, y que está mucho peor que cuando llegó a Denia. Dice que no duerme en cama ni come a tiempo debido, reteniendo los alimentos a su alcance hasta que se echan a perder. En otra ocasión dice que, pasados tres días sin comer, de un golpe tomó todos los alimentos que se le habían servido para este tiempo. El partido del Gobierno declaraba que accedía a todos sus desatinados caprichos, para que firmara los decretos necesarios para legalizar sus actos; pero ella continuaba negándose a poner su mano en ellos (2).

(1) Una de las principales alegaciones de la Junta era que, aunque Juana no hubiera firmado nada en favor de los comuneros, sus órdenes verbales habían sido tomadas notarialmente y promulgadas como decretos reales.

(2) Una de las pretensiones de la Reina fue que se despidieran de su lado todas las mujeres. El odio que sentía por la gente de su sexo era singular.

La Junta perdía de día en día las esperanzas, porque las fuerzas contrarias aumentaban, mientras que las suyas no obtenían el menor progreso, dependiendo su empresa de la voluntad de una lunática. Intentaron sonsacarle sus firmas con la promesa de llevarla de Tordesillas, mas fue inútil; en otra ocasión sintióse, ya a media noche, gran rumor y vocerío de que el Condestable de Castilla, con copiosas fuerzas del Gobierno, había llegado, y se le dijo a la Reina que los «tiranos» venían a apoderarse de ella. «Decid al Condestable—replicó—que venga cuando sea de día, y entonces se proveerá.» Las cosas iban, pues, empeorándose para el partido revolucionario.

Este dió a Juana la única ocasión aprovechable en su vida, y ella la hizo infructífera. Durante meses y meses no dispensó a la Junta otras atenciones que sonrisas y bagatelas, sin resolverse a firmar nunca, y en los primeros de Diciembre las tropas del Gobierno contaban con fuerza bastante para atacar a Tordesillas, que tomaron por asalto, tras de cuatro horas de combate desesperado. La Junta abandonó el lugar a la desbandada. Juana saludó a los vencedores con semblante risueño, diciendo que los había esperado y deseado su llegada, y había dispuesto que se recibiera a los nobles antes de comenzar el combate; durante el cual, y acompañada de la Infanta, dejó el palacio, llevándose sus joyas y ordenando que tomaran el cadáver de Felipe de la iglesia y lo condujeran, en compañía suya, fuera de la población. Antes de que pudiera darse cumplimiento a esta orden, entraron las tropas reales en medio de la mayor confusión, y encontraron a la Reina y a su hija arrimadas a las puertas, temblando de espanto. Los grandes que entraron en el asalto de Tordesillas trataron con obsequio a Juana, y ella, al parecer, halagada por tal deferencia, manifestó contento por su venida. Pero desde el momento en que la Junta huyó ante las tropas del Condestable, empezó para Juana una bien estrecha prisión. Denia y su mujer volvieron, sin dejar sus ásperas maneras, con profundo disgusto de Juana, vivamente proclamado, así como de algunos de los principales castellanos, que

observaron cómo la presencia de sus antiguos carceleros la irritaba (1). Pero Carlos no consintió en sustituir al carcelero de su madre, porque comprendía la seguridad con que aquél cumplía su cometido.

En Abril de 1521 fueron por fin destruídas las Comunidades de Castilla en la batalla de Villalar, apretando a la infeliz España, a punto de estrangularla, aquel yugo del imperialismo que Fernando el Católico, inconscientemente, había empezado a forjar, y que Carlos remató con más habilidad y fortuna. Desde entonces, Juana no fue otra cosa que una sombra en el mundo, al que ya no pertenecía.

El personaje más digno de lástima, hasta que el matrimonio la puso a salvo en 1524, fue la desdichada infanta Catalina. Los Denias juraron venganza, tras de estos sucesos, contra todos aquellos que habían simpatizado o tenido contemplación con los rebeldes, y la Infanta, lo mismo que la Reina, hubieron de sufrir los golpes de aquella menguada tiranía. La Princesa escribía, llena de indignación, a su hermano, narrándole las miserias a que la habían reducido y las persecuciones de que a su madre hacían objeto. Nótese, entre otras quejas, la que sigue: «Por amor de Dios servíos de mandar que si la Reina gusta de pasear por la solana que mira al río, o por el corredor, o dejar sus aposentos para distraerse, no se lo estorben; y encomendadles que no permitan a los criados e a las hijas de la marquesa, ni a otros cualesquiera, que vayan al mi retrete por las habitaciones de la Reina, pues, a pretexto de

(1) El Almirante de Castilla y otros nobles trataron a la vez de influir sobre el ánimo de Juana para que asumiera la dirección de los asuntos bajo su tutela; pero ella se negó a otorgar su firma, como lo había hecho con los comuneros. Denia escribía al Emperador que el Almirante estaba muy solícito por hacerse cargo del cuidado de la Reina, pero que él no vendría en ello sin asentimiento del Emperador. «Sería, por lo demás—decía,—una nueva resurrección de Lázaro.» Las amargas quejas contra Denia y sus procederes para con la Reina fueron comunicados por los nobles a Carlos, y, ciertamente, Denia es el primero que no podía justificarlos.

que la Reina no debe ver a nadie, la cierran en su aposento, cuando alguien pasa por delante de él, por mandato de la marquesa, y no la dejan salir a los corredores ni a la antesala, sino que la tienen en su habitación, en donde no hay luz ninguna, sino ponen candelas, porque no tiene a donde ir, y ella no había de salir de la cámara si no fuera arrastrándola, y aunque saliera, personas hay que pueden estorbárselo.» Esta es la versión de la Infanta; pero la de los Denias es que la madre no consentía que la Princesa viese a nadie más que a una criada, prohibiéndole el trato de las damas de elevada condición. Y para agravar el cuento, acusaban a la joven de favorecer a los rebeldes; lo que ella negó indignada, logrando conciliarse la gracia de su hermano. Su salida de Tordesillas para casarse afligió sobremanera a Juana, a la que no quedó en el resto de sus días intercesor ninguno entre su hijo y los carceleros.

Durante los largos años del encierro de Juana, la determinación principal de sus extravíos fue su tendencia antirreligiosa. Cierto es que a menudo pedía la reunión de los próceres, y continuaba en sus extravagancias en la comida y en el dormir; pero la extraña antipatía que mostraba y aun violentamente declaraba a los cultos de su Iglesia, escandalizaba, más que nada, en un país en que miles de personas perecían en la hoguera por cosas, sin comparación, más leves que las que la Reina se permitía decir y hacer. Precisamente, la política del Emperador tenía como base el robustecimiento de la ortodoxia universal en España, y fue duro motivo de aflicción para él saber que su madre, Reina austera, se oponía en su infancia a las ceremonias impuestas al resto de los españoles. Denia, en sus cartas al Emperador, insinúa oscuramente que debería aplicársela el tormento, como evidentemente se lo aplicó años atrás Mosén Ferrer. Hablando de su pertinacia, inmediatamente después de la derrota de los comuneros, y dándole aviso de habérsela trasladado al castillo de Arévalo, donde creía que estaba más segura y más leal a Carlos, dice:

«Vuestra Majestad puede creer que no se ha de fiar en la buena voluntad de la Reina, pues no se ha de esperar de persona que a sí misma no se hace beneficio, ni en el cuerpo ni en el alma, sino todo lo opuesto, quiera en esto conformarse con vuestros deseos. Y mía fe, si Vuestra Majestad quisiera hacerle premia (1) en muchas cosas, que ello sería en servicio de Dios y bien de Vuestra Alteza, porque la gente de su condición lo ha menester. Vuestra abuela, la Reina Isabel, servía de esta suerte a su hija; pero Vuestra Majestad haga en ello lo que mejor le parezca.»

No parece que en estas recomendaciones del Denia haya de verse propia iniciativa, sino el acuerdo de que el Presidente del Consejo de Castilla, por orden del Emperador, se prestara a reducirla, y si de grado no lo hacía, se apoderasen de la persona de la Reina, y en una litera, y de noche, se la llevaran.

Esta medida, que tenía por fundamento impedir el fácil acceso del pueblo descontento en Tordesillas a entrevistarse con Juana, parece que no tuvo cumplimiento (2). El pensamiento de Denia de alojar a Juana en un castillo aislado, reconoce como fundamento el escándalo que ella causaba con su actitud irreligiosa. En la carta antes citada refiere que la noche de Navidad, en ocasión en que se cantaban los maitines en presencia de la Infanta, llegó la Reina, encolerizada, en busca de su hijo, y a grandes gritos pretendió que se desembarazara el altar de todo cuanto en él había, y fue menester llevársela a viva fuerza a sus habitaciones, y añade: «Muchas veces se pone en la azotea y llama a cuantos pasan, y les pide que llamen soldados para que se acuchillen unos a otros. Vuestra

(1) Mr. Bergenroth traduce «hacerle premia» por *aplicar el tormento*, y así podría entenderse. Prefiero, sin embargo, la interpretación más amplia, aunque, sin duda, Denia quería significar que se empleasen con la Reina los medios coercitivos corporales.

(2) El Emperador dispuso que la trasladasen a Toro en 1527; pero Denia sintió temor de obligarla por la fuerza.

Majestad puede, en vista de esto, juzgar qué es lo que se debe hacer y en qué podemos servir nosotros.»

Estas insinuaciones sobre el castigo personal de Juana se encuentran repetidas con harta frecuencia, y por espacio de varios años, en las cartas de Denia. Aunque, como puede colegirse por las respuestas del Emperador, no se dió ninguna orden para llevarse a efecto. En 1525 escribe Denia: «Nada tendría mejor resultado que alguna premia (esto es, tortura o castigo), aunque es cosa harto enojosa para un súbdito habérsela de hacer a su señora. Quizá sería bueno ensayar si algún buen sacerdote haría efecto en su Alteza... Un dominico sería lo mejor, pues no gusta de los franciscanos. En otra ocasión, y no mucho después, cuando ya Carlos se decidió a trasladarla al castillo inexpugnable de Toro, no lejos de Tordesillas, advierte Denia que ha tomado sus prevenciones para que no se encuentre en las calles persona que pueda atestiguar de la llegada de la Reina, «porque, en verdad, yo mismo he vergüenza de lo que oigo y veo».

Y así de año en año, las aberraciones religiosas de la Reina la obligaban a perpetua reclusión, a fin de evitar el escándalo. El Emperador y su hijo Felipe visitaron a la Reina por lo menos en una ocasión, en Tordesillas, y durante la regencia de Felipe, en 1552; mientras Carlos se hallaba en Alemania, el Príncipe, mucho más rígidamente devoto aún que su padre, admirado de las continuas resistencias de la abuela para asistir a los cultos de la Iglesia y cumplir con sus obligaciones religiosas, envió a Tordesillas al santo jesuíta Francisco de Borja, Duque de Gandía, para que influyera en la Reina. Sus resultados fueron escasos. Pasaron varias semanas antes que la Reina se prestara a obedecer, hasta que, al fin, logró el santo persuadirla de que hiciera confesión general, tras de la cual se le daría la absolución (1); no consiguió otra cosa sino verla continuar en la misma indiferencia.

(1) Lo que cuenta Denia de la entrevista con Borja (y que éste confir-

Cuando Felipe iba a partir de España, a fin de realizar su matrimonio con María, reina de Inglaterra (1554), envió de nuevo a San Francisco para que intentara cuanto fuese a su alcance para atraer al buen camino a Juana. Oyó ella con paciencia al buen padre, y cuando hubieron acabado sus exhortaciones, trató de contentarle. Oiría, en efecto, misa, se confesaría y recibiría la absolución siempre y cuando que a las mujeres de su séquito se las despidiera, porque se mofaban de ella cuando entendía en sus devociones. «Si tal hicieren—observó el santo,—la Inquisición las trataría como a herejes»; y al mismo tiempo escribió a Felipe recomendando que se fingiera que enviaban a las dichas mujeres al Santo Oficio, que se pusieran cruces e imágenes de santos en las habitaciones de la Reina, que se celebrara diariamente misa en el altar del corredor, y, si la Reina hacía objeciones, decirla que todo ello iba ordenado por la Inquisición. También le proponía que se llevaran algunos sacerdotes exorcistas que alanzaran los diablos que afligían a la Reina; pero esto no lo permitió Felipe. El efecto de los esfuerzos de Borja en aquella ocasión fue que, cuando Felipe, camino de Coruña, de donde se había de dar a la vela para Inglaterra, se detuvo en Tordesillas, encontró a Juana entregada muy a su placer a las devociones religiosas, por las que no mostraba ahora repugnancia. Pero su devoción no existía más que en la superficie, y su nuevo confesor, Fr. Luis de la Cruz, manifestó en seguida que no osaba él exponerse al peligro de

---

ma), es por demás curioso. El noble sacerdote decía que si querría recitar la Confesión general, a fin de absolverla, y ella le preguntó que si podría él absolverla. «Sin duda—respondió;—con excepción de algunos casos.»—«Si así es—dijo la Reina,—decidla vos.» El Duque la rezó, y le preguntó si ella querría ir repitiéndola. La Reina dijo que sí, y que le permitía ahora que la absolviera. Como se verá, no mostró en ello mucha sumisión. Pero ya al día siguiente se dejó arrebatar de frenético impulso porque habían colocado cortinas nuevas y ornamentos dorados en el altar de la galería, negándose a comer hasta tanto que de allí quitaran todo aquello y dejaran libre el altar.

cometer un grave sacrilegio administrando los sacramentos a la Reina, y renunció a su empleo. Se cree, entre otras cosas, que a la elevación de la Hostia en la misa cerraba ella los ojos, y otra vez dijo ásperamente a los que le acompañaban que arrojasen de sí las hachas bendecidas que llevaban delante de ella, a causa de que hedían.

Desde 1553, Juana, ya vieja, había empezado a sufrir de hinchazón en sus miembros inferiores, que casi la tenían tullida; y en Febrero de 1555, al salir de un baño de agua caliente, se le abrieron llagas en las piernas, presentando su enfermedad en lo sucesivo extraordinaria semejanza con la que afligió los últimos años a su nieto, Felipe II. Ulceras espantosas gangrenadas, que no permitía le medicaran ni aun lavaran, causábanle terrible tormento. Ningún caso hacía de instrucciones de médicos ni enfermeras, y cuando su nieta, la infanta Juana, le trajo de Valladolid los mejores médicos que se pudieron haber, la Reina se negó con enojo a recibirlos ni permitió que la examinaran. De esta suerte, y sepultada en asquerosa suciedad y miseria, le anuncian que San Francisco de Borja quiere verla; ella, airadamente y al primer impulso, se opone; mas, al fin, debilitada, se resignó a dejarlo pasar. Confesó últimamente el pesar que le producían sus errores y deploró los extravíos de su espíritu. Al requerimiento que el padre hiciera de que rezara el Credo y el Confiteor, no hizo resistencia; mas, cuando se trató de darle el viático, insinuó algún escrúpulo. Llamáronse a toda prisa doctos teólogos de Salamanca, y a los pocos días, en 11 de Abril de 1555, llegó el famoso Fr. Domingo de Soto, quien se encerró en conferencia particular con ella por varias horas. Resultado de la entrevista vino a ser que las palabras de la Reina fueron muy discretas y tranquilizadoras, pero no estaba en disposición de recibir la Eucaristía, aunque bien se la podría administrar la Extremaunción.

Aquella misma noche se cumplieron estos ritos. Inclinándose sobre el lecho de la mujer moribunda, el sacerdote, con crucifijo en mano, díjola que era llegada la última hora, y que la

importaba pedir a Dios perdón. Expresó ella con signos y ademanes de pesar y de contrición, lo que su pobre lengua paralizada se negaba a proferir, y el P. Borja, creyendo que ya no podía hablar más, le preguntó si quería que rezara el Credo por ella. Con asombro de todos recobró la Reina repentinamente el poder de hablar, y replicó: «Empezad vos, padre, que yo os seguiré.» Cuando pronunció amén, el santo jesuíta posó el crucifijo sobre los labios de la moribunda. «Cristo crucificado, amparadme», pudo aún decir Juana la Loca, que con estas palabras pasó a aquel país en que todos son cuerdos. Por veinte días estuvo depositado su cuerpo en el convento de Santa Clara, frente al palacio que la había servido de cárcel, en el mismo sitio en que había permanecido tanto tiempo el féretro de su marido; y después, en 1574, fue trasladada al suntuoso enterramiento de Granada, para confundirse con las cenizas de aquel a quien había amado tanto y con tan poca cordura.

La narración precedente de la vida de ésta infortunadísima Reina, que hemos entretejido totalmente de documentos contemporáneos, suministrados por personas que la conocieron, acarrea la consecuencia inevitable de que la educación rígida de sus primeros años, en contraste con su vida posterior en Flandes, habían implantado en su espíritu disgusto hacia la seca mogigatería que caracterizaba a la religión española bajo la influencia de la Inquisición; y que este disgusto se aumentó hasta convertirse en odio al perder su espíritu el reposo para siempre. Su dura religión y tratamientos crueles que padeciera, no parece que se hayan empleado con la mira de sanarla ni con motivos de público interés, sino más bien por servir a las ambiciones del padre y del hijo, cuyo poder autócrata se veía amenazado por coaliciones de nobles que obraban en nombre de ella, y cuya política se basaba en el mantenimiento de la estrecha ortodoxia en religión. Dejar en libertad y con facilidad de acceso a aquella Reina, que deseaba gobernar por instrumento de la nobleza y que odiaba la religión inquisitorial, hubiera sido favorecer el desastre de aquel sistema que

fundaba en tales cimientos la grandeza del poder autocrático de España. Hubiera ello sido, a la larga, beneficioso para la Nación; pero, por de pronto, destruía los planes de Fernando y de Carlos; y a los intereses de uno y de otro fue sacrificada Juana.

MARTÍN HUME

EL DISCÍPULO TRAIDOR

I

A menudo habían repetido a Jesucristo que no era completamente inmaculada la reputación de Judas de Kerioth, y que era preciso desconfiar de aquel hombre. Algunos de los discípulos que habían recorrido la Judea le conocían muy bien; otros habían oído hablar largamente del personaje; ninguno, con la mejor buena fe del mundo, hubiera podido decir de aquél nada bueno. Los indulgentes censuraban su conducta; afirmaban que era pérfido, avaricioso, dado a la mentira y al disimulo; en cuanto a los de mala lengua, cuando les interrogaban respecto a Judas, se desataban en injurias y denuestos.

—Siembra la discordia por donde pasa—decíase escupiendo en el suelo.—Tiene ideas propias que no comunica a nadie; se introduce silenciosamente en las casas, como un escorpión. Los ladrones mismos tienen amigos; los bandidos, compañeros, y los mentirosos, una esposa a la que confían la verdad; Judas, lo mismo se burla de los ladrones que de las gentes honradas, aunque también él practique, y muy hábilmente, el robo, y sea el más avieso de todos los habitantes de Judea...

—No, no es de los nuestros ese pelirrojo de Judas de Kerioth—protestaban los perdidos, con gran asombro de las per-

sonas honradas, que no veían mucha diferencia entre él y los otros individuos maleantes de Judea.

Contábase también que Judas tenía, desde hacía largo tiempo, abandadonada a su mujer, la cual llevaba en alguna parte una existencia miserable, esforzándose en vano en ganar el pan con el cultivo de los tres terrones que constituían toda la propiedad de su marido. Este, solitario, vagaba sin objeto por el país desde hacía años; sus correrías habíanle llevado, a lo que parece, hasta el mar, y a otro mar todavía más lejano; en su vagabundeo mentía, ocultaba su verdadera personalidad. Después de haber examinado atentamente las cosas con su mirada trapacera, engañaba a todo el mundo, y de pronto desaparecía, no dejando tras sí sino rumores de querellas y fermentos de discordia. Era curioso, astuto y perverso como un demonio tuerto. No tenía hijos, lo que confirmaba a los ojos del pueblo su reputación de maldito, a quien Dios niega descendencia.

Ninguno de los discípulos hubiera podido precisar el día en que aquel torvo judío de pelo rojo abordó por primera vez al Divino Maestro. Desde hacía tiempo, Judas seguía el mismo camino que ellos, se mezclaba en sus conversaciones, les prestaba menudos servicios, servil y sonriente, procurando hacerse simpático. A veces, cuando los ojos de aquellos estaban fatigados, la fisonomía de él les parecía familiar, y, a poco, todos estaban convencidos de que el sér aquel irritaba la vista como algo monstruoso, falso, de una fealdad abominable y maldita. Echábanle entonces con palabras severas, y él se eclipsaba; luego volvíanle a encontrar en los caminos, en los que se presentaba a hurtadillas, insinuante y halagador. Y varios de los discípulos estaban seguros de que Judas, bajo el deseo de acercarse a Jesús, ocultaba alguna intención hostil, un proyecto pérfido y cuidadosamente disfrazado.

Pero Jesús no siguió los consejos de sus discípulos; sus acentos proféticos resonaron en vano. Con ese espíritu de serena contradicción que le impulsaba irresistiblemente hacia los

réprobos y los malditos, acogió a Judas y le puso entre los elegidos. Los discípulos se conmovieron y murmuraron en voz baja; el Maestro estaba sentado, pensativo, con el rostro vuelto hacia el sol poniente; tal vez escuchaba a los que le hablaban, tal vez oía otras voces. Hacía diez días que el viento no alentaba, y las mismas capas de aire, no renovadas, esperaban, prestas, a vibrar al soplo que acudiera de la lejanía. Todo lo que los hombres, los cuadrúpedos y las aves habían cantado y gritado durante aquel período de calma, llantos, gemidos, cánticos alegres, plegarias y maldiciones, todas estas voces, como fijas e invisibles, parecían condensadas en la transparente profundidad de la atmósfera, y la hacían pesada e inquieta.

El aire estaba impregnado de una vida misteriosa, latente y no perceptible. Y el sol se ocultaba una vez más. El globo ígneo descendía y rodaba hacia el horizonte, incendiando los cielos y las cosas que sobre la tierra conformaban su existencia a la de él; el rostro atezado de Jesús, como las paredes de las casas y las hojas de los árboles, todo reflejaba con docilidad aquella claridad lejana y terriblemente pensativa. La blanca muralla no era ya blanca ahora, y la ciudad también parecía roja, sobre una roja montaña.

II

Entonces llegó Judas.

Se adelantó, saludando muy humildemente, plegado el espinazo, con el feo rostro inclinado hacia delante, la actitud tímida y prudente, completamente igual a la descripción que de él hacían los que le conocían. No era grueso, de estatura bastante elevada, casi tan alto como Jesús, el cual, por efecto de la costumbre que había adquirido de meditar al andar, iba un poco inclinado, y parecía más bajo de lo que era en realidad. Observábase que Judas no carecía de fuerza, y, sin embargo, no se sabe por qué, afectaba el aspecto de un sér débil y en-

fermizo. Su voz, igualmente, cambiaba a voluntad, unas veces resonaba viril y vibrante, otras era chillona y agria, como la de una vieja que riñe a su marido. A menudo, sus oyentes experimentaban como el deseo vago de arrancarse de los oídos las palabras de Judas, que se plantaban en ellos como cardos espinosos y medio podridos. Sus cabellos rojos y cortos no tapaban la forma rara y extraordinaria del cráneo, claramente dividido en cuatro partes, como por un doble sablazo. Esta disposición inspiraba desconfianza, y hasta inquietud, a quienes la observaban; bajo un cráneo semejante no podía haber ni armonía ni paz; bajo un cráneo semejante debía repercutir incesante el estrépito de batallas sangrientas y feroces. El rostro de Judas era también desigual: una de sus mitades mostraba un ojo negro y vigilante, vivía, se movía, la surcaban innumerables arrugas en varias direcciones. La otra, desprovista de arrugas, lisa, petrificada, parecía muerta; aunque fuese del mismo tamaño que la primera, el ojo ciego que se arqueaba desmesurado bajo el párpado la hacía parecer enorme. Recubierto de una catarata blancuzca, aquel ojo no se cerraba ni de día ni de noche, y acogía de la misma manera las tinieblas que la claridad; pero, acaso porque el otro era extraordinariamente vivo y avizor, costaba trabajo creer en la completa ceguera de aquel órgano. Cuando el Iscariote, en un acceso de emoción o de humildad, cerraba el ojo sano e inclinaba la cabeza, el ojo muerto seguía los movimientos de la cara y miraba en silencio. Entonces, aun las gentes menos perspicaces, comprendían que nada bueno podía esperarse de aquella criatura. Jesús, sin embargo, se llamó a El, y hasta le hizo sentar a su lado, sí, a su lado.

Aquél día, Juan, el discípulo amado, tuvo un movimiento de desdén, y sus compañeros, que amaban al Maestro, se ensombrecieron también. Sin embargo, Judas se sentó, y, moviendo la cabeza a diestro y siniestro, se puso a dolerse de su suerte. Durante la noche, su dolencia le hacía sufrir; jadeaba cuando subía una pendiente, y cuando se hallaba al borde de

un precipicio tenía vértigos y le costaba trabajo sustraerse al estúpido deseo de tirarse al fondo del abismo. Inventaba descaradamente una porción de historias de este género, como si no hubiese comprendido que las enfermedades no afectaban al hombre por casualidad, sino que nacen del desacuerdo entre los actos humanos y los preceptos del Eterno. Y Judas de Kerioth continuaba su loca charla; se frotaba el pecho con su manaza, y, en medio del silencio general, afectaba toser ante las miradas bajas de los discípulos.

Sin mirar al Maestro, Juan preguntó en voz baja a su amigo Simón Pedro:

—¿No te cansan tantas mentiras? Yo, la verdad, no puedo soportarlas por más tiempo, y me voy.

Pedro echó una mirada a Jesús; su mirada se encontró con la del Maestro, y se levantó de pronto.

—Espera—dijo a su amigo.

Volvió a mirar a Jesús y, con la rapidez de una piedra que rueda desprendida por la ladera de la montaña, se acercó a Judas Iscariote y le interpeló con tono afectuoso:

—¿Vienes, pues, con nosotros, Judas?

Y dió un golpecito amistoso en la espalda de su interlocutor; luego, sin mirar al Maestro, cuyos ojos, sin embargo, sentía fijos en él, añadió resueltamente, con una voz sonora, que, como el aire lanza al agua, descartaba toda réplica:

—Nada importa que tu aspecto sea desagradable y tu fisonomía antipática; a veces, los pescadores encuentran en sus redes monstruos, y tales peces son, a menudo, los más sabrosos. No nos incumbe a nosotros, pescadores de Nuestro Señor, rechazar el pez capturado porque esté lleno de espinas, se halle malo y sea desagradable. Una vez vi en Tiro un pulpo que los pescadores de por allí habían cogido, y me asusté tanto, que quise huir. Ellos se burlaron de mí, pescador de Tiberíades; me ofrecieron un trozo del pulpo, y pedí más, porque el tal monstruo era delicioso. Acuérdate, Maestro, de que te he con-

tado esta historia y te reíste con ella. Tú, Judas, te pareces también a un pulpo, pero solamente en parte.

Y Pedro se echó a reír ruidosamente, satisfecho de su broma. Cuando decía algo, sus palabras resonaban con dureza metálica, como si las fijase con clavos. Andando, trabajando, siempre era ruidoso; los ecos le contestaban por todas partes: el enlosado sonaba bajo sus pies, las puertas temblaban y crujían; el aire mismo parecía estremecerse medrosamente. En los desfiladeros de las montañas su voz despertaba sonoridades brutales; y por la mañana, cuando bajaban hacia el lago, rodaba sobre el agua adormecida y chispeante, como una pelota en el piso, y hacía sonreír a los primeros rayos tímidos de la aurora.

Sin duda, las fuerzas de la Naturaleza gustaban de Pedro a causa de su voz; mientras que todos los otros rostros estaba todavía sombríos y como cubiertos por el velo de la noche, la gruesa cabeza de aquél, su pecho, amplio y desnudo, sus brazos, de movimientos sueltos, se dibujaban ya luminosamente en el polvillo de oro del alba.

Las palabras de Pedro, que el Maestro sin duda aprobaba, disiparon el malestar que pesaba en los allí presentes. Pero los que por azares de la existencia habían estado también en la mar y, como él, habían visto pulpos, quedaron impresionados por la semejanza que Pedro indicó ligeramente entre los monstruosos moluscos y el nuevo discípulo. Recordaron los enormes ojos, los numerosos tentáculos ávidos, la calma simulada del monstruo que, de un solo golpe, atrapaba su presa, la enlazaba, la aplastaba y se la tragaba sin que nada perturbase la espantosa inmovilidad de sus ojos. ¿Qué podría significar aquello? Pero Jesús guardaba silencio, Jesús sonreía y dirigía una mirada irónica y afectuosa a Pedro, que continuaba febrilmente su discurso, y uno tras otro, los discípulos, confusos, se acercaron a Judas, le hablaron con dulzura; luego se retiraron muy de prisa perplejos.

Solamente Juan, hijo de Zebedeo, se callaba huraño, lo

mismo que Tomás, que tampoco se decidía a hablar y reflexionaba sobre lo que acababa de pasar. Observaba con atención a Judas y a Cristo sentados juntos, y aquella rara proximidad de la belleza divina y de la monstruosa fealdad, del hombre de mirada benévola y del pulpo con pupilas enormes, fijas, borrosas y ávidas, turbaba su razón como un insoluble enigma. Contraía con esfuerzo su frente lisa, entornaba los párpados creyendo no ver bien, y una visión fantástica se imponía a su espíritu; parecíale que, en efecto, ocho tentáculos salidos del cuerpo de Judas se agitaban sin cesar. Pero, consciente de la ilusión, Tomás volvía en sí y se ponía a examinar fríamente al judío.

Este, poco a poco, adquiría aplomo. Sus brazos encogidos se alargaban, distendía los músculos de su mandíbula y ponía más de relieve su cabeza disforme. Todos ahora percibían una parte de aquella cara convulsionada, y, sin embargo, parecíale a Judas que sus facciones se disimulaban bajo un velo invisible pero espeso, impenetrable y complicado. Como si se hubiese deslizado afuera de su agujero, sintió iluminarse su cráneo, luego sus ojos (se detuvo un instante); por fin, resueltamente descubrió toda su cara. No se produjo nada de particular. Pedro se había ido, se ignoraba adónde. Jesús sentado, con la cabeza apoyada en una mano, meditaba, balanceando suavemente su pie curtido. Los discípulos conversaban entre sí; sólo Tomás, impasible, seguía estudiando a Judas con atenta gravedad, semejante a un sastre concienzudo que tomaba las medidas a un cliente. Judas sonrió; Tomás no contestó a esta sonrisa, pero la anotó también y continuó su examen. Mientras tanto, algo desagradable inquietaba a la mejilla izquierda de Judas; se volvió; era Juan, que, desde un extremo de la estancia, le dirigía los rayos límpidos y fríos de sus pupilas, Juan el bello discípulo inmaculado, de conciencia virginal y blanca como la nieve de las montañas. Judas avanzó hacia él; su paso parecía el arrastrarse temeroso de un perro castigado.

—¿Por qué estás callado, Juan?—le interrogó.—Tus pala-

bras son semejantes a frutas de oro en copas de plata fina; dale una a Judas, que es tan pobre.

Juan no contestó, y Judas se fué con paso lento por la indecisión, y desapareció en la sombría profundidad de la puerta abierta.

Era plenilunio y casi todos los discípulos paseaban. Jesús había salido también, y el Iscariote, desde el cobertizo en que se había arreglado un lecho, podía ver a los discípulos ir y venir. Bajo la pálida claridad, las blancas siluetas aparecían lentas y ligeras como si se deslizasen ante la sombra negra; a veces se desvanecían con la oscuridad, y entonces se oía una voz. Pero vueltos a la luz, aquellos seres permanecían silenciosos como las paredes, como las sombras negras, como la noche tenebrosa y transparente a la vez. Casi todo el mundo dormía cuando Judas oyó la voz contenida de Cristo que volvía; todo se calló en la casa y en los alrededores. Cantó un gallo, un asno rebuznó con fuerza y furiosamente, como si el día estuviera próximo, y enmudeció a desgana. Judas continuaba velando en silencio y escuchando. La luna le iluminaba la mitad de la cara, y se reflejaba en el ojo parado como en un lago cubierto de hielo.

De repente, se acordó y se apresuró a toser y a frotarse con su manaza el pecho robusto y velludo; tal vez, en efecto, habría alguien que no dormía y escuchaba los pensamientos de Judas.

III

Poco a poco se habituaron al Iscariote, y no notaban su fealdad. Jesús le confió la cajita del dinero, y de esta suerte le fueron atribuídos los menesteres de la comunidad; él compraba los alimentos y las vestiduras que se necesitaban, distribuía las limosnas, y, en viaje, a él le incumbía buscar albergue para pernoctar; cumplía su cometido con mucha habilidad, lo que le granjeó no tardando la benevolencia de los que eran testigos de su celo. Judas mentía sin cesar, pero también se habían

acostumbrado a ello, porque sus mentiras no ocultaban actos reprensibles; daban, por el contrario, un interés particular, y como cierto relieve a sus historias y a su conversación y, prestaban a la vida monótona de todos los días cierta semejanza con un cuento de hadas a veces divertido, a veces terrible.

A juzgar por los dichos de Judas, conocía a todo el mundo, y cada uno de los que hablaban había cometido en su vida una mala acción o hasta un crimen. Según él, las gentes honradas eran las que sabían ocultar sus actos y sus pensamientos; pero si se las adulaba, se las halagaba o se usaba de astucia, la mentira, la villanía y la abominación emanaban de ella como el pus de una llaga; concedía de buen grado que a veces mentía él; pero juraba que los otros mentían más, y que si había en el mundo alguien al que hubiesen engañado era él, Judas. Muchas personas le habían burlado de una manera o de otra. Así, por ejemplo, el tesorero de un noble rico le había confesado que llevaba ya diez años con el deseo loco de robar los bienes que le estaban confiados; pero que, por temor de su conciencia y de su amo, no podía resolverse a semejante acción. Judas le creyó, y de pronto el otro le engañó robando el tesoro. Entonces Judas creyó en el robo, pero el hombre le engañó de nuevo al devolver a su amo lo que le había substraído. Todo el mundo engañaba a Judas, incluso los animales; cuando acariciaba a un perro, éste le mordía las manos; y cuando le pegaba con un palo, el animal le lamía los pies y le miraba con humildad. Una vez mató a uno de estos perros, y le enterró en un profundo agujero, sobre el que puso una piedra muy pesada; pero, ¿cómo explicar la cosa? Quizá porque le mató, el perro, más vivo que nunca, salió de la fosa y correteaba alegremente con los otros.

Todos los que oían a Judas reían al escucharle; él mismo, con sonrisa benévola, guiñaba irónicamente el ojo vivo, y no tardaba en reconocer, con la misma sonrisa de agrado, que había mentido un poco. No, no había matado al perro. Pero ya le encontraría, y entonces sí que lo había de matar sin es-

crúpulos, porque no quería ser engañado. Y estas palabras excitaban más aún la hilaridad de sus compañeros.

A veces, sin embargo, las historias que narraba Judas no tenían ni pizca de realidad ni de verosimilitud; llegaba hasta atribuir a los hombres inclinaciones que ni los mismos animales tienen; los acusaba de crímenes imposibles, de monstruosidades inexistentes. Y como un día citase el nombre de un personaje muy respetable, sus oyentes, sublevados por tales calumnias, le preguntaron bromeando:

—¿Y tus padres, Judas, eran buenas personas?

Judas arrugó los párpados, sonrió y dejó caer los brazos. Y al balancearse la cabeza, parecía que su ojo fijo y entornado se balanceaba también y miraba silenciosamente.

—¿Y quién fue mi padre? Tal vez el hombre que me daba de palos, quizá también el diablo, o un macho cabrío o un gallo. ¿Acaso puede conocer Judas a todos los que compartieron el lecho de su madre? Judas ha tenido muchos padres; ¿de cuál habláis?

Estas sacrílegas palabras levantaron murmullos, porque los padres inspiraban profunda veneración, y Mateo, que conocía bien las Escrituras, profirió con voz severa las palabras de Salomón:

«Si alguien maldice de su padre y de su madre, su lámpara se apagará en las tinieblas.»

En cuanto a Juan, hijo del Zebedeo, dijo con altivez:

—¿Y de nosotros? ¿Qué es lo que tienes que decir malo de nosotros, Judas de Kerioth?

Pero el interpelado agitó las manos con fingido terror, se encogió y se puso a gemir como un mendigo que pide en vano limosna a un transeúnte.

—¡Ah! ¡Tientan al pobre Judas! ¡Se burlan de Judas! ¡Quieren engañar a este pobre Judas, tan crédulo!

Y mientras que una mitad de su cara se contorsionaba en gestos ridículos, la otra conservaba una gravedad austera, y el ojo, que no se cerraba nunca, seguía mirando al vacío. Si-

món Pedro se reía más que nadie con las bromas de Judas; ocurrió, sin embargo, una vez que se ensombreció, se puso taciturno y triste, y, tirando a Judas por la manga, le llevó aparte.

—¿Y Jesús? ¿Qué piensas de El?—preguntó inclinado sobre el otro. Pero nada de bromas, te lo ruego.

Judas le lanzó una mirada irritada.

—¿Y qué es lo que piensas tú?—replicó.

Asustado y gozoso, Pedro murmuró:

—Yo creo que es el Hijo de Dios vivo.

—¿Por qué me interrogas, entonces? ¿Qué puede decirte Judas, cuyo padre es un macho cabrío?

—Quisiera saber si le amas, porque parece que tú no amas a nadie, Judas.

Con la misma cólera extraña, el Iscariote pronunció en tono breve y cortante:

—Le amo.

Después de esta conversación, y durante dos días, Pedro no cesó de llamar a Judas «su amigo pulpo», y éste, sin apresuramientos, pero con irritación contenida, se esforzaba en substraerse al discípulo para ocultarse en cualquier rincón oscuro, en donde permanecía, sombrío, solamente visible el ojo blanco y fijo.

La única persona que escuchaba a Judas con gravedad real era Tomás; no comprendía ni las bromas, ni el disimulo, ni la mentira, ni los juegos de palabra o de pensamiento, y no buscaba en todo sino el lado razonable y positivo. Frecuentemente interrumpía con observaciones discretas las malignas historias del judío sobre sus contemporáneos.

—Habría que probar lo que dices. ¿Lo has oído tú mismo? ¿Quién más estaba contigo? ¿Cómo se llama ese testigo?

Judas se arrebataba y chillaba, decía que todo lo había visto con sus propios ojos; pero el obstinado Tomás, con tranquilidad obsesionante, continuaba interrogando al cuentista, persiguiéndole con preguntas insidiosas, hasta que el otro con-

fesaba que había mentido, o hasta que inventase un nuevo cuento más verosímil, sobre el que su contradictor reflexionaba largamente. Cuando descubría el punto flaco, volvía a la carga inmediatamente, y sin alterarse, con seguridad, convencía a Judas de mentira. En general, el Iscariote le excitaba la curiosidad, lo que creaba entre los dos hombres una especie de amistad, llena de gritos, de risas y de invectivas, de una parte; de preguntas tranquilas y continuas, de la otra. A veces, Judas sentía una insoportable aversión hacia su raro amigo; le atravesaba con la mirada, y, con irritación mezclada de súplica, le decía:

—¿Pero qué quieres de mí? ¡Te lo he dicho todo, todo!

—Quiero que me pruebes cómo un macho cabrío puede ser tu padre—declaraba Tomás, a la vez indiferente y tenaz, y esperaba la respuesta.

Ocurría entonces que a preguntas de este género, Judas oponía de repente el silencio, mirando a su interlocutor de pies a cabeza como asombrado; veía un cuerpo largo y derecho, un rostro terroso, ojos francos, transparentes y claros, dos arrugas que partían de la nariz y se perdían en una barba recia y cortada, y decía con convicción:

—¡Qué tonto eres, Tomas! ¿Qué es lo que ves en sueños, un árbol, una pared, un asno?

Y Tomás se turbaba y no replicaba. Sin embargo, por la noche, cuando ya Judas había cerrado para dormir su ojo viviente e inquieto, el discípulo, desde su sitio (dormían los dos próximos), pronunciaba en alta voz estas palabras:

—Te equivocas, Judas. Tengo malísimos sueños. ¿Tendrá el hombre que responder también de sus sueños? ¿Qué piensas tú?

—¿Los ve acaso alguien más que el que los sueña?

Tomás suspiraba quedo, y se ponía a reflexionar. Judas sonreía con desprecio, y cerrando su ojo irónico, se entregaba tranquilamente a sus sueños turbados, a las pesadillas monstruosas, a las visiones dementes que se complacían bajo su cráneo abollado.

IV

Durante las peregrinaciones de Jesús con sus discípulos a través de Judea, cuando los viajeros se acercaban a un poblado, el Iscariote no dejaba nunca de denigrar a los habitantes y conjurar enojos. Pero ocurría casi siempre que las gentes de las que tan mal había hablado acogían al Maestro y a sus amigos con gozo, los rodeaban de afección y de amor, y adoptaban con entusiasmo su enseñanza. La caja en que Judas guardaba el dinero se hacía tan pesada, que costaba trabajo llevarla. Burlábanse entonces de su error, y él replicaba gesticulando con aire sumiso:

—Sí, sí; Judas creía que eran malos y eran buenos. Ellos se han convencido pronto y han dado dinero. Así, pues, también ellos han engañado al pobre Judas, al crédulo Judas de Kerioth.

Pero un día, cuando se encontraban ya muy lejos de un pueblo en el que fueron muy bien recibidos, se entabló una violenta disputa entre Tomás y Judas, y para ventilarla, se volvieron ambos al pueblo. Al día siguiente, alcanzaron a Jesús y a los otros discípulos, y Tomás estaba triste y perplejo, mientras que Judas parecía orgulloso y como en espera de que todo el mundo le felicitase y le diera las gracias. Cuando se acercó al Maestro, Tomás declaró resueltamente:

—Judas tenía razón, Señor. Las gentes del país son tontas y malas, y la buena simiente de tus palabras ha caído en terreno pedregoso.

Refirió entonces lo que había ocurrido en el pueblo. En cuanto se marcharon Cristo y su discípulos, una vieja empezó a gritar que le habían robado una cabrita blanca, y acusaba del robo al Nazareno y sus acompañantes. Al principio la contradijeron, luego trataron de calmarla; pero ella se obstinaba en que nadie más que Jesús podía ser el culpable del robo, y creyéndola muchas gentes, querían correr en persecución de

los ladrones. Aunque no tardaron en encontrar a la cabrita, que se había perdido entre las zarzas, decidieron, no obstante, que Jesús era un impostor y quizá también un ladrón.

—¡Ah! ¿Eso dicen?—exclamó Pedro, con las narices hinchadas.—¿Quieres, Señor, que vaya a esos imbéciles y que les...

Pero Jesús, que durante toda esta explicación había guardado silencio, le miró con severidad, y Pedro se calló y se escondió entre los otros. Y como si nada hubiese pasado, nadie volvió a hablar del asunto. Habríase dicho que Judas no tenía razón. El Iscariote se esforzaba en vano, tratando de dar a su rostro codicioso una expresión modesta; no se fijaban en él, o bien le miraban sin benevolencia y con desdén.

Y a partir de este día se modificó grandemente la actitud de Jesús para con aquél. Antes, sin que se supiera por qué, Judas no hablaba nunca directamente al Maestro, y tampoco Jesús se dirigía sino raras veces a Judas; se contentaba con mirarle, en ocasiones con mirada acariciadora; sonreía a algunas de sus bromas, y cuando tardaba demasiado en verle, preguntaba por él: «¿Dónde está Judas?» Ahora, el Maestro parecía no ver a Judas, aunque le siguiese buscando con los ojos—y hasta con mayor obstinación quizá que antes,—cada vez que prodigaba sus enseñanzas a los discípulos o hablaba al pueblo. O bien Jesús volvía la espalda al Iscariote y lanzaba sus palabras por encima del hombro, o bien simulaba ni advertirlo siquiera. Y cualquiera que fuese el discurso del Maestro, hasta cuando expresaba lo que pensaba Judas, hubiérase dicho que sus observaciones iban siempre dirigidas contra él. Y para todos, el Maestro era una bella y preciosa flor, una fragante rosa del Líbano; no dejaba a Judas sino las espinas agudas, como si Judas no tuviese corazón, como si estuviera desprovisto de ojos y de orejas, como si fuera diferente de sus compañeros, incapaz de apreciar el esplendor de los pétalos frágiles e inmaculados.

—Tomás, ¿te gusta la rosa amarilla del Líbano, que tiene un rostro atezado y ojos como los de las gacelas?—preguntó

una vez Judas a su amigo; y éste contestó con indiferencia:

—¿La rosa? Sí; su perfume me es agradable; pero nunca he oído decir que las rosas tuviesen cara y ojos.

—¿De veras? Y tal vez no sepas tampoco que el cacto de numerosos brazos, que desgarró ayer tu traje nuevo, no tiene más que una sola flor roja y un ojo único.

Tomás lo ignoraba igualmente, aunque, en efecto, la víspera, un cacto se le hubiera agarrado al traje, haciéndole jirones. No sabía nada aquel Tomás, y, por lo tanto, preguntaba sin cesar; tenía la mirada franca y unos ojos transparentes y claros, tras los cuales se veía, como a través de un cristal fenicio, la pared en que se apoyaba y el asno de cuello colgante atado a la pared por el ramal.

Algún tiempo después ocurrió un incidente en el que Judas tuvo de nuevo razón. En un pueblo de Judea, del que desconfiaba tanto, que había aconsejado evitarlo, acogieron muy mal a Cristo. Cuando hubo predicado y censurado a los hipócritas, la multitud se enfadó y quiso lapidarlos, a El y a sus compañeros.

Los energúmenos eran numerosos, y hubieran, sin duda, ejecutado su proyecto criminal, sin la intervención de Judas de Kerioth. Presa de un terror insensato, como si viera ya gotas de sangre bermeja en las inmaculadas vestiduras del Maestro, Judas, alocado, se precipitó a la muchedumbre; amenazó, gritó, suplicó y mintió, dando así a Jesús y a sus discípulos tiempo y posibilidad de huir. Se movía como si tuviera diez pies; risible y espantable en sus súplicas y en su furor, se agitaba como un poseído, ante la multitud, a la que paralizaba, con ayuda de una fuerza rara y desconocida. Gritaba que el Nazareno no era en modo alguno una hechura del demonio, que era sencillamente un impostor, un ladrón amante del dinero, como todos sus discípulos y Judas mismo, y diciendo esto, sacudía la caja que contenía las monedas, se contorcía y suplicaba arrastrándose por el suelo. Poco a poco, el enojo de la multitud se transformó en asco; las burlas empezaron a llover, y las manos que tenían las piedras cayeron.

—Estas gentes son indignas de morir a nuestras manos honradas, declararon los habitantes, mientras que algunos seguían con mirada pensativa a Judas, que se alejaba a grandes zancadas.

Ahora también, el Iscariote esperaba felicitaciones y gracias; exhibió sus vestiduras rotas, contó que le habían llenado de golpes; pero esta vez también se equivocó, sin que supiera por qué. Jesús, irritado, marchaba muy de prisa y sin decir palabra; y ni Juan ni Pedro se atrevían a acercarse a El; y ambos, que veían a Judas con el traje hecho jirones, su rostro feliz, animado, en donde persistían, sin embargo, estigmas de espanto, le echaban con breves exclamaciones de cólera. Parecía que no era él quien había salvado a todo el mundo, que no era él quien había salvado al Maestro, al Maestro amadísimo.

—¿Ves qué imbéciles?—dijo a Tomás, que iba absorto detrás de sus compañeros.—Míralos: van por el camino en rebaño, como corderos, levantando el polvo con sus talones. Tú, Tomás, que eres inteligente, y yo, el noble y hermoso Judas, vamos aparte, como sucios esclavos, indignos de la compañía del Maestro.

—¿Por qué dices tú que eres hermoso?—replicó Tomás asombrado.

—¡Porque lo soy!—contestó muy convencido Judas; y contó con muchos floreos cómo había logrado engañar a los enemigos de Cristo, cómo se había burlado de ellos y de sus estúpidas piedras.

—¡Pero has mentido!—observó Tomás.

—Pues bien, sí, he mentido—asintió tranquilamente el Iscariote.—Les he dado lo que pedían, y ellos me han devuelto lo que necesitaba. ¿Y qué es la mentira, mi buen Tomás? ¿No hubiera sido la muerte de Jesús una mentira mayor aún?

—Has obrado mal. Ahora creo, en efecto, que el diablo es tu padre. El es, Judas, quien te ha inspirado.

El Iscariote palideció, y su cara pareció adelantarse de repente hacia Tomás; hubiérase dicho que una nube blanca ha-

bía ocultado de repente el camino y a Jesús. Con movimiento ligero, Judas atrajo a sí al discípulo, le estrechó con fuerza, paralizando sus ademanes, y le murmuró al oído:

—¿Dices que es el diablo quien me ha impulsado? Bien, muy bien, Tomás. ¿He salvado a Jesús, sí o no? Sí, ¿verdad? Luego el diablo ama a Jesús. ¿Luego Jesús y la verdad son necesarios al diablo? Bien, bien, Tomás. Pero mi padre no es el diablo, es un macho cabrío. Quizá éste necesite también a Jesús, ¿eh? ¿Y vosotros no tenéis necesidad de él? ¿No tenéis necesidad de la verdad?... Contesta, anda, contesta...

Furioso y un tanto asustado, Tomás se desprendió con trabajo del abrazo viscoso, y tomó un paso más rápido, que moderó pronto; trataba de comprender lo que acababa de pasar.

Mientras tanto, Jesús seguía andando sin prisa y lejos detrás de los otros. Allá abajo, los viajeros no formaban más que un grupo confuso, y era imposible distinguir a Jesús entre las sombras que se deslizaban por el camino. El mismo Tomás se transformó pronto en un punto gris, y de pronto, en una revuelta, todos desaparecieron por completo. Después de haber inspeccionado los alrededores, Judas dejó el camino, y dando enormes saltos, llegó al fondo de un barranco pedregoso. La carrera rápida y a sacudidas hinchaba sus vestiduras, y sus brazos se elevaban como si fueran a tomar vuelo. Por un lugar cortado a pico, se deslizó y rodó, cual una pelota, hiriéndose en las piedras. Se puso en pie, y, con cólera, mostró el puño a la montaña.

—¡Tú también, maldita!

De repente, la prontitud de sus movimientos se convirtió en una lentitud pesada; eligió una piedra gruesa y se acurrucó tranquilamente como un perro. Se movió para buscar una posición más cómoda, aplicó las manos en la roca y apoyó en ellas la cabeza. Sin menearse, permaneció allí una hora, dos horas, gris como la piedra grísea, y engañando a los pájaros con su inmovilidad sostenida. Ante él, alrededor de él, por todos lados se elevaban las paredes del barranco, cuya línea

aguda formaba el borde del cielo azul intenso; y por todas partes se alzaban enormes bloques de granito hundidos en la tierra; parecía que en otro tiempo había caído allí una lluvia de piedras en pesadas gotas, fijas ahora para la eternidad. Aquel barranco agreste y desierto, semejante a un cráneo vuelto del revés y separado del tronco, erguía cada una de las rocas como otros tantos pensamientos petrificados en un sueño pesado, obstinado, eterno.

Un escorpión confiado y engañado pasó, claudicante y vacilante, muy cerca de Judas, que le vió, y continuó mirando algún invisible punto con sus ojos, los dos inmóviles, los dos empañados por un velo raro y blanquecino, los dos como ciegos y a la vez videntes. Y de la tierra, de las piedras, de las hendiduras, comenzaron a subir las tinieblas nocturnas y apacibles; envolvieron a Judas y flotaron rápidamente hacia el cielo luminoso que palidecía. La sombra llegaba con sus pensamientos y sus sueños.

Aquella noche, Judas no llegó al albergue común, y los discípulos, arrancados a sus reflexiones y obligados a preocuparse de la comida, murmuraron contra la negligencia del ausente.

V

Un día, Jesús y sus discípulos seguían a media noche un sendero pedregoso, abrupto y desprovisto de toda sombra; y como llevaban más de cinco horas de marcha, el Maestro se quejó de cansancio. Los apóstoles se separaron; Pedro y su amigo Juan extendieron en el suelo sus capas y alguna de sus compañeros, y acondicionaron entre dos peñascos una especie de tienda para Jesús. El Señor se tumbó, y, protegido contra el ardor tórrido del sol, descansó, mientras que sus discípulos entretenían el alto con sus bromas y su alegre charla. Pero, viendo que fatigaban al Maestro, se alejaron a cierta distancia y se entregaron a diversas ocupaciones, porque eran poco sensibles al cansancio y al calor. Uno se puso a buscar raíces

comestibles, que llevaba a Jesus; otro trepaba más alto y se esforzaba en seguir con la vista los límites de la azulada lejanía; no los distinguía, y continuaba escalando nuevos picos y nuevos senderos. Juan descubrió entre las piedras un lindo lagarto azulado, lo cogió con precauciones y se lo llevó al Maestro, riendo dulcemente. El lagarto miró con sus ojos convexos y enigmáticos a los ojos del Nazareno; luego el cuerpecillo fresco se deslizó prestamente entre los dedos tibios, llevándose a prisa, no se sabe adónde, su colita inquieta y grácil.

Pedro, que no gustaba de los recreos pacíficos, se divertía con Felipe en arrancar de la montaña pedruscos que echaban a rodar por la pendiente, midiendo así sus fuerzas respectivas. Atraídos por sus carcajadas, los otros discípulos fueron reuniéndose con ellos, y tomaron alternativamente parte en aquella diversión. Arrancaban con esfuerzo un pedazo de roca, lo levantaban en alto y lo tiraban en seguida. Caía la piedra; oíase un choque breve y sordo; había una pausa, durante la cual parecía aquélla reflexionar; luego daba un salto, vacilante; a cada contacto con la tierra, adquiría fuerza y velocidad, hacíase más ligera, más feroz, más destructora. No saltaba ya, volaba, y el aire dejaba pasar silbando aquella fuerza redonda y maciza. Llegada al borde del abismo, la piedra realizaba una amplia y última trayectoria, y se precipitaba al fondo del invisible abismo.

—¡Vamos con otra! —gritaba Simón. Sus dientes blancos resplandecían en medio de su barba negra; su pecho robusto y sus brazos estaban desnudos; los seculares pedruscos irritados se asombraban vagamente de la fuerza que los arrastraba, y, una tras otra, marchaban al abismo dócilmente. El mismo Juan, que era débil, tiraba piedras menores. Y Jesús miraba con indulgente sonrisa los deportes de sus discípulos.

—¿Qué tienes, Judas? ¿Por qué no vienes a tomar parte en este juego, que parece tan divertido?—preguntó Tomás, al ver a su raro amigo sentado tras una roca.

—Me duele el pecho, y nadie me ha invitado.

—¿Hay necesidad de invitación? Pues bien, yo te invito. Ven, mira las piedras que tira Simón Pedro.

Judas le miró de lado, y entonces fue cuando Tomás advirtió vagamente por primera vez que el Iscariote tenía dos caras. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de apreciarlo, el otro, con su tono habitual, halagador e irónico al mismo tiempo, le decía ya:

—¿Hay alguien más fuerte que Pedro? Cuando grita, todos los asnos de Jerusalén creen que su Mesías ha llegado, y se ponen también a rebuznar. ¿Los has oído alguna vez, Tomás?

Mientras tanto, con sonrisa afable, y cruzando con gesto púdico su vestidura sobre su pecho cubierto de pelos rojos y rizosos, Judas entró en el círculo de los jugadores. Y como todo el mundo estaba muy alegre, le recibieron con júbilo, con ruidosas chanzas; el mismo Juan tuvo una sonrisa de condescendencia cuando Judas, jadeando y quejándose como un enfermo auténtico, se apoderó de una enorme piedra. Pero el hombre de Kerioth la alzó sin esfuerzo y la arrojó con habilidad; su ojo ciego y arrugado, tras una vaga vacilación, se fijó en Pedro, mientras que la otra pupila, llena de astucia, reflejaba una dulce alegría.

—Anda, tira otra—dijo Pedro molesto.

Alternativamente, cogieron y lanzaron piedras gigantescas, y los discípulos los miraban con asombro. Pedro cogía un enorme pedrusco, Judas elegía uno mayor; Pedro, refunfuñando, arrancaba con rabia un fragmento de roca, lo levantaba, vacilando, y lo enviaba a lo lejos. Judas continuaba sonriendo, buscaba con la vista un bloque más pesado todavía, lo envolvía entre sus largos dedos, lo alzaba, vacilaba con él y lo tiraba, palideciendo, al precipicio. Una vez lanzada la piedra, Pedro se echaba hacia atrás y la seguía con la mirada; Judas se inclinaba adelante y extendía, moviendo los brazos, como si intentara seguirla. Para concluir, Pedro primero y después Judas, se dirigieron a un enorme bloque; ninguno de los dos con-

siguió levantarlo. Con el rostro encendido, Pedro se acercó resueltamente a Jesús, y dijo con su voz resonante:

—¡Señor! No quiero que Judas sea aquí el más vigoroso. Ayúdame a levantar esta piedra y a lanzarla.

Jesús le contestó en voz baja. Pedro, descontento, se encogió de hombros, pero no se atrevió a replicar nada, y se volvió, repitiendo las palabras del Señor:

—Ha dicho: «¿Quién ayudaría al Iscariote?»

Entonces miró a Judas, que, jadeante y con los dientes apretados, seguía obstinado en querer remover la piedra, y se echó a reír alegremente:

—¡Valiente enfermo! Mirad lo que hace nuestro pobre Judas, siempre tan delicado.

El mismo Judas se echó a reír, ante aquella prueba tan evidente de su hipocresía; el regocijo fue general; los labios de Tomás se entreabrieron un poco para sonreír, y su bigote gris, cerdoso y colgante, se movió ligeramente. Y, entre bromas y risas, se reanudó la marcha. Pedro, completamente reconciliado con su vencedor, le daba de vez en cuando un puñetazo en el costado:

—¡Buen maula estás!

Todos felicitaban a Judas; se reconocía que había alcanzado la victoria; hablábanle amistosamente; pero Jesús tampoco en esta ocasión se asoció a las alabanzas. Iba solo, delante, y mordisqueaba una brizna de hierba; poco a poco, los discípulos cesaron de reír, y, uno tras otro, se fueron acercando al Maestro. Y ocurrió pronto que, de nuevo, formaron un grupo compacto alrededor de El, mientras que Judas el vencedor, Judas el hombre robusto, se quedaba solo, detrás, respirando el polvo de los pasos de aquéllos.

En esto, los viajeros se pararon. Jesús puso una mano en el hombro de Pedro y, con la otra, señaló a lo lejos, en donde aparecía ya Jerusalén envuelta en vapores. Y el hombro ancho y macizo de Pedro se estremeció bajo el peso de la mano fina y atezada.

VI

En Betania entraron en casa de Lázaro para pasar la noche. Cuando todo el mundo estuvo reunido, Judas, suponiendo que se iba a hablar de su victoria de la mañana, se acercó al círculo. Pero los discípulos estaban más pensativos y silenciosos que de costumbre. Las imágenes del camino recorrido; sol, rocas, hierbas, Cristo reposando bajo la tienda, flotaban lentamente en su cerebro, suscitaban dulces pensamientos y engendraban sueños hermosos y el deseo de marchar eternamente bajo el sol. El cuerpo cansado reposaba gratamente, soñando él también, quizá, con algo enigmático, grande, maravilloso. Nadie se acordaba de Judas.

El Iscariote salió y volvió. Jesús hablaba a sus discípulos. A sus pies, inmóvil como una estatua, estaba sentada María; con la cabeza echada hacia atrás, contemplaba el rostro del Maestro. Juan se había acercado y rozaba con la mano la túnica del Nazareno, sin que lo advirtiera. Juan tenía la rigidez del mármol. Pedro respiraba ruidosamente, y el ritmo de su aliento acompañaba las palabras del Maestro.

Judas se detuvo en el umbral. Desdeñoso de la concurrencia, miraba ardientemente a Jesús. A medida que le miraba, las cosas se apagaban a su alrededor, se llenaban de oscuridad y de silencio; sólo Jesús permanecía luminoso y blanco, con la mano alzada. Después le pareció a Judas que el Maestro también se levantaba en el aire, se esfumaba y se hacía semejante a la sublimidad diáfana que flota sobre los lagos y que atraviesa la claridad de la luna declinante. Sus palabras impregnadas de ternura venían de muy lejos, y Judas no sospechaba su fuente. Y mientras que posaba sus ojos en la figura vacilante y escuchaba la armoniosa melodía de las palabras lejanas y fantomáticas, Judas estrechó entre sus dedos de hierro su alma entera; y en las tinieblas inmensas que le bañaban se puso a construir algo enorme. Gradualmente, en la profunda

oscuridad en que se aislaba, levantó así no se sabe qué masas semejantes a montañas y las amontonó sin esfuerzo las unas sobre las otras; cogió otras más y las juntó a las primeras. Y aquello crecía sin ruido, se extendía como un campo del que han reculado indefinidamente los límites; entonces Judas sintió que su cabeza era como la cúpula de la obra misteriosa que se cimentaba en las insondables tinieblas. La masa formidable continuaba edificándose y alguien trabajaba en silencio: levantaban bloques parecidos a montañas; los ponían unos sobre otros, seguíase así... A lo lejos, palabras de ensueño manaban de los labios divinos.

Judas permaneció allí, enorme y negro, cerrando el paso, y Jesús hablaba, mientras que el soplo rítmico y sonoro de Pedro subrayaba el discurso del Maestro. Pero, de repente, Jesús se calló; como si se despertase, Pedro exclamó con entusiasmo:

—¡Señor, tú conoces el Verbo de la vida eterna!

Pero Jesús, con la mirada fija, siguió mudo. Los que siguieron su mirada vieron en el umbral de la puerta a Judas inmóvil, que entreabría la boca y arqueaba las cejas. Sin comprender de qué se trataba, se echaron a reír, mientras que el sabio Mateo tocaba al Iscariote en el hombro y le citaba las palabras de Salomón:

«Se tendrá misericordia con el que tiene aspecto humilde; pero el que se queda en las puertas, molesta a los otros.»

Judas se estremeció; hasta dió un tenue grito de terror; hubiérase dicho que todo el cuerpo, los ojos, las manos, los pies, huían; era como un animal de pronto consciente de una presencia humana. Jesús se dirigió a Judas. Llevaba una palabra en los labios; pero pasó ante el Iscariote y franqueó el umbral, que el otro no entorpecía ya.....

.....

A media noche, Tomás, inquieto, se acercó al lecho de Judas, se agachó y preguntó:

—¿Estás llorando, Judas?

—No, vete, Tomás.

—Entonces, ¿por qué gimes y rechinas los dientes? ¿Estás malo?

Judas guardó un instante silencio; luego, una tras otra, se escaparon de sus labios palabras rudas, llenas de dolor y preñadas de cólera:

-¿Por qué no me ama? ¿Por qué ama a los otros? ¿No soy yo mejor, más hermoso y más fuerte que los otros? ¿No fuí yo quien le salvé la vida cuando ellos huían como perros cobardes?

—No tienes razón, amigo. No eres hermoso, y tu lengua es tan pérfida como desagradable tu cara. Mientes, calumnias sin cesar; ¿cómo quieres granjearte el afecto de Jesús?

Pero Judas parecía no oirle, y continuaba moviéndose pesadamente en la sombra:

—¿Por qué no está con Judas, sino con los que no le aman? Juan le ofreció un lagarto; yo le hubiese llevado una serpiente venenosa. Pedro tiró bloques de roca; yo, para agradarle, hubiera conmovido una montaña. Pero, ¿qué es una serpiente venenosa? Se le arrancan los dientes emponzoñados y se arrolla al cuello como un collar. ¿Qué es una montaña que se puede abrir con las manos y hollar con los pies? Yo le hubiera dado Judas, el hermoso, el valiente Judas. Y ahora, El va a perecer y Judas perecerá con El.

—¡Qué cosas tan raras dices, amigo mío!

—«Una higuera seca que hay que derribar con el hacha», eso es lo que ha dicho de mí, ¡de mí! ¿Por qué no me derriba? No se atreve, Tomás. Lo sé. Tiene miedo de Judas. Se esconde del hermoso, del fuerte, del valeroso Judas. Quiere a los imbéciles, a los traidores, a los mentirosos. Tú eres un mentiroso, Tomás; ¿no lo sabes?

Tomás, muy asombrado, iba a replicar, pero pensó que Judas le injuriaba sencillamente, según su costumbre; se contentó con encogerse de hombros. Y Judas se desoló más todavía; rechinaba los dientes y su corpachón se agitaba febrilmente bajo la manta.

—¿Qué es lo que hace tanto daño a Judas?—gemían.—¿Quién ha prendido fuego a su cuerpo? Entrega sus hijos a los perros; entrega su hija a los bandidos para que la mancillen; entrega su prometida a la prostitución. ¿Pero no tiene, sin embargo, un corazón tierno? Vete, Tomás; vete, imbécil. ¡El hermoso, el fuerte, el valeroso Judas quiere estar solo!

LEÓNIDAS ANDREIEF

(Continuará.)

LA REINA GOBERNADORA

CRÓNICAS POLÍTICAS DE 1833 A 1840

III

El Conde de Toreno.—Mendizábal: su sistema; su caída.

Al dimitir Martínez de la Rosa con sus compañeros, se quedó el Conde de Toreno encargado de la Presidencia, de la Secretaría de Estado e interinamente de la de Hacienda, mientras llegaba de Londres D. Juan Alvarez Mendizábal, que era el propietario. Este Ministerio resultaba de transición; pero Toreno lo aceptó por darse el gustazo de ser Presidente una temporada (1).

Don José María Queipo de Llano y Ruiz de Saravia, conde de Toreno, era un asturiano muy listo, que tenía a la sazón cuarenta y ocho años. Presenció en Madrid los memorables sucesos del Dos de Mayo; fue diputado doceañista, viéndose obligado a emigrar a la venida de Fernando VII; pero en las Cortes de 1821 apareció influído por temperamentos conservadores, que tuvo el valor cívico de exponer en una sesión. El populacho, disgustado por estas declaraciones, intentó agredirle una tarde a la salida del Congreso, y gracias a las autoridades no se pudo consumar el atentado.

(1) Desde 7 de Junio a 14 de Setiembre de 1835.

Su cambio de criterio hizo que los liberales exaltados le motejasen también, como a Martínez de la Rosa, con el dictado de *pastelero*. Fernando VII le volvió a desterrar en 1823, y estuvo algunos años viajando por Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania y Suíza.

Se quejan nuestros ministros de Hacienda del cúmulo de obligaciones que pesan sobre el Presupuesto del Estado, y de la resistencia (justificada, después de todo) que opone el público a que se aumenten los ingresos; pues nuestra situación es miel rosada, comparada con aquellos infelices días en que los gastos de la guerra civil lo consumían todo, y no se encontraba manera de aumentar la entrada de fondos en las arcas del Erario.

He aquí un resumen del Presupuesto general de la Nación, formado para 1835 por el Conde de Toreno:

	REALES
Casa Real	43.500.000
Real Caja de Amortización (Deuda pública)	223.834.823
Secretaría de Estado	10.058.300
Idem de Gracia y Justicia	14.011.873
Idem del Interior (Gobernación, Fomento e Instrucción pública)	116.145.002
Idem de Guerra	251.247.003
Idem de Marina	58.249.046
Idem de Hacienda	121.532.005
TOTAL	838.578.052

Las clases pasivas formaban partida especial aparte, y como importaba su consignación 56.406.576 reales, hacían ascender el total del Presupuesto a 901.984.628 reales. Los ingresos no pasaban de 759.534.936 reales, de modo que el Ministro presentaba ya su obra con un déficit de 145.449.692 reales. La situación era espantosa para la Hacienda. Y, ¿cómo salían del paso los Ministros de entonces? Echando mano de los empréstitos, onerosos, pero imprescindibles.

Y no era esto lo peor, con ser bastante malo, sino que no había en el extranjero quien nos prestase una peseta. Fernando VII no quiso reconocer los empréstitos realizados en la época de 1820 a 1823, y los capitalistas de Europa cerraban su bolsa cuando se trataba de entregar dinero a España.

El compromiso era verdaderamente aflictivo para cualquier Gobierno. No hubo más remedio que reconocer como deudas del Estado las contraídas por el Gobierno en el extranjero, anteriores o posteriores a 1823.

A este efecto, dividió Toreno la Deuda extranjera en *activa* y *pasiva*, constituyéndose la primera con las dos terceras partes del crédito general, que se iría amortizando periódicamente, entrando a reemplazar la suma amortizada otra equivalente de la *Deuda pasiva*, que se diferenciaba de la primera en no cobrar intereses.

Esta conversión de la *Deuda pasiva* en *activa* se verificaría en un período de doce años, que empezarían a contarse desde 1.° de Enero de 1838. La *Deuda activa* percibiría el interés de 5 por 100.

Puesto el anzuelo, por la misma ley se autorizaba al Secretario del Despacho de Hacienda a contraer un empréstito de 400 millones de reales efectivos, destinado a cubrir el déficit del Tesoro y hacer frente a las atenciones de la guerra.

No tenía razón Espronceda cuando calificó de *necio audaz* al Conde de Toreno: audaz lo sería como todos, como el mismo Espronceda cuando se atrevió a hablar en el Congreso sin ser orador; pero, como político, valía más que Espronceda, y como Ministro de Hacienda hizo lo que se podía hacer en aquellas críticas circunstancias.

Las cuestiones de orden público iban tomando proporciones alarmantes.

El 25 de Julio de 1835, poco más de un año después de la matanza de frailes en los conventos de Madrid, se repitió la misma escena en Barcelona por los revoltosos exaltados, en unión de ese núcleo de gente levantisca que en las grandes

ciudades siempre se encuentra propicia a producir alborotos, de los que fácilmente se pasa a los atropellos y atentados.

Los desórdenes se repitieron en Valladolid, Salamanca, Málaga, Cádiz, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, Palencia y Burgos.

Francia concedió por fin unos 5.000 hombres de la *legión extranjera* que operaba en Argel, y entraron éstos en la Península, por Tarragona, a mediados de Agosto, al mando del Coronel Bernelle; y poco tiempo después desembarcaron en San Sebastián dos batallones ingleses a las órdenes del General Evans. Estos auxilios sirvieron para muy poco, y no hacían más que aumentar los gastos.

***

Se hallaba Cristina indecisa en La Granja, por el mes de Agosto de 1835, sobre la resolución que debería tomar, pues desde Junio que estaba nombrado Mendizábal Ministro de Hacienda, aún no se había presentado a tomar posesión, y la cuestión política iba tomando mal aspecto. Toreno, reconociendo que no podía dominar la grave situación del país, buscaba una ocasión para abandonar el Gobierno, y la Reina tenía forzosamente que pensar en la sustitución: ésta no podía ser en aquel momento con otra persona más que con Mendizábal; pero sus manifestaciones, abiertamente revolucionarias, obligaban a que se le mirase en Palacio con cierta prevención; así es que Cristina no se atrevía a resolver nada ni en favor ni en contra de Mendizábal.

El Ministro de Hacienda electo, habiéndose puesto al habla con los Gobiernos de Londres, París y Lisboa, capitales que recorrió antes de entrar en España, pudo conseguir la promesa del apoyo moral de aquellos Gabinetes. Cuando nadie le esperaba, apareció en Badajoz el 1.° de Setiembre (1835), y después de conferenciar en Madrid con Villiers, Embajador de Inglaterra, fué el día 5 a La Granja, exponiendo a Cristina un

programa de gobierno que aquélla quedó en estudiar, consultando luego el caso con el mismo Villiers, quien, desde luego, aconsejó la destitución de Toreno y el nombramiento de Presidente a favor de Mendizábal.

La Reina, como hemos dicho, estaba indecisa, cuando alguien influyó en su ánimo contra el proyecto del Embajador de Inglaterra, y parece que hubo un momento en que se inclinó a nombrar a Riva Herrera para sustituir a Toreno. No faltó quien se lo comunicase a Mendizábal, y éste se apresuró a dar el aviso a Villiers, que estaba presenciando una corrida en la Plaza de Toros, bien ajeno de la conjura que contra su combinación se había fraguado en Palacio. El diplomático inglés abandonó precipitadamente la Plaza, tomó una silla de postas y se presentó a la Gobernadora pocas horas después, convenciéndola de que debía encargar a Mendizábal la formación del Ministerio, como lo verificó el 11 de Setiembre (1).

El mismo día publicó Mendizábal su famoso manifiesto, en el que declaró francamente el espíritu liberal de que venía animado, y que pensaba imprimir a los actos de su política, contando con el apoyo de hombres tan importantes como Argüelles, Gil de la Cuadra, Alcalá Galiano, Heros y otros de gran prestigio en el Parlamento.

Mendizábal tenía ese arte necesario para resolver brevemente, en una forma o en otra, los problemas que aparecen de pronto, entorpeciendo la marcha tranquila de los Gobiernos; ese arte que, como decía Cánovas del Castillo, no se aprende en las Universidades ni en las Academias, y que no poseen todos los jefes de partido. Javier de Burgos le llama ignorante, y, aunque este calificativo está dictado por la pasión, reconocemos que no era Mendizábal un preceptista político; pero, dado su sistema, tenía recursos para resolver dificultades y vencer obstáculos. No consiguió el resultado que se había pro-

(1) Mendizábal fue Presidente del Consejo desde esta fecha hasta el 15 de Mayo de 1836.

puesto, porque se adelantó a su tiempo: el país no estaba preparado. Mendizábal hubiera desarrollado mejor sus planes en la revolución de 1868. No era el político doctrinario, como Martínez de la Rosa, como el conde de Toreno, como Alcalá Galiano, como Argüelles, sino el oportunista que, desechando teorías de escuela, echa mano de los resortes que necesita, vengan de donde vinieren. Dos años seguidos de Presidencia del Consejo de Ministros le hubieran convertido en *moderado*, epíteto que se daba entonces a los liberales amantes del orden y de la tranquilidad.

Para lo que Mendizábal tenía facultades indiscutibles era para los negocios. Y la prueba es que donde conquistó su fama fue en Inglaterra, en el país por excelencia de las grandes empresas. Dicen que era hijo de un prendero de Cádiz (1), y que, acostumbrado desde pequeño a no oír hablar más que de compras y de ventas, se compenetró su espíritu de este linaje de asuntos. El llevaba dentro de sí esa predisposición natural que le hacía sobresalir en este sentido sobre sus compatriotas, como años adelante se hizo célebre, siguiendo el mismo camino, D. José Salamanca.

«Cuatro veces ha sido Ministro—decía un biógrafo de Mendizábal en 1850,—y jamás ha cobrado los 30.000 reales de cesantía que le corresponden; abnegación tanto más apreciable, cuanto que está crónicamente enfermo, y se ve en la necesidad de andar a pie o en coche prestado.

»Conoce todos los idiomas, pero todos los habla mal, como *El judío errante*.

»Es verdaderamente filantrópico, generoso y honrado. Prócer de cuerpo y de buena figura, viste a la inglesa con elegante sencillez.»

No era un orador de estilo florido ni académico; pero se expresaba con facilidad en términos claros y sencillos. Alguna

(1) Donde había nacido, el 25 de Febrero de 1790.

vez echaba mano del humorismo. En el Estamento de Procuradores, por el mes de Abril de 1836, dijo a su contrincante:

«Ha dicho el Sr. Parejo, que desde el día que pronunció su discurso han subido los fondos públicos, y S. S. ha tenido la molestia de añadir que a las doctrinas vertidas aquí es a lo que se debe la elevación del crédito; S. S., ingenioso en esta parte, como buen andaluz (también lo soy yo), ha querido atraerse así la opinión de los Procuradores, pues todos tenemos nuestro poquito de amor propio. Yo, en tanto que sea Ministro, y aun cuando no lo sea, apelaré a S. S. para que todos los días nos haga un discurso, y así se irá elevando nuestro crédito.»

Lo cierto es que Mendizábal se hallaba en Londres dedicado a sus negocios, cuando le avisaron para que viniera a encargarse de la cartera de Hacienda, ofrecimiento que no rehusó; pero comprendiendo que la marcha de aquel ramo de la Administración pública depende, principalmente, de las orientaciones que se den a la política, recordó a la Gobernadora, o hizo que sus amigos se lo recordasen, la solidaridad de tendencias que él había tenido con los revolucionarios de 1820.

La razón que hubo para nombrar a Mendizábal fue, precisamente, estas tendencias, pues la parte de la nación que no estuvo levantada en armas por el Pretendiente Don Carlos, lo estaba por la Constitución, y habían aparecido unas Juntas revolucionarias que lograron poner al Gobierno en un verdadero compromiso.

En 9 de Setiembre salió de Madrid el General Latre, con una columna compuesta de 2.000 hombres y artillería, a someter la Junta de Andalucía; pero, al llegar a Santa Cruz de Mudela, se le pasó entera la columna a los revolucionarios, quedándose solo el General con su Estado Mayor. Era presidente de esta Junta el Conde de las Navas, hombre muy querido en aquel país, y el Gobierno envió, para tratar con él y ver de reducirle, a D. José de Espronceda, que carecía de condiciones para el caso; así es que el celebrado autor de *El diablo mundo*

se volvió como había ido, sin que ni el Conde ni los de la Junta quisieran hacerle caso.

*
* *

Cuando el alzamiento nacional de 1808, y durante aquella guerra memorable contra el poderío de Napoleón, España puede decirse que careció de un Gobierno central, superior, único, que la dirigiese, y adoptando sin preparación ni connivencia el sistema federativo a que tanto se presta la Constitución etnográfica o etnológica del país, formáronse Juntas provinciales que asumían en sí todos los poderes del Estado, con un carácter esencialmente democrático, porque estos organismos, surgidos espontáneamente, prescindieron de los elementos de la nobleza y del clero como entidades de clase, aceptando y aun buscando su concurso individual, como ciudadanos.

El sistema dió, pues, buen resultado, y se acudió a él en toda época revolucionaria, logrando muchas veces producir conflictos al Gobierno, hasta que Mendizábal, con gran tino político, aprovechando el sistema que le imponían los elementos díscolos de cada provincia, organizó las *Diputaciones provinciales* por Real decreto de 21 de Setiembre de 1835, y consiguió asimilar al Gobierno estos organismos que hasta entonces habían entorpecido su marcha. Desvirtuado así el espíritu de aquellas Juntas, hemos llegado al caso, a través de los tiempos, de que no se considere ya de necesidad la permanencia de estas corporaciones.

Se censuró mucho a Mendizábal la creación de las Diputaciones provinciales, motejándole de haber transigido con las Juntas revolucionarias; pero es el caso que con la nueva institución consiguió desarmar aquellos organismos revolucionarios, haciéndolos entrar en la legalidad, y poniéndolos bajo la férula del Gobernador civil, al que nombró presidente nato de las flamantes asambleas. Mendizábal conocía la aguja de marear.

*
* *

Preciso es confesar que el Pretendiente Don Carlos tenía una gran parte del país en su favor; los frailes, los sacerdotes, la gente acomodada y los campesinos de muchas comarcas de España (1). El clero sobre todo, secular y conventual, hacía una guerra sorda al liberalismo aprovechando el púlpito y el confesonario, y el Gobierno, en represalia, dió su célebre decreto de 11 de Octubre de 1835, en el que, «considerando cuán desproporcionado era a los ojos de la nación el número de casas monásticas que existían», suprimió todos los monasterios de Ordenes monacales, los de canónigos seglares de San Benito de la congregación claustral Tarraconense y Cesaraugustana, la de San Agustín y los Premostratenses, cualquiera que fuese el número de monjes o religiosos de que se compusieran, exceptuándose los monasterios de la Orden de San Benito, el de Montserrat (Cataluña), San Juan de la Peña y San Benito de Valladolid, San Jerónimo, de El Escorial y Guadalupe, San Bernardo de Poblet, Cartujos de El Paular y San Basilio de Sevilla, con calidad de que los bienes raíces y rentas de estos monasterios se aplicasen al Crédito público, como los de las casas suprimidas.

Los edificios que quedasen desocupados con tal motivo, se destinarían (R. D. de 25 de Enero de 1836) a cuarteles, hospitales, cárceles, mercados y ensanche de las vías públicas.

Estas medidas, que demuestran un acentuadísimo encono contra los defensores del Pretendiente y contra las ideas que sustentaban, tienen en cierto modo explicación por las circuntancias especiales en que los acontecimientos habían puesto al Gobierno, que, impotente para vencer el alzamiento, se estaba colocando en una situación desairada ante los ojos de Europa. Es cierto que la guerra se realizaba con inhumano rencor por

(1) Que el elemento clerical estaba de parte de Don Carlos desde el comienzo de la insurrección, no cabe duda. El 4 de Setiembre de 1834, los 17 religiosos que componían el convento de San Francisco de Viana (Navarra) se marcharon a la facción.

ambos partidos, sin respetar los reglas y costumbres más elementales entre pueblos cultos; pero vino a empeorar la situación moral del Gobierno, como ya hemos dicho, el aviso de Lord Palmerston, de acuerdo con Francia, manifestando que veían estas dos naciones con disgusto el sistema de guerra sin cuartel que en las provincias vasconavarras seguían los carlistas y liberales, sistema que debía modificarse en nombre de las leyes de humanidad. No hubo más remedio que suspender, hasta cierto punto, las represalias en el campo de operaciones militares; y de aquí vino la crudeza que se empleó, utilizando todos los resortes administrativos para aniquilar y vencer al carlismo fuera del teatro de la guerra.

Mendizábal, para lisonjear al Ejército, ordenó que se le contase como doble el tiempo de las campañas que se hiciesen contra los carlistas.

Prometió erigir un establecimiento de Inválidos y un Colegio para huérfanos de los que pereciesen en la guerra.

Rehabilitó la memoria de Riego, cuya familia tomó la Reina bajo su protección.

Penetrado de la necesidad de formar un Ejército numeroso, con el que se pudiera acudir a todos los puntos de la Península donde apareciesen partidas carlistas, decretó una quinta de 100.000 hombres, de diez y ocho a cuarenta años, servicio que podía ser redimido mediante el abono de 4.000 reales, con lo que consiguió también allegar recursos al Tesoro, aunque a costa, naturalmente, de quebrantar la riqueza del país, tanto por la redención a metálico, siempre onerosa para las clases poco acomodadas, como por los brazos que arrancaba al comercio, a la industria y a la agricultura. Pero las medidas radicales se imponían, y con ésta se propuso, al propio tiempo, someter bajo el fuero militar mucha gente díscola que, unida a las Juntas revolucionarias, andaba soliviantando las pequeñas poblaciones rurales.

No cabe duda de que en la cuestión de Hacienda debió de pasar muchos apuros, porque sólo el presupuesto de Guerra no

bajaba cada mes de sesenta millones de reales, cuando se recaudaban por contribuciones veinte. Aquellos Gobiernos, con todos los defectos que les queramos poner, hicieron verdaderos milagros.

Esta precaria situación produjo el decreto de 19 de Febrero de 1836; por él se pusieron en venta los bienes raíces que hubieron pertenecido a las corporaciones religiosas extinguidas. Del precio de las fincas enajenables se pagaría la quinta parte al contado, y el resto, por octavas partes, en ocho años, admitiendo papel del Estado, que estaba al 16 por 100, con lo que se amortizaba una cantidad que podía resultar de importancia.

***

Por este tiempo tuvo Cristina un disgusto que le preocupó grandemente: el fusilamiento de la madre de Cabrera. Hemos convenido en cargar la culpa del hecho al Brigadier D. Antonio Nogueras, quien, después de todo, no hizo más que cumplir órdenes dadas, sin tener en cuenta las circunstancias especialísimas que en aquel caso concurrían.

De nada había servido la intervención que en Abril de 1835 realizó Mr. Elliot, según hemos reseñado: represalias como la que se había llevado a cabo con la madre de Cabrera eran frecuentes por ambas partes beligerantes; pero quedaban en la oscuridad, efecto del poco relieve de las víctimas.

El 15 de Febrero (1836) se realizó el hecho, y la noticia tardó más de un mes en llegar a Madrid, no traspasando los umbrales de Palacio hasta fines de Abril. Cristina desaprobó con frases enérgicas, como ella sabía emplearlas, el acto inhumano realizado con la desgraciada María Griñó; pero ni Mendizábal ni el Ministro de la Guerra tenían parte alguna de responsabilidad. La Reina consideró de necesidad ofrecer al país una reparación moral, y expidió la Real orden de 3 de Mayo siguiente, de donde entresacamos este párrafo:

«No ha podido oír S. M. los sucesos en cuestión sin experi-

mentar el natural extremecimiento que a su maternal corazón debe causar un hecho de tan extraordinaria naturaleza; y, por lo tanto, quiere S. M. que se remitan inmediatamente a la Secretaría de mi cargo cuantos antecedentes, órdenes y oficios han mediado sobre el particular, como asimismo que el Brigadier Nogueras sea relevado del mando de la provincia de Teruel, y pase a Valencia á recibir las ulteriores órdenes de Su Majestad.

Nogueras fue el que pagó los vidrios rotos, y para colmo de desdichas, sus compañeros de armas le pusieron el apodo de *mataviejas*.

***

Los liberales deseaban el restablecimiento de la Constitución de 1812; pero Cristina, atemorizada con los desaciertos realizados en la época revolucionaria de 1820 a 1823, se resistía a sustituir el Estatuto Real con el Código de los legisladores de Cádiz; resistencia justificada en una muchacha poco diestra todavía en los resortes de la política, y sugestionada por los anatemas que sobre aquella Constitución habría oído lanzar al rey difunto.

Defensor incondicional de Cristina, y, por lo tanto, contrario a la Constitución del 12, era el General D. Fernando Fernández de Córdoba, Jefe del Ejército de operaciones en las provincias del Norte; y fuese que Mendizábal conceptuase poco acertado el plan de aquel General para terminar la guerra, fuese que Caballero, Rodil y los partidarios de la Constitución de Cádiz quisiesen inutilizar a Córdoba, es el caso que unos y otros se propusieron despojarle del mando de las tropas, confiriéndosele a Mr. Evans, General inglés Jefe a su vez de la legión extranjera que operaba en las Provincias Vascongadas. Cristina se resistía a prescindir de los servicios de Córdoba, en cuya fidelidad y adhesión confiaba; por lo tanto, no quiso acceder a la separación de aquel General.

Caballero y sus amigos determinaron, para contentar a

Mr. Evans, pedir a la Reina que concediese a éste la Cruz de San Fernando; y, poniendo por obra el pensamiento, fue el 10 de Mayo el General Rodil a El Pardo, donde se encontraba Cristina, a exponer su pretensión en compañía de Mendizábal. La viuda de Fernando VII, que ya iba haciéndose cargo de las marrullerías de la política, contestó a los solicitantes con la negativa más rotunda, pues comprendía la trascendencia que podía tener la concesión de la Cruz de San Fernando a un extranjero que se hallaba con mando militar.

Mendizábal, que deseaba tener propicio al Gobierno inglés, se conceptuó fracasado, y el 13, día aciago, presentó la dimisión, que le fue admitida, nombrándose para reemplazarle a D. Francisco Javier Istúriz, su mayor enemigo, el que le había dirigido furibundos ataques en el Parlamento; y con el que había tenido un desafío, sin consecuencias, después de cambiar tres tiros de pistola, el día 15 de Mayo de 1836, detrás de la ermita de San Isidro.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

SANTIAGO DE COMPOSTELA

I

A las seis de la mañana salí de Vigo, deslumbrado aún por aquella rada imperial a la que el Océano llega derechamente, a plenas olas; cubre el doble muelle de colinas que se curvan y se abren ante él, para que vaya, hasta cinco leguas, a batir el interior de las tierras.

Ahora hubiera querido recogerme, no pensar ya nada más que en Santiago, en su sepulcro y en su ciudad próxima. Pero ¿cómo sustraerse a tales horizontes, la primera vez que se los contempla? El mismo Apóstol, cuando descubrió Galicia, ¿no hubo de adorar la gloria del Verbo en aquellas riberas que se la prepararon tan bellas?

Un cielo de mediados de Setiembre, fino y suave, iluminaba el mar, cuyas aguas, al meterse en las concavidades de las costas, parecían cautivas, tranquilas como las de un estanque; emergían de ellas islotes tupidos de velas; desde la otra orilla, la blancura de las casas dispersas despedía reflejos chispeantes, mientras que a la derecha, las montañas redondeadas, frondosas, coronaban de verdor la exuberante campiña. ¡Suave y amable país que acoge al peregrino que acaba de dejar tras sí el horror de las sierras y las pobres llanuras de Castilla! En abundancia maíces de amarillentas puntas dobladas sobre los tallos; berzas que mueven sus blandas hojas como orejas de

bueyes; pámpanos ondulantes sobre las columnillas de granito que sostienen el peso de las parras.

Durante las paradas del tren, oía susurrar las cañas en las hondonadas, o, en las alturas, murmurar los pinos con salmodia confusa. Aquí, al ver los castaños, los manzanos, los robles, hubiera creído reconocer un rincón de Bretaña; en otro lado, las orillas de un lago de Italia. Galicia es un profundo jardín, alimentado por lluvias tibias; las esencias más distantes, lo mismo que los paisajes, se juntan en ella. Así debía ocurrir en el Paraíso terrestre.

Marchábamos con maravillosa lentitud. Me placen esos trenes de España que caminan como mulas de dueña, con un trote seco e indolente; contempla uno con detención los lugares y los hace suyos; hay paradas de cuarto de hora, sin causa, en estaciones perdidas; un empleado canta el nombre de la estación con un tono nasal, agudo, semejante al de una cantinela árabe; mujeres os ofrecen cestos de frutas y agua fresquísima en botijos; un cura anciano, con cara de compasivo, baja al andén a fumar un cigarrillo; tres toques de campana, de una solemnidad monástica, anuncian que se piensa reanudar la marcha, y se reanuda al fin. Galicia es la provincia que mejor parece haber conservado esa prudente velocidad.

En Pontevedra subí a un coche primitivo, abierto a todos los vientos; llenóse de campesinos que se dirigían, por ser jueves, al mercado de Santiago. Aquellos campesinos y campesinas tenían rostros rudos, pero plácidos; poco locuaces, se instalaban gravemente y me miraban con dulzura. Un viejo me hacía frente; su perfil huesudo de ángulos secos, su boca cogida entre arrugas, parecían ser esculpidos para algún capitel de un antiguo claustro; llevaba un sombrero amarillo y unas polainas amarillas sobre sus zapatos manchados de lodo; molestábale el sol, y abrió contra la portezuela su paraguas.

A su izquierda estaba sentada una muchacha de belieza clásica, debida en parte a su traje tradicional: un pañuelo de seda claro, en la cabeza, atenuaba sus mejillas demasiado lar-

gas; su nariz dura, la acusada redondez de su barbilla, sus labios algo gruesos, dibujados en arco, entre los que reían sus opulentos dientes. La gruesa trenza de su pelo caía sobre la espalda, metida bajo un pañuelo de cachemira, bordado de terciopelo, cuyas dos puntas anudadas formaban un cinturón en sus anchas caderas. Observaba yo en ella, lo mismo que en la mayor parte de las gallegas, la severidad modesta de sus ojos, unos ojos que avivaban, sin embargo, el negro vigoroso de las cejas, trazadas como con un pincel. Hablaba a un mocetón rechoncho, envuelto en una capa azul oscuro. Este mozo, con un cigarro entre los dedos, miraba hacia los campos de una manera vaga. Hubiérame recordado a nuestros campesinos del Marais vendeano, sin ese vigor de los pómulos que imprime a muchos rostros españoles un aspecto adusto.

Una vieja, a mi lado, leía en un periódico de Vigo, *El Noticiero*, un artículo sobre el decisivo discurso de Maurice Barrés en favor de las iglesias pobres de nuestras aldeas. La coincidencia me impresionó; admiraba la aplicación de la buena mujer cuando, de pronto, el periódico se deslizó de sus dedos, su cabeza se inclinó sobre el pecho: se había dormido.

La vía, mientras tanto, costeaba de nuevo el mar que habíamos dejado. En marea baja, algunas lanchas estaban en seco; unas pescadoras, con las piernas desnudas, buscaban cangrejos. Llegábamos a Carril, puertecillo próximo a Padrón, el antiguo municipio de Iria Flavia. Santiago, según la tradición, desembarcó allí dos veces: primeramente, cuando fué a predicar a Galicia; más adelante, después de su martirio, cuando sus discípulos trajeron de Judea su cuerpo.

A pesar del bullicio de la estación, ese pasado milagroso me absorbió. Llevaba en el bolsillo un *Manuale christiannum* que contenía los Evangelios; lo abrí por el capítulo IV de San Mateo y me representé al apóstol Santiago desde la época de su vocación.

«Y andando Jesús junto a la mar de Galilea, vió a dos hermanos: Simón, que es llamado Pedro, y Andrés, su herma-

no, que echaban la red en la mar, porque eran pescadores.

»Y díceles: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

»Ellos entonces, dejando luego las redes, le siguieron.

»Y pasando de allí, vió otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en el barco con Zebedeo, su padre, que remendaban sus redes, y los llamó.

»Y ellos, dejando luego el barco y a su padre, le siguieron.»

Estos versículos no distinguen por ningún signo a Santiago de Juan. Ambos vivían de la pesca; nada ricos, puesto que remendaban ellos mismos sus redes; no en la miseria, puesto que Zebedeo, patrón de la barca, llevaba gente a sueldo. El Precursor, a orillas del Jordán, le había mostrado a Juan. He aquí el Cordero de Dios. Juan y Andrés le habían hablado: «Maestro, ¿dónde vivís?—Venid y ved, les contestó El.» Y Juan corrió a decir a Santiago, como Simón a Andrés: «Hemos hallado al Mesías.» Pero, hoy, aun cuando sus redes y su anciano padre los reclaman, en cuanto Jesús les ordena: «Venid en pos de mí», saltan afuera de su barca, y, sin haber probado el poder ni visto ningún milagro en El, le siguen. ¡Oh fe casi terrible de tan sencilla que es! Saber de ellos que han hecho tal cosa, es todo lo que se necesita saber. Yo quisiera, sin embargo, imaginármelos tales como pasaban por los caminos y por las sinagogas de Galilea.

Santiago debía ser un mozo barbudo, con una voz ronca, manos rojas, un pescador de hombres consciente de la fuerza de sus brazos, y para quien no pesaría nunca bastante la red llena. Juan, su hermano, débil, imberbe, virginal, no era menos impetuoso que aquél en el amor de Cristo. Pero, más meditativo, tenía más de la casta de los sacerdotes de la que procedía su madre, María Salomé. Como ésta era, a lo que se cree (1), hermana de María, madre de Jesús, existía, según la

(1) V. sobre María Salomé, Fillian *San Juan el Evangelista.*

carne, entre el Señor, Santiago y Juan el parentesco de primos hermanos.

Ambos, cuando los Doce fueron elegidos, recibieron de Jesús un nombre nuevo: Boanergés, hijos del trueno, ya para profetizar que su voz, amplia como la de las nubes, llevaría hasta las extremidades la tierra el Evangelio, ya porque tuvieron por misión, antes que los otros, anunciar la resurrección de los muertos y el clamor de los cielos con que aparecerá el Hijo del Hombre.

A ellos solos con Pedro los dejó entrar en la casa de Jaire, cuando tomó la mano de la niña muerta diciéndola: «Talitha cumi. Pequeña, despiértate.» Sólo ellos con Pedro subieron en pos del Maestro al Tabor, el monte de los puros y de los elegidos. Antes, los rayos que flameaban alrededor del rostro del Señor y de su túnica, más blanca de lo que ningún batanero hubiera sabido blanquearla, los discípulos, asustados, sin comprender bien, entrevieron el esplendor del Verbo y lo que sería en él el hombre santificado.

Pero, a veces, los aturdió la violencia de la sangre judía o el orgullo de una ambición terrestre.

Unos samaritanos habían cerrado a Jesús las puertas de su vivienda.

«Maestro—exclamaron Santiago y Juan,—¿quieres que digamos al fuego que baje del cielo y los consuma, como lo hizo en otro tiempo Elías?»

Jesús se volvió hacia ellos y les dijo: «¿No sabéis acaso de qué espíritu sois?»

Otro día, mientras que El caminaba, antes de Pascua, hacia Jerusalén, María Salomé se acercó con sus dos hijos, y, habiéndose prosternado, le pidió que Santiago y Juan fueran sentados, el uno a su derecha y el otro a la izquierda, en su reino. El contestó, dirigiéndose a ellos: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que yo estoy bautizado?» Ellos, dispuestos a todo para merecer la gloria, replicaron: «Lo podemos.«

Bebieron, en efecto, su parte del cáliz en Gethsemaní. A ellos fue también a quienes el Hombre Dios quiso hacer testigos y compañeros de su angustia.

Santiago, cuyo nombre significaba: El que lucha (1), debía ayudar a Jesús en una agonía semejante al cuerpo a cuerpo nocturno de Jacob con el Arcángel. Pero los discípulos sintieron toda su miseria en este reproche: «Así, pues, ¿no habéis podido velar una hora conmigo?» Y la compasión de Jesús los abrumó cuando volvió por tercera vez: «Dormid ahora y descansad. La hora ha llegado.»

Hasta entonces, esperaban el reino de Cristo en Israel; su profecía sobre la ruina de Jerusalén les había dejado estupefactos. Después de la Resurrección, sus ojos se iluminaron; el Paráclito, ahora, podía descender.

Por boca de Santiago, como por la de Pedro y la de Juan, el Evangelio repercutió sobre el pueblo judío. Santiago confundió a los Saduceos, obstinados en negar que los muertos resuciten; los viejos judíos se taparon los oídos y rechinaron los dientes.

El Apóstol, con los once, fue encarcelado, fustigado. Un ángel los libertó. Todos juntos constituyeron entonces el Símbolo y atribuíase a Santiago el texto del tercer artículo: Que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la Virgen María.

En seguida se sortearon las naciones, y cada cual marchó, según las palabras de Jesús (relatadas por Clemente de Alejandría): «Id por el mundo, para que nadie pueda decir: No hemos oído.» El arco del Señor los envió, como flechas repentinas, a lo lejos, entre los gentiles.

Hacia el año cuatro después de la Pasión, Santiago se embarcó para las Españas, tal vez en un barco de traficantes, que fuera del puerto de Joppé a las islas Casitéridas. Las vastas aguas le conocían ya. Su mano hizo sobre ellas el signo que

(1) Propiamente, el que echa la zancadilla en la lucha.

santifica. Pasó ante las ciudades de la España mediterránea, que San Pablo visitó más adelante. Franqueó las columnas de Hércules y, más allá, tras las brumas del golfo, adivinó los continentes en que los paganos que deseaba bautizar plantarían un día, con la oriflama de Cristo, la bandera de él, blanca, marcada con una cruz en forma de daga corta y escarlata, como si se la sacase de un corazón.

Los golfos de Cantabria, alrededor de Iria Flavia, le recordaron su lago de Genezareth; colinas revestidas de graves árboles, cuyas sombras caían en aguas cerúleas. Pero los pescadores de la costa y los campesinos, fieles a sus dioses celtas, despreciaron al Apóstol; Loba, la Reina del país, los echó de sus tierras. Alejóse, atravesando desfiladeros, ríos, luego llanuras estériles y montes más austeros que los de Judea; y llegó a Aragón, a Zaragoza; allí, a orillas del Ebro, una noche en que estaba orando, se le apareció la Virgen María sobre el pilar de jaspe que todavía se venera. Al cabo de los cinco o seis años en que predicó por la ruda España, Santiago no había convertido, a lo que se dice, sino nueve discípulos; se volvió con ellos a Judea.

De regreso en Jerusalén (1), disputó públicamente con Hermógenes, el mago; le probó que Jesucristo es el Hijo de Dios, eludió los artificios denunciados, hasta el punto de que Hermógenes, vencido, se confesó cristiano y arrojó al mar todos sus libros de magia.

Como la palabra de Santiago cambiaba a las multitudes, Herodes Agripa, para complacer a los fariseos, le hizo prender y decidió que le cortasen la cabeza. Así, fue el primero de los doce que diera con su sangre testimonio del Crucificado.

En los maitines de su Oficio se dice que, al ir al martirio, «el Apóstol vió un paralítico tumbado en el camino y que le gritó: «Santiago, Apóstol de Dios, líbrame de los dolores que

(1) Otra tradición—pero poco importa—quiere que el hecho se realizara antes del viaje a España.

torturan todos mis miembros.» El Apóstol se volvió hacia él y le dijo: «En nombre de Jesucristo, mi Señor, clavado en la cruz, por quien voy a la muerte, levántate curado y bendice a tu Salvador.» Y el hombre se levantó en seguida, y, gozoso, se puso a correr y a bendecir el nombre del Señor Jesucristo.

Y viendo esto, el escriba de los fariseos, llamado Josías, que llevaba al Apóstol con una cuerda al cuello, se arrojó a sus pies, diciendo: «Te ruego, Apóstol de Dios, que me concedas el perdón de mis pecados y me des parte en el santo nombre cristiano.» El bienaventurado Santiago, comprendiendo que el corazón de aquel hombre había sido visitado por el Señor, le dijo: «¿Crees que el Señor Jesús, que los judíos crucificaron, es verdaderamente el Hijo de Dios?—Sí, dijo Josías, lo creo y esa es mi fe. Pero tú, ¡oh Apóstol!, ten piedad de mí.»

Entonces el pontífice Athíbar hizo prender a Josías; diéronle de puñadas, y Herodes mandó que, como a Santiago, le cortaran la cabeza... Cuando llegaron los dos al lugar del suplicio, Santiago obtuvo del ejecutor que le trajesen agua. Bautizó con ella a Josías y le dió el ósculo de paz; le puso luego las manos en la cabeza, y, bendiciéndole, le hizo la señal de la cruz sobre la frente. Así, convertidos los dos en mártires de Cristo, murieron en el Señor el ocho de las calendas de Abril (en tiempo de Pascua, en 44).

Lo que ocurrió durante cerca de ochocientos años después, permanece lleno de dudas. Los eruditos que relegan el milagro fuera de la Historia, se apoyan en ello para borrar de una plumada toda la leyenda del santo, como si la leyenda no fuera la verdad posible allí donde cesa la verdad probada. Que los discípulos españoles de Santiago quisieran enriquecer su provincia con las reliquias de su Apóstol, es cosa perfectamente creíble. Que una nave sin timón ni velas, conducida por ángeles, llevara el santo cuerpo desde Poppé a Padrón, sobre una mar llana, en la que resonaban las aleluyas de los sacerdotes, es una posibilidad de otro orden y no un hecho absurdo; ¿por qué no han de realizarse aquí abajo las condicio-

nes de la Beatitud, cuando la presencia de un Bienaventurado rehace en torno suyo la paz de los elementos con los hombres y con Dios?

Se enseñó, durante mucho tiempo, en Padrón, una gran piedra cóncava, en forma de sarcófago, la Santa Cueva: esta piedra, en el momento de posarse en ella el cadáver del Santo, se moldeó de por sí como tierna cera. Las gentes frívolas y obtusas pueden bromear sobre esta historia; ella demuestra que, separados de su alma, los huesos y la carne de un mártir conservan del Espíritu que los habitó la virtud de hacer toda materia dócil a su impresión.

Los discípulos se presentaron ante la reina Loba: «Nuestro Señor Jesucristo te envía el cuerpo de su discípulo, a fin de que recibas muerto al que no quisiste recibir en vida.» Loba, por felonía, los mandó a un rey vecino, que los arrojó en hondo foso. Milagrosamente en salvó, al volver, pasaron por un puente; unos soldados lanzáronse en persecución de los fugitivos; el puente se rompió, y todos los paganos se ahogaron. Los discípulos acudieron de nuevo a Loba, y ésta, obstinada en perderlos, fingió concederlos un carro de bueyes para llevar el féretro del Apóstol. Pero los bueyes estaban en la montaña, y, cuando los cristianos fueron a buscarlos, se encontraron frente a unos toros feroces.

«En cuanto les vieron estos toros, refiere un antiguo autor, empezaron a mugir horriblemente, a escarbar el suelo, menear la cabeza y sacudir los cuernos, y, todos furiosos, se dirigieron hacia los discípulos, los cuales, puestos de rodillas, invocaron la ayuda de Dios, el cual atendió el ruego por los méritos de Santiago. Porque habiéndose levantado y hecho la señal de la cruz contra aquellas furiosas bestias, he aquí (cosa admirable) que los toros se acercaron a los discípulos, dulces como corderos y despojados de toda su furia, se hicieron manejables y tratables en manos de los discípulos, quienes, poniéndoles el yugo, los uncieron a una carreta y los llevaron adonde habían dejado el cuerpo del Maestro, al que pusieron en la ca-

rreta, y luego dejaron a los animales marchar a la voluntad de Dios, sin que nadie los guiase (1).»

Los toros se detuvieron, por no poder seguir, en el mismo palacio de Loba; a ejemplo de ellos, la reina se hizo dulce como cordero y, bautizada, edificó en honor de Santiago una iglesia, en la que se puso la tumba del Apóstol. Los discípulos entonces se dispersaron para plantar la fe en toda España; dos solamente se quedaron en Galicia: Atanasio y Teodoro; allí murieron y los enterraron junto al Santo.

Llegaron las persecuciones atroces en tiempo de Diocleciano. Dícese que en un solo mes hubo en España veintidós mil cristianos mártires. Los de Galicia, temblando que los paganos profanasen el cuerpo de Santiago y los de sus compañeros, los llevaron a una montaña desierta; allí hicieron un foso en una ladera entre brezos y maleza. Habiendo sido secreta la traslación—cosa que no se puede admitir sino en hipótesis—los cristianos de los siglos siguientes no supieron en qué lugar descansaba Santiago.

Pero he aquí que llegamos a hechos más averiguados (2). Por el año 813 vivía en Libredón, al pie de la montaña, un ermitaño. Frecuentemente, de noche, oía cánticos y veía luces tales como una danza de estrellas, voltejear por la ladera, alrededor de un lugar determinado. El obispo de Iria Flavia, Teodomiro, al saber el prodigio, salió una noche de la iglesia, seguido de los canónigos y de un pueblo maravillado. A media noche vieron las luces y una estrella mayor que las otras, que se detuvo sobre un corpulento árbol. Permanecieron allí, en oración, hasta el amanecer; por la mañana, el obispo celebró la misa; luego se acercó al árbol y descubrió, entre la maleza,

(1) *Historia de la vida, predicación, martirio, traslación y milagros de Santiago el Mayor*, por J. Gouyn, impreso en Sens, en 1595, por Roberto Collot, librero de Orleans. Debo a mi excelente amigo Mr. Félix Chandenier el conocer este librito, muy raro, escrito con la redundante ingenuidad del católico siglo XVI.

(2) Según el libro de la Hermandad de los Caballeros Cambeadores.

una cripta estrecha. Contenía tres tumbas, una de ellas más alta que las otras; en ella se encontraba el cuerpo del Apóstol con la cabeza separada del tronco, y un bordón a su lado. Una inscripción decía que efectivamente era él.

Tal fue la primera peregrinación al campo de la Estrella, donde había de estar Compostela.

Pensaba yo en esta radiante historia, cuando sobre una colina, a la izquierda, aparecieron los campanarios de Santiago. Antaño, cuando los peregrinos llegaban por el camino de Francia, hacían alto en un lugar que se llamaba Humiliadoiro, desde el que se descubre la basílica. Arrodillábanse en el polvo o en el lodo, confesaban en alta voz sus pecados, y, cantando himnos, reanudaban la marcha. Este recuerdo me confundía. ¡Cuánta expresiva sencillez ha perdido la fe con los siglos! Hasta en Lourdes, salvo alrededor de la gruta, no se atrevía a estallar un fervor verdadero sin una mala vergüenza. Son contados hoy los peregrinos que entran en la ciudad de sus votos con un cirio en la mano y descalzos. La noción de penitencia se ha empequeñecido, se ha empobrecido; así las actitudes persistentes han tomado un aspecto de loca excentricidad.

Paró el tren. Al salir de la estación encontré, para llevarme a Compostela, un vehículo... con cuatro caballos. Cierto es que el tiro no ofrecía nada de fastuoso; los tres de frente y el delantero eran cuatro jamelgos escuálidos, abrumados por los collares. El cochero los sacudió rudamente; sus gritos y latigazos se confundieron con el cascabeleo. Subimos una cuesta fangosa entre casuchas y fábricas. Nuestro coche se cruzaba con bueyes que volvían del mercado, de pelo amarillo, con amplia cornamenta, lustrosos, de apacible aspecto, como nuestros Parthenais; tiraban de carretas primitivas, montadas sobre ruedas de madera, bajas, macizas, casi llenas, semejantes a las de un labriego romano.

Llegamos a una plaza, atestada de carretas y diligencias cómicas en la estrechez de su vetusta caja. El primer episodio del que fui espectador a la entrada de Compostela, fue un agru-

pamiento junto a una mujer sentada a orillas de la calzada, y que sujetaba por los rabos a dos cerdillos que pugnaban por escaparse. Los animales chillaban, chillaba la mujer, roja de furor, y los espectadores lanzaban gritos guturales.

El coche, al trote más vivo de sus cuatro caballos, penetró en una calle tan estrecha, que un corpulento presbítero, para no ser aplastado a nuestro paso, hubo de refugiarse en el umbral de una zapatería.

Estos primeros encuentros no parecían presagiar nada místico. Su sencillez aumentaba, sin embargo, mi emoción por llegar a una ciudad antaño tan grande, la más augusta de todas las ciudades después de Jerusalem y Roma, la ciudad en la que había de realizarse terrestremente la espera del profeta.

«La gloria de Dios se ha alzado sobre ti... Las islas me esperan, y las naves del mar, para que lleve a tus hijos de lejos. Alza tus ojos y ve; tu corazón se dilatará cuando veas venir a ti las multitudes y la fuerza de las naciones. Los de Saba te traerán oro e incienso; glorificaré la casa con mi majestad. Los hijos de los peregrinos construirán tus muros, los reyes te servirán, tus puertas no se cerrarán ni de día ni de noche, y todos los justos serán tu pueblo.

EMILIO BAUMANN

(Continuará.)

RELACIONES EXISTENTES

ENTRE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA Y LA ALTA ARISTOCRACIA ESPAÑOLA [1]

El amor que sentí por mi Patria insigne y por su historia no igualada, llevóme como de la mano al amor de las viejas instituciones, que son en realidad los robustos pilares en que fuertes se cimentaron su vida, su grandeza y su gloria; amé, como español apasionado, la Iglesia, la Monarquía y la Nobleza, la gran trinidad, con cuyo esfuerzo de siglos se tejió principalmente esa tela maravillosa que se llama la Historia de España. Esta alta institución de la Nobleza española, nacida con la misma Monarquía en las asperezas de Covadonga, formada en ocho centurias de luchar porfiado e incesante, amasada con la propia generosa sangre, de que empaparon sus fundadores el suelo que hacían suyo, mereció desde luego mi más respetuoso cariño, y yo no creo necesario formular la menor protesta de que sólo me inspira para juzgarla el interés vivísimo que este

(1) Del elocuente discurso pronunciado por el académico de la Historia Sr. Fernández de Bethencourt, al ser recibido en la Academia Española, reproducimos la parte en que el ilustre escritor, con viriles acentos tan crueles como merecidos, condena la indolencia mortal de nuestra aristocracia, consagrada por completo a los placeres del *sport*, en vez de consagrarse, como muchos de sus ilustres progenitores, a los placeres del espíritu.—(N. del D.)

historiador de su pasado ha de abrigar forzosamente por su porvenir. Yo he de expresarme aquí con toda aquella delicadeza y con toda aquella cortesía que el lenguaje académico impone, y que a mí me exigiría siempre y en todo caso mi decidida voluntad; pero al mismo tiempo con toda la sinceridad y toda la claridad, y hasta la rudeza que son del caso, si lo que diga ha de servir para hacer alguna impresión en aquellos para quienes hablo, si no con la escasa autoridad mía, con la que puedan prestarme más que nada el sitio, la ocasión y la gravedad reconocida del Cuerpo literario que me abre en estos momentos sus puertas.

Una de las grandes vulgaridades, que como todas las vulgaridades se repite y hasta corre de generación en generación, es esa de que fue la Nobleza de España enemiga del saber y de las Letras, cuando es lo cierto que, en medio de la brega de todos los instantes, en que esa Nobleza nació, y creció, y se desenvolvió un siglo y otro, dentro de ese rudo vivir de la Edad Media, en el fragor jamás interrumpido de las armas, con que, por su Dios y por su Rey, iba recobrando a palmos la tierra de España, ella se abrió, en sus más altas representaciones, a las delicias supremas de las Letras y del saber, embrionarias como lo era todo en aquellos días remotos. Todavía en pleno siglo XIII, a ejemplo de sus propios Reyes, que ya ganaban el dictado de *Sabios*, la alta Nobleza aparece manejando la pluma con la misma destreza que la espada, destacándose entre sus brumas la figura original de Don Juan Manuel, Príncipe más que Rico-hombre, Hijo de Infante y Nieto de Rey, inseparable de los comienzos lejanos de nuestras Letras: llena el siglo XIV el claro nombre del Gran Chanciller Don Pero López de Ayala, y son del XV Fernán Pérez de Guzmán, el Señor célebre de Batres, y el legendario Don Enrique de Villena, nieto del *Duque Real*, y el Almirante Mayor de la Mar Don Diego Hurtado de Mendoza, y el inquieto Duque de Arjona, y el gran Marqués de Santillana, y Don Jorge Manrique, el hijo del Maestre de Santiago, y el Condestable Don Alvaro

de Luna, precursores del florecer espléndido que había de representar para las Letras el siglo XVI. Así, mientras esa Nobleza, que no sólo sabía leer y escribir, sino que era maestra consumada en *canziones y dezires*, batallaba sin descansar, y recobraba lentamente el suelo, profanado por la morisma, y lucía en las Navas de Tolosa y en el Salado, como después frente a Granada, y se sacrificaba a cada paso en los altares de la Religión y de la Patria; mientras llenaba de fortalezas y castillos las crestas más empinadas de nuestros montes, y sembraba de ricos alcázares y soberbios palacios el suelo de nuestras viejas ciudades, y la tierra toda que reconquistaba de Iglesias y Monasterios, y los Monasterios y las Iglesias de capillas suntuosas y de magníficos sepulcros, que recogieran sus cuerpos envueltos en hierro para esperar en ellos la eternidad, y ponía arrogante sus yelmos y sus blasones, tributo supremo a la raza y al arte, sobre todos los muros y todas las puertas, se entregaba a la tarea que consideraba la más *noble, e apuesta, e sabrosa*, haciendo el *Libro del Conde Lucanor*, escribiendo la vida tormentosa del pobre Rey Don Pedro, dando a Castilla las *Generaciones y Semblanzas*, formando el *Libro de las Claras et virtuosas mujeres*, dándonos el *Arte Cisoria*, y *el de Trovar*, haciendo el *Regimiento de Príncipes*, y el *Rimado de Palacio*, y el *Libro de Cetrería*, traduciendo la *Divina Comedia*, y la *Eneida*, y las *Décadas*, de Tito Livio, componiendo versos inmortales en loor de la Serranilla,

Moza tan fermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa;

y exhalando sus ayes doloridos, que otra ninguna lira ha aventajado, sobre la tumba recién abierta del insigne Conde primero de Paredes.

No es ciertamente vulgaridad menor, ni menos afortunada, eso de que los Reyes *Católicos* acabaron con la vieja Nobleza,

que estamos oyendo y leyendo a cada paso, cuando la buena crítica y el conocimiento exacto de los hechos nos forzarían a reconocer que fue con los abusos de los Magnates, con sus intrusiones, arrogancias y desacatos, con el hondo espíritu de rebeldía, por la debilidad de los Reyes.Trastamaras consentido y fomentado, hasta llegar al escándalo inaudito del destronamiento de Avila, con lo que aquellos grandes Soberanos tuvieron el valor de concluir. Los Reyes Católicos dominaron enérgicos aquellas ambiciones que ponían en peligro y en desdoro a la misma realeza: ella, la gran Reina Doña Isabel, nunca olvidada de la humillación por que pasara su altivez de Princesa Real ante las pretensiones matrimoniales de Don Pedro Girón, cuando el Maestre famoso de Calatrava, tronco de la Casa de Osuna, y el Maestre de Santiago Don Juan Pacheco su hermano, que lo fue de vuestra Casa de Villena, eran, cual el noble poeta los proclamó,

Maestres tan prosperados
como Reyes.

Y los convirtieron a todos, de pequeños Soberanos que querían ser, en grandes Señores que eran solamente, relegándolos a su verdadero papel, de los que fue el Monarca *primus inter pares*, pero por mil razones el primero, la Nobleza por bajo del Trono, no a su nivel ni a veces por encima, nunca privada de su natural poder, ni amenguada en sus legítimos privilegios. Ella, con los Reyes *Católicos*, con Carlos V y Felipe II, vivió poderosa, influyente y respetada: el gran Cardenal Mendoza, el Almirante Don Fadrique, el buen Conde de Haro, el Duque del Infantado y el Conde de Tendilla, brillan en primer término en el gran reinado que hizo la unidad de España, que descubrió el Nuevo Mundo, que alzó verdaderamente los sólidos cimientos de la moderna Patria; el Condestable, el Marqués de Astorga, el Duque de Alba, el Conde de Benavente, el Marqués de Cañete, lucen alrededor del sol esplendoroso que se llamó Carlos V; bajo Felipe II los *cinco Duques*, ¡y qué Du-

ques!, el de Pastrana, el de Feria, el de Osuna, el de Alcalá, el de Baena; los de Lerma y de Uceda gobiernan con Felipe III; el Conde-Duque y Don Luis de Haro con Felipe IV; Medinaceli y Oropesa con Carlos II. Ellos conservaban y aumentaban bajo los Austrias sus feudos, sus Estados y Señoríos, aconsejaban los primeros a los Reyes, los representaban en todas partes, educaban y formaban a los Príncipes, dirigían los ejércitos de Tierra y Mar, gobernaban en los Países-Bajos, en Italia, en las Indias remotas e inmensas, y, abiertos a todos los méritos nuevos, pero grandes, o, por mejor decir, extraordinarios, colocaban en las primeras filas de la Rica-Hombría al hijo de Colón, y lo casaban con una Toledo de las de Alba, y enlazaban a Hernán Cortés, el modesto hidalgo extremeño, que sus hechos asombrosos convirtieran en Marqués del Valle de Oaxaca, con la hija del poderoso Conde de Aguilar y Señor de los Cameros, y a las propias hijas del Conquistador de México con los Enríquez y los Quiñones, y daban por mujer una Girón al nieto de Francisco Pizarro, hecho Marqués de Las Charcas, aunque varias veces bastardo. Ella siguió siendo la primera en el servicio de la potente Monarquía, la señora de la mitad al menos del territorio nacional, sin que fueran jamás obstáculo aquellas grandes ocupaciones en la gobernación del Estado, cuando mandaba en el nombre augusto de la Católica Majestad los vastos pedazos del Imperio español diseminados por dos mundos, o representaba a sus Reyes, con fausto, con inteligencia y con gloria, deslumbrando a los Soberanos de Europa en sus célebres Embajadas, para que cantase con Garci Lasso de la Vega, en las riberas misteriosas del Tajo,

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso;

para que escribiese la Historia con las plumas de oro de Don Diego Hurtado y de Don Bernardino de Mendoza, de Don Carlos Coloma y de Don Francisco de Melo, para que llenase

la Corte de las punzantes sátiras del Conde de Villamediana, Don Juan de Tassis; para que hiciese con el Príncipe de Esquilache Don Francisco de Borja el poema heroico *Nápoles recuperada;* para que iluminase de singulares resplandores nuestro pasado con el Marqués de Mondéjar, Don Gaspar Ibáñez de Segovia; todos ellos glorias de nuestras Letras, de nombres como los que más respetados y esclarecidos en nuestros fastos literarios. Y cuando llegó para aquéllas la decadencia, con el declinar también de la Monarquía, y comenzó el siglo XVIII, y un Príncipe francés ocupó el Trono de España, fue a un Grande de la más encumbrada representación y de la estirpe más ilustre a quien tocó por suerte elevar para su conservación, y para la defensa de la lengua misma, esta fortaleza inconmovible, que forma, va ya para dos siglos, vuestra gloriosa Compañía.

No puede seros ingrato que me detenga algunos instantes, aun abusando un poco de vuestra hidalga condescendencia, en el recuerdo simpático y amable del Marqués de Villena y Duque de Escalona Don Juan-Manuel Fernández-Pacheco, que es vuestro Cardenal de Richelieu, y el que habrá de ofrecerse como modelo a las generaciones actuales, y a las que habrán de sucedernos, si la Nobleza española ha de vivir, y ha de vivir como a tan claras tradiciones y a todos estos antecedentes verdaderamente corresponde, acabando con el sueño prolongado a que está entregada, con la verdadera catalepsia que presenciamos, tan parecida a la muerte. Yo he tenido el honor de escribir la biografía del Marqués-Duque, hasta ahora quizás más detenidamente que nadie, y os declaro que nada hay más hermoso, ni más consolador, ni que más despierte las esperanzas, que la vida accidentada y provechosa de este Magnate castellano, que lo fue todo: voluntario contra los turcos, herido en el sitio de Breda, General de la Caballería en Cataluña, Virrey allí, y en Navarra, y en Aragón, y en el Rosellón y la Cerdaña, y en Sicilia y en Nápoles, Embajador extraordinario al Sumo Pontífice, Mayordomo Mayor de nuestro primer Rey

Borbón, Caballero del Toisón de Oro, y, sobre todo, y más que todo para su gloria, vuestro fundador y protector, y vuestro primer Académico, y vuestro primer Presidente y Director perpetuo; como que se había formado en la educación clásica que era estilo de los Señores de su tiempo, consumado en el conocimiento de las lenguas latina y griega, italiana y francesa, en las Matemáticas, en la Geografía, en la Historia eclesiástica y profana, y en las Sagradas Escrituras, *tan versado*—dice un autor contemporáneo—*en todo género de estudios, adornado de variedad de noticias, y exercitado en la más exquisita erudición.* Nada más atractivo que la figura original de este Prócer ilustre, a un tiempo soldado, diplomático, gobernante, académico y cortesano, a mi juicio la más principal y relevante de su época, la más digna de cuidadoso estudio, por nadie hasta ahora hecho, aunque tan celebrado en vuestro seno por los Interián y los Casani, y fuera de esta Casa y de España por la pluma cáustica, magistral y descontentadiza del propio San Simón, que fue el Duque francés y libelista sin segundo, siempre agrio, displicente y duro, ante quien casi nadie encontró gracia, su decidido y entusiasta panegirista. Y dejadme que os declare, acá para *inter nos,* esperando que no habréis de tomarlo a mal, que el de Villena me resulta siempre sobre toda ponderación simpático, hasta cuando, en plena alcoba de Felipe V, enfermo gravemente, a los ojos atónitos de la Reina Doña Isabel Farnesio, él mismo viejo y doliente, y sin poder casi tenerse en pie, descargara furioso su bastón de Jefe de Palacio sobre las espaldas de Alberoni; bastonazos que, de parte de personaje tan piadoso y de cristiano tan excelente, que estuvo a punto de ser él mismo, Primado de las Españas y Arzobispo de Toledo, no se enderezaban, claro está, al castigo del Eminentísimo Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, sino del propio primer Ministro del Rey, italiano, extranjero, soberbio, intrigante y enredador.

De sobra sabéis que a ejemplo suyo, y a partir del día mismo de vuestra institución, toda la alta aristocracia de España,

amante como Don Juan Pacheco de las Letras y de los literatos, llamó constantemente a vuestras puertas, y tuvo a tanta o mayor gala ocupar un sillón entre los vuestros, como ejercer los primeros cargos palatinos, o llevar la representación de la Majestad Católica a los otros Reyes de Europa, o gobernar el medio mundo que aún nos pertenecía; que en esos tiempos, generalmente con tan poco conocimiento juzgados, era la del espíritu que representáis una nobleza superior y aparte. Todas las grandes Casas de la Monarquía se apresuraban a inscribirse un día y otro en vuestro libro de oro, buscando esa especial ejecutoria que la Academia Española confería y confiere, y la primera de todas esa misma Casa de Villena-Escalona, que os dió tres Académicos y Directores más, en el hijo y los dos nietos del que os fundara, el Marqués-Duque Don Mercurio-Antonio López-Pacheco, Capitán General de los Reales Ejércitos, vencedor en Brihuega y Villaviciosa, también Mayordomo Mayor de Felipe V y su Capitán de Guardias de Corps, «gran Señor, buen soldado, justo gobernante, fino diplomático, y amante y cultivador de las Buenas Letras, continuador en todo de las altas virtudes de su venerado antecesor»; en Don Andrés-Luis Fernández-Pacheco, Caballerizo Mayor de la Reina, «heredero de la vasta cultura y del grande entendimiento de su abuelo paterno»; en el Teniente General Don Juan-Pablo López-Pacheco, que fue el cuarto y último de esta verdadera Dinastía de Académicos y Directores, que todos se honraron reuniendo a la Academia naciente en su propio y hace tiempo derruído Palacio.

A imitación de esa grande Casa de Villena, las más altas y calificadas se disputaban el honor de figurar en vuestras listas, no ya entre vuestros Directores, sino entre vuestros Académicos de número. La Casa de Medina-Sidonia, la primera ducal de los reinos de Castilla, os dió, cuando eran todavía sus poseedores Pérez de Guzmán el Bueno, en el Duque Don Pedro Alonso, último descendiente directo del héroe legendario de Tarifa, un Académico perfecto, versado en idiomas, en el De-

recho y en la Historia, cultivador de las Musas, traductor afortunado de Boileau, de Pirón y de Racine. La Casa de Osuna, en el apogeo de su fortuna y de su grandeza, cuando acababa de unirse a la de los Condes-Duques de Benavente, os dió, en el Duque Don Pedro Téllez-Girón, al que lo mismo hizo la guerra contra Francia que asistió laborioso y asiduo a vuestras juntas, y así está inmortalizado por el pincel atrevido de Goya que por la respetuosa amistad de Clemencín. La Casa de Alba, en su Duque de Huéscar Don Fernando de Silva Alvarez de Toledo, que la heredó luego, os dió a vuestro sexto Director, el que os instaló ya en una habitación del Real Palacio, y señaló su presidencia con ediciones del Diccionario y del *Quijote*, de la Gramática y la Ortografía. La de Abrantes, representación española de la fidelidad portuguesa, dentro de la misma raza de sus antiguos Reyes, os dió dos Académicos, en Don José de Carvajal y Lancaster, el gran Ministro de Fernando VI, el digno rival del Marqués de la Ensenada, vuestro Director igualmente, y en Don Lorenzo de Carvajal y Gonzaga, el Señor de Cabrillas y Anaya, cumplido caballero, de cultura extremada, conciliador y amable, amparo de sus compañeros perseguidos por la política, lazo de unión de la Academia toda, que desagravió a Don Ramón Cabrera y volvió a su Silla a Conde. Los Duques y Señores de Híjar, que cuartelaban en sus armas con las Reales de Aragón, las Reales de Navarra, como nietos a un tiempo de los Jaimes y de los Teobaldos, os dieron a su Duque Don Agustín Pedro Fernández de Híjar, que fue poeta y escribió tragedias, que él mismo representaba en su palacio de la Carrera de San Jerónimo—saqueado luego por la barbarie francesa,— bajo la dirección de Isidoro Máiquez, con damas y caballeros de la sociedad más encopetada. La Casa de Montellano, de los Adelantados de Yucatán, os dió, en su primer Duque, y antes Conde, al que inventara para vosotros la empresa famosa del crisol y la conocida leyenda: *Limpia, fija y da esplendor*, que hace casi dos siglos constituye como vuestro lema nobiliario. La fami-

lia célebre y poderosa del Condestable de Castilla os diera al XIV Duque de Frías, soldado, orador, político y poeta insigne, al que elegisteis—él había de ser luego Marqués de Villena—cuando no tenía más que veinte años, y había en lo porvenir de llegar a los Consejos de Ministros y a escribir cien composiciones inspiradas, de las mejores que produjo jamás la Musa castellana. La Casa de Montijo, de que en nuestros propios días una gran española realzó el viejo lustre, compartiendo con un Napoleón el Trono de Francia, os dió a Don Eugenio-Eulalio Portocarrero, Conde de Teba, como lo fue después la Emperatriz, tan famoso con el nombre del *tío Pedro* en los revueltos comienzos del siglo anterior. La Casa de Puñonrostro, descendiente de Pedrarias Dávila, os dió al Marqués de Casasola, Conde luego de aquel título. La de Almodóvar, que descendía de Pedro Menéndez de Avilés, el héroe de la Florida, os dió a su primer Duque y sexto Marqués, que fue Director de la Academia de la Historia, vuestra hermana, rival y vencedor de Campomanes en ella; la de la Roca, de los Vera de Aragón, a su séptimo Conde y primer Duque, Capitán General de los Reales Ejércitos, Ayo de los Infantes de España, que os presidió muchas veces y en momentos difíciles, y dirigió asimismo la de la Historia con acierto; la Casa de Gor, de la sangre del Rey Don Pedro, os dió a dos Condes de Torrepalma, igualmente ilustres el padre que el hijo, grandes poetas ambos, celosísimos y laboriosos; los Marqueses de Vallehermoso os dieron a Don José Bucarelli, el brillante Oficial de Guardias, el elegante General, querido de todos, protector cariñoso de Don Juan Nicasio, proscripto. La Casa de Santa Cruz, heredera de Don Alvaro de Bazán, mantenedora de sus glorias, os dió tres Directores, los tres inolvidables, celosísimos, paternales, en dos de sus Marqueses y en uno de sus segundones, el Don Pedro de Silva celebrado, que fue Sacerdote después de ser General, y a quien se ha declarado por algún historiador vuestro el primero de todos los Académicos, de no haber antes existido mi paisano Don Juan de Iriarte. Los Duques de San

Carlos, recién llegados del Perú, los descendientes de Lorenzo Galíndez de Carvajal, otro hombre de letras, insigne, os dieron, aunque traído principalmente por la política, al Duque famoso, al amigo de Fernando VII, su compañero de Valençay, después su Embajador y su primer Ministro. La Casa de Oñate, que había recogido con la herencia y la sangre de Villamediana su amor a la Literatura, os dió su mejor prenda en la que fuera luego Marquesa de Guadalcázar, en la precoz Doctora de la Universidad de Alcalá, Maestra en Artes y Letras, y su Catedrática de Filosofía, a quien hicisteis galantemente, en los tiempos del *obscurantismo*, vuestra Académica honoraria. Los Duques de Villahermosa, de la Sangre Real Aragonesa, que ponían como ahora alderredor de su Corona, el *Sanguine empta sanguine tuebor*, os daban, sin embargo, a su Don Juan-Pablo; los de Rivas, de los Saavedras legendarios de Andalucía, os daban a su Don Angel de Saavedra, conducido hasta vosotros por *El Moro Expósito*, por los *Romances históricos* y por su incomparable *Don Alvaro;* los Condes de Guendulain, de la vieja Nobleza navarra, Monteros mayores de su Reino, os dieron al Barón de Bigüezal, luego Conde de aquel título, y al laureado cantor de *El Cerco de Zamora*, Ministro de la Reina después. Y, por fin, los Condes de Pinohermoso, venidos desde los campos de Orihuela que sus antepasados ganaron.

de la oriolana margen del Segura,

os ofrecían en el Roca de Togores, que fue más tarde Marqués de Molíns, a vuestro principal historiador, a uno de vuestros más activos miembros y de vuestros más celosos Directores, con tanta gloria vuestra y suya, a la par que Embajador y Ministro en los grandes reinados que van entrando ya en los dominios de la Historia. Todo esto, que es como la exposición de una gran parte de la espléndida galería de vuestros retratos de familia, sin invocar el recuerdo de los muchos Académicos Titulados, ni siquiera los de Montehermoso y Castañeda, Regalía y Carpio, y Escalonias, y San Felipe, y Salas, y

San Juan de Piedras-Albas, ni el de los muchos que llevaron al pecho las cruces de las Ordenes Militares, no excluyendo de mi silencio a Pezuela, ni al mismo Jove-Llanos; todo esto es en gran parte vuestra vida, la vida fecunda, secular y gloriosa de la Real Academia Española: tal es la representación que dió constante a vuestro Instituto la alta Nobleza de España, para prez y lustre de ella y de él.

Pero habían empezado ya los malos tiempos a que el mismo Don Gaspar-Melchor pusiera airado la marca indeleble de su condenación y su anatema, preguntando en la *Epístola a Arnesto*, después de formular irritado las amargas quejas que todos recordáis, y de hacer la tristísima desconsoladora pintura que todos conocéis:

¿Es esto la Nobleza de Castilla?

No pudo imaginarse el gran pensador asturiano el espectáculo doloroso que habría de ofrecerse un siglo después a cuantos sienten, como sentía él, de tan vieja y pura cepa desprendido, el amor de esa Nobleza castellana, a la que reprochába entonces ya, con más o menos justicia, su conducta, su ceguera, su frivolidad, su alejamiento y su abandono de los altos deberes que le imponían su nacimiento y representación.

No hay que cerrar los ojos a la luz meridiana que nos envuelve con su claridad. Ahora sí que, por desdicha de todos, más que en aquellos días, la Nobleza española, olvidando en su mayor parte lo que hizo y lo que fue, vuelta de espaldas a las Letras, al trabajo y al estudio, marcha con tranquila inconsciencia a consumar su anulación y su suicidio: entregada casi exclusivamente a los deportes, o a los placeres, o a la pereza y la inacción, recuerda a la triste Reina de Francia y a las grandes Señoras de su tiempo, que habían emprendido desde la lechería de Trianón la senda del patíbulo vestidas de pastoras, entre los rústicos bucólicos placeres a que las brindaban engañosas las lecturas de Juan-Jacobo. Ahora sí que no hay

el ansia honrosa de adornar y realzar las coronas de los Grandes, enlazando con los florones y las perlas heráldicas las palmas y los laureles de las Letras: ya no hay Academias ni reuniones en las casas de los Magnates, como las que el mismo *Gran Capitán* tuviera, *escuelas de la cortesanía y de la magnificencia*, después de haberse paseado triunfador por los campos de Italia, en el filosófico retiro de *sus agujeros de Loja;* ya no hay salones literarios, como Madrid los tuvo hasta ayer mismo, a pesar ahora de alguno que otro generoso intento, sofocado por los gustos modernos frívolos e insustanciales; ni hay el placer sublime de estos torneos del espíritu, a que la Nobleza española salía con el mismo entusiasmo que fuera al *Paso Honroso* de la Puente de Orbigo Don Suero de Quiñones.

Ya, cuando desaparece de entre los vivos una gentil y hermosa Señora, nacida en las alturas, en las alturas admirada, no se forman *Coronas fúnebres*, como la que tejieron los poetas del siglo anterior, Larra, Martínez de la Rosa, Gallego, Tapia, Quintana, Ventura de la Vega, Lista, Donoso Cortés, Rivas, Arriaza, para aquella malograda Duquesa de Frías, que se había casado en medio de los horrores de la guerra, inspirando el recuerdo de su boda a su propio egregio marido los magníficos versos, reflejo fiel del modo de pensar de una generación viril, que compartía sus amores entre las armas y las Letras:

No las sacras antorchas reflejaron
mármol bruñido y regios artesones,
sino el hierro marcial de los pendones
que en la patria defensa tremolaron.
De un bondadoso agricultor el lecho
fue el tálamo nupcial: sirvió mi espada
de espejo a la beldad que el alma llora,
y en amor y valor mi pecho ardía...
¡Campos famosos de la antigua Baza,
eternos sois en la memoria mía!

Cuando la principal Nobleza española separó la vista des-

deñosa de las Letras y del estudio—con las honrosas actuales excepciones que vosotros aquí, y vuestros compañeros de las otras Academias, os apresuráis siempre a recoger, y para las que todo aplauso resultará siempre poco,—renunció, sin darse cuenta, a la suprema intervención que le tocaba de derecho en la vida de su país, a la dirección intelectual de la sociedad española que en tan gran parte le correspondía, a la alta política misma que había de dirigir, o de coadyuvar en primer término a su dirección. Todas las cosas tienen entre sí una conexión tan honda y tan estrecha, que no cabe separarlas a capricho: sean las que fueren las vicisitudes de los tiempos, decía al Patriciado Romano aquel gran Papa y pensador eximio que se llamó León XIII, la aristocracia de la sangre con la del talento y la fortuna, han de gobernar el mundo, y «un nombre ilustre jamás dejará de tener grande eficacia para el que sepa dignamente llevarlo». No basta para esto encerrarse en el estricto cumplimiento de deberes, que podríamos llamar pasivos: gran cosa es mantenerse, por la dignidad de la vida, por el respeto de la Religión, por el ejercicio de la caridad, por el sentimiento de la familia, por el amor del bien y la consideración del propio nombre, gran Señor en medio de la pequeñez imperante; pero nada de ello puede ser bastante en estos momentos de lucha y de combate, en que todo aparece amenazado y puesto en peligro.

La alta Nobleza española, como ninguna otra de Europa, volvió tiempo hace las espaldas al servicio directo de la Iglesia, olvidando que le había dado en el transcurso de los siglos, para gloria inmarcesible de una y otra, páginas inmortales, donde estaban escritos sus nombres, los de aquella brillantísima cohorte de famosísimos Cardenales, de santos Prelados, de temidos Abades, guerreros y escritores al par, de piadosos Canónigos, de Religiosos esclarecidos, salidos de las primeras Casas de la Monarquía; olvidando que fue un Guzmán el que fundó la Orden de los Padres Predicadores, y un Loyola el creador incomparable de la Compañía de Jesús, y un Borja y

un Xavier las primeras ilustraciones de esta milicia insigne, y antes un Cardenal Mendoza el principal instrumento de la Providencia para hacer a España, dejando apenas ahora, desperdigados por acá y por allá, un Benavides, un Cascajares o un Spínola.

Ella volvió las espaldas al Ejército, que constituía él solo una gran nobleza, la nobleza de los que están a toda hora dispuestos al sacrificio de su sangre, al holocausto de su vida en los altares de la Patria, de los que nos garantizan a cada momento la seguridad, el honor, la hacienda, la tranquilidad, la libertad y la independencia nacional, sucesores de los que conquistaron el mundo a la sombra de nuestra bandera, y entre los que tuvieron siempre sus abuelos el primer lugar; aunque la justicia nos obligue a reconocer que hoy figura en sus filas la juventud patricia, en una reacción patriótica que nunca se celebrará bastante, en una nueva explosión de los más altos sentimientos que merece todo nuestro aplauso, en un tornar al amor de los amores que abre nuestros corazones a las más justificadas esperanzas.

Ella volvió las espaldas a la política, que yo no he de llamar con este nombre a figurar aislado y mudo en una u otra Cámara, entusiasmándose con la elocuencia ajena, siguiendo taciturnos las ajenas inspiraciones, figurando como simples soldados, en esta o la otra fracción, a las órdenes de este o del otro afortunado capitán; que intervenir en la política es penetrar en sus entrañas y subir hasta sus alturas, jugar el gran papel que en su escena les corresponde, estudiar detenidamente los grandes problemas que el gobierno de los pueblos ofrece a la seria meditación de los que aspiran debidamente a ejercerlo, hacer lo que el Conde de Aranda, más o menos a nuestro gusto, hacía en el siglo XVIII, y en la primera mitad del XIX hacían aún Toreno, Ofalia, Frías, Viluma, Rivas, Miraflores, para llegar a ser grandes Ministros, Presidentes respetados de las Cámaras y hasta autorizadísimos Presidentes del Consejo. Ella no quiere por lo visto hacer honor a la célebre

frase de un gran filósofo y estadista extranjero: *No hay gran Rey sin gran Ministro*, que pensaba sin duda en lo que fueron para el propio Luis XIV un Colbert, un Le Tellier, un Louvois y un Séguier; y, distraída en atenciones de escasa monta, nada hace por contribuir a la grandeza de su Soberano, subiendo hasta los Consejos de la Corona para ayudarle a ser gran Rey siendo ellos Ministros grandes, como lo fueron sus más próximos abuelos de Carlos III y de Isabel II.

La alta Nobleza ha vuelto las espaldas a la Toga, de que revestía a sus hijos segundos, después de hacerlos cursar en los célebres Colegios Mayores sólidos y fuertes estudios, para llenar luego el Consejo Supremo de Castilla y los otros todos de estos Reinos, y las Chancillerías y las Audiencias en España y en Ultramar, de todos esos nombres respetables, de que otros nobles juristas y literatos, Ruiz de Vergara y el Marqués de Albentos, nos han dejado por fortuna el más interesante catálogo.

Ella volvió las espaldas a las grandes especulaciones mercantiles, aunque siguiendo en esto en realidad las tradiciones de su país, al revés de lo que hicieran los grandes Patricios genoveses y venecianos, que dejaban el alto comercio para ser Duxes y Senadores, y ejercer las más altas dignidades de aquellas aristocráticas repúblicas, sacando a lo mejor de la vida de los negocios a un Ambrosio Spínola, para que llegara a ser el primer Marqués de los Balbases y el primer General de su tiempo; y, sin quererse enterar de lo que en estos asuntos pasa fuera, se mantiene distanciada de lo que representan en el moderno vivir las agitaciones industriales y bursátiles—con alguna, quizás única, simpática y plausible excepción, más plausible y más simpática cuanto más sola;—ejemplo acabado de que puede ostentarse con absoluta dignidad un gran nombre, de los más celebrados de nuestra Historia—que mucho lamento no sea costumbre pronunciar aquí,—consagrado el que lo lleva a las altas y provechosas iniciativas que todos sabéis y celebráis seguramente.

Nuestra alta Nobleza parece, en suma, que se aleja de todas esas grandes manifestaciones del vivir patrio, como se aleja, sin duda, más o menos conscientemente, en estos nuevos rumbos extraños de la educación general de las que fueron clases directoras de este culto sagrado y tradicional de las Letras, a que todo le brinda, que es además un gran placer, con el que ningún deporte material podrá compararse jamás, dejando que otros más decididos, más audaces, menos indolentes y mejor preparados, preparados en el Foro, en el Periodismo, en la Cátedra y en la Literatura, manejen a su antojo el vivir nacional, mientras ella consume lentamente, con nobles honrosísimas excepciones, los todavía grandes heredados prestigios en una indolencia mortal, de que haya de dar algún día estrecha cuenta ante Dios y la Historia.

Todo esto coincide fatalmente con el bajar de la Nobleza en otros órdenes importántes, pues al mismo tiempo que el del espíritu, se le escapa por instantes el dominio de la tierra, que ella había ganado al precio de su sangre, desde Covadonga hasta Granada, y que la ley vinculadora defendía sabiamente de la mala administración, de las locuras, de las prodigalidades, de los despilfarros y de los caprichos de sus propios dueños. El cuadro es triste verdaderamente, y yo creo que se presta un gran servicio a la Patria, a la Monarquía, a la Nobleza misma, presentándolo alguna vez sin velos ni disculpas ni atenuaciones criminales, engañándola y engañándonos. Porque la Nobleza es, en realidad, una gran institución necesaria en una Monarquía como la nuestra, en un pueblo viejo y de larga tradición y abolengo como el nuestro, y de todo punto compatible con las más progresivas democracias, que, recelosas y enemigas de todo lo que es hereditario, empiezan ya lentamente—a la vista de todos está—a reconciliarse con ello. Alguien dijo—me figuro que fue Taine,—que una nación sin jerarquías es sencillamente una casa sin escaleras; creyendo yo que es obra meritoria y hasta patriótica el que todos contribuyamos en lo posible a que la noble casa que habitamos, y que

todos queremos como se quiere al común solar, mucho más cuanto más viejo, conserve sus escaleras naturales, las que le formaran en su obra constante el tiempo, los servicios, los trabajos y los prestigios de tantos siglos, y no se vengan abajo, ruinosas y deshechas por la desidia criminal de sus indiferentes moradores.

La alta Nobleza ha perdido sin duda una gran parte de la tierra que le da el nombre: los nidos famosos de las águilas, sin águilas ya que cobijar, se desploman en el olvido; las águilas volaron, y los nidos quedaron como pobres cuerpos sin almas, abandonados y desiertos, condenados a deshacerse y a morir; apenas, por acá y por allá, una mano piadosa apuntala éste o aquel castillo; restaura ésta o aquella fortaleza; mantiene con filial amor éste o aquel palacio, ésta o aquella vieja casa solariega, que fueron, en cualquier peñón lejano, en cualquiera lugar escondido, en cualquiera ciudad de provincia o retirada aldea, la cuna veneranda de la raza.

¿Qué es lo que queda del Alcázar de Escalona, donde pasó su seria juventud vuestro fundador y su Duque, el *Escolar* famoso, donde se formó su gran carácter, de donde salió preparado para sus altos mandos, sus grandes cargos, sus variados y difíciles puestos el gran Marqués de Villena? ¿Qué resta del Palacio de Medina-Sidonia, donde los nietos de Guzmán el Bueno soñaron en ser Reyes, arrancando las Andalucías al cetro de los Austrias, mientras, mas afortunada, una Guzmán les arrancaba para los Braganzas y para sí propia, como su Duquesa que era, el Reino entero de Portugal? ¿Qué resta del Alcázar de Cabra, de donde el gran Conde Don Diego acudió a su sobrino, el Alcaide de los Donceles, para la batalla memorable de Lucena, en que el anciano y el adolescente, ambos Fernández de Córdova, hacían juntos su prisionero a Boabdil, y tomaban a un tiempo para sus armas la figura encadenada del mísero Rey *Chico*, y para lema de su blasón, en emulación respetable, los dos versículos del Evangelio de San Juan, el SINE IPSO FACTUM EST NIHIL, el OMNIA PER IPSO FACTA SUNT?

¿Qué resta del Palacio Señorial de Marchena, cuna del Marqués de Cádiz renombrado, residencia de los Duques de Arcos, célebres todos en la vida nacional con el histórico nombre de Ponce de León? ¿Qué resta del Castillo de los Toledos en Alba de Tormes, de donde el Duque Don Fernando salió para guerrear y vencer en toda Europa, y que era desde Africa y Flandes, y desde Italia y Portugal, el objeto constante de sus recuerdos y cuidados? ¿Qué resta del Castillo de Benavente, solar de los afamados Pimenteles, los del *Más vale volando*, entre los cuales toca el primer puesto al *Castellano leal*, aunque hijo de la fantasía inagotable de vuestro Duque de Rivas? ¿Qué resta del Palacio de Astorga, cuyos Marqueses y Señores de la Casa Osorio, Canónigos de León como sus Reyes, disputaban a los de Villena la primacía de su dignidad en toda Castilla? ¿Qué resta del Palacio de Tendilla, de donde salieron sus Condes a sus Embajadas memorables cerca de los Pontífices romanos, a plantar por sus manos vencedoras el pendón de Castilla en la Torre mora de la Vela, entre el gran Cardenal de España y el Maestre de Santiago, como primeros Alcaides de la Alhambra recién ganada, a pelear contra el moro en el Peñón de los Vélez y en los campos de Túnez con el valor que los hizo especialmente famosos en esa raza de Mendoza en que todos lo eran? Qué resta del Castillo de Monforte, por los Castros levantado, de donde salieron las dos hermanas, en la hermosura y en los infortunios iguales, Doña Juana para ser Reina de Castilla sólo un día, Doña Inés para reinar, *después de morir*, en Portugal, y luego los Condes de Lemos, *a quienes hicieron solamente Dios y el tiempo*, para representar *toda la lealtad de España*, para brillar como Mecenas esclarecidos, pasando a la inmortalidad en los escritos de Lope, de Góngora, de Cervantes, de los Argensolas? ¿Qué resta en su Villa de Osuna del Palacio de los soberbios Girones? ¿Qué del de los Zúñigas, Justicias Mayores de Castilla, en la suya de Béjar? ¿Qué del de los Portocarreros en Moguer? ¿Qué del de los arrogantes Fajardos en uno y otro Vélez? ¿Qué del de los Beau-

mont, los Bastardos de Navarra poderosos, en su Villa de Lerín? El Palacio del Infantado, que asombró al Rey *Caballero*, no es de sus Duques, y aunque todavía conserve enhiesto sus escaleras, sus artesonados, sus frescos, cuanto admiraron con asombro el Rey de Francia vencido en Pavía y sus ilustres compañeros, a raíz de su memorable derrota, no es ya morada de los altivos Mendozas, sino el asilo respetado de la familia nueva que forman allí las huérfanas de la guerra. El Palacio del *Santo Duque* de Gandía es todavía de la familia de San Francisco, pero no de la familia de la sangre, no de la de los Borjas, elevada a la Silla de San Pedro con Calixto y con Alejandro, sino de la familia mística y religiosa, de la Compañía de Jesús. ¿A qué seguir esta lúgubre relación? Apenas quedan de las más, de las un tiempo señoriales moradas, a cuyos recios muros fiaban los formidables antepasados el porvenir y la grandeza de los suyos, apenas quedan míseros torreones, albergue muchos de ellos de gitanos y forajidos; con razón podría decir ahora más que nunca el gran vate andaluz:

¡De todo apenas quedan las señales!

Vive nuestra alta Nobleza indiferente, como a su expulsión de la tierra, al movimiento de las ideas que agita y conmueve el mundo; y como ya no rige las conciencias con los Primados de Toledo, con los Prelados de Sevilla, de Santiago, de Zaragoza, de Tarragona, de Valencia y de Granada; como ya no manda en jefe los Ejércitos, cual primero los Gonzalo de Córdova y los Antonio de Leiva y los Alba, y luego los Baena, los Leganés y los Balbases, y más tarde los de la Mina y los Montemar, y últimamente los Romana y los Alburquerque; y como ya no lleva la dirección suprema de los asuntos públicos como en el siglo XVIII mismo los Carvajales y los Arandas, y en el XIX los Torenos, los Frías, los Vilumas, los Rivas y los Miraflores; y como ya no crea, ni preside, ni inspira Institutos literarios de la significación de la Academia Española, desceñida la espada, en pedazos la toga, lejos el báculo y la mitra,

ajena al tráfago y a las industrias, rota y en el suelo la pluma y muda la palabra, ausentes de todos los lugares que llenó de sus grandes representaciones hasta hace poco, semeja como agotada, exánime y sin alientos, como condenada inexorablemente a la disolución, a la desaparición y a la muerte.

Yo no soy aficionado a buscar los ejemplos en la Francia moderna: la Francia de antaño, nuestra eterna enemiga, podía sin embargo, forzarnos, quisiéramos o no, a la admiración y al respeto, haciéndonos decir algo parecido al verso célebre de nuestro gran poeta:

Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

La Francia de hoy despierta muy medianamente mis simpatías, o, para ser sincero, en nada las despierta; pero puesto que la moda tiránica lo quiere, y es entre las altas clases y entre todas elegante, persuasivo y hasta convincente evocar lo que pasa en Francia, sigámosla en buena hora. A través de cuatro revoluciones, diezmada por la guillotina, arruinada por la emigración, despojada por las leyes nuevas, sin cabeza y sin Rey, aún vive milagrosamente la Nobleza francesa, sin haber perdido jamás el gusto refinado de las Letras; y el que llaman *partido de los Duques* tiene siempre autorizada representación en el seno de aquella célebre Academia, y bajo la *coupole*, como allí dicen. Ayer mismo, en la situación que siguió a Sedán y al derrumbamiento inesperado del Imperio, en la situación que restañó tantas heridas, que hizo de nuevo a Francia, la grandeza de la figura de M. Thiers no ha sido bastante a borrar la de los tres Duques, a cuyo alrededor giró la política toda de aquellos años memorables: el de Broglie a la cabeza del Consejo de Ministros, el de Audifret-Pasquier en la Presidencia de la Asamblea Nacional y del Senado luego, Decazes en el Ministerio de Negocios Extranjeros, miembros los dos primeros de la Academia Francesa; el de Broglie gran historiador y literato insigne, Pasquier orador y pensador eminente, Decazes fino y experto diplomático, los tres prueba ple-

na de que aquella gran Nobleza defiende sus posiciones, y para ello, naturalmente, estudia, trabaja, piensa, escribe y habla. Pagando ahora el horrendo crimen de su nacimiento, purgando el gran pecado de que corra por sus venas la sangre de los héroes que formaron aquella gran nación, arrojados violentamente a la oposición más extrema, los nobles franceses hacen todavía por las Letras lo que allí no se les consiente que realicen por la política ni por las armas, y uno de los más grandes oráculos del pueblo vecino, una de sus voces más escuchadas, uno de sus primeros pensadores, uno de sus oradores más elocuentes, uno de sus más altos espíritus, el primero acaso de los que dirigen y marchan a la cabeza de la Francia antirrevolucionaria y creyente, es el gran patricio, Diputado y Académico, heredero de Chateaubriand y de Montalembert, que se llama el Conde de Mun. Yo busco con ansiedad en las filas presentes de la alta Nobleza española, histórica y secular, que vive felizmente al amparo de la Monarquía, algún Conde de Mun, y, lo digo con pena, no lo encuentro.

Pero todavía quedan a nuestra vieja aristocracia grandes elementos para luchar y resistir si ella lo quiere: esos nombres extraordinarios de la historia de España, que sobresalen, como faros luminosos, en medio del diluvio universal de Títulos y honores producidos por la democracia imperante, que improvisa a cuantos quieren serlo Duques, Marqueses y Condes, sin tradición, sin significación y sin pasado, tienen eficacia tal, que basta a los que los llevan querer salir de su inexplicable apatía, penetrar en la palestra con los antiguos heredados bríos, substraerse a la vida fútil y estéril en que se consumen desgraciadamente las viejas energías, para recabar la parte que se les debe en el puesto de honor que les han marcado los siglos. Todavía queda, a pesar de la desvinculación de todos, del despilfarro de muchos, de la división constante del vasto patrimonio; todavía queda en sus manos gran parte del suelo nacional: la riqueza territorial es acaso en la mayor parte suya; no es la antigua Nobleza colosalmente rica, acaso porque se le

pueda aplicar aquella frase de Gyp, cuando decía que «nunca se es colosalmente rico cuando no se ha robado nada», pero es rica moderada y discretamente; todavía goza, más que ella misma cree, del prestigio acumulado durante las centurias por unas y otras generaciones de españoles ilustres, que creyeron en sus derechos, pero que creyeron aún más en sus deberes; todavía sus nombres significan muchísimo en la vida española; que lo que aquéllas hicieron en su sabiduría no puede terminar y desaparecer ante la locura de un rato; la verdadera magia de sus viejos nombres sonoros, repetidos por los siglos, se impone todavía al respeto y al cariño de las multitudes desorientadas. Yo quiero creer que no es nuestra Nobleza un cadáver, a quien sólo Jesucristo pudiera resucitar como a Lázaro, sino simplemente uno que duerme y a quien el ruido de afuera, que crece cada día, ha de despertar y sacudir en cualquier momento.

Sí; es menester sacudir enérgicamente ese sopor letal, dar a los placeres y a la frivolidad su parte, y la suya indispensable al trabajo, al estudio y a la lucha, para que cada cual cumpla la misión a que lo destinó en sus designios la Providencia. Los golpes estridentes que la revolución da a todas las puertas, y que no despertaron antes a los señores volterianos y enciclopedistas de la Corte de Luis XVI, ¿es de temer que no sacudan tampoco el sueño o la pereza de nuestras aristocracias distraídas? No es posible, ni español, ni cristiano siquiera, pasar tranquilamente la vida, generación tras generación, divirtiéndose descansados, holgando y quejándose de lo que no tiene remedio, sin intentar hallarlo a lo que puede tenerlo todavía: ni esto conduce a nada útil ni a nada serio, ni es, en resumen, pese a toda vanidad pueril, más que la confesión paladina de la impotencia y de la nulidad. Hay que dar a la Nobleza presente un ideal, el ideal necesario, sin cuya luz ha de faltarle más o menos pronto la vida; ¿qué más ideal que el de mantener las tradiciones que la formaron, que la hicieron lo que todavía es? Es forzoso que ella como todos, según la frase de Voltaire,

cultive su jardín; que todavía, aunque el rayo haya tronchado en él tantos árboles majestuosos y seculares, y la tormenta haya barrido sin piedad y en gran número plantas y flores, le restan dilatados campos fértiles, que pueden llenar de frutos abundantes el suelo de la Patria. Hay que tener fe en sí propia, y moverse a impulsos de esa fe redentora, haciéndose digna de ocupar en el gran combate que se avecina, y que a ella, como a todo lo tradicional, amenaza feroz, el puesto de honor que la mano de la Historia imperiosamente le señala, si no quiere desaparecer cualquier día, y morir sin gloria, ella que nació de la gloria y por la gloria fue lo que fue, cuando los grandes antepasados fundaban estas familias célebres, cuyos representantes corren hoy rápidamente, acaso con el brillo de la luz que se extingue, jinetes en *jacas de polo*, a su lamentable anulación. Hay que trabajar sin demora por que esta casa de los españoles no sea cualquier día la casa sin escaleras del filósofo: Inglaterra y Alemania, los dos pueblos más jerarquizados de la tierra, están ahí para nuestro ejemplo: cansados de la imitación en futesas que a nada conducen, imitemos alguna vez a los extraños en cosa importante y trascendental. Que no haya ahora ningún Anfriso, melancólico y desesperanzado, que pueda con razón preguntar a Arnesto:

¿Es esto la nobleza de Castilla?

Francisco Fernández de Béthencourt,
de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

LA AMÉRICA MODERNA

Camino de América. En el Mediterráneo. Desde la columna de Hércules al Mar Tenebroso. El alma de los mares. El buque ciudad. La austeridad en los buques españoles. La emigración calificada. La expansión de la raza. El valor de los conceptos en Europa y en América. La costa americana. La tierra y las estrellas.

El *Reina Victoria* salió del abrigo del puerto abriendo las aguas con su tajante proa. Saltaba la espuma como un surtidor al dividirse el lomo de las olas contra la cuchilla de acero de la roda; las manchas espumosas se extendían alrededor del casco del trasatlántico, que penetraba como una cuña de acero en el vientre del mar. Aquella mole de quince mil cuatrocientas toneladas navegaba a una velocidad de diez y siete millas por hora; en diez y seis días y horas había de salvar la distancia que hay desde Barcelona a Buenos Aires.

Me llevaba muy lejos, y como yo había concebido realizar un vasto plan de trabajos en América, sin plazo fijo, me asaltó el presentimiento temeroso de una larga ausencia de la patria, y entonces, mi mirada, en vez de pararse en los atractivos de a bordo, se clavó en la costa catalana, tierra de la patria que contemplé con avidez, pensando que más allá de Cádiz me esperaba el desierto de agua. La mirada voló como una caricia a la tierra firme, abarcando el llano y la montaña. Y en el corazón no hubo tristezas ni desmayos. Yo esperaba verme asaltado por las primeras nostalgias de la separación. Lo había leído

muchas veces en las descripciones literarias de los viajes a Ultramar; apenas el buque leva anclas, los protagonistas de la novela de la emigración, los cronistas que dejan su país, los comerciantes que van como buhoneros de apartadas regiones a otras nuevas, todos aparecen afligidos, arrebatados por la añoranza o el temor ante la separación de la tierra natal. No sentí nada de esto; deseaba este momento. El mismo amor patrio no se me revelaba como nostálgico sentimiento del gran hogar que se alejaba, sino como deseo impetuoso de caminar más aprisa sobre el mar; nimbado mi pensamiento por recuerdos de gesta de la raza, parecía que mi patria iba conmigo y empujaba mi voluntad encendiendo llamaradas de energía en el alma. El sentimentalismo lacrimoso que vi escrito no le encontré en ningún semblante, ni en los míseros que emigraban ni en los pudientes y calificados que seguían igual ruta; sólo las aberraciones literarias de los que todo lo encierran en la monorritmia del dolor lirista producen ese dolor imaginativo. Yo sólo veía rostros que recibían la ablución de las brisas salutíferas del mar, con la fruición de los libertados que sienten oreada su frente por el aire de los horizontes libres.

Avanzaba el *Reina Victoria* sobre el luminoso azul del Mediterráneo con la majestad de una góndola ducal por un lago tranquilo. Las aguas, batidas por las hélices, levantaban una ola verde de jaspeados espumosos. Esa ola verde que se diluía en estela glauca, siguió al buque en todos los mares que cruzamos, brillaba bajo todos los cielos como una esmeralda que no ensombrecía cuando por el firmamento se corría el palio de nubes oscuras o llegaba la noche; entonces, en las espumas aparecía una fosforescencia como la trasluzón de las pupilas de un lobo marino. La espuma que levantaba el rebotar de las olas contra la obra muerta, caía otra vez pulverizada en finísima lluvia que quebraba los rayos del sol en irisaciones cristalinas. La belleza de la costa mediterránea no se llega a estimar en todos sus detalles hasta que no se recorren otros mares para poder compararlos.

El color del mar se desteñía para ofrecer nuevos tonos, como si una gama inmensa fuese proyectando sus fajas polícromas sobre el espejo de las aguas. Del cabrilleo diamantino que convertía el mar en lecho del sol, se pasaba a la contemplación de una llanura de azul cobalto, sobre la cual apuntaban, en marcha lenta, los blancos triángulos de las velas latinas y rodaban los toisones de espuma. La fauna marina parecía alborozada. Bandadas de gaviotas reposaban como copos de espuma sobre las mansas ondulaciones de las aguas; al levantar el vuelo pasaban rozando con sus alas al trasatlántico, volaban a flor de agua, surcando con su pico la superficie, y se remontaban luego para lanzarse en vuelo de flecha a rozar las aguas. Varias veces aparecieron manadas de delfines saltando sobre los rizos de espuma, y hundiéndose después graciosamente para volver a surgir, siguiendo un ritmo regular en los saltos. Veleros y vapores rompían la monotonía del horizonte marino, y en la costa, a trechos gris y a trechos rosácea, la playa sucedía al acantilado, la montaña azul o rojiza, calcinada por el sol, a la cima blanqueada por la nieve. El ambiente suave, saturado de emanaciones salinas, dilataba blandamente el pecho, como si las ráfagas sutiles de la brisa instilasen un aromoso elixir de vida en las venas.

Sólo mares como éstos llegan a ser mares de leyendas, cunas de dioses, de creaciones míticas.

Cuando el *Victoria* enfilaba el puerto de Málaga apareció un gran remanso, en donde el mar se estanca como entre las paredes de una taza, circundado por la costa de arenosa playa y suaves lomas, sembradas de casitas que semejaban motas blancas. Dormían las aguas en el redondo lecho de aquella costa; dormían las gaviotas flotando sobre las aguas, lisas y bruñidas como las de un estanque cuajado de nenúfares; dormía la ciudad, recostada en las faldas de montañuelas rojas, al abrigo de un telón de sierras azules; dormía el airón de humo de las chimeneas; dormía todo.

Estas impresiones y un ramo de claveles multicolores, fina-

mente jaspeados, y de aroma tan penetrante que aturdía, saqué de Málaga. En esta escala se recogen sensaciones de laxitud, de indolencia; el recuerdo de los apretados ramos de flores que ofrecen los vendedores en el muelle, en la segunda escala, que se hace en Cádiz, la impresión es ya muy distinta. Málaga y Cádiz son dos ciudades andaluzas, pero una está enclavada en el Mediterráneo, otra recibe las frías ondas de la corriente que baja desde el Canadá. Cádiz se adentra en el mar, se abre a las olas, parece extenderse como un cisne blanco en las aguas de una gran bahía. Es una ráfaga de música y de blancura la que parece envolvernos en la antigua, pero no vieja, ciudad. Los vendedores vocean ajustando su pregón a una melodía, y en el mercado los frutos más vulgares se muestran agrupados, simulando pirámides y círculos...

La ciudad, blanca, aseada, pulida, se esfumó como una neblina sobre la raya del mar, y el *Victoria* hizo rumbo a Tenerife. Allí paró un instante, y después no interrumpió la marcha hasta llegar a Montevideo.

La sensación que inspira el Mediterráneo desapareció al pasar las columnas de Hércules. Después vino el Mar Tenebroso, el que sacudía con sus corrientes invisibles a todos los bajeles; el temido mar de las leyendas medioevales, que le poblaron de fantasmas, y de las tradiciones antiguas, que le señalaban como tumba de la raza de los atlantes. Si no fuese por el movimiento de las aguas, parecería este mar un pedazo muerto del planeta. Durante días enteros la mancha gris no se ha borrado del espejo del mar; ni aves marinas ni barcos hemos visto; parece que navegamos por un desierto de agua. Sólo alguna vez los peces voladores saltan huyendo del buque, como familia de asustados gorriones al paso del tren; otros, más pequeños, semejan enjambres de plateadas libélulas.

A la altura de Dakar vi salir la luna entre las rojizas brumas del lejano incendio de los desiertos africanos. El cielo senegalés, envuelto por canícula eterna, está allá a lo lejos. La atmósfera se va haciendo plúmbea, caliente... El mar tropical

se veía desnudo de bellezas, sin las sonoras monorritmias que arrullan en el mar de las leyendas, ya tan separado de nosotros, el sueño de muerte de Orfeo.

El negro mate del betún parece haber teñido las aguas, las aguas misteriosas que cruzaron los primeros navegantes escandinavos, que contaban después visiones terroríficas contempladas en el mar todavía inexplorado. El buque fantasma wagneriano es el símbolo del horror que inspirara el Mar Tenebroso; de sus misteriosos desiertos de agua, de sus fuerzas ocultas, salió la leyenda.

La epopeya del descubrimiento de América se comprende muy bien navegando en el Atlántico en buques-ciudades como el *Victoria,* que, a pesar de su velocidad, comodidades y atractivos, deja penetrar en sus recintos la monotonía y la horridez del mar; salta como un bilboquete al embate de las corrientes, y aun unido al resto del mundo por el telégrafo sin hilos, no basta para vencer la sensación de soledad la pesadez de un mar que nunca acaba, la añoranza de una tierra que nunca llega.

Los españoles que se lanzaron a través del mar de los misterios, tuvieron que vencer las tradiciones de espanto en su memoria, afrontar lo desconocido, correr la aventura en carabelas de ciento veinte toneladas, concebir y realizar un sueño más grande que el de Jasón. Al pensar en esta página de heroísmo de nuestra Historia, acude a la mente el recuerdo de aquel pensador profundo y apóstol de ardiente idealismo que se llamó José de Acosta, el que dió la interpretación racional a los fenómenos del Mar Tenebroso, que hasta entonces habían sido materia de fantasmagoría y de terror para los europeos.

El *Victoria-Eugenia* es un buque que no le supera ninguno de los que navegan en la línea del Plata. Es como una ciudad flotante; grande, de maravillosa estabilidad, lujosamente decorado, veloz. El ruido de las máquinas sólo se siente estando muy cerca de ellas.

Quien contemple la severa elegancia de su *hall,* de estilo Renacimiento, y su amplitud, no encontrará diferencia alguna

con los salones de un palacio. Cuatro columnas jónicas de altos fustes sostienen la cúpula de cristal, en octaedro, como las cúpulas mudejares; las jambas estriadas que muestran en sus capiteles las retorcidas volutas orientales se alzan en los muros del *hall*. Después, los departamentos de lujo se dividen en salón de música, que decoran los colores blanco, rojo y oro; la biblioteca, de suelo mullido y silencioso ambiente; en el comedor y el restaurant, las mesas están separadas; aquél tiene en el teatro el tapiz de Goya, la gallina ciega, el bar con piso de mosaico y amplio artesonado, el jardín de invierno, a más de otras divisiones. Pero éstas son las que dan la impresión de que se *habita un palacio*.

El progreso técnico ha realizado el ensueño de los cuentos fantásticos que hablan de palacios y maravillas que van transportados por manos mágicas, o se levantan en el mar como mansiones de ninfas y tritones.

Cuando en las horas del sarao suenan los violines zínganos, y el ambiente se satura con el aroma del opio y del tabaco, y las damas elegantes exhiben todos los días variados trajes, parece que se está en un gran hotel... hasta que un golpe de mar abre una puerta por donde irrumpe la bocanada de aire salino, se balancea el palacio y hace recordar que se flota sobre un abismo de agua.

La reproducción de la imagen de la ciudad aparece cuando el observador recorre el resto del buque, al ver las demás clases, los grupos de pobres emigrantes, las mesas en que se come, la vida distinta que salta a la vista. Arriba, en el comedor, se viste de etiqueta, se bebe champaña, y por las vidrieras del salón de música, enmarcadas en bronce labrado, caen como efluvios desprendidos de copas de aromas y músicas las melodías vienesas, con sus viudas alegres y condes calaveras, los personajes de los dramas líricos, los Lohengrin, los Tannhäusser, los Radamés, los Fausto... Se escucha la música y no se canta. Abajo no hay música, pero el emigrante canta. Tal vez éstos llevan más esperanzas que preocupaciones.

Estos nuevos buques, que aumentan la marina mercante española, cuando sean más conocidos serán indudablemente los preferidos. Pero es que, respecto de ellos, lo mismo que por lo que se refiere a casi todas las cosas españolas, se han divulgado los mayores absurdos, y se tienen infundados prejuicios, sin perjuicio de pasar en silencio sus grandes ventajas.

Cansado estaba yo de oír que en los buques de la Trasatlántica se obligaba al pasaje a asistir a los actos del culto católico. No comprendo tal absurdo, sobre todo, después de haber visto que sólo en domingo se dice misa en la toldilla para los que quieren asistir, y los demás días en la capilla. ¡Y a mí se me había hablado de grandes rosarios después de la comida, con asistencia forzosa! En vez de tales rosarios inquisitoriales, yo no he visto más que *two steap* a toda orquesta.

Lo cierto, ciertísimo, es la austeridad genuinamente española, en la conducta que se observa y se hace observar a bordo, austeridad que se hace perfectamente compatible con la diversión honesta y efusiva.

Abrase cualquier libro de los que se escriben sobre la vida en los trasatlánticos, y se verá, a poco que se lea, que inmediatamente se describe una escena de las que por rubor se suele llamar de aventura galante.

Hay novelas que, como la de Zamacois, *Europa se va...*, absorben todo el asunto en una aventura de camarote.

En el *Victoria* puede observarse el gran número de mujeres que viajan solas, muchas de ellas recomendadas por sus mismas familias al comandante del buque. He leído varias cartas de emigrados que llaman a sus mujeres, y en todas ellas se les recomienda que tomen pasaje en los buques españoles, mencionando especialmente los de la Trasatlántica.

El ambiente español, las ideas y los sentimientos españoles, no pueden dar otra cosa. Cuando Wax Weiler, estudia la singenesia en los grupos de emigrados, nota la fuerte afinidad del grupo español, debida a que el español quiere la austeridad de costumbres.

Todos somos emigrantes: el alicantino que abandona sus tierras secas y busca trabajo en América, el periodista que va a abismarse en un ambiente nuevo, el artista que lleva el teatro patrio a otros países, el industrial que va a realizar un intercambio de valores culturales. Todos emigran; definitivos o temporales, emigrantes son todos, porque buscan una elevación de su vida en país ajeno. Unos constituyen la emigración calificada, la que comprende a los que tienen una formación profesional, a diferencia de los que simplemente pueden ofrecerse como fuerzas de trabajo, como braceros. Cuando esta emigración se inicia y completa a la que produce la pobreza o el exceso de población, no hay que interpretarla como una dispersión, sino como una corriente social representativa de todos los elementos de un país, que con los del país de inmigración se enlazan. Los pueblos cultos dan un buen contingente de emigración calificado; los atrasados no envían más que pobres rurales.

En el *Victoria* viajan artistas como María Guerrero y Fernando Mendoza, y periodistas como Gómez Carrillo; en otros buques, que harán pronto la travesía, vendrán autores, músicos, profesores; en viajes anteriores vinieron muchos artistas. La emigración española calificada a la América del Sur, aumenta de día en día con el carácter de emigración temporal. El efecto maravilloso de esta corriente será el establecer una gran comunidad cultural hispano-americana, sobre la base de un conjunto de comunidades políticas independientes; políticamente, seremos distintos; por cultura y por sentimiento, una misma cosa.

Abajo, en las cubiertas de proa y de popa, se agrupan los emigrantes, como tales considerados por la estadística. Suman 439; de ellos son varones 221, mujeres 139 y niños 79. No se trata de una emigración temporal, sino definitiva; el gran número de mujeres y niños, que casi llega a representar el 50 por 100 de la cifra total de la emigración en este caso, ofrece la imagen sensible de la emigración de grupos familiares.

He interrogado a muchos emigrantes, y los varones me han dicho que van a la Argentina con la intención de llamar más tarde a su familia; la mayor parte de las mujeres van ya llamadas por sus maridos.

La esperanza es la compañera de los emigrantes. No todos van llamados por la familia o gente conocida; los que van a probar fortuna constituyen un buen número. Otros prefieren todas las contingencias del azar, antes de seguir agonizando en su tierra natal. A mis preguntas contestaba así una mujer de Rafols, pequeño pueblo de la provincia de Alicante:

«Vamos a Mendoza, en donde mi marido trabaja unas tierras. En el pueblo ya no podíamos vivir, y, antes de que las cosas se pongan peor, nos vamos. Mejor que en el pueblo siempre estaremos, y si no, volveremos a pasar el *toll*.»

El *toll* es el nombre que dan los valencianos a la masa de agua profunda. Al decir esto, la mujer que me hablaba miraba al mar y sonreía, mientras en derredor suyo saltaban cinco chiquillos, engullendo pedazos de pan y derribándose.

Sobre las sillas de lona, que a bordo llaman plegantes, solían dormir los de la emigración. Un reflector eléctrico proyectaba su luz sobre aquel campamento de expatriados, llenos de tristes recuerdos y de confortantes esperanzas. Cubiertos con mantas resistían toda la noche sobre la cubierta. Los maridos solían tener abrazados a sus hijos, dejando descansar a la mujer en una silla a su lado. Ese era el material humano que iba a desparramarse por las tierras americanas, el que había de nutrir la nacionalidad argentina. Aquellos niños que se llevaban de España, tal vez recordarían durante algún tiempo algo de la tierra natal, la plaza y el campanario del pueblo; después... serán argentinos de corazón, y amarán la tierra que les acogió en su éxodo a través de los mares. La contemplación de aquellos grupos de emigrantes, de los niños desgarrados de su patria y separados de la generación del Renacimiento español, tan promisoria en esperanzas, sacudió mi corazón con los latidos de bárbaras rebeldías. Veía los goterones de sangre

manando del cuerpo de la patria, reproducirse en la vida la leyenda del pelícano, que desgarra sus entrañas para dar vida a sus hijos; el solar que se despuebla y la raza que se perpetúa en el mundo nuevo. Hacían bien en emigrar. Los gérmenes que se entierran bajo la pedriza y el hielo, renacerán y se erguirán en boyantes tallos, cuando sus raíces se hundan en el lecho de las tierras vírgenes.

El imperialismo europeo se dirige a la Tripolitania para poder fundar colonias de establecimiento en ella; en Marruecos tiene el mismo objeto. Italia y España, abstracción hecha de la significación política y militar de las zonas del Norte de Africa recientemente ocupadas, piensan hacer derivar la corriente emigratoria hacia territorios propios, labor larga, costosa, difícil, pero necesaria. Es la misma preocupación que embarga a Alemania cuando se bate en el Oeste africano y estudia la colonización del Rilimancharo, la cadena de nevadas montañas que en Africa ha de ser el asiento de una nueva Alemania. No es el colonismo capitalista, sediento de elevadas ganancias que rememoren los tiempos heroicos del colonismo holandés en Asia, lo que guía la pasión imperialista de Europa, sino el afán de defender la población de la absorción emigratoria, ofreciéndole tierras nuevas.

Por uno y por otro camino, la humanidad avanza, y siempre por sendero de espinas.

Al pensar en las calladas esperanzas, en las íntimas ilusiones de todos los seres que conducía la nave de acero, señora del mar en aquel momento, acudía a la memoria la estrofa de Boito cuando en la cárcel desciende un rayo de esperanza sobre la cabeza de Fausto y Margarita; la estrofa que invoca a la isla azul que, lejana sobre las ondas de un vasto Océano, aparece como puerto de los íntimos reposos, entre algas, flores y palmas, cubierta por un arco iris.

Europa envía a América sus cargamentos de hombres, los productos de su industria, el ahorro de su trabajo; América devuelve las rentas de las masas ingentes de capitales empleados

en su suelo; los frutos de sus ubérrimas tierras. Sobre esta doble corriente de materia y de fuerza cruzan las corrientes espirituales entre los dos continentes. El Atlántico parecía desierto, pero los chispazos del oscilador de Herz, al lanzar las ondas eléctricas que nos ponían en comunicación con todo el mundo, nos recordaban que la vida cruzaba potente sobre el mar de uno a otro continente. El telégrafo sin hilos nos iba dando a cada momento los nombres de barcos que se encontraban en nuestra misma ruta, de trasatlánticos que ponían en contacto los puertos de Europa con los de América, y ante el espectáculo que se me revelaba en este momento de reflexión, de dos mundos unidos por la apretada trama que tejían millares de naves llenas de vida y de riquezas, comprendí más que nunca la absurda concepción del monroísmo yanqui, que pretende aislar la América de la corriente europea en provecho de la América del Norte. La Argentina, franqueando sus puertas a todos los emigrantes, demostraba que América era para la humanidad.

*
* *

La monotonía del mar es propicia para la reflexión. Por poca vida interior que se posea, no deja de componerse un monólogo que comenta más las cosas futuras y sospechadas que los recuerdos de las cosas que se han dejado. La motilidad espiritual parece seguir y orientarse en el mismo rumbo que el barco que nos lleva. Afuera del pensamiento quedan las banalidades de la vida de comunidad forzosa de a bordo, y sólo priva un pensamiento: el mundo nuevo que vamos a conocer, ¿será como le hemos pensado y como nos le han descrito? ¿Se confirmarán o se modificarán nuestras ideas en él?

Cuando escribo estas líneas oscila mi pensamiento entre todas las imágenes de la América escrita, vista a través de la literatura. En la literatura acumulada hay unas páginas que me han sugerido una constante preocupación: aquellas que presentan lo que podrían llamarse americanismos como antíte-

sis de los europeísmos. Escribe Bourget, en *Outre-Mer*, de la lentitud europea y de la acción americana; Ferrero, en *Fra i due mondi*, del arte urbano americano, antítesis del clasicismo europeo; de senilidad y decrepitud europea y de energía; brutalidad, como Bourget, propia de las sociedades americanas. Y yo pienso: Los valores que se producen en uno y otro continente, ¿son cosas antitéticas, simplemente distintas, o complementos necesarios dentro de la gran cooperación mundial? ¿Puede concebirse como natural la producción de valores progresivos dentro de la vida internacional comunicativa, que en estridentes antítesis sean negaciones recíprocas y destructoras?

Sospecho que las antítesis de que nos hablan algunos escritores son creaciones imaginativas, juicios más aparentes que reales. El europeo que habla y juzga las cosas americanas lleva como módulo y término de comparación, el concepto europeo, la imagen de sus valores; el americano ha creado los suyos, y conforme a ellos pondera las cosas de Europa. ¿No será necesario adoptar otro criterio libre de estas aberraciones subjetivas?

Yo declaro estos juicios míos antes de pisar la tierra americana y de sentir el influjo de la nueva sociedad.

*
* *

¡Tierra!

Como una pincelada rojiza aparecía la costa brasileña por Occidente. Una tenue bruma esfumaba la raya del mar, extendiéndose en suave veladura por todos los rumbos de la rosa de los vientos. La sábana marina se movía en blandas ondulaciones, sin rizos de espuma, como si el seno dilatado de la tierra se transfigurase en la superficie de las aguas en un momento de dormir tranquilo. Las aguas tenían otro color, hasta entonces no visto: era el tono malva de esos estanques en cuyo lecho se aprieta el boscaje de las plantas acuáticas de perenne verdor.

¡Tierra!

Al anochecer esperábamos llegar a Montevideo. Habíamos salido de Barcelona el día 3 de Mayo, y después de una escala de tres horas en Málaga, de un día en Cádiz y de tres horas en Tenerife, veíamos la costa americana al amanecer del día 20. Ya estábamos llegando al puerto de destino, a Buenos Aires; al día siguiente, a medio día, entraríamos en la gran capital. Todos mirábamos la línea de flotación del barco para calcular la velocidad que desarrollaba. Su vientre de acero parecía rozar calmosamente las aguas; se detenía... En un momento la tenue bruma se hizo densa; desapareció el sol, desapareció el mar, cubierto por un espesor blanco, y el *Victoria* navegó en el centro de una nube, como un buque fantasma. Las capas de la bruma se conmovieron con el estertor monstruoso de la sirena, y nuestro buque echó las anclas. No sabíamos cuándo reanudaríamos la marcha.

—Los ingleses siguen navegando a pesar de las brumas; pero suelen pagar caro su atrevimiento. Con la mayor facilidad se embiste un faro de la costa—decía el comandante.

Y esperamos hora tras hora. El ansia por restituirse a la madre tierra es indefinible después de una navegación larga como la que habíamos llevado. Sentirla cerca y no poderla pisar, constituía el suplicio, para nosotros, del deseo excitado por la contemplación de la cosa ansiada y no lograda.

Fue en un momento, en un momento tan sólo, cuando desapareció la bruma como cortina de papel que consume una llamarada. Se veía limpio el mar, limpio el cielo, clara la costa; rumores de alegría saludaron aquella rápida resurrección de la luz que se teñía con las palideces de un crepúsculo otoñal. Las hélices batieron las aguas y levantaron una doble ola amarillenta que dejaba un festón de espumas en la estela. Allí el mar mezclaba sus aguas con el tributo del Plata.

En el horizonte parpadearon unos puntos luminosos; aparecieron más, se extendían, se amontonaban; se destacaban entre ellos puntos verdes y rojos, que parecían atraer al barco

como imanes. Sorteado el laberinto de luces, fondeó el *Victoria*.

A la mañana siguiente saltamos a tierra. Oía hablar español, veía caras españolas, casas españolas se extendían formando la ciudad. ¿Estábamos en país extranjero y separados de la patria por distancias inmensas? Parecía que el *Victoria* había equivocado la ruta y había vuelto a las costas andaluzas.

Manos de hermanos estrecharon las nuestras. Durante las tres horas de la mañana que permanecimos en Montevideo, el nombre de España saltaba de boca en boca, como la grata monorritmia de las salmodias de adoración y de alabanza.

Nuestro buque enfiló la embocadura del Plata. Las aguas del río acentuaron su color rojo, enturbiadas por el barro de los grandes arrastres. Se navega por el río sin ver la costa. Es un mar dulce agitado por el correr de las aguas poco profundas. Cuando cayó la noche, no nos separábamos del castillo de proa; clavada la mirada en el horizonte, pugnábamos por descubrir las primeras luces del puerto de Buenos Aires. Un vaho de aguas fluviales saturaba el ambiente, haciéndonos recordar con nostalgia las puras brisas del Atlántico. Comenzó a brillar el firmamento. Ya no veía las constelaciones del hemisferio boreal, que quedaron poco a poco hundidas en el horizonte nocturno, como tragadas por el mar. Desaparecieron primero las ruedas del Carro; después la quebrada lanza se anegaba como un brazo luminoso de nuestro mundo, que parecía darnos el último adiós... Rutilaba la Corona boreal sobre nuestras cabezas, y muy arriba, magnífica, esplendorosa, radiante, fulgurando en el cenit de las tierras australes, brillaba la Cruz del Sur. Como fluido de oración brotaba el aliento de los labios.

El buque marchaba despacio, a lo largo del Canal, marcado por boyas luminosas. Por fin se dibujaron a lo lejos unos estratos de claror que anunciaban la proximidad de la gran urbe. Una larga horizontal formada de puntos brillantes se extendía en rigidez geométrica, cortando en dos mitades el telón negro de la noche. Sobre los estratos luminosos se formó un halos de

clara nebulosa. Parecía que embocábamos la entrada de una gruta gigantesca que goteaba la luz por todas partes. Habíamos llegado. Semejaba que amanecía dentro de la noche.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: El goce de la desnudez.=Anecdótica: Mistificaciones célebres.=Crítica: Con motivo del Diccionario-Standard de la lengua inglesa.=Grafología: Retratos grafológicos.=Pedagogía: La enseñaza de la música.=Impresiones y notas: El emperador del Brasil y Víctor Hugo.—El decálogo japonés.—La leche y la tuberculosis.—Electrocutar.—Mambrú se fué a la guerra.

COSTUMBRES

El goce de la desnudez.—Margarita Le Fur escribe en el *Mercure de France*: «La dicha de estar desnudo.» En la antigua Grecia, bajo el hermoso cielo mediterráneo, la gente se contentaba con vestidos ligeros, y la vista del desnudo no ofuscaba a nadie.

En Esparta, muchachos y muchachas, libres de toda vestimenta, se entregaban juntos a los juegos al aire libre, a los ejercicios de gimnasia (gymnos, desnudo), sin que las buenas costumbres sufrieran nada por ello: *naturalia non sunt turpia*. En nuestros días la educación ha identificado los términos de inmoralidad y desnudez. La culpa es de la Edad Media, que vió desarrollarse y arraigarse el prejuicio de que todo lo desnudo es feo, chocante y subversivo. En la época de San Agustín se estaba todavía muy distante de tal concepto; pero la influencia de los talmudistas de Alejandría no tardó en prevalecer, y la Iglesia vió en toda desnudez un objeto de tentación

y una causa de perdición. El desprecio de la higiene más elemental y el abandono de las formas antiguas, fueron consecuencia directa de estas ideas. El Renacimiento pensó de otro modo: queriendo hacer revivir el espíritu de la antigüedad clásica, se cuidó de la salud y de la belleza del cuerpo, y abrió en no pocas ciudades piscinas públicas, donde hombres y mujeres se bañaban juntos, sin traje y sin vergüenza; aquella reacción, sin embargo, duró poco; el horror al desnudo volvió a imperar en el siglo XVII, y en vísperas de la Revolución francesa, las mujeres del gran mundo que tenían en París un baño en su tocador eran una ínfima minoría, y estaban poco bien dotadas; bañarse y cuidar su cuerpo, es hacer mal uso de él; el signo menos disputable de la virtud de la mujer era cierto olor con cierta suciedad.

En nuestros días, el prejuicio contra lo desnudo tiende a desaparecer, y la reacción contra la suciedad es completa. Los cuidados de tocador, cada vez más completos, tienden, en general, a desvirtuar el añejo sentimiento de pudor físico. En la Península de Kullen, a la entrada del Kategatt, en Suecia, pueden verse durante los días claros de verano alegres grupos de jóvenes de ambos sexos jugueteando completamente desnudos en las aguas suavemente agitadas de los laguitos rocosos, sin que ningún pensamiento reprensible (Margarita Le Fur lo asegura) turbe la pureza de aquel cuadro maravilloso. La evolución actual a favor del desnudo se traduce en Alemania por ciertas tentativas que sorprenden tanto por su atrevimiento como por la especie de publicidad que las acompaña. Antes, en las playas del mar del Norte y del Báltico, los sexos estaban rigurosamente separados para el baño; desde hace unos años los baños mixtos son la regla general. En los alrededores de Berlín, el lago de Wannsee, que posee ancha playa de arena fina, se ha convertido en el *freibad*, el baño popular y libre; los domingos de verano, el espectáculo es verdaderamente único: en las aguas azules del lago miles de personas bañándose, y en la larga playa amarillenta un hormigueo enorme de

cuerpos desnudos, en el que dan la nota alegre las mallas multicolores de las mujeres.

Los aislados son la excepción. Por todas partes se ven grupos entregados a toda clase de juegos. Los jóvenes de ambos sexos se divierten en hacerse rodar desde lo alto de las pendientes arenosas en que viene a concluir el Grunewald, el sombrío bosque de pinos. Ni un gesto, ni una actitud equívocas se notan en aquella multitud. Lejos de sentir estímulo por el espectácnlo, la sensualidad se disipa o, por lo menos, pierde su aguijón inoportuno: la mirada se purifica en cierto modo, y se deja embriagar uno suavemente de colores, de formas y de luz; esos baños en que los hombres se muestran en calzoncillo triangular y las mujeres enguantadas en sus mallas, parecen ser la última etapa hacia el desnudo, puro y simple.

Ya una pequeña vanguardia, ebria de sport, lucha valientemente en Berlín por el «derecho de ir desnudo»; esta falange crece diariamente, y no está compuesta, como pudiera creerse, de utopistas o individuos de imaginación depravada. Los *amigos de la luz*, como se titulan, han formado varias agrupaciones de gentes reflexivas y libres de todas las clases sociales; el más interesante es ciertamente el Freye-Bund: recluta sus miembros con precaución, después de informarse minuciosamente de sus antecedentes morales y de los verdaderos motivos que les han hecho solicitar su admisión. La *Freye* posee en los arrabales de Berlín un parque rodeado de tapias altas, especie de terreno de sport, con calles de árboles y agua corriente; los socios de ambos sexos—y el bello sexo está allí ventajosamente representado—van allí juntos varias veces por semana, cuando la temperatura es bastante clemente, a entregarse a los juegos de aire libre en el más simple aparato. Deseosa de informes detallados, Margarita Le Fur se presentó al presidente del Freye-Bund, el Dr. Kuster, médico de edad venerable. «Mientras exponía el objeto de mi visita—dice,—tuve que sufrir una mirada de una penetración singular, casi temible; sentía yo que aquellos ojos claros sabían leer en las almas

y discernir en ellas la curiosidad malsana, a despecho de la habilidad que frecuentemente emplea en disimularse. La seguridad que me daba la fuerza de mis intenciones me permitió salir victoriosa de aquella pequeña prueba.» El Dr. Knster estuvo expansivo: vivimos—dijo—en tiempos difíciles; por todas partes se oye reclamar más aire, más luz, más verdad y más libertad, por lo que hace especialmente al derecho de ir desnudo; donde más se le combate precisamente es en los medios más cultos. Se pretende que el desnudo constituye una provocación irresistible a pensamientos malsanos. Los baños mixtos han acabado con ese error, y estamos persuadidos de que no está lejos el día en que todos reconocerán que el desnudo al aire libre, lejos de corromper el espíritu, tiende a elevarlo y a moralizarlo. Es verdad que la multitud no está todavía suficientemente preparada, y los socios del Freye-Bund son objeto de toda clase de burlas; pero nuestra propaganda—añade el doctor—no ha sufrido nada por esos ataques. Preguntado el doctor por la actitud de la policía, contestó que las autoridades no sabían muchas veces qué hacer: reconociendo por una parte la legitimidad y el carácter inofensivo de las tendencias del Freye-Bund, se escandalizan por otra del ruido que la voz popular arma con motivo de sus reuniones. ¿Quién puede ofenderse de que algunas personas encuentren gusto y hasta utilidad en practicar juntos, en provecho de su salud, juegos al aire libre en una propiedad completamente cerrada? No hay escándalo ni daño para nadie, ni hay razón para que se dicten medidas contra los socios.

El Dr. Kuster habló en seguida de los buenos efectos de una cura de sol: los rayos solares aumentan el número de los glóbulos de la sangre, atraen ésta hacia la periferia, y así descongestionan nuestros órganos y activan las funciones de la piel; el sol obra sobre el cuerpo entero lo mismo y mejor que los sinapismos, y los baños de aire y sol realizan curas maravillosas de la anemia y de la neurastenia.

¿Por qué tienen las gentes tanto miedo de desnudarse, si no

es en una habitación cerrada, privándose así de los beneficios del aire y de la luz? Por temor a los enfriamientos y por pudor, dos razones puramente imaginarias, según el Dr. Kuster. El público atribuye varias fiebres, acompañadas de escalofríos, a enfriamientos, cuando la enfermedad, consecuencia de una infección bacilar, está latente, en realidad, semanas antes de que se manifieste la fiebre y la sensación de frío; este temor al enfriamiento nos induce a cubrirnos con vestidos cada vez más espesos, y, por consiguiente, a aislar nuestra epidermis de todo contacto con la atmósfera; como así nos hacemos más delicados, nuestro poder de reacción contra diversas afecciones se encuentra disminuído; se trata de evitar la enfermedad y se corre a ella. Puesto que venimos al mundo sin vestidos, es de creer que la Naturaleza nos ha creado para ir desnudos, pues no nos ha dado plumas ni toisones; nuestra desnudez tiene, evidentemente, su objeto, que es aumentar nuestra resistencia, acomodándonos a todos los cambios de temperatura; nuestra epidermis posee un maravilloso aparato regulador, gracias al cual podemos desafiar todos los cambios atmosféricos; nunca es tan activa la circulación como durante los grandes fríos; cuando un hombre está a punto de helarse, se le vuelve a la vida frotándole con nieve, y el mejor medio de tener los pies calientes es correr con los pies desnudos sobre el rocío de la mañana o sobre la nieve.

En cuanto al pudor, es una tradición y un prejuicio. Los niños que van desnudos lo hacen con toda inocencia; pero oyen decir que eso es indecente, y se cubren. Al principio, no saben por qué; luego, insensiblemente, con reticencias o explicaciones poco aceptables, les hacen adquirir una conciencia vaga del misterio sexual; el resultado de esa deplorable educación es que la juventud confunde la desnudez con la pornografía.

El doctor afirmó, por último, el carácter esencialmente moral de las reuniones del Freye-Bund. Los extraños a la sociedad no comprenden que un hombre completamente desnudo pueda corretear por un parque con una mujer completamente

desnuda, sin que pase nada pecaminoso entre ellos. El doctor asegura que cuantos se han hecho de la sociedad se asombran de la rapidez con que se acostumbran a la desnudez propia y a la ajena, quedando encantados del buen tono y de la cordialidad que reina entre unos y otros. El semidesnudo de las calles, de los teatros y de los salones es el que provoca los sentidos; pero, haciendo una cura de desnudo, los nervios se distienden como por encanto, y se conserva de las visitas al parque de los Freye-Bund un recuerdo radiante, formado por una alegría sencilla y un profundo sentimiento de liberación física y moral.

Persuadida por tantos argumentos, Margarita de Fur se decidió a hacer la prueba, y, admitida en el Freye-Bund, salió un hermoso día de Junio para el parque de sports de Lankwitz; media hora de tren, unas landas y un bosque de pinos, y se encontró en el albergue que da ingreso al *baño de aire* de la sociedad. A la entrada, había varias casetas en fila; la joven que acompañaba a Margarita la abrió una, y ella se metió en la de al lado; minutos después, Margarita oyó ya a su compañera hablar fuera con las personas que las habían precedido. Lentamente fué Margarita quitándose la ropa, lamentando el haberse arriesgado en aquel sitio; al despojarse de sus últimos velos, se acercó al espejo y se puso a contemplarse: «Ciertamente—dice—mi cuerpo poseía líneas armoniosas, era flexible y esbelto. ¡Cuán molesto me iba a ser el entregarlo a todas esas miradas extrañas!» Por fortuna, se acordó de un refrán oído en su casa: «No hay vergüenza en estar desnuda cuando se es bella.» Por otra parte, al despojarse de sus vestidos, ¿no había abandonado ya sus ideas sobre la decencia? Llamaron a la puerta y Margarita salió tímidamente, y se encontró en presencia de algunas de las señoras y señoritas a quienes había sido presentada en Berlín en el club de la sociedad. Juntas todas, se dirigieron hacia el sitio en que varios señores conocidos se entregaban a ejercicios de gimnasia. Ella temía que, por lo menos, la detallarían con curiosidad. Nada de eso. La mirada de aquellos hombres era casta, libre de toda sensuali-

dad. Tranquila e inaccesible ya a todo pensamiento malsano, Margarita, alegre y libre como la luz en que estaba bañada, se puso a pasear y a correr sobre la pradera soleada y los senderos sombríos, gozando un placer intenso, sencillo y puro, descubriendo tesoros de simpatía y de bondad, nunca sospechados, y riéndose de esas palabras convencionales de vergüenza y de pudor, mientras admiraba la gracia de las esbeltas muchachas que en un corrillo de césped manejaban sabiamente la raqueta o tomaban parte con una alegre banda de jóvenes en una partida de croquet. Ni un momento tomó la conversación giros escabrosos; los sexos se ignoraban. Cuando el sol se puso y el fresco recordó a todos su desnudez, cada cual se metió en su caseta y se vistió con sentimiento. Margarita confiesa que ha repetido aquél ensayo con frecuencia, y que cada vez sale de él más regenerada, disfrutando alegrías perfectamente inocentes y reconociendo que la verdad es casta por esencia, que la admiración de la belleza puede estar desprovista de erotismo, y creyendo así haber reconquistado algo de la antigua y dichosa sencillez de las mujeres del primitivo mundo helénico.

ANECDÓTICA

Mistificaciones célebres.—El célebre egiptólogo Champollion recibió del comandante Williers, que viajaba por el alto Egipto, el calco de una magnífica inscripción que suponía contemporánea, por lo menos, de Ramsés el Grande. Champollion, encantado, la entregó a su secretario para que la clasificara, después de dibujar una copia fiel que sirviera para la traducción. Al cabo de algún tiempo, le preguntó cómo iba aquel trabajo, y el secretario, que no había vuelto a acordarse de ello, le dijo que estaba casi terminado; lo buscó para hacer la copia, pero no consiguió dar con él. Sin pararse en barras, cogió una hoja de papel, y se puso a garrapatear al azar todos los jeroglíficos que se le ocurrieron, llevando el fantástico pa-

pel a su maestro. Champollion se encerró en seguida en su gabinete, y estuvo en él cuarenta y ocho horas sin comer ni beber, y salió, al fin, extenuado, pero radiante. «¡Eureka!—exclamó,—esto no tiene precio; con esto se completan los fragmentos de Manethon y se lanza una nueva luz sobre los últimos tiempos de la décimooctava dinastía y sobre el reinado de Ramsés Meiamun; se hablará de ella seguramente en las *Transactions* y en el *Atheneum*.» Se habló, en efecto, y la interpretación de Champollion fue un exitazo, preguntándose aturdido el secretario si habría hecho prosa egipcia sin saberlo.

El bibliotecario de Besançon. Carlos Weiss (1779-1866) recibió un día una Memoria relativa al brocal de un pozo, en el que había grabadas varias letras medio borradas por el tiempo. Weiss se puso a descifrar la inscripción, llegando al resultado siguiente: «La piedra de que se trata, encontrada en uno de los numerosos pozos de los romanos, tiene una inscripción que puede leerse así:

Res.....	publica.
Er.....	igere.
Vo.....	luntate.
Ir.....	rigandum.

Dos días después, Carlos Weiss recibía la cartita siguiente: «El adjunto del Ayuntamiento J. B. Tournesy pretende que ha explicado usted mal la piedra, pues lo que hay escrito en ella es: *Reservoir*.»

La desgracia del sabio matemático Miguel Chasles (1793-1880), engañado por el falsario Vrain-Lucas, es de las más curiosas que se han visto. Cartas de Arquímedes a Geronte, de Alcibíades a Pericles, de Alejandro el Grande a Aristóteles, de Cleopatra a Julio César, de la Magdalena a Lázaro, de Carlomagno a Alcuino, un salvoconducto de Vercingétorix, etc., no se encuentran todos los días. Pues 27.345 documentos de esta clase, atribuídos a 660 personajes, Anacreonte, Atila,

Augusto, Belisario, Clodoveo, Santa Genoveva, Esquilo, Fredegunda, Hipócrates, Hugo Capeto, San Juan, Judas Iscariote, Mahoma, Meroveo, Juvenal, Nerón, Ovidio, San Pablo, San Pedro, Platón, Plutarco, Poncio Pilatos, Safo, Séneca, Sócrates, etc., son para volver el juicio al más indiferente coleccionista de autógrafos. Y Miguel Chasles se las tragaba todas, compartiendo su error sabios tan ilustres e historiadores tan concienzudos como Saye, Elías de Beaumont, Balard, Thiers, etc. Ocho años duró la mistificación, y Lucas llegó a sacar a Chasles por sus falsos autógrafos 140.000 francos; era una mina. Todas las cartas están escritas en francés; los caracteres de la escritura están imitados groseramente de escrituras antiguas. Para fabricar las cartas de Carlomagno y de sus contemporáneos el falsario escribía en los caracteres alargados propios de aquella época, y el depósito de documentos de que se servía Vrain Lucas estaba en la Abadía de Tours, enriquecida por Alcuino; Rabelais había sacado copias y hecho multitud de traducciones de los documentos reunidos por Alcuino, y de él pasaron a los Du Bellay y más tarde a la colección del intendente Foucault, adquirida últimamente por la familia de Bois Jourdain. Como se ve, la trama estaba bien preparada, y Vrain Lucas tiene derecho a la celebridad por el tesoro de habilidad que hubo de derrochar en sus falsificaciones. Se proporcionaba papel de fabricación antigua, y ennegreciéndolo con el humo de la lámpara, enrojeciéndolo al fuego o empapándolo en agua salada después de escribir en él, le daba la apariencia que debía tener, modificando también el color de la tinta por varios procedimientos.

El texto de aquellos documentos era también curioso. He aquí dos de aquellas misivas:

«*Cleopatra, reyna, a su mucho amado Julio César, emperador.*—Mi amadísimo: Nuestro hijo Cesarion va bien. Espero que pronto se hallará en estado de soportar el viaje de aquí a Marsella, donde tengo propósito de hacerle instruir, tanto a causa del buen aire que allí se respira, como de las bellas cosas que

allí se enseñan. Os ruego, pues, me digáis cuánto tiempo permaneceréis todavía en esas comarcas, pues yo misma quiero conducir a vuestro hijo y suplicaros por tal ocasión. Esto es deciros, amadísimo mío, el contento que siento cuando me hallo cerca de vos. Y entretanto, pido a los dioses que os tengan en consideración.—El XI Marzo, año de Roma VCCIX.—CLEOPATRA.»

«*María Magdalena a su muy amado Lázaro.*—Mi amadísimo hermano: Lo que mandas a decir de Pedro, el apóstol de nuestro dulce Jesús, me hace esperar que pronto le veremos aquí, y me dispongo a recibirle bien. Nuestra hermana Marta se alegra también. Su salud es muy vacilante, y temo su muerte; por eso la recomiendo a tus buenas oraciones. Las buenas muchachas que han venido a ponerse bajo nuestra égida son admirables para nosotros. Esto es decirte, mi amadísimo hermano, que nuestra estancia en estas comarcas de la Galia nos es muy agradable, que no tenemos ganas de dejarla, como algunos de nuestros amigos nos lo proponen. ¿No te parece que aquellos galos que se decían naciones bárbaras no lo son, ni mucho menos, y que, a juzgar por lo que ya sabemos de ellos, debe ser de allí de donde ha debido salir la luz de las ciencias? No diré nada más, sino que tengo gran deseo de verte, y rogamos a Nuestro Señor que te tenga en gracia.—Este X Junio XLVI.—MAGDALENA.»

Claro es, que los anacronismos y los tropezones de todas clases abundaban en estas epístolás. Así, Newton tenía sólo once años cuando se suponía que Pascal le escribía, hablándole de las leyes de la atracción y del equilibrio. Una cuestión de patriotismo es la que abrió los ojos a Chasles, derribando todo el andamiaje de Vrain-Lucas. Este tenía todavía, en 1869, tres mil documentos que entregar, y como tenía que fabricarlos, se retrasaba en la entrega. Chasles tuvo un miedo horrible de que aquellos preciosos documentos pasaran al extranjero, e hizo vigilar a Lucas por la policía, y entonces se descubrió que no había tal tesoro ni tal colección Bois-Jourdain, y

que hasta aquel mismo conde era un cuento. El falsario fue preso, y no tardó en confesar sus fraudes, siendo condenado a dos años de cárcel y 500 francos de multa. En cuanto al gran geómetra Miguel Chasles, es hoy más conocido por esta épica mistificación que por todos sus cálculos.

CRITICA

Con motivo del Diccionario Standard de la lengua inglesa.—Un asiduo y entusiasta lector de La España Moderna nos remite *El Mercurio de Antofagasta* (Chile), llamándonos la atención sobre un artículo de Mont-Calm, acerca de *El último Diccionario de la Lengua inglesa.*

Mont-Calm está entusiasmado con la riqueza del vocabulario inglés, revelada por ese *Diccionario*, en el que se catalogan 450.000 palabras, después de eliminar otras 250.000 de carácter técnico o dudoso. Como, a juzgar por los mejores diccionarios conocidos, el alemán tiene 150.000 palabras, el francés 210.000, el ruso 140.000, el italiano 140.000 y el español 120.000; resulta demostrado, según Mont-Calm, que el inglés es el idioma más rico, y el castellano el más pobre de los idiomas cultos.

No se fíe demasiado Mont-Calm de esas estadísticas sabias. ¿Cuántos idiomas y dialectos hay en el mundo? Las enciclopedias dan 3.424, de los que corresponden 1.624 a América, 937 al Asia, 587 a Europa, y 276 al Africa. Estos son cálculos caprichosos y nada más: ni América (díganlo las recientes exploraciones y descubrimientos de Roosevelt), ni Asia (véanse los trabajos y exploraciones del duque de los Abruzos), ni menos Africa, son suficientemente conocidas para poderse asegurar nada positivo sobre cosa tan sujeta a rectificaciones como el número de lenguas que en ellas se hablan. Pero aun en Europa misma, ¿quién dice que se hablan 587 idiomas y dialectos? ¿Qué diferencia por de pronto hay entre el dialecto y el idioma?

Todavía no estamos de acuerdo los que en esas cuestiones podemos tener voto. Yo sostengo que del dialecto al idioma no hay más distancia que la establecida por la preponderancia política; el portugués, como el gallego, era sencillamente un dialecto de la Península ibérica en tiempos de Felipe III, y se convirtió en idioma al hacerse Portugal independiente, adoptando el portugués como lengua nacional; el holandés no pasaría de un dialecto alemán, si Holanda no formara un cuerpo de nación. Pero, aun dentro de este criterio, ¿qué hacemos con el vascuence? ¿Lo podemos considerar como dialecto? No, porque un dialecto supone otros dialectos, y una lengua, madre o hermana más afortunada de los mismos; y ¿cuál es en España ni en Francia la madre del vasco ni la hermana privilegiada? No existe lazo de familia entre el francés o el castellano con el vascuence, y hay que llamar al vasco idioma o lengua, aunque no lo hable oficialmente ninguna nación. Sobre la categoría política que suprime y aumenta lenguas (el portugués, el albanés, el servio, etc.), está la categoría científica, que asigna un valor intrínseco y propio, independiente de toda fluctuación política, al lenguaje (el vasco, el polaco, el lituano). Ya ve Mont-Calm cómo nos atascamos desde el planteamiento mismo del problema, y que no es tan fácil como parece contar por los dedos las lenguas y dialectos hablados en el mundo. Aun sin salir de España, ¿qué dialectos tenemos en la Península? El castellano, elevado a idioma; el gallego, hermano del portugués, y el catalán, hermano del provenzal; pero ¿y los dialectos castellanos, como el cántabro, el leonés, el andaluz, el aragonés, el extremeño y el murciano? ¿Y los dialectos gallegos, como el ferrolano, el vigués y el orensano? ¿Y los dialectos catalanes, como el mallorquín, el menorquín, el tarraconense y el gerundense? ¿Y los dialectos limítrofes, como el astur (cántabro-galaico), y las hablas pirenaico-aragonesas tan bien estudiadas por Costa? De que se tomen o no en cuenta estas variantes, y eso depende del concepto que tenga cada cual, resulta un cómputo enteramente distinto de lenguas y

dialectos peninsulares. Y si esto sucede en país tan conocido como España, ¿qué será en tantas y tantas regiones inexploradas o exploradas por profanos en lingüística, como hay en el mundo?

Pues tan sujeto a errores como ese cómputo es el del número de palabras de cada lengua. Apriorísticamente no hay razón para que el inglés sea más rico que el francés ni que el castellano. El inglés es una lengua híbrida, es la mula de las lenguas cultas; no tiene nada propio: toma del normando, dialecto francés; toma del sajón, dialecto alemán, y completa su léxico con préstamos celtas; lengua de un país que ha tenido la fortuna de contar con grandes estadistas y hábiles diplomáticos, se ha extendido a grandes territorios, y tiene asegurado su porvenir en la América del Norte y en Australia; donde tiene que luchar con civilizaciones hechas y con lenguas de gran historia, como en la India y en Egipto, desaparecerá, más pronto o más tarde, irremisiblemente. No hay razón, repito, para que el inglés sea lengua más rica que el castellano ni el francés. Lo que ocurre es que en Francia y en España padecemos el mal de nuestras Academias, corporaciones que debieran ser centros de estudio, de análisis, crítica y selección de todo vocablo nuevo, aportado por el vulgo o por los sabios, recogido del habla popular o de los libros, depurado y catalogado después de severo examen, y no son sino asilos de gente política, incompetente, indocta, inhábil y sin tiempo que dedicar a la absorbente tarea de la crítica lingüística; de ahí esos diccionarios ñoños, arcaicos, incompletos, pobres, indignos por todos conceptos de una corporación sabia y laboriosa; esos diccionarios matan las iniciativas individuales, y nadie tiene el heroísmo de acometer la magna empresa de elaborar otros con elementos propios, ni aun con la base obligada de los ya existentes; se hacen, sí, pero parafraseando o glosando el de las Academias. En Alemania y en Inglaterra, esas empresas son acometidas con ardor, con beneficio y con gloria, por casas editoriales fuertes o por asociaciones de in-

vestigadores que apuran las cosas, y de ahí esa supuesta mayor riqueza de términos, y esos diccionarios como la *Enciclopedia Britanica*, el *Léxicon* de Meyer, o este nuevo diccionario *Standard*, escrito por 380 especialistas, bajo la dirección de Frank, Thomas y Vizitelly.

No; ni el alemán ni el inglés son más ricos que el castellano; las raíces del alemán (véase el Dicionario Schuster-Regnier) son pocas; lo que hay es que el alemán tiene ese gran poder de composición o aglutinación al que nada se resiste, y que le permite dar expresión a todos los matices de una idea con palabras definiciones, o con voces-retratos que en nuestras lenguas, más analíticas, nos obligan a una perífrasis. El inglés no tiene ni eso; toma de aquí, toma de allá, se lo apropia todo desfigurándolo, en lo hablado o en lo escrito (de *Haus house*, de *tabaco tobaco*), y así arma su léxico. Si nosotros catalogáramos todas las voces con que contamos, rebasaríamos con mucho el vocabulario inglés. Si los escritores españoles imitaran a Navarro Ledesma, no en lo de desenterrar arcaísmos solamente, sino en lo de sacar al castellano todo el jugo que tiene, es seguro que ninguna de las lenguas cultas nos aventajaría en riqueza de palabras expresivas, sugestivas y pintorescas.

Los americanos precisamente pueden hacer mucho en este camino; más libres de prejuicios que nosotros, tienen menos trabas para la formación y adopción de neologismos. Pero es preciso que sientan el castellano para no caer en barbarismos ni en solecismos tan corrientes en los escritores de Ultramar. Es cuestión de gusto que se adquiere poniendo cuidado en los comienzos, pues luego fluye la frase con limpidez sin esos chafarrinones que tanto afean el habla.

Repasando el artículo de Mont-Calm en este otro aspecto, y prescindiendo de torpezas de puntuación, achacables quizá a la imprenta, nos encontramos con vocablos como *controlar* y *endumentado* que son inadmisibles, no sólo por ser voces bárbaras, sino porque maldita la falta que nos hacen teniendo en

castellano otras que expresan mejor lo que se quiere decir: «Un hombre bien educado puede *controlar* de 30 a 35.000 palabras», dice Mont-Calm. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que puede *emplear* o usar? ¿Que puede *conocer?* ¿Que puede *registrar?* Pues que lo diga como sea. Ese *controlar* no sólo es un barbarismo, sino que no tiene sentido en la frase de que forma parte; el *contrôler* francés, de donde sale ese *controlar*, es *intervenir*, *registrar*, *inspeccionar*, pero no se usa en la acepción que le da Mont-Calm. En cuanto al *endumentado* es un *palabro* que pone los pelos de punta. «Un libro *endumentado* de palabras nobles!» ¡Válganos Dios! ¿No podía decirse *adornado*, *exornado*, *repleto*, *vestido*, *enriquecido*, *engalanado*, *alhajado*, y qué sé yo cuántas cosas más, que dijeran en castellano más o menos rimbombante lo que se quiere decir? ¡Eso sí que es pobreza de vocablos! Pero no tome Mont-Calm por pobreza de la lengua castellana lo que es, más que pobreza, pereza y desidia suya.

Y puestos en vena de crítica, huya Mont Calm del empleo del *un*, *una* y del pronombre de tercera persona, con la frecuencia completamente galiparlante con que lo usa y que tan arrastrada y chabacana hacen la expresión: «Personalmente nosotros experimentamos *un* agrado ante *una* expresión desconocida, pues *ella* nos pone en el camino de *un* nuevo conocimiento, muchas veces de *una* nueva noción.» Eso no es hablar castellano; eso es mal traducir del francés. Dígase: «Personalmente sentimos agrado ante expresiones desconocidas, pues nos ponen en camino de nuevos conocimientos», y así se ahorra tinta, se economiza papel y se da mayor soltura al pensamiento y a la expresión. ¡Y sobre todo, se habla en castellano aceptable! ¡Y no se enfade por esta leccioncita el Sr. Mont-Calm, ni se imagine que por escribir desde Nueva York a sus lectores de Antofagasta está autorizado para estropear nuestra hermosa y rica lengua castellana! ¡Harto padece la infeliz con los que la estropean por acá!

GRAFOLOGÍA

Retratos grafológicos.—Uno de los mas distinguidos cultivadores de la grafología en Francia, P. de Rougemont, publica en el *Mercure de France* los retratos grafológicos de Enrique de Régnier, Pedro-Luis, Mauricio Mæterlinck, Pablo Adam, la Sra. Colette Willy y Juan Rictus.

Rougemont dice que para coger bien una personalidad hay que simpatizar con ella; y así como un pintor que siente la figura que pinta, saca de ella un retrato más vivo y más parecido que cuando trabaja en un retrato cuyo original le es desagradable, así el grafólogo necesita simpatizar con la personalidad retratada, es decir, con su letra, para que el retrato le salga bien. No cabe, pues, completa imparcialidad en estos retratos; pero no hay duda que, bien recogidos los datos de todos los rasgos perceptibles, se obtendrá un parecido aceptable.

Las bases científicas de la grafología han sido establecidas por J. Crépieux-Jamin, que ha reemplazado el método demasiado intuitivo de Michon por otro más deductivo y más flexible. La grafología, que en sus comienzos fue una rama del ocultismo, con la quiromancia, la astrología, la cartomancia y la fisiognomonía, se ha convertido ya en una especie de ciencia psicofisiológica. Considera la escritura como una serie de gestecitos fijos en el papel, y trata de establecer, por la experiencia y el raciocinio, la relación existente entre esos gestos y los hábitos del cerebro de donde emanan; los movimientos provocados están bajo la estrecha dependencia de los músculos, que a su vez están bajo el dominio del sistema nervioso. Se concibe, pues, que los movimientos gráficos son sincrónicos con las tendencias y temperamento de quien los provoca: un exuberante no gesticula como un tímido; un pensamiento rápido deformará las letras para disminuir el retraso de la escritura en relación con la ideación; un espíritu lento trazará cuidadosamente caracteres aprendidos con rasgos numerosos e

inútiles, que retrasan el movimiento gráfico. Esta serie de observaciones frecuentemente recogidas, metódicamente agrupadas y cuidadosamente analizadas y contrastadas, constituyen la grafología moderna, ciencia psicológica, a la que no puede exigirse el rigor de las matemáticas, pues los mismos gestos pueden tener sentido diferente, según la persona que los haga. La grafología científica no tiene la pretensión de revelar el porvenir ni de descubrir el pasado; no dice «este hombre es un asesino o un ladrón», pero puede consignar que en aquel hombre hay tendencias al robo o al crimen. No profetiza, pero previene, y frecuentemente desenmascara; los que más pueden temerla son los hipócritas.

Los grandes principios en que descansa la grafología, tales como los ha establecido Crépieux Jamin, son los siguientes: «Se busca la significación de un rasgo de escritura, considerándolo como un movimiento fisiológico, y poniéndolo en relación de extensión, de constancia y de energía con el movimiento psicológico correspondiente. No hay signos particulares e independientes. No hay más que signos generales, cuyos modos son diversos. Se precisa el sentido de un modo de los signos generales, relacionándolo con su tronco y adaptando la significación de éste a las condiciones del medio en que el modo se manifiesta. Los signos, como los sentimientos, se modifican unos a otros.»

Con un trabajo delicado de reflexión, de medida y de comparación llega el grafólogo a dar a los signos su traducción exacta, estableciendo constantemente, al relatar su estudio del carácter, una serie de referencias, de las que saca lo que llama resultantes. Por ejemplo: encuentra líneas serpentinas en una escritura, y por otra parte ve signos de inteligencia activa, y de ahí deduce como resultado la flexibilidad de espíritu, el trabajo intenso del cerebro; pero observa esas mismas líneas en un grafismo que denota inteligencia inferior, y obtiene como resultante la mentira. Estas resultantes son las que dan los matices del carácter y las que permiten al grafólogo sim-

pátizar con el autor de una carta y sorprender las tendencias más íntimas de su individualidad. La ciencia de las resultantes se adquiere por el ejercicio metódico, la reflexión paciente y la disciplina del sentido psicológico, que no es, en suma, sino un poder de simpatía disciplinado. Con todas sus dificultades, la grafología obtiene resultados que dejan estupefactos a los escépticos. En una información científicamente dispuesta y llena de tropiezos para los grafólogos mal servidos por documentos demasiado cortos, el tanto por ciento de las respuestas exactas ha llegado al 95 por 100.

Veamos ahora los retratos hechos por Rougemont, y la manera de obtenerlos. Rougemont establece primero los signos dominantes de la escritura, fijando su interpretación; pasa luego a los secundarios, y, relacionando unos y otros, obtiene las resultantes de las que saca el retrato.

ESCRITURA DE ENRIQUE DE RÉGNIER

Dominantes.

Pastosa	Energía, sensualismo.
Lenta y distinguida	Reserva, prudencia.
Vertical	Reserva, frialdad, energía.
Ordenada	Orden, gusto, arte.
Simple	Simplicidad, franqueza.
Redonda	Dulzura, gracia.
Descendente	Depresión, tristeza.
Armoniosa	Arte, equilibrio.
Sobreelevada y subrayante	Orgullo.
Media	Moderación.
Líneas apretadas	Parsimonia.
Simplificada	Cultura.

Secundarias.

Finales rectilíneos	Sentido de lo justo.
Mayúscula separada	Reserva.
Recta, a veces inclinada	Movimiento de ternura.
Margen izquierda metida	Nerviosidad, actividad.
Palabras cortadas en menos rasgos que sílabas	Razón.

Punto y acento colocados altos.....	Idealismo.
Puntuación descuidada.....	Negligencia.
Minúsculas agrandadas.....	Imaginación.
Firma lejos del texto.....	Reserva, frialdad.
Firma en medio del papel.....	Prudencia.
Firma sin rúbrica.....	Simplicidad.
Firma muy legible y graciosa.....	Arte, franqueza.

Resultantes.

Inteligencia, sensibilidad, energía.....	Bondad.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Abnegación.
Orgullo, sensibilidad, benevolencia....	Protección.
Imaginación, sensibilidad.....	Inspiración.
Imaginación, sensibilidad, inteligencia.	Gracia en el espíritu.
Imaginación, sentimiento, arte.....	Admiración por lo bello.
Imaginación, sentimiento, lealtad.....	Admiración por lo verdadero.
Imaginación, aturdimiento.....	Ligereza.
Imaginación, prudencia.....	Desconfianza.
Propiedad, arreglo, superioridad.....	Arte, claridad.
Ornamentación, superioridad.....	Gracia.
Ornamentación, imaginación.....	Fantasía.
Inteligencia, calma.....	Perseverancia.
Inteligencia, firmeza.....	Constancia.

El retrato que de estos datos saca Rougemont es el siguiente: «Enrique de Régnier es una de esas naturalezas raras en todos tiempos y, sobre todo, en nuestra época, que merecen el nombre de aristócrata. Régnier no será, pues, simpático a todos. Es distinguido, de amabilidad condescendiente y digna, sin petulancia, pero algo frío; los que no gustan de esa gran distinción conservada como dón precioso, le hallarán glacial, altanero y fatuo. De gran corrección de modales, de lentitud, de gestos, digna, que sería acompasada si no tuviese tanta dulzura y gracia aliada a la discreción, siempre de cortesía mesurada, algo solemne, Enrique de Régnier se muestra el mismo con todos y siempre. Conservará, hasta para con los que le han herido, una actitud siempre escrupulosamente cortés y digna. Es de constancia admirable y el análisis de su escritura revela

cualidades morales de gran elevación. Se le podrá tratar mucho tiempo sin avanzar en su intimidad. Antes de ligarse y sin apartarse de su cortesanía, permanece frente a los demás en benévola expectativa. Muy prudente y hasta desconfiado, no por naturaleza sino por la experiencia, se liga cada vez menos fácilmente; pero no se ha hecho misántropo, y si no es cordial es afable. A pesar de su frialdad aparente, es sensible, y si no tierno, por lo menos afectuoso y capaz de esas amistades duraderas formadas de estimación, de simpatía y de lealtad, cimentadas por la razón. No es ciertamente un apasionado; los sentimientos se implantan en él lentamente, pero echan raíces vigorosas. Dotado de gran sentido de lo justo, admirando todo lo verdadero, probo, es extremadamente moderado en sus juicios y no tendrá ni amistades, ni odios violentos y exclusivos. Apunta bien una tendencia combativa y se percibe la empuñadura de una espada, pero es una espada que no debe salir nunca de la vaina.

»En la naturaleza de Régnier está el ser reservado en acciones y en palabras. No es expresivo, sino sincero y discreto, y cuando tiene la impresión de habérselas con un hombre honrado, podrá hacerse confiado. Se puede absolutamente contar con su palabra. Su integridad es absoluta. En Régnier no hay necesidad imperiosa de sacrificio; no tratamos con un apóstol, no se las echa de filántropo; su alma es digna y sencillamente deseosa de vivir en buena inteligencia con los buenos, de proteger un poco y de gozar de la vida que en el fondo es triste. Es un melancólico; su pesimismo se traduce por cierto abandono que, por otra parte, se liga muy bien con su gracia distinguida. Es un abandono vigilado; no descuida las cosas esenciales, pero desprecia algo los detalles. La voluntad se desinteresa a veces de la acción; reduce el esfuerzo al mínimum, y su potencia está aminorada por el descuido. Es, sin embargo, una energía flexible, bien medida, capaz de esfuerzo y quizá no la deje dormitar sino porque sabe que no ha de embotarse. La inteligencia es activa, sobre todo, ponderada, razonable, lógi-

ca. Régnier concibe y luego deduce tranquila y rigurosamente; la intuición precede a la lógica. Tiene imaginación sin extravagancia; su espíritu está cultivado; va derecho a su fin, y carece un poco de agilidad y de atención en el detalle. Tiene mucha gracia, y su inspiración es siempre distinguida, pero también demasiado sujeta a una razón tiránica y reservada. Tiene el gusto innato de todo lo que es claro, sencillo, gracioso, sin gazmoñería. El idealismo en él se liga con la razón y tiene un sentido muy real de los goces de la tierra.

»Notemos, al terminar, que aunque sea muy difícil predecir la ocupación de un hombre que puede no corresponder a sus tendencias, se puede notar frecuentemente que la costumbre de escribir versos da a las líneas cierta regularidad que hace que una carta se parezca a un poema. Así, de la suya se hubiera podido inferir que los dones estéticos de Régnier le llevaban a la poesía, pero no hubiéramos podido adivinar que era un novelista.»

¡Ya es deducir de cuatro líneas de una carta! De los demás retratos de Rougemont vamos a dar únicamente los signos dominantes y secundarios y las resultantes de los mismos, dejando los retratos para que los hagan nuestros lectores. Si alguno de éstos fuera aficionado a la grafología o competente en ella, recibiríamos con gusto el retrato o retratos que pudiera deducir de esas notas, para tener la curiosidad de confrontarlos con los hechos por Rougemont, y estudiar sus coincidencias y discrepancias.

ESCRITURA DE PEDRO LUIS

Dominantes.

Lenta y distinguida.....	Cálculo, reserva, prudencia.
Demasiado redondeada.....	Molicie.
Adornada.....	Gracia, alegría.
Graciosa.....	Dulzura, gracia, arte.
Complicada.....	Vanidad, efectismo.
Original.....	Jactancia, originalidad.
Grande.....	Orgullo, grandes aspiraciones.

Junta	Parsimonia.
Clara	Cultura.
Legible	Franqueza.
Pastosa	Sensualismo.
Ascendente	Actividad.
De igual altura	Franqueza, constancia.
Ordenada	Orden.
Recta y luego inclinada	Frialdad aparente.

Secundarias.

Barra de *t* fuerte, inconstante, baja	Esfuerzo voluntario, relajado.
Palabras cortadas en más rasgos que sílabas	Idealismo, intuición.
Letras generalmente cerradas por abajo.	Reserva, agilidad moral.
Firma original y graciosa	Originalidad, jactancia.
Firma seguida de un punto	Desconfianza.
Firma de la que se cae la *y*	Fatiga.
Puntuación cuidada	Orden.

Resultantes.

Ornamentación, superioridad	Gracia, fantasía, arte.
Arreglo, superioridad	Claridad.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Bondad.
Orgullo, sensibilidad, benevolencia	Espíritu protector.
Imaginación, sensibilidad	Inspiración.
Imaginación, inteligencia	Gracia en el espíritu.
Imaginación, sentido estético	Admiración por lo bello.
Imaginación, prudencia	Desconfianza.
Imaginación, molicie	Contemplación.
Alegría, ardor	Entusiasmo.

ESCRITURA DE MAURICIO MAETERLINCK

Dominantes.

Muy pastosa	Sensualismo, glotonería, temperamento poderoso.
Muy inclinada	Ternura viva.
Muy redonda	Dulzura, malicia.
Muy clara	Limpieza, claridad, cultura.
Simplificada	Cultura, actividad.
Natural	Simplicidad, franqueza.

Sobreelevada	Orgullo.
Espaciada	Seguridad, generosidad.
Sobria	Moderación, discreción.
Descendente	Tristeza, depresión.
Muy igual	Constancia, rectitud.
Muy ligada	Lógica.
Gladiolada	Finura.

Secundarias.

Lineas espaciadas y oprimidas	Sensibilidad turbada.
Barra de *t* alta	Despotismo.
Barra de *t* fuerte, corta, irregular, inconstante	Voluntad fuerte, esfuerzo inconstante.
Letras enrolladas	Egoísmo.
Menos separaciones que sílabas	Razón.
Mayúsculas y rasgos altos muy bajos	Humildad, disimulo.
Letras *o* y *a* abiertas	Franqueza y luego reserva.
Punto pastoso en el comienzo de las letras	Deseo de adquirir.
Puntuación cuidada	Atención.
Punto de la *i* a derecha y espeso	Espíritu investigador.
Firma junto al texto y a la derecha	Abordo fácil, ardor.
Mayúscula no ligada	Reserva.
Supresión de rúbrica	Simplicidad.

Resultantes.

Natural, simplicidad	Franqueza.
Lealtad, inteligencia	Justicia.
Sensibilidad, egoísmo	Celos.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Abnegación.
Inteligencia, sensibilidad, largueza	Generosidad.
Imaginación, sensibilidad	Inspiración.
Imaginación, arte	Admiración por lo bello.
Imaginación, molicie	Fantasía
Inteligencia, espíritu tranquilo	Perseverancia.
Dulzura, benevolencia, inteligencia	Amabilidad.
Inteligencia, calma, constancia	Paciencia.
Vivacidad, imaginación, gran fuerza	Violencia.

ESCRITURA DE PABLO ADAM

Dominantes.

Muy movida	Imaginación, vivacidad.
Ascendente	Ardor, actividad.
Muy rápida	Gran actividad.
Muy ligada	Enlace en las ideas.
Barras y acentos ligados	Asimilación, eclectismo.
Muy limpia	Cultura, actividad.
En relieve	Cultura, limpieza.
Muy clara	Gran claridad.
Confusa por exceso de rapidez	Confusión por precipitación.
Muy natural	Simplicidad, franqueza.
Moderadamente redondeada	Dulzura.
Espaciada	Generosidad, confort, claridad.
Gladiolada	Sentido crítico.
Inclinada	Ternura.
Retocada	Necesidad de claridad, cortesía.
Muy desigual	Gran sensibilidad.

Secundarias.

Palabras que caen al fin de las líneas	Fatiga.
Largas finales	Generosidad, largueza.
Finales rectilíneas	Sentido de lo justo.
Barra de *t* inconstante	Esfuerzo inconstante.
Barra de *t* larga	Esfuerzo inconsiderado.
Palabras separadas por sílabas	Realización.
a y *o* muy abiertas o bien cerradas	Expansión y reserva.
Puntuación cuidada	Atención.
Falta de puntos en la *i*	Aturdimiento.
Firma legible y simple	Sencillez.

Resultantes.

Sinceridad, franqueza, energía, inteligencia	Rectitud.
Sensibilidad, imaginación viva	Pasión, inspiración.
Sensibilidad, inteligencia, benevolencia	Abnegación.
Sensibilidad, inteligencia, largueza	Generosidad.
Imaginación, sentimiento, arte	Admiración por lo bello.
Imaginación, sentimiento, lealtad	Admiración por lo verdadero.
Imaginación, sentimiento, delicadeza	Admiración por lo delicado.

Imaginación, aturdimiento, ardor.....	Empresas aventuradas.
Inteligencia, dulzura, benevolencia....	Amabilidad.
Susceptibilidad, vivacidad, imaginación.	Sentimiento vengativo.
Asimilación, actividad, superioridad...	Curiosidad intelectual.
Vivacidad, energía.....	Mando.

ESCRITURA DE LA SEÑORA COLETTE WILLY

Dominantes.

Rápida.....	Actividad, cultura.
Muy limpia.....	Cultura.
Muy clara.....	Gran claridad de espíritu.
Simple.....	Simplicidad, franqueza.
Natural.....	Franqueza, rectitud.
Desigualdades numerosas.....	Muy gran sensibilidad.
Simplificada	Actividad, cultura.
Tipográfica	Gusto, arte.
Grandes mayúsculas.....	Orgullo.
Moderadamente angulosa.....	Firmeza.
Moderadamente redondeada.....	Dulzura, gracia.
Ligera y limpia.....	Delicadeza, sensibilidad.
Movida.....	Imaginación, alegría.
Armoniosa.....	Equilibrio.
Espaciada	Generosidad, confort, lucidez.
Moderadamente ascendente.....	Ardor.
Serpentina.....	Flexibilidad de espíritu.
Ligada	Lógica.

Secundarias.

Líneas que suben y luego bajan.....	Disgusto.
Margen de izquierda desigual.....	Movilidad de impresiones.
Barra de *t* ascendente.....	Pleitista.
Barra de *t* alta.....	Despotismo.
Barra de *t* doble.....	Prudencia.
Barra de *t* adelante.....	Iniciativa.
Barra de *t* fina, larga, regular, constante.	Esfuerzo perseverante.
a y *o* cerradas.....	Reserva.
Acentos y puntos olvidados.....	Idealismo, distracciones.
Firma lejos del texto.....	Soledad.
Firma descendente.....	Desaliento.
Firma a la derecha.....	Fogosidad.

Firma simple	Simplicidad.
Firma de inicial ensanchada	Vanidad.
Rúbrica descendente	Independencia.

Resultantes.

Sensibilidad, imaginación	Pasión.
Sensibilidad, egoísmo	Envidia.
Sensibilidad, inteligencia, bondad	Ternura.
Sensibilidad, inteligencia, benevolencia.	Abnegación.
Sensibilidad, largueza	Generosidad.
Imaginación, vanidad	Jactancia, mentira.
Imaginación, vivacidad	Entusiasmo.
Firmeza, ardor	Decisión.
Asimilación, actividad, superioridad	Curiosidad intelectual.

ESCRITURA DE JUAN RICTUS

Dominantes.

Muy en relieve	Sensualidad, energía.
Muy limpia	Cultura, energía.
Clara	Claridad de espíritu.
Simple	Simplicidad.
Natural	Franqueza.
Desigual	Sensibilidad.
Pastosa	Sensualismo, energía.
Vertical	Dominio de sí mismo.
Ascendente	Ardor, actividad.
Redonda	Dulzura, alegría, molicie.
Lenta	Cálculo, reserva, prudencia.
Tipográfica	Cultura, arte.
Igual a sí misma	Constancia.
Ligada	Lógica.

Secundarias.

Palabras grandes y pequeñas	Gran emotividad.
Puntos espesos, superfluos	Molestias respiratorias.
Rasgos entre las frases	Claridad, prudencia.
Barra de *t* fuerte, corta, irregular, constante	Voluntad firme, pero que se doblega.
Letras arrolladas	Egoísmo.

Palabras separadas en menos rasgos que sílabas.....	Razón, realización.
Panzas hinchadas.....	Imaginación.
Firma simple junto al texto.....	Sencillez, aborde fácil.
Firma en medio de la línea..	Prudencia.
Firma muy legible.....	Lealtad.
Letras abiertas por arriba.....	Expansión, franqueza.

Resultantes.

Inteligencia, sensibilidad, bondad.....	Ternura.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Abnegación.
Sensibilidad, imaginación.....	Inspiración.
Imaginación, sentimiento, ardor.....	Admiración entusiasta.
Imaginación, prudencia.....	Desconfianza.
Inteligencia, calma.....	Perseverancia.
Inteligencia, dulzura, benevolencia....	Amabilidad.
Vivacidad, gran fuerza de imaginación.	Violencia.
Asimilación, actividad, superioridad...	Curiosidad intelectual.
Firmeza, tenacidad.....	Resistencia.
Imaginación, resistencia.....	Valor.
Firmeza, energía.....	Terquedad.
Alegría, ardor.....	Entusiasmo.
Alegría, causticidad.....	Burla.

Reservamos para otra ocasión la crítica de estos análisis, especialmente de las *resultantes*, y estimaremos el envío de los retratos grafológicos que se dignen trazar los aficionados con vista de las notas apuntadas.

PEDAGOGÍA

La enseñanza de la música por el método Montessori.— Tras el método Tacchella para la enseñanza de la Gramática, dando vida a las palabras, y asignándolas funciones humanas de señores, heraldos, etc., viene ahora el método Montessori, aplicado a la enseñanza de la música por la señorita Chassevant.

Esta excelente educadora parte de la observación de que

los niños tienen el sentido natural del ritmo, educado por los ejercicios escolares de la marcha acompasada y del canto. El niño se resiste en su tierna edad al empleo de términos técnicos, y cuenta principalmente para toda asimilación de conocimientos con la imaginación. La señorita Chassevant aprovecha esas dotes naturales, y saca de ellas el mejor partido: en lugar del difícil grafismo musical, se vale, según dice Saint-Aubin, en *La Revue*, de instrumentos y aparatos de su invención que constituyen un material tan sugestivo como manejable. Así logra resultados maravillosos con niños de ocho a diez años.

El aula es un salón con un piano, un caballete para los diagramas o cuadros simbólicos, y una mesa. En esta mesa está lo que la Chassevant llama su «compositor de música», y lo es efectivamente, pues puede compararse al de los impresores; es como un trofeo formado por discos metálicos ovales, del tamaño de un grano de trigo, de tres colores: negro para las notas simples, rojo para los bemoles y azul para los sostenidos; cada cual lleva una ranurita para que éntre en el alambre que le corresponda, y que figura las líneas del pentagrama; sólo representan sonidos sin relación con su duración o medida. Para figurar los valores de tiempo hay redondas, blancas y negras, corcheas y semicorcheas; todo ello lo figuran pajaritos en distintas posturas, de efecto sugestivo y pintoresco; la cola de la blanca tiene un pulgar de largo. El sistema del compositor se completa con otras piezas que representan los signos de las claves: sostenidos y bemoles, silencios, suspiros, trémolos, etc.

En la mesa hay, además, varias tiras de papel engomado, cruzadas por las líneas del pentagrama. Los niños, con todo este material, transcriben la música con rapidez sorprendente. Como los caracteres son movibles, los niños pueden valerse de ambas manos, y el profesor puede rectificar en el acto cualquier error. Así se obtiene una imagen musical que entra por los ojos al mismo tiempo que los sonidos hieren el oído; la re-

lación entre los sonidos y su transcripción se establece espontáneamente, y el niño aprende a solfear y a transcribir el canto simultánea y rápidamente.

La señorita Chassevant, para hacer comprender a sus alumnos el compás, les cuenta la historia siguiente: «La señora doña Medida, que vivía en una espléndida casa rodeada de hermoso jardín, se desolaba de no tener pájaros. Compró una gran jaula con cuatro perchas, y adquirió pájaros de diferentes especies. Los dos primeros son grandes pájaros redondos, que vuelan lentamente, y ocupan su puesto en la más baja de las perchas; los dos siguientes vuelan dos veces más aprisa que los primeros, y se colocan en la segunda percha; los otros ocho se lanzan con la mayor velocidad, y se ponen en la percha más elevada. La velocidad con que estos pájaros entran en la jaula está tan exactamente arreglada, que el último de cada grupo llega a su sitio en el mismo instante en que el gorrión de la percha más baja se instala en la barrita inferior.

»Al día siguiente por la mañana, doña Medida descubre que tres pájaros se han volado. En su lugar se encuentran pequeños signos (los silencios). Los fugitivos se encuentran en un árbol, cuyas ramas figuran las barras del pentagrama o de la pauta, y aseguran a la señora Medida que volverán a ocupar su puesto en la jaula...» Y así sigue todo un cuento de hadas, gracias al cual los niños aprenden sin sentir los diferentes valores de las notas y sus pausas correspondientes.

Desde las primeras lecciones, los alumnos marcan el compás como si siguieran el batir de las alas de los pájaros rápido o lento. Más tarde, su profesor les da por tarea dibujar el famoso árbol de ramas extendidas y rectas como las líneas del pentagrama, y en el que vienen a posarse los pájaros-notas.

La aplicación de este método, divertido y práctico, ha permitido hacer varias observaciones sobre las aptitudes musicales de los niños. Los mejores modelos para la enseñanza de la música, como para aprender a hablar, son los mismos niños entre sí. Un niño retiene mejor una melodía cantada por otro niño,

que cantada por una persona mayor o tocada por un instrumento. De ahí la conveniencia de que sean varios niños los que den lección simultáneamente. Por otra parte, puede afirmarse que cuando un niño canta falso, sin acertar a reproducir una frase musical, es debido, más bien a una imperfección de su aparato vocal que a un defecto de su oído. Los niños que dan notas falsas escriben correctamente lo que no aciertan a cantar, y hasta es general que esos niños de vocalización defectuosa sean los más hábiles en transcribir el canto que se les dicta.

Aparte de las ventajas del método Montessori por la rápidez y la seducción, se obtiene otro resultado pedagógico no despreciable: los niños saben escuchar y educan su atención; aprenden a concentrar su inteligencia en lo que escuchan, y son así materia dispuesta para todo otro linaje de estudios.

IMPRESIONES Y NOTAS

El emperador del Brasil y Víctor Hugo.—Luis Guilaine ha publicado en *Le Temps* un trozo del diario inédito de Víctor Hugo, en el que se relata la entrevista del último emperador del Brasil, el simpático Don Pedro I, con el gran poeta francés. Dice así:

«22 Mayo 1877.—Nueve de la mañana.—Visita del emperador del Brasil; ha visto en una mesa *El arte de ser abuelo*. Se lo he ofrecido y he cogido una pluma; entonces me dijo:—«¿Qué va usted a poner?—Dos nombres, le respondí: el vuestro y el mío.—Nada más, me contestó; iba a pedírselo a usted.—Y yo escribí: *A D. Pedro de Alcántara.—Víctor Hugo.*—¿Y la fecha?, me preguntó.—22 Mayo 1877, añadí.—Y él me dijo:—Quisiera uno de vuestros dibujos.—Había allí una vista del castillo de Viandem. Se la di. Don Pedro me dijo:—Uno de estos días vendré a pediros de comer.—El día que gustéis, le dije, seréis el bienvenido.» Colmó de caricias a Jorge y a Juana.

»Al entrar me dijo:—«Tranquilizadme; soy un poco tímido.»

Hablando de los reyes y de los emperadores, dice: «Mis colegas.» Un momento habló de sus derechos, pero en seguida rectificó: «Yo no tengo derechos, no tengo más que un poder debido al azar. Debo emplearlo para el bien, el progreso y la libertad.» Cuando entró Juana, me dijo: «Tengo una ambición: dignaos presentarme a la señorita Juana.» Yo dije a Juana: «Juana, te presento al emperador del Brasil.» Juana se limitó a decirme a media voz: «No tiene traje.» El emperador la dijo: «Dadme un beso, señorita.» Ella presentó su mejilla. El añadió: «Pero, Juana, échame tus brazos en torno de mi cuello.» Juana le estrechó en sus bracitos.

Me pidió su fotografía y la mía y me prometió la suya. Me ha dejado a las once. Me ha hablado de un modo tan grave y tan inteligente, que al separarnos le he dicho: «Señor, sois un *gran ciudadano*.» Un detalle más: al presentarle a Jorge, le dije: «Señor, presento mi nieto a Vuestra Majestad.» El dijo a Jorge: «Hijo mío, aquí no hay más que una majestad: la de Víctor Hugo.»

* * *

El Decálogo japonés.—En el *Japan Daly Mail* encontramos los Mandamientos de Dios de los nipones. Son diez, como los de Moisés, y los niños los recitan en las escuelas como una lección cantada, que así graban mejor en su memoria.

Dicen así:

«1.° El fundamento de todas las virtudes es la lealtad; hay que honrar con profunda veneración la Augusta persona del Mikado y servir a nuestro país con abnegación incesante.

2.° Hay que rodear a los padres de serios cuidados, recordando siempre su amor y su afecto.

3.° Hermanos y hermanas, como miembros de una misma familia, deben amarse unos a otros, viviendo unidos y en paz.

4.° Cada cual debe trabajar por el bien de los demás, alentar el bien, desalentar el mal, tratar igualmente a los extraños y a los amigos.

5.° El principio del conocimiento es la abstención de la mentira; sed, pues, circunspectos y reprendéos unos a otros.

6.° Estudiando el pasado, se comprende el presente; alimentad, pues, la pasión del embellecimiento intelectual y moral.

7.° Mirando a los afligidos, mostradles simpatía y compasión en cuanto esté en vuestro poder.

8.° Se dice que la enfermedad entra por la boca; velad, pues, con cuidado sobre lo que coméis y bebéis.

9.° Conservad siempre una noble ambición y un espíritu elevado, aun cuando las circunstancias os coloquen en puestos bajos y vuestra vida sea oscura.

10.° Tened cuidado de observar fielmente los preceptos de nuestros antepasados por el honor de la familia y del país.

*
* *

La leche y la tuberculosis.—Roberto Mond, agricultor y químico inglés de nota, plantea con sus experimentos, sus observaciones y sus conclusiones, un problema de gran alcance práctico: «¿Conviene el empleo de la leche esterilizada en la alimentación humana?» Mond se declara resueltamente por la negativa, y sostiene que el uso de esa leche es altamente nocivo, llegando a producir la tuberculosis.

Después de repetidos experimentos, Mond se ha fijado en que, por regla general, la leche de las vacas tuberculosas no transmite la enfermedad al hombre, y la leche esterilizada o condensada en la alimentación de los niños constituye un verdadero peligro, porque predispone a la infección tuberculosa. Según Mond, las numerosas investigaciones hechas han demostrado que la tuberculosis rarísimamente proviene de infecciones del tubo digestivo; por consiguiente, no puede resultar de la ingestión de leche; lo corriente es que se presente por las vías bronquiales. Los niños nutridos con leche de vacas tísicas permanecieron inmunes; cosa natural, sentadas las premisas

anteriores. Lo que no se explica bien es que la leche esterilizada produzca luego la tuberculosis. ¿Es que la esterilizada no entra por las mismas vías que la tuberculosa? ¿Por qué, pues, una ha de producir la tisis y la otra no? O se busca otra teoría o, aceptada la inmunidad del tubo digestivo, no se comprenden los hechos recogidos por Mond.

Los experimentos más importantes de Mond son los hechos en el hospital de niños de su fundación, en la plaza Vincent, de Londres. Gran número de ellos, alimentados exclusivamente de leche esterilizada o condensada, fueron atacados de tuberculosis bovina; los que lograban resistir, quedaban flacos y asimilaban mal. Se entró en sospechas; se dió leche esterilizada a seis gatitos, y todos murieron dentro de los quince días. Mond quiso hacer la contraprueba, y experimentó en sí mismo, poniéndose a régimen de leche tuberculosa no esterilizada, y no sólo no sufrió nada, sino que engordó. De aquí su conclusión: «No alimentéis a los niños con leche esterilizada, a menos de que la añadáis algo de crema fresca, que contiene parte de los bacilos necesarios para la nutrición.»

La cosa merece estudiarse. Contra el experimento de Mond, yo tengo el hecho por mí mismo hace dos años: seis gatitos, hijos de una gata de Angora que no los podía criar, fueron alimentados con leche hervida o esterilizada, hace dos años, y todos ellos se criaron robustos y viven perfectamente. El hecho que importa estudiar es si la leche privada de sus microbios normales pierde o no sus cualidades nutritivas; eso sí podría suceder, y vale la pena de averiguarlo.

*
* *

Electrocutar.—Desde que en los Estados Unidos se estableció la ejecución de los reos de muerte por la electricidad, se admitieron las palabras *electrocutar* y *electrocución*, ya empezadas a emplear para las desgracias ocasionadas por el empleo de la electricidad industrial, como términos corrientes.

¿Está bien formada esa palabra? Claro es que por aquello del empeño del uso, *jus et norma loquendi*, los términos en cuestión pasarán al habla nacional en cuanto se generalicen. Pero hoy por hoy, todavía estamos a tiempo de rectificarlos, si a ello hubiese lugar.

El clasicismo, o, mejor dicho, la recta aplicación de los principios neológicos, exige, para las voces que se relacionan con la idea de *matar* o *muerte violenta*, el afijo *cidio* para los sustantivos y *cidar* para los verbos: *homi-cidio*, *sui-cidio*, *infanti-cidio*, etc. Pero en estos casos el sufijo marca la idea de muerte conforme a su valor originario, y la voz anterior indica la víctima de esa muerte: *infanti-cidio* = *muerte violenta de un niño*, o, mejor aún, *dada a un niño*. En el nuevo caso, no se trata del término de la acción del verbo, de la persona *a quien* se mata, sino del modo, del procedimiento empleado para matar, y por eso no podemos decir *electricidio* ni *electricidar*, pues esto querría decir *muerte de lo eléctrico*, y no es eso lo que se quiere decir, sino *muerte por la electricidad*, *matar eléctricamente*.

Hay, pues, que prescindir de la formación ya consagrada y clásica. Pero ¿está bien esa nueva formación de *electrocutar*? ¿No sería preferible decir *electroccidar*? Hay entre *electrocutar* y *ejecutar* una analogía fonética que despierta la idea de *ejecutar por la electricidad* al oír la palabra *electrocutar*. Pero, ¿es esa relación material, burda y grosera, bastante para que se admita el término que la establece? El caso nos parece discutible, y lo sometemos a los redactores del nuevo Diccionario, para que, bien pesado el pro y el contra, lo resuelvan.

*
* *

Mambrú se fué a la guerra.—Según una información de Jorge Wade, en el *Chamber's Journal*, la canción del Mambrú es la más popular del mundo; todos los pueblos la conocen; todos la cantan con la misma música, y la letra es también la

misma, con las ligeras variantes impuestas por el material lingüístico.

A tal extremo llega la popularidad y la generalización de la canción del Mambrú, que no ya sólo ingleses, franceses, españoles y austriacos, que tienen motivos para que el famoso general haya dejado memoria de sus idas y venidas en la historia de sus guerras internacionales, sino hasta los mismos árabes la cantan, aplicando las notas del Mambrú a uno de sus más vulgarizados cantos populares, el «Vu-ela metta yerjaya lail».

FERNANDO ARAUJO

204

ÍNDICE

Págs.

Nuevas orientaciones de la Historia, por Juan Ruiz de Obregón Retortillo 5

Guía del buen decir, por Juan B. Selva 18

Los retablos leonardescos de Valencia, por Carlos Justi 34

Las Reinas de la España antigua, por Martín Hume. 48

El discípulo traidor, por Leónidas Andreief 80

La Reina Gobernadora, por Carlos Cambronero 105

Santiago de Compostela, por Emilio Baumann 118

Relaciones existentes entre la Real Academia de la Lengua y la alta aristocracia española, por Francisco Fernández de Béthencourt 130

La América Moderna, por Vicente Gay 154

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 169

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 308.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

EL POETA FRANCISCO ZEA

(SU VIDA Y SUS OBRAS)

SUMARIO.—Importancia literaria de este autor.—Vivió a mediados del siglo pasado.—Los hechos de su vida relatados por el ilustre escritor Castro y Serrano.—Poetas favoritos de Zea, que le sirvieron de modelo.—Comparte su tiempo entre las lecciones de esgrima y la lectura de los clásicos.—La tertulia literaria de un café.—Muere el padre de Zea.—Situación precaria del hijo.—Dificultades con que tropieza para procurarse recursos.—Le faltaba a veces papel y tinta, a causa de su extremada pobreza.—La desgracia le persigue, y su madre es procesada y presa.—Amarguras que experimentó con tal motivo.—Tiene Zea una esposa modelo que le consuela en sus aflicciones.—Zea, empleado y luego cesante y vuelto a reponer.—Muerte del poeta.—Peticiones de los literatos más notables para socorrer a su familia.—Se publican las obras de este escritor en muy lujoso volumen, a expensas del Estado.—Sus poesías líricas de extraordinario mérito.—Ejemplos de algunas de ellas.—La mejor de todas es la oda titulada *Inspiración*.—No fue escritor festivo.—Su prosa es castiza y correctísima.—*Yo en venta*.—Títulos que enaltecen a Zea.—Palabras de Castelar.—Un héroe del trabajo y un mártir del infortunio.

Uno de los poetas españoles que llamaron con verdadero fundamento la atención pública a mediados del siglo anterior, y se hallan injustamente olvidados, a pesar del indiscutible mérito de sus producciones, es Francisco Zea, cuya celebridad ha sido abrillantada por el cúmulo de sus desventuras, tan grandes y continuas como inmerecidas. Debe por lo mismo evocarse su perdida memoria, y que se consignen, siquiera sea

brevemente, algunos episodios de su accidentada vida, y se presente alguna muestra de sus producciones.

Por el triste privilegio de la edad, le conocí en los ya lejanos días de los albores de mi razón, y por haber oído leer algunas de sus producciones en mi infancia, adquirí de él, desde luego, el elevado concepto que merecía.

Pero la relación de los hechos más salientes de su vida la hizo el ilustre escritor Castro y Serrano (uno de los mejores prosistas que ha tenido nuestro idioma), en el brillante discurso necrológico que pronunció en una velada que se dedicó a honrar la memoria de este poeta.

Hace ya muchos años, puesto que fue el 10 de Agosto de 1857, ocho días después de la muerte del vate, se reunieron en la tertulia del notable literato Sr. Cruzada Villámil gran número de jóvenes escritores, muchos de ellos que han sido glorias nacionales, tanto en la literatura como en la política. En aquella reunión, el Sr. Castro y Serrano leyó un discurso necrológico, diciendo que iba a celebrar el único Oficio de difuntos que podía otorgarse a un escritor pobre, pues Francisco Zea bajó al sepulcro a los treinta y un años, habiendo sido su existencia una inacabable cadena de infortunios.

Nació en Madrid, el 2 de Abril de 1825 (en la calle de la Abada), día en que la Iglesia conmemora a San Francisco de Paula. Fue en aquella época en que la política de represalias ensangrentó las páginas de nuestra Historia, y donde reinaba un exagerado espíritu de intolerancia de ideas que había de convertirse en terribles luchas fratricidas.

El padre de Zea (D. Faustino) era maestro de armas, y deseó que su hijo siguiera esta profesión. Pero tenía instintiva y natural repugnancia a ese trabajo guerrero, siendo sus decididas aficiones a la poesía y a las letras.

Los momentos de que podía disponer libremente desde su infancia los dedicaba por completo a la lectura de sus poetas favoritos, que eran Fray Luis de León, Fernando de Herrera y Garcilaso. Así es que sus primeros versos eran tranquilos y

apacibles, llenos de melancólica dulzura, en los que se reflejaba el estilo del maestro, que se propuso por modelo y era objeto de sus juveniles entusiasmos.

Estudió la segunda enseñanza en el Instituto de San Isidro, y una vez adquirida la general cultura que en este período de educación se recibe, dedicóse, a pesar suyo, al manejo de las armas, y, meditabundo y triste, compartía su tiempo entre el estudio de los clásicos, las lecciones de esgrima y el trato con sus amigos, con los cuales podía departir libremente y expresar la integridad de sus pensamientos.

En el año 1846 había en Madrid, en un modesto café, una reunión literaria, a la que concurrían los jóvenes de más porvenir y algunos escritores que habían de dar a su patria, en lo futuro, verdaderos días de gloria. Con sólo citar sus nombres, puede adquirirse idea de lo que aquella reunión significaba. Llamábanse los que la formaban: Eulogio Florentino Sanz, Antonio Trueba, Ventura Ruiz Aguilera, Antonio Cánovas del Castillo, Adelardo López Ayala, Luis de Eguílaz, Luis Mariano de Larra (el hijo de Fígaro), Manuel Fernández y González, Eduardo Asquerino, Antonio Hurtado, Ceferino Suárez Bravo, Rafael Gálvez Amandi y otros varios que, como casi todos los citados, han sido glorias nacionales.

Nadie presentaba a nadie en aquella reunión. Al recién llegado se le recibía con afabilidad y se le atendía, más o menos, según sus condiciones. Allí concurrió Zea, y tardó muy poco en ocupar uno de los primeros lugares de aquella tertulia, por sus propios méritos, pues su talento y sus trabajos literarios le abrieron paso inmediatamente, a pesar de su modestia, adquiriendo en aquel conjunto de jóvenes el concepto y la consideración que realmente merecía.

Pero cuando empezó a darse a conocer por haber publicado con buen éxito algunas de sus producciones, perdió a su padre, y desde aquel instante puede decirse que no gozó de tranquilidad, y fue tal el cúmulo de infortunios que le acaecieron, que el resto de su vida lo constituyó una agonía de diez años.

Encontróse a la cabeza de su casa en completa ruina, y con una madre anciana y enferma a quien sostener. Tuvo que olvidarse de los versos en un país, como dice uno de sus biógrafos, en que desgraciadamente nadie los quiere ni de balde.

Se dedicó entonces a la profesión de su padre, con la esperanza de obtener por ese camino algún resultado práctico que pudiera allegarle los recursos indispensables para el sostén de su familia. Pero la fama y la clientela que tenía el autor de sus días murieron con él, pues no poseía, ni con mucho, el hijo las dotes de tirador y la destreza que reunía el padre. Así es que vinieron a rodearle, acto continuo, la escasez y la miseria con todos sus horrores.

Y aquel inspirado vate, llena su mente de ilusiones y fantasías, se le observaba, con las marcadas huellas del sufrimiento en los ojos, ir a dar lecciones de esgrima a los sargentos de un escuadrón, como único y exclusivo recurso que le quedaba.

Además, su honradez y sinceridad eran un obstáculo, y hacían cada vez más difícil el encontrar recursos con que vivir. Manifestaba a todo el mundo que no servía para nada, que carecía en absoluto de aptitudes para todo, para la ciencia, la industria, el comercio y las artes, con lo cual, ya se sabe que no podía esperar más que la miseria y la desesperación, en una época en que todo el mundo dice que sirve para todo.

Llegó su pobreza a tal extremo, que muchas veces le faltaban recursos hasta para comprar papel y tinta con que trabajar. Por eso, muchas veces, no podía consignar por escrito los pensamientos que brotaban de su cerebro con fecundidad pasmosa, aun cuando no acertaba a cantar, porque las armonías del verso, como las de la música, pueden ser hijas del sentimiento, pero nunca de la desesperación, porque el poeta, para comunicar a sus ideas las galas del arte, necesita cierta tranquilidad y placidez de espíritu de que no gozaba aquel desdichado.

Pero la desgracia no dejaba de cernerse sobre la frente del poeta, y era con él implacable y feroz. Su madre, bondadosísi-

ma y caritativa señora, por hacer un favor a una familia que creyó honrada, estampó su firma en un documento que la comprometía, sin calcular las responsabilidades de tal acto. La consecuencia de esto fue un proceso y una prisión, que vinieron a sumir en la amargura a una familia, después de infinita serie de disgustos. Su aflicción fue inmensa al ver a su pobre madre confundida en una cárcel con las mujeres más criminales. Al fin, después de un largo calvario y de haber practicado multitud de gestiones en las cuales le auxiliaron algunos de sus amigos y compañeros literatos, que ocupaban importantes puestos en la política, donde se hizo ver la inocencia de aquella señora, que sólo por un acto caritativo e insconciente, era víctima de aquel infortunio, pudo conseguir el indulto, aunque ya resintiéndose profundamente su salud y comenzando los preludios de la enfermedad que había de acabar sus días.

En medio de sus desventuras, tuvo la fortuna de que la Providencia le deparara una esposa bonísima, modelo por todos conceptos de honradez y de cariño, que ayudó cuanto pudo al desgraciado poeta a sobrellevar sus desgracias, le consoló en sus aflicciones contribuyendo a endulzar su existencia y a llevar con resignación sus contrariedades, siendo aquella criatura angelical, muchas veces, la que contribuyó a serenar su espíritu y a tranquilizar aquel ánimo abatido por el dolor.

Fue nombrado Zea oficial del Ministerio de la Gobernación, cuyo destino lo debió al Sr. Ríos Rosas, favorecedor decidido de los escritores. Pero los frecuentes cambios políticos de nuestro país produjeron en breve la caída de aquel Ministerio, y acto continuo la cesantía del poeta. Tuvo que recorrer nuevo calvario y sufrir no pocos disgustos hasta que consiguió la reposición. Pero poco después murió, más bien que de la fiebre tifoidea (que diagnosticó la ciencia como su enfermedad última), de los padecimientos morales de su atribulado espíritu, en el que parece que la desgracia se cebaba de un modo implacable.

El poeta Ventura Ruiz Aguilera, su amigo del alma, fue

el confidente íntimo de su juventud y el que recogió su postrer suspiro. También le asistieron con el cariño de hermanos sus compañeros Gálvez, Amandi y Coupigny.

Se le iba a enterrar de limosna y a depositar en la fosa común; pero en el Ministerio de la Gobernación facilitaron los medios para tributarle un sepelio decoroso, aunque modesto. Fue enterrado en un nicho del Cementerio de la Sacramental de San Martín (hoy ya clausurada), y en la lápida que le cierra sólo se lee esta inscripción: Francisco Zea.

A los muy pocos días tuvo lugar la reunión de escritores en casa del Sr. Cruzada Villamil, y la lectura del sentido trabajo de Castro y Serrano, de que se ha hecho mención, en que ponían de manifiesto los más culminantes hechos de aquella vida, que había durado poco más de seis lustros, y que en tan corto tiempo adquirió verdadera celebridad.

Las elocuentes palabras del ilustre biógrafo de Zea motivaron que acto continuo se procurara que de aquella reunión resultase algún provecho práctico para la madre y la esposa de aquel que habían visto salir muerto de su casa, dejándoles por única y exclusiva herencia un nombre que había alcanzado notoriedad por su talento y un recuerdo de profundo cariño.

Nombróse una Comisión, compuesta de los Sres. D. Pedro Calvo Asensio, D. Gregorio Cruzada Villamil, D. Antonio Flores, D. Juan de Coupigny, D. Julián Santín de Quevedo y el Sr. Marqués de Heredia, para que solicitaran de la Reina Doña Isabel II la concesión de una pension a la viuda del que había sido maestro de armas de la Real Casa, y obtuvieron de la regia munificencia la concesión de lo que se solicitaba, complaciéndose la Reina al concederla en el momento en que se hizo la petición.

Se designó también otra Comisión, compuesta de D. Ventura Ruiz Aguilera, compañero inseparable de Zea; D. Manuel Fernández y González, D. Eulogio Florentino Sanz, don Juan de la Rosa González, D. Pedro Antonio de Alarcón, don

Luis Mariano de Larra y D. José de Castro y Serrano, para que procediesen a buscar las obras de Zea, diseminadas en periódicos, revistas y folletos, y una vez ordenadas, solicitar que se publicasen reunidas, a expensas del Estado.

Se avistó la Comisión con el entonces Ministro de la Gobernación, Sr. Bermúdez de Castro, y accedió gustoso a dar las oportunas órdenes, para que en la Imprenta Nacional se verificase la publicación, en un tomo, de las obras en prosa y verso de Francisco Zea. El libro es un volumen en 8.° mayor, de 566 páginas, en una edición elegante, con el retrato del autor grabado en madera, resultando de un exacto parecido. Lleva como prólogo el discurso leído por Castro y Serrano en la reunión citada, y un epílogo de Eulogio Florentino Sanz. La totalidad de la edición fue regalada a la viuda del autor, y así se consigna, como propietaria de ella, en la primera página del libro, a D.ª Josefa Nombela de Zea.

Dedica sus obras a la memoria de Fray Luis de León y Fernando de Herrera, y la primera de las composiciones que se consigna en el libro es una oda que escribió Zea cuando tenía trece años. Produjo gran número de poesías líricas, entre las cuales descuellan las tituladas: *Inspiración, Luz del alba, Elegía a la luna, A Ramona, La soledad, Coplas, El miércoles de Ceniza, La oda a Cabrera, El día 1.° de Noviembre, Torres y campanas, La bandera, Una parodia de Calderón, A los mártires de 1808*, y la que titula *Esperanza del poeta*. Escribió cuatro poesías dramáticas, que fueron: *Una loa, La batalla de Clavijo, El diablo Alcalde* y *Maese Juan el espadero*.

También hizo algunos artículos en prosa, como los titulados: *Yo en venta, El amante callejero, Ripalda literario, La verbena de San Antonio*, y otros varios.

Indudablemente su obra de más mérito es la oda titulada *Inspiración*, en donde se ven los altos vuelos de su exuberante fantasía. Desde luego puede colocarse, sin desmerecer, al lado de las primeras composiciones de los más renombrados

poetas españoles. Puede juzgarse su valentía por estas brevísimas muestras:

«Dijo el incendio a la tormenta un día:
«Sígueme por doquiera;
yo iré soltando en la extensión vacía
mi roja cabellera.
¡Tiemble ese mundo; en mis robustos hombros
se asentará el infierno;
tiemble el olimpo; ascenderé entre asombros
al trono del Eterno!
Será mi manto su brillante alfombra,
su asiento mi ancha llama,
y su dosel mi pabellón de sombra
que el viento desparrama.»

.....

«Voy a surcar relampagueando el viento;
voy a incendiar los mares;
voy a sorber al grande firmamento
sus *pobres* luminares.»
«Mares de luz circundan tu cabeza
con fuego destellante;
para apagar su indómita braveza
un soplo me es bastante.»
«¡Sube, incendio voraz! ¡Yo te contemplo,
llega a mi en tu victoria!
¡Un paso más!—Te colgaré en mi templo
y alumbrarás mi gloria.»
«Bajo mi rico pabellón glorioso
el justo habrá morada;
arrullará su cándido reposo
la brisa perfumada.
Lleno de etérea pompa y hermosura
brotará inmenso un día,
y poblarán los vientos de dulzura
torrentes de armonía.»

De muy distinta índole son las siguientes coplas del mismo autor:

«Salieron a matarme
dos ojos negros:
parecióme que huían,
y eché tras ellos;
pero en los lazos
de unos cabellos rubios
quedé enredado.»
«¡Cómo ha dado al olvido
sus *quince,* madre!
¡Sólo porque soy niña
me lleva al baile!
¡Pues también suele
inflamarse en el horno
la leña verde!
Fueron mis pensamientos
¡pese a los males!
del color de la aurora,
dulces, suaves...
¡Mas, con el tiempo,
del color de la noche
se van volviendo!»

Los versos con que termina el libro se titulan *Esperanza del poeta,* y parece que está escrita para cerrar la colección de sus obras después de muerto. Son preciosos por su sentimentalismo y delicadeza. Citaré sólo algunos, como los siguientes:

«¡Leo en el porvenir!... Veo en la sombra
densa de mi fortuna,
valles de flores que me dan su alfombra,
cielos sin nube alguna.»
.....
«¡Yo no quiero pisar rudos abrojos,
surcar revueltos mares,
llanto verter de mis ardientes ojos,
sentir nuevos pesares!»
«Sé que en los campos de la vida brotan
más espinas que flores,

que el mar de sus delicias alborotan
vientos rebramadores.»
«Adiós, mundo falaz. ¡Tú que abandonas
a tus siervos más fieles;
adiós, gloria que amé, dulces coronas
de rosas y laureles!»
«Logré yo amarte allí, Laura hechicera,
sin inquietud ni duelo;
como adoran con ansia verdadera
mis hermanos del cielo!»
«¡Y en mi lecho de flores, agotando
celestes bienandanzas,
nunca más torne a alimentar, penando
recuerdos ni esperanzas!»

Sus trabajos en prosa fueron en menor número que las poesías. En el artículo titulado *Yo en venta*, puede decirse que se retrata a sí propio, pues va a venderse física y moralmente al Rastro, sin que encuentre quien le ofrezca nada; es una fotografía de la generación literaria a que Zea pertenecía, el grito de la inteligencia postergada y pobre, que lucha con tesón, pero con fuerzas desiguales, resultando vencida ante la indiferencia glacial de la sociedad en que vivía.

En los artículos titulados *Ripalda literario* y *A los fumadores en pena,* maneja la sátira admirablemente, y se leen con deleite, aun después de transcurridos tantos años desde que brotaron de la pluma de su autor, pues se ve en ellos raudales copiosos de ingenio, que regocijan en todo momento, y son siempre bellísimos y cincelados trozos de prosa castellana.

Firmó alguna vez sus escritos con los pseudónimos de *El Bachiller Sansón Carrasco* y *El Lazarillo de Tormes*, y no hizo obras festivas porque el estado de su ánimo distaba mucho de hallarse en condiciones de producir estos trabajos.

Podrían aplicársele, pues se hallaba en muy parecidas circunstancias a las del poeta Martínez Monroy, las frases que el gran Castelar dedicó a éste en el prólogo de sus poesías. Decía el primer poeta en prosa del siglo XIX, lo siguiente:

«¡Una vida! No la hay, no, en ese desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor que dura un día. Soñó, amó, cantó, murió. He aquí la existencia del joven que lloramos. Fue como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura inefable, de gloria sin mancilla, que nos prometen los primeros días de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente a nueva vida, y que se pierden y desvanecen al tocarlas, como desaparecen entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos.»

No puede sintetizarse de una manera más admirable y bella la vida del escritor que forma el objeto de este artículo.

Dos títulos principalmente enaltecen a Zea, y le hacen acreedor a la pública consideración y a que su nombre se coloque entre las glorias del parnaso español, y han sido su inspiración poética de primer orden y sus desventuras. Las luchas que mantuvo durante su vida, y en las cuales puede decirse que triunfó en fuerza de constancia y de fe, son verdaderas odiseas que le colocan en el catálogo de los héroes del trabajo y de los mártires de la fatalidad y del infortunio. Son motivos bastantes para evocar su grato recuerdo y decir a la generación actual que no lo ha conocido, la existencia de un modesto obrero de la inteligencia, que, en medio de la incesante lucha y los insuperables obstáculos que le salieron al paso, produjo interesantes obras, cuyo brillo y fragancia serán imperecederos.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

EL DISCÍPULO TRAIDOR

VII

Judas se había apropiado algunos dineros; descubrióse el hurto gracias a Tomás, que por casualidad había contado las monedas dadas por los fieles. Era legítimo suponer que aquel robo no era el primero; la indignación fue general. Pedro, en el mayor encolerizamiento, agarró a Judas y le llevó a Jesús, sin que el culpable, espantado y lívido, pensase en resistir.

—Aquí lo tienes, Maestro. Aquí está el ladrón. Pusiste la confianza en él, y nos roba nuestro dinero. ¡Ladrón! ¡Canalla! Si lo permites, vaya...

Pero Jesús guardó silencio. Pedro le miró con atención, luego enrojeció bruscamente y abrió la mano con que tenía agarrado a Judas por el cuello. Judas se arregló el ropaje, bizcó del lado del apóstol y tomó el aire humilde y abrumado del criminal arrepentido.

—¡Ah! está bien—exclamó Pedro irritado, y salió dando un portazo. También los otros discípulos estaban descontentos, y repetían que por nada del mundo consentirían en quedarse con Judas. Pero Juan reflexionó un instante, y se deslizó a la habitación contigua, en la que se escuchaba a través de la puerta la voz armoniosa y tierna de Jesús. Cuando, al cabo de

un momento, volvió, estaba pálido, y los ojos bajos parecían enrojecidos por lágrimas recientes:

—El Maestro ha dicho... El Maestro ha dicho que Judas podría coger tanto dinero como quisiera.

Pedro se rió irritado. Juan le lanzó una mirada de censura, pero de pronto se arrebató él también; sus lágrimas se mezclaron con su cólera, sus lloros con su entusiasmo, y proclamó con voz sonora:

—...«Nadie debe contar el dinero que recibe Judas. Es nuestro hermano, y el dinero de la caja es suyo tanto como nuestro; si necesita mucho, que coja mucho, sin decirlo ni pedir consejo a nadie. Judas es nuestro hermano, y le habéis ofendido gravemente.» Esto es lo que ha dicho el Maestro. Nosotros debemos avergonzarnos, hermanos.

Judas, pálido, con la cara contraída por una sonrisa, estaba en el umbral. Ligeramente, Juan se acercó a él y le besó tres veces. Santiago, Felipe y los demás, confusos todavía, siguieron el ejemplo; después de cada beso, Judas se limpiaba la boca; besaba a los discípulos ruidosamente, como si le agradase el chasquido de los labios. Pedro fue el último en acercarse.

—Todos somos imbéciles, todos somos ciegos, Judas; sólo Él ve, Él solo es sabio. ¿Puedo besarte?

—¿Por qué no? Bésame—asintió Judas.

Pedro le dió un sonoro beso, y le murmuró al oído:

—Casi te he ahogado hace un momento. Ellos no te han afrentado sino de palabra, yo he sido brutal, te agarré por el cuello. ¿Te he hecho daño?

—Un poco.

—Iré a ver al Maestro y le contaré todo. Porque también contra Él mismo me he encolerizado—añadió el apóstol con aire contrito, y se esforzó en abrir suavemente la puerta.

—¿Y tú, Tomás?—preguntó Juan con severidad a su compañero, que, impasible, observaba los actos de los discípulos.

—No sé todavía lo que debo hacer, quiero pensarlo.

Tomás meditó mucho tiempo; todo el día estuvo reflexionando. Los apóstoles habían ido a sus quehaceres; la voz de Pedro resonaba por los alrededores, vibrante y alegre; Tomás continuaba pensando. Sin duda hubiera decidido más pronto su opinión, si no fuese turbado por Judas, que le perseguía tenaz con su mirada irónica, y que gravemente, de vez en cuando, le preguntaba:

—¿Qué tal, Tomás? ¿Cómo van las cosas?

Fingiendo ignorar la presencia de su interlocutor, el Iscariote fué en seguida a buscar su caja, y se puso a contar el dinero haciendo sonar las monedas.

—Veintiuna, veintidós, veintitrés... Mira, Tomás, una moneda falsa. ¡Ah!, ¡qué tunantes hay! ¡Dar monedas falsas!... Veinticuatro... Y se dirá todavía que Judas ha robado... Veinticinco, veintiséis.

Anochecía ya cuando por fin Tomás se le acercó resueltamente, y le dijo:

—El Maestro tiene razón, Judas. Deja que te bese.

—¿De veras? Veintinueve, treinta... Es inútil... Robaré otra vez. Treinta y una...

—¿Cómo has de robar cuando no hay tuyo ni mío? Hermano, tomarás sencillamente lo que te haga falta.

—¡Has necesitado todo el día para llegar a repetir las palabras del Maestro! No sabes el valor del tiempo, prudente Tomás.

—Me parece que te burlas de mí, hermano.

—¡Piénsalo, Tomás! ¿Crees realmente que haces bien al repetir sus palabras? Porque El es quien ha dicho: «Ni tuyo ni mío», y no tú. El es quien me ha besado; vosotros no habéis hecho más que mancharme la boca. Ahora siento pegados a mi cara vuestros labios viscosos. Me repugna, mi buen Tomás... Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta. Cuarenta dineros, Tomás; ¿quieres contarlos?

—Es nuestro Maestro. ¿Por qué no repetir sus palabras?

—¿Está desnudo Judas? ¿No tiene ropa por la que se le pue-

da atrapar? ¡El Maestro se irá de casa! Judas, por casualidad, robará de nuevo tres dineros, ¿y no vendréis de nuevo a echarle mano al cuello?

—Ahora lo sabemos, Judas. Hemos comprendido.

—¿No tienen mala memoria todos los discípulos? ¿No han sido todos los maestros engañados por sus discípulos? En todas partes, el maestro alza su varita, y los discípulos gritan: «¡Sabemos la lección!» Y cuando el maestro se va a dormir, los discípulos dicen: «¿No es eso lo que nos ha enseñado?» Lo mismo ocurre aquí que en otras partes. Esta mañana me has llamado ladrón. Esta noche me llamas hermoso. ¿Cómo me llamarás mañana?

Judas se echó a reír. Levantó con una mano la pesada caja, y continuó:

—Cuando el viento sopla fuerte, esparce la basura. Los imbéciles exclaman: «¡Qué viento!» No es, sin embargo, sino basura, excrementos de burro, pisados, que no se han amontonado al pie de una pared. Mientras tanto el viento se va más lejos, se va más lejos, mi buen Tomás.

Con un ademán, Judas señaló el espacio al otro lado de la pared, y volvió a reirse.

—Me alegro de verte tan contento—repuso Tomás.—Pero es lamentable que haya tanta malignidad en tu alegría.

—¿Cómo no ha de estar alegre un hombre tan útil como soy y tan embarazado como estuve? Si no hubiese robado yo tres dineros, ¿cómo sería, Juan, el entusiasmo? ¿No es agradable ser el clavo en el que Juan cuelga su virtud llena de humildad, y Tomás su inteligencia roída por los mitos, para airear una y otra?

—Creo que lo mejor es que me vaya.

—Estoy de broma, mi buen Tomás, estoy de broma. Quisiera solamente saber si es verdad deseas besar al viejo Judas, a este vil ladrón que sustrajo tres dineros para dárselos a una prostituta.

—¿A una prostituta?—exclamó asombrado Tomás.—¿Se lo has dicho al Maestro?

—Vuelves a la duda, amigo mío. Sí, a una prostituta. ¡Pero si supieses lo desgraciada que era! Hacía dos días que no había comido nada.

—¿Estás bien seguro?—interrumpió Tomás, turbado.

—Sí. Estuve dos días con ella, y me di cuenta de que no comía nada; solamente bebía vino tinto. Así, que se caía de desfallecimiento, y yo me caí con ella.

Tomás se levantó, y cuando se hubo alejado unos pasos exclamó:

—En verdad, creo, Judas, que Satanás es el que te inspira.

Y mientras que se perdía en la penumbra crepuscular, oyó el sonido de la caja en manos del que acababa de dejar. Le pareció que con aquel sonido se mezclaba la risa del Iscariote.

VIII

Pero ya al día siguiente, Tomás se vió obligado a reconocer que se había engañado, al observar a Judas sencillo, bueno y grave al mismo tiempo. Ya no hacía gestos, ya no se entregaba a sus malignas bromas, no ultrajaba a nadie, sino que desempeñaba sus funciones de ecónomo silenciosamente y con impecable celo. Era tan hábil como antes: hubiérase dicho que no tenía dos piernas como todo el mundo, sino una docena de pies a su servicio; andaba suavemente, sin quejarse, y ya no se escuchaba la risa de hiena que solía acompañar a cada uno de sus actos. Cuando Jesús hablaba, Judas se sentaba en un rincón; cruzaba las manos, se recogía, y sus ojos tenían una mirada tan buena, que muchos lo notaron. Cesó igualmente de calumniar; guardaba silencio durante largas horas, hasta el punto de que el mismo severo Mateo juzgó posible dirigirle un cumplido, aplicándole estas palabras de Salomón:

«El insensato demuestra desprecio a su vecino, pero el hombre prudente guarda silencio.»

Y alzó el dedo, recordando así la anterior maledicencia de Judas. Pronto observó todo el mundo el cambio que se había operado en él, y todos se felicitaron. Sólo Jesús continuaba mirándole con aire lejano, pero sin demostrarle nunca hostilidad. El mismo Juan, a quien Judas respetaba profundamente ahora porque era el discípulo predilecto del Maestro y era el que había intercedido por el Iscariote en el asunto de los tres dineros, le trataba con alguna mayor indulgencia; a veces, hasta le dirigía la palabra.

—Judas—le preguntó un día, con aire condescendiente,—¿quién crees tú que será el primero al lado de Jesús en su reino celestial, Pedro o yo?

Judas reflexionó y contestó:

—Creo que serás tú.

—Pedro se imagina que será él—exclamó Juan con una sonrisa.

—No, porque al oír gritar a Pedro, se escaparán todos los ángeles. Oye cómo chilla. Ciertamente, tú y él discutiréis por quién ha de ser el que ocupe el primer puesto, porque también él asegura que ama a Jesús; pero él es ya bastante viejo y tú eres joven; él es pesado y tú corres de prisa; tú entrarás el primero con Cristo. ¿No es verdad?

—Sí, yo no abandonaré a Jesús—afirmó Juan.

El mismo día, Simón Pedro hizo a Judas la misma pregunta. Pero, de miedo que su vozarrón no llegase a otros oídos, llevó al Iscariote detrás de la casa, a un lugar apartado.

—¿Cuál es tu parecer?—preguntó Pedro con ansiedad.—Tú eres inteligente; el mismo Maestro ha alabado tu discernimiento; dime la verdad.

—Tú serás el primero, no lo dudes—contestó sin ningún titubeo Judas, y Pedro exclamó satisfecho:

—¡Bien lo decía yo!

—Pero ten la seguridad de que él tratará de quitarte el primer puesto.

—Evidentemente.

—Sin embargo, ¿qué podrá hacer, si tú ocupas ya ese puesto? Porque tú serás el primero en entrar con Jesús, ¿verdad? ¿No le dejarás solo? ¿No te ha bautizado Él, Pedro?

El apóstol puso la mano en el hombro de Judas y declaró con ardor:

—Te digo, Judas, que eres el más inteligente de todos nosotros. Pero ¿por qué te muestras tan sarcástico y tan malo? El Maestro se disgusta; si quisieras, podrías llegar a ser su discípulo preferido, tanto como Juan. Pero ni a ti ni a él cederé mi puesto al lado de Jesús, ni en la tierra ni en el cielo. ¿Lo oyes?

Y Pedro levantó el brazo en actitud amenazadora.

Así se esforzaba Judas en ser agradable a todo el mundo; sin embargo, a nadie comunicaba sus pensamientos secretos. Manteníase aparte, discreto y reservado, y cuando hablaba, sabía decir a cada cual lo que más le agradaba. Aprobaba en estos términos preciosos al buen Tomás:

—Los imbéciles creen cualquiera cosa; pero el sabio está atento a lo que mira.

A Mateo, inclinado a la gastronomía y que manifestaba cierta vergüenza por esta debilidad, citaba los proverbios del sabio Salomón, tan venerado por el apóstol:

«El justo come hasta saciarse; pero el vientre de los malos siente vacío.»

Poco a poco, sus palabras amables se hicieron también raras, lo que las confirió un valor particular y mayor todavía. Por lo general se callaba, escuchaba con atención todo lo que se decía y reflexionaba profundamente. Sin embargo, cuando meditaba, Judas tenía un aspecto risible y antipático, que inspiraba aversión, al mismo tiempo que espanto. Mientras que su ojo sano y astuto se movía, el hombre parecía sencillo y bueno; pero en cuanto su mirada se inmovilizaba y la piel de la frente bombeada se arrugaba y se contraía, adivinábase que muy raros pensamientos se agitaban bajo su cráneo, y esta idea era obsesionante para quien le observaba. Aquellos pen-

samientos desconocidos, que no podían formularse, envolvían en prolongado silencio y en misterio al Iscariote en meditación, y hubiérase preferido a esta enigmática actitud frases, gestos y hasta mentiras. Porque la misma mentira, traducida por las palabras del lenguaje humano, hubiera parecido verdad y luz en comparación de aquel mutismo profundo, sordo y sin eco.

—¿Estás sumido de nuevo en tus pensamientos, Judas?—gritaba Pedro;—y la voz clara que salía de su boca riente, en aquel rostro de contornos vigorosamente dibujados, desgarraba de repente la bruma taciturna de los ensueños de Judas, y los echaba no se sabía a qué rincón sombrío.

—¿En qué piensas?

—En muchas cosas—contestaba el Iscariote con apacible sonrisa.—Habiendo observado el mal efecto que aquella melancolía producía en sus compañeros, se alejaba más frecuentemente del círculo de los discípulos; daba largos paseos solitarios o bien se aislaba trepando al techo llano de la vivienda, donde se sentaba sin ruido. En varias ocasiones, Tomás había experimentado un vago terror al tropezar en la oscuridad con un obstáculo gríseo, del que salían de repente, al mismo tiempo que su voz chancera, los brazos y las piernas de Judas.

Sólo una vez, en el transcurso de una discusión a propósito de la atribución del primer puesto en el reino de los cielos, el Iscariote recordó de una manera clarísima y extraña al Judas de otros tiempos. Querellábanse Pedro y Juan, en presencia del Maestro, defendiendo con ardor sus respectivas prerrogativas; enumeraban sus títulos, medían el grandor de su amor a Cristo, se arrebataban, y, perdiendo toda circunspección, llegaron hasta injuriarse. La cólera ponía a Pedro amoratado y su voz tronaba; Juan, pálido y dueño de sí, tenía las manos temblorosas y sus frases brotaban agrias y mordientes. La disputa se hacía inconveniente, y el Maestro empezaba a fruncir el ceño, cuando Pedro, lanzando por casualidad una ojeada a Judas, se puso a reír con satisfacción; también Juan

miró al Iscariote y sonrió a su vez: ambos se habían acordado de lo que el astuto Judas les había dicho. Recreándose por adelantado con la alegría de una victoria inminente, tácitamente, los dos eligieron por juez a Judas, y Pedro exclamó:

—Dinos, Iscariote; dinos quién ha de ser el primero al lado de Jesús, si él o yo.

Pero Judas guardó silencio; respiraba con dificultad, y sus ojos interrogaron apasionadamente a los ojos azules y tranquilos de Jesús.

—Sí—asintió Juan en tono condescendiente;—dile quién ha de ser el primero junto a Jesús.

Sin apartar su mirada de los ojos del Salvador, Judas se levantó lentamente, y contestó con voz sorda y grave:

—¡Yo!

Jesús bajó los párpados. Y, golpeándose el pecho con su dedo huesudo, el Iscariote repitió, triunfante y severo:

—Yo; yo seré el primero al lado de Jesús.

Y salió. Ante aquella insolencia, los discípulos se habían callado; de pronto, como si hubiera recordado algo, Pedro murmuró bruscamente a Tomás:

—¡Ah! Eso es lo que pensaba... ¿Has comprendido?

IX

Precisamente por aquella época dió Judas el primer paso decisivo hacia la traición: fué, a escondidas, a casa de Anás, el sumo sacerdote. Recibiéronle muy fríamente; sin turbarse, pidió una audiencia, que concluyeron por concederle. A solas con el sumo sacerdote, anciano seco y austero que, desdeñosamente, le miraba por bajo de sus párpados colgantes, contó que él, Judas, era un piadoso israelita, hecho discípulo del Nazareno Jesús con el solo fin de confundir al impostor y entregarle en manos de las autoridades.

—¿Quién es ese Nazareno?—preguntó Anás, con desprecio, y fingiendo oír por primera vez el nombre de Jesús.

Judas hizo como que creía en la sorprendente ignorancia del gran sacerdote, y, con muchos detalles, le habló de las predicaciones del Maestro, de sus milagros, del odio que el Nazareno profesaba contra los fariseos y contra el templo, de sus constantes violaciones de la ley, y, en fin, del gran deseo que abrigaba Jesús: arrancar el poder a los eclesiásticos y crear un nuevo reino. Y Judas supo mezclar tan artísticamente la verdad con la mentira, que Anás le consideró con mayor atención y le dijo con voz indolente:

—¡Hay tantos impostores y tantos insensatos de esos en Judea!

—No como El; es un hombre peligroso—contestó Judas con vehemencia.—Viola la ley. Y es preferible que un solo hombre perezca antes que todo el pueblo.

Anás hizo un signo de aprobación con la cabeza.

—Pero tiene, a lo que creo, muchos discípulos.

—Sí, muchos.

—Y le aman, sin duda, profundamente.

—Sí; afirman que le aman más que a sí mismos.

—¿No tomarán su defensa si queremos apoderarnos de El? ¿No provocarán una revuelta?

Judas lanzó una carcajada maligna.

—¿Ellos? ¿Unos perros cobardes que huyen en cuanto se baja uno para coger una piedra? ¿Rebelarse ellos?

—¿Son verdaderamente tan viles?—preguntó fríamente el sacerdote.

—No son los seres viles los que huyen; al contrario, son los buenos los que corren para escapar de los malos. Los discípulos son buenas personas, y por eso huirán. Son bonachones, y por esta razón se ocultarán. Son excelentes personas, y por esta razón no volverán hasta que haya que enterrar a Jesús... Porque ellos mismos le enterrarán; tú no tienes más que ordenar su suplicio.

—Pero, sin embargo, le aman; tú mismo lo has dicho.

—Los discípulos quieren siempre a su Maestro; pero más le

quieren muerto que vivo. Si el Maestro vive, puede interrogarles, para saber si se han aprendido la lección; si no la saben, son castigados. Pero, muerto el Maestro, son ellos maestros a su vez, y entonces son otros los castigados.

Anás examinó al traidor con penetrante mirada, y sus labios secos se crisparon: era como sonreía.

—Por lo que veo, te han ofendido.

—Nada se te puede ocultar, sabio y perspicaz sacerdote sumo. Has penetrado en el corazón mismo de Judas. Sí, han ofendido al pobre Judas. Han dicho que les había robado tres dineros. ¡Como si Judas no fuese el hombre más honrado de todo Israel!

Y durante largo rato todavía continuaron hablando de Jesús, de sus discípulos, de su nefasta influencia en el pueblo; pero Anás, prudente y astuto, no dió respuesta definitiva. Hacía tiempo que vigilaba al Nazareno y a sus discípulos, y la suerte del profeta de Galilea hacía tiempo también que estaba decidida en los secretos conciliábulos celebrados en casa de Anás con sus partidarios, los jefes y los saduceos. Pero el Pontífice no tenía confianza en Judas, a quien conocía de fama por un embustero y un depravado, y no compartía su confianza en la cobardía de sus discípulos y del pueblo. Anás estaba seguro de su propio poder, pero temía una efusión de sangre; tenía miedo de un motín amenazador; porque los habitantes de Jerusalén eran indóciles, prontos a la cólera; temía, en fin, la intervención brutal de las autoridades romanas. La persecución no serviría sino para aumentar el número de los adherentes de la secta, nueva tierra fertilizada por la sangre bermeja del pueblo que vivifica todo lo que riega; concluiría tal vez por ahogar al mismo sacerdote y sus amigos. Y al ir por segunda vez el Iscariote a casa de Anás, éste, perplejo, no le recibió. Pero Judas insistió, y se presentó por tercera, por cuarta vez, importuno y tenaz, como el viento que noche y día golpea en la puerta cerrada y sopla por las rendijas.

—Veo que el sabio Pontífice tiene miedo de algo—insinuó

Judas, cuando el gran sacerdote consintió al fin en dejarle entrar de nuevo.

—Soy muy poderoso para tener miedo de nada—contestó Anás con altivez. (El Iscariote le saludó servilmente extendiendo las manos.) ¿Qué quieres?

—Quiero entregar al Nazareno.

—No lo necesitamos.

Judas se inclinó y esperó, la mirada fija con sumisión en su orgulloso interlocutor.

—Vete.

—Pero volveré, ¿no es verdad, noble amo?

—No te dejarán entrar, vete.

Otra y otra vez, el Iscariote llegó a llamar a la puerta, y el anciano le recibió. Irascible y preocupado, el Pontífice examinaba al traidor silenciosamente; hubiérase dicho que contaba los pelos del cráneo deforme de Judas. Este se callaba igualmente, como si contase a su vez los pelos de la barbilla gris y rala del sumo sacerdote.

—¿Todavía tú?—gruñó con tono irritado y altivo Anás, mirando con desprecio al hombre de Kerioth.

—Quiero entregaros al Nazareno.

Ambos se callaron y siguieron examinándose recíprocamente con atención. Pero Judas parecía tranquilo, mientras que Anás estaba ya sacudido por una cólera interior, seca y fría como la helada en amanecer de invierno.

—¿Y cuánto quieres por Jesús?

—¿Cuánto daríais?

Con evidente placer, Anás replicó con tono insultante:

—Todos sois unos bribones. Treinta monedas de plata, he aquí lo que daremos.

Y se rió al ver a Judas agitarse con ligereza como si tuviese una docena de piernas.

—¿Por Jesús? ¿Treinta monedas de plata?—exclamó con acento de profundo asombro que divirtió al Pontífice.—¿Por Jesús de Nazareth? ¿Queréis comprar a Jesús de Nazareth por

treinta monedas de plata? ¿Y creéis que se puede vender a Jesús por treinta monedas de plata?

El traidor se volvió vivamente hacia la pared, y se echó a reír, tendiendo sus brazos hacia la superficie blanca y lisa.

—¿Oyes? ¡Treinta dineros! ¡Por Jesús!

Con la misma alegría secreta, Anás añadió con aire indiferente:

—Si no quieres, vete. Ya encontraremos alguien que nos lo venda más barato.

Y, como traperos que, en el fango de una plaza, se lanzan uno a otro algún trapo viejo, y gritan, y juran, y se insultan, se pusieron a regatear con aspereza, con rabia. Ebrio de un raro entusiasmo, Judas daba vueltas, corría, gritaba, enumerando con los dedos los méritos de aquel al que traicionaba.

—¿Y su bondad? ¿Y su dón de curar a los enfermos? ¿No es nada esto, no vale esto nada? ¿Eh? Contéstame con sinceridad.

—Si tú...—trataba de replicar Anás; un ligero color rosado le había subido a las mejillas, y su fría irritación se caldeaba con las palabras inflamadas de Judas, que le interrumpía sin reparo.

—¿Y su belleza? ¿Y su juventud? Es como el narciso de Sarón, como el lirio del valle. ¿No vale esto nada, dime? Tal vez pretendéis que envejezca y no sirva para nada, que Judas os venda un gallo viejo. ¿Es así?

—Si tú...

Anás trataba de interrumpirle, pero su voz caduca era arrebatada como una pluma al viento por las exclamaciones del Iscariote.

—¡Treinta dineros! ¡Pero si eso suma un óbolo por gota de sangre! Ni siquiera hace medio óbolo por una lágrima. Ni un cuarto de óbolo por un sollozo. ¿Y los gritos? ¿Y las convulsiones? ¿Y cuando su corazón cese de latir y sus ojos se cierren? ¿No querríais pagar nada por esto?—rugía Judas avanzando hacia el sumo sacerdote, al que mareaba con los gestos

alocados de sus brazos, de sus manos y con sus palabras en torbellino.

—Treinta dineros por todo—decía sofocado Anás.

—¡Bonito beneficio quieres realizar! Quieres despojar a Judas, quitarle el pan de sus hijos. No lo consentiré. Iré a la plaza pública y gritaré: «¡Anás ha despojado al pobre Judas! ¡Socorro!»

El Pontífice, cansado y completamente aturdido, golpeaba furioso con el pie calzado con una ligera babucha y agitaba las manos:

—¡Vete, vete!

Pero, de pronto, el hombre de Kerioth dobló el espinazo con sumisión y sus brazos colgaron.

—¡Ah!, si hablas así... ¿Por qué enfadarte con el pobre Judas, que quiere solamente el pan de sus hijos? También tú tienes hijos, unos hermosos jóvenes...

—Buscaremos otro; vete.

—Pero yo no he dicho que no cediera. Sé muy bien que otro puede venir, y entregar a Jesús por quince óbolos, por dos óbolos, por un óbolo...

Y Judas se inclinaba cada vez más. Obsequioso y vil, consentía al fin en aceptar la suma propuesta. Con mano temblorosa y seca, Anás, rojo de emoción, le contó el dinero; sin decir palabra, se volvió y se mordió los labios, mientras que Judas examinaba, una tras otra, las monedas, mordisqueándolas. De vez en cuando, el Pontífice le dirigía una ojeada; después, como alguien que se quema, alzaba rápidamente la cabeza y se mordía de nuevo los labios con frenesí.

—Se fabrica tanta moneda falsa hoy—explicó sencillamente Judas.

—Ese dinero ha sido dado al templo por manos piadosas—replicó el otro, volviéndose y ofreciendo a los ojos de Judas su nuca calva y rosada.

—¿Saben distinguir las almas piadosas la moneda falsa de la buena? Sólo los bribones son capaces de ello.

Judas no se llevó a casa el dinero que había recibido; salió de la ciudad y lo escondió bajo una piedra. Hecho esto, volvió lentamente, con pasos tardos, como un animal que, tras un combate encarnizado y mortal, se arrastra trabajosamente hasta su oscura guarida. Pero Judas no tenía guarida, tenía una casa, y en aquella casa vió a Jesús, Jesús fatigado, enflaquecido, agotado por su lucha incesante contra los fariseos, cuyas frentes blancas y lisas de hombres instruídos le rodeaban diariamente en el templo como una muralla. Estaba sentado, con la mejilla apoyada en la pared, y parecía dormir profundamente. Por la ventana abierta llegaban los rumores confusos de la ciudad; afuera, Pedro martillaba y hacía una mesa nueva para el refectorio, mientras que tarareaba una melodía de Galilea. Pero Cristo no veía nada, y dormía con apacible sueño. El era al que habían comprado por treinta monedas de plata.

Judas avanzó sin ruido, con la tierna solicitud de una madre que tiene miedo de despertar a su hijo enfermo, con el asombro de una fiera salida de su cubil, y a la que una blanca florecilla encantara de repente: tocó, rozó los cabellos sudosos del Maestro y en seguida retiró la mano. Luego los volvió a tocar y salió de puntillas.

—¡Señor!—murmuró—¡Señor!

Y se fué a las letrinas, en donde lloró largo rato, retorciéndose los brazos, mordiéndose los hombros y arañándose el pecho. Acariciaba cabellos imaginarios, y murmuraba palabras tiernas y risibles; rechinaba los dientes. Después, cesando de repente de llorar y de gemir, se sumió por entero en una dolorosa meditación; con el rostro inclinado, tenía el aspecto de un desdichado en escucha. Y así permaneció largo tiempo, extraño a todo, como el destino mismo.

X

Durante los últimos días de su corta vida, el infortunado Jesús recibió de Judas constantes pruebas de una afección de

licada, de una dulce ternura, de un amor silencioso. Púdico y tímido como una joven que ama por primera vez, y que es sensible y perspicaz con exceso, adivinaba los menores deseos de Jesús, penetraba en lo más profundo de los sentimientos íntimos del Maestro, de sus accesos de tristeza pasajeros, de sus desfallecimientos de fatiga abrumadora.

En cualquier lugar que Cristo posara el pie, hallaba un suelo blando. Su mirada podía vagar por todas partes; no veía sino cosas agradables. Antes, Judas no gustaba, ni de María de Magdala ni de las otras mujeres que rodeaban a Jesús; les suscitaba mil desagrados y las perseguía con groseras burlas. Ahora se había hecho amigo de ellas, su aliado divertido y torpe. Lleno de interés, hablaba con ellas de las conmovedoras costumbres del Maestro; las interrogaba largamente, con insistencia, siempre sobre los mismos asuntos; les deslizaba dinero en el hueco de la mano con aire misterioso; y las mujeres traían ámbar, mirra preciosa, el perfume que tanto gustaba a Jesús, y amorosamente se lo vertían en los pies. El mismo Iscariote, regateando con encarnizamiento, compraba muy caro vino que destinaba al Maestro; cuando veía que Simón Pedro, con la indiferencia de un hombre para quien sólo la cantidad tiene valor, bebía de aquel licor raro, se encolerizaba. Y en la Jerusalén pedregosa, en la que faltaban casi por completo los árboles, las flores y el verdor, buscaba, no se sabía dónde, florecillas primaverales, finas gramíneas que hacía llegar a Jesús por mediación de las mujeres. Por la primera vez de su vida, tomaba en brazos a los niños que veía en los patios y en las calles; los besaba de mala gana para que no llorasen, y los llevaba al Maestro. Ocurría a menudo que un chiquillo de narices sucias y rizos negros trepaba a las rodillas del Nazareno pensativo, y exigía caricias y besos. Y mientras que así eran felices ambos, Judas, un poco aparte, paseaba, con el aire de un carcelero adusto que en primavera hubiera dejado entrar una mariposa en la celda de un preso, y fingía después gruñir y quejarse de aquella infracción a la regla.

Por la noche, cuando con las tinieblas venía la inquietud a hacer guardia bajo las ventanas, el Iscariote llevaba hábilmente la conversación sobre Galilea con las aguas tranquilas y verdes campiñas que no conocía, pero que era grata al corazón del Maestro. Y avivaba al pesado Simón Pedro, hasta despertar en él recuerdos adormecidos y hacer que la dulce vida galilea desfilase en cuadros familiares y pintorescos. Jesús escuchaba los dichos alegres, impetuosos y sonoros de Pedro con atención, con la boca medio abierta, como un niño. Sus ojos reían de antemano y a veces su hilaridad era tanta, que el narrador tenía que pararse un instante. Y Juan hablaba todavía mejor que Pedro: no decía nada divertido ni inesperado, pero en él era todo tan sugestivo, tan extraordinario y tan maravilloso, que asomaban lágrimas a los ojos de Jesús. Judas daba entonces con el codo a María de Magdala, murmurando con entusiasmo:

—¡Qué bien sabe contar! ¿Oyes?

—Le oígo, sí.

—Oye mejor. Vosotras, las mujeres, no sabéis escuchar.

Luego, todo el mundo se iba a dormir; Jesús besaba a Juan con tierna gratitud, y su mano acariciadora se posaba en el hombro de Simón Pedro.

Y Judas asistía a aquella escena sin sentir celos; estaba lleno de un desdén condescendiente. Ninguna importancia tenían aquellas historias, aquellos besos y aquellos suspiros, en comparación de lo que sabía él, Judas de Kerioth, el horrible Judas de pelo rojo, crecido como una mala hierba entre piedras.

XI

De una parte, Judas entregaba a Jesús; y de otra, se esforzaba en hacer que fracasaran sus propios planes. No trató, como las mujeres, de disuadir al Maestro de que emprendiese el último y peligroso viaje a Jerusalén; era más bien del pare-

cer de los parientes de Jesús y de los discípulos que purgaban la conquista de la capital indispensable para la victoria completa de su causa. Pero insistía tenazmente sobre los peligros que amenazaban al Maestro, pintaba con vivos colores el odio de los fariseos al Señor, odio que les sugeriría probablemente la idea criminal de matar, en público o en secreto, al profeta Galileo. Todos los días, a todas horas, el Iscariote hablaba de ello a los discípulos; todos, uno tras otro, habían visto a Judas alzar un dedo amenazador, le habían oído proferir con tono severo esta advertencia:

—Hay que velar por Jesús. Hay que velar por Jesús. Habrá que defenderle cuando llegue la hora.

Pero sea que los discípulos tuviesen una fe ilimitada en el poder maravilloso de su Maestro, o la certeza de que su buen derecho triunfaría siempre, o simplemente por ceguera, acogían con una sonrisa las palabras temerosas de Judas, y los consejos incesantes del Iscariote concluyeron hasta por provocar murmullos entre ellos. Cuando trajo dos espadas, que se había procurado no se se sabía dónde, sólo Pedro estuvo satisfecho, sólo Pedro felicitó a Judas; los otros exclamaron con desagrado:

—¿Somos guerreros para armarnos de espada? ¿Es Jesús un jefe de ejército o un profeta?

—¿Y si intentan matarlo?

—No se atreverán cuando vean que todo el pueblo le sigue.

—¿Y si se atreven? ¿Qué ocurrirá entonces?

Juan replicó con tono desdeñoso:

—Podría creerse, Judas, que tú sólo amas al maestro.

El Iscariote, sin ofuscarse, preguntó con viveza, lleno de ardor y de obstinación cruel:

—Pero vosotros le amáis, ¿no es verdad?

Y a cada uno de los fieles que acudían a Jesús repetía sin cesar estas mismas preguntas:

—¿Le amas? ¿Le amas con todo tu corazón?

Y todos afirmaban vehementemente su amor.

A menudo, Judas conversaba con Tomás; alzaba su dedo seco y ganchudo de uña negra y larga, y advertía misteriosamente al discípulo:

—Ten cuidado, Tomás; van a llegar las horas dolorosas. ¿Estáis dispuestos? ¿Por qué no has tomado la espada que he traído?

El apóstol contestaba con explicaciones juiciosas:

—No estamos habituados a manejar armas. Si nos pusiéramos a lucha contra los soldados romanos, seríamos derrotados seguramente. Y además, no has traído más que dos espadas: ¿qué se puede hacer con dos espadas?

—Se pueden encontrar otras. Se pueden coger las de los soldados—replicó Judas impacientado, y el grave Tomás sonrió a su vez bajo su bigote colgante:

—¡Ah, Judas, Judas! ¿Dónde has cogido esas? Se parecen mucho a las espadas de los romanos.

—Las he robado. Hubiera podido coger más; pero alguien gritó y escapé.

Tomás se sumió en sus reflexiones, y tristemente añadió:

—De nuevo has obrado mal, Judas. ¿Por qué robas?

—¡Bah! Puesto que no hay tuyo ni mío...

—Sí; pero mañana preguntarán a los soldados: «¿Dónde están vuestras armas?» Y como no las encontrarán, se castigará a unos inocentes.

Más adelante, después de la muerte de Jesús, los discípulos recordaron las palabras de Judas; pensaron que el Iscariote había querido hacerles perecer al impulsarles a entablar un combate desigual. Y maldijeron una vez más el nombre odiado de Judas de Kerioth, el traidor.

Sin embargo, tras de cada una de estas conversaciones, Judas, irritado, se iba a lamentar con las mujeres, que le escuchaban gustosas. Lo que había de tierno y femenino en el amor de Judas a Cristo le acercaba a ellas, le hacía comprensible y hasta bello a sus ojos; no obstante, como antes, per-

manecía él siempre al lado de ellas, vagamente desdeñoso y distante.

—¿Son hombres?—gemía con amargura al hablar de los discípulos, y su ojo ciego e inmóvil se posaba confiado en María.—No son hombres; no tienen sangre en las venas, ni siquiera por valor de un óbolo.

—¡Pero siempre has de hablar mal de las gentes!—replicaba María.

—¿Yo? ¿Cuándo he hablado mal de alguien?—preguntó Judas asombrado.—Pues bien; sí, lo he hecho; pero ¿no podrían las gentes ser mejores? ¡Ah, María, estúpida María! ¿Por qué no eres tú un hombre? ¿Por qué no puedes llevar espada?

—Es tan pesada, que me es imposible levantarla—objetó ella sonriendo.

—La levantarás, puesto que los hombres son tan poco esforzados. ¿Has entregado a Jesús el lirio que encontré en la montaña? Me levanté muy temprano para ir a buscarle, y el sol era muy picante hoy, María. ¿Se ha alegrado? ¿Ha sonreído?

—Sí. Se ha alegrado, Ha dicho que aspiraba en aquella flor el perfume de Galilea.

—Naturalmente, no le dijiste que Judas la había encontrado, Judas de Kerioth.

—Me suplicaste que no te nombrase.

—No, evidentemente, no había que decírselo, no— suspiró Judas.—Pero hubieras podido charlar y decirlo; las mujeres son muy habladoras. ¿Pero no lo has dicho? ¿No se te ha escapado? Está bien, María; eres una buena muchacha. Ya sabes que yo también tengo una mujer. Me gustaría verla ahora; quizá no sea una mala mujer ella tampoco. No sé nada. Ella decía: «Judas es un embustero; Judas, hijo de Simón, es malo»; por esto la dejé. Pero tal vez es una buena mujer. ¿Qué piensas tú?

—¿Cómo he de saberlo, puesto que nunca la he visto?

—Bien, bien, María. Dime, treinta monedas de plata, ¿es una suma insignificante, o una fortuna?

—No; no es una gran cantidad.

—Así es, así es. ¿Por cuánto te dabas cuando te prostituías? ¿Cinco monedas de plata, diez? ¿Eras de las que se venden caro o barato?

María de Magdala enrojeció, bajó la cabeza, y su hermoso pelo dorado le cubrió completamente la cara, de la que no se vió más que la blanca barbilla, graciosamente redondeada.

—¡Qué malo eres, Judas! Yo quiero olvidar, y tú me recuerdas constantemente mi antigua vida.

—No, María, no hay que olvidar lo que has sido. ¿Para qué? Que los otros olviden que eras una prostituta, está bien; pero tú debes recordarlo. A los otros les incumbe olvidar, y lo más pronto posible; pero no a ti. ¿Para qué?

—Pero he pecado.

—El que no ha cometido aún el delito es el que debe tener miedo. Pero el que ya lo ha cometido, ¿qué puede temer? ¿Es el muerto el que tiene miedo de la muerte, o el vivo? El muerto se burla del vivo y de su terror.

Y hablaban amistosamente horas enteras, Judas, ya viejo, seco, horroroso, con su cabeza deforme, su rostro desigual y horrible; María de Magdala, joven, púdica, tierna, hechizada por la vida como por un hermoso sueño.

XII

Transcurría el tiempo impasible; los treinta dineros estaban escondidos bajo una piedra, y la hora terrible de la traición se acercaba implacablemente. Ya Jesús había entrado en Jerusalén, montado en un asno, y el pueblo le había acogido con gritos de alegría, había tendido vestiduras en su camino, le había aclamado.

—¡Hosanna, hòsanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

El entusiasmo era tan grande, el amor que vibraba en estas

aclamaciones era tan sincero, que Jesús lloró, y sus discípulos decían con orgullo:

—¿No es el Hijo de Dios el que está con nosotros?

Y, triunfantes ellos también, gritaban:

—¡Hosanna, hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Aquella noche, se separaron muy tarde; cada cual comentaba la alegre y solemne acogida que Jerusalén había dispensado al Maestro. Pedro se agitaba como un loco; parecía poseído por el demonio de la alegría y del orgullo. Gritaba, y sus rugidos leoninos tapaban todas las voces; reía, y sus risas llovían sobre las cabezas de los otros como gruesos cantos redondos; besaba a Juan, besaba a Santiago, besaba hasta a Judas. Confesó ruidosamente que había tenido miedo por Jesús; pero que ahora ya no temía nada, porque había visto el amor que el pueblo profesaba al Maestro. El Iscariote estaba estupefacto, su ojo sano y penetrante se movía sin cesar; reflexionaba un instante, escuchaba de nuevo. Llevó a Tomás aparte, y clavándole en la pared con su mirada aguda, le preguntó, con la voz ronca de perplejidad, de miedo y de vaga esperanza también:

—Oye, Tomás, ¿y si él tuviese razón? ¿Si él tuviese verdaderamente roca bajo sus pies, y yo arena solamente bajo los míos? ¿Qué sucedería entonces?

—¿De quién hablas?—se informó Tomás.

—¿Qué sería entonces de Judas de Kerioth? Entonces, me vería obligado a ahogarle yo mismo para que la verdad triunfe. ¿Quién engaña a Judas? ¿Vosotros o Judas mismo? ¿Quién engaña a Judas? ¿Quién?

—No te entiendo, Judas. Tus palabras son misteriosas para mí. ¿Quién es el que engaña a Judas? ¿Quién es el que tiene razón?

Y Judas, inclinando la cabeza, repitió como un eco:

—¿Quién es el que engaña a Judas? ¿Quién es el que tiene razón?

Y al día siguiente, la misma rara pregunta:

«¿Quién es el que engaña a Judas? ¿Quién es el que tiene razón?», se desprendía del ademán del Iscariote, que alzaba una mano cuyo pulgar, según su costumbre, señalaba hacia atrás, y era siempre aquella interrogación muda la que Tomás leía en su mirada.

Y se asombró más todavía, y hasta se alarmó, cuando oyó de repente, durante la noche, la voz sonora y como alegre de Judas que clamaba:

—Entonces ya no habrá Judas de Kerioth. Entonces ya no habrá Jesús. No habrá más que... ¡Tomás, estúpido Tomás! ¿No tienes tú nunca el deseo de empuñar la tierra y levantarla? ¿Y de tirarla después, quizá?

—Pero eso es imposible. ¿Qué es lo que dices?

—Es posible—afirmó el otro con convicción.—Y la levantaremos un día u otro, cuando te duermas, estúpido Tomás. Duerme. Yo me divierto, Tomás. Cuando tú duermes, tu nariz canta como una zampoña galilea.

Pero los creyentes, dispersos por el corazón de Jerusalén, se habían ocultado en las casas, detrás de las paredes, y los rostros de los transeúntes se hacían enigmáticos. La alegría se había extinguido. Ya vagos rumores de inseguridad surgían, flotaban, se insinuaban. Pedro, contristado, se ejercitaba en manejar la espada que Judas le había regalado. Y la cara del Maestro tomaba un aire cada vez más triste y cada vez más severo. El tiempo corría muy de prisa, y el día de la traición, implacablemente, se acercaba. La hora de la última cena sonó; la atmósfera estaba cargada de tristeza y de vago terror, y ya repercutían las palabras indecisas que Jesús pronunció a propósito de quien le traicionara.

—¿Sabes tú quién le venderá?—preguntó Tomás volviendo hacia Judas sus ojos francos y claros, casi transparentes.

—Sí, lo sé—contestó Judas, resuelto y rudo.—Tú, Tomás, tú le entregarás. Pero ni El mismo cree lo que dice. Todavía

es tiempo, todavía es tiempo. ¿Por qué no llama El a su lado al fuerte, al bello Judas?...

.....

...Ya no se contaba por días, sino por cortas horas, que volaban rápidamente el tiempo implacable. Era la calma vesperal, era el anochecer: largas sombras se extendían por el suelo, primeras flechas agudas de la inminente noche de la gran batalla. De repente se oyó una voz triste y ruda:

—¿Sabes adónde voy, Señor? Voy a entregarte en manos de tus enemigos.

Un gran silencio prolongado pareció estrechar la paz de la noche y el misterio de las sombras, fijas como lágrimas negras.

—¿No respondes, Señor? ¿Me ordenas marchar?

Hubo un nuevo silencio.

—Permíteme quedarme. ¿No quieres? ¿O es que no te atreves? ¿O es que no querrías?

Y seguía el silencio, un silencio inmenso como la mirada de la eternidad.

—Y, sin embargo, sabes que te amo. Tú lo sabes todo. ¿Por qué miras a Judas de esa manera? Es grande el misterio de tus hermosos ojos; pero, ¿es menos profundo el mío? Ordena que me quede... Pero guardas silencio, sigues guardando silencio. Señor, Señor, ¿por qué te he buscado en la angustia y en el sufrimiento? Sí, te he buscado y te he encontrado. ¡Líbrame! Quítame mi carga más pesada que el plomo, más pesada que una montaña. ¿No oyes que el pecho de Judas de Kerioth cruje bajo ese peso?

Y se hizo un postrer silencio, profundo como la suprema mirada de la eternidad.

—Voy a entregarte.

La paz vesperal no se turbó con esta marcha, ningún viento gimió en las ramas, las fuentes no sollozaron, el suelo no crujió, pues era atenuado y débil el ruido de los pasos que se alejaban. Desvaneciéronse y todo se calló. Y la languidez cre-

puscular parecía sumir en un profundo ensueño; su reinado se extendió en largas sombras; se ensombreció más y, de repente, suspiró toda con el rumor desolado de las hojas agitadas; suspiró otra vez y se inmovilizó, en espera de la noche.

Otras voces sonaron, se entrechocaron; hubiérase dicho que acababa de abrirse un saco lleno de voces y que éstas, como, piedras, caían al suelo una a una, dos a dos y, al fin, a montones. Eran los discípulos que hablaban. Y la voz potente de Pedro cubría las palabras de los otros; chocaba en los árboles, caía sobre sí misma. El Apóstol juraba que nunca abandonaría al Maestro.

—Señor—decía con angustia,—Señor, dispuesto estoy a ir a la prisión contigo y hasta a sufrir la muerte a tu lado.

Y la respuesta implacable llegó, sorda, como un eco debilitado de pasos que se alejaban.

—En verdad te digo, Pedro, que antes de que el gallo cante esta noche me habrás negado tres veces.

LEÓNIDAS ANDREIEF

(*Concluirá.*)

LA PINTURA PORTUGUESA DEL SIGLO XVI

El viajero que, siguiendo el itinerario antiguo, llega por Badajoz a Portugal, observa al punto un cambio de decoración mucho más grande del que se advierte al trasponer los Pirineos; después de haber recorrido las llanuras de Castilla y Extremadura, con su cobrizo cielo, la falta de agua y arbolado de sus campos de retama y tomillo, las enormes praderas, cortadas por despoblados; después de franquear las abruptas sierras, desde cuyas alturas solía no verse el menor indicio de existencia humana en una milla a la redonda; después de haber cruzado lugares de callejas angostas y laberínticas, y atravesado viejas ciudades y burgos donde apenas se erguían nobles palacios derruídos, al llegar al extremo Occidente, donde se esperaba encontrar aún más acentuados los rasgos exóticos, cambia totalmente el aspecto medioeval y oriental del paisaje.

Un cielo variable, nuboso; un continuo cambio de vegetación en que se unen la flora del Norte y la subtropical; venerables encinas, abedules y hayas, sobre un terreno de ondulantes colinas, suceden a los arenosos desiertos; con antiquísimos alcornoques y cipreses alternan almendros y olivares, camelias, palmeras y naranjos. La fisonomía misma de las ciudades nos parece, aunque desprovista de carácter, menos extraña, más del centro de Europa.

Estas impresiones de viaje evocan en mí la contemplación

de las grandes pinturas portuguesas del pasado. Nuevas y desconocidas grandezas, y, sin embargo, nada de totalmente extraño. Es como si descubriéramos una olvidada colonia de la antigua Holanda. Recuérdase sin querer que este pequeño reino, siempre en constante pugna con su poderoso vecino, se inclinó siempre, desde la Edad Media, hacia el Noroeste, y sufrió la influencia del mar que une a los pueblos entre sí.

Lo que se llama pintura portuguesa, abarca sólo un corto espacio, el de los reinados de Don Manuel (1495) y de Don Juan III (1521-57). Fue aquel el glorioso período de la Monarquía, la época de su mayor fuerza de expansión y de su más floreciente progreso; a la escuela pictórica que brillara entonces puede estudiársela en las tablas reunidas en el Museo de Lisboa, procedentes de las fundaciones eclesiásticas abolidas (1836), como en otro tiempo el disuelto Museo Nacional de Madrid. Pero en las ciudades de provincia se encuentran también importantes grupos y ciclos pictóricos, especialmente en Coimbra, Viseo, Thomar, Setúbal y Oporto. Estas obras no indican, sin embargo, la existencia de escuelas provinciales, como las que en tan gran número florecieron en Italia.

La pintura portuguesa tiene un carácter central, pues la cultura nacional de aquel tiempo era una creación del rey.

Cierto que allí, como en otras naciones de Europa, antes y después de aquel glorioso período, que no es ningún oasis histórico, se pintaba para las iglesias y los palacios, siguiendo casi el mismo estilo. Pero de las pinturas de la Edad Media sólo han quedado fragmentos aislados, y lo que se produjo después de extinguirse la dinastía indígena, se pierde en la corriente niveladora de la evolución seguida por toda la Europa occidental.

Ahora bien; por lo que se refiere al carácter peculiar de estas producciones del siglo de oro del arte portugués, la primera impresión que producen es la de una notable mezcla de rasgos extranjeros y nacionales. Estos se reflejan en los tipos y fisonomías, en el paisaje y en los edificios, en la ornamentación

de las iglesias y en las artes suntuarias; aquéllos en el estilo pictórico y en la técnica, en las relaciones del arte con la vida que le rodeaba. El elemento extranjero se nos presenta en distintos grados de intensidad, pues, prescindiendo de algunas obras importantes, compradas en Flandes mismo, hay otras de holandeses establecidos en Portugal, que vinieron invitados al país y hasta se naturalizaron en él; y, por último, las hay también de portugueses que recibieron en países extranjeros su educación artística. Y éstas constituyen la mayoría que imprime su sello a todo lo demás. Pero, a despecho de la educación extranjera, lo natural, el temperamento, juntamente con la influencia del medio, fueron tan poderosos en estos artistas, que sus obras debieron parecer, indudablemente, a sus contemporáneos eminentemente nacionales. ¡Qué notable contraste se nos presenta aquí entre los efectos y el valor de las relaciones internacionales! ¡Y cuán felices fueron los portugueses en la elección de sus maestros comparados con estos mismos! Pues, por aquella época precisamente, mientras éstos, aprendiendo en Florencia y en Roma, dejaban perder la mejor parte de su herencia, crearon aquéllos una escuela que, si bien se mantuvo en estrecha relación, al principio, con la corte burgúndica, como parecía preciso para el florecimiento de su país, supo conservar su libertad frente al mundo exterior, asir con épica alegría sus múltiples fenómenos y acomodarse a todos los ambientes. Sus cualidades, sólidamente realistas, se unen aquí al encanto de un nuevo escenario, al hechizo de la Naturaleza meridional y a una original cultura.

En este tesoro de monumentos, de carácter tan marcadamente general, se advierten al punto personalidades artísticas diversas; pero como no firmaban sus obras y como no se ha encontrado ninguna de Van Mander o Vasari, hay que aguardar a que el acaso o investigaciones posteriores nos revelen su paternidad. Del medio ambiente en que aquellos artistas se movieron puédese formar idea, no obstante, por las descripciones y monumentos de la época. Los alcázares reales y los pa-

lacios de los nobles tenían los muros de los salones, como las capillas y las logias, cubiertos en invierno de tapices tejidos, en los cuales se refleja la vida de aquel tiempo con más abundancia de detalles y más propiedad que en las tablas pictóricas. En la capilla real del antiguo palacio Paço de Alcaçova, de Lisboa, se ve al rey Manuel rodeado de su Consejo de magnates, «dando órdenes para conquistar las Indias». Este gran monarca mandó representar, en una serie de 28 tapices, el descubrimiento y conquista de las Indias por Vasco de Gama y los otros héroes marítimos de aquel tiempo, cantados por Camoens en el 10.° canto de los Lusiadas. Estas gloriosas escenas acompañaban al monarca en sus cambios de residencia. El cuadro tan alabado por el italiano Gio B.ª Venturini (que se encontraba allí en 1571) (1), y que representaba la lucha del arcángel San Miguel con el dragón, es probablemente el que Raczynski vió en el palacio del Duque de Palmella. En el palacio del Duque de Braganza, en Villaviciosa, están representadas las glorias de la Casa de Braganza en frescos que adornan el arranque de las escaleras, y asimismo en tapices, y el palacio de Madrid conserva la serie de las *cinco esferas*, traídas de Lisboa cuando la fundación del Buen Retiro.

Las profundas transformaciones políticas que vinieron a cortar de un modo brusco la evolución de la cultura que en las tablas de esos maestros educados en Flandes se revela, tuvo una consecuencia característica, y fue que estos cuadros hicieron sobre las generaciones siguientes una impresión tan especial y al mismo tiempo tan homogénea, que acabaron por perder enteramente el carácter personal y en parte exótico de los distintos maestros. Todo ello cristalizó en un nombre único, en un *Apeles portugues*, *Vasco* el gran Vasco, o *grao Vasco*, epíteto que merece plenamente por su actividad sin semejante. El pri-

(1) Descripción del viaje de Venturini, en un manuscrito de la Biblioteca de Dresde; fue publicado por Herculano en el *Panorama*, Lisboa, 1841, y en sus *Opúsculos*, Lisboa, 1844.

mer testimonio de este proceso de absorción de la escuela nacional por un solo artista, se contiene en un artículo del *Abecedario pictórico* de Orlandi (Venecia, 1753), obra del editor Guarienti, que en 1733 llegó a Portugal y permaneció allí tres años. Este páter encontró difundidos por todo el reino los cuadros de Vasco, que llenaban así los palacios reales como los monasterios de fundación real y las iglesias. El autor del artículo supone que floreció el artista en 1480, y que se formó en la escuela del Perugino, elogiando la claridad con que por medio del gesto logró expresar las emociones del espíritu. También alaba la buena disposición en el espacio (*risalto*), los bellos edificios y los paisajes llenos de verdad que en sus obras se admiran. Esta descripción de la antigua pintura portuguesa concuerda con las observaciones de un contemporáneo, del pintor Francisco de Hollanda (nac. 1515) en sus *Conversaciones sobre la pintura* (1548) (1), trasunto de diálogos sostenidos por él en Roma, en San Silvestre, con Miguel Angel, Vittorio Colonna y otros. A decir verdad, repite demasiadas veces con secas palabras que viene de un país «donde el arte de la pintura no es conocido y muy poco estimado». Pero esta afirmación no es otra cosa que una forma de expresión de su despecho. Así se pregunta: ¿Es acaso la pintura la representación de torres y castillos, de reyes y emperadores en trajes de brocado, de damas suntuosamente ataviadas, de paisajes, campiñas y ciudades? ¿Ha de pintar ángeles, santos, el mundo entero? ¿Habrá menester de oro y plata y de colores muy finos y animados? «No—contesta Buonarrotti;—la pintura no consiste en esa masa de cosas.» «Esa pintura flamenca—añade él—que trata de engañar los ojos por medio de objetos agradables o superiores a todo reparo, santos y profetas, edificios, verdes campiñas con sombras de arboleda, ríos y puentes; en la que no hay in-

(1) Se publicó primero esta obra traducida al francés por Raczynski, página 554. El original lo publicó J. de Vasconcellos, Ponto 1896, con traducción alemana y comentarios, Viena, 1899.

telecto, simetría ni proporción, verdad ni grandeza, es una pintura sin cuerpo ni vigor. Sólo la pintura italiana merece el nombre de pintura.»

Al decir esto, parece dirigirse Hollanda a los pintores portugueses de su tiempo, los cuales no eran de su agrado; esa característica irónica de la pintura holandesa, que servía de modelo a sus paisanos, justificaba para él los reproches de Buonarrotti. También se trasluce en sus palabras el despecho del artista que no encontró en Portugal la fama a que se creía con derecho; en 1572 dirigióse a Felipe II en demanda de trabajo. Ufano de haber frecuentado el trato de un coloso de la talla de Buonarrotti, quiso dar a entender a los portugueses que no debían confundirle con sus demás colegas, por apreciados que fuesen.

Que ya en la segunda mitad del siglo había cesado la admiración a esos pintores, parece inferirse también de los *Lusiadas*, de Camoens, 39, donde éste interrumpe la descripción de una galería de grandes portugueses, para quejarse de que los pintores del día carezcan del respeto, recompensa y estímulo, que son los padres de las artes:

> ... mas falta-lhes pincel, faltam-lhes cores,
> honra, premio, favor que as Artes criam,
> culpa dos viciosos sucessores,
> que degeneram.

De otro modo se expresaba, en verso también, en el tercer decenio, García de Resende (en su *Miscelánea*), al decir: «Los pintores e iluministas de hoy no son como los antiguos; los plateros y escultores son más finos y mejores que los de épocas pasadas. Tenemos ahora al gran Miguel, Alberto y Rafael, y en Portugal los hay tan grandes y naturales, que pueden competir con ellos.»

> ... e em Portugal ha taes
> tam grandes e naturales
> que vem quasi ao livel.

Ahora bien; las impresiones y juicios que aquí he reunido sobre la antigua pintura portuguesa, son el resultado de una estancia de seis semanas en el país, en el otoño de 1882, en cuyo espacio de tiempo visité, además de los palacios de recreo de Batalha y Alcobaza, de fama universal, las ciudades de Coimbra, Viseo, Oporto, Evora y Setúbal. Al estudiar los cuadros que se conservan en la capital, tuve la suerte de que por aquel tiempo se celebrase en el Palacio de Combal una *Exposiçao retrospectiva de arte ornamental*, en la que, además de los mejores cuadros de la Galería (antes en la Academia), figuraban también muchos de la propiedad del anciano rey y de su segunda esposa, la Condesa de Edla, aunque sólo como ornato de las paredes, sin registro en el catálogo. Al cerrarse los conventos, muchas y valiosas joyas pictóricas habían ido a parar a manos de particulares; Fernando de Coburgo, artista el mismo, era un conocedor harto experto y un coleccionador harto celoso para dejar escapar esa ocasión. Otros tesoros artísticos quedaron olvidados en los depósitos; y en un segundo viaje que hice en el otoño de 1890, eché de menos muchas obras interesantes. Los cuadros habían sido trasladados, entretanto, al nuevo «Museu Nacional de Bellas Artes».

De gran ayuda me fue en el estudio de los cuadros el conocido libro del Conde Raczynski, embajador que fue de Prusia en Lisboa por los años de 1842 a 1845. Dicho libro es una especie de archivo, pero sin ordenar; una intrincada serie de datos, extractos de documentos y de libros raros, páginas de memorias y de revistas, recogido todo por el orden en que iban llegando a noticia del autor, cuyas opiniones cambian a cada instante. Una colección de materiales para facilitar el estudio, que tiene el encanto de lo inmediato, y que, por su misma falta de resultados concretos, constituye un estímulo para ulteriores y más provechosos trabajos. Investigaciones de esta índole, unas veces infructuosas, coronadas otras por un feliz acaso, no han faltado en la media centuria transcurrida desde entonces; pero si el juicio crítico se ha asentado de en-

tonces acá sobre un fundamento seguro, débese a un conocimiento más profundo de la antigua pintura neerlandesa que el que se tenía en tiempos del Conde. Este progreso ha sido obra exclusiva de los eruditos del país; los alemanes hasta ahora no tuvieron parte en él.

La pintura portuguesa arranca, como se ha dicho, de tiempos anteriores al siglo XVI; pero las obras de los muchos y fecundos maestros de esta edad de oro han eclipsado a los anteriores y los han sumido en el olvido; la época de lo barroco lo ha ahogado luego casi todo. Sólo se han conservado fragmentos.

Los magníficos templos góticos de los siglos XIV y XV habían sido adornados con frescos y vitrales, según el estilo nacido en Francia y difundido entonces por toda la Europa occidental, sin que faltasen tampoco los retablos pintados. En Batalha puede verse aún la antigua pintura en la bóveda de la sacristía. Noticias antiguas hablan de retratos de la corte; Felipe II llevóse a Madrid los retratos de los reyes, que en tiempos de Felipe IV se hallaban colgados de los muros en la galería del Norte del Palacio de Madrid. En la colección de Ambras había un retrato de Don Juan I y su nieta Leonor, madre de Maximiliano I. Y en la Exposición de 1882 figuraba una *Misa de San Gregorio,* que recordaba la manera de Roger van der Weyden; pero las inscripciones doradas con los nombres de los trece santos, entre ellos Isabel de Portugal, estaban en lengua portuguesa.

De la primitiva escuela indígena, anterior a la invasión de los holandeses, sólo pude encontrar, en aquel viaje de exploración, un monumental ciclo de cuadros, en la iglesia de los Templarios, de Thomar.

El antiguo templo del que fue convento de esta orden en Thomar, residencia—desde 1449—de la Orden del Cristo, fue el núcleo central y el nexo de construcciones arquitectónicas que abarcan desde Don Juan II hasta Felipe III, y atestiguan en un simbolismo arquitectónico las vicisitudes de los tiempos,

desde el siglo XII al XVI. El primitivo polígono de diez y seis lados encierra una ochava de circuito abovedado, que descansa sobre columnas románicas. El antiguo retablo con la *Crucifixión* ocupaba las tres arcadas del ala occidental; sólo se ha conservado el ala izquierda, *María y Juan rodeados de santos.* Ocho parejas de angélicas figuras, con instrumentos de la Pasión, se yerguen en las superficies exteriores de la ochava sobre el muro, en el estilo del siglo XV, si bien las figuras han sido retocadas. En el muro del polígono exterior, de diez y seis lados, entre las ventanas, debajo de frescos casi borrados, encontrábanse aún, en bonísimo estado de conservación, doce enormes tablas, pobladas de figuras, representando escenas de la vida de Cristo. La mayor parte desaparecieron poco después de haber desalojado los monjes el convento. Sólo quedaron cuatro, los cuales, tras un viaje a la capital, volvieron al lugar que ocupaban: *El capitán creyente*, *La resurrección de Lázaro*, *La entrada en Jerusalén* y *La Ascensión.*

Estos cuadros, aunque no más antiguos que de la época de Don Manuel, Gran Maestre de la Orden del Cristo y renovador de esta iglesia, presentan un estilo mucho más arcaico. La composición es primitiva y tosca; las cabezas son de una rigidez típica; las extremidades, empero, están bien dibujadas; las fisonomías son formulistas; los paños están dispuestos en pliegues tubulares, y los semblantes son inexpresivos; sin embargo, el conjunto no se halla exento de dignidad y grandeza, y los colores son vivos, con mucho oro y brocado. Las dos manos alzadas indican la sorpresa; cruzadas sobre el pecho, la emoción. La madonna arrodillada en el *Lázaro*, de una noble belleza, como una figura de otro mundo, es un verdadero enigma. Los magníficos fondos de estos cuadros indemnizan largamente de todo lo demás; siéntese allí la alegría del pintor en la hermosa y florecida campiña, con su pomposa arboleda, los magníficos palacios que coronan los montes, y las ciudades con edificios, llenos de característicos detalles. Un puerto con buques y una animada marina, hacia la cual fluye el torrente

humano que sale por la puerta de la ciudad, adornan el cuadro de *La Ascensión*.

Los holandeses.

Existen testimonios que comprueban la presencia de pintores holandeses en Portugal desde el siglo xv. En una iglesia derruída de Thomar se ha encontrado la lápida de un pintor de Brugge, Joannes Dralia, 1504, de lo cual ha hablado el Vizconde de Juromenha (1). Dralia es seguramente un nombre latinizado: *drall*, *dralle*, quiere decir hermoso, bien desarrollado; *dralch* es una forma dialectal que se emplea para motejar a un hombre gordo.

Bajo el reinado de Don Manuel, el reputado pintor Francisco Hernández hizo venir de Flandes, para que pintasen en la Audiencia de Lisboa, a siete u ocho maestros, que en 1518 murieron de la peste (Raczynski 212).

La ciudad de Oporto posee dos importantes pinturas monumentales flamencas del segundo decenio del siglo xvi. La antigua iglesia de San Pedro de Miragaya conserva el retablo de una capilla de familia, fundada en 1515 por el vecino Juan de Deos y su mujer María Díaz. La tabla central del gran tríptico contiene una representación de la primera Pentecostés; la izquierda muestra la efigie del fundador con el Bautista, y la derecha al apóstol San Pablo. Estas figuras, la notable arquitectura interior del tríptico, así como la madera de encina de que están formadas las tablas, indican que esta obra se hizo en el país. La escena de la infusión del Espíritu Santo,

(1) En la *Revista Crítica de Bellas Artes*, Lisboa, 1876, I, 65 s.

Ossa : venerabilis : pictoris :
Flandiensis : y : Brugts :
oriundi : Joannis : Dralia :
hic : requiescunti : qui : viam :
diu : versam : carnis : egrediens :
obiit : anno : Domini : Mill : 6.°
IIII : 3.ª Januarii

donde María se halla genuflexa ante un reclinatorio cubierto de brocados, teniendo a ambos lados a los Apóstoles, presa de viva emoción, recuerda otro cuadro de la edad de oro de la pintura portuguesa, de que más adelante hemos de hablar. Interesante resulta también lanzar una ojeada a la sala de ricos aposentos en estilo gótico, con ventanas en forma de ajimeces, a las callejas de la suntuosa ciudad, a las casas de los mercaderes tan notables, con sus techumbres almenadas y sus ventanas cupuliformes y cintradas.

La otra obra es la celebrada pintura del Hospital de la Misericordia, con la leyenda *Fons vitæ*, *Fons pietatis*, representando la adoración de la sagrada sangre. El destino que primero tuvo fue el de servir de retablo en la capilla de Santiago en el Sé, donde la Hermandad, fundada en 1499 por el rey Manuel, celebraba sus fiestas; actualmente se conserva en una sala del Hospital.

El punto central del cuadro lo constituye la representación simbólica del Sacramento de la Eucaristía; del fondo de una enorme fuente de mármol, llena de sangre, se eleva el crucifijo, y en los bordes oran San Juan y la Virgen, con dolorido gesto. Delante de la fuente se muestran de rodillas el Rey y su segunda esposa María, ambos de perfil (acaso tomó el pintor sus efigies de las monedas), y con ellos seis niños y dos niñas, entre los cuales figuran el Príncipe heredero Juan, e Isabel, futura emperatriz; el tercer niño, Alfonso, tiene delante el capelo cardenalicio que en 1518 recibió. A la izquierda se ve al Arzobispo de Lisboa, D. Martinho da Costa, con el Proveedor, que sostiene los estatutos, y al lado allá los doce maestros artesanos y seis monjas a la derecha.

Innegable es en esta importante obra el carácter puramente holandés. Las caras—sólo hay entre todas las figuras un tipo moreno,—la tierna fusión del modelado, en tonalidades de un amarillo oscuro, podían recordar al conocido maestro de Brugge, y también, por su frío colorido, a Bernardo van Orley. Aún más notable es este carácter exótico en el maguí-

fico montuoso paisaje: aquél es el arado valón y aquéllos los caballejos frisones que se emplean en la labranza, y hasta las flores que la pradera esmaltan pertenecen a una flora distinta de la portuguesa. Finalmente, ciertos detalles significativos hacen dudar de que sean aquéllos el Rey y la Reina, y Pacully considera esta obra como producción puramente flamenca, que se pintó en Brugge con motivo de la gran fiesta religiosa de aquella ciudad, la fiesta *du precieux sang*; en la perspectiva de la ciudad que hay a la izquierda se ha llegado a señalar la torre de Notre Dame du lac d'amour. Pero todo esto se explica fácilmente: el cuadro fue pintado en Flandes, con sujeción a un programa enviado desde Portugal, pero teniendo a la vista modelos flamencos. Tales rasgos exóticos, propios de una obra importada, produjeron indudable disgusto y avivaron el deseo de libertar al arte indígena de esta servidumbre.

La figura del rey Manuel puede verse asimismo en un cuadro pintado también en Flandes, con destino a la isla de Madeira, y llamado *Nossa Senhora da Misericordia*, en el cual se ha reconocido una obra eminente del pintor Juan Provost.

El pedido más importante que por aquel tiempo despacharon los talleres de Brugge, se refiere a las grandes pinturas de *La vida de la Virgen*, para la Capilla mayor de la Catedral de Evora, y que actualmente se conserva en una sala del Palacio Arzobispal. A ellas hay que añadir aún doce tablas más pequeñas. Estas tablas fueron pintadas, por encargo del obispo Alfonso de Portugal (1845-1522), por una sociedad de pintores locales del círculo de Gerardo David.

Fray Carlos, el pintor de Evora.

En el monasterio de Evora podían verse en otro tiempo obras notables de un pintor flamenco allí establecido, que en 12 de Abril de 1517 ingresó en el convento de Espinheiro, y pintó los retablos del mismo y del convento de Santa Marinha da Costa, junto a Guimaraes: Frey Carlos.

Su nombre, que ha sido salvado del olvido por el pintor Taborda (1), se encontró en un cuadro que representaba *El Santo Entierro*, propiedad de Roquemont.

Los cuadros de este Frey Carlos ocupan un puesto de honor entre las tablas antiguas portuguesas del Museo de Lisboa. Son estos cuadros: *La Anunciación*, *La Resurrección*, *Cristo apareciéndose a su madre*, *La Ascensión a los cielos*, *La Asunción*, *La Pentecostés* y *El Buen Pastor*. *El pesebre de Belén*, del altar de la Casa de Ferros, es, a juicio de Taborda, el mejor de estos cuadros, la obra en que puso de manifiesto Frey Carlos toda la fuerza impulsiva de su genio; ¡lástima que haya sido retocado tan despiadadamente! A las obras enumeradas hay que añadir la tablilla que representa el lienzo de *La Verónica* sostenido por dos ángeles.

Estos retablos sorprenden por la originalidad de la inventiva y la maestría de la técnica. Carlos representa un período de transición; por la ternura y profundidad de sus creaciones es todavía hijo del tiempo antiguo; pero a la vez tiene ya la soltura propia de los modernos tiempos, y emplea el lenguaje ornamental del estilo plateresco. Sus figuras reflejan admirablemente la impresión maravillosa o patética de los trances en que se encuentran; están llenas de vida, y la noble expresión que supo infundirles dista tanto de la indiferencia como de la exaltación. Pero donde más sobresalía era en la pintura del espacio. Es maestro en el arte de dar fondo a sus figuras y en combinar escenas y paisajes, en los cuales, un segundo término, animado por rocas, grupos de encinas y cipreses y ciudades, deja ver una soleada lontananza y un suelo accidentado. En sus grupos de animadas figuras, dotadas de gran variedad, sobresalen enérgicos perfiles varoniles al lado de nobles y tiernas cabezas femeninas, de largos y finos óvalos y nacaradas mejillas. El colorido es claro, el modelado magistral, la ejecu-

(1) José da Cunha Taborda: *Regras do arte da pintura*. Lisboa, 1815.

ción sumamente cuidada, hasta en las pestañas, en la comisura de los labios y en el brillo de los cabellos.

Por más de un detalle recuerda Frey Carlos al pintor Juan Joest de Calcar; sobre todo, en algunas obras como *La Ascensión*, en la que no parece probable se trate de una simple coincidencia casual, al paso que la magnífica representación de *La Pentecostés* en una salita italiana con vestíbulo, pilastras y columnas corintias, deja presumir otras orientaciones.

El Museo de Oporto (núm. 213) posee una figura de Madonna, de clara y tierna ejecución. La forma entrelarga del rostro, la frente recta con la diadema de oro y perlas, vuelve a recordar a Gerardo David. Los cabellos rubios descienden hasta los hombros en rizados bucles; el traje encarnado lleva encima un manto de piel azul claro; a la derecha florece un ramo de blancas rosas.

En las cercanías de Viseo radica la villa episcopal, a la que da acceso una alameda de castaños y encinas centenarias, la *Quinta de Fontello*. Al edificar allí el Obispo D. Juan Manuel (1610-25) una nueva capilla dedicada a Santa Marta, debieron trasladarse a las salas de esta villa los cuadros de la antigua. Las tablas dispuestas en forma de tríptico, representando la *Visita de Jesús a María y Marta* y *La Comunión de los Apóstoles*, no puede ser, en mi concepto, obra de ningún otro artista sino de Frey Carlos, sobre todo si se atiende a la original fantasía arquitectónica con que el autor distribuye allí los distintos grupos y escenas en el espacio, hábilmente ampliado por medio de vistas al exterior.

La sala de *La última cena* coge una tabla central con la hoja izquierda; la derecha la destinó el artista para el vestíbulo. Allí vemos las figuras de las dos mujeres de rizados cabellos rubios, en blancas vestiduras, testigos recatados de la divina acción. Judas baja de prisa la escalera, estrechando sobre su pecho la bolsa. Cristo alza las manos, sosteniendo el áureo cáliz con las hostias, de las que ofrece una a Pedro. De los apóstoles, tres forman grupo conversando y otros dos se les acercan con el

cáliz de cristal. Una puerta de la sala deja ver los preparativos del banquete, la cocina con el cordero, un vasar con las copas para el vino; en una hoja del tríptico se divisan en lontananza escenas de la Pasión, y un grupo de guardias y jinetes. Una mezcla ingenua, pero encantadora, del estilo religioso con el de los cuadros de costumbres.

Los portugueses en Amberes.

Esta difusión de la pintura flamenca tuvo que producir, tanto en los círculos de los aficionados como entre los artistas mismos, impresiones muy contradictorias. Su valor pictórico suscitaba la admiración de los inteligentes, al mismo tiempo que la envidia y la emulación de los profesionales; como producciones de un país tan distinto, parecían exóticas; el temperamento flamenco chocaba a los meridionales por su frialdad. Pero los reyes, comprendiendo que las brillantes cualidades que habían valido la supremacía a la pintura flamenca podían adquirirse por el estudio, y que someterse a su disciplina era el único medio de superar a los maestros, resolvieron enviar a Amberes, como a una academia, a los jóvenes portugueses que mostraban felices disposiciones para la pintura. De este modo se aliaron las cualidades técnicas y pictóricas de los septentrionales con las nacidas del espíritu nacional entre los portugueses.

En la Exposición de 1882 figuraban dos cuadros que pueden reputarse verdaderas joyas; representaba uno de ellos a *El Niño Jesús discutiendo con los doctores*. El divino Niño está apoyado en la columna central de una capilla; los rostros de los doctores reflejan al vivo el asombro, la bondad y la inteligencia. Este cuadro, de cálidas tonalidades oscuras, es de ejecución fina y vigorosa, y revela una gran maestría, sobre todo en los trajes. Pertenecía a una serie que, del convento de la Madre de Dios (fundación de la reina Leonor, esposa de Don Juan II), no ha ido a parar a la Academia. De las demás ta-

blas, encontré yo más tarde tres en la colección del señor de Fidié, ingeniero y amigo del rey Fernando. Eran: *La Presentación en el templo* (un aposento en forma de coro con numerosas columnas pulimentadas de color oscuro), *El descanso en la huída* (en el que María se muestra poseída de la más profunda aflicción) y *La lamentación al pie de la Cruz*.

El segundo cuadro del Museo, considerado en otro tiempo como un Holbein (alto, 0,88; ancho, 0,59, regalo del rey Fernando, de 1886, que estuvo en la colección del conde Farrobo, fotografiado por Laurent, núm. 726), es una amable *Madonna*, envuelta en amplio ropón blanco, con mangas de tornasolados colores, sentada en un trono de piedra preciosa al estilo del Renacimiento. Un ángel ofrece al desnudo niño una pera. La mano que María tiene apoyada sobre el brazo del trono, de onduladas volutas, sostiene un clavel. La forma del rostro, la dolorida expresión, recuerdan a Quinten Metsys. En los dos ángulos que van encima de la hornacina hay dos medallones con bustos; en el frontis, el Padre Eterno, figura plástica de medio cuerpo; a uno y otro lado se abren perspectivas sobre el magnífico paisaje. El tono rubio del cabello, la delicada coloración de las carnes, armoniza a maravilla con los brocados y ornamentos del trono. Todo esto denuncia a un discípulo del maestro de Amberes; pero la ornamentación del trono es portuguesa. En la iglesia de San Juan, en Thomar, se ven aún nueve tablas, sacadas de diversos retablos; a ellas pertenecía una imagen del Bautista colocada sobre el altar. La ejecución de estas tablas indica dos pinceles distintos. Tres, que representan *El bautizo de Cristo*, *La tentación* y *Las bodas de Caná*, recuerdan de nuevo a Metsys, aunque la manera de desarrollar el asunto adolezca de amaneramiento, con aquellas carnaciones rojizas y aquellas sombras oscuras.

En el Museo hay un tríptico de la misma mano: *Cristo en la Cruz*, de tonos oscuros, casi monocromo, de modelado liso y primoroso; a ambos lados, respectivamente, la Virgen y San Juan; un paisaje con un castillo en el valle, una ciudad, corti-

jos y alquerías. En las hojas del tríptico, los dos Juanes. Hay además dos dípticos que representan a *San Vicente* y a *San Juan el Evangelista*; *San Jacobo y San Agustín* (alto, 1,40; ancho, 0,71).

Mucha luz arroja sobre estos cuadros la interesante circunstancia de que en 1504 entrase como discípulo en la escuela de Quinten Metsys, y en 1508 fuese recibido entre los «vrijmeesters» un portugués llamado Eduard. Un portugués, que no sólo hizo un viaje artístico, sino que se sometió también a la disciplina de la cofradía. Y no fue éste un caso aislado.

En el mismo año de 1504 ingresó Symon Portugalois en la escuela de Goswin van der Weyden, y diez y ocho años después (1522) Allonse Crasto-Alfonso Castro. Otro Simón mencionan también Damián de Goes y Francisco de Hollanda; pero aquí se trata del conocido miniaturista e iluminista Simón Bening o Benichius de Gante, fallecido en 1561, del cual se conserva en el Museo Británico un árbol genealógico de los reyes portugueses, pintado en miniatura por encargo del infante Don Fernando, hijo del rey Manuel. Más adelante se encuentran los nombres de Hanneken (Juan) Velasco con e maestro Jacobo Spueribol (1540). El último de esta lista es Peeter de Castro con Juan Soezewint (1559) (1). Estos artistas interesan poco a nuestro objeto.

---

(1) Th. Rombouts y Th. Van Lerius: *De Liggeren der Antwerpsche Sint Lucasgilde;* Antwerpen, 1872, I, 54, 60, 69, 100, 139, 217. Eduward Portugalois. La gloria de haber descubierto a estos portugueses en los «liggere» de Amberes corresponde al Sr. Joaquín de Vasconcellos, un erudito al cual se deben valiosos trabajos de preparación para la historia del arte y la cultura lusitanas y sobre las relaciones entre Portugal, los Países Bajos y Alemania durante los siglos XV y XVI.

En sus obras resplandece un celo despojado de todo interés, por el fomento del arte y de las industrias artísticas, juntamente con un denodado espíritu de lucha contra errores y prejuicios. Su *Archeologia artistica*, editada en cuadernos, demuestra un extenso conocimiento de la literatu-

Estos discípulos de pintores holandeses eran pensionados de los reyes Manuel y Juan III, cuyos comisionados en Amberes tenían el encargo de pagarles las pensiones, a la vez que de vigilar sus estudios. Las relaciones mercantiles entre Flandes y Portugal eran antiguas; ya en 1386 construyeron los portugueses en Brugge un lonja propia. De los comisionados y mercaderes que, desde el descubrimiento de una vía marítima para las Indias occidentales y la fundación de la factoría portuguesa (1503) residían en Amberes, nos habla Durero en su *Diario*; Francisco Brandan (Brandao Pereira) y Ruderico (Ruy Fernández de Almada), más tarde embajador en Francia, eran de la más noble estirpe. Durero les hizo donación de sus mejores grabados en cobre, los retrató al carbón, y pintó para ellos una cabeza de niño, un San Jerónimo y una Verónica. Ellos, a su vez, le sentaban a su mesa, le obsequiaban con vinos del Sur y curiosidades ultramarinas. Los regalos de Durero los han conservado hasta nuestros días los descendientes de aquel Ruderigo en su villa de Azeitao, junto a Setúbal. El cuadro de San Jerónimo, al disolverse la familia, fue vendido por el administrador del último Conde (1880) al Gobierno, y trasladado al Museo (0,60 por 0,48), donde yo le vi en 1882, y en el *Anuario* de 1882 (v. pág. 149) inserté un comunicado a él relativo.

Los anónimos.

Los nombres que figuran en los «liggere» nos suministran, hasta cierto punto, la clave de la antigua pintura portuguesa. Gracias a ellos, se comprende cómo se introdujo y prosperó el estilo holandés en este país del extremo Occidente desde el principio del siglo hasta un tiempo en que el romanismo lo cohibía y ahogaba en su propio país de origen. Por su medio

---

ra y amplios puntos de vista. Aprovecho con gusto esta ocasión para darle las gracias por el interés que por mis obras ha demostrado en sus estudios.

también, venimos en conocimiento de los nombres de algunos maestros portugueses de este período, así como de los de sus maestros de Amberes. Empero, desgraciadamente, estos nombres no nos dicen gran cosa, pues las obras de esos Goswin van der Weyden, Spueribol y Soezewint nos son totalmente desconocidas, y no podemos, por lo tanto, relacionar los nombres de sus discípulos Alfonso Castro, etc., con obras conocidas.

No nos queda, pues, otro recurso que seguir el procedimiento acostumbrado en estos casos: ordenar las obras en grupos según la semejanza de la factura; y, tomando como base ciertos comunes caracteres de estilo, determinar los nombres de los autores, ya atendiendo a las iglesias o palacios en que se han encontrado sus obras principales, ya tomando como base una obra sobresaliente.

Aquí tenemos al autor de los notables cuadros del destruído palacio de Palmella, con la leyenda de Santiago y de su caballero Pelayo Peres Correa. Por los nombres que el marqués de Souza-Holstein observara en la espada del belicoso apóstol y en el cinto de Pelayo, se le ha atribuído el nombre de *Marcos*. Pero, según Vasconcellos, este nombre sería el de un espadero (spadeiro); el autor me ha comunicado el siguiente pasaje, sumamente notable, de una comedia, *Eufrosina*, de Jorge Ferreira de Vasconcellos, que lleva la fecha de 1527: «Com Marcus me fecit na cinta para me por al tablero de la muerte por vida dos Coutinhos», etc. Este ciclo, interesante también como representación de trajes y costumbres, revela a un diestro narrador; naturalidad y vida no le falta, por más que haya hecho a su caballero algo grave y visionario, como un precursor del Caballero de la Triste Figura.

En la galería del Prado, de Madrid (núm. 2.150), hay un busto de Santa Catalina lleno de nobleza; en el nombre *Carvalho*, que se lee en la hoja de la espada, se ha querido reconocer asimismo el de un «espadeiro», pues da la coincidencia de que, allá por los años de 1633, hubo en Lisboa un espadero llamado Antonio Carvalho.

Dificulta aún más el arreglo de este caos la circunstancia de que estos ciclos de cuadros se solían repartir entre dos artistas, originandose de ahí una inevitable confusión. El mismo pintor que, juntamente con el discípulo de Metsys, Eduard, pintó en Thomar la historia de San Juan, se nos presenta luego, en unión de otro colega muy distinto de aquél, en Setubal, donde ambos se repartieron el trabajo de los catorce grandes cuadros de la iglesia del Buen Jesús.

Este es el mismo a quien Raczynski (pág. 153) llama el pintor de San Bento (da Saudade), por la procedencia de una de sus series de cuadros más características. Componen esta serie: *La Visitación* (donde María se muestra seguida de las mujeres Castitas, Paupertas, Humilitas), *La Epifania* (el mejor indudablemente), *La Presentación en el templo* y *El Niño Jesús entre los doctores* (alto, 1,78; ancho, 1,33; Laurent, 693-6).

Aquí es innegable la descendencia de Amberes; el recuerdo de estos cuadros se me vino a las mientes al contemplar, poco después, en el Museo de aquella población el tríptico de *La Epifania* (núms. 168-170), con cuyo autor tiene también afinidades, en mi concepto, el presunto Conrado Fyoll, de Francfort.

Las tablas de este pintor de San Bento muestran una característica mezcla de fidelidad a la Naturaleza y de amaneramiento. El asunto es sencillo e ingenuo; la mímica, animada hasta el desasosiego y la exaltación; la expresión raya a veces en el mohín; las cejas enarcadas constituyen un rasgo típico. De especial interés son las características cabezas de retrato que, en cierto modo, compensan la escasez que de ellos se nota en esa gran época del arte lusitano; su realismo es tal, que a veces toca en lo ordinario. Estas vueltas e inclinaciones de los personajes que forman aquellos grupos, y que gesticulan con manos y brazos, unidas a las muecas de pena, de contento o malicia de los rostros, ya mofletudos, ya escuálidos y alargados, demuestran que el autor en los años que residió allá en el Norte, se dejó arrastrar por la corriente de la época hacia el naturalismo.

De ejecución análoga es el cuadro ya mencionado por Guarienti, y atribuído al Blas del Museo del Prado, cuadro que representa una boda, y que fue pintado para el Hospital de la Misericordia, de Lisboa. El artista introdujo entre los personajes el retrato del Provisor del benéfico establecimiento, D. Alvaro da Costa, el mismo que negoció como embajador del rey Manuel, en España, la tercera boda del monarca. La iglesia, antes tan rica, de San Francisco de Evora, esta llena de reliquias de antiguos retablos de estilo semejante, entre los cuales figura la *Historia del Emperador Heraclio* y *La Invención de la Cruz*. A todos ellos superan en finura de ejecución y en nobleza de facciones las *Cuatro historias de Santa Ursula*, que antaño estuvieron en el convento de Madre de Dios, cuyo hermoso pórtico en el estilo de la época del rey Manuel se halla retratado allí tal y como se le ve aún hoy día; sólo faltan los relieves de Della Robbia, que fueron traladados al gabinete del rey Fernando (1).

El anónimo colega de aquel Maestro de San Bento, así como del Eduard de Setubal y Thomar, era superior a ambos en fantasía, humorismo y abundancia de elementos extraídos del mundo que le rodeaba, y ante todo por la manera de expresar los movimientos, así del cuerpo como del espíritu. Entre los pintores de aquel grupo se nos presenta como el más universal, al mismo tiempo que como el más nacional también. En sus obras encontramos con frecuencia un tipo de raza muy determinado, ibérico o mauritano, el mismo que se observa en las estatuas del pórtico de las iglesias de Thomar y Belem, en los relieves de *La Crucifixión*, de Santa Cruz de Coimbra, y en un portapaz de la Academia. Las proporciones son más reducidas allí que en las colosales figuras del pintor de San Bento. Sus figuras femeninas son superiores a las masculinas en grandeza

(1) Estas «terracottas» se debían a un natural de Pisa, Niculoso Francisco, que trabajó también por aquel tiempo en Portugal, y que ya era conocido por el pórtico de Santa Paula de Sevilla, y las pinturas de la Capilla de aquel Alcázar.

y hermosura: la expresión de gozo y beatitud que sabe darles, indica su vocación para pintar madonnas. (*Epifanía*, de Setubal). El artista en cuestión parece haber sido allegado a la corte.

En San Juan de Thomar pintó él cuatro obras de asunto eucarístico: *Abraham y Melquisedec*, *El Maná*, *La Cena* y *La Misa de San Gregorio*; de la historia del Bautista, *La decapitación y la ofrenda de la cabeza*. A más de hacer aquí alarde de una severidad casi ascética, probó Eduard hallarse familiarizado con los trajes y costumbres palatinas; los palacios, con sus fastuosos salones, vestíbulos y logias, nos dan una idea de la fantástica suntuosidad de los principescos interiores, no faltando tampoco en lontananza vastos castillos con torreones por el estilo de las torres de Cintra y Belem.

Sus cuadros nos transportan a la época del entusiasmo por el lujo arquitectónico, a las saturnales del estilo manuelesco, y él mismo parece haber sido «dilettante» en este arte. Sabe emplear todos los estilos, y siempre con oportunidad y tacto. En el cuadro de *La Cena* nos presenta la nave de una iglesia románica; como ornamento ha colocado un pórtico de estilo gótico en sus postrimerías. Pero también sabe emplear motivos del Renacimiento florentino, sobresaliendo especialmente en el estilo de vivo cromatismo de la época, con sus reminiscencias de las Indias occidentales, y esas «cose stravaganti et difficili d'architectura, secondo l'uso di quel paese», de las que habla Vasari, a propósito de Sansovino.

En la iglesia de los jesuítas de Setúbal se reconoce su pincel en las cuatro tablas de *La Anunciación*, *La Adoración del Niño Jesús*, *La Epifanía* y *La Ascensión*. Por último, de la iglesia del Paraíso pasó al Museo una serie de ocho historias de la vida de la Virgen, de cuyo alto valor puede formarse idea con sólo recordar que se le han atribuído al mítico Vasco. Monedas del tiempo de Don Juan II indican la fecha más remota en que se pudo empezar a ejecutarlos. La inscripción «Abram Prim», que se lee en el gollete del hermoso vaso del

Saludo inglés, no puede ser una firma; el nombre Abraham no suelen llevarlo allí los católicos. Acaso quiera decir «Primo Patriarca».

Característica predominante en los cuadros de este pintor es la serenidad. La Madonna misma dista mucho de expresar una gravedad dolorida, y en algunos cuadros se nos muestra francamente jovial. En *La Natividad* la vemos calentarse las manos al «braseiro». Esta *Natividad* tiene un hechizo de leyenda; por las hendidas bóvedas de aquellas ruinas, diez parejas de angelillos se ciernen cantando y jugeteando. Aquella extraña pintura del Edén es, sin duda, copia fidelísima de un jardín portugués. Una madre dichosa, de las de este mundo, con su robusto niño, de unos cuatro años, que juguetea a sus pies, y a la que unos ángeles traviesos, ebrios de placer y alegría, entretienen con cantos, músicas de guitarra y travesuras infantiles. Apenas sí en toda aquella época se trasladó a los lienzos una risa tan efusiva y cordial. En el fondo, junto al pozo, tan ornamental, uno de los angelitos se entretiene con un gozquecillo, haciéndole pasar por un aro. Las cabecillas y las naricitas tienen algo de típico; el resto de las figuras está trazado con más liberalidad. En cuanto al Niño Jesús, hubiera podido servir de modelo para representar a Hércules niño dando muerte a la serpiente.

El *San Sebastián* es una obra notable como trasunto de una vista de la Lisboa de aquella época. La ejecución del santo se figura allí en el primer término de una plaza, cerrada por altos caserones; el puerto es el mismo que nos muestran los antiguos grabados de antes del terremoto. Sólo desentona en el conjunto una edificación de monumentales proporciones: un edículo circular, en forma de terraza, con hornacinas y arcos para ventanas y estatuas, que el pintor colocó allí sin duda para dar la impresión de Roma, y que acaso quiera ser la fortaleza de Santangelo, restaurada como Mausoleo de Adriano, según la idea de aquel tiempo.

Velasco de Coimbra.

Pero en esta impenetrable noche de los anónimos descuella un luminoso astro; en una tabla se ha encontrado una firma antigua, auténtica, y, por fortuna, se trataba de una producción notabilísima y de tan peculiar carácter, que permitía esperar habría de reconocerse con certeza la mano del autor en otras obras, empezando por las tablas reunidas en el sitio donde se encontró aquélla. Nos referimos a la firma VELASCUS, descubierta en el cuadro de *La Pentecostés,* en la sacristía de la Catedral de Coimbra. Y esta obra capital no sólo enriquece nuestros conocimientos con el de una relevante personalidad artística, sino que también promete la solución, tanto tiempo buscada, al capital problema. En efecto; el nombre de Velasco y el de Vasco son una misma cosa.

El nombre que va inscrito sobre la cédula que hay a los pies de una figura del primer término, acaso autorretrato del artista, lo notó antes que nadie el pintor Antonio José Pereira, de Viseo, el mismo que sirviera de guía a Robinsón, y que siete años más tarde condujera al autor de estas líneas a la quinta de Fontello. El descubrimiento de Pereira fue publicado por Juan Cristino de Silva en el *Jornal do Comercio*, Lisboa, 30 Setiembre 1862, y sirvió de base al conocido artículo del experto británico, que fue traducido luego al portugués y dedicado al rey Fernando.

Tenemos a la vista tres vigorosas composiciones, ricas en figuras, tres retablos que, al renovarse la Catedral, fueron trasladados a la sacristía, reservándoseles los sitios que ocupaban: el *Ecce-Homo*, *La Crucifixión* y *La Pentecostés*. Son de carácter insólito, de color muy local y personal; un exceso cuatrocentista de fisonomías de jerarquías diversas, muchos trajes, mucha pasión y mímica. Donde más resplandece el genio del autor es en *La Pentecostés*.

A nuestra vista se abre un amplio y ventilado vestíbulo, en el noble y sobrio estilo del Renacimiento, en el que se con-

grega una compacta asamblea, dominada de gran agitación, por más que las figuras que la componen se hallen bien ordenadas en torno al eje medio y con arreglo a la profundidad.

Desde el vestíbulo, a través de tres arcadas, puede verse una sala de bóveda en forma de cúpula, con una claraboya redonda. En la hornacina del altar se alza una columnita con una imagen del Cordero, según la iconografía de los primeros tiempos del Cristianismo. Esta sala tiene salida a ambos lados, en el fondo, pudiéndose ver escaleras, puertas y ventanas; en el piso superior, un anciano contempla el prodigio.

En el vestíbulo está también reunida la comunidad de los primeros cristianos. Aquellas arcadas dividen en tres grupos la totalidad de las figuras. El del centro, o sea el principal, lo componen cuatro figuras de mujer arrodilladas alrededor de la Virgen, que lee en un libro sagrado colocado sobre un reclinatorio; por encima de sus hombros siguen la lectura las dos mujeres que están a su costado, a guisa de diáconos; a la derecha y a la izquierda, la muchedumbre de apóstoles y discípulos; pero, al paso que las mujeres reciben la llegada del Espíritu Santo, en actitud de tranquila plegaria, los hombres manifiestan sorpresa, turbación y éxtasis. Según la costumbre de la Sinagoga, se han recubierto la cabeza con las túnicas, a guisa de capuchas, y esperan el sagrado meteoro, agitando brazos y manos. Un anciano que escribe parece trazar el acta del prodigio.

En el vestíbulo de la sala ha colocado el pintor dos hombres, que, a ambos lados de la entrada, han caído de hinojos. La poderosa impresión de la divina inminencia, pocas veces se habrá expresado con mímica tan poderosa y enérgica como la de estas figuras, que recuerdan a los profetas de Miguel Angel.

En los dos cuadros de la *Pasión* sobresale el aspecto realista de su fantasía; ante ellos se piensa, ya en Durero, ya en Rembrandt; como ellos, el autor ha llegado, bien que en otro sentido, hasta los límites de lo posible, hasta la crueldad y el dolor.

El *Ecce-Homo* forma contraste con *La Pentecostés*, por la

disposición de la escena. Esta se desarrolla en el primer término, y los grupos que la forman parecen un amontonamiento de rígidas figuras. Es aquélla, verdaderamente, la expectación que se produce entre el público que asiste a un proceso cuando va a pronunciarse la sentencia. La muchedumbre se agolpa a la entrada del pretorio, que sostienen ricas columnas de estilo Renacimiento. A la izquierda, bajo el baldaquino, ceñida la cabeza de albo turbante, y envuelto en un manto de seda amarilla, está el Juez, y con la vara de la justicia en la diestra, apoyada sobre el pretil, trata de aquietar a la muchedumbre con un ademán. Junto a él se yerguen sus graves subalternos. Tres robustos sayones sostienen al Salvador y le muestran al pueblo. La figura de Jesús respira un dolor casi insoportable. Sus ojos están consumidos como por la fiebre, y todo El parece trastornado y desvahído de agotamiento y de dolor. Por debajo de toda esta escena sobresalen los bustos de los decuriones y soldados, que reparten a entrambos lados sus lanzas, dejando libre el espacio central.

En el tercer cuadro, *La Crucifixión*, todo está calculado para producir un invencible sentimiento de compasión. El Salvador, ya agonizante, cuelga de la cruz, con la cabeza y el busto inclinados del lado donde se halla la Virgen desmayada de dolor—un rostro consumido de anciana,—entre Juan y las mujeres. Los ladrones, vivos aún, pugnan por alzar la cabeza para contemplar a Jesús, suplicante el uno, poseído el otro de rabia infernal. La guardia romana se ha retirado a la derecha, donde las picas y alabardas forman un denso bosque, ante el cual van y vienen los soldados.

Ahora bien; ante las obras de este Velascus, se tropieza por primera vez con la cuestión del gran Vasco de los libros; es decir, con el problema que supone averiguar cuál de las personalidades artísticas que en aquel tiempo descollaban pudo ser la que vinculó en un solo nombre todo el proceso evolutivo de la antigua pintura portuguesa. Hasta ahora no ha sido posible resolver este enigma, lo cual no obsta para que todos los cua-

dros mencionados, hasta los holandeses, hayan sido atribuídos, con más o menos fundamento, pero siempre sin base concreta de juicio, a este misterioso artista, que está en todas partes y no está en ninguna. Ahora, por último, parece que vislumbramos tierra firme, con el descubrimiento de una firma auténtica en una obra importante.

En este punto conviene recordar que Velasco y Vasco es el mismo nombre visigodo, en su forma antigua y en su moderna forma abreviada. Esta última se encuentra muy rara vez antes del siglo xv; la otra, por el contrario, se usaba aún en el siglo xvi. Así como, según las leyes fonéticas del idioma portugués, de Pelayo, por elisión de la líquida se forma Payo, de Meléndez Méndez, de Venegas Vegas, de color cor; así también, de Velasco se derivaron Vaasco y Vasco. Este nombre es frecuentísimo en la Edad Media; su forma más generalizada es la de Valasco; menos corriente Velasco como pronombre; Velasco Fernandes (1055), Valascus Menendi, Valascus Martini, Vasco Martini Pimentel; aun más frecuente, como apellido Gil Velasqui, Nunus Velasquiz, Arias Valasci (Obispo de Lisboa) (1). El mismo nombre es también corriente en España; en las listas de obispos se le encuentra por primera vez en León (966-975); pero como nombre de pila ha caído en desuso. En la transformación fonética de que hemos hablado, consiste el que Velasco, Velásquez, se haya hecho tan raro en Portugal, como patronímico que sólo se le encuentra una vez en el Léxico de escritores de *Barboso de Bta.* Pero, aunque sea probable que el hombre cuya fama ha dejado en la sombra a todos sus contemporáneos, fuese un artista eminente, fecundo y popular, aun sin este hallazgo del nombre, sólo a él entre todos los artistas mencionados se le hubiera podido tomar por el gran Vasco. Sus obras, materialmente, no pueden haberse reducido

(1) *Portugalliae Monumenta historica voll Olisipone*, 1856. Valascus Fernandi, dapifer regis et curie maior domus: Vaasco Fernandi, 1176-82. *Monumento*, págs. 348, 405, 409 y 426.

a este grupo de Coimbra, que más bien debe considerarse como su obra maestra, como la coronación de su carrera artística. Entre aquellos grupos anónimos hay que buscar los antecedentes de esta obra, y en ellos debe encontrarse el reflejo de sus comienzos artísticos y de sus esfuerzos para emular a sus contemporáneos. En mi opinión, hay que reconocer su huella en el anónimo de que últimamente hemos hablado, y en él se debe ver al colega del maestro del *San Benito* y del *Eduard* de Setúbal y Thomar (V. *Tabla*, págs. 115 y 117), y el referido proceso de absorción pudo realizarse merced a olvido del nombre de sus colaboradores. Su carácter universal, la actividad con que trabajó para las fundaciones regias, el número de sus obras y de las de su escuela, el tipo nacional de sus figuras, la alegría y serenidad de sus mujeres, sus grandiosos asuntos, la riqueza y elegancia de los motivos arquitectónicos y ornamentales, orgullo del Portugal de entonces; todas estas condiciones habían de convertirle en el favorito de la nación. Ciertamente, ninguno de los pintores, tanto conocidos como desconocidos, de aquella época, hubiera sido más digno que él de esta glorificación de que le ha hecho objeto la posteridad. El epíteto de grande le corresponde en justicia, no sólo con relación a sus contemporáneos, sino por su mérito absoluto.

El problema del gran Vasco parece, pues, casi resuelto, no faltando ya sino reunir datos sobre su vida y su persona.

Vasco Fernandes de Vizeu.

Pero hay en Portugal aún un sitio algo apartado, que desde hace mucho tiempo viene reclamando la gloria de haber servido de cuna a su más grande pintor, al *príncipe de los pintores portugueses;* el obispado de Viseo, capital de la provincia de Beira alta. La catedral de Viseo guarda, como su tesoro más preciado, un grupo de pinturas, de las que se tiene por autor al pintor Vasco Fernandes, hijo de la población. Y estos nota-

bles cuadros vienen a embrollar el problema con una nueva cuestión, nada fácil de resolver.

Estas pinturas, grandes retablos con *predelas* parcialmente conservadas, se hallaban aún reunidos en la época de mi viaje en la espaciosa y clara sacristía, edificada en 1574 por el Obispo Ataide. El *San Pedro en su trono* estuvo primero en la capilla de la derecha del coro, donde aún subsistía su estatua. El *Bautizo de Cristo* procedía de la capilla del Bautista; La *Pentecostés*, de una capilla de la nave transversal; el *San Sebastián*, de una capilla fundada en 1653, llamada Vera Cruz. Veíase además una *Crucifixión* en la capilla llamada de Jesús, en el claustro. Recientemente han sido trasladados al coro de la Catedral *(capella mor)*. Se ha considerado estas tablas como testimonios fundamentales de la existencia e importancia del primero de los pintores portugueses. Pero esta hipótesis fundábase únicamente en una tradición local, cuyas pruebas escritas sólo se remontaban al siglo XVII. La primera noticia que de ella tenemos se encuentra en un manuscrito de la Biblioteca de Oporto, fechado en 1630, en el cual, un tal Pereira refiere la historia de su ciudad natal. Se enseñaba también un molino, en que se decía había nacido el pintor, y que aun hoy lleva el nombre de *O moinho do pintor*.

Se habían encontrado también documentos referentes a varios pintores de este apellido, que en Portugal es muy corriente; pero ninguno de ellos podía hacer relación al autor de estos cuadros, que debió haberlos pintado en la primera mitad del siglo XVI. No podía ser, por lo tanto, ni el Vasco allí bautizado en 1552, ni un miniaturista de la corte de Alfonso V (1458), así como tampoco el recientemente descubierto en Cataluña. Tampoco podía tratarse aquí de aquel Hanneken Valasco que en 1540 entraba en Amberes, en la escuela de Spueribol, toda vez que en un tiempo en que Franz Floris era recibido como cofrade, y Hemessen era buscado como profesor, difícilmente hubiera podido aprender allí un estilo pictórico como el que en las tablas de Coimbra se advierte.

Esta carencia de datos originales, la amplia expansión de su actividad, aquella nota de local patriotismo, todo esto tenía que dar motivo a grandes dudas, hasta sobre lo que probablemente constituye el núcleo auténtico de la tradición, sobre su existencia misma. Ahora bien; gracias a la perseverancia de un portugués, ha sido posible encontrar en el siglo xx la prueba de que, en efecto, allá por los años de 1512 a 1541 vivió en Viseo un pintor, Vasco Fernandes, que estuvo en relaciones con la Catedral, y que seguramente pintó el cuadro principal de aquel grupo (1). Por aquellos años, y durante toda una generación, tuvo allí en arrendamiento una casa y una viña del Cabildo catedral. Allí casó con Joanna Rodrigues; tuvo un hijo, Miguel Vaz, y varias hijas, una de las cuales llevó el nombre de Beatriz; el año 1543 ya había pasado a mejor vida. Se ha encontrado, asimismo, un documento escrito, según el cual, ya en 1607, al menos, era tenido por el clero de la Catedral como autor del *San Pedro*. En este documento expresa un Rector, Madeira, la intención de retocar el *San Pedro*, pues es obra de Vasco Fernandes, y bastará con limpiarlo y darle algunos toques en los sitios en que está deteriorado. Pero si es el autor del *San Pedro*, también pudiera serlo de los otros cuadros, pues la identidad de la factura apenas cabe discutirla, y en treinta años se han podido operar en ellos transformaciones que redundasen en su menoscabo. Pero el problema del gran Vasco no se halla resuelto de este modo, pues comprende dos cuestiones: una, la existencia del pintor de Viseo y su paternidad sobre las cuatro tablas; y otra, el valor de estas últimas y la justicia del dictado de *príncipe*, que por ellas se le ha dado, así como hasta qué punto puede equipararsele a su tocayo de Coimbra, al que hasta aquí creíamos deber considerar como el primero. A estas preguntas, por ahora sólo puede contestarse con razones sacadas de la comparación crítica de los estilos de unas y otras obras.

(1) Maximiano d'Aragao: *Grao-Vasco ou Vasco Fernandes, pintor viziese*. Vizeu, 1900.

Mi primera y última impresión fue que a entrambas preguntas debe contestarse con una negativa. El Vasco de Viseo no supera a los maestros conocidos de las ciudades meridionales del reino, en tan alto grado, que le sea aplicable el título de príncipe, que llevaron el Tiziano en Venecia y Rubens en Flandes; ni siquiera iguala al Velascus de Coimbra: la identidad entre ambos es más que dudosa.

Aquél es un dominador de todos los instrumentos de la pintura, de fuerza creadora inagotable y de verdadero temperamento artístico; en estotro se reconoce a un pintor *de práctica*, educado a fondo en una floreciente escuela, en el modelado del desnudo, en agrupar las figuras, pero sin una percepción delicada ni del color ni del claroscuro, ni aptitud bastante para expresar los altos estados anímicos ni las altas cosas que allí debió representar; incapaz asimismo de causar en nosotros emoción más profunda. Las sombras negruzcas, la dureza de la expresión, autorizarían para suponerle contemporáneo de una generación más remota, si sus ricos temas ornamentales y los encantadores paisajes del fondo de sus cuadros, especialmente de las *predelas*, copiados de la provincia de Beira Alta, no nos moviesen a suavizar nuestro juicio y a incluirle en la pléyade de los maestros de Lisboa y Coimbra.

*
* *

Fatal es para su gloria la comparación de su *Pentecostés* con la de Coimbra. Conocía esta obra, y acaso creyó mejorarla. La composición es más sencilla, más completa. Pero ha expresado su asunto en un tosco lenguaje. Rostros y gestos son uniformes y macizos, a veces vulgares e inexpresivos, los colores graves y terrosos, las actitudes ordinarias.

Esta *Pentecostés* parece un retoño embastecido y desmedrado de la de Coimbra.

En el cuadro de *Cristo en el Jordán*, el desnudo está bien

trabajado, como en el *San Sebastián;* pero el rostro de Jesús es absurdo y estúpido.

Aun más desfavorable tiene que ser el juicio sobre *La Crucifixión.* La degeneración del gusto hacia la barbarie se refleja en las caras anchas y esponjosas, en lo ordinario de la mímica, en lo torpe del dibujo, en el inarmónico amontonamiento de las figuras y en lo turbio del colorido. Sin embargo, Raczynski ha creído encontrar en este cuadro de *La Pasión* un carácter elevado (élevé).

La impresión que hace *Pedro en la Cátedra* es, sin duda alguna, majestuosa. El Apóstol Papa, revestido de rica capa pluvial, con ángeles bordados; en actitud grave, pensativa; perdida a lo lejos la mirada como pastor supremo, preocupado con el cuidado de su grey; elevada la diestra en actitud de bendecir, la mano izquierda con las llaves apoyada sobre el Evangelio abierto; esta mayestática figura del anciano Apóstol sentado en su trono de mármol, puede producir un imponente efecto sobre quien, saliendo de la oscuridad de la nave, fija los ojos en su pontifical aparato. Un viajero ha confesado que ninguna otra obra, ni siquiera la llamada de Dresde, ni tampoco la de la Capilla Sixtina, le produjo nunca tamaña impresión; en ninguna reconoció tan clara y patente la llama del genio como en ese cuadro, al que por ello consideraba como una de las «seis o siete obras maestras que hay en el mundo». Pero hay que ver las molestias del viaje que tuvo que hacer de noche, y en invierno, para ver salir el sol del nuevo día. Pues, a pesar de cuanto diga, las anchas y duras facciones del Apóstol son no más que severas y frías, y todo el cuadro, en cuanto a forma y expresión, es verdaderamente insignificante.

Así, aplicando una crítica libre de prejuicios a este ídolo de Portugal, no puede verse en él más que a un talentoso discípulo del maestro de Coimbra, que, al dejar su provincia, buscando nuevos modelos y alentado por la alta estima en que le tenían sus paisanos, se trasladó a la referida capital, retro-

cedió en su arte en vez de adelantar, y concluyó por adoptar un estilo poco satisfactorio.

***

El proceso por el cual la tradición local de este Vasco de Viseo llegó a enlazarse con el mito del Gran Vasco, es muy comprensible. Se había granjeado una alta estimación, desarrollando su actividad en la ciudad y en la diócesis; y como con él se extinguió su pintura y la pintura antigua, tuvo ante la posteridad la ventaja señalada por Dante:

> O vanagloria dell'umane posse,
> com'poco verde in sulla cima dura,
> se non e'giunta dall'etatte grosse.
>
> (Purgatorio, XI, 91.)

Mientras en la corte, bajo la influencia de los romanistas como Francisco de Hollanda, Vasco Pereira y otros, caían en el menosprecio los antiguos maestros, conservóse en Viseo un núcleo de admiradores de este hijo de la provincia y de la ciudad. Los canónigos que iban de Viseo a Lisboa, al ver los cuadros antiguos de la capital, probable es que dijeran: «Este es el estilo de nuestro Vasco.» Hasta hace poco, también se decía que en Alemania había muchos cuadros del Gran Vasco. La afinidad de nombre con Velascus, pudo allanar su fusión con éste. A ello contribuyó también el olvido en que cayeron sus colaboradores, el maestro de San Bento y el *Eduard* de Setúbal y Thomar.

Sir Charles Robinsón publicó, cuarenta años hace, un artículo en la *Fine Arts Quarterly Review*, hablando de los cuadros que había visto reunidos en Viseo, y en dicho artículo emitía la hipótesis de que hubiese habido una escuela de pintores en esta ciudad, dando un bosquejo cronológico de la misma, en nueve números. Este artículo, redactado con un conocimiento deficiente de los cuadros de la capital, ha contribuído a embrollar más aún la cuestión.

La existencia de una tal escuela provinciana lejos del centro de la capital y de la corte, que fue la que creó esta pintura portuguesa, parece poco probable de por sí, y no está abonada por lo que ocurriera en otras provincias del reino. Y los cinco cuadros de la sacristía no presentan caracteres especiales, ni son de un valor que no tenga igual en otra parte. Falta, por último, todo vestigio de un desarrollo previo que explicase la operación de estas obras tan complicadas.

La suposición del autor inglés parte de la base de un grupo de tablas antiguas, catorce en número, reliquias de un retablo, que se conserva en la sala del Cabildo de la Catedral, y que se supone datan de 1500 a 1520. A éstos agrega el cuadro encontrado allí por aquella época (1520), con la firma *Vasco F. R. Z.*, obra, en su concepto, del Gran Vasco. Por el contrario, atribuye al Velascus de Coimbra las cuatro grandes pinturas de la sacristía, que supone ejecutadas en el cuarto decenio.

No he visto aquel cuadro, cuyo dueño, el pintor Pereira, debió haberlo enajenado entretanto; pero M. Latonche, que pudo examinarlo, encontró la firma sumamente *questionable*. Esos hallazgos de cuadros, sobre todo si llevan firma y nombre, hay que acogerlos con gran circunspección. Es algo atrevido alegar una tabla determinada, sobre la cual campea un nombre más que discutible desde el punto de vista paleográfico, para la solución de un problema, sobre todo cuando se trata de hacer negocio con el descubrimiento.

Las catorce tablitas de la Sala Capitular fueron, probablemente, obra de un pintor relacionado con la corte del rey Manuel. Sirve de base a esta opinión mía un tríptico del Museo de Lisboa, cuya tabla central representa a la Madonna sentada en un trono de mármol con dosel, teniendo a ambos lados sendas figuras de ángeles inclinados, en actitud de ofrecer al niño respectivamente una azucena y un platito de fresas. Las hojas laterales correspondientes a esta tabla central—las tres tienen el mismo fondo—representan al Bautista y a Santo Domingo en actitud de presentar a la Madre de Dios dos príncipes, hi-

jos del rey Manuel. El uno es Juan, nacido en 1502, con las inconfundibles facciones del Rey; el otro parece Alfonso, nacido en 1509.

La segunda obra, de grandes proporciones, no escapa a la observación de ningún visitante del Museo. Consta de dos grandes tablas, entre las cuales es posible se alzase una estatua. María se halla sentada en su trono, ante una espaldera de rosas; sus abundosos cabellos caen en rizos sobre los hombros. Viste un traje de púrpura, que llega en amplios pliegues hasta el suelo. A la izquierda se ve a una anciana, Santa Julita, a juzgar por la inscripción; a la derecha, en traje azul, al santo niño *Guerito* (Cyriacus), con el clavo de la Santa Cruz en la mano que le caracteriza. En la segunda tabla reprodujo el artista a Daniel, casi adolescente, sentado en la silla de los jueces, con birrete rojo y un ropón de pieles amarillo; delante de él vemos a Susana envuelta en rojas vestiduras, con sus dos acusadores. A través del vestíbulo, con escalinata, se ve la amplia Praça donde los dos viejos culpables reciben el condigno castigo.

*
* *

Esta antigua escuela portuguesa desaparece con la muerte de D. Juan III, y puede asimismo decirse, con el acabamiento de la dinastía y la toma de posesión del reino por Felipe II, después de la trágica muerte de Don Sebastián. En las postrimerías del siglo XVI impúsose en toda la Península el gusto italiano preconizado por Francisco de Hollanda. En 1542 llega a Lisboa Antonio Mor, llamado para retratar a la prometida de Felipe II, y su aparición es acogida con agasajos correspondientes a sus méritos; pero Mor no pasaba de ser un retratista; después de él vino el que se ha llamado su discípulo, Cristóbal de Utrecht (1550), el cual hizo un retrato de Don Juan III; y otro holandés, Joons van der Estraten, pintó el retrato de Don Sebastián (1556).

La escuela de los romanistas apenas si se halla aquí repre-

sentada por artistas de verdadero valer. Sólo uno logró descollar en Sevilla: Vasco Pereira, al cual se llegó a confundir con el gran Vasco. Pereira se llama a sí mismo tan pronto lisbonense como de Evora (Evorensis lusitanus); pero la mayor parte de sus obras proceden de Andalucía. En el Museo de Lisboa sólo hay de él una pareja de apóstoles con la firma V. P. L. 1559. Era también pintor de frescos y «estofador» de cuadros en madera. La iglesia de San Juan, de Sanlúcar de Barrameda, posee un *San Sebastián*, obra en la cual se muestra no más que como discípulo (1). El cuerpo atlético y pesado no pasa de ser un sólido estudio anatómico; en el abrupto paisaje rocoso se ven diversas escenas, sobre todo una cacería de delicada pintura.

Su obra maestra se halla, a no dudar, en San Juan, en Marchena, y es *El saludo inglés* (1575), que en la energía del colorido y del claroscuro supera a las obras de sus contemporáneos, con no ser, después de todo, sino trasunto del cuadro del Tiziano en San Salvatore, que le era conocido por el grabado de Cornelio Cort (1571). En Dresde (Dresdener Galerie), tenemos una *Comunión de San Onofrio* (1583). Pereira, por último, colaboró en las pinturas que se hicieron para el túmulo de Felipe II en la Catedral de Sevilla. El haberse salvado del olvido débelo a haber firmado sus obras. No obstante, se le ha confundido a veces con el Luis de Velasco, de Toledo (fallecido en 1606), el rival del Greco, célebre por su amaneramiento.

Hay que considerar como una dicha que el gusto artístico, de que este Vasco en miniatura era corifeo, penetrase en Portugal en una época en que sólo quedaba el recuerdo de su florecimiento político. De otra suerte, hubiéramos tenido obras sin fisonomía propia, hueras de remate, con mucho de estéril técnica, obras por el estilo de las de los Floris y Vargas.

---

(1) Tvnc discebam Vasq Perea Lusitanq de Vrbe. Lixbonensis. Anno 1562.

Ahora bien; a pesar de todo, campea sobre su arte un reflejo de la época gloriosa, de aquella época en que la diminuta nación lanzaba a los mares sus descubridores y conquistadores y plantaba su estandarte en los extremos de la tierra, adonde no alcanzaron las fronteras del antiguo Imperio romano. Y, como en la naturaleza del país, así se da el contraste en su pintura: Sur y Norte, viejo y nuevo.

La unión con los holandeses aparece aquí como algo más que un simple acaso. Los destinos de ambas naciones tienen algo de semejante; ni una ni otra parecen llamadas, por su poca extensión y su aislamiento geográfico y étnico, a formar Estados independientes; sus vicisitudes históricas las han conducido, sin embargo, a procurar su independencia, y por ella han combatido brava y denodadamente para alcanzarla y defenderla. Naciones de navegantes por naturaleza, disfrutaron durante largo tiempo de la hegemonía mercantil, llegando a poseer un poder y una riqueza desproporcionadas a sus dimensiones. Su lucha contra la opresión terminó con el triunfo, gracias al interés que en ella tomaron poderosas naciones, y esta victoria hizo que se desarrollase un exagerado sentimiento de amor propio.

La pintura portuguesa del siglo XVI, aunque discípula en parte y retoño del Norte, puede, sin embargo, aspirar a la jerarquía de escuela nacional. Cierto que hubiera alcanzado otros matices a haberse desarrollado sobre una amplia base de tradición propia, o a haberse sometido a la disciplina de los italianos. Pero sus pintores, aunque hubiesen nacido en el extranjero, como aquel Frey Carlos, no pudieron substraerse al espíritu local. El país a cuyo servicio entraban, no sólo les trazaba sus deberes, sino que además les imponía sus tipos nacionales, su arquitectura, y un estilo decorativo sumamente original; en una palabra, su tipo de familia. El arte holandés, abierto al mundo externo, era ya una educación para la originalidad. La complacencia en el detalle, tan enojoso para los amanerados; la caracterización fiel y bien entendida de los objetos externos,

de un candelabro gótico, de un relieve de della Robbia, de un trono del Renacimiento, el amor al paisaje, parecen ser dotes del genio germánico; la íntima acomodación de la leyenda al ambiente de la vida cotidiana es, sin duda, un rasgo peculiar al cuatrocentismo; pero en la invención y disposición de los cuadros se advierte la aireada espaciosidad del medio día latino, que trasciende también en la sencillez y ligereza, en la jocundidad terrena y en el gran estilo.

Carlos Justi

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO VIII

De la concordancia en las oraciones impersonales.

242.—Mucha disparidad existe en las gramáticas en cuanto atañe a las oraciones de verbo impersonal, y de algunos autores puedo decir que han tratado el punto con notoria ligereza.

Ocurríame, y creo que lo mismo acontecerá a cuantos ponen cuidado para ser correctos en su lenguaje, tener que detenerme perplejo a considerar si había de conceder al verbo el número singular o plural en algunas de estas oraciones de carácter impersonal; y a pesar de mi afán por salir bien del paso, y aun acudiendo en consulta a las gramáticas que tuviera más a mano, debo confesar que no pocas veces heme visto forzado a dar un rodeo para no pisar en falso, a tener que buscar otro giro a la frase por temor al solecismo.

Recostándome, en parte, al parecer de los más eminentes gramáticos que han tratado el punto, ateniéndome siempre al uso más común, y a la vez más erudito, y poniendo en muchas ocasiones mi propio razonamiento, creo haber llegado a obtener luz suficiente para ver claro y no tener que andar a tientas en estas construcciones, y aun espero que pueda ser de utilidad mi trabajo para cuantos se empeñan en escribir con corrección.

No pretendo haber dado con una clave infalible, ni creo haber seguido una lógica que sea de todo punto irrefutable; he tratado de aclarar los casos en que la concordancia me parecía dudosa, y antes que a la especulación puramente gramatical, me he atenido al uso que predomina en los escritores de más valía, si bien omitiendo el recargo de citas, en mérito de la brevedad.

Algunas de las oraciones que presento no aparecen como impersonales en las gramáticas; tal ocurre con algunas que se construyen con el pronombre *se*, las que son miradas como de pasiva o de infinitivo. En ellas falta el agente de la acción del verbo, y su ausencia queda vagamente indicada por el pronombre *se*, que así puede referirse a una persona como a muchas. Falta, por tanto, el sujeto agente; pero se tiene el recurso de asignarles un sujeto pasivo, que estará expresado por la persona o cosa en que recaiga la acción del verbo.

En la oración «*digo disparates*», p. ej., queda determinado que hay una persona que ejecuta la acción de decir, y se calla por elipsis; existe, pues, un sujeto agente, aunque tácito; en «*dicen disparates*», entiéndese que las personas son varias; pero al decir «*se dicen disparates*», el pron. *se* ofrece un agente indefinido, que puede ser una persona, como pueden ser muchas; es como si se significara solamente que *los disparates son dichos* sin querer dar a conocer quién ejecuta la acción. Bien está que se tome a *disparates*, en este caso, como sujeto pasivo, ya que la oración toda parece no tener otro objeto que el de dar a conocer la existencia de los tales disparates, y a ellos se refiere la acción del verbo; esto no quita que subsista la impersonalidad con respecto al agente. Si se adoptara, en estas oraciones, como nominativo al pronombre *se*, y cuéntese que como tal le quieren no pocos gramáticos, el nombre que tomamos como sujeto pasivo podría ser admitido como un complemento; y se daría el caso de que en estas oraciones es posible la concordancia entre el verbo y su complemento, cosa que no admitirá sino muy contado autor.

Se trata, indudablemente, de cuestión intrincada y muy discutible, como que admite razonamientos muy diversos; pero no me guía el afán de aclarar conceptos gramaticales de lógica pura, sino el deseo de poder determinar prácticamente el número que ha de corresponder al verbo en cada caso; y a ello voy.

*
* *

243. En las oraciones de verbo impersonal, dado que no existe el agente de la acción expresada, lo propio es que vaya el verbo en singular.

En «LLOVIERON TRES DÍAS SEGUIDOS», frase que he visto en letras de molde, el dislate no puede ser mayor. Ha de saberse que el verbo, como bien lo dan a entender las gramáticas, no concuerda con los complementos, sino con el sujeto, que en este caso no existe; y aun cuando se quiera admitir como tal a Dios, el cielo o la naturaleza, será siempre un sujeto unipersonal que mal podrá concordar con un verbo puesto en plural. Se dirá, por tanto, «*llovió un día*», como «*llovió tres días*»; no son los *días* los que *llueven*, ellos sólo agregan una circunstancia de tiempo a la acción del verbo. Para mayor comprobación puédese cambiar el giro de la frase propuesta, y sea que se diga: «*estuvo lloviendo tres días seguidos*» o «*llovió durante tres días seguidos*», el sentido no habrá sufrido variación alguna, y no habrá podido sacarse al verbo del núm. singular que evidentemente le corresponde.

En el ejemplo de D. Antonio de Solís, citado por Bello: «Acudieron los mejicanos a Cortés, clamando sobre que no *llovían* sus dioses», es innegable que el verbo ha perdido su sentido impersonal desde que se concede a tales *dioses* la facultad de llover.

Si bien lo propio es que se diga: «*llovió* piedras», «*llovió* balas», etc., el uso más común suele poner el verbo en plural en estos casos; y baste para muestra el título de la celebrada comedia de D. Ventura de la Vega, *Llueven bofetones*, donde

se quita al verbo su significación impersonal, pues es como si se dijera que los bofetones *abundan* o *menudean*.

*
* *

244. Como bien lo dice la Gramática de la Acad. (página 151), hay verbos que, no siendo impersonales de suyo, toman este carácter en algunas de sus acepciones. En tal condición está el verbo *hacer* cuando se emplea para indicar tiempo o temperatura; v. gr.: «*hace* un año o *hace* muchos años»; «*hace* un calor terrible o unos calores terribles» (1); y otro tanto ocurre con el verbo *haber* cuando denota trascurso del tiempo como *hacer*, v. gr.: «*habrá* quince días», o cuando predomina en su significado la idea de existencia, v. gr.: «*hay* una novedad», o «*hay* muchas novedades», «*hubo* fiesta» o «*hubo* grandes fiestas», «*habrá* función» o «*habrá* varias funciones».

245. La Acad. indica y ejemplifica acertadamente en su *Léxico* estos usos impersonales de *haber*, y en la *Gram.* pone, entre otros, este ejemplo: «hubo guerra o guerras». Lo malo es que esta Corporación haya echado a rodar toda lógica, todo acierto, cuando trata de la construcción del verbo con el pronombre (págs. 240 y 241 de la *Gram.*). Dice en esta parte: «Con los verbos *haber* y *hacer* se usan las voces *le* y *la*, *los* y *las* como *nominativo* de los pronombres de tercera persona *el* y *ella*».

Resulta que gastan los señores académicos unos versos de

(1) No falta uno que otro ejemplo de los clásicos españoles en que el verbo *hacer*, aplicado al trascurso del tiempo, se hace concordar indebidamente con lo que debe ser su complemento; tal este de Cervantes, citado por Bello (*Gram.* 341): «Hoy *hacen*, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días, que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina»; pero si no se trata de erratas, es, por lo menos, práctica que no toleraría hoy ni el más indulgente de los filólogos o hablistas. Sólo en Salvá (*Gram. Cast.*) halla aceptación esta rara concordancia.

Solís y otra cita de Iriarte para mostrar un «*la*» y un «*las*», que son presentados como nominativos, vale decir, como sujetos o agentes de la significación del verbo, sin ver siquiera que se acompañan con «*hay*», forma esencialmente impersonal del verbo haber.

Y a continuación se lee: «Así, en fin, habiéndose mencionado antes los sustantivos razones o antecedentes, u otros al caso, decimos que *las* hay o *los* hay, *los* había, *las* hubo, etcétera.» ¿Entiendes, Fabio?... Apostaría que hasta los mismos académicos que esto redactaron no llegan a entender bien lo que decir quisieron; y, por tanto, no será raro que mis lectores se queden ayunos con semejante explicación.

Trataré de aclarar el concepto académico para mostrar su error.

Si preguntamos, trayendo a colación el mismo ejemplo de oración impersonal dado por la Acad.: «¿*Hubo* guerras?»; podráse contestar: «*las* hubo». Ahora bien; este *las* es el nominativo que nos brindan los señores académicos, sin poner mientes en que *guerras* es el régimen directo o acusativo del verbo haber y en que *las* está en el mismo caso, es decir, en acusativo. Y para que *las* fuera nominativo o sujeto, ¿cómo explicar su discordancia de núm. con el verbo? (1).

246. Deja establecido Bello (*Gram.*, § 343) que los infinitivos y gerundios de los verbos impersonales comunican su impersonalidad a los verbos de que dependen; se dirá: «*comienza a llover piedra o piedras*», «*está lloviendo piedra o piedras*», «*suele hacer un calor o unos calores terribles*», «*puede haber*

(1) La nueva edición de la *Gram.* (la de 1911) salva este dislate en los siguientes términos: «En el ejemplo *¿Ha habido heladas?—Las hubo*, vemos que estando el nombre y el pronombre *heladas* y *las* (estas tres palabras, según mi entender, han debido estar entre comas o paréntesis) están en singular, aquellos no son nominativos, como lógicamente pudiera pensarse, sino que se trata aquí de un modismo del idioma, por el cual el verbo *haber* significa la existencia del acusativo regido» (página 239).

guerra o guerras», *«ha de haber un alumno o varios alumnos»*, etcétera, casos en que los nombres que acompañan a los verbos son complementos y no sujetos; de modo que mal podría sacarse a los verbos del número sing. que les corresponde por su misma impersonalidad.

***

247. Casi a oscuras nos deja la Acad. en lo tocante a las oraciones en que el pron. *se* indica el sentido impersonal.

Los gramáticos y filólogos que han estudiado el punto están contestes en que se construye el verbo en sing. si su acción recae en un complemento que lleve la preposición *a* y que ha de estar constituído por un nombre significativo de persona. Si falta esta preposición, por tratarse de indeterminada persona o de una cosa inanimada, se tendrá una oración de pasiva en que el verbo ha de concordar con el nombre que viene a considerarse como sujeto.

Con este lugar de Jovellanos trataré de aclarar los dos casos que se presentan: «En vano *se prohiben los escritos* que lo contienen; en vano se *persigue a los autores* que los propagan» (*Tratado de enseñanzas, ética*).

En la oración «en vano *se persigue a los autores*» está el primer caso que señalo; *a los autores* es complemento (1), y

(1) Si bien no faltan gramáticos que ven en este complemento un caso acusativo o régimen directo, Bello y Cuervo se inclinan a considerarlo como dativo o complemento indirecto. Y en prueba de que corresponde este caso, argúyese, entre otras razones, que cuando este complemento viene a estar constituído por el pron. de 3.ª persona, se emplean las formas del dativo *le, les*, con más propiedad y corrección que las del acusativo *lo, los, las*; así, en el ejemplo citado, se dirá «se *les* persigue» y no «se *los* persigue», y servirá este mismo *les* aun tratándose de *autoras*, aunque es de advertir que el mismo Bello consiente las formas femeninas toda vez que convengan para mayor claridad de la frase, en lo que tiene de su parte a no pocos escritores y gramáticos.

como no hay sujeto va el verbo en singular. Caeríase en imperdonable solecismo si se dijera «se PERSIGUEN a los autores».

En el ejemplo tomado a Jovellanos está la proposición: «*en vano se prohiben los escritos*», donde el nombre *escritos*, admitido como sujeto pasivo, viene a concordar en número con el verbo; no podrá decirse, por tanto, «*se* PROHIBE los escritos». Si se quiere mayor compulsa, pásese la vista por estos ejemplos: «Otras notas pertenecen a la crítica y filosofía de las humanidades. En ellas *se señalan las imitaciones* de los poetas clásicos de la antigüedad y de la Edad Moderna que hizo el inmortal autor del *Quijote*; *se examinan las bellezas* de su estilo, *los defectos* de sus versos y, en fin, *se analizan los juicios* de este célebre escritor «(Crítica al comentario que puso al *Quijote* Clemencín, por A. Lista, *Biblioteca Clásica*, tomo CLXXX): «Los capitalistas trabajan casas y palacios, que nadie les había estorbado hacer antes; *se reparan los templos*; *se* EMPEDRAN (es *empiedran*; no habrá sido Sarmiento, seguramente, el que olvidó la *i*) *las calles*; y por primera vez se habla de gas, ferros carriles, teatros, etc.» (D. F. Sarmiento, *Obras*, tomo XXV, pág. 142).

Sépase que ha de decirse: «*Se venden caballos*», «*se alquilan estas casas*», «*se compran estampillas usadas*», «*se reciben pensionistas*», «*se fabrican carros y carruajes*», «*se necesitan agentes para la venta de este específico*», etc. Y sépase también que, dado el uso adoptado por los mejores hablistas y gramáticos, incurren en verdadera trasgresión sintáctica cuantos ponen el verbo de estas oraciones en singular, como he tenido ocasión de verlo en letreros y avisos de diarios.

En la revista madrileña *La Lectura* (núm. de Noviembre de 1908) se inserta una crítica de Cejador a *Los duendes del lenguaje*, de Benot, donde se lee lo siguiente: «Los complementos *a mi hermano* o *a los hombres*, en las frases *se alaba a mi hermano* o *a los hombres*, dice Benot que son acusativos. Yo estoy porque son dativos....»

La verdad es que, para lo que me propongo dilucidar, lo mismo da que se considere a tales complementos como directos o indirectos.

Y cuéntese que no es ésta trasgresión del vulgo solamente; la cometen, a las veces, muy buenos escritores al confundir estas proposiciones con las verdaderas impersonales, con las otras oraciones cuasi reflejas de tercera persona, que se clasifican como irregulares por carecer de sujeto.

Podrá argüirse que no son los caballos agentes de la acción de vender, ni las casas las que ejecutan la acción de alquilarse, etc., etc..., y, al menos en este punto, se estará en lo cierto; que precisamente por lo mismo, se consideran a estos nombres como sujetos de voz pasiva, lo que puede verse claramente dando otro giro a la oración: «*Se venden estos caballos*» equivale a «*estos caballos son vendidos*» o «*están para ser vendidos*»; y mal podrá hallarse la misma equivalencia entre «*se venden estos caballos*» y «*estos caballos son* VENDIDO» o «*están para ser* VENDIDO», lo que viene a mostrar la inconveniencia del verbo singular.

En caso de no admitirse tales sujetos, forzoso será convenir en que hay verbos que pueden concordar con su complemento en ciertas oraciones de carácter impersonal, lo que será un absurdo para muchos gramáticos.

Benot (*Arquitectura de las lenguas,* tomo II, lección XIII) admite en estas construcciones, que acertadamente llama *pasivo-impersonales*, un *acusativo sustantivo de cosa*, concordante con el verbo (y presenta, entre otros, este ejemplo: «Esta *habitación* se alquila» o «estas *habitaciones* se alquilan»), o un *acusativo sustantivo de persona,* sin concordancia (v. gr.: «Se admira *a los héroes* por todos los buenos»).

Podrá variar cuanto se quiera la apreciación gramatical; se podrá llamar complemento lo que para Bello y otros gramáticos de nota es un sujeto pasivo («*esta habitación*» en el ejemplo de Benot, que acabo de transcribir), lo cierto es que no hay autor que disienta en cuanto al número gramatical que corresponde al verbo en cada caso; y esto es, precisamente, lo que más me importa dar a conocer.

Un distinguido colega mío, muy dado a estudios del len-

guaje, en un erudito trabajo sobre el *Quijote*, escribe: «Se DESCONOCE *aún las verdaderas causas de las mutaciones fonéticas.*» «*Resultados que se* BUSCA»; y es indudable, que si hemos de atenernos al parecer de los más ilustrados gramáticos, los verbos *desconoce* y *busca* han de estar en plural. En el segundo ejemplo, paréceme ver patente la intención de evitar el sonsonete que resultaría al pronunciar: «*Resultados buscados*»; pero, de mí sé decir, que hubiera preferido caer en el sonsonete antes que en el solecismo. En el mismo *Quijote* no faltan ejemplos que contraponer al que acabo de impugnar, y a pelo encaja el siguiente pasaje: «Y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, o *los defectos que se procuran*, redundan en la carne del marido (primera parte, cap. XXXIII); donde «*los defectos que se procuran*» equivale a decir, según lo anota casualmente Clemencín en sus *Comentarios*, «*los defectos que se buscan*».

248. Es innegable, que cuando se construyen estas oraciones con nombres de personas o seres animados tomados indeterminadamente, y digo indeterminadamente, porque no siendo así, corresponde intercalar la preposición *a*, bien podría tolerarse el verbo en singular, toda vez que con ello se viniese a evitar ambigüedad o duda.

Trataré de ilustrar este caso.

Hay en mi pueblo la necesidad de trasportar los presidarios desde la cárcel al tribunal, que dista varias cuadras, para tomarles declaración; y hasta hace algunos meses se les llevaba a pie, porque las autoridades superiores no habían podido conceder una pobre ambulancia: quien haya contemplado el triste espectáculo que ofrecían los presos al ser trasportados en esta forma y dijera que *en Dolores se paseaban presidarios por las calles*, no hablaría con tanta precisión y verdad como el que se permitiera decir que *en Dolores se paseaba presidarios por las calles.* Con igual criterio, dice Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 213): «en nuestra humilde opinión, es incorrecto este

lugar de Jovellanos: «*Entonces se ahorcaban hombres a docenas*»; porque el autor quiso decir que los hombres *eran ahorcados,* y lo que naturalmente se entiende es que *ellos mismos se ahorcaban*». Y en las mismas condiciones viene a estar este pasaje de Sarmiento (*Obras*, tomo XXV, pág. 142): «*Se degollaban las mujeres y los niños.*»

Bello resuelve con acierto el punto al establecer que no deben usarse estas construcciones cuasi reflejas de tercera pers., cuando hay peligro de que se confunda el sentido puramente pasivo con el reflejo (*Gram.* cap. XXIX, pág. 335). Y es obvio que, para no poner el verbo en singular y para evitar a la vez toda ambigüedad, basta cambiar el giro de la oración, recurrir, p. ej., a la forma pasiva que se construye con el verbo ser y el participio del verbo empleado.

***

249. Salleras se encarga de presentar un caso que, como se verá, resulta anómalo desde que disiente con la reglamentación que se tiene establecida en la concordancia de sujeto y verbo; pero que puede apreciarse, como caso muy regular, si se mira un complemento en lo que damos en llamar sujeto pasivo. Dice el distinguido gramático *(Gram.*, pág. 264): «Si el verbo tuviese cierto carácter impersonal y precediese al sujeto (sujeto compuesto), se pondrá aquél en singular, aunque el segundo nombre sea plural»; y a continuación presenta los siguientes ejemplos: «*Se vende mucho trigo y cebada.*» «*Se consumió mucho trigo y patatas.*»

Bello consiente que se ponga el verbo en singular o plural en construcciones semejantes: «*Se alababa*» o «*se alababan su magnanimidad y constancia*», «*se requería*» o «*se requerían mucha firmeza y valor*» (*Gram.*, cap. XXXI, 349).

Cervantes escribió: «*El buen paso; el regalo y el reposo allá se inventó* para los blandos cortesanos» (*Quij.*, 1.ª parte, capítulo XIII), ejemplo que pudiera dar pie para sostener que el

caso presentado por Salleras ocurre aun cuando el sujeto compuesto preceda al verbo; mas es indudable que en construcciones como la que presento, más se usa hoy el verbo en plural, como lo piden las reglas más elementales de concordancia; lo que ha hecho en este caso Cervantes es recurrir a la elipsis que permite referir el verbo al nombre más próximo dejándolo sobrentendido en los que anteceden; prueba de ello es el ejemplo que sigue en el mismo párrafo: «mas *el trabajo*, *la inquietud* y *las armas*, sólo *se inventaron* e *hicieron* para aquellos que el mundo llama caballeros andantes.

Lo más propio, a mi ver, será adaptar estos casos a las reglas generales que tienen establecidas las principales gramáticas para la concordancia de sujeto y verbo; convendrá, por tanto, poner el verbo en plural en los ejemplos que acabo de citar. Y me place el poder presentar, para mayor aclaración de este punto, el siguiente ejemplo de nuestro popular escritor D. Martiniano Leguizamón: «*Búscanse colorido, tipos, escenas y paisajes* nuevos» (De *Cepa Criolla*, pág. 78).

***

250. Cuando en estas construcciones, que Bello llama cuasi reflejas de tercera persona, acompaña al verbo pronominal o reflejo otro verbo en infinitivo, puede ocurrir que el primer verbo vaya en singular o plural.

Se dirá: «*se desea empedrar algunas calles*», «*se quiere recorrer muchos kilómetros* en un día, «*se pretende reformar los programas*», «*se prohibe fijar carteles*» (1), etc., y habrá im-

(1) Es indiscutible que menor, mucho menor, es el número de los que caen en el error de escribir «SE PROHIBEN *fijar carteles*», que el de los que dan en estampar en las paredes—y debe ser éste achaque de argentinos solamente—letreros que dicen: «*es prohibido pegar carteles*», como otros ponen: «*es prohibido fumar*», «*es prohibido escupir en el suelo*», etc. Bien estaría que llevaran el verbo *ser* las prohibiciones que pudieran dimanar del Eterno, ya que ellas existen, han existido y existirán siempre; pero,

perdonable solecismo si se pone el verbo en plural en cualquiera de estas oraciones.

En cambio, si se dice: «*se pueden empedrar algunas calles*», «*se pueden recorrer muchos kilómetros* en un día», «*se deben repartir carteles*», «*se deben reformar los programas*», etc., se habrá construído el verbo con toda corrección, aun cuando no falte uno que otro autor de nota que adopte el singular.

Si bien el sentido indica en cada uno de estos casos la concordancia que corresponde, para poder determinar con facilidad y precisión el número del verbo, basta, según aconseja el ilustre gramático mejicano D. Angel de la Peña (*Gramát.*, página 306), poner el infinitivo en la forma pasiva expresada por el participio y el auxiliar *ser*. Tomaré una de las oraciones que exigen verbo singular, por ej.: «*Se desea empedrar algunas calles*»; hecha la conversión que queda indicada, resulta un absurdo («DESEAN SER EMPEDRADAS ALGUNAS CALLES»), pues algunas calles no pueden tener deseo alguno, lo que viene a probar que *calles* no puede ser sujeto de la acción de desear; y sea que el sujeto esté en el infinitivo (*empedrar*), como lo afirma Bello, o sea que no exista por tratarse de oración impersonal, lo cierto es que el verbo tendrá que ir en singular, así en ésta como en las otras oraciones que la acompañan.

Cuando los complementos expresan persona, v. gr.: «*se quiere elegir varios alcaldes*», «*se piensa invitar algunas personas*», etc., no hay necesidad de cambiar el giro de la oración, ni de acudir a expediente alguno para comprobar el absurdo, dada la anfibología que resultaría si se pusiera el verbo en plural; pues nos quedaríamos sin saber si es que los

---

tratándose de disposiciones tomadas por los hombres, que pueden ser más o menos transitorias, que estarán en vigor desde que se promulgan o mientras quedan a la vista tales letreros, paréceme más propio el verbo *estar* o el verbo *quedar* (*está prohibido*, *queda prohibido*, etc.), dado caso que no se quiera recurrir a la construcción impersonal «*se prohibe*» (*se prohibe fijar carteles*, *fumar*, *escupir en el suelo*, etc.), que es, sin duda alguna, la más apropiada.

alcaldes quieren elegirse ellos mismos o ser elegidos, y si son las personas mismas las que piensan invitarse o piensan ser invitadas, o si otras personas (que quedan indefinida o vagamente indicadas por el pronombre *se*) son las que tienen tal deseo o intención.

Ahora bien; aplicando el procedimiento aconsejado por de la Peña a cualquiera de las oraciones construídas con los verbos se *puede* o *se debe*, el sentido no quedará desvirtuado, v. gr: «*Se deben reformar los programas*», dará «*deben ser reformados los programas*»; lo que indica que se puede usar el verbo en plural, y tal lo aconsejan, en oraciones semejantes, Bello, el mismo de la Peña y otros gramáticos distinguidos.

251. Con todo, encuentro que hay casos, en estas construcciones, en que resulta obligado el verbo singular.

Sígame el lector y lo verá.

Se podrá decir: «*Se pueden matar* varios pájaros de un tiro», o «*se puede matar* varios pájaros de un tiro»; y será, si se quiere, preferible la primera construcción, ya que resulta bien el decir: «pueden ser matados varios pájaros de un tiro»; pero, si en vez de *pájaros* ponemos *hombres*, o, en términos más generales, cualquier sér capaz de ejecutar la acción expresada por el verbo infinitivo, resultará de sentido anfibológico la primera oración (la de verbo plural), no así la segunda, lo que basta para mostrar que en tales casos mal podrá usarse el verbo en plural. Aunque éste parezca el número más adecuado si se efectúa la conversión indicada por de la Peña («*pueden ser matados varios hombres* de un tiro»), sea que vaya interpuesta la preposición *a*, que se impone cuando se trata de persona determinada («*se puede matar a estos hombres*»), sea que ella falte («*se puede matar varios hombres*»), convendrá siempre el verbo en singular.

252. Caso muy ocasionado a dudas, en que parece no resultar de clara y fácil aplicación el procedimiento indicado por de la Peña para reconocer el número que conviene al verbo que acompaña al infinitivo, es cuando aquel verbo expresa

sensaciones o actos de percepción (*ver*, *mirar*, *oír*, etc.) ¿Se dirá «*se vió*» o «*se vieron* reverdecer los campos», «*se oyó*» o «*se oyeron* contar grandes hazañas, etc....? El procedimiento citado nos dará: «se vieron ser reverdecidos los campos», «se oyeron ser contadas grandes hazañas», con lo que no deja de mostrarse la conveniencia del verbo plural; y es innegable que prevalece esta concordancia en los mejores autores; vaya como muestra el siguiente ejemplo de Cervantes: «*Se oyeron sonar* en el retablo *cantidad de atabales y trompetas* (*Quijote*, segunda parte, cap. XXVI).

*
* *

253. Dificultoso, si no imposible, es poder someter a una reglamentación precisa el número que ha de corresponder a los verbos impersonales o unipersonales y a los que se toman como tales en ciertas oraciones. Si bien creo haber tocado los puntos más ocasionados a duda, muchos casos quedarán aún sin ser resueltos, librados al arbitrio del escritor, quien podrá emplear el número que mejor se avenga con el sentido que quiera dar a la frase.

El erudito Cejador, en *La lengua de Cervantes* (tomo 1.°, página 371, y también en la pág. 235), señala casos raros de oraciones impersonales o unipersonales en los siguientes pasajes del *Quijote*: «Y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde *les sucedió cosas* que a cosas llegan» (tomo 2.°, capítulo VIII).—«*Válgate mil Satanases* por no maldecirte por encantador» (tomo 2.°, cap. XL). Esto ha picado mi atención, y me mueve a poner algunos párrafos más, para dar fin con ellos a este capítulo.

Más que casos raros de oraciones impersonales, me parecen, los citados, simples solecismos, que así pudieron escapársele a Cervantes, comó a los cajistas o correctores. Debió decirse: «*sucedieron cosas*» y *Válgante mil Satanases*, asignándose a las cosas y los *mil Satanases* el valor de sujetos. No en vano aparece enmendada la concordancia del primer ejemplo

en la edición popular publicada por Calleja en 1905; en ella se lee (pág. 503): «Finalmente, ordenó Don Quijote *entrar* en la ciudad *entrada* la noche; y en tanto que la hora se *llegaba*, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y *llegado* el determinado punto, *entraron* en la ciudad, donde *no les sucedió cosa* que a cosa *llegara*.»

He trascrito todo el párrafo para que se pueda ver que también en la magnífica obra de Cervantes hay pasajes que me guardaría de recomendar como modelos de bien decir; chocan tanto *entrar* y tanto *llegar*, que no condicen por cierto con la riqueza del lenguaje que es excelencia del *Quijote*.

Clemencín, en sus notas al *Quijote* (tomo 7.°, pág. 35), sostiene, a propósito de este mismo *Válgate mil Satanases*, que ha debido decirse *válgante* y no *válgate*, y agrega: «Solecismo parecido a otros del *Quijote*, como *se le* VINO *a la imaginación las encrucijadas* (1.ª parte, cap. IV); *a los que Dios y naturaleza* HIZO *libres* (cap. XXII); *les* SIRVIÓ (a los *cabellos*) *de peine unas manos* (cap. XXVIII); *así como* SALIÓ *Don Quijote* y *su camarada* (cap. XXIX); *le* SUCEDIÓ *cosas que a cosas llegan* (2.ª parte, cap. VIII)». Léese a continuación de esta misma nota: «Garcés, ciego adorador de Cervantes, suele convertir sus descuidos en reglas, y alega este ejemplo: («*Válgate mil Satanases*»), como primor de la lengua en su tratado del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*.

Y a los solecismos mentados puedo añadir los siguientes, sin que pretenda con ello haber agotado el expurgo que reclama, para mejor lucimiento de su concordancia, la magna obra del inmortal Cervantes: «*La blancura de la mano y las ajorcas que en ellas vimos, nos* DESHIZO *este pensamiento*» (1.ª parte, capítulo XL). «SALIÓ *la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de Don Quijote*» (1.ª parte, cap. XLVII); «*y así estando suspenso y pensativo*, ENTRÓ *Sansón Carrasco y el Ama y la sobrina, deseosas* de oír con qué razones persuadía *a su señor*» (2.ª parte, cap. VII). «APEÓSE *asimismo el Duque y Don Quijote, y pusiéronse a sus lados*» (2.ª parte, cap. XXXIV). «*¿Y quién*

sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio DESPERTARÁ *mis deseos?»* (2.ª parte, cap. XLVIII); «*cuya presencia y buen adorno* CONTENTÓ *mucho a los dos*» (2ª parte, cap. L); «*pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente* TENÍA *leyendo el rótulo*» (2.ª parte, cap. LXII).

Y no creo, como el insigne Cejador, que baste la elipsis para disculpar algunas de estas discordancias; más acertado será atribuirlas a descuidos del mismo Cervantes o a erratas de sus editores. No se amengua con ello el mérito de la insuperable obra. ¡Qué mucho puede sorprendernos si se comprueba una vez más que «*errare humanum est!*»

Y después de tan larga digresión cúmpleme reiterar que no veo esas dos oraciones unipersonales o impersonales que ha descubierto el eminente autor de *La Lengua de Cervantes*; y considero, en cambio, que realizará obra muy plausible el editor caritativo que salve, tanto los solecismos que otros autores—y yo con ellos—señalan en esos dos ejemplos, como los demás que indicados quedan.

JUAN B. SELVA,
Profesor en Dolores (República Argentina.)

LA CRISIS DEL RÉGIMEN MONETARIO ARGENTINO

Cómo las emisiones del papel moneda han generado la crisis.

Nuestro complejo régimen monetario, que ha tiempo venimos estudiando, parece haber puesto ahora de transparencia la mayor parte de los índices que parcialmente hemos denunciado en publicaciones anteriores; sintetiza característicamente, en estos momentos, el malestar general que se siente y que se presentía desde hace tres años a esta parte.

A un estado o período ascensional en el desarrollo de los negocios y del comercio, produciendo riquezas y creando fortunas rápidas, que progresivamente hemos constatado entre la vigencia de la ley de conversión, 1899, y el año en curso, le ha sucedido una era de depresión, de quiebras y de liquidaciones forzosas.

Vamos a enumerar analíticamente los principales índices o efectos que evidencia nuestra meteorología económica, dentro de consideraciones teóricas y ejemplos prácticos muy sumarios.

1. Lo que se ha denominado «la cuestión agraria» es uno de los índices o efectos más graves y más sintomáticos de esta situación. Es una cuestión que compromete directamente el valor sostenido y permanente de los campos destinados a las explotaciones agrícolas, a los arrendamientos de los mismos con relación al capital que representan, a los arrendamientos

proporcionales con relación a la producción, a la agricultura extensiva industrial, y a la agricultura intensiva que debe arraigar al inmigrante extranjero. Los efectos de «la cuestión agraria» se han sentido uniformemente en todas las zonas de la República, produciendo una intensa conmoción. Numerosos campos se han despoblado, cerca y lejos de los centros poblados, como inmediatos o distantes de las líneas férreas de transportes—se han abandonado a la cultura,—y los claros producidos no se han podido llenar sino parcialmente, siempre con sacrificios para el locador. Estos hechos no son anormales: obedecen a la naturaleza misma de las cosas.

Los precios de los campos y de los arrendamientos, después de una resistencia tenaz y razonable de los locatarios, por ley natural, han buscado relaciones de equivalencia entre la mano de obra, los gastos, semillas, transportes y la cotización de los productos en los mercados mundiales de exportación y de consumo. Es un factor siempre olvidado en la agricultura extensiva de nuestro país, que el trigo, lino, avena, maíz, etc., no sufren alteraciones de gran importancia en su valor intrínseco en el mercado general, y que los beneficios que pueda producir su venta giran más bien a favor del excedente de la producción calculada, de la escasez o abundancia de los mercados productores similares, en vez de girar sobre el margen eventual que pueda dejar el tipo de venta. Luego también los arrendatarios agricultores han puesto de manifiesto en su resistencia a pagar precios altos o desproporcionados, que las zonas aptas destinadas a la agricultura, en la República, abarcan una extensión de millones de hectáreas, en el presente, tan indominable, que no se justificarían los precios elevados por arrendamientos, porque no es posible poner esas considerables extensiones de terrenos en estado de explotación, dada la insuficiente población agrícola de la República. En toda la zona cultivable, los rendimientos de la agricultura extensiva son proporcionales a la riqueza de la tierra y a los arrendamientos (salvo quizás en regiones donde se encuentran productos más especia-

lizados en cuanto a sus calidades) por su similitud y por el régimen de los transportes, servidos, para equilibrar precios, por el régimen de las tarifas parabólicas de los ferrocarriles.

2. *La reinmigración.*—Durante muchos años se ha observado la afluencia de una población flotante en el momento de las cosechas. De cierto modo se ha prestigiado esa inmigración, o, por lo menos, se ha mirado con simpatía, sin tomar ninguna medida, ni para arraigarla ni para contrarrestar su influencia sobre los salarios normales. Hemos cotejado nuestra situación con la de los Estados Unidos de Norte-América, donde actúan otras razones que pueden permitirla sin inconvenientes para su economía, aunque sabiendo que esa población opera un enorme drenaje al capital nacional. Sin ella, el importe de todo el salario que percibe quedaría en el país; con ella, el producto de las cosechas, su valor y el importe de los salarios salen del país, se dedica a labores de la agricultura extensiva y compite con el jornalero nacional, radicado permanentemente.

No se arraiga esa inmigración, porque las ventajas que le ofrece la moneda de papel y el cambio internacional le permiten vivir «vida barata» en el país de su origen, como lo explicaremos más adelante. Pero el abandono que se ha efectuado en la agricultura intensiva, supeditada por la agricultura extensiva, promueve la despoblación y la reinmigración. La agricultura extensiva, tal como se practica, encarece la vida, la dificulta, como es ya de notoriedad. La reinmigración lleva en sí la lamentable condición de ser substituída por inmigración de las clases más inferiores de las naciones europeas, aunque aptas, suponemos, para el trabajo. Se van los enriquecidos, ingresan los indigentes.

La agricultura extensiva, tan necesaria como benéfica a los progresos de la República, que moviliza cuantiosos capitales, se opone a la agricultura intensiva colonizadora: primero, porque, aquélla, siendo industrial, especulativa, eleva los salarios considerablemente en las épocas de las cosechas, fomenta y precipita el nomadismo del agricultor jornalero; segundo, por-

que la agricultura intensiva corresponde a las zonas de población densa. En nuestro país se nota que la agricultura intensiva, destinada al abasto de las ciudades, atraviesa por una situación de escasez y de carestía; el excesivo precio de la mano de obra y de los arrendamientos absorben legítimas compensaciones, y el agricultor prefiere abandonarla. Está también demostrado que el «colono» o agricultor, con o sin familia, que busca arraigo en el país, no puede sufragar los gastos de su vida—ni menos alcanzar el ideal del ahorro,—destinando exclusivamente sus labores a la cosecha de productos similares a los que obtiene el agricultor industrial.

Luego, pues, el dilema se resuelve a favor del agricultor extensivo, o sea a la reinmigración.

3. La carestía de la vida, inmediata consecuencia de la agricultura extensiva, especulativa, ha promovido considerables importaciones, del extranjero, de cosas destinadas a la alimentación humana, a precios más ventajosos que los que cotizan las épocas de las emisiones de moneda de papel. Las estadísticas oficiales arrojan cifras que conduelen y afligen los sentimientos nacionales. Parece que la población se compusiera de expedicionarios.

4. El valor de la propiedad inmueble, rural y urbana, se encuentra en relación contradictoria con el número de habitantes que tiene la República, con lo que es susceptible de producir frutos o rentas. El exceso de edificación suntuosa en la ciudad de Buenos Aires y el costo exorbitante de los materiales y mano de obra, imposibilita la extracción de una renta proporcional. La depreciación de la propiedad se ha precipitado sin poderse detener. Es más cara la propiedad en la República Argentina que en cualquiera otro país más poblado y más consolidado en sus riquezas y en su porvenir.

5. *El precio de los transportes.*—Las tarifas en vigor obedecen a una razón estrecha de equivalencia y de cambio. El capital á oro, de accionistas o proveniente de obligaciones, no puede tener en cuenta otro primordial servicio, ni puede te-

nerlo por el momento, que los intereses del objeto social a que está destinado. La tarifa parabólica es una simple combinación de dulzura que no da resultados fuera de las épocas normales. La producción es fuertemente tributaria de las empresas de transportes.

El azúcar de Tucumán es más cara que el azúcar de París, ambas vendidas en Buenos Aires; los vinos de San Juan y Mendoza, sin considerar su precio, tienen en las empresas que los transportan un asociado por fuerza, que les absorbe un fortísimo tanto por ciento del valor real del producto acarreado.

La cosecha de patatas de los partidos de Balcarce y Mar del Plata, en 1912, calculada en 5 ó 6 millones de pesos de curso legal, se abandonó y se pudrió sobre los campos, porque el flete ferroviario le insumía totalmente el valor del producto. Y así podríamos citar uno por uno los renglones de las importaciones de cosas necesarias a la alimentación humana que tienen que traerse del extranjero para llenar las necesidades de la vida diaria.

6. El crédito personal y el crédito hipotecario, dispensado por sumas incalculables, destinadas en casi su totalidad a todas las especulaciones que den diferencias rápidas y arriesgadas. El ambiente que en los años de prosperidad se crea el crédito en nuestro sistema bancario, se podría demostrar por las obligaciones de letras a pagar que conservan en sus carteras los Bancos, con especialidad los Bancos con capital a papel moneda. Las cuentas corrientes por depósitos son igualmente crecidas y en concordancia con la cartera de descuentos de letras.

El crédito hipotecario ha tomado un incremento fuera de todo cálculo. Los Bancos hipotecarios han florecido con capitales a oro de todas las nacionalidades en franca competencia entre sí y con el Banco Hipotecario Nacional, que presta cédulas a moneda de curso legal. Los préstamos hipotecarios, generalmente sirven para el fomento y mejoras de la propiedad urbana y rural, en forma prudente y razonada, es decir, para

destinar los capitales recibidos en préstamo a la explotación de la misma propiedad afectada en garantía; en nuestro país, donde la propiedad se destina a fines puramente especulativos, y muy rara vez a fuente de renta, el crédito hipotecario se destina a facilitar la constante industria (*sic*) de la compraventa de inmuebles. Es imposible aquilatar la fortuna individual por las alternativas de los precios y las paralizaciones que se producen en tales operaciones.

7. El juego, en todas sus manifestaciones, arraigado en las costumbres y en las necesidades tan profundamente, que ocupa un renglón en el presupuesto nacional.

Las cifras anuales que arrojan las estadísticas oficiales, entre carreras de caballos y loterías, superan a todo cálculo, comparadas con las de los países más jugadores. Es el vicio por excelencia que mejor sustentan las emisiones de moneda de papel con la incorregible prodigalidad en todas las clases sociales.

8. El lujo que reconcentra en la capital federal toda la población rica o enriquecida del resto de la República. No hay paralelismo en los progresos del resto del país; resultan desiguales y en verdadero contraste. Mar del Plata ejerce una atracción desesperante y una gran influencia preponderante en la fortuna y en el presupuesto de las familias. La vida en Mar del Plata es tres veces más cara que en el más lujoso balneario europeo.

Todos estos índices o efectos, generadores en un instante de la evolución de los negocios, de la riqueza o de la miseria, tienen por causa específica el régimen de las emisiones de moneda de papel. En 1899, el tráfico comercial y bancario de todo el país se realizaba con una emisión total de 293.018.258,44 pesos moneda papel de curso forzoso. Desde entonces hasta ahora, las emisiones han llegado próximamente a 900.000.000 de pesos curso legal, sin poderse fundar científicamente una correlación matemática entre la velocidad de la circulación y el volumen de los negocios.

El oro extranjero empezó a afluir, como saldo a favor del país, en los años favorables, o como capitales industriales (los menos), o como capitales destinados al mercado de hipotecas (los más). En todos los casos, por los hábitos de la población, ejercitando las disposiciones del art. 7 de la ley núm. 3.871 (ley de conversión), la Caja de Conversión ha entregado, a quien lo ha solicitado, billetes curso legal por moneda de oro sellado, y ha entregado a quien lo ha solicitado, en cambio del retorno de la moneda de papel, el oro sellado que había recibido y conservaba en custodia.

Con este mecanismo la existencia de «oro en custodia» en la Caja de Conversión, en el momento que escribimos, es de más o menos 267 millones de pesos oro sellado, representado por cuños de diferentes naciones, para responder a una parte considerable del papel en circulación, es decir, para su canje, cuando voluntariamente lo demande el tenedor del billete. Las entregas de oro se han ido haciendo paulatinamente a la Caja de Conversión, bajo el contralor, a justo título de la confianza pública, bien merecida, de que goza la institución. Estas emisiones, en su origen, destinadas a suplir la poca elasticidad del billete de curso forzoso, han sido favorecidas por magníficas cosechas anuales, por el aumento fuera de cálculo de la producción, que han encubierto o disimulado el daño que producían a la economía nacional, porque a medida que se han puesto en circulación han inflado todos los valores, hasta caer en el mayor desconcierto las equivalencias y relaciones de cambio.

La crisis producida, pues, por las emisiones es intensa; su tendencia, natural como lógica, es llegar a establecer el nivel de los valores que componen la velocidad de la circulación, de concierto con los demás factores de la ecuación de cambio; pero para dominar la situación y sujetarla dentro de los rígidos principios que rigen las leyes económicas, se oponen los mismos elementos que actúan y que han servido para producirla. La normalidad económica no se conseguirá restablecer con el régimen monetario en vigencia. La crisis acusa peren-

toriamente al sistema monetario, que no puede sobrevivir mayormente al estrago que detendrá por un tiempo los progresos de la República comprometiendo todos sus prestigios. A las crisis parciales que se han sentido de año en año, a medida que se lanzaban las emisiones, les sucede esta crisis de aspecto general. Procuramos explicarlo metódicamente tan claramente como nos es posible, apoyados por la ciencia moderna en este difícil ramo de la economía política.

Moneda y nociones olvidadas.

Toda moneda que no alcanza a establecer equivalencias en el comercio, entre el valor intrínseco de las cosas y su valor legal, que establezca disparidades entre el salario real y el salario nominal de empleados y jornaleros, que tenga un valor convencional, no puede servir de instrumento adquisitivo o liberatorio sin provocar perturbaciones económicas, porque forzosamente carecerá de valor legal paralelo a su valor comercial. Es textualmente lo que acontece con el empleo de la moneda de papel argentina en todas las transacciones a que se la destina.

En 1899, cuando se dictó la ley de Conversión, el conflicto y la perturbación del valor de las cosas lo producía el agio bursátil, que disminuía la fortuna pública, porque cotizaba unas veces hechos positivos y reales, como lo fue la falta de garantías del medio circulante, y otras veces hechos ficticios de carácter eventual o político, hasta personal, sin referirse jamás a la capacidad productiva del país, a su gran crédito exterior, a su porvenir, que entonces, como ahora, no admitía discusiones ni parangones. La ley de Conversión tuvo el mérito de detener la rápida apreciación del papel inconvertible, que hubiera arruinado a la industria implantada bajo el régimen de un sistema monetario que llevaba implícita la promesa de la conversión; se la volvió a prometer solemnemente, y en eso estamos. Pero el agio, desbaratado, se abrió cauce, desviando

la acción bursátil sobre el papel moneda, para asentarla en otras especulaciones, especialmente en la compra-venta de inmuebles, cuya inflación ha sido favorecida sin contradicción alguna por el mecanismo de la ley.

La ley de Conversión había fijado un valor nominal al billete de curso forzoso, y ese valor nominal sirvió de base y se aplicó arbitrariamente a todas las emisiones que se hicieran en el porvenir, quebrando oficialmente el criterio de la unidad del padrón de oro o de la moneda de la ley núm. 1.130. Con esos procedimientos en los sucesivos años de prosperidad, se puede decir casi interrumpidos, que nos ha deparado la Providencia; con el prestigio que ha adquirido el país ante el mundo, el desarrollo ascendente de los negocios y la riqueza se fueron multiplicando, hasta presentar estos relieves: una circulación de moneda de papel excesiva para el volumen de los negocios, en relación con el valor internacional de estos últimos; una población escasa para la enorme extensión de tierras laborables que posee el país; una producción superior y exuberante, con relación a los términos anteriores, con insuficientes medios de transportes (1).

Creado ese ambiente de aspecto tan seductor y favorable, han transcurrido los años olvidando nociones y preceptos económicos, que parecía que no regían para nosotros, hasta que nos ha sorprendido su realidad. Esas ideas, nociones o preceptos forzosamente debemos recordarlos, al menos los más fun-

(1) Debe leerse el interesantísimo estudio publicado por el Dr. Julio López Mañán, ilustrado Director general de Agricultura y Defensa agrícola del Ministerio de Agricultura de la República Argentina, titulado *El actual problema agrario*. Es una demostración estadística de nuestros grandes progresos, causas, según ese autor, del malestar agrario que, por nuestra parte, hemos analizado con un muy distinto criterio. Las conclusiones del Dr. López Mañán se apartan de nuestro punto de vista; las emisiones no las ha tomado en consideración; es la razón, a nuestro juicio, por la cual el Sr. Director general de la Defensa Agrícola no ha fundado soluciones prácticas. No obstante, su estudio es de un gran mérito.

damentales, porque son premisas de nuestros razonamientos y conclusiones.

1.—La idea de moneda está representada en nuestra circulación por moneda de papel. Las monedas de oro y plata de cuño argentino han tenido vida efímera en las transacciones internas; pasan por ignoradas. La moneda de papel, cualquiera que sea su valor representativo, con relación a las monedas de cuño nacional o extranjero, se aloja en los bolsillos de toda la población, y se utiliza por nacionales o extranjeros como la más apta, como la única moneda posible en los negocios y relaciones de cambio. Por cierto que la regla se quiebra como excepción, tratándose del comercio bancario, de exportación e importación; pero de cien habitantes del país, tomados al acaso, uno quizás llevará consigo, por curiosidad, no por necesidad, una moneda de oro acuñada. La noción de la unidad monetaria, con relación al padrón de oro—no importa el padrón ni la clase de moneda,—se pierde al habitar el país, tanto por el inmigrante que se radica, como por los argentinos que constantemente viajan.

La moneda de oro la repudia el comercio urbano. En las campañas y provincias no se tiene siquiera una idea de su necesidad ni de su existencia. En general, el tráfico bancario para los negocios internos, aun de los Bancos con capitales a oro, se verifica a moneda de curso legal; así lo ha establecido la costumbre, de ese modo se han levantado y derrumbado las fortunas. Las mismas prácticas observan los gobiernos, federal y provinciales, en la percepción de la renta pública, salvo para lo que se refiere a impuestos aduaneros.

Este fenómeno económico y de sugestión nacional tiene fecha desde que se implantó en la República el régimen del curso forzoso; se sigue sosteniendo sin que se sientan apremios. Lo hizo notar, con gran verdad y acierto, el Dr. Pellegrini, al fundar, en la Cámara de Diputados de la Nación, el despacho de la ley número 1.130, creando la moneda nacional acuñada. Decía: «Los habitantes de la provincia de Buenos

Aires, que no conocen otra moneda que la de papel, tienen fama de ser muy desprendidos, y tengo para mí *que esto proviene, en parte, no de sentimientos más generosos, sino del poco aprecio que hacen de la moneda y la facilidad consiguiente para desprenderse de ella;* de manera que lo que parece una virtud, bien puede ser un vicio.» El vicio se ha identificado como un modo de ser nacional que nos ha traído la situación presente. La prodigalidad atribuída también a nuestra raza habrá que imputarla al curso forzoso permanente.

2. No se conoce ni se investiga el valor de las cosas. Un campo se compra por el valor de su oferta, sin cotizar si su producción presente o futura corresponde al capital que va a invertirse. Una casa se compra sin atenerse a la renta de que es susceptible de producir. Pero ambas operaciones se llevarán a cabo si asoma un indicio de que pueden revenderse las propiedades por un mayor valor.

Las expropiaciones de inmuebles por causa de utilidad pública se verifican bajo estos o parecidos criterios.

Esta ausencia de nociones de cálculo y de seguridades económicas se ha generalizado de tal modo, que forma todo el ambiente de los negocios. El Dr. Pellegrini, que lo presentía, en el propio discurso citado agregaba: «Introduciendo en la circulación la moneda metálica, para la circulación menor, pondremos en manos del pueblo *una moneda de valor palpable*; se acostumbrará a apreciar ese valor en el metal, y a su turno apreciará el billete, cuya relación percibirá más claramente; «se desprenderá con menos facilidad de una moneda de plata que de una de papel, y será por el hecho más económico.» Todos esos resultados se han malogrado.

En cuanto a los objetos que están en el comercio, la ausencia de elementos de comparación sobre sus relaciones de valor es absoluta. Se paga el precio que se pide, no sólo sobre géneros importados, sino sobre lo que es genuinamente de producción nacional: carne (1), azúcar, pan, legumbres, tejidos, ves-

(1) El precio de la carne se ha complicado con el doble incentivo de la

tidos, etc. El mercado sube o baja, y las cotizaciones gravitan sobre la población. La vida se hace cara, cada vez más cara, y el pueblo, en general, ignora la causa; la atribuye a las cargas fiscales, a los impuestos, que, por cierto, también son elevados por las mismas razones. Si se trata de artículos importados, los únicos que tienen puntos de comparación para apreciarlos son los extranjeros y los viajeros argentinos. El «peso de curso legal» tiene en el comercio nacional un valor adquisitivo igual a lo que puede comprarse por un «franco», un «penique», una «peseta», un «marco» o una «lira», respectivamente, en Francia, Inglaterra, España, Alemania e Italia; es decir, el «peso de curso legal» sufre una depreciación extraordinaria en su poder adquisitivo. De ahí el derroche en sus compras del viajero argentino, que regresa con abultado equipaje, repleto de cuanto una familia puede necesitar en algunos años.

3. La ausencia total y absoluta de distinciones entre el valor legal y el valor intrínseco o económico de las emisiones de «curso forzoso», de «curso legal», de «monedas» (fraccionarias), de «níkel» y «cobre», que circulan en la República confundidas, y que se emplean indistintamente para establecer equivalencias en las relaciones de cambio, como si tuvieran un mismo valor intrínseco, una misma equivalencia, un mismo origen y provinieran de las mismas circunstancias. El tenedor del billete es de una buena fe incomparable.

De ahí este equívoco de anunciarse por la Prensa, a diario, que los ingresos de oro amonedado a la Caja de Conversión (1), destinados a canje de moneda de curso legal, elevan el tanto por ciento de garantía de todas las emisiones en circulación.

Se suman todas las emisiones, y luego se dividen por el oro depositado en custodia. Se hace caso omiso de que las emisio-

---

moneda, que infla su valor, y la crisis por que atraviesa la industria ganadera nacional, debido a las epidemias y a las exportaciones frigoríficas.

(1) La Caja de Conversión incurre en el mismo error en la publicación de sus balances mensuales.

nes posteriores a 1899 llevan en sí la obligación de que la Caja de Conversión deberá tener disponible, a la vista y para el portador del billete, las sumas de oro amonedado que se le han llevado para el canje. Ese tanto por ciento no sólo es erróneo y absurdo, sino que, si fuera verdadero, aumentaría o disminuiría todos los días, a medida de los ingresos o egresos de oro, las relaciones de cambio, es decir, el valor económico de las cosas, tanto como las relaciones jurídicas de las cuatro clases de moneda que constituyen el régimen monetario argentino. El equívoco es perturbador de las nociones empíricas que debe llevar en su cuño y en su leyenda la moneda nacional. Son hechos que tienen una sanción consagrada por los hábitos de la comunidad, que están fuera de la ley, que no hay autoridad que los encauce, salvo que se alcancen las modificaciones fatales y perentorias que exige el régimen existente.

4. El prejuicio difundido en documentos públicos, que consiste en afirmar que los progresos incorporados y la prosperidad futura de la República provienen de las emisiones de papel moneda. La recíproca es tan verdadera como nos es fatal. Si las emisiones y el desgobierno de la circulación hubieran tenido esa virtud, nuestro régimen se habría implantado en el orbe entero, y las grandes naciones civilizadoras de la Humanidad lo habrían adoptado en substitución de los encajes de metal con que se balancea el comercio y las finanzas del mundo.

5. Vivimos también—y es necesario decirlo—bajo el dulce pensar de que todavía somos un país joven, y que todos los errores nos son permitidos. Desgraciadamente, no es así: somos un país viejo, tan viejo como los Estados Unidos de Norte-América, que en el mismo espacio de tiempo han dado la nota más alta de potencialidad económica y de civilización, sin que pueda vislumbrarse su decadencia. En cien años de vida libre e independiente han arraigado cien millones de habitantes; nosotros, en cien años de libertad e independencia, apenas si contamos con ocho millones, y tenemos que ponerles barreras para sujetarlos.

Inflados todos los valores, perturbados todos los criterios de las cosas muebles e inmuebles, por las causas tan sumariamente expuestas, con la colaboración concordante de presupuestos oficiales e imposiciones fiscales, el viajero o el reinmigrante quiebra el poder adquisitivo que sufre el «peso de curso legal» en el comercio, y acude a la Caja de Conversión. Allí convierte, a la vista y al portador, un peso de curso legal, de cualquiera de las emisiones en circulación—puesto que giran confundidas,—estando parcialmente garantizadas (tomemos para explicar el caso, por ejemplo, el franco); convierte el peso, decimos, por «dos francos veinte céntimos», equivalentes a 0,44 centavos oro, que le fija la ley. ¿Cómo quiebra el poder adquisitivo? Vendiendo todos sus bienes a los precios exorbitantes de la plaza y convirtiendo a oro sellado el producto de la venta. El inmigrante, en vez de comprar «una cosa por un peso», que la puede conseguir en su país de origen «por un franco», guarda en sus bolsillos «dos francos veinte céntimos» que le da la Caja de Conversión, para comprar dos cosas de un franco y una fracción de una tercera». La reinmigración la explica la sola ventaja del cambio. ¿Qué va quedando en la Caja de Conversión? Una investigación prolija nos descubriría todo el fondo de nuestra sospecha: capitales flotantes, prontos para la exportación.

Cada nacionalidad, con arreglo a la moneda que busca en canje, obtiene las mismas ventajas, y mientras sea exuberante la producción del país y afluya el capital extranjero para el mercado de hipotecas y para préstamos al crédito personal, se repetirán los hechos.

En este paradojal ejercicio de esta ley de conversión sólo sufre el capital nacional que, en la hipótesis de una liquidación final, se quedaría con el billete de curso forzoso por saldo de operaciones; no sufre el capital extranjero a oro sellado, porque, hasta en eso, la estructura sofística de nuestro régimen monetario es tal que las obligaciones en nuestro país se contratan bajo toda la diversidad de monedas conocidas, y el sus-

picaz capitalista extranjero afirma en ellas sus negocios por escritura pública. La jurisprudencia de nuestros tribunales es su más eficaz garantía. Las «capitulaciones» no producen mejores resultados.

Influencia del sistema monetario y de la cantidad de moneda sobre el poder adquisitivo del peso de curso legal.

Con los antecedentes expuestos, que no son todos los que podrían apoyar nuestros argumentos, se puede juzgar lo difícil que es llegar a establecer el poder adquisitivo del peso de curso legal. La facultad de emitir moneda privativa y reservada a la soberanía nacional, reside libre, sin ningún contralor respecto a la cantidad, en la voluntad discrecional del portador de monedas de oro a la Caja de Conversión. Los poderes públicos nacionales no tienen el dominio de la circulación, no pueden restringirla, aun mismo aumentarla, consultando los intereses financieros y económicos de la República. Los negocios están a merced de agentes arbitrarios. Es el único caso de un régimen monetario semejante, lleno de circunstancias aleatorias, sin ninguna de las ventajas que preconizó su implantación, porque está fuera de época.

Sin embargo, el poder adquisitivo de la moneda cuando ella está calcada sobre un padrón, y su recíproca, la uniformidad de los precios, afecta íntimamente la carestía de la vida, depende exclusivamente de cinco factores, que para nada tiene en cuenta la ley de conversión en vigencia, a saber:

1: el volumen de la moneda en circulación.—2: la velocidad de la circulación (1).—3: el volumen de los depósitos bancarios sujetos al giro por cheques.—4: la velocidad de esos depósitos.—5: el volumen de las transacciones comerciales.

(1) Recordamos al lector que los economistas definen por la «velocidad de la circulación» la suma total de las transacciones realizadas anualmente con el medio circulante.

Estos factores actúan de una manera concordante y definida, como «ecuación de cambio», de verdadera exactitud científica, sujeta a fórmulas de matemática demostración, fundadas en estadísticas (1).

Los precios o valores de las cosas resultan del ejercicio de esas cinco influencias. Si, por ejemplo, se doblan las denominaciones de la moneda, y la velocidad de la circulación es igual a la mitad de su existencia, mientras la cantidad de cosas destinadas a las transacciones permanezcan constantes, el precio permanecerá uniforme. Lo mismo sucederá si se doblan las cantidades de moneda y de las cosas destinadas a las transacciones, mientras la velocidad de la circulación permanezca la misma. Se debe siempre tener presente que la moneda sólo es uno de los tres factores principales de los cinco que componen la ecuación; es decir, moneda, velocidad de circulación y cosas destinadas a las transacciones, aunque todos los factores en conjunto definan y determinen la uniformidad del precio.

Como una primera ilustración de estos principios tomemos el peso de curso legal, que la ley número 3.871 ha desdoblado de su valor representativo del padrón creado por la ley número 1.130. Un peso oro sellado se transforma en dos pesos veintisiete centavos moneda de curso legal. Evidentemente, el número de billetes en circulación, en vez de ser uno, es de dos y fracción. El precio uniforme de las cosas, medido por los términos de esas emisiones, como consecuencia, se ha desdoblado simultáneamente en la misma proporción. Igual fenómeno se habría producido si la ley, en vez de desdoblar en moneda de curso legal el valor real del peso, en la forma predicha, hubiera fraccionado en dos partes iguales el peso oro, de la liga

(1) «The Phurchasing Power of Money», «Its determination and relation to credit interest and crises, by Irving Fisher», Professor of Political Economy in Yale University, Rhode Island. United States of America.

latina, de la ley número 1.130. En el primer caso, la cantidad de moneda es nominal y nominal su poder cancelatorio; en el segundo caso, se ha denominado peso lo que no representa sino cincuenta centavos del mismo peso. En ambos casos se opera la duplicidad en los valores nominales. Lo que valía un peso oro sellado, vale dos pesos y veintisiete centavos moneda de curso legal; lo que valdría un peso de cien centavos de la liga latina, valdría dos pesos de cincuenta centavos cada uno. Las modificaciones en las leyendas de las monedas producen en la circulación tales trastornos de criterio, que hacen perder todas las nociones de las leyes que las gobiernan científicamente.

Estos ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente cuando se alteran, aumentan o disminuyen el valor de los cuños o padrones monetarios. Si se cambian las denominaciones de los cuños, o si se sube o se baja el padrón de la acuñación, trae como consecuencia ineludible e inmediata un aumento o diminución proporcional en el valor de las cosas. La cantidad teórica de moneda, en estos casos, es independiente de la naturaleza intrínseca de las cosas que, en su abundancia, escasez y calidades, obedecen a preceptos o leyes muy diferentes, aunque sufran su influencia directa.

Analicemos ahora ligeramente el volumen de los depósitos bancarios sujetos al giro de cheques, y la velocidad de estos depósitos.

La inflación de valores, la percepción rápida de diferencias en las transacciones especulativas, las sumas de dinero que necesitan las mismas, disponibles y a la vista, acumulan depósitos en los Bancos y facilitan descuentos de obligaciones de plaza y empréstitos al crédito personal; con mucha más facilidad y prodigalidad en los Bancos argentinos que no pagan interés por los depósitos, y que es el renglón preferente de sus balances. Ese hecho marca un índice o un período de crisis, provoca situaciones extremas de liquidaciones, porque los Bancos gobiernan el mercado con arreglo a la abundancia de

los depósitos, y no con arreglo al conjunto de los factores de la ecuación de cambio.

Falta el contralor del mercado, un Banco Nacional que balancee las cantidades de moneda; en una palabra, falta el gobierno de la circulación para establecer un régimen de prudencia en los períodos de inflación de los negocios, limitando la expansión del crédito. El economista Marshall dice muy bien: «La causa de los alternativos períodos de inflación y de depresión de la actividad comercial... está íntimamente ligada con las variaciones efectivas que producen las reformas en el poder adquisitivo de la moneda. Pues cuando los precios están sensiblemente en alza, las gentes se precipitan a pedir dinero prestado y a comprar mercaderías (léase también inmuebles), coadyuvando al alza de los precios; los negocios se inflan, se conducen temerariamente y con prodigalidad; ese proceder sobre el capital recibido en préstamo produce menos utilidad que la que recibe el banquero, que se enriquece a expensas de la comunidad. Cuando después se restringe el crédito y los precios empiezan a caer, todo el mundo quiere librarse de sus compras, que han disminuído de valor, para hacerse de dinero que rápidamente se encarece; esto produce una violenta baja de precios, la diminución de crédito los contrae cada vez más, y todo esto durante largo tiempo sostiene la baja porque los precios se han desplomado (1).»

El efecto del exceso de numerario disponible se hace sentir en las fluctuaciones que experimentan los negocios en las épocas anuales precursoras de las cosechas, que no son solamente debidas a la liquidación parcial de los malos deudores, sino a la necesidad de equilibrar la situación amenazante del mercado. Anualmente, y desde hace muchos años, se reproduce el caso en la República Argentina.

Los trastornos económicos no obedecen a esas reglas exclusivamente. Hay miles de influencias que afectan los precios.

(1) Marshall: *Principles of Economics*, volumen I, pág. 594.

Nuestro propósito es analizar las más fundamentales, porque no escribimos un curso de economía política; explicamos los índices o efectos de la crisis de nuestro régimen monetario, en una forma que ilustre a la opinión, o que penetre en la comprehensión de los lectores poco versados en estas materias tan difíciles de dominar.

Las condiciones que determinan el volumen del comercio—quinto factor—son numerosas y técnicas. M. Fisher (1) cita las más importantes, analizándolas y clasificándolas como sigue:

1. Condiciones que afectan al producto: *a*) Diferencias geográficas en recursos naturales; *b*) División del trabajo; *c*) Conocimiento técnico de la producción; *d*) Acumulación de capital.

2. Condiciones que afectan al consumidor: *a*) Extensión y variedad de las necesidades humanas.

3. Condiciones que se relacionan con el productor y el consumidor: *a*) Facilidad en los transportes; *b*) Relativa libertad en el comercio; *c*) Carácter de la moneda y sistema bancarios; *d*) Confianza en los negocios.

1. *a*) Es evidente que si todas las localidades fueran exactamente semejantes en recursos naturales, en su comparativo costo de producción, ninguna transacción se celebraría entre ellas. Es igualmente cierto que la gran diferencia en el costo de la producción en diferentes artículos de las diversas localidades establece relaciones de negocios, o sea el intercambio geográfico de productos. Estas reglas son perfectamente aplicables al valor de los campos y al precio de los arrendamientos.

1. *b*) Es igualmente obvia la influencia de la división del trabajo, que se funda en las diferencias comparativas de los costos y en el esfuerzo de los hombres para producir.

1. *c*) Los antecedentes *a*) y *b*) se relacionan con el conocimiento de la producción. Citemos estos hechos: en la Argen-

(1) Véase *Irving Fisher*, obra citada, pág. 75.

tina, el cultivo y producción de cereales están sujetos a las alternativas naturales del clima. En el Far-West americano, una zona considerable de los cultivos depende de la aplicación del método del Dry Farming (1). En el Canadá, los métodos de riego han asegurado valiosísimas producciones. Los precios, sin embargo, en los tres países citados, se balancean en el mercado mundial de los cereales, lo que es muy sugestivo. La Argentina, con más facilidad de producción, debido a su sistema monetario, no produce ni más barato ni mejor que los Estados Unidos y el Canadá.

1. *d*) Desde que el desarrollo del comercio tiende a disminuir la uniformidad de los precios, todo lo que propenda a aumentar el comercio, al mismo tiempo contribuye a rebajar la uniformidad de los precios.

2. *a*) Con referencia a los consumidores, es evidente que sus necesidades constantemente se modifican, y ellas aumentan con el aumento de las transacciones, propendiendo a nivelar los precios.

3. *a*) Los transportes tienden fundamentalmente a nivelar los precios, si sus tarifas se establecen a base de un estudio que desarrolle el comercio.

En la República Argentina las tarifas de los ferrocarriles son excesivamente elevadas; no se fundan en la nivelación de los precios de las cosas, objeto de los transportes, sino en el tanto por ciento que deben asegurar las compañías en sus dividendos anuales.

3. *b*) La libertad de comercio se ve interceptada por las tarifas de los transportes, al extremo que de ellas depende que las zonas sean cultivables o tengan que destinarse a cultivos que soporten la pesadez de las tarifas. La agricultura está absolutamente subordinada a los transportes.

3. *c)* Es evidente que un sistema monetario eficiente, como el establecimiento de Bancos organizados a base de capitales

(1) Véase *Dry Farming*, *Informaciones*, volumen 11, por el autor.

y todas sus operaciones a oro, propende como ningún otro factor al incremento de los negocios; pero los esfuerzos y liberalidades bancarias, operando bajo un régimen híbrido, se estrellan contra una organización que no responde a un giro normal.

3. *d*) La confianza en los negocios no descansa sino en la solidez de las instituciones, en la administración general del país, en la paz y en un inalterable régimen monetario, que no esté expuesto a modificaciones inmediatas o remotas, que descanse en una unidad o padrón en consonancia con el comercio internacional.

En teoría no nos circunscribiríamos a lo expuesto, ampliaríamos nuestros razonamientos, analizaríamos otras causas, como ser los hábitos individuales, la tendencia atesoradora, el crédito y los pagos por cheques; los demás sistemas de pagos en la comunidad, la densidad de la población, cómo se han formado las agrupaciones y con qué prospecto, la rapidez de los transportes, las importaciones y exportaciones de mercaderías y moneda como resultancias de los cambios favorables, los cambios internacionales por arbitraje, etc. Pero nuestro objeto recto es poner de manifiesto que nuestro régimen monetario se encuentra en su período álgido de crisis, y que es necesario modificarlo para no detener los progresos del país y para detener los peligros a que está expuesta la fortuna individual.

La ley de Gresham, comúnmente conocida por «la mala moneda desaloja la buena moneda», no sería aplicable al régimen monetario argentino sino en la forma sugerida por Mister Fisher: «Cheap money will drive out dear money»; es decir, la moneda barata procura desalojar la moneda cara. La razón que obra para que prevalezca la moneda barata, dice este autor, se hace sentir cuando el hombre la da en pago, no cuando la recibe. Cuando se tiene la elección para optar sobre la moneda en el pago de las deudas, existiendo dos sistemas monetarios, motivos de economía y de precaución aconsejan el uso de la moneda barata. La buena moneda de oro se ve en-

tonces repudiada por la opción de la moneda de papel. El mejor ejemplo explicativo de este fenómeno lo tenemos a la vista: en los momentos de pánico, de incertidumbre, desaparece la moneda de oro. El oro, en su función monetaria, no tiene otro destino en nuestro régimen que su desdoblamiento.

Pero, ¿qué cantidad de moneda necesita un país para sus transacciones? La pregunta la contesta, sin errores, la ecuación de cambio. La velocidad de la circulación y de los depósitos depende de sus condiciones técnicas, sin que demuestren tener una relación con la cantidad de medio circulante; el volumen de la circulación y depósitos depende de los giros que se le da al dinero, según los hábitos de los negocios, la densidad de la población, la rapidez de los transportes y de la equidad de las tarifas de los mismos.

Si se desdobla la moneda en la forma que lo hemos explicado, se desdobla la velocidad de ambos factores, afectando en igual proporción los precios. Esos desdobles de cifras son engañosos. Ejemplo: al observar la planilla del movimiento de cheques del «Clearing House» argentino, las cantidades representativas de las cifras giradas engañan sobre el volumen del comercio. Mr. Fisher (1) a este respecto dice: «Una inflación del medio circulante no puede aumentar la producción de las granjas (chacras) y manufacturas, ni favorecer el flete de los ferrocarriles y vapores. La corriente de negocios depende de fuentes naturales y condiciones técnicas, no de la cantidad de moneda. El principal mecanismo de la producción, de los transportes y de la venta, es una cuestión de capacidad física y técnica, de la cual no depende la cantidad de la moneda.

El solo caso, en el cual el volumen del comercio aparece estar afectado por la cantidad de moneda, es cuando se influencian las transacciones accesorias por la creación de moneda y de moneda de metal. Un aumento de monedas de oro, se ha observado trae un aumento en el comercio de objetos de oro.

(1) *Irving Fisher*, obra citada, págs. 155 y siguientes.

Propende también al aumento de la venta de maquinarias para minas de oro, de aparatos de ensayos y de trabajo. Esas transacciones pueden tener conexión con otros negocios que se les vinculan. Cuanto más se vendan ornamentos de oro, menos se venderán de plata y de diamantes. Luego, la cantidad de moneda que necesita un país es aquella, teóricamente, que mantenga en términos matemáticos, o en su aproximación, el equilibrio de la ecuación de sus cambios; es decir, que la moneda no afecte la expansión de los precios, que no los infle, que los mantenga dentro de la estabilidad del padrón de oro de su respectivo régimen monetario.

Descendiendo al terreno de la práctica, a nuestro entender, como lógicamente se deduce, por otra parte, de este estudio, el gran error del régimen monetario argentino descansa en haber abandonado el Estado el contralor del medio circulante. En 1899 se limitó la circulación del papel inconvertible a una cifra, sobre la cual la nación experimentó una pérdida de 56 por 100. Pues bien; los ingresos de oro han sido desviados de su función, asignándoles un papel de instrumento de desdoblamiento de valores, o bien una función de simple mercadería.

Si la ley de conversión se hubiera aplicado en su verdadera intención, la de convertir, los tesoros de la Caja de Conversión estarían vacíos, el oro amonedado que guarda en custodia circularía en el país en su verdadera función de moneda, y el billete de curso legal estaría encerrado en la Caja de Conversión para las relaciones de cambio, esperando el ansiado momento de su efectiva conversión.

No disimulemos tampoco, desde el punto de vista práctico, que el problema más serio que han revelado los estudios históricos y estadísticos es el de la estabilidad y seguridad del poder adquisitivo de la moneda. Esas condiciones oscilan, de arriba a abajo, en los períodos del ejercicio del crédito, o sufren variaciones, según los incidentes que producen los cambios industriales. La primera transición se vincula al sistema bancario; la segunda depende exclusivamente de la moneda de

metal. Deducción: estamos sometidos a las eventualidades de los cambistas.

Reeducación pública.—Conversión. Soluciones de urgencia.

Lo que llévamos expuesto nos permite afirmar que el régimen monetario argentino está a merced de un agiotaje permanente, sostenido por los que eternamente viven de especulaciones y luchas a favor del prejuicio encarnado en la población nacional, a saber: que las restricciones que se impongan al medio circulante y a su «desdoblamiento», serían un atentado contra la riqueza y la producción. «La ciencia económica enseña claramente (1) que el papel moneda, en cualquier faz de su evolución en que se encuentre, convertible, inconvertible o forzoso, siendo por sí mismo un medio instrumental, destituído de una utilidad directa cualquiera, puede servir de moneda por excelencia, mientras proporciona una cierta economía en los gastos en el rol de intermediario de los cambios; pero no puede substituir jamás, absolutamente, las funciones profundas que incumben a la moneda; pues no es ni regulador de los valores en la circulación, ni propio para servir a la transformación de los bienes en el transcurso del tiempo, en un medio cualquiera, transformación que intercepta más bien seriamente, con los riesgos muy graves que comporta siempre su empleo.»

Este mismo autor (2) considerando la cuestión desde el punto de vista teórico, agrega: «que es preciso recordar que las cosas útiles sólo se cambian contra cosas útiles; que si un numerario cualquiera puede facilitar tal fenómeno, es decir, si se limita a cambiar una cosa útil contra moneda, desdoblando la operación de cambio, esa moneda podrá continuar siendo un bien instrumental cualquiera, un verdadero tejo, fiduciario o

(1) *La Moneta*, Eteocle Lorini, párrafo 52.
(2) *La reforme monetaire de la Russie*, Eteocle Lorini, págs. 21 y 22.

falso, mientras no preste sino un simple servicio en la circulación; es decir, dejar que se realicen los arbitrajes entre las mercaderías; pero es necesario que constituya en sí mismo un bien económico, que, para evitar gastos, no se encuentre ordinariamente en la circulación, aunque intervenga «rápida e inmediatamente», cuando necesita satisfacer la función de capital y de ahorro a que está predestinada la moneda.

Para corregir todos los efectos nocivos que producen las emisiones, tales como se aplican en el régimen monetario argentino, reemplazándolo por el régimen de la conversión, no es suficiente haber creado elementos de conversión efectivos y decretar la abolición de las emisiones. Su retiro forzado acarrearía grandes trastornos, tan perjudiciales como la desvalorización de las cosas o la inflación que se ha querido evitar. El terreno de la reforma requiere energías y gran prudencia para habituar al país y a la circulación a un nuevo estado de cosas; porque el pueblo, enseña el mismo Lorini, ya citado, acostumbrado durante tan largo tiempo al papel moneda, acoge difícilmente como una cosa natural una circulación efectiva de oro. Por otra parte, el oro no entra de un golpe en la circulación, ni permanece en ella por el imperio de la ley. Exige *à priori* que lo pida efectivamente la vida económica, como nuevo denominador de los valores en circulación, y sea capaz de mantenerse como tal, especialmente cuando no se le reconoce como un medio monetario de cancelación, y se trate, además, de resolver el grave problema del establecimiento de una paridad determinada entre la unidad monetaria desdoblada y la unidad con todo su valor intrínseco.

«La reforma debe realizarse de modo que ella no produzca sacudimientos ni modificaciones en las condiciones existentes. No debe tener otro efecto que dar a cada estimación de valor, a cada propiedad, a cada renta y salario, una base firme, estable, libre de aprehensión y de temor.» Así se expresaba mister Whitte, eminentísimo hombre público, al practicar la conversión en Rusia, citado por Eteocle Lorini. Mr. Whitte creó

este lema: «Consolidemos lo que existe ya, y que nadie sea ni más rico ni más pobre, al ingresar al régimen de la moneda sana.»

No basta vivir preocupados en acumular oro y conservarlo en el país; el problema no consiste, tampoco, en tener mucho oro, sino tenerlo en sus verdaderas proporcioues para que sus funciones como mercadería representen el costo comparativo y justo, que sus cantidades sean suficientes para cubrir las necesidades del país en su rol de moneda.

Los autores de la ley de conversión, el Congreso y la mayoría de la opinión, fueron más bien «papelistas», en vez de ser decididos partidarios de la moneda sana; sentían los poderosos efectos de la pérdida de 56 por 100 de la fortuna nacional.

La ley fue quizás una transacción entre ese espíritu público dominante y las ideas conservadoras de los intereses permanentes; que entonces, como ahora, su volumen pesaba como una montaña. Pero se aplicó el texto de la ley en una forma que estaba lejos de propender a la educación pública del régimen a oro; se inclinaban a complacer los temores de la opinión, que aspiraba a mantener preponderante el régimen de papel moneda, para no romper con hábitos y prejuicios vigorosamente arraigados. Hoy mismo quieren verse y se buscan las causas de esta crisis; están a la vista, sienten sus efectos y no consienten en que el mal está en las emisiones de papel moneda. Es cierto también que hay muchas personas que exprofeso no quieren verlas, abrigando la esperanza de que se ha de encontrar un medio de prolongar el mismo estado de cosas.

Para concluir con esta situación es, pues, urgente aplicar la ley de conversión en la «intención de convertir» y no en la de «empapelar», y para el efecto se debe comenzar por tomar todas las medidas de carácter administrativo que la misma ley, en su letra y en su espíritu estrictamente interpretado, admite y aconseja, a saber:

1. Establecer los presupuestos nacionales, provinciales y municipales a oro sellado, y hacer sus pagos con el billete de

curso legal creado por la ley núm. 3.871, mientras no se resuelva la conversión definitiva;

2. Establecer que la contabilidad y balances oficiales de gobiernos, municipios, Bancos, compañías, sociedades, etc., establecidas en la República, expresen las cantidades a oro sellado, y en su equivalencia a moneda de curso legal;

3. No reconocer la existencia de personería jurídica de nuevas sociedades anónimas, siempre que su capital no esté constituído a oro sellado, sin perjuicio de la facultad de hacer sus pagos y realizar sus operaciones con el billete de curso legal;

4. Los contratos de cualquier naturaleza que se ajusten por los gobiernos nacionales, provinciales y municipales, y en general toda persona o entidad jurídica que contraiga obligaciones que deban traducirse en sumas de dinero, deberán expresarse en moneda de oro sellado, sin perjuicio de la facultad de hacer los pagos en billetes de curso legal;

5. La Caja de Conversión deberá limitar a las sumas de oro recibidas, y a la suma de billetes de moneda legal entregada, los efectos del artículo séptimo de la ley núm. 3.871, por el cual tiene la facultad de entregar a quien lo solicite billetes de moneda de curso legal, por moneda de oro sellado, y entregar el oro que reciba por este medio, a quien lo solicite, en cambio de la moneda de curso legal al mismo tipo de cambio.

La Caja de Conversión, por los nuevos ingresos de oro en custodia que se le hicieran, sólo debería entregar «billetes metálicos», pagaderos al portador y a la vista, a oro sellado, representativos de iguales valores de su encaje a oro sellado, hasta tanto se resuelva la forma en que se procederá a la conversión definitiva del medio circulante existente, y se fijen la la cantidad o especies de moneda de la ley de conversión que se adopte.

Estas medidas administrativas positivamente conducirían a educar el concepto público en las nociones comparativas de valor y equivalencias de la moneda, respectivamente a papel y a oro, y viceversa; prepararían la conversión tan necesaria,

destinada a normalizar, al fin, la vida económica de la República.

Pero entre los fundamentales olvidos que hemos analizado al principio de este estudio, se encuentra el de «la noción de los precios de las cosas». Inútil sería educar la opinión pública sobre valores y equivalencias de nuestra unidad monetaria, si esta educación no viniera aparejada con «la noción de la educación de los precios». Para este efecto sería indispensable establecer la zona franca aduanera en los principales o en todos los puertos de importación de la República.

En esa zona franca podrían construirse vastos edificios, destinados a exposición permanente de toda clase de productos o efectos de comercio de fabricación e importación extranjera, en forma de muestrarios, cuyos locales se arrendarían al comerciante importador, severamente reglamentados. Todo sér viviente tendría entrada libre a esa exposición, para estudiar artículos y precios, y adquirir por ese medio la noción quizás exacta, o por lo menos aproximativa, de lo que valen las cosas, incluyendo las ganancias legítimas de vendedores e intermediarios. No faltarían, no tenemos la menor duda, capitales disponibles, que se harían cargo, bajo la inspección del Gobierno, de la construcción y explotación moderada de esos palacios-exposiciones.

Con estas facilidades se alcanzaría la completa reeducación sobre los precios de las mercaderías de importación, restableciendo ideas y nociones económicas olvidadas o falseadas por la ausencia de elementos de comparación, y por el empleo consecutivo de la moneda de curso legal. En menos de dos años todo el comercio del país estaría en condiciones perfectamente favorables para entrar de lleno a conversión definitiva.

Alcanzando el verdadero fin del régimen monetario, extinguiendo para siempre el ruinoso provisoriato, se requieren aún, a nuestro juicio, leyes y medidas concurrentes, con el doble propósito de abaratar la vida y de arraigar al inmigrante, para contener el drenaje que se opera sobre nuestras rique-

zas. Lo exige perentoriamente la imperiosa necesidad de aumentar la población de la República, poniendo en franca explotación sus inmensos territorios.

La indicación más acertada es la de adoptar leyes de excepción para la población y colonización de la República. El régimen del «Homestead» americano, ha dado resultados de primer orden. El colono debe estar al abrigo de toda clase de contingencias, no sólo por la excepción de cargas fiscales, sino por privilegios que seduzcan sus inclinaciones por el país. A la inembargabilidad ya consagrada por los Códigos argentinos, debe agregarse las de todos los demás bienes muebles e inmuebles y semovientes, cualquiera que sea su cantidad, siempre que su conjunto esté destinado a los fines de su colonización. Ese privilegio extraordinario, concederlo por un espacio de tiempo igual al que se necesita para amortizar el capital empleado, si las cosechas fueren uniformes y regulares. Las cosechas o productos de las explotaciones agrícolas sólo deberían ser embargables después de haber amortizado capital e intereses, después de haber apartado los elementos de sustento y consumo anual del colono y familia y reservado las semillas para la faena anual.

Las colonias así establecidas deberían estar obligadas a regirse, en todas sus operaciones, por el principio de las sociedades cooperativas de compra-venta, sin más capital que el estrictamente indispensable, dividiendo proporcionalmente los gastos, sin derecho alguno al reparto de utilidades y bajo una inspección fiscal bien severa.

Para el establecimiento de colonias así concebidas se requeriría el apoyo de una ley de expropiación, por causa de utilidad pública, que les dé derecho de adquirir extensiones de tierra con ese fin a las empresas de transporte, a las sociedades de colonización y a los mismos particulares terratenientes que se acogieran a sus beneficios.

La normalización de la situación económica de la República pide también la desinflación de la propiedad, o, diciendo con

más verdad, para que no se entienda el ejercicio de medidas de extorsión, que se dicten disposiciones de carácter fiscal que restablezcan el valor real de los bienes inmuebles, urbanos como rurales.

El proyecto de ley presentado por el Poder Ejecutivo Nacional a la sanción del Congreso Nacional, estableciendo una escala de impuestos fiscales sobre el mayor valor de la propiedad raíz, tendría la gran virtud de ser una nueva fuente de recursos, un elemento normalizador de la renta de los inmuebles; morigeraría la viciosa tendencia a la especulación incesante sobre la compra-venta de propiedades, que es el principal incentivo que desvía los capitales de las industrias que se echan de menos en el país.

La vida barata pide, asimismo, que los gobiernos de provincia y el Gobierno federal aborden definitivamente la cuestión de los caminos públicos, para disminuir los costos de la producción y su transporte. Los criterios adoptados por el Gobierno favoreciendo inconsideradamente al capital extranjero, con el sacrificio de los bien entendidos intereses de la comunidad, pueden corregirse fácilmente, desde que a las empresas de transportes no pueden faltarles cargas que aseguran sus dividendos. El sistema de transportes auxiliares recomendado por el autor de este estudio a la benevolencia del gobernador de Buenos Aires, y que mereció la honra de ser sometido a la sanción de la honorable Legislatura, de quien depende, auspiciado por la Prensa nacional y por las grandes compañías de transportes ferrocarrileras, es la solución más práctica y racional de todas las estudiadas hasta ahora. Mientras no sea muy densa la población, no se dispondrá de capitales suficientes para construir carreteras a semejanza de las que existen en algunas naciones de Europa.

Con el ejercicio de estos poderosos elementos de acción, dadas las condiciones de nuestro modo de ser y sus eminentes cualidades reactivas, en menos tiempo de lo que se pensara veríamos levantarse grandes centros de población radicada con

carácter permanente, enriqueciendo el país y abaratando la vida; abrirían rumbos nuevos al porvenir.

Es nuestra opinión, en lo que ella valiera, que la conversión debería precipitarse en la forma proyectada por el doctor José A. Terry, ministro de Hacienda del Presidente de la República, Dr. Manuel Quintana. Esos estadistas, poseedores de vasta ilustración y dotes de inteligencia eminentes, vieron, no cabe duda, la pendiente a que se precipitaba el país, manteniendo un régimen monetario que fue solo un arbitrio de circunstancias, y al que hay que ponerle eficaz remedio.

El Dr. Terry, en el mensaje del Poder Ejecutivo Nacional dirigido al Congreso, acompañando el proyecto de modificaciones a la ley de conversión en vigencia, decía, con una precisión de conceptos, dignos de ser recordados, lo siguiente, que transcribimos:

«En materia monetaria hay que proceder radical y enérgicamente hasta alcanzar lo definitivo. Y no alcanzaremos lo definitivo y no llenaremos tan justos y eficaces propósitos, mientras no cambiemos la unidad monetaria, cambio hoy de fácil ejecución, de oportunidad y de notables y evidentes ventajas para la República.

»A ello responde el proyecto de ley adjunto. La unidad monetaria vigente y legal, es la ley de 1881 (número 1.130). Un peso oro de cien centavos, o sea de un gramo 6.129 diezmilésimas de gramo de oro de título de 900 milésimas de fino, confirmada por la ley de 1883, con exclusión de toda unidad de plata.

»Esta es nuestra unidad legal, que, desgraciadamente, no concuerda con la unidad práctica que en los hechos hoy mide todos nuestros valores, o sea el peso de 0,44 centavos oro, el que a su vez se relaciona con el peso unidad legal de cien centavos engendrando el 227,27 % (por 100), la idea de una inconversión que felizmente ya no existe y el carácter precario y peligroso del estado actual (1).

(1) «El estado actual y peligroso» de entonces, 1895, no lo era tan actual y peligroso como lo es en el presente, diez y ocho años después.

»Como queda demostrado, el principal propósito que guía al Poder Ejecutivo es hacer desaparecer esta dualidad inconveniente entre la unidad legal y el peso de cuarenta y cuatro centavos.

»Para conseguirlo, sólo se presentan tres medios:

»1. Imponer en los hechos la unidad legal del peso de cien centavos, haciendo desaparecer de la circulación el peso de cuarenta y cuatro centavos.

»2. Aceptar como unidad legal la que hoy mide todos los valores, o sea el peso de 0,44 pesos oro, con exclusión definitiva del peso de cien centavos.

»3. Adoptar como unidad legal para imponerla a los hechos otra distinta a las dos anteriores. Esta tendría que ser el argentino o el franco francés, por las evidentes ventajas que ofrece.

»Imponer en los hechos la unidad legal actual del peso de cien centavos, haciendo desaparecer de la circulación el peso de pesos 0,44 centavos, en la práctica sería materialmente imposible, porque tendríamos que disminuir el número de unidades que representan todos los valores, sean éstos de los bienes, como del trabajo del hombre. Un empleado, por ejemplo, que reciba mensualmente el sueldo de cien pesos de 0,44 centavos, se vería obligado a recibir 44 pesos de 100 centavos. Una propiedad que vale 100.000 pesos de 0,44 centavos, valdría en seguida 44.000 pesos de 100 centavos. Semejante procedimiento traería la protesta unánime de todos los habitantes de la República, la imposibilidad de sancionar la reforma, anarquía perjudicial en los valores, y, por último, exagerada inflación en todos ellos, con incalificables perjuicios para el país y para los Gobiernos, tanto nacional como los provinciales.

»Descartada la unidad legal vigente, los poderes públicos llamados a resolver la cuestión tendrán que optar entre «la unidad de cuarenta y cuatro centavos», que concordaría con los hechos existentes, o la «unidad argentino», o sea el franco, o la quinta parte exacta del peso de la ley de 1881.

»El Poder Ejecutivo no hace ni hará cuestión de preferencia entre estas dos unidades; pero no oculta que se inclina a favor del «argentino» o «franco», por las siguientes razones:

»La unidad de 0,44 pesos ofrece la ventaja de no conmover los valores existentes; pero tiene los inconvenientes de ser una unidad nueva en el mundo monetario; de propender, en consecuencia, al aislamiento de nuestro país o a serias dificultades internacionales; de obligar al comercio a efectuar cálculos numéricos, siempre perjudiciales; de conservar entre nosotros siempre latente la relación de cambio con el peso de cien centavos; es decir, con la inconversión del pasado.

»Por su parte, la unidad «argentino», o sea el franco francés, o la quinta parte exacta del peso de cien centavos oro, si bien ofrece el inconveniente de toda reforma, inconveniente mitigado por la relación con los valores actuales (20 centavos con relacion a 100 centavos, y 2,20 «argentinos», ígual a un peso de cuarenta y cuatro centavos); en cambio, proporciona ventajas que no pueden ni deben ser desconocidas: es unidad nueva que nos desvincula por completo de nuestro pasado de inconversión y que limita efectivamente las posibles veleidades de reacción; es mejor y más cómodo coeficiente en los cambios de los valores internacionales, porque se relaciona con exactitud con las demás monedas; está en armonía con el sistema decimal; nos incorpora al núcleo numeroso de naciones que tienen adoptado el franco como unidad monetaria; fomenta la inmigración, necesidad imponente al presente, porque la lira italiana, la peseta española o el franco francés y belga abaratan la vida, porque es unidad de exiguo valor; propende a la economía y el ahorro, base fundamental de la riqueza de las naciones, es moneda más universal; a ella tienden las demás naciones incorporadas a la liga latina; y si deseamos dar a la conversión actual una base inconmovible en el futuro, debemos acostumbrar al pueblo de la República a la circulación metálica, y a ello propendería efizcamente el «argentino», que sería, como lo dice el proyecto, una moneda de plata y cobre de

5 gramos de peso y de 23 milímetros de diámetro. Desde el primer momento circularía el argentino metálico, y no el peso de 0,44 centavos.»

Las profundas consideraciones del Dr. Terry coinciden, a pesar del tiempo transcurrido, con el estado actual de cosas de la República, y con los antecedentes teóricos y científicos que hemos expuesto. Estas razones nos impiden entrar a analizar otros proyectos de carácter oficial que se encuentran a estudio del Parlamento argentino, muy fundados, de verdadera importancia científica; pero que, a nuestro entender, no resolverían el arduo problema que han planteado los hechos llamando la atención pública.

El lector debe ver en esta publicación un anhelo, un sentimiento nacional, mortificado; el propósito de ser de alguna utilidad desde estas columnas a la opinión pública, abriendo horizontes al pensamiento de una solución radical y urgente. Pretendemos que nuestro estudio puede servir de pie para encontrar el mejor medio de resolver la crisis del régimen monetario argentino.

R. Alvarez de Toledo,

Doctor en Derecho.
Abogado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

María Tudor, reina de Inglaterra y de España

En el magnífico Museo del Prado se puede ver un amplio retrato de una dama de aspecto singularmente moderno, pintado por el Tiziano, de esbozos y apuntes en su edad más avanzada (1). Su sonrisa triste, dulce y vaga, ojos lánguidos y frente abovedada en la parte superior, dan al semblante un sello de idealidad peregrina, que no es ajeno a otros muchos miembros de su misma Casa; pues es la dama del retrato Isabel, la consorte del Emperador, y ella, como la madre de aquella otra Isabel más gloriosa, pertenecía a la familia real portuguesa a que por hado especial la sangre de la estirpe empujaba a sus poseedores al misticismo que degenera en locura. La vida de aquella pobre mujer, durante treinta y seis años de penalidades, pasó anublada bajo la tremenda responsabilidad de ser la madre de los hijos del César. En las largas y frecuentes ausencias de Carlos V fuera de España, en su lucha a muerte contra Francia y la herejía por un lado, y por otro contra la potencia del Islam, la emperatriz Isabel, como Regente, asesorada por una Junta de personas eclesiásticas por su mayor parte, había exprimido hasta los tuétanos, para subvenir a las

(1) Para pormenores sobre este retrato, hasta ahora desconocidos, véase *Calendar of Spanish state Papers*, vol. VIII, edit. por M. Hume.

guerras imperiales, la riqueza de Castilla, derrumbada en la impotencia financiera desde la derrota de los campeones del pueblo en Villalar.

Como todos aquellos que se ponían en contacto directo con Carlos en la esfera del imperio, su mujer vivió humildemente sumisa a la subyugadora grandeza de la política que él dirigía, y no tuvo parte en los rumorosos acontecimientos. Porque, para su gloria, fue suficiente el haber dado a luz un hijo que siguió viviendo, además de dos hijas, y otros dos hijos que murieron en la niñez, de alferecía. La madre de Felipe de España consideraba con emoción reverente a su propio hijo, pues por tan grave y de importancia juzgaba la herencia en que había de sucederle; y cuando acabó sus días en 1539, su principal obra y contribución a aquel mundo en que sólo se la conoció como la mujer del César, fue aquel niño, y como madre de Felipe únicamente quedó en la memoria de los hombres.

En el ambiente de misterio reverencial y sacrificio rígido a los designios del Emperador que se respiraba en la corte monacal de España, Felipe, en ausencia del César, no se permitió olvidar, ni por una hora, la misión para que había sido elegido por Dios como hijo de tal padre, conforme le habían enseñado, ni tampoco sus deberes, responsabilidades y fuerza. Regente, y ya desde niño, en aquella penosa contienda del Emperador contra los rebeldes luteranos, su corazón había padecido con los dolores de España, a causa de la cruel sangría de sangre y oro, que se le infligía al país en una guerra que no le interesaba directamente; pero cuando osó, casi con vehemencia, quejarse ante su padre del desastre a que se obligaba a conducir al pueblo, que era su amor, se le hizo recordar fríamente que aquello era la causa de Dios que él y los suyos lidiaban, y que toda consideración terrena debía sacrificarse a su triunfo. Felipe era verdadero representante de los suyos, y aprendió la lección demasiado bien. Como su abuela Isabel, no amaba la crueldad por sí; pero como ella también juzgaba que él y el Altísimo estaban asociados en comunidad

de causa, y que cuanto mayor fuera el sufrimiento más grande había de ser la gloria. No tuvo duelo de sí ni de los otros cuando la causa por que vivía, la unificación de la fe, exigió el sacrificio; pero el hado era implacable en los tiempos en que le tocó actuar. Aquellos en que Carlos y su hijo se comprometían a obligar a los hombres todos a recibir la fe sin discusión con botes de lanzas españolas, eran los mismos en que el rebelde fraile de Witemburg había desafiado a la misma Roma, y el mundo estaba conturbado con la nueva revelación de que más allá de los velos que el hombre había colgado sobre la Iglesia había un Dios, para quien todos eran iguales, y con el que era lícito comunicarse directamente.

De esta suerte, en tan tormentoso siglo, Carlos y su hijo, austeros ambos, no tuvieron otro camino que allanarse a solicitar la amistad de Inglaterra, cualquiera que fuese la religión de este pueblo; porque Francia y la herejía en el propio suelo eran siempre los enemigos más próximos, y el ligarse Inglaterra a uno de ellos era condenar a España a la impotencia. Por más que Enrique VIII desafiara al Papa, despojara a la Iglesia y con insulto repudiara a su esposa inocente y española, nunca se atrevió el Emperador a pelear con él por mucho tiempo o a llevar demasiado allá sus disgustos con el inglés. Mas con todo, era difícil tarea para el campeón de la ortodoxia tener que hablar con halago y blandura a su tío, hereje y excomulgado, y dar su beneplácito a una alianza con el poder que representa justamente una contradicción a la causa a que él consagraba su vida. Y más difícil aún se hizo cuando Enrique murió, pues su prestigio personal era grande y sus protestas de ortodoxia enfáticas, a pesar de su litigio personal con el Pontífice. Sucedíale en la corona una criatura dominada por hombres de escasa capacidad, resueltos a cambiar la religión de la misma Inglaterra, haciendo imposible la amistad duradera con España.

Entonces, casi de repente, se trocó el aspecto total de los asuntos. Se sabía ya de antemano que el joven rey de Ingla-

terra, Eduardo VI, era débil y moriría probablemente sin sucesión; pero lo que no se preveía era el acrecentamiento del poder del duque de Northumberland y la fuerza del protestantismo en Inglaterra. Eduardo VI murió en 7 de Julio de 1553, y la caída sin dignidad del de Northumberland decidió el plan del Emperador. La defección de Mauricio de Sajonia había hecho arrostrar a Carlos la humillante paz de Passau e imposibilitado la realización del sueño de coronar a Felipe emperador, al mismo tiempo que rey. Fue este el golpe más brutal que Carlos sufriera; y si hubiera apreciado su alcance, vería demostrada la imposibilidad del negocio en que se había comprometido. Seguía estando en guerra con Francia, que había consentido príncipes luteranos, y ardía en ansias de vindicar el abrumador desastre de Metz, cuando la muerte de Eduardo de Inglaterra abrió ante su vista perspectivas de brillante porvenir. La vana corona del Imperio se iba aniquilando con su mezquino patrimonio, y turbulentos súbditos luteranos, la pomposa herencia portuguesa que ambicionaba para su hijo era fácilmente asequible; pero con sólo que la rica Inglaterra se prestase a enlazarse en vínculos duraderos con España, bastaría para que Francia dejara de estorbar, Italia y Flandes quedaran aseguradas, el camino del Oriente abierto a expansión de dominio ilimitado, y España, con total supremacía, podría dar leyes a la cristiandad latina y a los infieles de Ultramar. Bien valía todo ponerse a la tarea, y Carlos no malgastó el tiempo.

*
* *

En los días espléndidos del finalizar de Julio de 1553, una mujer de baja estatura, rostro ajado, marchito, frente despejada y pelo bermejo, cabalgaba seguida de brillante séquito por los umbrosos senderos de Suffolk y Essex, en dirección a Londres. En torno suyo se apiñaban mil caballeros con casacas de velludo y cadenas de oro, y gran copia de gentes de armas iban prevenidas para asistir, en caso de necesidad, los dere-

chos de María de Inglaterra. No hacía más de medio mes que su hermano había muerto; pero en tan poco tiempo se habían ido adensando las trágicas emociones de un siglo. Los traidores que habían proclamado a la reina Juana habían ido sucumbiendo uno tras otro, haciéndose traición entre sí y renegando todos ellos del déspota que los había dirigido, el miserable Northumberland; Londres mismo, a pesar de su protestantismo, había acogido con alegría frenética el nombre de la Reina católica, cuyos derechos reconocía, y por cuyos inmerecidos sufrimientos sentía lástima; pero ya en sus treinta y siete años, soltera en tan larga edad, desilusionada y agobiada por tanto tiempo de crueldades e injusticias, María Tudor entró en posesión de su herencia, resignada más bien que enorgullecida.

Entre la muchedumbre de oficiales y caballeros que se dirigían a ofrecer su homenaje a la Reina nueva, había dos que se comprometieron a chasquearse el uno al otro en sus pretensiones. Eran de edad próximamente la misma, como de cincuenta años, ambos franceses, aunque uno era nativo de país borgoñón, del Franco Condado, y los dos eran Embajadores; se llamaba uno Simón Renard, representante del Emperador, y el otro Antonio de Noailles, del rey de Francia, y se dirigían los dos a Chelsusford, con intención de ganarse el ánimo de la reina María hacia la parte que representaban. Noailles era el más cortesano y aristocrático, y su gracia insinuante le constituía en peligroso rival, pues ocultaba con esto un carácter que no se detenía ante la falsedad o la perfidia, si de servir sus intereses se trataba. Pero en lo de ganar la voluntad de María Tudor fracasó, por más que cuando ella le recibiera le habló tan cariñosamente, que él bien pensó que triunfaría (1).

Simón Renard representaba a un soberano que María, después de tantas pruebas de amargura, consideraba como su solo amigo; pues muchas veces, los Embajadores del Emperador

(1) *Ambassades de Noailles*, vol. II, pág. 99.

habían osado enviar sus protestas contra los malos tratamientos que sobre ella y su madre habían recaído, y aun habían amenazado a su padre con vengar sus afrentas; al paso que Francia había estado siempre en el opuesto lugar, y había alentado al rey Enrique en su conducta oprobiosa a despecho de España y del Imperio. Así, aunque María se mostró diplomática con Noailles, reservó su amistad a Renard, pues de éste y su señor hacía depender la seguridad de su trono amenazado.

Ya se había pensado en que la Reina debería casarse. Había sido prometida innumerables veces como instrumento hábil para una u otra política; pero por su consentimiento no había aceptado ningún marido, y cuando Renard, en una secreta y larga confidencia, abordó esta cuestión, repuso ella que bien conocía sus deberes en esta materia, pero deseaba ser guiada en la elección de esposo por el Emperador. Ella no era ya joven, decía, y esperaba que no se le recomendaría un consorte que lo fuera demasiado. Renard sabía que el pueblo inglés mostraba de antiguo sus preferencias para marido de la Reina, por el joven Courtenay, que seguía prisionero en la Torre, y que a falta de él se había pensado en el cardenal Polo; pero también le constaba, ni más ni menos que al Emperador, ser María demasiado altiva para desposarse con un súbdito y considerar su enlace como un medio de robustecer su trono; y bien pronto el mismo Noailles pudo ver que Courtenay con su vida disoluta había perdido la probabilidad de ser elegido, aunque continuó valiéndose de él para conspirar contra María y sus amigos de España.

En 3 de Agosto, la Reina, vestida de terciopelo violeta, y cabalgando blanca hacanea, llegó a su ciudad de Londres, pasando por el pórtico enguirnaldado de Adgate, y al llegar a la Torre dió libertad a los que yacían encarcelados, por haber seguido la política de los hombres que dirigían a Eduardo VI. Los sucesos se desenvolvían con toda apacibilidad. Gardiner, desde su cárcel, fue promovido a la dignidad de primer minis-

tro. Bonner, el aborrecido obispo de Londres, cambió su prisión de Marshalsea por la Sede de San Pablo. Y en todas partes, aunque contra la ley, se fue introduciendo el rito católico. El Emperador amonestaba a la Reina a que usase de moderación y procediera lentamente; mientras que los eclesiásticos, ardiendo en ansias de recobrar lo suyo, cerraban obstinadamente los ojos a cuanto había pasado desde la muerte del violento Enrique. Fue Renard quien casi diariamente iba a ver a la Reina con aquellos avisados mensajes del Emperador, y el tema del matrimonio debió más de una vez mencionarse en estas entrevistas. Noailles y Gardiner se esforzaban por sacar adelante la candidatura de Courtenay; pero en el 7 de Agosto, María expresó a Renard que no veía conveniente enlazarse con ninguno de su país, y que estaba decidida a hacerlo con un extranjero.

Entonces, el Embajador nombró con amabilidad y cautela a Felipe, el hijo del Emperador, y no a otro. Ella fingió sonreir a tal idea, porque el Príncipe tenía no más que veintisiete años—la edad de Courtenay, poco más o menos;—y como dijo en otra ocasión, todos los novios que le ofrecían podían ser sus hijos. Pero Renard conoció que su pensamiento no era mal recibido, y se apresuró a pedir a su señor amplias instrucciones sobre el caso.

«No mostréis demasiada solicitud, le escribía Granvela, por disuadirla de cualquier otro partido; pues si concibiera capricho por otro, ello contribuiría a apresurarlo, como acontece con las otras mujeres.» Pero María Tudor no era como las otras mujeres, y así dió oídos a la conversación de matrimonio, no porque codiciase marido, sino porque ardía en deseos de ofrecer un hijo a su nación.

Noailles tuvo en seguida noticia del plan de casar a María con el hijo del Emperador, y donde el oro francés podía ser aplicado con fruto, se lo empleaba sin omitir las solapadas insinuaciones de que con la dominación de España en Inglaterra llegarían también las prácticas inquisitoriales de Torquemada.

Circuló por Londres cierto presagio de horror ante la idea de la Inquisición; pues la Reina, al principio, había dado sus promesas de tolerancia; pero ya el celo de los eclesiásticos había entenebrecido el horizonte. En vísperas de su coronación, en 1.° de Octubre, un español residente en Inglaterra, al paso que manifiesta sus temores de que el matrimonio anunciado no se verifique, emite palabras que demuestran que convencidos estaban, aun los simples particulares, de las ventajas que aquel enlace reportaría a España: «Y si Dios nos concede ver este glorioso día, ¡qué gran merced vendrá sobre nuestra España!, pues él será el principio de la ruina de Francia, por la unión de los dos reinos en Su Majestad. Y aunque no fuera más que para conservar a Flandes, Su Majestad y su hijo habrían de quererlo con empeño; pues cuando el Señor llame a sí a Su Majestad, correrá Flandes peligro, o de que franceses le ataquen o que luteranos (o sea los tudescos) le penetren, dando ayuda a los enemigos, pues el socorro de España estará tan lejano, y aquella nación (de Flandes) nos tiene tan poco amor... Sería también de gran provecho para España; porque si algo aconteciese al Príncipe (conviene, a saber, Don Carlos), el hijo que luego viniera sería rey de los dos países, y, por decirlo brevemente, sería conveniencia para los ingleses también» (1).

Podemos tener por cierto que la simpática actitud de timidez que ofreció María Tudor no fue perdida para el Emperador. Pero Felipe era un hombre de veintisiete años, viudo casi desde la niñez de una mujer (Isabel de Ossorio) a quien amaba de veras; y por espacio de varios años había sido dueño de sus acciones, soberano en realidad de España, aunque, nominalmente, no más que Príncipe Regente. Por otra parte, su matrimonio con una parienta portuguesa con espléndida dote, entraba en la última fase de una activa negociación, y no po-

(1) Antonio de Guaras al duque de Alburquerque. *Antonio de Guaras*, por el Dr. R. Garret. Para más noticias sobre Antonio de Guaras, véase *Españoles e ingleses* (título en español, por M. Hume.—Madrid y Londres, 1903).

día el Emperador poseer la seguridad de que el Príncipe recibiera sus proposiciones favorablemente, tratándose de casar con una extranjera diez años mayor que él y que moraba en lejanos países. Mas no tenía por qué dudar. Felipe había sido educado desde la cuna en la idea de que el sacrificio en pro de su misión providencial era el deber supremo. Era hombre de Estado y patriota, y veía con tanta claridad como su padre el incremento de poder que la unión con Inglaterra aportaría a la causa a que habían consagrado sus vidas, y, como dice Sandoval, la respuesta suya, «como un segundo Isaac, aparejado al sacrificio por la voluntad de su padre y de la Iglesia», fue: «Yo no tengo otro deseo que el de V. M., y lo que vos queráis haré yo.»

Raudos, y yéndole a los alcances al mensajero que conducía la docilísima carta al Emperador, llegaron dos nobles de la mansión de Felipe, D. Diego Hurtado de Mendoza y D. Diego de Geneda, a ofrecer sus respetos y felicitaciones a la reina de Inglaterra en su nombre. Geneda llevaba también para ella un mensaje de más íntimo sentido que el de una mera visita de salutación; y antes de la suntuosa coronación en la Abadía de Westminster, en 1.° de Octubre, había declarado ya su voluntad con respecto a la candidatura de su primo segundo. Sabía que Inglaterra, bajo las arteras excitaciones de Noailles, se encontraba agitada de vivísima alarma; pero era, ante todo, una Tudor: tenía delante de sí tiempo bastante para consolidar su situación, necesitaba dar fuerza a su partido, y sólo la oposición podía dársela. Reunióse el Parlamento en 5 de Octubre, y, bajo la presión de María, se hizo una anulación radical de todas las leyes antipontificias que habían separado Inglaterra de Roma; pero cuando, por influjo de Gardiner y empeños de Noailles, la Cámara de los Comunes votó un Mensaje a la Reina suplicándola que no diera su mano a un extranjero, María convocó a sus miembros a que comparecieran ante ella. El orador y una comisión de veintidós parlamentarios acudieron, y, temblando, la presentaron el humilde

Mensaje. La Reina murmuraba ásperamente que la querían hacer caer en los artificios del ministro Gardiner. Fue su respuesta al orador conminatoria y altanera: «Queréis—le dijo—convencerme de que el haber elegido yo mi consorte sea cosa superflua. El Parlamento no solía emplear tal lenguaje a sus soberanos, y cuando los particulares en tales asuntos siguen sus inclinaciones, debe permitírseles de razón a los reyes elegir a quien prefieran» (1). Esta era la forma acostumbrada en los Tudor para tratar con los Comunes; y después de obtener María la legalización religiosa de su posición en el trono, disolvió al punto el Parlamento, de que se había mofado.

Fueron menester reiteradas y vivas instancias para que María diera a conocer su preferencia por el Príncipe español. Al principio trató de imponer como condición que el Emperador no la recomendara pretendiente que ella no viera primero; pero esto, en el caso de Felipe, no podía ser. Obra fue de gran empeño el lograr la aprobación sin estas circunstancias; y cuando Renard, con toda clase de delicadezas, la obtuvo, ella, entre llantos, y poniendo sus manos entre las de él, imploró que no la engañase en nada de lo que hiciese relación al verdadero carácter del Príncipe. ¿Era, en efecto, de tan buena conducta y tan correcto como se lo habían pintado? El embajador declaró vivamente por su honor que la fama no excedía a la realidad; pero aún seguía la Reina, como si dudara, expresando sus anhelos de verle antes de comprometer su palabra. Se le envió un bello retrato del Tiziano representando al Príncipe, más joven de lo que entonces era, un adolescente de agradable aspecto, blanco y rubio como eran los austrias, con la barba ligeramente rizada, que sombreaba la mandíbula prominente y el trozo del labio superior, rasgos todos heredados del padre. Parece que el retrato disipara del pensamiento de María las últimas vacilaciones. Nunca se había visto comprometida en pleitos de amor; y aun ahora, su intención de ca-

(1) Correspondencia del cardenal Granvela.

sarse respondía a la más dominante de robustecer su posición. Pero la contemplación del rostro de su futuro consorte y las repetidas seguridades que el Renard daba sobre sus bellas cualidades, fueron operando profundamente en su ánimo un intenso afán por entregarse a aquel afecto de que por tanto tiempo había estado hambrienta su perseguida juventud.

En la noche del sábado, 31 de Octubre, invitó a Renard a que se presentara en un aposento en el que había un altar con la custodia, en que se alojaba la Sagrada Forma. La Reina estaba allí, sin más compañía que la de su aya Mrs. Clarencius, cuando el Embajador entró, y con gran emoción le dijo que desde que él había presentado la carta del Emperador en que se le pedía su mano para Felipe, ella no había dormido, entregada todo el tiempo a lloros y oraciones para que el Señor la guiase en la elección de marido. «El Santísimo Sacramento es mi único recurso en todos mis apuros—decía;—y ya que ahora lo tenemos en este altar, delante de él os pido ahora consejo»; y arrodillándose y también Renard y Clarencius, recitó el *Veni Creator Spiritus*, casi echando en el cántico todo su aliento. Después de una corta plegaria, en voz baja, se levantó, sosegada y serena, y dijo al Embajador que le había elegido para su confidente ante el Emperador. Había considerado atentamente cuanto se le había dicho de Felipe, y había consultado a Arundel, Paget y Petre (1) sobre el asunto; y meditando acerca de las buenas cualidades y disposición del Príncipe, rogaba al Emperador que fuera indulgente con ella y decidiera las condiciones convenientes para el bienestar del reino; que continuara siendo para con ella un buen padre, y recomendara a Felipe que fuese un buen marido. Luego, solemnemente sobre el altar, y en presencia del Sacramento, prometió a Renard unirse en matrimonio a Felipe, de quien se obligaba a ser esposa buena y fiel, y a amarle con toda vene-

(1) Todos éstos eran consejeros en interés y reconocimiento al Emperador, y estaban comprometidos a favorecer en todo caso esta unión.

ración y constancia (1). Había estado indecisa largo tiempo, dijo; pero el Señor la había iluminado, y ahora tenía el ánimo resuelto; desposaría con Felipe y no con otro.

Regocijóse Renard con estas noticias, que mandó volando al Emperador, si bien mantuvo secretas para los demás; pero aunque nadie las supiera, todos las sospechaban, y pronto el susurro de una creciente agitación empezó o oirse en todas partes. Lady Jane Grey, los tres hijos de Northumberland, Cranner, Ridley y otros, fueron juzgados y condenados a muerte. Por todo el país, diseminados, empezaron los tumultos, pues el desafecto cundía por dondequiera; las confabulaciones de Noailles con Isabel y Courtenay se descubrieron y denunciaron; Polo fue detenido de orden del Emperador, según iba para Inglaterra, y Gardiner, que continuaba en prisión según la promesa irrevocable de la Reina, seguía haciendo la contra al proyecto de matrimonio con un español. Mas el secreto se hizo público por fin, y los partidarios de España que figuraban en el Consejo de la Reina hubieron menester consultar con Gardiner sobre las bases del matrimonio. Tenían que sacar a flote un negocio dificultoso; pues a pesar de los sobornos y complacencias, se habían determinado a que aquella unión en ningún caso significase supeditación política de Inglaterra a España; y el poder del Rey consorte estaba tan cercado de cautelas y limitaciones, que cuando al fin Felipe conoció las condiciones, quedó desolado; pues bien veía que si se cumplían a la letra las condiciones del matrimonio, resultaba éste inútil a los intereses de España, y era, en realidad, un vano sacrificio. Pero de esto la gente nada sabía. Lo único que se dió a entender es que un español iba a ser su rey, y Londres se estremeció de espanto cuando las insinuaciones de Noailles le advirtieron que la Inquisición con sus autos de fe iba a comenzar en Inglaterra.

Así es que cuando en 1.° de Enero de 1554 entraron en la

(1) Archivos. Comisión para la copia de documentos. Bruselas, vol. I.

ciudad domésticos forasteros y gente de mar en gran número, para preparar alojamiento a la brillante embajada imperial que había de llegar al día siguiente, hasta los muchachos se juntaban a su paso, y los recibían con maldiciones y con pelotones de nieve (1). El brillante Conde de Egmont y su séquito arribaron en el puerto de Tower, con toda pompa, a la mañana siguiente, para pedir con la debida formalidad la mano de la Reina para el hijo del Emperador. «Fueron recibidos por Sir Antonio Browne, que iba vestido con lujosísimo atavío. En Towerthill, el Conde de Devonshire (Courtenay) con Lord Garrett y otros varios, le recibieron con la más honrosa y familiar acogida; y de igual modo, el señor de Devonshire, dándole la mano derecha, lo condujo por Chepsyde hasta Dyrram Place (esto es, *Dusham House* en *Strand*); y las gentes no les acompañaban en su contento, sino que miraban al suelo con tristeza» (2). A estas ceremonias siguieron unos cuantos banquetes solemnes y festejos de corte, y en 13 de Enero, Gardiner, esforzándose por parecer contento, hizo un discurso ante la Cámara de Presencia en Westminster a los lores y oficiales, declarando el propósito de la Reina de casarse con Felipe de España en «piadosísimo y legítimo consorcio, y que ella entraría en posesión de 30.000 ducados por año, con todos los Países Bajos de Flandes, y que la descendencia de los cónyuges siendo legítima, si la hubiere, poseería la herencia del reino de España, así como los dichos Países Bajos. Declaró además que deberíamos estar muy agradecidos a Dios porque Príncipe tan noble, digno y famoso se confesara tan humilde en aquel matrimonio, al considerarse más bien como vasallo que otra cosa; y que la Reina gobernaría en todo como hasta el presente; y que no formaría parte del Consejo ningún español, ni se daría a éstos la custodia de ningún fuerte o castillo,

(1) Chronicle of Queen Jane and Queen Mary. Camden Society.
(2) Ibidem.

ni dominio ni empleo en la Casa de la Reina, ni en ninguna otra parte de Inglaterra» (1).

Gardiner hizo cuanto estuvo en su poder; pero el hecho bastó para sumergir a los amigos del antiguo régimen—a no pocos de los que habían hecho su agosto cuando la expoliación de la Iglesia,—en un delirante pánico. Carews y Greys protestaron, se rebelaron y sucumbieron; pues Inglaterra en general era fiel a María, y la gran mayoría del pueblo, excepto alguno que otro en Londres, condenaba acerbamente los desórdenes iconoclastas del reinado de Eduardo. La Reina conocía su propio ánimo también, y en presencia del peligro se mantenía firme como una roca; pues a su modo de ver, la unión con el de España significaba la resurrección de su país y la salvación de su pueblo. Carlos y su hijo así lo comprendían también; pero no era este su principal objeto. Lo que necesitaban ellos era humillar a Francia para siempre, disponiendo de los recursos de Inglaterra, y erigir a España en dictadora del Universo.

En el mismo día en que los descamisados del mísero Wyatt, llenos de lodo y rendidos de su marcha desde Kingston Bridge, iban a dar su último salto en la horca, un mensajero, todo empolvado, cabalgaba camino de Valladolid, con las noticias para Felipe de que la oferta de su mano había sido aceptada por la reina de Inglaterra. El Príncipe estaba en Aranjuez, estudiando la traza y disposición de sus jardines favoritos, cuando le llegaron dichas nuevas, a que se agregaba la de que el Conde de Bedford estaba ya camino de España con el contrato de casamiento. Dejó al punto Felipe su diversión, y

(1) En 21 de Enero de 1554, el Emperador escribió a Felipe, enviándole el tratado para su ratificación, y le encargaba le enviase poderes para formalizar los desposorios; y pues la Inglesa insistía en que por bendición de Dios habría de efectuarse el matrimonio, «vos deberéis prestar juramento de respetar las leyes y privilegios de Inglaterra; *pero la Reina en confidencia nos asegura que secretamente se hará todo, conforme a nuestra voluntad, y Nos la creemos.*—M. S. Simancas. Estado, 808.

el mismo día salió para Valladolid con su escolta de caballeros aragoneses, vestidos de grana y oro. Súbitamente se adornó la vieja ciudad en hábito de festejo, y se organizaron torneos, juegos de cañas y fuegos de artificio, para celebrar aquel consentimiento, por el que su amado Príncipe de España pasaba a ser rey de Inglaterra. Los telares y talleres de bordados de todo el reino entraron pronto en actividad para preparar el espléndido lujo y deslumbrante atavío propio de los nobles e hidalgos que iban a seguir a su Príncipe a Inglaterra, y todos, con jactancia española, trataban superar a los demás con su esplendor. Alba, Medinaceli, Aguilar, Pescara, Feria, Mendoza y Enríquez y otros cien magnates altivos recibieron orden de estar prestos con sus escoltas de vasallos, todos vestidos de riquísimas ropas, a despecho de las advertencias de Renard, que prevenía: «*Seulement sera requis que les Espaignolez qui suyuront vostre Alteze comportent les façons de faire des Angloys, et soient modestes.*»

El ayudante de Felipe, Padilla, fue enviado a escape a la costa para recibir al Conde de Bedford, que no salió de Inglaterra en un mes; y el Marqués de las Novas, cargado de espléndidos regalos de Felipe para su prometida, fue enviado para Inglaterra. María era, en gran manera, apasionada de ricos aderezos y joyas, y Felipe en su juventud, y cuando las fiestas de Corte lo hacían oportuno, traía las galas más espléndidas; pero aun aquellos para quienes su boda representaba no más que un pretexto para una política, debieron quedar satisfechos de tanta magnificencia acumulada. El regalo que el Marqués de las Novas llevó de parte de Felipe a María consistía en un gran diamante liso, montado como rosa en soberbio engarce, evaluado en 50.000 ducados; un collar de diez y ocho gruesos brillantes, exquisitamente montados y labrados con maravillosa delicadeza, estimados en 32.000 ducados; un gran diamante y una perla gruesa pendiente de él (era ésta la joya favorita de María, con la que se la ve en el retrato de More), ambas gemas las más bellas que podían verse en el

mundo, según parecer de un testigo contemporáneo, tasadas en 25.000 ducados; siguiendo a éste una lista de perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes innumerables, que no sólo a María, sino a sus damas, también enviaba el galante novio (1).

Según que todos estos preparativos se prevenían en España, el Emperador se preguntaba si sería cuerdo y seguro el permitir que su hijo se arriesgase a partir para un pueblo tan enardecido contra el proyectado casamiento como el inglés, y en rebelión parcial contra él; y Renard tuvo muchas conferencias llenas de ansiedad, con María y su Consejo, sobre el asunto.

La Reina declaró repetidamente que ella respondía de la seguridad de Felipe; y se negó, tan amablemente como pudo, a las apremiantes insinuaciones de emplear medidas severas con Isabel, con Tenay y los demás sospechosos o rebeldes. En una ocasión, a fines de Marzo, díjole Renard que si mostraba tanta blandura con los rebeldes, no aseguraba que el Príncipe Felipe pudiera estar garantido en su reino, «pues vendría sin armas; y si algo le aconteciera, promovería escándalo desastroso y lamentable. Y padecerían a causa de ello, no sólo Su Alteza, sino también los señores y caballeros que le acompañaran; y es de temer que todas las precauciones de seguridad no sean demasiadas». A esto contestó la Reina, con lágrimas en los ojos, que «antes quisiera no haber nacido que el Príncipe recibiera alguna ofensa, y esperaba fervientemente en Dios no ocurriría tal cosa. Todos los miembros de su Consejo cumplirían su deber en la recepción del Príncipe, y ya se aprestaban costosos preparativos. Su Consejo sería reducido a seis miembros, como Paget y Petre la habían amonestado; y ella haría cuanto en su poder fuese para conciliar la buena voluntad de los súbditos que era menester para recibir al Príncipe (2).»

(1) «La llegada de Felipe el Prudente»», en *The Year after the Armada*, por Martín Hume.

(2) *Renard al Emperador, 27 Marzo 1554.* Comisión de Copia de Archivos, impresa también por Titler.

María estaba rendida de afán. «No podía ni descansar ni dormir—decía,—pensando en los medios de seguridad en Inglaterra para Felipe.» Pero no se decidió sacrificar a Isabel, no obstante los clamoreos de Renard y aun de Gardiner. Sabía que los franceses subvenían casi públicamenle con sus recursos a los rebeldes contra ella; y que su pueblo temía cada vez más que su casamiento con Felipe traería una guerra con Francia para fines políticos de España; pero había puesto su voluntad en ello, y nada en el mundo la haría vacilar. Felipe, por su parte, aunque personalmente no fuera valiente, estaba igualmente firme en hacer aquel viaje, aun a riesgo de su vida; tenía el espíritu de sacrificio, y aquel matrimonio suponía para él un deber sagrado, y del deber nada apartaba a Felipe, cualquiera que fuese el mal que su cumplimiento llevara aparejado.

MARTÍN HUME

(*Concluirá.*)

SANTIAGO DE COMPOSTELA

II

Si las gentes de Compostela fueran curiosas como franceses, la llegada de un peregrino les haría alguna impresión, puesto que es casi un fenómeno. ¿Por qué tal decadencia de una peregrinación que fue, durante tantos siglos, el punto de cita de la cristiandad? Los indígenas, con su fondo de indolencia, no se preocupan por ello; pero, siempre que interrogué sobre el caso a los eruditos del lugar, sus explicaciones eran vagas, eludían las preguntas; tocaba un punto humillante. Después, he coordinado las causas de una decadencia más triste que ninguna: la decadencia de un santo en la tierra. El sentimiento que de esto tenía insinuó en mi estancia una sorda melancolía. Pero también, a mi llegada, me sentí, por los que no van, tanto más impaciente por ir a la tumba del Apóstol.

A la puerta del hotel, un muchachillo, con aire decidido, me propuso ser mi guía; descalzo, descubierta la cabeza, de cara gestera, agitaba al andar las mangas rotas de una chaqueta, cuyo amarillo terroso me hizo pensar en ciertos habitos de los monjes de Zurbarán. Me preguntó si yo era inglés: «Son buenito inglés», añadió, finalmente, mirándome a la cara. Cuando contesté: «Francés», se puso pensativo; este nombre no le prometía nada.

Seguimos una calle empinada, empedrada de pequeños cantos redondeados, suaves bajo los pies como el enlosado de un patio. A pesar del sol que la daba de soslayo, las sombras de las esquinas guardaban una austeridad claustral. Junto a ventanas con rejas veíanse, más escasos que en otras partes, estrechos miradores pintados de negro, fúnebres a pesar de sus blancos visillos. Yo esperaba hallar una ciudad de la Edad Media, y no veía más que casas del siglo XVIII, una calle provinciana, gris, confinada como las de San Malo.

La gente me llamaba más la atención; campesinas, altas y macizas, descalzas, con la trenza suelta, pasaban, erguida la cabeza, cargada con una cesta de manzanas, y balanceando con movimientos pausados sus atezadas manos. Campesinos de montañés aspecto, con el sombrero echado sobre los ojos, llevaban de la brida mulos pequeños y negros de brillante pelo. Burguesas, con mantilla y traje oscuro, parábanse ante las tiendas bajas, apretadas, de las que salían al exterior olores mezclados de lienzo, de especias y de chocolate. Encontré muchos sacerdotes; iban pausadamente, con el manteo terciado, mostrando en su mayoría caras rubicundas, ópimas, más ópimas bajo las alas demasiado cortas de su sombrero redondo. Parecían joviales, buenos muchachos, familiares con el pueblo, sin que esta sencillez quitase nada al respeto.

En una encrucijada, un piano de manubrio martillaba sus aires vulgares. Estábamos cerca del lugar llamado Preguntoiro, porque los peregrinos vacilantes se informaban allí sobre el lado en que estaba la Catedral.

Dimos la vuelta a una plaza poco amplia, en donde el busto de Cervantes, frente a una casa de arcadas, se mira en la taza de una fuente, y, muy cerca, en la plaza del Paraíso, descubrí, a la derecha, la fachada pomposa del Seminario; a la izquierda, una de las puertas de la Basílica, la puerta de la Azabachería. En otro tiempo, había allí comercio de azabache. Al presente, no hay sino pobres tenduchos abiertos, ciertos días, para la venta de cirios y exvotos.

Esta puerta me entristeció; el siglo XVIII la ha desnaturalizado. Las dos cintras que coronan sus cuatro vanos se encuentran entre columnas dóricas; sobre ellas hay un segundo cuerpo de columnas jónicas, entre ventanas de frontones semicirculares, mascarones, follajes, y una estatua de la Fe en pie sobre una pilastra; rematan su techumbre urnas sepulcrales y obeliscos. En el centro y más arriba, decoran un frontón pretencioso unos florones tallados como reyes de ajedrez. ¿Qué viene a hacer, en la cumbre de tal arquitectura, Santiago, humilde peregrino, alzando en su mano derecha un bordón del que pende una calabaza? Ese lienzo de muralla no parece estar adherido al edificio; yérguese a la manera de una decoración entre los frisos de un teatro. Me causó una impresión tan desagradable como en el introito de una misa gregoriana una música vibrante llena de vocalizaciones.

Entré y me hallé en el brazo izquierdo del largo crucero. Vi, sobre una tumba, una estatua de arzobispo y oscuras capillas recónditas. Ante la esbelta desnudez de los pilares y la curvatura romana de las bóvedas, tuve la ilusión de una iglesia de Francia; pude decir en voz baja sin mentira: «Señor, amo la belleza de vuestra casa y el lugar que habita vuestra gloria.»

La gloria del Señor descendía en rayos oblicuos por las ventanas de una linterna, ante la Capilla mayor, sobre la verja cuyos balaustres resplandecientes se tendían como las cuerdas de un arpa.

Una doble barrera reserva a los canónigos y oficiantes el paso entre el coro y las gradas del altar mayor. Bajo éste se abre la cripta, en la que se guarda la caja del santo.

Me arrodillé contra la verja, cerca de uno de los púlpitos de bronce, cincelados en el flanco del pilar, uno al lado de la Epístola; el otro, del Evangelio. Cualquiera que fuese mi deseo de rezar, mi emoción primera se embotó en presencia del fasto bárbaro que asaltaba mis ojos.

Delante del altar mayor cuelgan tres lámparas, de las que

una sobre todo es enorme, ventruda, incrustada de láminas de oro; pesados candelabros de plata se alínean sobre la alfombra; el pie del altar es sencillo, y figura el exterior de un féretro, con menudos arcos, asociados en forma de *m*, tres a tres; pero el retablo, bajo los cirios, con las abolladuras de su argentería, chispea con fuegos dorados. La estatua pintada de Santiago, sentada en su trono, con nimbo de plata, parece la de un emperador de Asia que recibe el homenaje de sus súbditos. Una sonrisa de beatitud se halla incrustada en sus pupilas de piedra y su barba castaña. Sus hombros están cubiertos por una esclavina de plata; de plata son también el nicho y el camarino. Tras la cúpula del camarino, otro Santiago, de pie, mira a sus plantas cuatro reyes suplicantes.

Y no es esto nada todavía; el altar, a pesar de su masa, parece grácil bajo el dosel piramiral que lo abruma. Tiene éste en sus cuatro esquinas un ángel mayor que un hombre; entre los ángeles, un tercer Santiago se ufana sobre un caballo encabritado; le escoltan Genios, Virtudes, y antiguas banderas desteñidas, inglesas y francesas, flotan en derredor de este arrogante triunfo. En la punta del dosel, tocando casi la bóveda, se distingue el sepulcro y la estrella, blasón de Santiago.

Tan enfáticas magnificencias excitaron poco mi atención. Buscaba al Apóstol de Jesucristo, y no tenía frente a mí sino al patrón de las Españas o, más bien, de la España del siglo XVIII, llevada a exasperar las imágenes de su fuerza, porque la sentía decrecer. Tuve que cerrar los ojos para volver a hallar la idea del buen Santiago evangélico, del que pone en su camino a los viajeros extraviados, rompe las cadenas de los cautivos, reconforta a los pobres y a los desesperados, Aquél cuyos sufragios abrevian la expiación de las faltas y abren a los penitentes las puertas del Reino, el Santo jubilar que yo venía a invocar...

Me levanté y di la vuelta al profundo ábside. La mayor parte de sus capillas contienen tumbas. Fueron restauradas, siempre en el siglo XVIII, con arreglo al estilo de Borromini,

de Churriguera. Los arzobispos de Compostela, demasiado ricos y colmados, para la Basílica, de donaciones, aplicaron sus liberalidades a embellecimientos deplorables. Una de las capillas conserva el nombre de Capilla del Rey de Francia. Luis XI la dotó de una renta destinada a tres capellanes que debían decir allí la misa. Los sacerdotes peregrinos la dicen en la capilla de San Bartolomé; solamente los canónigos de Santiago y los obispos tienen el privilegio de celebrar en el altar de la Capilla mayor.

Al volver hacia el crucero, pasé ante una antiquísima María Salomé, estatua bizantina mofletuda, coloreada en rosa. Desde allí, consideré el coro del Capítulo en medio de la nave principal, su macizo facistol, los tubos de sus dos órganos. La estabilidad de los canónigos de Santiago reluce en la opulencia de sus asientos, los cuales parecen participar de la quietud de los que se sientan en ellos para cantar el oficio.

Iba a empezar no tardando. Las campanas preludiaban alegremente; una grave alternaba con otra de sonido claro, y se hubiera dicho las esquilas de un rebaño de ovejas cuando al atardecer bajan las montañas. Había movimiento alrededor de la sacristía vasta como una iglesia y suntuosa. La puerta entreabierta me dejó ver unos sacerdotes que fumaban cigarrillos. Llegaban los canónigos, casi todos corpulentos y de noble aspecto en su manteo que lleva la cruz roja de los caballeros de Santiago.

Desfiló su cortejo, cuando se dirigieron al coro, precedido de los acólitos y del pertiguero; el análogo de nuestro Suízo, con una especie de dalmática y un bastón dorado en la mano. Marchaban de prisa con paso poco solemne, expeditivamente.

Su presteza en leer los Salmos no me chocó nada; ya había asistido en Barcelona, en Tarragona, al oficio de otros canónigos españoles. El órgano cortaba la salmodia con motivos retozones. A una lección, leída por un niño de coro con voz grácil, contestó un *Amén* robusto; luego hubo un silencio de meditación.

Me alejé hacia la parte baja de la nave principal. Una anciana, sola, detrás de un pilar, sentada sobre su falda de estameña, rezaba el rosario en alta voz. No lejos, estaba abierto un confesonario; acudió una pareja joven; el marido se adelantó el primero; se confesó de pie, apoyado en el hombro del sacerdote que le tenía abrazado como un padre indulgente a su hijo pródigo. Su mujer, a dos pasos de él, tenía que oirle. La familiar ingenuidad de las costumbres católicas en España es una de las cosas que más me impresionó. Entre nosotros, aun entre los matrimonios más cristianos, ¿no parecía raro e indelicado que una mujer fuera a inmiscuirse en la confesión de su marido, y más todavía, él en la de su mujer? Recorrí el cerrado del coro hasta la pared trasera. Allí hay un Calvario, junto al cual hice una estación: el Crucificado se inclina del lado derecho hacia su Madre, como si fuera a desprenderse de la cruz; a lo largo de su cuello y de su pecho está pintado un reguero de sangre. Debajo, en un altar, veneré la virgen de la Soledad, Nuestra Señora de los Dolores.

Un manto pesado, de terciopelo, bordado de coronas de oro que se entrelazan, la encierra de la cabeza a los pies; no se ve más que sus manos cruzadas, que sostienen un corazón en el que se juntan las puntas de los siete puñales, cuyos mangos relucen, y su cara de cera; unos párpados entornados por el dolor, y una boca mortecina de reina en duelo; tiene el óvalo de ciertas señoras castellanas, una expresión de misericordia extática, como Nuestra Señora de la Victoria, en Sevilla, tan bella con sus cabellos despeinados, rebosante de santo amor, entre las ardientes lanzas de innumerables cirios.

Antaño, los penitentes admitidos a franquear el umbral de la iglesia permanecían detrás de esa pared. Tal vez, en memoria del rito perdido, han puesto en ese altar a la Reina de las compasiones.

Entre la repetida pared y el pórtico del fondo, la Basílica, a la hora en que la vi, estaba radiante, aunque desierta. El sol de la tarde desbordaba allí; oía a los canónigos entonar el

Magnificat, las columnas de granito subían en haz tranquilo hacia los follajes de los capiteles, bajo las cintras ovales. La arquitectura de Compostela fue inspirada por la de Sainte-Sernin (1) y Mestre Mateo, que dirigió una parte de la obra, procedía de Tolosa. Lo románico se encuentra aligerado de sus primitivas formas; una columna, ante cada pilar, se lanza más arriba que las bayas del triforio, y sopórtalo bajo de la bóveda acunada; la continuidad de las redondeces no excluye una facilidad de líneas completamente francesa; anuncia la beatitud de almas sencillas, dóciles, la absoluta humildad de su fe.

Pero la paz de este arte cristiano termina en la Puerta de la Gloria, porche esculpido bajo el pórtico, que Mestre Mateo tardó veinte años en ejecutar (2).

Es una visión del Juicio, en donde Santiago está sentado debajo de Jesucristo, sobre la columna que sostiene, lo mismo que en Vezelay, el centro del tímpano. No sé si en parte alguna ha figurado la Edad Media con mayor amplitud y tranquila armonía el gozo de los elegidos, superpuesto a la espera de los justos y al dolor de los condenados. Esta maravilla me produjo tal contento, que la contemplé en un transporte un poco confuso, y dejé para más adelante explorar sus detalles.

Salí un momento de la Catedral por la puerta del claustro. Es espacioso, imponente; pero encontré tristes y desnudas las ojivas flameantes de sus arcos; recordé los claustros de Tarragona y de Barcelona, este último, sobre todo, con sus capillas, su jardín, el agua verdosa de su surtidor y hasta los patos que acompañan con su grito ingenuo los ronquidos del órgano y las voces de los sacerdotes. Evocaba una de las capillas, en la que hay un Cristo con faldellín de seda y llagas en las rodillas, cla-

(1) Santiago, Saint-Sernin y Sainte-Foy de Conques, son tres iglesias salidas de un mismo tipo auvernés.

(2) De 1168 a 1188.

vado en una placa de cobre; una mujer joven y triste, mientras yo descansaba allí, vino a arrodillarse contra la verja; pocas veces he visto rezar como ella rezaba. Sus labios se movían poco, pero sus ojos, dirigiéndose al Cristo, decían: «Es preciso que sea lo que yo pido.» Hubo momentos en que cogió los barrotes con las dos manos; parecía querer arrancarlos; luego inclinó la frente y lloró silenciosamente. Sin saber lo que imploraba, añadí mi humilde oración a la suya, cuyo ardor me trastornaba.

Aquí, nadie a lo largo de los muros gríseos, ni un mendigo, ni siquiera, como en Tarragona, aquel gato flaco que mayaba hacia mí. El patio asfaltado no deja brotar ni una brizna de hierba; en un rincón hay losas fúnebres, las sepulturas de los canónigos. Entre ellos reposa D. López Ferreiro; escribió, en diez volúmenes, una erudita historia de la Iglesia de Compostela, y murió antes de haberla terminado.

Las salas del Capítulo se abren sobre el fondo del pasillo, detrás de esas tumbas. Cada vez que los canónigos se dirigen allí, hollan al pasar a sus hermanos difuntos.

Así los vivos, como los muertos, no tienen más que una sola morada: el recinto de la Basílica; saben que dormirán bajo las losas que pisan, y este pensamiento debe hacer más tranquila todavía su existencia.

Cuando llega la procesión del Corpus, y cada siete años, con motivo del jubileo, adórnase el claustro con unos tapices que, de ordinario, decoran las salas capitulares. Me lo enseñó un bedel. Al verlos, no hubiera sospechado su destino litúrgico. Representan algunas escenas de batalla, dos ejércitos formados en semicírculo, prontos a combatir, en una llanada sembrada de flores opulentas. La mayor parte tienen por modelos cartones de Goya, de un Goya joven, brillante, más pagano que el Goya caricaturista y satánico, único que conoce el público francés. Uno de ellos muestra un toro negro, y un torero con traje rosa, medias azuladas, mocetón insolente, de vigor y alegría. En otro, un burgués carmesí avanza, con la barbi-

lla en la chorrera, y, detrás de la esposa joven, con vestido amarillo—ese amarillo de fuego que adoraba Goya—un galanteador ríe con labios demasiado sanguíneos. Tales adornos, al paso del Corpus y de las reliquias, se hacen incensar. En otra parte, esto sería heroico; pero el catolicismo español se incorpora con singular libertad las cosas más profanas del país.

Las salas del Capítulo albergan una biblioteca rica en libros antiguos. Leí en el lomo de un infolio este título: JANSENI IN EVANGELIUM. ¡Cómo!, me dije; ¿también llegó hasta Galicia el lúgubre Jansenio? Por lo menos, quedó enterrado en la biblioteca de los canónigos. España no tuvo que sufrir, ni el falso ascetismo de aquél ni sus abstracciones mortíferas. No tuvo que sufrir, ni los hugonotes ni los desnichadores de santos, cuya ironía mató en Francia tantas buenas y antiguas devociones. Por esto conservó intacta la familiaridad de los Sacramentos, el realismo cristiano que siente vivir en rededor nuestro a Jesús, su Madre, los Angeles, los Bienaventurados y Bienaventuradas, como hermanos y hermanas gloriosos, ayudadores en nuestras necesidades, conmovidos con nuestro amor y hasta con los pobres honores con que los celebramos.

Pero los españoles dilatan en las pompas católicas su afición a lo fastuoso y lo enorme. El bedel quiso hacerme admirar un prodigioso incensario, el *botafumeiro;* puesta en el suelo, esta urna de plata le llegaba al pecho. En las fiestas solemnes, cuatro hombres le llevan a la basílica; lo izan bajo la bóveda del crucero por una cuerda arrollada a una polea; lleno de carbones encendidos y de granos de incienso, el *botafumeiro* se balancea frente al altar mayor, por encima de los oficiantes y del pueblo, y envía a lo largo de las naves una nube aromática semejante a la que sofocaba a los sacerdotes en el templo de Salomón.

Antes de salir de las salas del Capítulo me detuve ante una de las redondas ventanas, y miré la plaza de Alfonso XII, uno de los orgullos de Santiago; frente a frente, en aquella explanada correcta y tristona, alzábase un edificio largo y bastante

pesado, de frontón triangular: el Palacio consistorial o Ayuntamiento.

A su derecha vi el Hospicio, con todos los santos protectores, formados en su graciosa portada, y, entre ambos, una elevación de tierras áridas: monte Pedroso.

Bajé en seguida a la plaza adonde da la fachada principal de la Basílica: la del Obradoiro. Cuando se construyó (de 1738 a 1747), tenía cerca de allí sus canteras un picapedrero. Todavía ahora suenan en las cercanías los martillos de los obreros que tallan bloques para una nueva ala del Hospicio. La fachada del Obradoiro es el paroxismo de los estilos borrominesco y churrigueresco. Una doble escalera, cuyas rampas se corresponden en complicado rombo, acude a su vasto pórtico, sobre el que carga el más abrumador de los frontones. Este, semejante a una pieza montada, se erige entre las dos torres macizas. Su primer cuerpo cuadrado sostiene un segundo, cuadrado también, sobre el cual un tercero, de forma ovoidal, ostenta sus balustres, sus terrados, sus nichos, sus pináculos. Ataviada de esta suerte, la Catedral parece una vieja presumida con peluca llena de rizos y de moños.

Por fortuna, dos de las antiguas puertas han sido menos desfiguradas. La puerta de las Platerías domina una plaza estrecha, en la que hay una fuente. Las cintras de su doble pórtico se repiten encima, en arcos simétricos de una bella gravedad romana. Sin embargo, la lluvia, con los siglos y el sol, ha estropeado algo las esculturas del friso y de los tímpanos. Un simple aldeano picardo, Guillermo Manier, en el relato de su peregrinación, escrito en 1736, nota que encontró esculpida en ese pórtico «cierta mujer en pie, que tenía en sus manos la cabeza repugnante de su seductor. El marido que cortó esta cabeza obliga a su mujer a besarla dos veces al día». Por mi parte, no he reconocido ese motivo bien español, no menos atroz que edificante.

La Puerta Santa, la Puerta de los Perdones, no se abre sino los años santos, aquellos en que el 25 de Julio, fiesta de

Santiago, cae en domingo. Doce profetas a la izquierda; doce apóstoles a la derecha, estatuas malas, apretadas en su manto de piedra, meditan en los flancos de una verja que corona Santiago, con la cabeza cubierta por un sombrero empenachado, e inclinado con aire misericordioso hacia el peregrino siempre esperado; acompáñanle sus discípulos, San Teodoro y San Atanasio, pequeños como niños, en estrechos nichos. Detrás de la verja, una pared de argamasa cierra la Puerta Santa.

Cuando ha llegado la hora de abrirla, el 31 de Diciembre por la noche, el arzobispo se dirige a ella procesionalmente con su clero, su pueblo y los peregrinos venidos a pie de toda Galicia. Un sacerdote con capa pluvial lleva en una bandeja de plata, para derribar la pared, un martillo dorado. El arzobispo coge el martillo y da un primer golpe mientras que canta el versículo *Aperite mihi portas justitiæ*... Este martillazo representa la absolución del sacerdote y las oraciones de los santos que rompen el muro invisible que retiene en el umbral del Paraíso a las almas contritas.

El arzobispo redobla sus martillazos con más fuerza; cuando la pared ha caído, el coro lanza a plenas voces el salmo *Jubilate Deo omnis terræ*... Unos sacerdotes con casullas lavan las jambas de la puerta; el arzobispo de rodillas entona el *Te Deum*, y se entra triunfalmente en la basílica en donde se cantan solemnísimas vísperas.

Yo entré poco antes de que hubiera terminado el oficio. A las seis, apagadas ya las luces de la Salvación, fui introducido por el sacristán en la capilla mayor; pude ver de cerca el altar mayor, su ara de mármol, tallada de una sola pieza, sus relieves de plata y su baldaquino, cuyos arcángeles, en el crepúsculo, resultaban gigantescos. El sacristán, hombre de rostro rudo con tonos de pámpano rojo, tocaba los candelabros, el trono de Santiago, su calabaza, y me repetía cada vez: Plata, plata. Sus ojos brillaban con orgulloso gozo al contacto de aquellas riquezas, como si las juzgase suyas a fuerza de haberlas palpado y hecho relucir.

Subí al interior de la cámara, que corona con su cúpula la estatua del Santo. Se han burilado sobre su esclavina cañones, estandartes, espadas, cascos; la España guerrera se ha magnificado en los esplendores de su patrón. Requiere una costumbre, que los peregrinos besen la esclavina preciosa. Me conformé, sin entusiasmo debo confesarlo. Lo que hubiera querido ver era la cripta y el féretro; pero, impaciente por cerrar la iglesia, el sacristán agitaba las llaves, y lo aplacé hasta el día siguiente.

En suma: terminé mi visita, descontento por ser tan tibio con Santiago, y comprendiendo muy bien por qué lo era. Necesitaba, para rezar libremente en su Basílica, eliminar las impresiones exteriores, las rarezas locales de su culto y aguardar la intimidad sobrenatural de su presencia.

De noche cerrada, me paseé por la población, en lo incierto de las calles oscuras. Las humaredas de los tejados despedían un olor de sarmientos quemados, análogo al del incienso. Bajo los arcos de la rua del Villar había más gente que en pleno día. Las voces de los transeúntes chocaban como los dominós que removían los jugadores en las mesas de los cafés. Una banda de lavanderas volvía de su trabajo; una de ellas, palmoteando, cantaba con voz dura una canción que las otras continuaban, y todas juntas lanzaban una nota extraordinariamente vibrante, prolongada.

Algunos sacerdotes circulaban en grupos; en la plaza de Cervantes, las criadas, en torno de la fuente, esperaban charlando que se llenasen los cántaros.

Llegué hasta la plaza del Paraíso, donde me encontré entre el Seminario y la Catedral. Los dos monumentos apesadumbraban con su énfasis la melancolía de aquel lugar desierto. Se le hubiera creído preparado antaño para unos reyes que no vendrán ya. La luna, bajo vapores sendos que subían del Océano, lucía como una lamparilla dentro de un cristal deslustrado; envolvía en un color oscuro el amarillo ahumado de las fachadas y los dos Santiago que se alzaban fronteros.

Una mujer cruzó, dirigiéndose hacia el barrio con una niña de la mano. Era alta, robusta, pero vestida miserablemente. Al llegar junto a mí me pidió una limosna; quise saber lo que hacía para vivir. Me dijo que componía sillas; su marido, muerto hacía seis meses, la había dejado con cuatro hijos, de los que el mayor era aquella niña. Tenía ésta una cara dulce y tímida; su pelo era del color del lino.

—Tiene diez años—dijo su madre.

—Es pequeña—le contesté.

—Pequeña—replicó ella como un eco, y esta palabra tuvo en la desierta plaza una indecible resonancia.

Las miré alejarse, desaparecer bajo las tinieblas de un pasaje abovedado. El encuentro de aquella pobreza terminó, en una paz misteriosa, mi primera noche en Santiago.

EMILIO BAUMANN

LA AMÉRICA MODERNA

La Metrópoli blanca. Literatura sobre la ciudad porteña. Las ciudades del industrialismo. El Estado agrario. El peso de la Historia. La nueva raza. Cómo crece una ciudad. Los mediterráneos en la gran capital. El habla española.

La imaginación, impresionada por la lectura, resulta muchas veces un poderoso órgano de superfetación mental. Las descripciones qne se leen sobre todas las cosas, por variadas que sean, se traducen en imágenes representativas que se superponen como archivoltas de un pórtico ideal en el vasto campo imaginativo; es ésta una cámara oscura, en cuyo fondo se proyectan múltiples imágenes, se entrecruzan las líneas y se funden los colores. Así, atiborrada mi imaginación de descripciones literarias, de datos estadísticos, de simples noticias y de relatos de viajeros, pisé la tierra argentina al descender del vapor *Reina Victoria* en el puerto de Buenos Aires.

¿Cómo será la ciudad?—me preguntaba yo mismo. Porque no coincidían las descripciones leídas en libros impresionistas, escritos para todos los gustos; unos, reveladores de desalientos o de desencantos; otros, inspirados en la gratitud... La página serena y de valor objetivo no acerté nunca a distinguirla en medio de tan contradictorias descripciones. Algo había entresacado del estudio científico sobre el urbanismo bonaerense, al repasar las estimaciones cuantitativas referentes a la demografía,

a su economía; pero esto no me podía dar la característica de la ciudad, sus elementos cualitativos. La psicología es un elemento vital que suele escapar a toda mensuración; es un verdadero imponderable social en los estudios colectivos. Comprendí bien pronto que lo mejor era sepultar las cosas leídas y confiarme a la propia observación.

Al desembarcar vi pasar ante mí el *film* de muchas cosas vistas en otras grandes ciudades costeñas: grandes trasatlánticos encajonados en las dársenas, potentes grúas, almacenes que rodean los muelles como murallones, pirámides de mercancías, trasiego constante de cosas; después, las calles interminables de la ciudad, la circulación trepidante en las arterias urbanas, edificios altos y otros bajos. Todo esto recuerda el espectáculo que ofrecen otras ciudades. Hay jirones que remedan las avenidas de las grandes ciudades de la Europa central, uniformes ingleses y alemanes, rasgos europeos que asocian semejanzas de cosas vistas en Londres, París, Berlín, Hamburgo. Pero Buenos Aires, con ser ciudad muy extensa, no reproduce el tipo de las grandes urbes mencionadas.

El interés para todo observador que pretenda describir una ciudad y fijar su carácter, no está en aquellas cosas que recuerdan o reproducen las cosas ya existentes en otras partes, sino en aquellas otras cosas que son propias de los nuevos lugares que se estudian. Cuando la lisonja, muchas veces reproductiva, inspira a los escritores, cronistas o profesionales de la literatura, fluyen los encomios a montones y no se repugna el comparar la gran ciudad porteña con París u otras ciudades europeas, cuya formación y constitución no se parece en nada a la Metrópoli argentina; otros, equiparan Buenos Aires con las fabulosas urbes donde la riqueza tiene por canales a las calles. No, no es eso Buenos Aires. El argentino suele preguntar, tan pronto un nuevo visitante llega a la ciudad, qué impresión ha recibido en ella. Y la mayoría de los preguntados, ni tardos ni perezosos endilgan por respuesta los más resonantes epítetos laudatorios, en definiciones cerradas, dogmáticas y

totales, sobre la gran capital. La intuición no puede llegar a tanto, por fina que sea.

Mirar una ciudad con microscopio, es fijar toda atención en el detalle, reducir la visión, perderse en la profusión de cosas parciales que no dan la imagen de conjunto. El automóvil y el metropolitano no nos dan lo cualitativo de una ciudad, ni la magnitud de su población descubrirá la psicología.

Yo he comprendido Buenos Aires después de una paciente observación, abstrayéndome, procurando remontarme sobre el oleaje de detalles para alcanzar la imagen panorámica. Desde una altura ideal, ante su historia y su presente, la llamada por los argentinos la Gran Capital se ofrece como un producto típico de la vida colonial en un Estado agrario. La ciudad que yo había contemplado en mi arribo nocturno, desde el puente del *Victoria*, recostada en un lecho de luz, surgía ante mí siempre serena, tranquilo el cielo y limpia de negras humaredas: era la Metrópoli blanca.

Las grandes ciudades del mundo moderno son creaciones del desenvolvimiento industrial. Sólo Roma ha entrado siempre grande, materialmente grande, en la vida contemporánea, sin menester de altos hornos y telares; pero Roma fue toda la civilización durante muchos siglos, y el flamero de un mundo que alumbraba tierras de tres continentes; es la heredera de un imperio mundial, cuyo espectro solo, basta para hacerla grande y conservarla inmortal en su augusta magnitud. La ciudad moderna, merecedora del nombre de Metrópoli, ha tenido como arquitecto el brazo industrial; en ella se han aglomerado las masas proletarias y las fábricas se han extendido como colmenas, derribando las viejas murallas y rebasándolas, elevando los bosques de chimeneas sobre el espacio, donde se levantaban los vetustos torreones; en sus recintos trepidan las máquinas, y el crepitar de los fuegos arroja columnas de humo que en airones se unen y funden en el cielo, tejiendo el palio negro en donde se filtran desteñidos los rayos del sol; un velo patinoso cubre las paredes de las casas, altísimas como las vie-

jas torres de la Mesopotamia, y el aire apenas baja hasta las calles. Son las ciudades tentaculares que absorben la sangre pura de los campos, las de los líricos lamentos de Verhaeren:

«O ces villes! ces villes!
Qui s'étalent, la bas, comme des tas inmondes,
De pienvres violentes ou douces;
Dont les bouches et les ventouses
Sortireraint le sang du mond...»

Con razón, el gran investigador alemán Karl Bücher llama a estas ciudades industriales modernas, ciudades consumidoras de hombres, a diferencia de los campos productores de hombres.

Buenos Aires es la hija de las tierras pampeanas, infinitos campos elíseos en donde la égloga la cantan el rumor de los mares de espigas y de los rebaños de rumiantes; en sus entrañas no arde el fuego de los hornos industriales, ni el ajetreo de los telares la conmueve; vive del dón de las aguas del cielo y de los rayos del sol. La prosperidad conseguida por masas de hombres que se redimían con el trabajo la hizo grande, sin que su paz se viese perturbada por el ulular de los esclavos que en otras sociedades viejas soportan el peso del trabajo creador. En un cielo libre flotan sus nubes claras; suave veladura envuelve la ciudad como si fuese un cendal blanco cuando se nubla el horizonte, y cuando se despeja parece que se escucha la risa clara de los muros limpios.

Las ciudades industriales en Europa y en Norte-América semejan monumentos negros, labrados con el esfuerzo titánico y doloroso de muchas generaciones; evocan misterios, dramas y poesía; las huellas de luchas religiosas, de choques militares, de contiendas políticas, se sobreponen unas a otras, se han visto arrasadas por irrupciones violentas, bárbaras, y han tenido esclavos y sufrido señores. Los palacios señoriales se levantan en ellas junto a templos de soberana belleza y casas miserables; conservan picotas y mármoles cincelados que transfiguran divinidades; sus pobladores lo han sido todo: desde labra-

dores a comerciantes, guerreros, sacerdotes, poetas, dominadores, dominados, míseros, ricos, plebeyos y aristócratas; una larga historia ha operado en ellos la metempsicosis más variada a través de innúmeras generaciones que guardan escritos en pergaminos el recuerdo de gracias, títulos y hechos heroicos. Una vida de constante refinamiento sensibilizó su cuerpo, haciendo sus nervios sutiles y refinados; en sus aristocracias se reproducen los tipos de la estatuaria decadentista, como si el glóbulo rojo de la sangre vieja se hubiese desteñido y corriese lento en las venas.

A la Metrópoli blanca argentina han llegado los hombres como bandadas de pájaros que anuncian la primavera y la resurrección solar. Aunque los cimientos de la ciudad fueron labrados por la espada de los soldados de la conquista española, la mayor parte de los pobladores arribaron sin estruendo; no todos recuerdan su abolengo, y jamás han sentido lo que fue el feudalismo. La Metrópoli es uniforme, como hija del cálculo rápido, sin complacencias estéticas; parece trazada como un vasto campamento que ha tenido que improvisarse para albergar a un ejército numeroso llegado de repente a una llanura; no es antigua, y ya resulta vieja para la gran masa de población.

Los vestigios tradicionales quedan anegados en la inmensidad de los modelados modernos. Todavía hay casas llamadas criollas, pero apenas destacan en el conjunto de la ciudad; quedan desperdigadas entre el gran número de casas de un solo piso, que achatan calles enteras y los edificios con rascacielos que se ven en las principales calles. Alguna vez, unos muros oscuros, casi patinosos, de sencillas líneas de Renacimiento, que suelen ser templos o edificios públicos, hacen pensar en los días de la dominación española. El resto de la ciudad es como un tablero de ajedrez sobre el cual se ordenaron las casas.

En los elegantes se ve la indumentaria parisina; en muchas damas, los modelos de Paquin, pero el espíritu de estas

clases está aún muy alejado de las preocupaciones de las viejas sociedades de Europa. No se acentúan las hondas divisiones espirituales de nuestro mundo, a pesar del cosmopolitismo de su población inmigrada; algunas doctrinas internacionales importadas, como el socialismo, tienen escaso arraigo, parecen plantas exóticas de prematura aclimatación; y es que toda energía parece dedicada exclusivamente a lograr la finalidad del enriquecimiento, a apropiarse la riqueza aún libre, antes que plantear el problema del reparto de la ya formada por la cooperación del trabajo humano.

Aquí se ve que las sociedades, por democráticas que sean, difícilmente se sustraen a la necesidad de tener una aristocracia, o por lo menos a impedir su aparición. La aristocracia argentina, sin cartas de nobleza otorgadas por la nación, pero con tradición aristocrática colonial o constituída por la aristocracia territorial del país, no reproduce el tipo cansino de las familias linajudas de Europa. En los círculos aristocráticos de Buenos Aires descuella el tipo de semblante terso, tipo de una raza remozada que hace pensar en los salutíferos efluvios del rastrojo, sana y fuerte como flor de las tierras vírgenes, opulenta en pétalos, aromosa y rosada.

Sólo retrocediendo muchos siglos se encontrarán ciudades cuya magnitud y cuyo origen puedan ser comparadas con la Metrópoli blanca: Alejandría, Antioquía, Bérgamo... Pero Filipo y Alejandro se sirvieron mucho de su espada para elevar y engrandecer ciudades, y no tanto de la paz y del trabajo. El arado y la yunta han hecho la Metrópoli blanca.

Los ensueños de grandeza de los argentinos que ven en Buenos Aires el símbolo de un porvenir esplendoroso, no deben ser calificados como ilusiones infantiles; es propio de todo pueblo joven de marcha ascensional, el no medir los obstáculos de la distancia y del tiempo; el sentir un hondo optimismo, que es confianza en las propias energías y acicate de la voluntad. La fiebre de crecimiento se revela en la vida de la población urbana; aquí se reproduce aquella fase de vida de las sociedades

europeas de la era individualista y del desarrollo industrial, en la cual todo era negocio, y no existencia con idealidad moral y estética. Ved una calle de Buenos Aires, la calle preferida por los elegantes, la de la Florida. Parece que nadie se conoce, y la mayor parte de los transeúntes pasean y miran. No se ven tertulias callejeras, grupos de amigos y conocidos, como en otras ciudades de fama mundial; la gente discurre y se ve sin familiaridad alguna. Los coches no transitan por esa calle a las horas de paseo.

Hay muchos extranjeros, pero lo que suena es el español. ¡Y aún pregunta un cronista francés que ha publicado sendos tomos sobre la Argentina dónde está España en Buenos Aires!

*
* *

El engrandecimiento de Buenos Aires es paralelo el desarrollo del movimiento emigratorio en Europa. A mediados del siglo XIX se promulgó la ley fundamental; la tiranía y el caudillismo argentino habían recibido un golpe de muerte; la ley constitucional aseguraba los beneficios de la libertad, según su declaración expresa, a los argentinos, a su posteridad y a los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino. Esto era la visión clara del porvenir, una orientación perfecta del engrandecimiento nacional. El movimiento emigratorio de Europa tomó como uno de los caminos preferidos el del Río de la Plata.

La estadística, sin especificaciones al principio, revela que en el año 1854, durante el segundo semestre, llegaron 2.524 hombres; en 1855, 5 912; en 1856, 4 672; en 1857, 4 951; en 1858, 4 658; y en 1859, 4.735; es decir, que en seis años arribaron 27.452 inmigrantes.

El número de los inmigrantes, durante el decenio de 1860 a 1869, se elevó a 150.440; durante el decenio de 1870-1879, llegó a 450.015; de 1880-1889, a 1.020.907; de 1890-1899, a 928.685; y de 1900-1909, a 1.964.737 inmigrantes. En total: desde

1857 a 1909, recibió la Argentina un tributo inmigratorio de 4.529.128 individuos.

La corriente no se ha contenido. Las estadísticas anuales registran las siguientes cifras de inmigración: 1910, 289.640; 1911, 225.772; 1912, 323.403.

¿Por qué llegaron tales oleadas de sangre europea? La finalidad que persiguen los emigrantes es económica. No se emigra en la época moderna por huir de persecuciones políticas o religiosas; las masas emigran en busca de su bienestar, que esperan encontrar en los países de destino, y del cual carecen en el país de origen. Las razas más fuertes, de cierta motilidad en el espíritu y en la voluntad, y con alguna preparación para el trabajo, son las primeras en sentir el impulso; después, el contagio alcanza a las sedentarias. A los europeos contemporáneos del descubrimiento de América les deslumbraba el relato de fabulosos países, en donde las pepitas de oro se encontraban fácilmente; el suelo de Europa, ya muy escarbado, no daba eso. Y allá iban, a las colonias adonde les era permitido llegar. Pero en la era de libertad que abrió las puertas de las colonias a los emigrantes, no se hablaba ya de oro; la alquimia que le producía era el trabajo, y América una inmensa retorta, donde la magia era el trabajo, y la piedra filosofal brotaba en campos vírgenes y en forma de espigas y de bíblicos rebaños. Los campos de Europa estaban acotados; las hitas de la propiedad se extendían por todas partes, y los trabajadores del campo no tenían sino lo que los soldados de Graco: agua y aire. Dejando atrás la tierra natal oprimida por las supervivencias feudales, llegaban los emigrantes a tierra americana. Y era Buenos Aires la estación de llegada, el pórtico de campos inmensos que esperaban el brazo del trabajador para comenzar a producir. En la fantasía del emigrante se mezclaban las confusas leyendas de la América del oro, de los bosques y de los indios, con las nuevas perspectivas de tierras libres, de fortunas rápidas, de siervos que se transfiguraban en señores... Y de todas partes acudían hombres. Italianos,

españoles, franceses, rusos, austriacos, asirios, ingleses, alemanes, suízos, belgas, portugueses, holandeses, daneses, americanos del Norte, suecos. Con propiedad ha podido decirse que, así como la suspensión durante una sola noche de la corriente del *Gulf Stream* sería suficiente para hacer desaparecer toda la vegetación de las Islas Británicas, también la suspensión de la corriente inmigratoria que fecunda el territorio argentino sería suficiente para matar el progreso de la República Argentina.

El mayor contingente de inmigración está representado por los hombres de estirpe mediterránea. Españoles e italianos ocupan el primer lugar. En 1912 entraron los españoles en número de 165.662; los italianos sólo llegaron a 80.583; siguen después los rusos, en número de 20.832; los turcos, en 19.792; los austro-húngaros, en 6.545; los franceses, en 518; portugueses, en 4.959; alemanes, en 4.337; griegos 3.375, y de otras nacionalidades en número muy inferior.

Y aún pregunta M. Jules Huret: «Où est l'Espagne?»

Así ha crecido Buenos Aires. El 31 de Diciembre de 1912 ascendía su población calculada a 1.428.042 habitantes; en igual fecha del año anterior se apreciaba en 1.360.406; en un año, pues, creció la población de Buenos Aires en 67.636 almas, que representan un aumento relativo de 4,9 por 100 anual. Otras grandes ciudades de Europa y de América no alcanzan desarrollo tan intenso. Chicago tiene un aumento relativo de 2,6 anual; Berlín, 1,1; Viena, 2,4; Río Janeiro 3,7; Hamburgo, 2,7; Munich, 3,0; Colonia, 4,2.

Es un ejército de brazos el representado por los inmigrantes. Las cifras más elevadas corresponden (en 1912) a jornaleros, que llegaron en número de 113.403; los agricultores, en número de 64.896; después vienen los comerciantes, en número de 10.000; albañiles, 3.015... La cifras bajan considerablemente en otras profesiones. Son los campos los que atraen, los campos, de cuyos frutos se alimenta la Metrópoli blanca.

¿Cómo se agrupan los elementos inmigrados en la Repúbli-

ca junto a los indígenas? Los inmigrados se distribuyen entre la capital federal, las provincias y los territorios nacionales. Por este orden se distribuyeron los contingentes de inmigrantes de mayor importancia en 1912:

De 75.384 españoles, se colocaron en la capital 1.548; en provincias, 67.834; en territorios, 6.002. El grupo de 26.070 italianos se distribuyó en 106, 24 349, 1.615, respectivamente; el grupo ruso, de 13.092 en 103, 11.651, 1.338; el austro húngaro de 2.828 en 23, 2.415, 390; el alemán, de 2.468 en 17, 2.022, 429; el portugués, de 1.916 en 10, 1.750, 154; el turco, de 1.900 en 82, 1.668, 150; el francés, de 854, en 22, 781, 51, etc.

La penetración más extensa e interna es la española; la italiana es más aparente que real, porque tiene más carácter de inmigración temporal. Durante las fiestas Mayas se veían por todas partes en Buenos Aires flamear variadas banderas nacionales, pero las que se destacaban más por su número, entre las extranjeras, eran las españolas en pequeños y grandes comercios. También en medio de la soledad de las pampas aparece el español en el sencillo lediche sirviendo mercancías a través de las rejas...

Por fin, el curso de 1909 enseña que la población urbana de Buenos Aires, compuesta de 1.231.698 habitantes, encerraba 670 mil argentinos; los demás vinieron en la bandada inmigratoria.

...Y la Metrópoli blanca sigue hablando en español.

VICENTE GAY

Buenos Aires, Julio de 1914.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: La agonía de un emperador.=Bellas Artes: La psicología del placer musical.=Exégesis: Dificultades escépticas.=Filosofía: Verdades inaccesibles y formas ignoradas del conocimiento.=Religión: San Francisco de Asís.=Impresiones y notas: Origen de las imágenes simbólicas.—Los sentidos de los ciegos.—El paraíso de la fruta.—Las mujeres en las Universidades alemanas.—Donativos americanos.

HISTORIA

La agonía de un emperador.—La biografía del célebre cirujano alemán Ernesto de Bergmann, por Arend Buchhalz, de Leipzig, ha vuelto a fijar la atención pública en la enfermedad de Federico III, el Noble, que sólo reinó noventa y nueve días. En esta biografía figuran cartas de Bergmann a su mujer, que se refieren a los sufrimientos y al tratamiento del simpático emperador.

Esas cartas empiezan en el momento en que Federico III tuvo que sufrir la operación de la traqueotomía; no son un simple relato, como dice Enrique Welschinger, sino una violenta acta de acusación contra el doctor inglés Morell Mackenzie, que en 1887 había sido llamado a Berlín para examinar la laringe del príncipe, y revelan la desconfianza, los celos y la hostilidad de los médicos alemanes contra el especialista inglés, que gozaba de la confianza de la princesa Victoria, esposa del enfermo.

Federico, siendo príncipe heredero, había obtenido la esti-

mación y el afecto de amigos y enemigos, por su bravura, su sencillez y su generosidad: sajones, bávaros, vurtembergueses y badenses, le llamaban, lo mismo que los prusianos, «nuestro Fritz»; los franceses mismos reconocían sus altas cualidades, y en todas partes era popular. Hubiera querido ser el príncipe de la paz; pero las circunstancias le obligaron a distinguirse en la guerra, que procuró dulcificar todo lo posible.

Prescindiendo de los comienzos de su enfermedad, que empezó por una ronquera contraída en el invierno de 1886, a la que se prestó al principio poca atención, el príncipe imperial, confiado a los cuidados del Dr. Mackenzie, tras un corto viaje por el Tirol y Venecia, de vuelta de una excursión a Escocia, se instaló en San Remo, en la villa Zirio. El 3 de Noviembre Mackenzie fue llamado a toda prisa de Londres, por haber aparecido una nueva hinchazón en la cuerda vocal derecha de la laringe del kronprinz. El enfermo le preguntó en seguida:—¿Es un cáncer?—Siento decir, contestó gravemente el médico, que tiene la apariencia de ello; pero es imposible asegurarlo.—Es lo que he temido hace tiempo, dijo el príncipe muy tranquilo, y os agradezco, Sir Morell, vuestra franqueza.

Para apreciar la energía del enfermo, hay que fijarse en que acababa de oír algo más que una sentencia de muerte, pues nada hay más espantoso que la lucha de una vigorosa constitución contra el progreso lento y sin tregua de una enfermedad que roe la vida poco a poco en medio de dolores horribles. Tras una consulta en que figuraron Schrötter, Krause y Hovell, se confirmó la existencia del cáncer. Mientras los médicos discutían el caso, supieron que el Dr. Moritz Schmidt había llegado a San Remo, encargado por Guillermo I de informarle sobre la enfermedad de su hijo. Por la noche, el príncipe Guillermo (emperador actual), que acababa de llegar, quiso ver y oír a los médicos consultantes, y al día siguiente se celebró nueva consulta, a presencia del Dr. Schmidt. Un breve boletín, destinado al emperador, afirmaba el carácter canceroso de la enfermedad, y luego, Schrötter, ante la prin-

cesa imperial, hizo conocer al príncipe la gravedad del mal. El príncipe recibió la comunicación de pie, sin mostrar la menor emoción, e hizo saber algún tiempo después que se oponía a la ablación de la laringe, aunque consintiendo, si era preciso, en la traqueotomía. Los médicos se comprometieron a no divulgar el secreto de la enfermedad, quedando en que Bergmann se encargaría de la operación, a menos de que tuviera que hacerla por urgencia el que estuviera de servicio.

A pesar del juramento del secreto, el boletín destinado al emperador se publicó en el diario de la corte, *Reichsanzeiger*, sin que jamás se haya sabido si esta publicación fue producto de un error o de una decisión de Estado. Durante una corta ausencia de Mackenzie, el Dr. Bramann examinó la lengua del enfermo y lo hizo muy mal.—Veo, se vió obligado a decir Sir Hovell, que el doctor no tiene costumbre de servirse del laringoscopio.—«Sí, usted lo ve, observó el príncipe, pero yo lo siento.» Cuando Mackenzie volvió, el príncipe se quejó a él de que el Dr. Schmidt se hubiera permitido dar una conferencia en Frankfort, en la que había declarado que Su Alteza Imperial sufría una enfermedad de origen contagioso. Un mes después, habiendo expectorado el príncipe un largo fragmento de tejido de laringe, su estado pareció bastante grave para que Mackenzie se resolviera a no dejarle ya ni un momento, y aquí entran ya las fases dramáticas de la enfermedad del príncipe.

Mackenzie, en presencia de Krause y de Hovell, observó una nueva excrescencia en la cuerda vocal; Bramann, que quiso examinar por sí mismo la laringe, hundió brutalmente el espejo en la garganta del príncipe: la hinchazón aumentó y la traqueotomía se impuso. Schrader y Bramann querían, sin embargo, que se esperara todavía, «pues haría mal efecto en Berlín que la operación no fuese hecha por Bergmann»; Mackenzie objetó que la vida del príncipe estaba en peligro inmediato. Consultado el enfermo, aceptó que le operasen con el cloroformo exigido por Bramann. El 9 de Febrero de 1888, a las tres, la tráquea fue abierta por Bramann, muy a la derecha

de la línea media, y el cirujano colocó en la abertura un tubo ancho y largo, de tales dimensiones, que debía fatalmente ofender la tráquea en la pared posterior; el príncipe, que al principio había quedado satisfecho de la operación, se asombró de no sentir alivio: tenía frecuentes quintas de tos, y expectoraba moco sanguinolento. Llegó Bergmann, y Mackenzie propuso en seguida el empleo de un tubo más corto, pues el otro aplastaba los anillos de la tráquea y destruía los tejidos; Bergmann se opuso rotundamente, lo mismo que Bramann.

El 12 de Febrero, Bergmann da a su mujer noticias del estado del príncipe; según ellas, el 9, Mackenzie excitó a Bramann a que hiciera sin retraso la operación. El enfermo sufría, efectivamente, un ahogo extraordinario. Bramann telegrafió a Bergmann; pero el telegrama se retrasó cuatro horas, y Bramann tuvo que operar a las tres; Mackenzie, Krause y otros protestaron contra el empleo del cloroformo, y la kromprinzessin declaró que «bajo ningún pretexto dejaría dar el cloroformo». «En ese caso, replicó Bramann, yo no operaré, y ruego a uno de estos señores que practique la operación.» El príncipe decidió: «Operadme en seguida, dijo a Bramann; me entrego en vuestras manos, operadme como os parezca mejor.» En veinte minutos todo quedó terminado. Mackenzie palideció, y estuvo a punto de caerse, teniendo que beber un vaso de vino para reponerse. Todos felicitaron a Bramann, pero la princesa mostró su descontento por haber empleado el cloroformo. Bergmann le dijo que hubiera sido criminal no hacerlo.

El día 13, Bergmann escribe una carta más precisa; en ella acusa a los tres médicos por no haber operado con más oportunidad; Mackenzie tuvo alejado a Schreder lo más posible. El comandante Kend tuvo que amenazarle con un consejo de guerra, si no hacía llamar a Bramann inmediatamente, y esto le puso desesperado. Krause se quejaba de que no le hubieran llamado antes, pues venía insistiendo en ello desde hacía quince días. Bramann no es responsable de haber operado con cloroformo, contra la opinión de todos los demás, pues había de-

clarado que no operaría sino con cloroformo. Krause no trató siquiera de sujetar la cabeza, sino que la dejó caer a la primera incisión, y Mackenzie confiesa que durante la operación estaba más muerto que vivo. Bergmann se muestra orgulloso de Bramann; pero no comprende que el príncipe heredero de Alemania haya sido operado por un médico de segundo orden, y reconoce que aquellos médicos, en tiempo de Federico el Grande, hubieran expiado su culpa con la horca.

El 14 de Febrero hubo una gran consulta, a la que ya asistió Bergmann. Mackenzie traía una cánula más estrecha, y pretendía usarla en lugar de la de Bergmann. El antagonismo de las cánulas produjo una escena dramática, pues cada médico abogaba por la suya, y el enfermo y su pobre esposa tenían que sufrir las consecuencias de aquella lucha técnica; el príncipe dormía; luego tosió violentamente y casi se ahogó al arrojar un esputo sanguinolento que le arrancó el roce del tubo de Bergmann, sin que nadie se atreviese a aplicarle el tubo que pudiera aliviarle (porque no era un tubo alemán); y porque Mackenzie examina la laringe durante su turno de velada, Bergmann, Schrader y Bramann se pican, acusándole de falta de cortesía profesional.

La lucha técnica sigue, sin que el príncipe mejore, hasta que el 20 de Febrero Bergmann recibe un telegrama de los emperadores autorizándole a obrar como mejor le pareciera. Ese día, Bergmann permite a Mackenzie el empleo de su tubo; desgraciadamente, la herida hecha por el tubo alemán no dejaba estar horizontalmente el nuevo tubo que irritaba la parte anterior de la tráquea; Bergmann creía en un cáncer de los pulmones, en contra de la opinión de Mackenzie, y quiso recoger el parecer del profesor Kursmaul, de Strasburgo. El día 13 de Febrero, Bergmann tuvo una conferencia particular con la kronprinzessin, y en ella fue aceptada la intervención de Kursmaul. Mackenzie se había visto obligado a reemplazar su tubo por el de Bergmann, consignando que lo que impedía el uso del tubo en ángulo recto es que la tráquea había sido

abierta torpemente a la derecha de la línea media; Bergmann quedó encantado del fracaso de Mackenzie. ¡Tristes rivalidades profesionales, en las que, más que la salvación del enfermo, importa el triunfo del amor propio!

Kursmaul no había encontrado ni apariencia de cáncer en los pulmones, contra lo que Bergmann opinaba. Mientras el cirujano alemán acusaba a Mackenzie, su colega Schrader, que no conocía bien el uso del tubo, lo manejaba tan torpemente, que el príncipe tuvo que escribir en un pedazo de papel: «Enviad por Novell.» Este, en efecto, puso bien el tubo y alivió al paciente. Para vengarse, Schrader hizo notar a Novell que se descuidaba en el tratamiento antiséptico, y que en Alemania se exponía a tres meses de cárcel. El enfermo se enteró, y dijo sonriendo: «Si envían a Novell a la cárcel, habrá que mandarme a mí también.» Entretanto, se supo que Bergmann había escrito a Berlín, que el príncipe imperial no podía vivir más de quince días; indiscreción que, unida a la conducta que Bergmann tenía con Mackenzie, hizo que el 27 de Febrero la kronprinzessin le rogara que se apartara del enfermo por algún tiempo, pues Mackenzie quería experimentar su método contra la pericondritis sin que él estuviese delante. Hubo, con este motivo, una tregua en la lucha profesional, y así siguió el pobre enfermo siendo víctima de aquellas tristes rivalidades, hasta la muerte de su padre y su proclamación como emperador. Su entrada en Berlín, a las once de la noche del 11 de Marzo, en medio de una tempestad de nieve, fue conmovedora. El nuevo emperador bajó del coche con paso firme, y al cruzar el vestíbulo, habló con el embajador de Inglaterra y con otros grandes personajes. Mackenzie había quedado de médico de cabecera y sus cuidados habían logrado aquella mejoría. Los médicos alemanes estaban indignados y Mackenzie recibía anónimos en que se le amenazaba de muerte si no se retiraba antes del 17 de Marzo, pues un emperador alemán no debía ser cuidado sino por doctores alemanes. La misma *Gaceta de Colonia* había declarado que Mackenzie no se atrevería a salir

a la calle, «porque el pueblo le haría pedazos o le lapidaría». Mackenzie no hacía caso, pero el implacable mal proseguía y la tráquea se caía a pedazos.

A pesar de sus sufrimientos, Federico III estaba consagrado al cumplimiento de sus deberes de soberano. Su admirable proclama al pueblo alemán fue recibida con aplauso por todos, y de todos lados se elevaron plegarias por la duración de su reinado. El emperador quería asistir a los funerales de su padre, pero Mackenzie se opuso con energía para evitarle emociones peligrosas, y Federico III se sometió, conformándose con ver pasar el cortejo fúnebre desde la ventana de su palacio. Quería conservar las pocas fuerzas que le quedaban para cumplir su misión, y no permanecía ni un momento ocioso. La emperatriz le cuidaba con ternura; sabía que le gustaban las flores, y ella las disponía con gracia y gusto exquisitos; el pobre soberano, que no podía agradecerlo con la voz, agradecía con las miradas los cuidados que se le prodigaban.

Los enemigos de Mackenzie no cejaban en su campaña. La prensa le era cada vez más hostil. Le acusaban de llamarse Moritz Markovicz, y de ser hijo de un judío polaco. En la noche del 11 al 12 de Abril, el estado del emperador pareció agravarse, hasta el punto de que Mackenzie invitó a Bergmann a entenderse con él; los doctores Krause y Wagner habían decidido, de acuerdo con Mackenzie, ensayar un tubo más corto; pero antes de hacerlo el médico inglés, quiso conocer la opinión de Bergmann, que disfrutaba de toda la confianza de las clases oficiales. Bergmann llegó muy excitado; apenas escuchó a Mackenzie, hizo sentar al emperador enfrente a la ventana, desató rápidamente el cordón que tenía el tubo corto, lo sacó y quiso meter a la fuerza en la laringe un tubo preparado por él; el tubo penetró mal y el aire no pasó. El emperador tuvo un acceso de tos y una hemorragia considerable.

Sacado el tubo, Bergmann metió el dedo en la llaga y provocó accesos de tos más fuertes y nueva hemorragia. Entonces llegó Bramann, y cogió un tubo mediano que pasó a la tráquea

fácilmente. El emperador siguió tosiendo y perdiendo sangre durante dos horas. En un momento de calma preguntó a Mackenzie: «¿Por qué Bergmann me ha metido el dedo en la llaga?—Señor, lo ignoro.—Pues bien; espero que no le dejará usted hacer más operaciones.—Después de lo que he visto, señor, debo decir respetuosamente a Vuestra Majestad que no podré tener el honor de cuidarle si el profesor Bergmann es autorizado otra vez para tocar vuestra garganta.

En las cartas de Bergmann, éste se atribuye haber preservado de la muerte al emperador por la introducción de una cánula, quejándose además de los ataques de Mackenzie y pidiendo a la emperatriz que le borre de la lista de los médicos de cámara, lo que en efecto se hizo, sustituyéndole el profesor Bardeleben.

A pesar de las negativas de Bergmann y de la *Kölnische Zeitung*, el estado del enfermo se agravó: se formó un absceso en la delantera de la tráquea, en el punto mismo en que Bergmann había obrado tan brutalmente con el tubo. El mal tomó un giro tan peligroso, que Mackenzie se creyó en el deber de informar al emperador de la necesidad de ocuparse de las disposiciones supremas. Federico III le dió las gracias, y mostrándose como ejemplo a su hijo el príncipe Guillermo, le dijo: «Aprende a sufrir, sin quejarte nunca.» Unos días después entregó al capellán de la corte estas palabras, escritas con su mano: «No roguéis por mi curación, rogad por mi salvación.» La emperatriz seguía dando admirable ejemplo de abnegación y de ternura. Ella era su enfermera, desempeñando sus funciones con destreza y bondad sin igual. «¡Cuántas veces la he visto—decía Mackenzie,—después de enjugarse los ojos en la antecámara del emperador, venir a él con cara sonriente, llevando un rayo de luz a aquella cámara de suplicios, expulsando el dolor y la fatiga que oscurecían las facciones del pobre enfermo!» Le rodeaba de flores, le hacía oír cánticos, dejando entreabierta una puerta de la sala que daba al music-hall, y no omitía medio para aliviar sus penas. Algunos pa-

seos en coche por el parque, la inspección de tres regimientos de la guardia, una visita al mausoleo de Charlottenburgo, fueron los últimos actos de energía física del príncipe. Hubo que apelar a la sonda esofágica para la alimentación, y el peligro de muerte se hizo inminente.

Entonces fue cuando el príncipe de Bismarck quiso saber por Bergmann si el emperador podía todavía durar mucho. A Bismarck le preocupaba la situación de Federico III, por no considerarse en condiciones de seguir a su lado si su salud se consolidase. Es interesante el párrafo que Bergmann dedica en sus cartas a su conversación con Bismarck: «Tuve—dice—una conversación de una hora con este hombre prodigioso. Me expuso cuánto consideraba deber de conciencia y de convicción el someterse a su emperador y cuánto compadecía sus duros sufrimientos. Se había trazado límites estrictos en ambos sentidos: en su sumisión entendía llegar hasta el extremo, pues veía en su emperador el amo que Dios le había dado, y cuyos deseos quería ejecutar en lo que su conciencia y su mentalidad alemana le permitían; por otra parte, no debía sacrificar enteramente sus fuerzas, porque pensaba que podían ser útiles al sucesor; pero se sentía agotado cada día que le retenía el emperador Federico; en consecuencia, quería saber el tiempo que eso podría durar.» Bergmann profetizó que aquél duraría desgraciadamente poco; a partir del 13 de Junio, la emperatriz no abandonó un momento al enfermo. Al ver a Mackenzie, la mañana misma de su muerte, oprimido por un enfriamiento, le pasó ligeramente la mano por el pecho y le miró con profunda simpatía, demostrándole así su sentimiento por verle sufrir también. A las once de la mañana sus ojos se quedaron fijos, la respiración se detuvo: todo estaba acabado. «Hasta el último momento el emperador había cumplido su deber, había sufrido sin quejarse y estaba pronto a ver a Dios cara a cara.»

BELLAS ARTES

La psicología del placer musical.—Se puede llegar por

dos caminos diferentes—dice en la *Revue de Hongrie* Julio Foder—a la creación de una obra de arte, lo mismo que al placer estético que nos proporciona: el primero es un camino directo o inmediato; el otro es una vía extraviada, susceptible de dar la vuelta de multitud de modos. Supongamos dos individuos que quieren gustar una obra de arte, simplemente por el placer que la obra da o ya para juzgarla estrictamente. Imaginemos luego un escultor ante su modelo. El objeto que se trata de imitar, mano humana, gracioso lebrel o grupo de luchadores, presenta al artista cierto número de superficies: planos rectos y curvos, grandes y pequeños, tranquilos y agitados; superficies que llegan a ponerse en contacto y otras que están a punto de separarse. El artista observa las manifestaciones de vida de esas superficies, sus esfuerzos para ponerse en evidencia, sus luchas; y después de haber recogido estas observaciones, las arregla en su imaginación creadora en cierta unidad artística, según sus disposiciones individuales, su habilidad y sus aptitudes; la mano del escultor, como por efecto de un poder mágico, traduce en una obra real la imagen de su fantasía.

Acabada la estatua, se la expone en un salón cualquiera. Allí su vista impresiona a un visitante, a quien llamamos el Sr. Absoluto, un poco escultor, a cuyas miradas la obra no presenta de nuevo más que una serie de superficies, puestas en determinada relación para producir un efecto armonioso; se hace abstracción de lo que la estatua representa, se ignora todavía el asunto. Otro visitante, el Sr. Intelectual, se detiene a su vez ante la obra: jamás se ha ocupado del problema de la distribución de la luz y de las sombras; ignora igualmente que el artista ha tenido en cuenta la naturaleza de la materia empleada. El Sr. Intelectual tiene tras de sí un pasado que le ha dejado cierto número de recuerdos; algunos de éstos, inconscientes o no, se han agrupado en torno de aquella estatua de mujer, que es precisamente la razón del placer que experimenta; mira luego el catálogo de la exposición, y se entera de que

la estatua representa a Danae, seducida por Júpiter en forma de lluvia de oro, y esta revelación da otro giro a las ideas del Sr. Intelectual, despertando otra serie de imágenes en su cerebro.

He aquí las dos especies de notas que abren el acceso a una obra de arte. El primer camino nos lleva al placer absoluto, al sentimiento agradable que hace nacer en nuestra alma lo bello independientemente de todo otro fenómeno, el placer que ofrece el objeto en sí y por sí mismo. El otro es un camino que lleva a quien le sigue a no ver en la obra de arte sino un símbolo que traduce al principio su lenguaje propio. En el primer caso, el espectador goza de lo que le ofrece la obra misma; y en el segundo, de lo que le añade de su propio fondo.

Todo esto se aplica al placer que nos proporciona una obra musical. Hay pocas personas que estén en condiciones de apreciar directamente la música. Toda obra musical se compone de tonos; el compositor dispone de cierto número de instrumentos que le suministran cierta cantidad de tonos diferentes en intensidad, altura, timbre, etc. Los tonos simultáneos constituyen una armonía; los sucesivos, una melodía. El arte musical consiste precisamente en formar con uno o varios trozos melodiosos un conjunto determinado, que constituya la obra musical. Foder cita, para que se comprenda mejor su teoría, las explicaciones que Geza Zagon da con motivo de una sonata de Beethoven (Op. 10, 2. Allegretto):

«Es imposible—dice—no gustar el modo fino, y al mismo tiempo natural, de que usa este gran maestro para desarrollar su pensamiento y conocer su unidad por medio del retorno de la frase uniforme. Esta vuelve, en efecto, revestida de forma completamente nueva y en circunstancias diferentes. Sólo está subida dos octavas; la mano izquierda imita el tercero y cuarto compás del tema; en seguida el tercer compás figura constantemente en el acompañamiento del bajo.»

Hablando del *Trío*, dice: «Aquí se ve claramente la significación que puede tener una armonía en sí misma y por sí

misma, abstracción hecha de toda relación con otras armonías, pero considerada en sí y como un fin propio. En efecto; la línea que sigue la melodía apenas cambia de situación horizontal; sólo en la segunda mitad de la frase es cuando toma algún impulso, y se muestra algo movida.»

He ahí el placer absoluto que produce una obra musical: un goce puramente intelectual, análogo a la satisfacción del matemático, del sabio, del jugador de ajedrez, etc. Para el músico, que la disfruta, toda composición es la solución de un problema. Hay pocas personas en estado de experimentar esa especie de placer absoluto, y hay que buscarlas entre los músicos de profesión. Lo que les interesa en una obra musical es exclusivamente *su valor musical propiamente dicho*; es decir, las combinaciones armónicas inusitadas, las nuevas formas, la mezcla particular de tonos, etc. No comprenden que una obra musical deba representar ni significar nada más.

Acompañemos ahora a un oyente con cierta instrucción, pero no iniciado en los misterios del arte musical. ¿Cómo disfruta de la *Quinta Sinfonía*, de Beethoven? El jefe de orquesta sube al estrado y da la señal a los músicos. El oyente en cuestión, desde el momento en que se dice: «Quinta Sinfonía, de Beethoven», siente afluir a su cerebro una ola sanguínea con el recuerdo de impresiones e imágenes que producen una especie de plétora artística: la existencia infortunada de Beethoven, sus decepciones, sus vanos esfuerzos para alcanzar la dicha por la posesión del objeto amado, su mérito desconocido, sus luchas, la miseria en que vivió, la pérdida del oído, etc., todo eso hace vibrar en su corazón toda la gama sentimental. En aquel momento la orquesta entra en juego; nuestro hombre se acuerda de pronto de que, según cierta tradicion, Beethoven mismo había dado como explicación de los cinco primeros compases de aquella obra: «la suerte llama así a la puerta», origen del nombre con que se la designa: la *Sinfonía del destino*. No se necesita, en efecto, gran imaginación para considerar los cinco compases iniciales como otros tantos formidables pu-

ñetazos que retumban como dados en una puerta de bronce. Es, sin duda, el destino, que golpea así en las puertas de la vida. Luego la *Quinta Sinfonía* significa la lucha de un héroe contra el destino. La imagen del destino hace surgir actualmente las de la fatalidad, la nada, la muerte. Yo también, se dice nuestro oyente, amo apasionadamente la vida, y, sin embargo, tendré que morir, y lo mismo sucederá a cuantos amo. El oyente da una forma concreta a la idea del destino, y ve un hombre mezquino luchando con un monstruo de desmesurado tamaño y armado de todas armas; el hombre débil tiene al principio las facciones de Beethoven, pero al cabo de algún tiempo ocupa su puesto el oyente mismo. Luego viene la imagen de la lucha fatal; es una situación desesperada la de aquella pobre criatura luchando contra un gigante. En tanto, la orquesta repite sin cesar los mismos golpes terribles, que despiertan siempre la misma serie de imágenes. Nuestro hombre acaba por elevar en torno suyo, por la asociación de las ideas y la autosugestión, toda una construcción fantástica, de enormes dimensiones, en el fondo de la cual su pobre *yo*, mezquino y espantado, se ha desvanecido completamente. La primera parte va a terminar: la lucha se ha interrumpido sin desenlazarse. La orquesta ataca la segunda parte; ésta empieza por una cantilena dolorosa, ejecutada por los violoncellos, que expresa un profundo sufrimiento. El oyente identifica la frase arrastrada con la lentitud de la marcha. Las semicorcheas picadas alternando con las fusas, así como las desigualdades de compás entre los diversos planos de la línea de melodía, se confunden en su espíritu con el ritmo de pasos lentos y arrastrados, y eso basta para hacer surgir en su cerebro la imagen de un hombre afligido, cuya marcha fatigada revela el estado de su alma.

La melodía presenta, además, un carácter sombrío, por ser las dominantes las notas profundas. Esta imagen, por su contraste con la luz, despierta, naturalmente, ideas de negrura, de luto y, por lo tanto, de aflicción y sufrimientos. Después

de la lucha, áspera y mortal de la primera parte, la melodía comienza con una impresión de tristeza. Aquello no puede ser más que un canto fúnebre, es el canto de cisne de Beethoven, que precede al instante supremo.

La tercera parte de la sinfonía sigue en el mismo tono; pero en la cuarta, la lucha se renueva, se asiste a un conflicto terrible con un poder misterioso y espantable. ¿Cómo revela eso la música? Por la misma frase ritmada, que se repite constantemente en el bombo, aunque en intermitencias que hacen pensar en estocadas formidables. Parece la lucha entre el destino y la muerte. Y así se llega al final; el ritmo de esta parte es el de una marcha militar, a la que se asocian inmediatamente ideas de alegría, de felicidad, de victoria. El oyente se persuade de que la lucha ha terminado por la derrota del destino, de la muerte, de la nada. Beethoven, es decir, el oyente, triunfa y siente así la impresión del bienestar físico. La música cesa, la autosugestión se desvanece, y nuestro hombre sale de la sala de concierto con viva sensación de alivio.

Tal es el placer musical obtenido por el intelectualismo. La música lo produce como las demás artes; pero con más intensidad, pues siendo el arte que menos trabas pone a la libre asociación de imágenes, facilita más la relación de las ideas personales con las sugeridas por la audición. Considerando atentamente este placer, se distinguen en él tres fases diferentes: la primera es la percepción por el oído de la obra musical; la segunda consiste en que las reminiscencias y la facultad imaginativa suscitan cierta serie de sentimientos y sucesos que acompañan a la simple audición; en la tercera se experimenta cierto goce, provocado por una especie de visión o de sueño en que se sumerge el alma, por el éxodo de nuestra fuerza, de los límites que la cierran ordinariamente, o por el paso de las sensaciones inconscientes al estado de conciencia.

Muchas personas no van más allá de la primera fase de la percepción auditiva; la música no les dice nada, no les interesa, les aburre. Más numerosos son los que gozan escuchando la

música, pero son incapaces de darse cuenta del modo con que se produce en ellos ese efecto. El tercer grupo se compone de sujetos apropiados, en cuyo sistema nervioso existe una asociación consciente y completamente desarrollada entre el placer musical y el resto de los fenómenos del medio ambiente.

No hay necesidad de ser inteligente o de practicar la parte técnica de la música para experimentar vivo placer en la audición de una obra musical. Las dos especies de placer musical no existen jamás en realidad como tipos completamente independientes.

EXEGESIS

Dificultades exegéticas.—El culto profesor David Smith resuelve, en *The Bristish Weekly*, tres dificultades exegéticas que le han sido propuestas, y de las que da cuenta Ignacio Rivera en *Bilychnis*.

Las dificultades se refieren: la primera, al hecho de la fuga de Jesús a Egipto, que sólo es citada por San Mateo (II, 13), y que por los hechos concomitantes tendría cierto carácter mítico. La segunda se refiere a la degollación de los Inocentes, no recordada por ningún historiador del tiempo. La tercera, a la evidente contradicción de los evangelistas sobre los hechos subsiguientes al bautismo de Jesús; pues mientras San Mateo, San Marcos y San Lucas declaran que fue conducido inmediatamente al desierto para ser tentado, y que el período de las tentaciones duró cuarenta días, San Juan nos presenta a Jesús tres días después del bautismo en las bodas de Caná.

La primera dificultad, según Smith, es una divergencia real entre los dos evangelistas, incompatible con la teoría de la inspiración, pero que no por eso invalida la veracidad del relato evangélico.

Al trazar la historia de estas divergencias, frecuentes en los evangelistas, los exégetas están dispuestos a recibirlas en su entero valor histórico, viendo en ellas una prueba más de la

autenticidad de los evangelios. Uno de los resultados adquiridos por la crítica, es que mientras San Lucas refiere las tradiciones, recogiéndolas de los labios de los cristianos gentiles; mientras San Mateo presenta la conservada en Jerusalén, la omisión de San Lucas de la fuga a Egipto es una circunstancia que no implica contradicción, sino olvido o desconocimiento, y puede confrontarse con el silencio de las Actas de los apóstoles sobre la retirada de San Pablo a Arabia después de su conversión.

Por lo que hace a la degollación de los Inocentes, San Mateo es la única autoridad que lo afirma. Pero toda nuestra cultura histórica sobre el reino de Herodes deriva únicamente del historiador Josefo, y éste tenía dos razones para omitir el incidente: una, la de que en su obra procura con empeño evitar todo lo que afecta al Cristianismo para apartar al pueblo hebreo, al que pertenece, de la secta herética y perseguida; y otra, la de que la degollina de unas docenas de niños en un reinado salvaje, lleno de atrocidades, apenas era digna de la atención del historiador, mucho más de un historiador que tenía su interés en ocultarla.

Por lo que hace a la tercera dificultad exegética, no presenta una discrepancia real. Según tradición antiquísima de la Iglesia, el evangelio de San Juan es sólo supletivo con relación a los demás evangelios, especialmente por lo que hace al ministerio de Jesús en Judea, que los otros han omitido casi completamente. Sólo olvida los acontecimientos del bautismo y de la tentación, ya oportunamente recordados por sus predecesores (Mat. III, 13; IV, 11; Marcos I, 9-13; Luc. III, IV, 13); empezando su narración con la manifestación del Mesías en Israel. El tercer día no está calculado desde el bautismo de Jesús, sino desde su partida del desierto.

Así queda demostrado una vez más que todas las aparentes contradicciones, divergencias y disparidades, que se notan en los relatos de los evangelistas, son fácilmente explicables y constituyen un argumento más en pro de su autenticidad, pues

nada hubiera sido más fácil que ponerlos de acuerdo, no ya en el fondo, sino hasta en la forma.

FILOSOFIA

VERDADES INACCESIBLES Y FORMAS IGNORADAS DEL CONOCIMIENTO.—Es cosa admitida desde hace siglos, y Gustavo Le Bon la afirma una vez más, que no conocemos del mundo sino las impresiones que produce en nuestros sentidos, y no la realidad misma. Nuestro conocimiento se realiza por un mecanismo especial, la comparación, que consiste en establecer una relación entre cosas, de las cuales, una por lo menos es conocida por comparaciones anteriores. Un objeto enteramente nuevo, aislado en el tiempo y en el espacio, y que no puede compararse con nada, estaría fuera de la esfera de nuestro entendimiento; ni siquiera es *pensable*, y no sería accesible sino a una inteligencia construída sobre distinto plan que la nuestra.

Las relaciones de las cosas, y no las cosas mismas, son, pues, las únicas realidades accesibles. La asociación del espacio y del tiempo ha creado la Cinemática, o ciencia de las velocidades; la fuerza combinada con el espacio, la Dinámica; la asociación de la fuerza, del espacio y del tiempo, la Mecánica. Prácticamente, estas asociaciones son muy útiles, pero no nos dicen nada de la naturaleza de los fenómenos. Es evidente, por ejemplo, que al decir que la masa representa la relación de una fuerza con una aceleración $\left(M = \frac{F}{\gamma} \right)$, no se nos revela nada de la esencia misma de la masa; el universo es simplemente, como decían los antiguos filósofos, el conjunto de las ideas que el hombre se forma de él.

«Una realidad—dice Poincaré—completamente independiente del espíritu que la concibe, la ve o la siente, es una imposibilidad»; lo cual es cierto, si se añade: «para nosotros». Ya lo decía Protágoras, hace más de dos mil años: «Las cosas

no tienen ninguna realidad fuera de nosotros». Aquí también hay que apuntar la misma limitación: «para nosotros».

Esta ininteligibilidad del universo real es reconocida por los sabios modernos. Cuando su jubileo, Lord Kelvin, el más ilustre de los físicos de Europa, decía: «Mis cincuenta años de investigaciones consecutivas no han sido coronados por ningún éxito; hoy no sé sobre la electricidad, el magnetismo y la afinidad química, nada más que lo que sabía cuando di a mis alumnos la primera lección». El eminente físico inglés Thomson, algo impacientado por las preguntas que se le hacían después de una conferencia dada en una sociedad de ingenieros electricistas, acabó por decir: «Si pudiera responder a vuestras preguntas, estaría muy cerca de haber resuelto los problemas del Universo; no sé lo que es la materia, ni sé tampoco qué es la electricidad.» Cuando los más eminentes sabios se reconocen incapaces de decirnos por qué una piedra cae, por qué un pedazo de resina frotada engendra electricidad, es maravilloso ver que haya filósofos que pretendan explicar los problemas, mucho más complicados, del alma, de la vida y de la conciencia.

Aunque los fenómenos físicos se presenten con aparente sencillez, son en realidad tan inexplicables como los de la vida orgánica. La menor célula de un sér vivo, de la bacteria al hombre, ejecuta bajo el influjo de poderes desconocidos a las realizadas en nuestras fábricas y laboratorios. El trabajo celular está dirigido por centros nerviosos que obran como si fueran capaces de razonamientos extremadamente sabios; y es imposible confundir estos razonamientos con mecanismos ciegos, pues el trabajo que los centros nerviosos hacen ejecutar a las células varía a cada instante, según cambian los fines que se persiguen o los enemigos que se combaten. Las fuerzas que han creado en el pasado los órganos que la herencia ha sabido conservar están también sin explicar. La necesidad crea el órgano, dicen los naturalistas. Pero si comprendemos que la piel del animal es espesa en los países fríos, y que el ala del pájaro

se desarrolla con el uso, ¿cómo la necesidad ha podido crear el órgano eléctrico del gimnoto o el ojo fosforescente del pez de las grandes profundidades? ¡Cuántos problemas físicos y químicos hay que resolver para producir tales órganos!

Los naturalistas antiguos, y hasta los modernos, hablan frecuentemente de los fines de la Naturaleza. Es dudoso que la naturaleza haya perseguido nunca ningún fin. ¿Qué fin tiene el multiplicar los microbios de todas las enfermedades? Sabemos que el terrible microbio de la tuberculosis, que ha hecho más estragos en la Humanidad que todas las guerras juntas, no consigue desarrollarse sino porque está rodeado de una envoltura cerosa que le protege contra los jugos del organismo. ¿Puede suponerse que la Naturaleza le haya dotado de esa armadura únicamente para permitirle devastar al género humano? No. La Naturaleza no tiene propósito de ayudarnos ni de perjudicarnos, como la teja que cae de lo alto de un tejado sobre nuestra cabeza no tiene por fin rompernos el cráneo.

Los actos de la vida celular, como los de la vida instintiva, parecen implicar el conocimiento de un fin más o menos lejano. Pero ¿existe semejante conocimiento? Bergson tiene quizá razón al decir que cuando el cestro del caballo deposita sus huevos en las piernas de este animal, parece saber que el caballo, al lamerse, transportará la larva naciente a su tubo digestivo, único sitio en que puede desarrollarse; pero ¿cómo lo sabe? Hablar, para explicar este fenómeno, de intuición, de simpatía adivinatoria, etc., es eludir la solución del problema. Ante tales hechos es preciso que las células y los centros nerviosos de los seres tengan formas de conocimiento enteramente distintas de las nuestras, con formas correspondientes de sensibilidad particular.

La incomprensibilidad de todos los fenómenos de la vida se aplica naturalmente a los de la inteligencia, que parecen, por otra parte, del mismo orden. El instinto que hace crear a la abeja su alvéolo y a la gallina su huevo, es de la misma especie que el trabajo inconsciente que trae bruscamente a los

grandes matemáticos la solución de problemas difíciles, a ilustres compositores el aire original buscado con empeño, y a los grandes poetas las geniales creaciones de su fantasía. Todas estas manifestaciones dependen quizá de leyes sencillísimas, que llegaremos a conocer cuando, tras algunos miles de años, nuestra inteligencia haya evolucionado lo bastante para descubrir nuevos medios de exploración de los fenómenos.

RELIGIÓN

San Francisco de Asís.—De una introducción a las *Fioretti de San Francisco*, escrita por Luis Luzzatti para la colección de *Los Inmortales*, entresacamos lo que nos parece más sustancial y más digno de ser conocido por nuestros lectores.

«San Francisco de Asís—dice Luzzatti—ha vuelto a la tierra, y cumple todavía su misión de sublime pacificador. Quizá desde la Edad Media no ha habido tiempo alguno en que haya sido más amado y sentido que en el nuestro. ¿Cómo se explica el retorno al ideal franciscano, no sólo en los países católicos, sino también en los protestantes? Su comentador más notable es un calvinista inclinado al racionalismo: Pablo Sabatier. ¿Cómo se concilia el triunfo de la era de las máquinas y del materialismo con la mística sencillez del Seráfico? Y aquí surge espontáneamente una grave pregunta: «¿Va el imperio del hombre sobre la Naturaleza al mismo paso que el imperio del hombre sobre sí mismo?» La piedad afectiva que San Francisco, después de Jesús, ha sentido más íntimamente por los sufrimientos de los miserables, ¿corresponde hoy a resueltas y espontáneas simpatías de los poderosos hacia los humildes, de los felices hacia los desgraciados, de los sabios hacia los ignorantes? ¿Son las leyes sociales efecto de la bondad o del miedo? El amor, el cuidado del prójimo, traducido en providencias de Estado, ¿no exoneran, no dispensan quizá de la piedad evangélica, ignara como el pudor, que llega a sufrir en los males

ajenos a intentar dulcificarlos sin jactancia, con actos oscuros para los hombres, y por lo mismo gratos a Dios?

Si se supiera responder a tales preguntas y describir esa especie de noble conciencia que hay en cada uno de nosotros, por efecto de la cual los actos más opuestos del bien y del mal se ejecutan con igual sinceridad, se daría a la vida contemporánea la contemplación de su enigma, la solución de sus estridentes contradicciones. Cuanto más progresa la ciencia, más se advierte la impotencia para esclarecer los orígenes, los fines de la creación. Así llevamos hacia las nieblas impenetrables la esfera de lo incognoscible, cuanto más ampliamos e hinchamos la esfera de nuestros conocimientos; lo ignoto persiste y se yergue oscuro y molesto ante nosotros. El progreso intelectual agudiza el afán de nuestra impotencia para revelar el el misterio de la vida y de la muerte. ¿Somos mejores por nuestro creciente saber, por nuestra mayor potencia? El contraste doloroso, advertido por cada uno de nosotros, se refleja también en el gobierno de los Estados. Estos se hacen representar con férvido entusiasmo en los congresos de la paz, en las asambleas donde la humana fraternidad se afirma y concreta en admirables instituciones; pero *con igual fervor* buscan, preparan todos los instrumentos infernales propios para destruir en guerras execrandas a nuestros hermanos.

El amor a la patria hace crueles, el amor a la Humanidad hace dulces, e importa reconocer que en esa bondad y en esa crueldad existe el mismo sentimiento; así se comprende aquel pasaje tan extraño del *Eclesiastés*: «Toda cosa tiene su estación, y toda acción bajo el cielo tiene su tiempo: tiempo de matar y tiempo de sanar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de amar y tiempo de odiar; tiempo de guerra y tiempo de paz.» ¿Cómo salir de estas contradicciones? ¿Quién enseñará el modo de aumentar nuestra sabiduría sin manchar nuestra humildad, vigorizar nuestra potencia económica, sin caer en la podredumbre de los goces nauseabundos, afinar nuestros sentimientos religiosos? ¿O es fatal que la sabiduría

y la riqueza sean castigadas por el aumento de la inmoralidad? Las dudas engendran dudas en el examen de estos problemas, y hay que reconocer que debemos ser más humildes y no exonerar a ningún mortal, por chico o grande que sea, de las diarias cargas del bien, las únicas capaces de templar los desequilibrios de la sociedad contemporánea. Hacen falta la palabra y la acción de los *Santos de la moral* para completar la obra de los *Santos del saber*. Darwin y los suyos eran indispensables; pero, ¿por qué junto a ellos no surge ya un San Francisco de Asís? Que se siente su necesidad y se ansía su aparición, lo atestigua el ejèmplo del general Booth, el fundador de la Milicia del Bien, del *Ejército de Salvación*. ¡Y no era sino un San Francisco de Asís muy disminuído!

Por eso no debemos maravillarnos de que en tales condiciones de ánimo recobren su imperio los milagros de la piedad, y que las *Florecillas de San Francisco* se relean como un alivio, un resarcimiento de las novelas escandalosas y malvadas. En espera del santo, que reaparecerá entre nosotros, sus dichos y sus obras se rejuvenecen, se refrescan, conquistan alegre popularidad. De todos los países del mundo, de Italia, Francia, Inglaterra, España, Dinamarca, surgen declaradores y comentaristas, y se discute el origen y el valor de las *Fioretti* por los Staderini, Garabini, Cuthbert, Longmans, Wadding, Sabatier, etc.

Todas estas controversias giran en torno de la vida, dichos y hechos de los *hombres divinos*. Y aun cuando se llegue a probar, por ejemplo, que en el budismo se encuentren las mismas ideas morales de Jesús, y los mismos símbolos de los orígenes del Cristianismo, la figura del Redentor queda intacta. Y no vale decir que las ideas morales de Budha se anticiparon a las de Jesús, aun la principalísima de amar a los que nos odian; es verdad que las coincidencias de ambos Evangelios son estupendas: *la fe que mueve las montañas*, se ha dicho en Benarés antes que en Judea. Pero Jesús ha sabido aplicar métodos de demostración, capaces de ejercer eterna seducción en

los corazones humanos. La evolución de la moral, más que en las novedades de la idea, se encuentra en el modo con que se anuncia en el efecto que obtiene; así, en el Evangelio se pinta y se esculpe la virtud con el arte insuperado de la sencillez.

Esa divina sencillez reaparece en el Seráfico, mil cien años después del Galileo. Todos los pintores tienen a su disposición las varias especies de colores; todos los apóstoles conocieron las diversas gradaciones de la virtud; pero si muchos fueron los llamados, poquísimos fueron los elegidos, poquísimos los que acertaron a hacer palpitar los corazones de los mortales. ¿Qué nos importa que las leyendas en torno del santo de Asís tengan sus orígenes en los más antiguos textos de Italia, de Francia o de Germanía? Todas esas flores embalsamaron por un instante el ambiente, y luego se marchitaron; sólo las *Fioretti* tuvieron la gloria de fragancias inmarcesibles.

El juicio de los pueblos no se engaña, sólo concede la inmortalidad a quienes la merecen. El impetuoso retorno a las fuentes puras del Evangelio y de las *Fioretti* de tántos ingenios, errabundos por todos los meandros del saber, tiene algo de maravilloso.

Hoy es cosa clara que San Francisco de Asís es el mejor intérprete, más que de la doctrina, del corazón de Jesús. El *Sermón de la montaña* no ha sido ni será nunca superado, por que es insuperable. Nosotros, los sapientísimos del siglo xx, sentimos cada vez más el deseo de gritar: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Del mismo modo, ¡cuántas nuevas adaptaciones no sospechadas ni sospechables en los tiempos pasados encierran las *Fioretti!* ¿Qué mejor programa de redención social que la curación del leproso blasfemo? San Francisco apuraba sus medios de persuasión sin contener las blasfemias del enfermo, hasta que al fin se decide a curarlo de la lepra; y a medida que sanaba el cuerpo, sanaba el alma. Carlos Marx fundaba la emancipación de los obreros en el solo factor material; nosotros, siguiendo las huellas del Seráfico, completamos el factor eco-

nómico con el ideal celeste, y si lavamos la lepra, es para mejor lavar el alma. Es en vano hablar de virtud a los obreros, sin medios morales, intelectuales ni económicos; hay que salvarlos de su miseria para que su miseria no destruya nuestra civilización; pero sin el freno moral de la fe o de la resignación estoica, cuantos más deseos se satisfagan, más insaciables se hacen.

Mientras los sabios renuevan las doctrinas sociales para destruirlas después en medio de luchas estridentes de clase, un poeta de la virtud, un santo del bien, da a las almas la paz interior preparadora de la paz social. Por esto, todos vuelven hacia él sus ojos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Origen de las imágenes simbólicas.—La imagen sigue siendo en la Psicología moderna el elemento inconstante y fluido del espíritu, mientras que el concepto constituye el elemento fijo. Brehier, en la *Revue Philosophique*, invierte estos valores. Las mismas imágenes simbólicas toman, según los tiempos y las escuelas, las más diversas significaciones; epicúreos y estoicos encuentran sus ideas en los dioses de Homero. La imagen simbólica es un tema relativamente estable sobre el cual borda el pensamiento sus mil variaciones. No resulta de una asociación por analogía entre una idea y una imagen, sino de una disociación entre esos dos términos, y en su formación hay que considerar tres momentos:

1.° En su origen, la imagen simbólica se confunde enteramente con la idea. Así, entre los antiguos egipcios, el alma del muerto es una verdadera ave de rapiña a la que se ofrecen manjares para preservar los cadáveres de su voracidad. La imagen simbólica, de significación evidente para quien la piensa, no presenta ya al que ha perdido su clave, sino un sentido oscuro y arbitrario. En torno de cada imagen fundamental se aglomeran otras que la van enriqueciendo por crecimiento interno

y gradual. Teniendo entonces raíces profundas en nuestra personalidad, es una especie de dominante, que gobierna el desarrollo de nuestros deseos o de nuestras pasiones.

2.° La idea y la imagen se disocian. Esta disociación es la resultante del trabajo que el espíritu crítico y científico ejerce sobre el pensamiento imaginativo. El espíritu crítico se niega a creer que una imagen agote el contenido de una idea, y busca apoyo en ella para descubrir nuevas relaciones. El pensamiento imaginativo es un pensamiento que se acaba, que tiende a realizarse en mitos y en obras de arte. El pensamiento crítico, al contrario, está siempre abierto a infinidad de relaciones. Cambia, sin embargo, el sentido de la imagen, pero sin destruirla; destruye únicamente la ilusión de que esa imagen corresponda, rasgo por rasgo, a la realidad.

3.° Del proceso descrito precedentemente nace el conflicto entre una creencia que se forma y una imagen fija de lo real que se hace incompatible con ella: la creencia en la redondez de la tierra y en la posibilidad de los antípodas, choca con la representación primitiva de lo alto y de lo bajo. La imagen simbólica es la solución más económica de este conflicto y el restablecimiento del equilibrio. El espíritu utiliza, para representarse la realidad, imágenes que sabe que son inexactas, pero que persisten en su conciencia por su propia vitalidad.

***

Suplencia de los sentidos en los ciegos.—Según los estudios de Pedro Villey, es errónea la creencia de que los sentidos restantes de los ciegos suplan al de la vista por su mayor finura de percepción. No hay tal cosa. La suplencia existe, pero es debida al modo con que el ciego interpreta, combina y enriquece los datos que le suministran sus otros sentidos.

Esta interpretación tiene tres particularidades esenciales: 1.ª Los ciegos no se contentan con tocar; palpan, y obtienen impresiones táctiles que les orientan y dirigen, y que los vi-

dentes no recogen por serles innecesarias. 2.ª Esas impresiones, asociadas e interpretadas, forman sistemas complejos de representaciones que explican, por ejemplo, la rapidez de sus lecturas. 3.ª Esas impresiones táctiles ocupan gran espacio en el almacén de la memoria, y su recuerdo facilita extraordinariamente la asociación de sus ideas.—Claro es que todo lo que se dice del tacto se aplica al oído, cuyo desarrollo es debido al mismo principio.

Por lo que hace a la percepción, sin ningún contacto, de los objetos junto a los cuales pasan y de los que se dan cuenta por una sensación especial localizada en la frente o en las sienes, aquí también hay que reconocer, no la existencia de un sexto sentido, sino la utilización de propiedades fisiológicas que el vidente posee y descuida. En realidad, en ese tacto a distancia entran impresiones de calor y de presión y, sobre todo, sensaciones auditivas. La memoria muscular completa el sistema de datos que guían al ciego para la organización de sus impresiones.

***

El Paraíso de la fruta.—Tal es el nombre de una sociedad sumamente original y simpática, fundada en Berlín, y que tiene por objeto, en armonía con su nombre, crear en los suburbios de la capital grandes verjeles que los conviertan en paraísos.

El propósito no puede ser más laudable. Si ya las plantaciones de árboles son preconizadas dondequiera para sanear la atmósfera y hermosear el paisaje, no hay que decir que si los árboles plantados son frutales, se agrega a esos bienes el de crear riqueza, aumentar la producción de artículos de alimentación y abaratar estos productos, los más sanos y gustosos de la creación.

La sociedad, persiguiendo estos fines y los de encariñar al ciudadano con la vida del campo, ofreciéndole una distracción amena y útil, invita a los berlineses a colaborar en la propa-

gación de los verjeles, bajo la dirección de peritos en el cultivo. En retribución de su trabajo, según los *Documents du progrès*, los colaboradores tendrán derecho a coger y comer toda la fruta que quieran. Y como, aunque sean muchos, no llegarán a consumirla toda, el sobrante se pondrá a disposición de los visitantes. Para ello, éstos se proveerán de papeletas de entrada o de abono que les darán los colaboradores, cada uno de los cuales dispondrá de un número de papeletas proporcionado a su trabajo. La venta de estos billetes de visita permitirá realizar a los colaboradores un pequeño beneficio.

Esta organización es excelente, y «El Paraíso de la fruta» merece ser reproducido en todas partes, sobre todo en las cercanías de las grandes poblaciones.

***

Las mujeres en las Universidades alemanas.—A partir del decreto de 1908, que reglamentó la admisión de la mujer en las Universidades, el movimiento de inscripciones ha ido en aumento, pasando desde 1.172, en el año 8, a 2.586 en el 12. El número de estudiantes en ese último año ha sido el de 54.525, lo que representa una percentual de 4,78 para el elemento femenino.

Es interesante hacer constar que de las 1.172 mujeres matriculadas en 1908, y de las 2.586 en 1912, figuran en la Facultad de Filosofía 740 y 1.951, respectivamente; es decir, que las tres cuartas partes se dedican a los estudios filosóficos.

Hay, sin embargo, que tener en cuenta que muchas de las que aparecen matriculadas en Filosofía es porque, procediendo de Escuelas normales, insuficientes para el preparatorio de Medicina, necesitan inscribirse en Filosofía para ese preparatorio, y luego no continúan. Por eso figuran 354 matriculadas en 1908 en Medicina, y 578 en 1912. Los cursos de Derecho y de Teología son poco frecuentados por la mujer. En cambio, son bastantes las que se consagran al estudio de la Economía

política. La nueva Universidad para la mujer, abierta en 1911 en Leipzig, demuestra el ardor con que las mujeres cultivan las ciencias económicas y sociales. En esta Facultad se exige un examen oral y otro escrito, siendo obligatoria en el escrito una tesis de sociología: el oral comprende la Economía política, general y especial; la Hacienda pública, la Estadística, la Política social, la Historia de las teorías económicas y las Medidas de presión para la juventud; en la parte jurídica, el examen oral comprende el Derecho público y administrativo, los Seguros y el Derecho civil.

Como colocaciones, hay bastantes Universidades (Friburgo, Gotinga, Breslau, Erlangen, Kœnigsberg, Kiel, Rostock, Strasburgo y Tubinga) de las que son excluídas las señoras. En Heidelberg hay dos admitidas en el Instituto anatómico y dentífrico como médicas asistentes; en Berlín, Jena, Marburg, Munich, Munster, Halle y Wurzburg las hay también, y muchas ejercen su profesión en diferentes poblaciones; de las 172 que se licenciaron en 1912, hay 64 ejerciendo en varias ciudades, y no parece que las va mal. Las abogadas están ahora en los comienzos, y algunas se colocan como inspectoras de fábricas e industrias, y muchas hallan empleo en las redacciones de periódicos y revistas. Lo cierto es que en Alemania como en todas partes, la mujer prepara al hombre una temible competencia hasta en terrenos exclusivamente dominados antes por el sexo fuerte, y que parecían estarle reservados.

***

Donativos americanos.—El total de los donativos para obras filantrópicas (beneficencia y enseñanza), hechos por los multimillonarios americanos, ha ascendido el año pasado, 1913, según el *Watchman Examiner*, de Nueva York, a 1.720 millones de francos, de los cuales 680 han sido destinados a obras educativas y 660 a beneficencia y culto.

El Museo Metropolitano de Arte ha sido el más favorecido,

pues en junto ha llegado a recibir 115 millones. Luego viene la fundación benéfica de Rockefeller, quo ha recibido una cantidad no mucho menor. Después, los 50 millones dados por Carnegie para la creación de un Instituto de Beneficencia en su ciudad natal, Dunfermline, de Escocia. Luego, los donativos de 25 millones de Roberto Toremus a la Universidad de Wáshington, y de 22 para la de Cornell, de Oliverio H. Payne.

Pero el donativo más hermoso, y que puede calificarse de heroico, es el hecho por el industrial Reed B. Freeman, de Binghampton. Este hombre, digno de la leyenda, ha dejado toda su fortuna, estimada en 15 millones, a las familias de las 30 jóvenes que perecieron en el incendio de su establecimiento. Se ha quedado así sin nada, y a los sesenta y cinco años de edad, cuando tenía adquirido el derecho al descanso y al bienestar, ha aceptado un puesto de empleado en una casa comercial, y vive de lo que con él gana, como si empezara su carrera.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Diritto penale e suoi limiti naturali (Concetto della «pericolosità criminale» y Giurisdizione e amministrazione), pel profesore Ugo Conti. Cagliari, 1912 y 1913.—Dos folletos de 67 y 62 páginas, respectivamente.

He llegado yo a adquirir la convicción, cada día más firme y reforzada por nuevas pruebas, de que, en realidad, ni los códigos y demás leyes penales, ni la práctica de la administración de justicia, ni el sentir popular, donde esa administración busca sus raíces y fundamentos más sólidos, han considerado nunca a la pena como tal pena, es decir, como pago compensatorio de un delito cometido, y proporcionado a este último (a la deuda); sino que han visto en la misma un medio de impedir la comisión de futuros delitos, más o menos inminentes, y, por lo tanto, una medida de preservación, policía y seguridad sociales.

Lo de la pena compensadora o retributiva (pena-pago, acomodada a la deuda) ha sido una invención de los teorizadores, los cuales ahora, como frecuentemente ocurre en otras mil ocasiones, han percibido el problema de un modo muchísimo menos complejo (y menos completo por ende) que el vulgo, y enfilándolo por uno solo de sus muchos aspectos, rectilínea y sistemáticamente, lo han llegado a desfigurar, construyendo esas teorías que suelen enseñarse y defenderse en cátedras y libros, y que toda la gente «docta», y en especial los juristas,

repiten luego a coro, demasiado papagayescamente, por lo regular.

Enquistadas esas teorías en los cerebros «cultos», de cuyas concepciones constituyen elemento integrante, no es ya fácil sacarlas ni a martillazos. ¿Quién es capaz de arrancar de un alma lo tradicional y secularmente inveterado? Por eso, al tropezar con instituciones y creaciones reales, impuestas por la necesidad de la vida, las cuales no encajan bien en el marco de las doctrinas formuladas, sino que sólo son compatibles con distintas exigencias mentales, los espíritus de referencia—que son, en este caso, la casi totalidad de los dichos teorizadores—se encuentran bastante apurados para «darse razón» de lo que no pueden menos de admitir como «hecho innegable».

Y he aquí por qué, a la hora presente, son tantos los penalistas llenos de inquietud y de angustia mental, por no acertar a explicarse la «intrusión», cada día más frecuente, en el sistema «penal», que, según ellos, solamente debiera contener «verdaderas penas» (penas-pago), de otros recursos sociales y políticos, que de ninguna manera pueden ser mirados como propiamente penales, sino, al revés, como medidas administrativas y policiales.

De los escritores que más insistentemente han tratado el asunto es el profesor Hugo Conti, el cual, no solamente se ha ocupado de él en diferentes trabajos suyos de índole general, y sobre todo en el dedicado al estudio de *La pena y el sistema penal,* sino que lo viene haciendo objeto de examen y discusión directos en los momentos que corren. En 1911 publicó su primer trabajo acerca del particular (*El Derecho penal y sus límites naturales: Las últimas sistematizaciones propuestas*), trabajo del que di cuenta a su debido tiempo; en 1912 y 1913 ha dado a luz los dos folletos cuyos títulos van al frente de esta nota; y todavía le queda por publicar un cuarto folleto.

El autor representa bastante bien, creo yo, el estado de compromiso mental aludido antes, con sus correspondientes indecisiones. El derecho penal, según él, *debe seguir siendo*

derecho «penal», o sea el derecho de la pena «pena»; sin embargo, tiene que *ensanchar su esfera de acción* y admitir a su lado el derecho penal de policía, ese derecho penal que *no es* «penal», sino que es «administrativo», y cuyo contenido no está formado de penas, sino de «medidas policiales y administrativas de seguridad».

He aquí algunas de las muchísimas afirmaciones del autor, traductoras de su punto de vista:

«En rigor estricto, el derecho penal agota su función con la imposición de la pena *en correspondencia con el delito*... La pena es padecimiento que se inflige al individuo *por un delito cometido:* el delito es violación del orden jurídico, y la *pena restaura este orden turbado*... Precisamente porque la pena es *respuesta al delito*, no puede menos de ser determinada... El individuo, *una vez pagada su pena, debería ser siempre puesto en libertad;* pero puede hacerse necesaria una *valoración de dicho individuo.* El delito representa el pasado del individuo; la ejecución de la pena, el presente; se pregunta cuál podrá ser su *porvenir.* Y si encontramos que ese porvenir del individuo puede contradecir inmediata y abiertamente a las *finalidades* que se quiso conseguir con la amenaza, con la aplicación y con la imposición de la pena, entonces *esta pena podrá ser integrada con una medida de restricción ulterior*, con una medida *preventiva, de carácter administrativo de policía*... Estas cuatro fases, *que para mí se convierten en cuatro partes integrantes y sucesivas del derecho criminal o penal*, las designo yo con las expresiones: «derecho penal propiamente dicho», «derecho penal penitenciario», «derecho penal de policía» y «derecho criminal de policía». No se aprecia plenamente el delito si no se examina «todo el hombre» que ha sido su autor; y cuando este examen dé por resultado comprobar que, *fuera del delito mismo,* subsiste *un peligro personal que debe ser previsto e impedido...,* en tal caso la noción de «delito» se completa con la noción de «peligrosidad criminal»; y como toda peligrosidad justifica una medida de seguridad, la «peligrosidad criminal»

hace de la correspondiente medida de seguridad un «complemento de pena», *y así el derecho penal extiende, naturalmente, su propio campo de acción.* Puede decirse, desde luego, que la doble noción de «delito» y de «peligrosidad criminal», fijando con amplio, pero seguro criterio, *los naturales confines del derecho penal, eleva a un tiempo la dignidad y la eficiencia de éste*, porque conduce al estudio verdaderamente completo del delito como hecho humano... Y *esta natural extensión del derecho penal*, no otra, *representa para mí el derecho actual, latente, en formación; el «derecho justo», de hoy* (1)».

P. Dorado

(1) Como si dijéramos el derecho ideal y racional.

ÍNDICE

	Págs.
El poeta Francisco Zea, por Joaquín Olmedilla y Puig	5
El discípulo traidor, por Leónidas Andreief	16
La pintura portuguesa del siglo XVI, por Carlos Justi	41
Guía del buen decir, por Juan B. Selva	79
La crisis del régimen monetario argentino, por R. Alvarez de Toledo	95
Las Reinas de la España antigua, por Martín Hume	129
Santiago de Compostela, por Emilio Baumann	146
La América Moderna, por Vicente Gay	159
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	169
Notas bibliográficas, por P. Dorado	198

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 309.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

SETIEMBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

LAS RECOMPENSAS

A LOS EXPEDICIONARIOS ESPAÑOLES AL NORTE DE EUROPA CON EL MARQUÉS DE LA ROMANA

Hasta que pasa el tiempo, hasta que los archivos secretos del Estado dejan de ser secreto para constituirse en las fuentes más fidedignas de la Historia, ni los hechos en conjunto alcanzan todo el relive que les pertenece, ni los méritos singulares pueden apreciarse con la extensión que les es propia, ni con la justicia que los corona en la fe y en la gratitud de la Nación. Hay una escuela pseudo-crítica y filosófica que vocifera contra la testificación documental, y dice que el documento sólo encierra la verdad amañada y convenida. Es una vulgaridad; para poder convertir esta doctrina en dogma, sería preciso que los que la sostienen, al lado de la afirmación de sus opiniones, nos pusieran la prueba concluyente, haciendo notar, con hechos que no admitieran duda alguna acerca del modo con que se hallan relatados en alguna parte, las contradicciones que en realidad tuvieran con la fe contenida en cualquier documento que a ellos se refiera. Esa contradicción nadie la ha demostrado de una manera sincera todavía; por lo tanto, en materia histórica, lo que el documento acredita, la sana crítica lo promulga como incuestionablemente verdadero. Lo que la

exploración documentaria, en cambio, conquista siempre para el mayor brillo y limpieza de la Historia, es la multitud de detalles ignorados, que ordinariamente escapan a la exposición del conjunto. Esta conquista es la que, en el giro nuevo y dominante de los estudios históricos, da a los que con tanta profusión y en toda materia, y en todos los países en la actualidad preponderan, ese enriquecimiento de síntesis y detalles que hace de la Historia una ciencia nueva.

De la Historia de la Expedición del Ejército español *auxiliar* de los de Napoleón al Norte, todavía puede decirse que no sabemos una palabra ni con referencia a las historias generales, ni en virtud de las incompletas monografías y discursos que hasta ahora se han dado a la estampa. La erudición francesa, que queriendo esclarecer este asunto, no ha hecho hasta aquí otra cosa que meterlo a barullo, como entre los escritores franceses es tan frecuente cuando se proponen deslustrar los hechos de los extranjeros, y sobre todo de los españoles, así cuando los han tenido por amigos como cuando los han tenido por adversarios, pues para su criterio tradicional en la materia el caso es siempre el mismo. Los alemanes, que nos han hecho alguna justicia cuando han narrado la estancia de las tropas españolas en Hamburgo, no han dado a sus estudios sobre este particular, faltándoles documentos sobre la formación de aquel ejército, toda la extensión a que se brinda; y nada digamos de los italianos, en quienes un sentido quizá de justo celo nacional los hace apartar deliberada y sistemáticamente de todo recuerdo, que en la importancia que este reino ha tomado desde su feliz unificación, parece lastimar su propio concepto. Solamente en Dinamarca existe una literatura histórica del ciclo napoleónico, en la cual, a la estancia, conducta y retirada del ejército español que allí tuvo bajo su mando el genial Marqués de la Romana, se les dan todas las proporciones que inspira un estudio profundo, una documentación riquísima en detalles, una admiración ingenua hacia el esplendor de nuestras armas, y una simpatía que allí ha dejado huellas permanentes

e indelebles hacia nuestro genio y nuestro espíritu romántico y seductor.

Los que en España han tratado de aquella expedición se contentaron con ajustarse a los informes de algunos de los que ocuparon puestos de consideración en aquel Ejército, al ser consultados cuando regresaron a España, en vez de meterse en el fondo de la documentación fidedigna. Pero es más llano tomar de lo que otros han hecho, que hacer con propio estímulo y trabajo, y así se ha visto acudir a los informes de don Ambrosio de la Cuadra, de D. José O'Donnell, de D. Lázaro de las Heras y de otros a quienes se pidieron para resolver cuestiones determinadas, sin tomarse la pena siquiera de ir a buscar estos mismos documentos sintéticos y escritos a la memoria en su propio asiento de nuestro Depósito de la Guerra, sino sirviéndose de las copias obtenidas por algún diligente y benemérito extranjero, el profesor del Gimnasio Superior de Odensée, en la Fionia, Señor Carl Schmidt, y publicadas por este mismo en su obra De fremmede Troppers Opholt i Danmark i 1808 (*Estancia de las tropas extranjeras en Dinamarca* en 1808) (Odensée, 1907), en la cual, formando el número 11 de los documentos justificativos, se encuentran las *Memorias de los acontecimientos en el Ejército de Dinamarca*, de D. Ambrosio de la Cuadra (págs. 63 a 114 de los *Aktstykker*), en el número 3 (págs. 4 a 59); las escritas por el Teniente coronel D. José Agustín de Llano, ayudante de campo del Marqués de la Romana, y a este tenor algunos otros documentos. Yo declaro que si, como espero, después de la investigación de primera mano que me cabe la fortuna de haber practicado en nuestros Archivos nacionales sobre esta Expedición, me lanzo, como tengo prometido, a escribir el libro definitivo que la consagre, una gran parte de mi labor, sin duda la más importante, ha de ser la que debo ya a la fina amistad e inmensa diligencia del Sr. Profesor Schmidt, el cual, escritos por él mismo y de su puño y letra, me ha favorecido con tres extensos cuadernos de documentos, en su mayor número inéditos, de los

Archivos de Dinamarca, Suecia, Alemania, Inglaterra y Francia (1). Esta riqueza documental, nunca hasta ahora explotada, para una producción histórica española, a la que se añaden libros, ya raros, de la primera mitad del siglo XIX, mapas de exquisita precisión y valor, fotografías de lugares y personajes, y otra multitud de auxilios semejantes, tendrá todo su necesario complemento en la documentación propia, no tan perdida ni tan escasa como hasta aquí, la indolencia ha proclamado, y de la que aquí quiero dar una sencilla muestra con un documento de inapreciable mérito, y al cual, ninguno

(1) *Odensée le 11 Mars 1909.*—MONSIEUR JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.—*Monsieur:* Ayant l'honneur de vous accuser reception juste de livre excellent qui vous avez voulez bien me faire parvenir par soin de Son Excellence M. Juan Riaño, ministre d'Espagne à Copenhague, je vous en remets par ici mes remerciements les plus sinceres, tant pour la satisfaction que vous m'avez procuré en lisant et relisant un ouvrage de tel valeur et interêt, que pour la bonté extrême de faire mention de mon recit sur *Les troupes etrangères en Danemarch 1808,* dans les termes tellement flateisses pour moi: j'en suis fort fier, fort heureux et fort reconnaissant.—Je suis completement d'accord avec vous, quand—page 70—vous declarez que l'histoire de la Division du celebre général de la Romana «exige una monografía documental». Et depuis fort longtemps deja je me suis etonné qu'une telle n'a pas paru en Espagne. Certainement les difficultés en sont nombreusses, particulierement; je le pense par ce qu'il faut qu'on possede des documents authentiques relatifs aux vis-dites troupes, lesquels il faut ramasser de la France del'Allemagne et du Danemarch outre et naturellement des Archives espagnoles.—Les qualités suprêmes de votre travail m'engage pour tant á esperer que vous, monsieur, seriez l'home jusq'ici si vivement attendu, c'est-à-dire, qu'on oserait esperer voir de votre main le recit absolu et definitif du sujet si attractant et pour vous en feliciter tant qu'il depense de moi—j'ai pris la liberté vous expedier par le même courrier une assez grande série de documents, les quelles j'ai rassemblée de diverses archives de l'Espagne, la France, l'Allemagne, l'Anglaterre et la Suède. Le vais prié les recevoir comme hommage à votre bien veillanze extraordinaire.—Veuillez agreer les assurances de un plus haute consideration.—KARL SCHMIDT.

Si vous destinez à faire le recit du Corps de la Romana, je serais fort heureux pour vous assider en verifiant les noms danais des localités, etc.»

de los que hasta aquí han escrito del Marqués de la Romana, y su Expedición al Norte, nos había dado la menor noticia. Trátase del regreso del Marqués y su Ejército a España, y de lo que en toda empresa militar es a la postre el problema más difícil de todos los problemas: el capítulo de las recompensas.

Después de su breve visita en Londres al Príncipe-Regente y al Gobierno británico, la Junta del Reino de Galicia, desde la Coruña, con fecha del 19 de Octubre de 1808, dirigía a la Suprema Gubernativa del Reino, que presidía el Conde de Floridablanca, la grata noticia de la llegada del General Marqués de la Romana a aquel puerto, en comunicación oficial que decía así:

«Señor:

En el día de hoy ha entrado en este puerto una fragata de guerra inglesa, que conduce al teniente general Marqués de la Romana, y al enviado inglés, cerca de V. M., M. Frère. Lo que pone en noticia de V. M. el Reino de Galicia para su inteligencia y conocimiento. Dios guarde a V. M. muchos años. Coruña, 19 de Octubre de 1808.»

El mismo día había echado el ancla en el mismo puerto de la Coruña otro bergantín, que conducía 159 soldados del regimiento de Infantería de Zamora, y del de Caballería de Almansa, y habiéndosele suministrado los caudales que se necesitaban para prendas urgentes, se le mandó volver a zarpar para Santander, e incorporarse con las demás tropas de la Expedición que habían ido llegando. A Santander, del mismo modo, se encaminó Romana, y allí se encontró con los despachos y las cartas de Floridablanca, en los primeros de los cuales se le confería el mando del Ejército de la izquierda, de que se había exonerado al general D. Joaquín Blake, mandándole a Tarragona a cubrir la vacante que, en su muerte, había dejado en el Ejército de Cataluña el general D. Teodoro Reding, y en las otras lamentando no haber sido el primero en recibirle entre sus brazos, al llegar a su Patria coronado con los

laureles de su genial retirada de Dinamarca. A estos papeles, tan satisfactorios y gratos, Romana se apresuraba a contestar, desde Santander, el 11 de Noviembre:

«Serenísimo Sr.:

Mi muy venerado amigo y antiguo favorecedor: También hubiera yo querido estrecharme en sus brazos de V. y regocijarme con ver al frente de la Nación un hombre que debería ser inmortal para gobernarla siempre. En este instante acabo de recibir el mando superior de los Ejércitos de la izquierda y centro. Sin embargo de sentir mis débiles fuerzas para encargarme de tanto peso y de no hallarme del todo restablecido de mi indisposición, el servicio de la Patria me hace arrostrar por mil incomodidades, y parto mañana en una mala mula, sin equipaje, y con sólo la mochila, a fuer de soldado.

Estoy desaviado enteramente, pues el corto bagaje que tenía, parte quedó allá, y lo demás tendría que dejarlo también aquí por falta de transportes; pero estas privaciones se deben estimar por nada, cuando se trata de salvar el honor nacional. Dios quiera ayudarme y proteger nuestras operaciones en una causa tan suya.

Celebro mucho que se haya echado mano del Conde de Cartaojal para el empleo de mayor general, por ser un sujeto sobresalientísimo, y he pedido al Sr. Ministro D. Lázaro de las Heras por intendente general, hombre de los pocos que se hallan, y espero que la Suprema Junta vendrá en conceder lo que propongo para estos sujetos y demás que van en mi propuesta.

Quiera el cielo conservar a V. sus preciosos días para bien y gloria de esta Monarquía, como incesantemente le pide a S. M. D. éste su invariable eterno amigo y servidor,

Marqués de la Romana.

Serenísimo Sr. Conde de Floridablanca.»

Cuando esta carta llegaba a Sevilla, ya el Conde de Flori-

dablanca no existía; y aunque el Marqués ofrecía ponerse inmediatamente en camino para tomar posesión del mando militar que se le había conferido, sin esperar siquiera la llegada de su equipaje, no quiso abandonar a Santander, sin dirigir al Gobierno de la Junta Suprema Central una *Relación* detallada de los individuos que habían contraído particular mérito, y acreditado distinguido patriotismo para regresar a España desde Dinamarca, proponiéndoles para las recompensas a que les consideraba acreedores. Estas propuestas pueden calificarse de modelos en su clase. En la sucinta relación de los hechos meritorios, cada nombre que en ella se incluye arguye una verdadera biografía. Muchos detalles nimios de los sucesos de la Expedición se destacan en este documento, haciendo revelaciones fidedignas, que de otro modo serían olvidadas para siempre. He aquí los nombres esclarecidos por el testimonio de su general:

1.° El brigadier Conde de San Román, coronel del regimiento de Infantería de la Princesa, por sus servicios, amor al Rey N. S. y distinguido patriotismo, es acreedor al ascenso de mariscal de campo, y a que se le confiera el mando de una División.

2.° El Barón de Armendáriz, coronel del regimiento de Dragones de Villaviciosa, por igual motivo, y por el mérito que contrajo en el *sitio de Stralsund*, le considero acreedor al grado de brigadier.

3.° D. Ignacio Martínez Vallejo, coronel del regimiento de Voluntarios de Castilla, pasó al Norte de primer ayudante general del Estado Mayor, y se ha provisto su empleo. En paz y guerra se ha distinguido siempre, y en el Ejército de mi mando ha trabajado, estimulado con su honor y celo, más de lo que se podía esperar de su edad y achaques. Está imposibilitado de montar a caballo y hacer ejercicio violento. Ha dado pruebas de su amor al Rey N. S. y a la Patria. Es acreedor al grado de brigadier, y un empleo de plaza, correspondiente a su mérito y graduación, que desempeñará con utili-

dad del servicio de S. M., y en el ínterin que se le proporciona, puede destinársele a una ciudad de asamblea para dirigir la instrucción de los Cuerpos de reserva, con el sueldo que goza, para cuya comisión es muy a propósito.

4.° D. José de Lastres, coronel del regimiento del Rey, procedió con la mayor actividad y celo para salvar su regimiento, sin hacer aprecio de las órdenes para lo contrario del general Kindelán. Se hizo al mar sin provisiones y sin lastre en sus buques, y vino a unirse conmigo, navegando treinta leguas. Es acreedor lo menos al grado de brigadier.

5.° D. Antonio Darcourt, coronel del regimiento de Zamora, salvó su regimiento, sin embargo de estar en el mismo pueblo el general Kindelán. Su patriotismo le hace acreedor al grado de brigadier.

6.° D. Juan Antonio Caballero, coronel del regimiento de Dragones de Almansa y primer ayudante general del Estado Mayor, no puede continuar en actividad en el Ejército, porque es absolutamente corto de vista y no sabe conciliarse el afecto de sus subordinados. Concediéndole el empleo de brigadier y un empleo de plaza o su retiro con 18.000 reales, me parece queda recompensado.

7.° D. Joaquín de Astraudi, teniente coronel del regimiento de Caballería del Infante, lo ha estado mandando desde que salió de España. Hizo el mismo servicio para salvar su regimiento que el Coronel del Rey, y merece que se le confiera su regimiento en propiedad, respecto que el coronel D. Francisco Mariano tiene la salud quebrantada y ha quedado en Dinamarca.

8.° D. Juan Francisco Vives (*prisionero*, al margen), comandante del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; es de avanzada edad y no tiene la disposición necesaria para mandar este distinguido Cuerpo. Su amor al Rey N. S., su patriotismo y celo por el mejor servicio, le hacen acreedor al grado de coronel, y su retiro con el sueldo que goza.

9.° D. José Bonellas, comandante del primer batallón de

Voluntarios de Barcelona; tiene sesenta y ocho años de edad, cuarenta y seis de servicios y está imposibilitado, por su avanzada edad y gota, que lo más del año le tiene postrado en cama. Es inútil para todo servicio, y particularmente para el de tropas ligeras. Es acreedor al grado de coronel, y su retiro con el sueldo que goza.

10. D. Andrés González Dávila, teniente coronel de Ingenieros; es un oficial muy benemérito, lleno de pundonor, espíritu y patriotismo, excelente facultativo y digno de ser ascendido a coronel.

11. D. Miguel de Béccar, teniente coronel del regimiento de Dragones de Almansa; ha mandado su regimiento todo el tiempo que ha permanecido en Hamburgo y Dinamarca, y dado pruebas de celo por el servicio de S. M. Es acreedor al grado de coronel.

12. El teniente coronel D. José O'Donnell, comandante del tercer batallón de Voluntarios de la Corona y segundo ayudante del Estado Mayor, ha contribuído eficazmente a todas mis disposiciones para el reembarco de las tropas; ha dado las más acrisoladas pruebas de patriotismo, y es uno de los jefes de la mejor disposición que reúne circunstancias muy recomendables y promete ser buen General. Se ha provisto su empleo, y es acreedor a que se le promueva a coronel de un regimiento, o al grado y sueldo de coronel, nombrándole primer ayudante general del Estado Mayor, cuyo encargo desempeñará con utilidad del servicio, y si no tiene lugar, por haber el número suficiente, lo deseo de mi ayudante de campo.

13. El teniente coronel D. José Imaz, comandante del tercer batallón del regimiento de Zamora, por todas sus circunstancias es acreedor al grado de coronel.

14. D. Antonio Hermosilla, sargento mayor del mismo regimiento, merece ser promovido a comandante.

15. D. Francisco Conway, sargento mayor del regimiende Dragones de Almansa, es un excelente jefe. Ha dado prue-

bas de la firmeza, amor a S. M. y patriotismo, y merece el grado de teniente coronel.

16. D. Antonio de la Cuadra, sargento mayor del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; protegió la resolución de Fábregues. Propuso y ejecutó el plan de apoderarse de las baterías de Langueland. Tiene talento y ha dado pruebas de patriotismo. Es acreedor a una tenencia coronelía de un regimiento de línea.

17. D. Félix Prats, sargento mayor del primer batallón de Voluntarios de Barcelona; ha estado mandando, por indisposición de su comandante, y ha acreditado sus recomendables circunstancias. Es bastante corto de vista, y si hay proporción de colocarle en empleo de plaza, servirá con utilidad. Le considero acreedor al grado de coronel.

18. El coronel D. Clemente Barnés (*muerto*, al margen), capitán del batallón de Voluntarios de Cataluña, que con su tropa mantuvo uno de los puntos avanzados en la isla de Langueland, y con tanto conocimiento y pericia militar mandó su tropa la noche del bombardeo de la misma, es muy acreedor a que se le confiera la comandancia de un cuerpo de tropas ligeras, y podía ser el suyo, relevando al actual.

19. El teniente coronel D. Rafael de Hore, capitán del regimiento de la Princesa, ha estado mandando uno de sus batallones. Tiene las circunstancias que se requieren para jefes y acreditado patriotismo. Le considero acreedor al empleo de sargento mayor, que desempeñará bien.

30. El Teniente coronel D. Antonio Gaspar Blanco, capitán del primer batallón de Voluntarios de Cataluña, trabajó constantemente y con mucha utilidad del servicio, mientras subsistimos en la isla de Langueland. Tiene las circunstancias necesarias para ser un buen jefe, y por lo mismo le considero acreedor al empleo de sargento mayor.

21. D. José Agustín de Llana, capitán del regimiento de Dragones de Numancia y mi ayudante de campo; tiene instrucción y las circunstancias que se requieren para jefe. Ha

desempeñado con celo y patriotismo las órdenes que con él mismo dirigí a los jefes de los cuerpos, y por lo mismo le considero acreedor al grado de teniente coronel y al empleo de sargento mayor en uno de los regimientos de Caballería, respecto a su antigüedad de capitán.

22. D. José María de Carrión y Manso, capitán del regimiento de la Princesa. Ha estado mandando uno de sus batallones, y, por todas sus recomendables circunstancias es acreedor al grado de teniente coronel.

23. D. Joaquín Lamor, capitán primero del Real Cuerpo de Artillería; llevó mis órdenes para salvar al regimiento de Zamora. Contribuyó mucho con su talento y puntual ejecución a que no lo impidiese el general Kindelán, que estaba en el mismo pueblo. Es uno de los oficiales más recomendables por su patriotismo y acreedor a ser promovido a teniente coronel de su cuerpo; pero si por no alterar el orden de antigüedad que se observa en él no lo tuviese a bien la Suprema Junta, merece el grado y sueldo de teniente coronel, aunque quede en la clase de capitán primero.

24. D. José López, capitán de la primera compañía de Artillería de a caballo. Es un oficial de sobresalientes circunstancias. Ha dado repetidas pruebas de valor y patriotismo. Fué a *Etruria*. Se halló *en el sitio de Stralsund*, y merece ser promovido a teniente coronel de su Cuerpo, o, a lo menos, para no perjudicar a los que le preceden en antigüedad, el grado y sueldo de teniente coronel, ínterin subsista de capitán.

25. D. Estanislao Sánchez Salvador, capitán del regimiento de infantería de la Princesa, que siendo secretario del Estado Mayor le confirí la comandancia de la plaza de Nyborg, y ha desempeñado estos cargos con los conocimientos propios de su pericia y mérito. Es muy acreedor, y de antemano le tenía recomendado para el empleo de sargento mayor de un regimiento, que desempeñará con utilidad del servicio, y es muy justo que se le confiera con el grado de teniente coronel.

26. D. Juan Francisco Azpiroz, capitán primero del Real Cuerpo de Ingenieros y comandante de Zapadores. Tiene cuantas circunstancias se requieren para ser un buen jefe. Su amor a la Patria y al Rey N. S., le recomienda para sus ascensos, y es muy acreedor al empleo de sargento mayor en su Cuerpo y al grado de teniente coronel.

27. D. Francisco Javier Piera, capitán del regimiento de Húsares Españoles y mi ayudante de campo. Es digno, por los mismos servicios que Llano y acendrado patriotismo, del grado de teniente coronel.

28. D. Fernando Mijares, capitán segundo del Real Cuerpo de Ingenieros y mi ayudante de campo. Llevó mis órdenes para pasar el regimiento de Villaviciosa y Voluntarios de Barcelona a reforzar la isla de Langueland. Estuvo muy expuesto a quedar prisionero de los daneses. Fué el último que se embarcó en la isla de Tövsing, y sufrió el fuego de cañón que le hicieron desde Swemborg. Ha dado calificadas pruebas de patriotismo, y es digno de ser promovido a capitán primero de su Cuerpo y al grado de teniente coronel. Si la Suprema Junta no tiene por conveniente alterar el orden de antigüedad que se observa en este Cuerpo, debe gozar el sueldo de capitán primero, aunque permanezca de segundo, y conferirle el grado de teniente coronel.

29. D. Julio O'Neill, capitán agregado a las Milicias de Puerto Rico. Ha servido, sin sueldo alguno, de mi ayudante de campo. Se ofreció a pasar a Zelandia con pliegos míos para el Rey de Dinamarca y para los coroneles de los regimientos de Asturias y de Guadalajara, a fin de salvar aquellas tropas. No lo verificó, porque recibí aviso de estar desarmadas al tiempo que partía. Me ha servido mucho, porque reúne a otras recomendables circunstancias la de poseer varios idiomas. Le considero acreedor al grado y sueldo de capitán de Infantería, para continuar de mi ayudante de campo.

30. D. Antonio Solá, capitán del primer batallón de Voluntarios de Barcelona; ha manifestado el mayor celo y pa-

triotismo. Ha desempeñado completamente las comisiones que le he encargado, y es muy acreedor al grado de teniente coronel.

31. D. Juan Sequeira, capitán del regimiento de Dragones de Almansa; vino, con los dos escuadrones que tenía a su mando, a tomar posesión de la plaza de Nyborg, y así, en esta ocasión como en todas las demás, ha manifestado su instrucción, celo y patriotismo. Le considero acreedor al grado de teniente coronel.

32. D. Juan de la Vera, capitán del Real Cuerpo de Ingenieros y segundo ayudante del Estado Mayor; trabajó con eficacia en el embarco de las tropas en Nyborg, y por su acendrado patriotismo le considero acreedor al grado de teniente coronel.

33. D. Félix Carreras, teniente del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; fué dos veces a bordo del *Navío* Inglés, con pliegos míos: en la una mataron los dragones dos marineros de su barco, y en la otra los llevó nadando desde tierra hasta el bote, que quedó fuera del alcance del fusil. Lo envié con las órdenes para que se apoderasen de la isla de Langueland. Tiene instrucción, acreditado valor y recomendable conducta. Es casado, y ha dado relevantes pruebas de patriotismo. Será un buen jefe, y por ahora le considero acreedor al ascenso de capitán primero de tropas ligeras, y que S. M. declare a su mujer la opción a los beneficios del montepío militar, como si se hubiera casado siendo capitán.

34. D. Pablo Ventades, teniente del Real Cuerpo de Artillería; le comisioné para salvar el regimiento de Algarbe, y aunque no tuvo efecto, por causas *que ignoro*, me consta que desempeñó exactamente su encargo, confirmando la justa idea que tenía de su resolución, celo y patriotismo. Merece sea promovido a capitán segundo, y en el caso de que la Suprema Junta no juzgue conveniente alterar el orden de antigüedad, es acreedor al grado y sueldo de capitán segundo, aunque permanezca teniente.

35. D. Bernardino Siballé, teniente del primer batallón de Voluntarios de Barcelona; ha manifestado su patriotismo singular, y merece que se le confiera el grado de capitán.

36. D. Juan Antonio Fábregues, subteniente del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; por no prestar el juramento, y por inquirir noticias ciertas del estado de España, se fue a bordo del navío de S. M. B. el Brunswick. Estando en él llegó D. Rafael Lobo con pliegos para mí de las Juntas de Sevilla y de Galicia. Tuvo la resolución de venir con ellos a la isla de Langueland, en que se hallaba el batallón, aunque lo mandaba un comandante francés, y era notorio que estaba con los ingleses, arrostrando todos los peligros por contribuir a salvar el ejército de mi cargo. Es digno de ser ascendido a capitán segundo de tropas ligeras.

37. El comisario de guerra D. Francisco de Laborda; ha servido en el Ejército del Norte, sin más auxilios, por cuenta de la Real Hacienda, que el sueldo de su empleo. Sus dilatados buenos servicios, su instrucción y acreditado celo, unidos al particular mérito que ha contraído auxiliando eficazmente mis disposiciones y las del Ministro principal de Real Hacienda para el acopio de víveres, establecimiento de Hospitales y asistencia de las tropas, le hacen digno de justicia del empleo de comisario ordenador, y conviene destinarle a este Ejército para que lo emplee el intendente del modo que le parezca más conveniente.

38. D. Joaquín Laguna, teniente vicario general del ejército del Norte; salió de España para Etruria con el regimiento de Algarbe, de que era capellán. Ha servido en aquel Ejército y en el de mi mando cuatro años, de teniente vicario general, desempeñando a mi satisfacción, y la de todos los individuos, las obligaciones de su ministerio. Le considero acreedor a una canongía, prebenda o pieza eclesiástica correspondiente a su mérito.

39. D. Juan Miguel Páez de la Cadena, auditor de guerra del Ejército del Norte; lleno de amor a la patria y carga-

do de servicios, no tengo palabras bastantes con que encarecer su mérito. Es el más a propósito para la magistratura. Su celo y constantes desvelos, unidos a la dulzura y amabilidad de su genio, hacían mucho más apreciable su rectitud. Es muy digno de que se le confiera una plaza en el Consejo de Castilla o en el de la Guerra, si no prefiere algún otro destino en la diplomacia.

40. D. Nicolás Cachapero Hernández (*muerto*, al margen), oficial de la Contaduría de Ejército; ha servido de mi secretario con superior aprobación y el auxilio de mil rs. vn. mensuales. Le recomendé a la superioridad en Febrero de este año para una plaza de oficial en cualquiera secretaría de las del despacho, y se me contestó que continuase a mis órdenes durante mi comisión, bien persuadido de que después sería atendido. Ha trabajado constantemente con la reserva, actividad y acierto correspondiente, y por su instrucción y conocimientos será útil al servicio de S. M. en cualquier destino. Es muy conveniente que por ahora siga a mi mediación, pero es acreedor al empleo de Comisario de Guerra, con el sueldo de 18.000 rs., por el mérito que ha contraído, y espero que S. M. se lo conceda.

Los demás jefes, oficiales e individuos del Ejército de mi mando han manifestado constantemente amor al Rey N. S., y se han prestado gustosos a sufrir las privaciones e incomodidades que no pueden ocultarse a S. M., y aunque no he tenido motivo particular para emplear a otros que los que componen la relación precedente, son dignos de la piedad de S. M., y me parece que a todos los jefes, oficiales, sargentos primeros y cadetes se les puede conceder un grado, y a las demás clases un escudo de ventaja al mes sobre sus haberes, acordando a todos una señal que los distinga y sirva de estímulo a los demás.

De los que han quedado en Zelandia y demás pueblos de Dinamarca, hay muchos dignos de recompensa, particularmente el brigadier D. Luis de Lavielleuze, coronel del regi-

miento de Asturias; D. Vicente Martorell, que lo es del de Guadalajara, y los demás jefes y oficiales de ambos Cuerpos.—D. Juan Ramón Martí, teniente coronel del regimiento de España, ayudante del E. M.; el coronel del regimiento de Caballería del Infante, D. Francisco Mariano, y otros oficiales que estaban en Hamburgo.—D. José Guerrero de Torres, capitán segundo del Real Cuerpo de Artillería, y D. José María Zacares, subteniente del mismo; los cuales, por un efecto de su bizarría y patriotismo, han quedado en poder de los franceses, y son dignos de extraordinaria recompensa; el primero es acreedor al empleo de capitán primero y grado de teniente coronel y el segundo al empleo de teniente y grado de capitán, cuyas gracias se les deben acordar desde ahora.

Los empleados del Cuerpo político han servido bien, y he prevenido al ministro principal de la Real Hacienda haga presente a S. M. el mérito que hayan contraído y gracias a que los considere acreedores.

El Marqués de la Romana.

Cuando la propuesta de la Romana, muerto Floridablanca, llegó al Ministerio de la Guerra, la sección correspondiente, y más que la sección el ministro de la Guerra, D. Antonio Cornell, se opuso a la integridad de las gracias, considerándolas excesivas. No había inconveniente en conceder a todos los individuos de aquel Ejército «el uso de la señal de distinción que propusiese el Marqués de la Romana, acompañando el dibujo;» pero el aumento de sueldos a los jefes y oficiales y el escudo de ventaja *para toda la tropa* sobre su respectivo plus al mes, a pretexto de «no gravar tanto a la Hacienda», fue impugnado con absoluta negativa; solamente acordó la Junta suprema «tener presente el mérito de los oficiales que Romana recomendaba *para mayor gracia* de las que se les concedía, cuando hubiese ocasión más propicia». Mas como de esta oposición había de resultar el enojo cierto de un general cuyo prestigio rayaba a la sazón tan alto, creyóse que podría adorme-

cérsele acumulando sobre él puestos de confianza que le hiriesen en su propia vanidad. De esta manera, mientras lo de las recompensas quedaba aplazado en los premiosos trámites del negociado correspondiente, con fecha del 4 de Diciembre se le dirigía, por medio de la Junta del reino de Galicia, un nuevo despacho personal concebido en los términos siguientes:

«Excmo. Sr.: Con esta fecha comunico al Marqués de la Romana la R. O. siguiente:

«El Rey, nuestro Señor, Don Fernando VII y en su Real nombre la Suprema Junta de Gobierno del Reino, no perdonando medida ni providencia de cuantas exige el bien general y estado de la Nación, ha tenido a bien resolver que V. E. mande, no sólo el Ejército de que es General en Jefe, sino también los de los reinos de Castilla la Vieja, León, Asturias y Galicia, activando en todos ellos el armamento de tropas y de los pueblos en masa, la requisición de caballos, monturas y demás que es indispensable acelerar para que nada falte ni entorpezca el armamento de nuestro Ejército al pie respetable y extraordinario en que debe ponerse a toda costa.

»S. M. esta enterado ya, con el mayor dolor, que, a la insubordinación del Ejército, se añade la cobardía, y de aquí nace la deserción escandalosa que admira a nuestros aliados y sofoca sus generosas disposiciones. Esta conducta, tan contraria a los sentimientos y sacrificios de los pueblos verdaderamente españoles, no consiguiéndose por los medios suaves, exige que V.E. emplee ya todo el rigor de las leyes militares sin la menor contemplación ni demora, extendiendo los castigos según las circunstancias, a las justicias particulares que los protejan y encubran a los desertores. Para todo autoriza a vuecencia S. M. con las facultades más amplias, como también para hacerse obedecer pronto y decididamente y despertar el entusiasmo español que se apaga en esas provincias, especialmente en la de Castilla. Por lo mismo, son necesarias medidas extraordinarias y vigorosas que aseguren la salvación de la Patria, lo que no podría conseguirse sin el pronto y ejemplar castigo de los viles

y degenerados que engañan a la Patria y a su Rey, usurpando el título de sus defensores cuando los venden cobardemente, y aunque se hagan ejemplares con las justicias que muestran indolencia en remediar estos desórdenes, y no obedezcan a V. E. con el celo y puntualidad que corresponde. S. M. reviste a V. E. de tanta autoridad para que pueda responder a la gran confianza que tiene en su energía y patriótico entusiasmo; a cuyo fin se comunican con esta fecha las órdenes oportunas a las respectivas Juntas de Gobierno para que lo tengan entendido y reconozcan y obedezcan a V. E., a quien de R. O. lo comunico para su inteligencia y cumplimiento.»

Y lo traslado a V. E. de la misma para su inteligencia y puntual cumplimiento. Dios guarde a V. E. muchos años. Talavera de la Reina, 4 de Diciembre de 1808.—Martín de Garay.—*Sr. Presidente de la Junta del Gobierno de Galicia.*»

Romana, que había entretanto visto morir a su lado, peleando por la Patria, algunos de los que habían sido objeto de su estimación al proponerlos para premios merecidos que no obtuvieron, desde su Cuartel general de León, dirigía un nuevo oficio el Ministerio, en que decía:

«Excmo. Sr: En cumplimiento a la Real orden que me comunicó el Sr. Ministro interino de la Guerra con fecha de *26 de Octubre* para que propusiera los ascensos y recompensas a que juzgase acredores a los sujetos más dignos del Ejército que habían estado a mis órdenes en el Norte, lo verifiqué desde luego, dirigiendo con el mismo Ministerio a la Suprema Junta Central la propuesta correspondiente con extraordinario despachado desde Santander el 12 del mes anterior.

Varios jefes y oficiales, dignos de mejor suerte, fallecieron ya gloriosamente en las acciones de Balmaseda y Espinosa; otros han contraído nuevo mérito por su bizarría y por las graves heridas que han recibido. Algunos de los que servían en el Estado Mayor están sin destino por haberse provisto sus empleos. Desean servir y pueden hacerlo con mucha utilidad, y todos, en fin, han dado las más acrisoladas pruebas de su fide-

lidad al Rey N. S. y de su constante amor a la Patria, uniendose a mí con el mayor entusiasmo, sufriendo con gusto y resignación las incomodidades de un viaje largo y penoso, superando dificultades y arrostrando toda clase se peligros, sin haber obtenido por este distinguido mérito, ni por el que han contraído con sus servicios anteriores, el menor ascenso, recompensa ni demostración de gratitud publica.

No puede ocultarse a la Junta Suprema que un general a quien honra con tantas facultades y autoridad para mandar, disponer y castigar, le ha de suponer su Ejército con la necesaria para recompensar el mérito distinguido de los que le componen, o a lo menos que serán atendidos los informes y recomendaciones que dirija a S. M. en favor de los que sean dignos de gracias.

Por más que el patriotismo y pundonor sofoquen el sentimiento de los jefes, oficiales y demás individuos beneméritos, siempre causa inquietud y desacierto la falta de premios en quien los merece. Regularmente atribuyen la culpa al general que los manda y no les inspira el afecto que conviene tengan a su persona, a su justificación y a su imparcialidad. En los que han venido del Norte es casi preciso y muy disculpable el sentimiento en que se ven rodeados de infinitos que servían con grados inferiores a ellos, y a quienes las Juntas provinciales, cuando ejercían la soberanía, colmaron de gracias, sin haber visto al enemigo ni contraído el menor mérito de guerra.

No se me ocultan las circunstancias que se han ido sucediendo desde la época de mi propuesta hasta el día; pero no han debido impedir que se acordasen las gracias, y a lo menos se me comunicasen por medio de una relación las que hubiera concedido S. M. para noticia y satisfacción de los interesados, ínterin se expedían los Reales despachos y órdenes correspondientes.

He consultado a la Junta Suprema, por conducto del señor Ministro de la Guerra, los medios más ejecutivos y económicos

que me parecen convenientes para aumentar el Ejército de mi mando, y la escasez que hay de jefes y oficiales en los Cuerpos que le componen. He remitido propuestas que me han dirigido los coroneles y comandantes, solicitando su pronta provisión, porque hacen suma falta para atender a la instrucción y disciplina de las tropas. He solicitado que S. M. se digne autorizarme para nombrar interinamente los oficiales que faltan. He dado curso a muchas instancias de oficiales beneméritos, y he tenido la desgracia de no recibir contestación alguna sobre estos y otros particulares; lo cual me impele dirigir a V. E. una copia de la propuesta, y del oficio del 12 de Noviembre con que la dirigí al Sr. Ministro de la Guerra, a fin de que me haga la gracia de elevarlo a noticias de la Suprema Junta, para que S. M. se digne resolver lo que fuese de su soberano agrado. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general de León, 20 de Diciembre de 1808.—Excmo. Sr: El Marqués de la Romana.—*Excmo. Sr. D. Martín Garay*

Ante esta comunicación, la Junta Suprema se sirvió mandar que «todos los oficiales de los Cuerpos que vinieron con el Marqués de la Romana tengan un grado más sobre el de sus actuales empleos, después de provistas las vacantes. Igualmente quiere S. M., añadía el Real decreto, que a los soldados, cabos y sargentos de los mismos Cuerpos se les dé un escudo de ventaja al mes y, además, un distintivo que adoptará la sección de Guerra, procurando no se confunda con los demás que se concedan por otras acciones, para que sea más conocido el testimonio de una lealtad y patriotismo tan acendrado, cuyo distintivo se dará también a toda la oficialidad, al Cuerpo político y demás dependencias del Ejército, de modo que alcance esta gracia a todos sus individuos». De que este decreto, a pesar de todo, no tenía eficaz cumplimiento todavía en Febrero de 1809, es prueba palpable otra comunicación de la Romana, escrita toda de su mano en el Cuartel general de Oymbra, en 7 del mismo mes, en que decía al Secretario general de la Junta Suprema Gubernativa del Reino, D. Martín de Garay:

«Excmo. Sr.: No habiéndome las circunstancias permitido pasar a manos de V. E. la *Relación duplicada* de los jefes y oficiales que contrajeron mérito conocido en el Cuerpo de Ejército que estuvo a mis órdenes en el Norte, lo verifico ahora, anotando al margen de ella los que han sido promovidos o han muerto. Ruego a V. E. se sirva inclinar el ánimo de Su Majestad a que los no recompensados lo sean con la premura y prontitud posibles, antes que las ocupaciones ulteriores distraigan el tiempo, y que conozcan los agraciados han sido aceptos sus servicios. Nuestro Señor guarde la vida de V. E. muchos años. Cuartel general de Oymbra, 7 de Febrero de 1809.—*Excmo. Sr.*—El Marqués de la Romana.—*Excmo. Sr. D. Martin de Garay.*»

La propuesta del Marqués de la Romana, dirigida al Gobierno de la Junta Central, al día siguiente de su desembarco en Santander, y sin evacuar en Febrero de 1809 todavía, no es más que un capítulo de la Historia.

Juan Pérez de Guzmán

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPITULO IX

Construcciones defectuosas.

254. Voy a discurrir en este capítulo sobre algunas de las muchas construcciones que han sido censuradas por la Academia o por filólogos de nota, para dar cuenta de la razón o sinrazón de dichas censuras; y agregaré, de paso, otras locuciones o frases que me parecen dignas de enmienda.

Pécase en estas construcciones por el trueque, la omisión o el exceso de las preposiciones. En muchos de los casos que apunto, como se verá, el yerro resulta leve o el pecado muy venial; más se debe a suspicacia de gramáticos que a verdadera trasgresión del buen decir; y es tarea tan inútil como ímproba el aducir mayores razonamientos o arrimar citas comprobatorias, porque tantas serán las razones y citas favorables como las que podrán obrar en sentido contrario.

El mismo régimen, que tanto ha dado que decir a la Acad. y a muchos gramáticos, es mirado con notoria indiferencia por otros; Cejador ha dicho de él que es «término huero, y sobre huero, falso en Gramática, como tantos otros de que se ha procurado prescindir en este libro» (*La Leng. de Cervantes*, tomo I, pág. 335). Es tan relativa la mutua dependencia de las palabras, y son éstas individuos que se manejan con tan variable relación en la sociedad que llamamos discurso, que es

muy difícil, si no imposible, someter la construcción sintáctica a otras reglas que no sean las que impone la conformidad de accidentes gramaticales. Cuervo, con ser el mayor y más erudito filólogo del habla castellana, ha podido ejemplificar muy bien el régimen y la construcción en su gran *Diccionario* (que, por desgracia, sólo está publicado en sus primeros tomos), pero mal podría formular, desde que faltan los preceptos fundamentales, una serie de reglas precisas y fáciles que sirvan de norma eficaz para el mejor manejo del idioma. El *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio vario uso de sus partículas*, obra de Garcés, que mucho promete con su llamativo título, no tiene otro valor, para el conocimiento del habla y de su régimen gramatical, que el de la abundante ejemplificación ofrecida, no siempre oportuna ni siempre acertada, como he tenido ocasión de mostrarlo a propósito de algunas de sus citas. La «*Lista de palabras que se construyen con preposición*», guía práctica que trae la *Gram.* académica, y que reproducen otras gramáticas sin poner ni sacar término alguno, es incompleta, muy incompleta, y esto basta para que resulte de muy escasa utilidad, cuando no perjudicial; y tanto es así, que ha dado pie para que algunos gramáticos condenen construcciones muy castizas, que no tienen más defecto que su ausencia de la mentada lista.

Si bien sostiene la *Gram.* de la Ac. que «es necesario que las palabras se enlacen y combinen de tal manera, que tengan entre sí justa dependencia, o sea que unas rijan a otras bajo ciertas reglas: quebrantadas las cuales, o alguna de ellas, queda la oración defectuosa»; y si bien se entra luego con la mejor voluntad posible a dar la reglamentación pertinente, hay que convenir en que resulta una preceptiva opaca, escasa de lógica; poca o ninguna luz hallará quien a ella recurra para ver cómo ha de hilvanar una frase que se le ofrezca dudosa. Siquiera el estudio lógico de la proposición, ya que no ilustra sobre la mejor manera de decir o de escribir bien, tiene la ventaja mediata, muy apreciable por cierto, de constituir una ex-

celente gimnasia de la mente; mucho se presta para la formación del juicio, del buen criterio del estudiante; pero lo que es el régimen de nada sirve; su aprendizaje recarga sin provecho alguno la memoria del educando, y viene a ser la parte más odiosa, y a la vez más inútil en el estudio de la gramática, de suyo poco interesante para la mayoría de las gentes.

Sin extenderme en otras consideraciones, ya que fácilmente podrá inducirlas el lector de los puntos que voy a tratar, permítaseme entrar en materia.

*
* *

255. La *Gram.* de la Ac. en la *Lista de palabras que se construyen con prep.*, sólo admite para el verbo *ocuparse* las prep. *con* y *en*: «*ocuparse con* un negocio», «*ocuparse en* trabajar»; y en el capítulo de los solecismos confirma la furibunda arremetida dada por Baralt, en su *Dic. de Gal.* contra toda construcción donde se diga OCUPARSE DE.

D. Adolfo de Castro plantea esta cuestión en los siguientes términos: «OCUPARSE DE *un asunto*. OCUPARSE DE es *llenarse de*. *La plaza se ocupó de gente*. *Ocuparse en* es tratar de un asunto. *Me ocupé en* referir el suceso, en escribir tal obra.» (*Libro de los galicismos*, pág. 103). No se dan razones ni hay citas que abonen este dictamen; lo trascribo porque no estará demás conocer la opinión de tan ilustrado académico.

Raro, muy raro, será hallar en los clásicos ejemplos en que el verbo *ocuparse* aparezca rigiendo algún complemento con la prep. *de*. Esta observación ha dado motivo al insigne Cuervo para formular la siguiente regla (*Apuntaciones*, página 336): «Siempre debe decirse *ocuparse en*, pero si disuena es señal de que el verbo no está bien empleado, y es menester poner otro.» Pero, debo contar que agrega a continuación: «Dura parecerá la sentencia; y muchos alegarán que favorecido el *ocuparse de* por gran número de los más granados escritores del siglo XIX, hay ya prescripción, y que en cien años

hasta el Rey y la Iglesia pierden derecho. Si hay prescripción o no, sábelo Dios; en caso de haberla, el punto es de conciencia: decídalo cada cual según lo ancho o lo estrecho de la suya.»

El distinguido filólogo chileno Amunátegui Reyes, en *Mis pasatiempos*, levanta decididamente el anatema que pesa sobre esta construcción, presentando más de setenta ejemplos de hablistas y escritores autorizados que han dicho *ocuparse de*, lo que basta y sobra para dejar consagrada la buena ley de tal decir.

Bienvenida sea esta defensa, puesto que si nos atuviéramos al dictamen de Baralt o de la Acad., prohijado ciegamente por no pocos gramáticos, arma ¡y muy contundente! se tendría para un mandoble tan formidable que no dejaría en pie seguramente a uno solo de nuestros mejores y más fecundos literatos. En las obras de Alberti, de los Estrada, de Sarmiento, de los Quesada, etc., abunda el maltratado régimen. En *El problema del idioma*, obra que aboga por la unidad y la pureza del habla castellana, escribe el Dr. E. Quesada: «También merece citarse el cap. XII, que se *ocupa de* las alteraciones fonéticas de las palabras derivadas de las lenguas indígenas» (pág. VI). El insigne Sarmiento repite en sus obras, no una vez, sino muchas, que oyó decir a los señores académicos, cada vez que los interpeló sobre las reformas ortográficas, esta invariable respuesta: «no me *he ocupado del* asunto»... y, una de dos, u oyó mal nuestro genial escritor, o también es común el condenado régimen en los ámbitos de la mismísima Acad.

256. Si hemos de atenernos a lo que impone la *Gram.* de la Acad., nos estará vedado el *entrar* A *tal o cual lugar*, ya que para este régimen está indicada la prep. *en* (*entrar en la iglesia*, según la *Lista de palabras que se construyen con prep.*). Tanto he visto, escrito y oído en construcciones semejantes la prep. *a*, como habituado estoy a *entrar* A *mi casa;* de modo que no seré yo quien ponga tachas al empleo de esta prep. dando crédito a críticas que no tienen razón de ser; y más me

afirmo en mi opinión desde que el insigne Cuervo, con abundante acopio de citas, prueba palmariamente lo muy castizo que es tal decir (*Apunt.*, pág. 328).

257. Baralt, Orellana, O. Fonoll, Uribe y U., Ortúzar, Batres Jáuregui y otros autores, cuentan como disparatadas las construcciones *trabajar* A LA *aguja*, O A LA *pala*, *dibujar* A LA *pluma*, *grabar* AL *cincel*, etc. La verdad es que el artículo de estas locuciones estará muy bien puesto en francés, pero huelga en buen castellano. Con todo, muy leve ha de ser el pecado desde que Tamayo y Baus, con unánime aprobación de la Acad., reconoció, en meditado dictamen, que puede decirse *dibujar a pluma*, *dibujar a la pluma*, o *dibujar de pluma* (véase el *Cast. en Venezuela*, de J. Calcaño, Apéndice), sin peligro de caer en intolerable barbarismo. Baralt se conforma con la supresión del artículo; pero otros rechazan de plano el uso de la *a* y exigen la sustitución de esta partícula por *con*. Demás estará el traer citas de autores para mostrar la sinrazón de esta exigencia; la misma *Gram.*, de acuerdo con el uso que es hoy más corriente y con los clásicos, establece que la prep. *a* puede indicar «el modo de hacer alguna cosa (*a pie*, *a mano*, etc.)» y «el instrumento con que se ejecuta alguna cosa (*le molieron a palos*, etc.). Suprimir el empleo de la *a* en las construcciones que señalo, sería empobrecer el idioma, pues no quedaría medio de establecer la diferencia de sentido que existe entre decir: *dibujar a pluma* y *dibujar con pluma*, *cavar a pala* y *cavar con pala*, etc.

258. Que en *máquina, motor* o *buque* A *vapor* hay un galicismo, no cabe duda; pero tanto se nos va acostumbrando el oído a tal construcción, tan vista y tan común nos resulta, que al fin nos acostumbraremos a ella. Los clásicos, a quienes se acude en busca de luz para aclarar estas dificultades, no han tenido ocasión de mentar tales máquinas, motores o buques; mas conste que lo más correcto y castizo es poner la preposición *de* donde hay *a*. En el *Quijote* nos hablan de *molinos de viento* y no *a viento*; en el *Dic.*, en la definición de la palabra «hélice»,

está escrito: «a popa del *buque de vapor*»; en *La Nación* (número del 23 de Abril de 1912), en un artículo del distinguido escritor español J. M. Salaverría. titulado «En el río Uruguay», se lee: «al pisar la cubierta de un *buque de vapor*»; en los tratados de Física de Langlebert y Ganot, traducidos al castellano por M. G. de la Rosa y F. Gutiérrez Brito, respectivamente, háblase siempre de *máquinas de vapor*; y, como éstos, muchos otros ejemplos podría citar que comprueban que la construcción castiza pide *de* y no *a*.

259. Orellana (*Cizaña del Leng.*, pág. 39) pone en su cizaña el modo adv. *de pie* y arremete furiosamente contra la Academia, porque ésta admite el «galicismo», el «bárbaro modismo» *estar de pie* por «estar derecho»; sostiene que para tal expresión debe usarse la prep. *en* (la Acad. sólo trae *de pies=en pie*). Según mi entender, empléase la locución *estar* o *andar en pie* para significar que una persona está sana, que está levantada; y cuando se quiere indicar la posición, lo que los americanos llamamos impropiamente *pararse*, más se emplea la prep. *de: estar o ponerse de pie, de costado, de cabeza*. Para Orellana *estar* o *andar en cabeza* no ha de ser «estar o andar descubierto», sino estar o andar en acrobática postura, con la cabeza hacia abajo y los pies en alto. No veo la necesidad de apuntalar lo que sostengo con citas; pero acuden a mi memoria estos ejemplos de nuestro ilustre historiador don B. Mitre, y los anoto: «Paso se puso *de pie* y habló» (*Historia de Belgrano*, tomo I, cap. IX). «Todos a la vez, y poniéndose espontáneamente *de pie*, contestaron por aclamación que sí.» (*Hist. de Belgrano*, tomo II, cap. XXVII).

260. La Acad. sólo admite *aborrecerse de muerte*; mas es tan común, aun entre gente bien hablada, el *aborrecerse* u *odiarse* A *muerte*, que no pongo en la picota esta frase, aunque muchos lexicógrafos la impugnen.

261. Batres Jáuregui (*El Cast. en América*, pág. 144), apoyándose en una cita de Valera, no consiente que se diga *escribir* EN *tal o cual fecha*, sino *con tal o cual fecha*. Así como se

dice *en tal o cual día*, ¿por qué no ha de poderse también decir EN *tal o cual fecha?*...

262. He aquí algunas otras construcciones más o menos defectuosas, censuradas por gramáticos y filólogos; van entre paréntesis las preposiciones llamadas a sustituir a las que se consideran viciosas.

Mezclar, *reunir unas cosas* A (*con*) *otras; o las unas* A (*con*) *las otras.*

Autorizar A (*para*) *algún acto,* A (*para*) *firmar.*

Disparar, huir o escapar A (*de*) *los peligros,* A (*de*) *las balas.*

Quedamos DE (*en*) *juntarnos o reunirnos.*

Comprar EN (*por*) *tal o cual precio.*

Examinar o *examinarse* EN (*de*) *tal o cual asignatura.*

Abonan la corrección que aconsejo en esta última frase la Acad., el guatemalteco Batres Jáuregui, el lexicógrafo mejicano F. Ramos Duarte y otros autores. Aquí, en la Arg., son muchos los que *se examinan* EN *tal* o *cual asignatura.* Mal de muchos, consuelo de tontos... y de los que no son tontos también, tratándose de lenguaje; la verdad es que el mal no me parece grave; haga cada cual su *examen de conciencia*, que no es lo mismo que hacerlo *en conciencia*, y verá cómo le conviene decir.

263. *Comprar* o *vender* A (*por*) *quilos*, *litros*, etc. Para Ortúzar (*Dic.*) es tolerable la *a*, y a fe que no deja de tener razón, mayormente desde que se reconoce que tal prep. sirve para denotar «el modo de hacer alguna cosa». También acredita este autor la bondad de la locución A *lo que se ve,* desechada por Baralt y por otros; nace esta *a*, seguramente, por analogía con la loc. adv. *a lo mejor.* Aunque respeto el parecer de Ortúzar, no dejaré de reconocer que lo más propio es *comprar* o *vender por quilos*, y decir *por lo que se ve*, *oye*, etc.

264. Acabo de leer en uno de nuestros diarios: «*Ejecutó* AL *piano* con verdadera maestría.» *Ejecutar* AL *piano* será ajusticiar este instrumento, como si fuera un reo. Estará bien advertir que una cosa es *ejecutar a alguno* y otra muy distinta *eje-*

cutar en el piano, violín, flauta, o lo que fuere: «*ejecutaba en el piano* una dulce balada»; así escribió S. Estrada (*Viajes*, I, página 308), y así es como debe decirse.

265. «*Pasen a sentarse* EN *la mesa*»: no una, sino muchas veces, he oído esta desgraciada invitación. *Sentarse* EN *la mesa* es tomar asiento sobre ella, cosa que ni a palurdos o imbéciles puede ocurrírseles. Más acertado se anda nuestro hombre de campo cuando invita a sus huéspedes, diciéndoles «*atráquense* (probable es que barbarice en regla pronunciando ATRAQUESÉN) *a la mesa*», aun teniendo en cuenta que los invitados no son embarcaciones, y, a pesar de la doble intención que puede admitir este verbo *atracarse*, que en nuestra campaña tanto se usa en la acepción de «arrimarse» como en la de «ponerse ahito del mucho comer». Quien pretenda ser bien hablado empleará siempre la prep. que se ve en estos pasajes: «Hiciéronse mil corteses comedimientos y, finalmente, cogiendo a Don Quijote en medio se fueron a sentar *a la mesa.*» (*Quijote*, II, XXXI):

«Estaba Aquiles
A la mesa sentado, y a distancia
También los escuderos»;...
(*La Ilíada*. Trad. de Hermosilla, Libro XXIV);

«Sí haré, aunque no he de sentarme
con él *a la mesa.*»
(C. de la Barca. *El Alcalde de Zalamea*, Jor. 1.ª, Esc. IV.)

266. Es muy común por estos mundos el *estar, encontrarse* o *detenerse* EN *la puerta*, y no seré yo quien haga aspavientos por tal decir, como los haré toda vez que se hable de *sentarse* EN *la mesa*; pero advertiré que más apropiada resulta la prep. *a*, pues, según la Acad., ésta indica «el lugar en que sucede alguna cosa, v. gr.: le cogieron *a la puerta*», «y muy buenos autores españoles y americanos dan preferencia a esta prep.; vayan como muestra estos ejemplos de V. de la Vega: *Está a la puerta* del castillo» (*Otra casa con dos puertas*, Acto II,

Esc. XXXI); «Acabo de encontrarle ahí *a la esquina.* (*Id. id. id. id. id.*, Acto II, Esc. I). Lo que es realmente curioso, e inadmisible de todo punto, es que haya gente capaz de *dejarse estar*, de *pisar* o de *pararse* EN EL DINTEL (parte superior) de alguna puerta.

267. Desde que Baralt, Cuervo y otros gramáticos y filólogos han evidenciado lo mal que pega la prep. *bajo* en «BAJO este *punto de vista*», «BAJO *esta base*», «BAJO *este pie*», «BAJO *tales auspicios*», pocos son los escritores de valía que no se cuidan de evitar este dislate escribiendo, como corresponde: *desde este punto de vista, sobre esta base, sobre este pie, con tales auspicios.*

*
* *

268. He mostrado hasta aquí construcciones que se tienen a mal traer por el trueque de las preposiciones; entraré ahora a considerar las dificultades que pueda ofrecer la supresión de estas partículas.

Orellana, en *Cizaña del Leng.* (pág. 36), asegura que «los catalanes, en general, tienen el vicio de suprimir indebidamente la partícula *de* después de las palabras *aparte, acerca, cerca, debajo, encima, dentro, fuera*, etc.» Hay que reconocer que en ciertos casos tal omisión puede dejar confuso el sentido, y no conviene; pero, en cambio, en otros, antes que error, es gala de lenguaje, que la usaron los clásicos, insignes literatos, y se sigue empleando hoy día, a pesar de las protestas del Sr. Orellana.

A propósito de este mismo punto, dice don Mario F. Suárez, en sus *Estudios Gramaticales* (pág. 252): «Adverbios y preposiciones suelen permutarse entre sí, según que modifiquen al verbo o indiquen régimen. En este caso se hallan *adentro, debajo, cerca*, que son adverbios en *vive adentro, está debajo, vive cerca*, y preposiciones en *mar adentro, debajo el cielo, cerca el lago.*»

Calcaño (*Cast. en Venezuela*, pág. 139) se pasa a la otra

alforja: no tolera *de* después de *tras* y *bajo* (*tras una puerta*, *tras mí*, *bajo la cama*, etc.), que sólo admite como preposiciones en las acepciones de *detrás* y *debajo*; y exige estas formas (*detras* y *debajo*) cuando ha de seguir *de*. El ejemplo *debajo el cielo*, citado por Suárez, queda condenado; o *bajo el cielo* o *debajo del cielo*, restricción que no tiene razón de ser, porque no es la gramática la que impone el uso, sino precisamente todo lo contrario. Estoy por creer que el Sr. Calcaño se ha tomado esta vez al pie de la letra la definición, tan desacertada como ilógica, que da la Acad. de la *analogía*, cuando dice que «es la parte de la Gram. que enseña el valor de las palabras CONSIDERADAS AISLADAMENTE»... ¿Qué mucho dará con el valor de la palabra *bajo*, por ejemplo, quien se proponga considerarla *aisladamente*, si puede desempeñar oficios de preposición, adv. sust., adj. y verbo? Tanto *tras* como *bajo*, no tienen a menos juntarse con *de*, así cuando desempeñan oficios de prep. como de adv. La misma Acad. trae entre los ejemplos de sus preposiciones el siguiente: «*Tras* ser, o *tras de ser* culpado, es el que más levanta el grito», y sabido es que lo mismo da hacer algo *bajo juramento* que *bajo de* juramento, aunque el uso de este *de* se vaya perdiendo. El mismo Calcaño trae ejemplos en que *tras de* resulta adv., v. gr.: «*tras de* una desgracia suele venir una dicha», y sostiene que aquí *tras* equivale a *después*; no veo por qué razón no ha de equivaler también a *detrás*.

Para mejor probar que el rigorismo del distinguido académico venezolano no se tiene en cuenta, me basta trascribir este párrafo de su compatriota, el ilustre Bello (*Gram.*, capítulo XLIX): «Algunas preposiciones dejan a veces el carácter de tales, y se vuelven adverbios, como *bajo* y *tras*, cuando modificadas por un complemento con *de* equivalen a *debajo* y *detrás*: «*Bajo de la cama.*» «*Tras de la puerta*»; Preguntó cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba *tras dél*» (Cervantes). *Tras él* hubiera sido más propio. Sin duda alguna, hubiera sido más propio; pero, desde que el mismo Cervantes descuida esta propiedad, ¿qué

puede esperarse de los que no rayaron ni rayarán tan alto en materia de buen decir?...

Está, por lo visto, en el espíritu de la lengua esto de tomar o largar la prep. *de*, esta facilidad de hacer prep. de los adv. y adv. de las prep.

Para que se vea con cuánta frecuencia se produce la supresión que vengo tratando, presentaré estos versos de Hermosilla (trad. de la *Ilíada*), donde el adv. *dentro* se convierte en prep., cambio que cualquier persona, aunque sea poco avisada en cuestiones gramaticales, advertirá fácilmente, si observa que la voz relaciona al verbo con su complemento, y puede ser sustituída por *en*:

«Yo la esclava no doy; antes en Argos,
lejos de su país, *dentro mi alcázar*,
la rugosa vejez tejiendo telas
la encontrará...» (Libro I);
«Tanto en número exceden, lo aseguro,
los guerreros de Acaya a los troyanos,
que *dentro el muro* de Ilión habitan» (L. II);
«Que *dentro el corazón* tú los consejos
más útiles preparas»... (L. IV);
«Entonces fue cuando la negra muerte
dentro su red aprisionó a Dïores» (L. IV);
«Los otros Capitanes de los Dánaos
dentro sus tiendas, al poder rendidos
del sueño delicioso,»... (L. X).

Y para mostrar que no se trata de licencia que sólo se permite en el lenguaje familiar y en el poético, como lo afirma Martínez y García (*Curiosidades Gramaticales*, pág. 201), agregaré estas dos citas: «Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner *delante los ojos* lo que de muy apartado, cuasi se pierde de vista?» (Fr. Luis de León. *La Perfecta casada*); «somos semejantes en esto a los animales brutos que están *debajo la encina*» (Fr. Luis de Granada. *Guía de Pecadores*, Libro 1.°).

269. Voy a señalar otros casos en que la prep. *de* puede suprimirse sin inconveniente alguno para el buen decir.

«¡Ah, bodas de Camacho, y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo *de* (1) *echar menos*» (*Quijote*, II, XXIV);

«... *echo menos*
El ser una de vosotras»
(Ant. de Solís. *El amor al uso*);

«Cuando *he echado menos* un verso o varios, he puesto una señal»... (Advertencia final del tomo 4.° de las Comedias de C. de la Barca, tomo 14 de la Bibl. Rivadeneyra); «Pues en la mía no quiero que *eches menos* nada» (V. de la Vega. *Llueven bofetones*, acto I, esc. VI).

Bastarán los ejemplos que anteceden para dar a conocer que se puede *echar menos* sin necesidad de la prep. *de*, que es hoy tan común, no sólo en la Arg., sino en toda América y en España mismo. Cunde el uso de la prep. en esta frase desde fines del siglo XVIII, según anota Cuervo (*Apunt.*, pág. 293).

Con más ingenio que razón y fundamentos establece Calcaño (*Cast. en Venez.*, pág. 372) que «*se echa menos* lo que se tenía y no se encuentra, lo que se ha perdido, lo que se gozó y falta. Se *echa de menos* lo que no se ha tenido y convendría tener, lo que nunca se ha poseído y se desea, o sería natural tener.» La documentación que ofrece, citas de numerosos autores, no resulta muy concluyente, ni alcanza para convencer sobre el cambio de significación que cree haber descubierto el distinguido filólogo venezolano.

(1) Este *de* es común en los clásicos:

«Pues si su fin no alcanza
Yo *tengo de vivir* con su esperanza»
(A. de Moreto. *El desdén con el desdén*);

«Pues, ¿qué *tengo de hacer* yo?»
(Tirso. *La villana de Vallecas*, ac. I, esc. I); etc.;

viene a ser reemplazada hoy por la conj. *que*: *tengo que vivir*, *tengo que hacer*, etc.

Salvá, en su *Dic.*, sólo trae «*echar menos* alguna cosa» (advertir, reparar la falta de ella) y «*echar menos* alguna persona o cosa» (tener sentimiento y pena por la falta de ella). La Acad. da igual significación a *echar menos* y *echar de menos*; estoy con ella.

270. «*A pie*» y «*a caballo*», cuando son modos adv. que modifican directamente al verbo, no necesitan la prep. *de*; es, por tanto, mucho mejor andar, ir o venir *a pie* o *a caballo*, que DE *a pie* o DE *a caballo*. Cualquiera se dará cuenta de la diferencia de significado que debe existir, si se habla con propiedad, cuando se dice, por ej., *pasan hombres a caballo* (que pasan accidentalmente de esta manera) u *hombres de a caballo* (los que por oficio o hábito andan así, los que saben andar); la locución *de a caballo* viene a referirse a *hombres*, mientras que *a caballo* modifica especialmente al verbo. Con todo, he de reconocer que pocos se cuidan de mantener tal distinción. En el *Quijote* se lee: «Eran cuatro, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados *a caballo* y tres mozos de mulas *a pie*» (I, IV), y «Venían con ellos asimismo dos gentiles hombres *de a caballo*, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos *de a pie*, que los acompañaban» (I, XIII). La verdad es que estos ejemplos, como otros que podría aducir, no dan norma concluyente; bien se prestan para dejar a cada cual en libertad de poner o quitar *de*, según mejor le acomode. Lo que no puede tolerar el buen decir es que haya quien se permita «*cruzar* A MULA *la cordillera*»; a quien tal hace y así dice, tengo que aconsejarle que se sirva *viajar en mula*, como se *viaja en coche, en tren, en camello*, etc.

271. Si se tomara nota de los autores que han escrito los modos adv. *de por fuerza* y *de por junto*, y de aquellos que han dado en suprimir la inútil *de*, por ahí se andaría el número de unos y otros; pero como con el ahorro de palabras superfluas mejora el habla, preferible será decir *por fuerza* y *por junto*. Cuervo y Rivodó optan resueltamente porque se compre o se venda *por junto*, sin dar intervención a la prep. *de*.

272. Puede suprimirse sin inconveniente alguno la prep. que figura en *hacerse de rogar*, aunque buenos escritores la autorizan. Los que dicen *hacerse* DEL *rogar* revelan mucha ignorancia.

273. Al decir *las más noches*, *las más veces*, bien determinadas quedan *las noches* y *las veces*; así lo habrán entendido nuestros mejores hablistas desde que no han echado menos la prep. y el art. que intercalamos al decir *las más de las noches*, *las más de las veces*; póngase atención en la elegante sintaxis de estos ejemplos: «Salpicón *las más noches*» (*Quijote*, I, I); «Y de aquí ordinariamente, salen las chismerías y los testimonios falsos, y *las más veces* los verdaderos» (Fr. L. de León. *La perfecta casada*, cap. XI);

«*Las más veces* se confunden
Dentro del pecho afligido.»

(A. de Solís. *El amor al uso*);

«Aunque el *la* y nuestra conjunción simple suelen *las más veces* ceder su lugar a la *a*» (Garcés. *Fundamento de la eleg.*, etcétera, tomo I, cap. LIX); «una socavación subterránea, *las más veces* sin luz ni pavimento» (Larra. *El zapatero de viejo*); «*Las más veces* rehusaban las pescantinas la cosecha de Cipriana» (E. Pardo Bazán. *Lec. de Lit., El pañuelo*).

274. Y como estoy discurriendo sobre las palabras que conviene poner o quitar, haré presente, ahora que se habla de *veces*, que tanto dice, a mi ver, *a veces*, como *a las veces*, aunque el *Léx.* pretenda descubrir alguna diversidad en la significación de estos modos adverbiales; *a las veces* se mantiene hoy en uso, donosamente, por obra y gracia de los hablistas y escritores que más familiarizados están con las producciones de los clásicos españoles, producciones en que predomina este modo adverbial.

*
* *

275. «Pues lléguese a mí, respondió el del Bosque, y *hará*

cuenta que se llega a la mesma tristeza.» (*Quijote*, II, XII); «pero *haced cuenta* que yo soy el aire» (*Id.*, II, XLIV);

«Fuerza que no se socorre,
Haz cuenta que está rendida.»
(Cervantes. *El gallardo español*, jorn. 3.ª);

«Vaya usted con Dios, y *haga* usted *cuenta* que no nos ha conocido.» V. de la Vega. *La comedia nueva*, ac. II, esc. VII.) Bastarán estos ejemplos para indicar que está demás ese *de* que muchos colocan entre las locuciones que dejo subrayadas. Para de la Peña, «*hacer* DE *cuenta*» es loc. adv. viciosa; sólo permite este ilustrado gramático que se *haga cuenta*. No quiero ser tan rigorista; pero dejaré sentado que gana el buen decir cuando se omite la prep. *de*.

276. Ya que de *contar* se trata, recordaré aquí que Cuervo y otros autores distinguidos reclaman decididamente el artículo *la* que olvidan los que dicen DAR O CAER EN CUENTA; los buenos escritores siempre lo tuvieron presente: «*dió en la cuenta* de sus tratos» (*Quijote*, II, VII); «ahora *he caído en la cuenta* de lo que he preguntado» (Id., II, XXII); «*cayó en la cuenta* de que aquel debía ser Don Quijote de la Mancha». (Id., II, XXXI); «*hemos caído en la cuenta* de que Calderón era un gran poeta, cuando ya toda Europa le tenía por tal.» (M. M. Pelayo. *Estudio crítico de C. de la Barca*, tomo I, pág. XVIII, del *Teatro selecto*, de C. de la B.). Ahora bien; el tener que *caer* o *dar en la cuenta* no autoriza para que se pretenda encajar el mismo art. cuando rige otro verbo; se dirá, por ejemplo, *tener en cuenta*, y estará bien dicho.

277. Los filólogos del habla, de acuerdo con el más clásico decir, quieren que los verbos *entrar*, *entrarse* o *meterse*, rijan sin la prep. *de* a los nombres *fraile* y *monja*. Se dirá *entrarse monja*, *meterse fraile;* no obstante, se ha escrito, y sigue diciéndose muy correctamente, *entró* o *se metió de hermana de la Caridad*, *de ayudante*, *de ordenanza*... y hasta *de tonto* puede uno *entrar* o *meterse*, sin obligación de largar el *de*.

278. «Guárdala, amigo, que por ahora no la *he menester*» (*Quijote*, I, XXV).

«Pues sois los enamorados
Tales, que *habéis menester*
Reñir para confesaros»

(A. de Solís. *El amor al uso*);

«Porque cuando a limpia huele,
No *ha menester* el abril»

(Francisco de Rojas. *García del Castañar)*;

«¿Cuánto más le *habrá menester*?» (Jovellanos. *Obras*, I, 498). Hoy se tiene la mala costumbre de interponer un ocioso *de* en la frase subrayada que, conforme lo reconocen Cuervo y otros hablistas, no condice con el mejor decir. Apuntar debo, sin embargo, que no ha de ser novedosa tal construcción, pues leo en el mismo *Quijote* (II, IV) el siguiente pasaje: «La vida no era suya, sino de todos aquellos que le *habían de menester* para que los amparase y socorriese en sus desventuras.»

279. Como bien lo anota Cuervo (*Apunt.)* y lo repite Gagini (*Dic. de Prov.*), con nuevo acopio de citas, los adv. *antes* y *después*, que se construyen con la prep. *de* cuando preceden a nombres o infinitivos (*antes de la puerta, después de llegar,* etcétera), no necesitan tal partícula cuando han de preceder a la conj. *que*. Rara vez, muy rara vez se encontrarán en buenos escritores ejemplos como éstos: *antes* DE *que vayas, antes* DE *que llueva, después* DE *que llegues,* etc.

280. Como estoy pasando en ligera revista las prep. que sobran, no dejaré de recomendar que se tenga buen cuidado de suprimir las que figuran en «DE *exprofeso*», «DESDE *ab eterno*», «DESDE *ab initio*», redundantes y de todo punto innecesarias, pues están expresadas en la locución latina.

281. Cuando el complemento directo o acusativo es un nombre propio, el verbo ha de regirlo generalmente con la prep. *a*; caen en imperdonable galicismo los que omiten esta

partícula al decir: ADMIRÉ BUENOS AIRES, DEJARÉ MADRID, PIENSO VISITAR PARÍS, LLAMARÉ PEDRO, etc.; ha de ponerse la prep. si se pretende hablar en correcto castellano. Cuando el nombre propio va precedido de artículo no se requiere la *a*: *recorrí la Palestina*, *surqué el Plata*, *exploró el Pilcomayo*, *vió las Pirámides de Egipto*.

Y cuéntese que esta *a* es la única prep. que conviene en nuestra lengua al compl. directo; el idioma francés es, en este punto, más radical, pues no necesita prep. alguna para expresar el objeto recipiente de la acción de sus verbos transitivos.

En la *Gram.* de la Acad. (pág. 251), dice: «*Por* y *de* señalan también complementos directos cuando preceden al de una oración pasiva, como, por ejemplo: *José fue acusado por o de sus hermanos.*» Tócame manifestar a los señores académicos que no veo tales complementos directos (y también diré que me suena mal eso de que *José* pueda *ser acusado* DE *sus hermanos*); para mí son circunstanciales. Con mucho acierto llama Benot a este caso *ablativo-agente* (véase la *Arquitectura de las Lenguas*, pág. 121); y difícil será hallar gramático que vea en tal caso un acusativo, salvo que se recurra a los que copian servilmente a la Acad. con todos sus dislates.

No faltan, en buenos autores, construcciones anómalas en que figuran la prep. *de* y aun otras no menos impropias; se trata de abuso o descuido que no deber ser imitado. Así, en el *Quijote* (I, VIII) se lee este ejemplo: «El segundo religioso que *vió* DEL *modo* que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula y comenzó a correr por aquella campaña»; claro se ve que *modo*, compl. directo del verbo *ver* puede construirse perfectamente sin tal prep., diciéndose: *vió el modo como trataban*....

En el Prólogo del mismo *Quijote* está escrito: «mi amigo, dándose una palmada en la frente y *disparando* EN *una carga de risa*. *Disparar*, en este caso, es transitivo y huelga la prep. *en*, que seguramente es obra de los cajistas. Raro es que algún editor caritativo no haya dado en salvar el solecismo, pues

subsiste tan inútil partícula en todas las ediciones que he tenido a la vista.

En todas partes se cuecen habas... y no es, por tanto, de extrañar, que la modesta obra de un compatriota mío me ofrezca ocasión para el siguiente expurgo. En ella se dice: «*Sin ver que azotaba* EN *carnes dolientes*. Este *azotar* es verbo transitivo y *carnes dolientes*, su régimen acusativo; sáquese en buena hora la prep. *en*, que está demás, y quedará la construcción según manda el bien decir.

***

282. He venido mostrándo en estos últimos párrafos, casos y ejemplos en que indebidamente se interponen preposiciones, y hay que convenir en que la índole sintáctica del idioma, más tiende a suprimir que a sumar innecesarias partículas. En *hojalata*, *madreperla*, *verde-nilo*, *verde-esmeralda*, *verdemar*, *verdemontaña* y muchos otros compuestos, bien se deja ver que se ahorra la prep. *de;* y otro tanto ocurre en *Plaza Lavalle*, *Teatro San Martín*, *Banco Londres y Río de la Plata*, y en tantas otras denominaciones. Abreviar, suprimir palabras inútiles, será siempre una excelencia del habla.

283. Y esta misma tendencia ha de ser la que nos dicta a las veces construcciones que resultan defectuosas por el mero afán de omitir algunos términos.

«ENTRARON Y SALIERON *de la escuela*», leo por ahí, y hemos de convenir en que eso de ENTRAR DE *la escuela*, es algo raro. Mal pegado queda el complemento cuando va regido, como en este ejemplo, por verbos que piden distinta preposición. Lo correcto será decir: *Entraron a la escuela y salieron de ella.*

284. La *Gram.* de la Acad. (pág. 284) pone en la cuenta de sus solecismos «la reunión de dos partículas incongruentes o mal colocadas, en una misma y sola oración»; v. gr.: *se vende un reloj* CON *o* SIN *cadena*»; dígase *un reloj con cadena o sin ella*, y se habrá hablado con toda corrección.

285. Para muchos, tanto vale una construcción como otra; palabra más, palabra menos, lo mismo ha de importarles con tal de darse a entender y verán minucias sin valor alguno en las cuestiones que he venido tratando; y de esta pasta serán los que redactaron estos avisos, que estampados he visto con letra de molde: «*Se alquila una pieza para hombre solo* DE TRES POR CUATRO», «*Se alquila una salita para hombre solo* CON BALCÓN Á LA CALLE». *Se alquila un departamento para matrimonio* RECIÉN BLANQUEADO.» Con poco que hubieran recapacitado quienes redactaron estos anuncios, hubiesen advertido la ubicación que correspondía a las palabras y se habrían evitado el dislate; pero muy satisfechos de su obra habrán quedado si la pieza, o la sala, o el departamento obtuvo inquilino. Así se cotizan, con tan escaso miramiento, los tesoros de nuestra incomparable habla; y mal podemos sorprendernos si la sintaxis y la gramática toda andan entre tanta pobreza.

JUAN B. SELVA,
Profesor en Dolores (República Argentina).

EL DISCÍPULO TRAIDOR

(CONCLUSIÓN)

XIII

Levantábase ya la luna cuando Jesús se dispuso a ir al huerto de los Olivos, en donde pasó sus últimas noches. Como se retrasara sin que se supiese por qué, sus discípulos, que estaban ya preparados, le dieron prisa, y entonces les dijo de pronto:

—Quien tenga una bolsa que la tome, quien tenga un saco que lo tome también, que el que no tenga espada venda su hábito y la compre. Porque os digo que tienen que cumplirse conmigo aquellas palabras: «Fue puesto en el número de los malhechores.»

Los apóstoles, asustados y turbados se miraron. Y Pedro contestó:

—Maestro, he aquí dos espadas.

Cristo las examinó, bajó la cabeza y murmuró:

—Bastan:

En las estrechas callejuelas, el menor movimiento despertaba un eco sonoro, y los discípulos tenían miedo de sus propios pasos; sus sombras negras se dibujaban en las blancas paredes, iluminadas por la luna, y también tenían miedo de sus

sombras. Así cruzaron silenciosos la dormida Jerusalén; habían ya franqueado las puertas de la ciudad, y, en un desfiladero estrecho, lleno de tinieblas enigmáticas e inmóviles, percibieron el torrente del Cedrón. Ahora, todo les asustaba. El suave chapoteo del agua, que se deslizaba por las piedras, les parecía ser la voz de gentes que se hubieran acercado furtivamente; las sombras fantásticas de las rocas y de los árboles que cerraban el camino los aterraban, y la inmovilidad nocturna en que todas las cosas se habían sumido era para ellos como movimiento. Pero a medida que subían y se acercaban al huerto de Gethsemaní, en donde habían pasado tantas noches quietas y silenciosas, recobraban algún ánimo. Echando de vez en cuando una mirada a Jerusalén, toda blanca en la claridad lunar, hablaban entre sí del miedo que acababan de experimentar; y los que iban a retaguardia oían a veces unas palabras que se destacaban claras: era Jesús prediciendo que todos le abandonarían.

Los apóstoles se detuvieron al llegar al huerto. Los más se dispusieron a dormir allí; mientras que hablaban a media voz, extendieron en el suelo sus capas, que los juegos de los rayos lunares ornaban de transparente encaje. Jesús, a quien la inquietud atormentaba, acompañado de los cuatro discípulos preferidos se adelantó al fondo del huerto. Allí hicieron alto, y se sentaron en el suelo, todavía tibio del ardor del sol. Mientras que el Maestro callaba, Pedro y Juan cambiaban con indolencia vagas palabras, casi sin sentido y desprovistas de interés. Bostezando de cansancio, discutían sobre la frialdad de la noche, la carestía de la carne en Jerusalén o la falta de pescados. Trataron de calcular exactamente el número de los peregrinos congregados en la ciudad para las fiestas; Pedro, arrastrando las palabras, porque bostezaba con ruido, afirmaba que había veinte mil, y Juan, como su hermano Santiago, sostenían, perezosamente también, que la cifra de los piadosos visitantes no excedería de diez mil. De pronto, Jesús se levantó.

—Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad—recomendó; y, con rápidos pasos, se alejó bajo el follaje y no tardó en desaparecer bajo la penumbra.

—¿Adónde va?—preguntó Juan incorporándose.

Pedro volvió la cabeza hacia el que se iba, y contestó con cansancio:

—No sé.

Volvió a bostezar, se tumbó en el suelo y se calló. Los otros le imitaron, y el sueño profundo que engendra la sana fatiga invadió sus cuerpos. A través de un sueño penoso, Pedro entrevió vagamente algo blanco que se inclinaba sobre él; se alzó una voz, y murió sin dejar huellas en su conciencia oscurecida:

—¿Duermes, Simón?

Se durmió de nuevo, y una voz dulce rozó su oído, y se apagó sin dejar eco:

—¿No has podido velar una hora conmigo?

«¡Ah! Señor, si supieses el sueño que tengo»—pensó, despertándose a medias, y creyó haber pronunciado estas palabras en alta voz. Volvió a dormirse; le pareció que habían transcurrido horas, cuando de repente la figura de Jesús se perfiló a su lado, y una voz sonora y penetrante le hizo inmediatamente salir de su sueño, así como a los otros discípulos:

—¿Dormís todavía y reposáis? Todo ha concluído; ha llegado la hora; el Hijo del Hombre va a ser entregado a manos de los pecadores.

Los apóstoles pusiéronse vivamente en pie y recogieron sus capas con gestos torpes; el sobresaltado despertar les hacía temblar de frío. Al otro lado del boscaje, iluminado por la claridad fugitiva de las antorchas, distinguíase un grupo de soldados y servidores del templo. Precedíales rumor de pisadas, choques de armas y ramas desgajadas. Del otro lado, acudieron los discípulos temblorosos; estaban medio dormidos y asustados y, sin comprender aún de qué se trataba, preguntaban:

—¿Qué hay? ¿Qué quieren esas gentes?

Tomás estaba pálido como un cadáver; su bigote enhiesto colgaba a un lado; sus dientes castañeteaban furiosamente, y dijo a Pedro:

—¿Vienen a buscarnos a nosotros?

La tropa de los soldados les rodeó, y la luz humeante y agitada de las antorchas parecía rechazar no se sabe adónde, fuera del huerto, a la apacible irradiación de la luna. Judas de Kerioth, a la cabeza de los guerreros, iba muy de prisa y buscaba a Jesús con su mirada brillante y aguda. Le descubrió y, después de contemplar unos segundos la figura fina y esbelta del Maestro, cuchicheó a los servidores:

—Aquel a quien bese, Él es. Apoderaos de su persona y llevadle, pero con precaución; con precaución, ¿me entendéis?

Entonces se adelantó rápidamente a Jesús, que le esperaba en silencio, y sumió su mirada aguda y fría como un puñal en los ojos tranquilos y ensombrecidos del Nazareno.

—¡Salud, Rabbí!—dijo muy alto, y daba un sentido extraño y amenazador a aquellas palabras habituales de bienvenida.

Pero Jesús guardó silencio; los discípulos miraban horrorizados al traidor; no llegaban a comprender que pudiese haber tanta maldad en un alma humana. El Iscariote lanzó una rápida ojeada al desordenado grupo de aquéllos; vió su turbación que iba a trocarse en miedo; observó la palidez de las caras, las sonrisas estúpidas, los movimientos flojos de los brazos; observó todo esto, y una angustia mortal, idéntica a la que Jesús acababa de experimentar, heló de repente el corazón de Judas. Alargándose como un haz de cuerdas vibrantes y sollozantes, se precipitó a Jesús y besó tiernamente su mejilla fría. Y aquel beso fue tan tierno, tan suave, tan lleno de angustia y de amor doloroso, que si el Maestro hubiera sido una grácil florecilla en equilibrio sobre su frágil tallo, el contacto aquél no hubiera quebrantado el conjunto débil, y las perlas del rocío hubiesen permanecido en la urna de gasa de los pétalos.

—¡Judas!—exclamó el Maestro, y al claror de su mirada iluminó el monstruoso amontonamiento de sombras expirantes que constituía el alma del Iscariote, pero no sondó el fondo.—¡Judas! ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Y vió que el monstruoso caos oscilaba y se movía. Judas de Kerioth permaneció silencioso y austero como la muerte en su altiva y fría majestad, mientras que en su sér interno y profundo todo gemía, tronaba, rugía, estallaba en millares de voces impetuosas e inflamadas:

—¡Sí! ¡Con un beso de amor te entregamos! Con un beso de amor te entregamos al oprobio, al tormento, a la muerte. Con la voz del amor llamamos a los verdugos ocultos en sus sombrías guaridas y levantamos la cruz; y muy en alto sobre las tinieblas terrestres, alzamos en la cruz de amor el amor crucificado.

Así Judas parecía frío y silencioso como la muerte, mientras que al grito de su alma respondían los gritos y el tumulto que se elevaban en torno de Jesús. Con la irresolución brutal de la fuerza armada, con la torpeza de los que ejecutan una consigna sin conocer el fin preciso de su acción, los soldados se apoderaban del Nazareno, lo arrastraban con ellos, tomando por resistencia su propia indecisión, y su propio miedo por burlas y chacotas. Semejantes a corderos asustados, los discípulos se habían reunido en rebaño inerte; sin oponerse con la violencia a aquel golpe de fuerza, entorpecían a todo el mundo y se entorpecían a sí mismos; muy pocos se atrevieron a marchar y obrar por sí, sin aconsejarse de los otros. Entre los apretones, a Pedro le costó trabajo sacar la espada de la vaina; hubiérase dicho que había perdido todas sus fuerzas; con golpe torpe y mal asestado, dejó caer la espada sobre la cabeza de uno de los servidores del templo. Pero no le hizo ningún daño. Jesús, que vió la escena, ordenó a Simón que tirase la espada inútil; cayó al suelo, y se comprendía que había perdido tan por completo todo poder de herir o de matar, que a nadie se le ocurrió recogerla. La olvidaron y la pisaron; pa-

sado mucho tiempo, la encontraron unos niños en el mismo sitio y la cogieron para jugar.

La cohorte dispersó a los discípulos; pero éstos, sin ver ni oír nada, se reunieron de nuevo alrededor del grupo, cuyo centro era Jesús. Persistieron en esta actitud equívoca hasta que se apoderó de los soldados una ira despreciadora. Uno de ellos se dirigió frunciendo el ceño a Juan, que protestaba; otro, sacudiendo bruscamente el hombro, sobre el que se había posado la mano de Tomás, blandió un enorme puño bajo los ojos francos y transparentes del Apóstol, que trataba de persuadirle no se sabe de qué. Y Juan huyó, y Tomás y Santiago huyeron, y todos los discípulos huyeron igualmente, abandonando a Jesús. Perdiendo sus capas, tropezando en las piedras, cayendo, levantándose, corrieron a la montaña, acosados por el miedo; y en el silencio de la noche de luna, la tierra temblaba bajo las pisadas. Un desconocido, que acababa sin duda de tirarse de la cama, porque no le cubría más que una manta, se mezclaba con curiosidad entre la turba de soldados y servidores. Pero cuando quisieron detenerle y le echaron mano, dió un grito de espanto y huyó como los otros, dejando la manta en manos de los guerreros. Corrió así, completamente desnudo, dando saltos, y su cuerpo blanco tomaba bajo la claridad lunar actitudes estrambóticas.

XIV

Cuando se hubieron llevado a Jesús, Pedro, que se había ocultado detrás de los árboles, salió de su escondite y siguió a su Maestro de lejos. Al ver delante de él a otro hombre que iba silencioso, creyó que era Juan y le llamó.

—¿Eres tú, Juan?

—¡Eres tú, Pedro!—contestó el interpelado, y Simón reconoció la voz del traidor.—¿Por qué no has huído con los otros?

El Apóstol se paró, y exclamó con asco:

—¡Aléjate de mí, Satanás!

Judas se echó a reír y, sin hacer caso del discípulo, se fué hacia donde lucían las antorchas humeantes, y en donde el ruido de las armas se mezclaba con el rumor rítmico de los pasos. Pedro le siguió con precaución; los dos hombres entraron casi a un tiempo en el patio del Pontífice y se mezclaron con los criados que se calentaban alrededor de los braseros. Judas extendió hacia el fuego sus manos huesudas, y oyó detrás de él a Pedro, que decía en voz alta:

—No, no le conozco.

Pero insistieron sin duda, afirmaron que era de los discípulos de Jesús, porque Pedro repitió en tono más elevado:

—No sé lo que decís.

Sin volverse, Judas sonrió y, moviendo la cabeza, murmuró irónico:

—Bien, bien, Pedro. No cedas a nadie tu puesto al lado de Jesús.

Y no vió al Apóstol, que salía espantado del patio para no volver. Y desde aquella noche hasta los momentos mismos de la muerte de Jesús, observó Judas que ninguno de los Apóstoles volvió al lado del Maestro. Y en medio de toda la multitud, estaban solos los dos, inseparables hasta la muerte, unidos por el mismo sufrimiento. El que había sido entregado al oprobio y al tormento y el que le había entregado. Como dos hermanos, el traicionado y el traidor bebían en la misma copa de dolores, y el líquido de fuego quemaba igualmente los labios puros y los labios impuros.

Los ojos del Iscariote se fijaban en la llama del brasero; una sensación de calor le llegaba de sus pupilas; tendía hacia el fuego sus largas manos inquietas; disforme en la confusión de brazos y de piernas, producida por el fuego tembloroso de las sombras y la luz, Judas, con voz ronca, se quejaba:

—¡Qué frío hace, Dios mío, qué frío!

Así, sin duda, cuando los pescadores se embarcan, dejando en la orilla una hoguera que se apaga, emerge alguna forma de la sombría profundidad del mar, se arrastra hacia la

llama, la contempla fijamente y extiende hacia ella sus miembros, quejándose con voz ronca.

—¡Qué frío hace, Dios mío, que frío!

De repente, Judas oyó a su espalda una explosión de gritos, de risas y de voces sonoras en que se percibía el eco de una malignidad soñolienta, brutal y rutinaria; azotaba a un cuerpo despojado de vestiduras. Volvióse, y sus huesos y todo su cuerpo sintieron también un dolor agudo; ¡estaban pegando a Jesús!

¡Ah!

Vió a los soldados llevarse al Maestro al cuerpo de guardia. La noche pasaba; los fuegos se apagaban y se cubrían de cenizas, y los gritos sordos, las injurias y las risas continuaban saliendo del cuarto adonde habían conducido al Nazareno. Seguíanle pegando. Enloquecido, el Iscariote corría con agilidad alrededor del patio desierto; de pronto, interrumpió su carrera, alzó la cabeza, volvió a correr, tropezando con los braseros y las paredes con aire de asombro. Luego se pegó a la pared del cuerpo de guardia, se estiró, aplicó su ojo a la ventana, a las rendijas de la puerta, y trató de ver lo que pasaba en el interior. Entrevió una habitación estrecha y ahumada, sucia como todos los cuerpos de guardia del mundo, con el piso lleno de salivazos, las paredes manchadas. Judas vió al que pegaban. Pegábanle en el rostro, en la cabeza; lanzábanle de un extremo a otro de la estancia, como un fardo sin consistencia; y como Jesús no gritaba ni se resentía, parecía, en efecto, cuando se le había observado con atención unos minutos, que no era un sér viviente, sino un muñeco sin huesos ni sangre. A veces, el muñeco se doblaba, y cuando caía de cabeza en las losas, no se tenía la impresión del choque de un cuerpo duro, sino la de un contacto blando e inofensivo. Y cuando se miraba largo rato, parecía, a la verdad, que no se trataba más que de un juego raro y prolongado; a veces, la ilusión era casi completa. Tras un golpe violento, el hombre o el muñeco caía, describiendo una curva regular, en las rodillas de un sol-

dado sentado; éste a su vez lanzaba el juguete que giraba y caía sobre otro soldado, y así sucesivamente. Los hombres se reían ruidosamente, y Judas gesticulaba como si una poderosa mano de hierro le hubiese abierto a la fuerza la boca.

La noche se deslizaba, y las hogueras se consumían en la ceniza. El Iscariote se separó de la pared y fué lentamente hacia una de aquéllas; vió algunos carbones ardiendo, los amontonó y, aunque ya no sintiese frío, tendió hacia el calor sus manos un poco temblorosas. Y murmuró con desesperación:

—¡Ah! Esto hace daño, mucho daño, hijo mío, mi querido hijo. Hace daño, mucho daño.

Se volvió casi en seguida hacia la ventana, que brillaba como una mancha amarillenta bajo su espeso enrejado, y de nuevo se puso a observar cómo pegaban a Jesús. Al azar de una caída, las alteradas facciones, ya completamente desfiguradas, del Maestro, y su pelo enmarañado, pasaron ante los ojos de Judas. Una mano cogió aquel pelo, hizo vacilar al Hombre y, moviéndole la cabeza a uno y otro lado, le frotó el rostro en el piso lleno de salivazos.

Frente a la ventana dormía un soldado, y su boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos y brillantes; una espalda ancha, rematada por un cuello desnudo, se puso ante la reja, y Judas ya no vió nada. De pronto, se hizo el silencio.

—¿Qué hay? ¿Por qué se callan? ¿Habrían tal vez adivinado?

En un segundo, la cabeza de Judas se llenó de clamores, de rugidos, de mil pensamientos furiosos. ¿Habían adivinado? ¿Habían comprendido que tenían ante ellos el hombre mejor de la tierra? ¡Era esto tan sencillo, tan evidente! ¿Qué pasaba ahora en el cuerpo de guardia? Los soldados se habían arrodillado y lloraban dulcemente, besándole los pies. Jesús iba a salir, y sus perseguidores irían tras Él sumisos; iba a venir hacia Judas. Saldría vencedor, héroe, dueño de la verdad, Dios...

—¿Quién engaña a Judas? ¿Quién tiene razón?

Pero no. Los gritos y el tumulto volvían. Pegaban de nuevo a Jesús. No habían comprendido, no habían adivinado; le golpeaban con más fuerza, con mayor encarnizamiento. Los braseros acababan de consumirse, cubriéndose de cenizas; y el humo que despedían era tan transparente y tan azul como el aire, y el cielo era diáfano como la bruma. Amanecía.

—¿Qué es el día?—se preguntó Judas.

Todo se inflamó, todo brilló, como rejuvenecido, y el humo ya no era azul, sino que subía rosado. El sol aparecía.

—¿Qué es el sol?—se preguntó Judas.

XV

Señalábase al judío con el dedo, y las gentes decían, unas con odio, otras con horror:

—Mirad: he ahí Judas el traidor.

Era el principio del infamante renombre que para siempre le había de quedar. Pasarían miles de años, los pueblos reemplazarían a los pueblos, pero las palabras pronunciadas con espanto y reprobación por los buenos y los malos continuarían resonando bajo el cielo:

—Judas el traidor... Judas el traidor.

Él oía con indiferencia todo lo que se decía de él; absorbíale una curiosidad ardiente y dominante. Por la mañana, cuando sacaron del cuerpo de guardia al Nazareno maltratado, el Iscariote le siguió y, cosa rara, no experimentaba ni ansiedad, ni dolor, ni alegría, sino solamente el invencible deseo de verlo y oírlo todo. No había dormido en toda la noche, y, sin embargo, se sentía los miembros ligeros. Cuando le entorpecían el paso, cuando la multitud le zarandeaba, abríase camino a codazos, y avanzaba a primera fila; su mirada no estaba quieta un minuto. A fin de no perder una sola palabra del interrogatorio de Jesús por Caifás, se puso una mano detrás de la oreja, y de vez en cuando meneaba la cabeza con signos de aprobación, y decía:

—Muy bien, muy bien. ¿Oyes, Jesús?

Pero no era libre; era una mosca atada a un hilo, que zumba y revuela aquí y allá, pero a la que no deja un segundo el hijo, dócil y obstinado. Pensamientos abrumadores como piedras aplastaban la nuca de Judas y no le dejaban. Parecía no saber lo que eran aquellos pensamientos; no quería atenderlos, pero los sentía sin descanso. Y a veces se ponían a triturarle con todo su incomprensible peso. Y era como si la bóveda de una caverna rocosa hubiera lentamente descendido sobre la cabeza del Iscariote. Entonces se llevaba la mano al corazón, se esforzaba en moverse, como si estuviera transido de frío, y se apresuraba a mirar a otro lado, sin poder fijar los ojos en ninguna parte. Cuando Jesús salió de casa de Caifás, el Iscariote, muy próximo a él, se encontró con su mirada cansada, y, sin darse cuenta de ello, movió amistosamente la cabeza varias veces:

—Aquí estoy, hijo mío, aquí estoy—murmuró precipitadamente, y empujó con cólera a un hombre que le cortaba el paso. Ahora, la muchedumbre alborotada se dirigía a casa de Pilatos, donde se celebraba el último interrogatorio y el juicio. Judas examinaba con insoportable curiosidad la cara de los curiosos que acudían de todas partes. Muchos eran completamente desconocidos por el Iscariote; no los había visto nunca; pero vió otros de los que habían gritado «Hosanna», al paso de Jesús; y el número de ellos crecía a cada paso.

«Así es, así es», pensó muy de prisa Judas, y tuvo un mareo como si hubiese bebido vino. «Todo ha concluído. Esos van a empezar a gritar: «Jesús es nuestro, ¿qué hacéis?...» «Todo el mundo comprenderá y...»

Pero los creyentes marchaban indiferentes, al parecer. Unos fingían sonreír, como si el acontecimiento no les concerniese; otros murmuraban, en tono tímido y contenido, no se sabe qué; sus débiles voces se ahogaban entre el rumor de los movimientos, entre las exclamaciones furiosas de los enemigos de Jesús. Y Judas se sintió de nuevo ligero. Pero, de pronto,

vió, no lejos de allí, a Tomás, que se acercaba con precaución; tras unos instantes de reflexión, dió un paso hacia él. Tomás, a la vista del traidor, tuvo miedo y quiso esconderse; pero Judas le alcanzó en el fondo de una calleja estrecha y sucia.

—Tomás, espérame.

El Apóstol se paró, y, avanzando sus dos manos, pronunció con tono solemne:

—¡Vete de mí, Satanás!

El Iscariote hizo un gesto de impaciencia.

—¡Qué tonto eres, Tomás! Te creía más inteligente que los otros. Satanás, Satanás... Habría que empezar por probarlo.

Tomás dejó caer los brazos, y preguntó con asombro:

—¿No eres tú el que ha entregado al Maestro? Yo mismo te he visto traer la cohorte y señalar a Jesús. Si eso no es traición, ¿qué es lo que tendría este nombre?

—Otra cosa, otra cosa—contestó con viveza Judas.—Oye, sois numerosos aquí; es preciso que os reunáis todos y gritéis en alta voz: «¡Devolvednos a Jesús! ¡Es nuestro!» No se atreverán a negároslo. Comprenderán tal vez que...

—¿Qué estás diciendo?—interrumpió Tomás, gesticulando.—¿Ignoras la cantidad de soldados armados y de servidores del templo reunidos aquí? Y, además, todavía no se ha celebrado el juicio, y no debemos entorpecer el curso de la justicia. ¿Cómo no han de comprender que Jesús es inocente? Sin duda, van a ponerle inmediatamente en libertad.

—¿Te parece así?—dijo Judas con aire pensativo.—¿Y si fuera verdad, Tomás? ¿Qué sucedería entonces? ¿Quién engañaría a Judas?

—Hemos discutido toda la noche y hemos llegado a la certidumbre de que el tribunal no puede condenar a un inocente. Y si le condena...

—¿Qué?—insistió Judas.

—... No sería un tribunal. Y los jueces serán severamente castigados el día que tengan que dar cuenta de sus actos ante el Juez supremo...

—¡Ante el Juez supremo! ¡Otro Juez supremo!—dijo irónico el Iscariote.

—Y nosotros te hemos maldecido todos; pero, puesto que pretendes que no eres el traidor, opino que sería preciso juzgarte...

Sin escuchar el fin, Judas dió bruscamente media vuelta y echó a correr a toda velocidad por la calleja, en pos de la muchedumbre que se alejaba. Pero pronto acortó el paso, pensando que las gentes que marchan en rebaño apretado no van de prisa; un hombre solo como él debía de alcanzarlas fácilmente.

XVI

Cuando Pilatos hizo salir á Jesús de su palacio y le puso ante el pueblo, Judas estaba pegado a una columna; parecía mirar la espalda maciza de los soldados; alargaba el cuello con cólera y trataba de ver lo que pasaba, entre dos cascos brillantes. Sintió de pronto, muy claramente, que todo había concluído. Bajo el sol, mucho más alto que las cabezas de la multitud, vió a Jesús, pálido y ensangrentado, en la cabeza una corona de espinas, cuyas puntas le penetraban en la frente. Estaba de pie, al borde de una eminencia pequeña; se le distinguía por completo, desde la cabeza serena hasta los pies pequeños y atezados. Esperaba con tal calma, estaba tan luminoso en su pureza y su inocencia, que sólo un ciego incapaz de adivinar el sol no lo viera; sólo un loco no lo hubiese comprendido. Y la multitud se callaba; el silencio era tal, que Judas oía respirar al soldado que tenía delante; sus aspiraciones hacían rechinar la correa que llevaba al cuerpo.

—¡Así es! Todo ha concluído. Van a comprender—pensaba Judas; y de pronto, algo raro, algo que se parecía a la sensación fulminante que se experimentaba al caer de una montaña infinitamente elevada, en un abismo abierto y azul, paralizó los latidos del corazón del Iscariote.

Los labios de Pilatos, con una mueca desdeñosa, dirigieron a la multitud palabras breves y secas, como se tira un hueso a un perro hambriento a fin de engañar su sed de sangre fresca, su hambre de carne viva y palpitante.

—Me habéis traído a este hombre diciendo que excitaba al pueblo a la rebelión; y he aquí que le he interrogado delante de vosotros y no le he hallado culpable de nada de lo que le acusáis.

Judas cerró los ojos. Esperó.

Y toda la muchedumbre se puso a clamar, a rugir; resonaron miles de voces bestiales:

—¡Que muera! ¡Crucifícale, crucifícale!

Y como si se escarneciera a sí misma, como si quisiera hastiarse de una vez de la infinita vergüenza de su caída y su demencia, la multitud continuaba vociferando con sus miles de brutales voces:

—¡Danos a Barrabás! ¡Crucifica al Nazareno!... ¡Crucifícale!

Pero el romano no había pronunciado aún la palabra decisiva; en su altanero rostro dibujábanse muecas de repugnancia y de ira. ¡Comprende! ¡Ha comprendido! Habla en voz baja a sus servidores; pero el rugido de la multitud cubre el eco de su voz. ¿Qué dice? ¿Les da orden de sacar sus espadas y atacar a aquellos insensatos?

—Traedme agua.

—¿Agua? ¿Qué agua? ¿Para qué?

Se lava las manos. ¿Por qué se lava sus manos blancas, limpias y resplandecientes de sortijas? Las levanta, y con irritación contenida grita a la multitud congregada, que se calla y se asombra:

—Soy inocente de la sangre de este justo. Allá, vosotros.

El agua gotea de sus dedos y cae al piso; de pronto, algo blando viene a ponerse a los pies de Pilatos; unos labios delgados y ardorosos le besan la mano, que procura sustraerse; los labios se pegan a los dedos como tentáculos que chuparan

la sangre, muerden casi. El gobernador, lleno de repugnancia y de espanto, mira y ve un cuerpo que se contorsiona, una cabeza desigual y dos ojos inmensos, extrañamente distintos; diríase que no es un sér que se le agarra a los pies y a las manos, sino una verdadera multitud. Pilatos oye.

—Tú eres sabio... Tú eres noble... Tú eres sabio... sabio...

Y llamea una alegría tan verdaderamente satánica en la cara del Iscariote, que el otro le rechazara con el pie con una exclamación de terror. Judas cae hacia atrás; yace en las losas como un demonio derribado; tiende todavía la mano hacia Pilatos, que se aleja, y murmura con voz de amante apasionadamente prendado:

—Tú eres sabio. Tú eres sabio. Tú eres noble.

Luego se levanta ligeramente y se va, entre las risas de los soldados. Porque no ha terminado todo aún. Cuando vean la cruz, cuando vean los clavos, comprenderán tal vez, ¿y entonces?... Judas ve pasar a Tomás, lívido y convulso; mueve la cabeza para tranquilizarle, y sigue a Jesús camino del suplicio. La marcha es penosa, los cantos ruedan bajo los pies del Iscariote, y nota de pronto que está cansado. No se preocupa más que de una cosa: de no hacerse daño; mira vagamente a uno y otro lado, entrevé a María de Magdala, que llora, y con ella otras mujeres lacrimosas; con el pelo en desorden, con los ojos encarnados, la boca entreabierta, se entregan a la infinita tristeza que la tierna alma femenina siente ante el crimen triunfante. Judas se anima de pronto, y, aprovechando un momento favorable, se acerca a Jesús:

—Estoy contigo—murmura precipitadamente.

Los soldados le apartan con un palo; se agacha para no recibirle, enseña los dientes, e inclinado hacia Cristo, añade muy de prisa:

—Voy contigo... allí. Allí, ¿comprendes?

Enjuga la sangre que corre por el rostro de Jesús, y amenaza con el puño a un soldado que se vuelve riendo para enseñárselo a los otros. Busca a Tomás, sin saber por qué; pero no

le encuentra en la comitiva, ni a él, ni a ninguno de los apóstoles. El Iscariote vuelve a sentir cansancio; anda pesadamente, y examina con atención las piedrecillas puntiagudas y blancas que ruedan bajo sus pies.

XVII

... Levantaron el martillo para clavar en la madera la mano izquierda de Jesús. Al verlo Judas, cerró los ojos y quedó sin ver, sin respirar, sin vivir; no hacía más que escuchar. Pero el hierro chirrió al chocar con el hierro; sucediéronse golpes breves y sordos; veíase cómo el clavo puntiagudo penetraba en la madera, cuyas fibras abría...

Estaba clavada una mano. No era tarde todavía.

Clavaron la otra mano. No era tarde aún.

En seguida un pie, luego el otro. ¿Había concluído todo verdaderamente? Judas abre los ojos con vacilación, ve la cruz que se alza y que se planta en un agujero. Ve contraerse dolorosamente y tenderse los brazos de Jesús; ve agrandarse sus llagas; el vientre deshinchado se sube a las costillas; los brazos se estiran y se alargan; se ponen delgados y blancos; se desarticulan por los hombros; bajo los clavos, las heridas enrojecen, se abren, van a desprenderse... No, se detienen. Todo se pára. Sólo los flancos se mueven, agitados por una respiración corta y profunda.

La cruz surge de la oscuridad misma de la tierra, y en ella Jesús está crucificado. El espanto y los sueños de Judas se han realizado. Se yergue, se había arrodillado inconscientemente, y mira con frialdad alrededor. Así mira un vencedor bárbaro que ha decidido en su corazón entregar todo a la destrucción y a la muerte, y que abarca en una suprema ojeada la ciudad extranjera y rica todavía viva, todavía rumorosa, pero sobre la que la mano helada de la muerte extiende ya su pujanza. Y este triunfo vacila espantosamente.

¿Y si fueran a comprender? Todavía era tiempo, Jesús vivía aún. Sus ojos tenían una mirada tan implorante, tan dolorosa...

Aquella sutil catarata que empañaba los ojos de los presentes, tan fina, que parecía no existir, ¿quién podría impedir que se desprendiese? ¿Si el pueblo comprendiera de repente? ¿Si de repente, en una masa imponente de mujeres, de hombres y de niños, fueran a avanzar a barrer los soldados, a ahogarles en sangre hasta las orejas; si fueran a arrancar la cruz maldita; si las manos de los que allí estaban fuesen a alzar muy alto, por encima de las tinieblas de la tierra, a Jesús libertado? ¡Hosanna! ¡Hosanna!

¿Hosanna? No; Judas hará mejor en tumbarse en el suelo. No; más valdrá que se pegue a la tierra y, castañeteando los dientes como un perro, observará y esperará que los otros se levanten. Pero, ¿qué perturbación se produce en el tiempo? Unas veces, se detiene casi por completo, y se sienten deseos de empujarle con la mano, de darle puntapiés o latigazos, como a un asno perezoso; otras veces, se precipita locamente desde lo alto de una montaña, así parece, y los instantes que se agolpan cortan la respiración y las manos buscan en vano un apoyo. María de Magdala llora. La madre de Jesús llora también. ¡Qué importa! Sus lágrimas, las lágrimas de todas las madres, las lágrimas de todas las mujeres del mundo entero, ¿tienen importancia en este momento?

«¿Qué son las lágrimas?» se preguntaba Judas, y quisiera empujar furiosamente al tiempo que resiste; quisiera pegarle, le maldice como a un esclavo. El tiempo es de otro, por esto es tan indócil. ¡Ah! ¡Si perteneciera a Judas!; pero pertenece a todas esas gentes que lloran, que ríen, que charlan en la plaza del mercado. El tiempo pertenece al sol; pertenece a la cruz y al corazón de Jesús, que muere tan lentamente.

¡Qué corazón tan vil es el de Judas! Le aprieta con su mano, le estruja y grita: «Hosanna», tan fuerte, que todo el mundo va a oírle. Judas le comprime contra el suelo y continúa gritando:

«Hosanna, hosanna», como un sacrílego que revelara al público callejero los sagrados misterios... ¡Cállate, cállate!

De repente se oyen llantos y sollozos, lamentos desgarradores; precipítanse apresuradamente hacia la cruz. ¿Qué hay? ¿Han comprendido?

No; es que muere Jesús. ¿Puede ser esto verdad? Sí, Jesús muere. Las manos pálidas están inmóviles; pero breves estremecimientos recorren las piernas, el pecho, la cara. ¿Y es esto posible? Sí, muere. La respiración se acorta. Se detiene. No. Un suspiro más. Jesús está aún en la tierra. ¿Está todavía? No. No. No. Jesús ha muerto.

Todo se ha consumado. ¡Hosanna, hosanna!...

.....

Los espantosos sueños se han realizado. El hombre de Kerioth tiene la victoria. ¿Quién se la arrancará ahora? Todo se ha consumado. Que los pueblos, que todos los pueblos de la tierra se reúnan en el Gólgota, que millones de bocas clamen: «¡Hosanna, hosanna!»; que se derrame al pie del Calvario un mar de sangre y de lágrimas, ¡qué importa!, no se encontrará más que la cruz infame y Jesús muerto.

Impasible, Judas examina el cadáver; su mirada se fija un instante en la mejilla que ayer rozó con un beso de despedida. Luego se va lentamente. El tiempo le pertenece ahora por entero, y Judas anda sin detenerse. También toda la tierra le pertenece, y anda con firmeza, como un soberano, como un emperador, como un hombre que está infinitamente y alegremente sólo en este mundo. Ve a la madre de Jesús, y le dice con rudeza:

—¿Lloras, madre? Llora, llora; las madres de toda la tierra mezclarán sus lágrimas con las tuyas... hasta el día en que volvamos, Jesús y yo, para aniquilar la muerte.

¿Está loco este traidor, o se burla? Pero tiene al aspecto grave y severo, y sus ojos están tranquilos ahora. Se pára y contempla con fría atención la tierra, que es toda nueva, toda pequeña. Se ha hecho pequeña y la siente toda entera bajo sus

pies; mira las colinas enrojecidas vagamente por los últimos rayos del sol. Siente las montañas bajo sus pies. Alza los ojos al cielo, que tiende abierta su cúpula azul; mira el redondo sol, que se esfuerza en vano en quemar y cegar, y siente bajo sus pies al cielo y al sol. Infinitamente y alegremente solo, experimenta con orgullo la impotencia de todas las fuerzas que obran en el mundo y las precipita todas al abismo.

Y sigue adelante con el mismo paso tranquilo y acompasado. Y el tiempo ni avanza ni retrocede; dócilmente, con la misma marcha que el traidor, progresa con toda su invisible y enorme masa.

Todo se ha consumado.

XVIII

Con incesantes saludos, sonriendo a todos con aire astuto, Judas de Kerioth, el Traidor, se presentó ante el Sanedrín. Era por el medio día, al día siguiente en que Jesús fue crucificado. Los jueces y los que mataron al Nazareno estaban todos allí, el anciano Anás y sus hijos, imágenes fieles y repugnantes del padre, y su yerno Caifás, a quien consumía la ambición, y todos los otros miembros del Sanedrín, que sustraen sus nombres a la memoria humana; ricos y eminentes saduceos, orgullosos de su poder y de su conocimiento de la ley.

Recibieron al traidor silenciosamente y, como si no hubiese entrado nadie, sus rostros altaneros no hicieron el menor gesto. Hasta el más humilde, el más insignificante de ellos y que los otros ignoraban, alzó su cara de pájaro y miró al vacío como si no hubiera pasado nada de particular. Judas saludó, siguió saludando y los miembros del Sanedrín seguían callados; parecía verdaderamente que no era un sér humano el que acababa de entrar, sino sencillamente un insecto impuro que se arrastraba ante ellos. Judas de Kerioth no era hombre que se turbase; el tribunal guardaba silencio, y él se decía que si era preciso saludaría hasta la noche.

Por fin, Caifás impacientado, preguntó:

—¿Qué quieres?

Judas se inclinó una vez más y declaró con modestia:

—Soy yo, Judas de Kerioth, el que os ha entregado a Jesús de Nazareth.

—¿Y qué? Ya recibiste tu paga. Vete—ordenó Anás.

Como si no hubiese oído, Judas continuó saludando. Y Caifás, señalándole con la mirada, preguntó a Anás:

—¿Cuánto le diste?

—Treinta monedas de plata.

Caifás sonrió; Anás sonrió también, y por todos los altivos rostros se deslizó como una onda una alegre sonrisa; el que tenía cabeza de pájaro se echó a reír también. Judas palideció visiblemente, y dijo muy de prisa:

—Sí, sí, es muy poco; pero Judas no está descontento, Judas no se queja de haber sido despojado. Está satisfecho. ¿No ha servido a una causa santa? Sí, una causa santa. ¿Y los más sabios no escuchan ahora a Judas, no se dicen: «Es de los nuestros Judas Iscariote, es nuestro hermano y nuestro amigo Judas el Traidor»? ¿No quería Anás arrodillarse y besar la mano de Judas? Pero Judas no se la dará, porque tiene miedo de ser mordido; es cobarde.

Caifás dijo:

—Echad a este perro. ¿Qué está ladrando?

—Vete de aquí. No tenemos tiempo de oír tu charla—declaró Anás con indiferencia.

Judas se irguió y cerró los ojos. El papel de embustero y falaz que había desempeñado con tanta facilidad durante toda su vida, le era de pronto una carga insoportable; con un movimiento de cejas lo rechazó. Cuando miró de nuevo a Anás, su mirada era sencilla, franca y terrible en su rectitud, desprovista de artificio. Los presentes no percibieron al pronto este cambio.

—¿Quieres que te echen a palos?—gritó Caifás.

Ahogándose bajo el peso de los terribles pensamientos que

cada vez elevaba más en alto para arrojarlos como desde una cumbre sobre la cabeza de los jueces, el Iscariote replicó con voz ronca:

—¿Sabéis... decid, sabéis bien quién era el que habéis condenado y crucificado ayer?

—Lo sabemos. Vete.

Con una sola palabra iba a desgarrar la ligera venda que velaba los ojos, y toda la tierra iba a estremecerse bajo el peso de la implacable verdad. Aquellas gentes tenían un alma, iban a perderla; tenían vida, iban a morir; gozaban de la luz, iban a envolverlos las tinieblas eternas y el espanto. ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Y he aquí las palabras terribles que desgarraron su garganta:

—No era un impostor. Era inocente y puro. ¿Oís? Judas os ha engañado; os ha entregado un inocente.

Esperó. Y oyó la voz impasible y senil de Anás que replicaba:

—¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—Creo que no me habéis comprendido—insistió Judas con dignidad y palideciendo más.—Judas os ha engañado. Jesús era inocente. Habéis matado a un inocente.

El que tenía cara de pájaro, sonrió. Pero Anás permaneció glacial; se enjugaba el rostro y bostezó; Caifás bostezó también, y dijo con voz cansada:

—¡Y se atreven a hablar de la inteligencia de Judas Iscariote! Es un imbécil, un imbécil muy fastidioso también, sencillamente.

—¿Cómo?—exclamó Judas, invadido de sombrío furor.—¿Pero es que sois vosotros los inteligentes? Judas os ha engañado, ¿no? No ha traicionado a Jesús, sino que os ha entregado a vosotros, los sabios, los poderosos, a muerte infame, a muerte eterna. ¡Treinta dineros! ¡Sí! Ese es el precio de vuestra sangre, de vuestra sangre impura como el agua sucia que las mujeres vierten en la calle a la puerta de su casa. ¡Ah!

Sumo sacerdote, viejo Anás insensato, pozo de ciencia, ¿por qué no diste una moneda, un óbolo más? Porque a ese precio serás tasado por toda la eternidad.

—¡Fuera de aquí!—rugió Caifás, rojo de cólera.

Con un gesto, Anás le detuvo; con la misma indiferencia, preguntó a Judas:

—¿Es eso todo?

—Si voy al desierto y grito a los animales: «Animales, ¿sabéis a qué precio han tasado los hombres a su Salvador?» ¿Qué harán? Saldrán de sus cubiles y rugirán de rabia; olvidarán su temor del hombre, vendrán a devoraros... Si digo a la mar: «Mar, ¿sabes a qué precio han tasado los hombres a su Dios?» Si digo a las montañas: «Montañas, ¿sabéis a qué precio han tasado los hombres a su Maestro?» Y la mar y las montañas abandonarán los lugares que les han sido asignados por la eternidad, rodarán hasta aquí y se desplomarán sobre vuestras cabezas...

—¡Judas quiere hacer de profeta! ¡Qué alto habla—observó con tono sarcástico el que tenía cara de pájaro, y dirigió una mirada obsequiosa a Caifás.

—... Hoy he visto el sol lívido. Miraba a la tierra con espanto, y decía: «¿Dónde está el Hombre?» Hoy he visto al escorpión; descansaba sobre una piedra y reía diciendo: «¿Dónde está el Hombre? No lo veo.» ¿Dónde está el Hombre? No lo veo, decídmelo. ¿Se habrá quedado ciego el pobre Judas de Kerioth?

Y se echó a llorar ruidosamente. En aquel momento parecía un loco; Caifás hizo un gesto desdeñoso; Anás reflexionó un instante, y declaró:

—Creo, en efecto, que no se te ha pagado bastante, Judas, y eso es lo que te trastorna. Aquí tienes más dinero; tómalo y dáselo a tus hijos.

Dejó caer algo que sonó. No se había apagado aún este sonido, cuando otro, muy semejante, lo prolongó: era Judas que arrojaba a puñados óbolos y monedas de plata a la cara del

pontífice y de los jueces. Devolvía el precio de la traición. Las monedas volaban oblicuamente como un chubasco. Caían en las caras, en la mesa, rodaban por el suelo. Algunos ancianos se protegieron la cara con las manos, que pusieron con las palmas hacia fuera; los otros, entre gritos e injurias, se apresuraron a escapar; Judas, apuntando al pontífice, tiró la última moneda, que su mano temblona hubo de buscar largamente en la bolsa. Luego escupió con furor en el suelo, y salió.

—Ya está, ya está—murmuró corriendo por las callejuelas, con gran susto de los niños.—Creo que has llorado, Judas. ¿Estaría en lo cierto Caifás al decir que Judas de Kerioth es tonto? El que llora el día de la venganza plena, el que es indigno de ella, ¿lo conoces tú, Judas? No permitas que tus ojos te engañen; no permitas que tu corazón mienta, no riegues el fuego con lágrimas, Judas de Kerioth.

XIX

Los discípulos estaban sentados, reunidos en un melancólico silencio, y prestaban oído a lo que pasaba afuera. Temían aún que la venganza de los enemigos de Cristo les alcanzase también; esperaban todos la irrupción de los soldados; tal vez habría nuevos suplicios. Mateo y María de Magdala estaban sentados a los lados de Juan, y le consolaban en voz baja; la muerte del Maestro había particularmente afectado al discípulo predilecto. María, con la cara llena de lágrimas, acariciaba con dulzura los cabellos ondulosos y suaves de Juan; Mateo pronunciaba con voz grave las palabras de Salomón:

«El que es tardo para la cólera, vale más que un héroe; y y el que es dueño de sí, es más fuerte que el que toma cuidados.»

En este momento entró Judas de Kerioth, haciendo ruido en la puerta. Todos se estremecieron sin saber quién llegaba;

pero cuando vieron las facciones odiadas y la cabeza roja, estallaron en invectivas y gritos. Pedro levantó las dos manos, y exclamó:

—Vete de aquí traidor. Vete o te mato.

Pero, cuando miraron más atentamente la cara y los ojos del Iscariote, se callaron; luego murmuraron tímidamente:

—Dejadle, dejadle. Está poseído por Satanás.

Cuando hubo silencio, Judas dijo en alta voz:

—Alegraos, pupilas de Judas de Kerioth. Acabáis de ver a los impasibles asesinos, y ahora se hallan delante de vosotros los cobardes traidores. ¿Dónde está Jesús? Os pregunto: ¿Dónde está Jesús?

Había algo autoritario en la voz ronca del hombre de Kerioth; y Tomás contestó con sumisión:

—Bien sabes tú mismo, Judas, que nuestro Maestro fue crucificado ayer tarde.

—¿Y lo habéis permitido? ¿Dónde estaba en aquel momento vuestro amor? Tú, el discípulo preferido, y tú, la piedra, ¿dónde estabais cuando vuestro Amigo fue clavado en el madero infamante?

—¿Qué podíamos hacer? Juzga tú mismo—replicó Tomás con gesto de desaliento.

—¡Ah! ¿Y eres tú el que lo pregunta?

Judas de Kerioth inclinó la cabeza, y de pronto se descompuso en anatemas:

—Cuando se ama, no se pregunta lo que hay que hacer. Se va y se obra. Se llora, se muerde, se ahoga al enemigo, se le rompen los huesos. ¡Cuando se ama! Si tu hijo se ahoga, ¿vas a la ciudad a preguntar a las gentes: «Mi hijo se ahoga, qué tengo que hacer?» ¿No te echas al agua? ¿No te ahogas al mismo tiempo que tu hijo? ¡Cuando se ama!

Pedro contestó en tono sombrío a las palabras furiosas de Judas:

—Saqué la espada, pero El me dijo que la dejase.

—¿Y le escuchaste?—exclamó irónico Judas.—Pedro, Pe-

dro, ¿cómo pudiste obedecerle? El no conocía nada de los hombres ni de la lucha.

—Quien le desobedezca, irá al fuego del infierno.

—¿Por qué no fuiste, Pedro? ¿Por qué no fuiste? ¿Qué es el fuego? ¿Qué importa si hubieras ido? ¿De qué te sirve tener un alma, si no puedes arrojarla al fuego cuando lo desees?

—¡Cállate!—exclamó Juan, levantándose.—El mismo quiso sacrificarse. Y ese sacrificio es maravilloso.

—¿Hay sacrificios maravillosos? ¿Qué dices, discípulo favorito? Cuando hay una víctima, hay también verdugos y traidores. El sacrificio es sufrimiento para uno solo y vergüenza para los demás. Traidores, traidores, ¿qué habéis hecho de la tierra? Ahora, se la mira desde arriba y desde abajo, y se ríe y se clama: «¡Mirad esa tierra en que han crucificado a Jesús!» Y se escupe en ella, como lo he hecho yo.

—Ha tomado sobre sí todos los pecados del mundo. Su sacrificio es magnífico—añadió Juan.

—No, sois vosotros los discípulos favoritos los que habéis cargado con todos los pecados del mundo. Por vosotros empieza la raza de los traidores, la estirpe de los pusilánimes y de los embusteros. ¿Qué hacéis de la tierra, ciegos? Habéis querido conducirla a su perdición; pronto besaréis la cruz en la que habéis crucificado a Jesús. Sí, sí, besaréis la cruz; Judas os lo predice.

—¡Nada de ultrajes, Iscariote!—rugió Pedro, rojo de furor.—¿Cómo hubiéramos podido matar a todos los enemigos de Cristo? ¡Eran tan numerosos!

—¡Tú también, Pedro!—exclamó Juan con ira.—¿No ves que Satanás ha entrado en él? Aléjate de nosotros, tentador. Eres una odre de mentiras. ¿Nos ordenó matar el Maestro?

—Pero ¿os prohibió morir? ¿Por qué estáis vivos cuando El ha muerto? ¿Por qué vuestros pies se mueven, por qué vuestra lengua pronuncia futilidades, por qué vuestros ojos parpadean, cuando Él está muerto, inmóvil, mudo? ¿Cómo te atreves a gritar, Judas, cuando Él se calla? ¿Preguntáis a Judas

lo que hay que hacer? Y Judas, el hermoso, el valiente Judas de Kerioth os responde: ¡morir! Debéis lanzaros al camino, coger a los soldados por los brazos, cogerles sus espadas. Habrá que ahogarlos en el mar de vuestra sangre. Habrá que morir, morir. Y su mismo Padre hubiera lanzado un clamor de espanto al veros llegar juntos.

Judas se calló, alzó un brazo y observó de repente en la mesa los restos de la comida. Grandemente sorprendido, examinó los platos con curiosidad, como si viera alimentos por primera vez en su vida, y preguntó lentamente:

—¡Cómo! ¿Habéis comido? ¿Habéis dormido también, quizá?

—He dormido—contestó brevemente Pedro, bajando la cabeza. (Sentía ya que Judas tenía el derecho de mandar.) He dormido y comido.

Tomás dijo con voz firme y resuelta:

—Todo eso es imposible, Judas, reflexiona: si hubiésemos muerto todos, ¿quién hubiera hablado de Jesús? ¿Quién hubiera llevado a los hombres su Evangelio, si todos nosotros hubiéramos muerto, Pedro, Juan y yo?

—¿Y qué es la verdad misma en boca de los traidores? ¿No se convierte en mentira? Tú no comprendes, Tomás, que ahora guardas solamente la tumba de la verdad muerta. El guardián se duerme, un ladrón llega y se lleva la verdad. ¿Me dirás dónde está? Maldito seas, Tomás. No tendrás posteridad, y serás pobre siempre; y vosotros también seáis malditos.

—¡Maldito tú, Satanás!—vociferó Juan; y Santiago y Mateo y todos los otros discípulos repitieron sus palabras. Sólo Pedro guardó silencio.

—Yo voy hacia El—dijo Judas blandiendo su mano autoritaria.—¿Quién viene con el Iscariote hacia Jesús?

—¡Yo! Yo voy a acompañarte—exclamó Pedro, y se levantó. Pero Juan y los otros discípulos le detuvieron asustados, diciendo:

—¡Insensato! ¿Has olvidado que ha entregado al Maestro en manos de los enemigos?

Pedro se golpeó fuertemente el pecho y se puso a llorar amargamente:

—¿Adónde iré, Señor? ¿Adónde iré?

XX

Hacía ya mucho tiempo que Judas, durante sus paseos solitarios, había elegido el lugar para matarse después de la muerte de Jesús. Era en la montaña, muy encima de Jerusalén; no había allí más que un solo árbol, torcido, medio seco, atormentado por el viento que le acosaba por todas partes. Tendía una de sus ramas secas hacia la ciudad santa, como para bendecirla o amenazarla, y aquella eligió Judas para atar el nudo corredizo. Pero, para llegar al árbol, el camino era largo y penoso, y el hombre de Kerioth estaba muy cansado. Los mismos guijarros puntiagudos que le habían molestado el día de la crucifixión, rodaban bajo sus pies y parecían querer rechazarle. La colina era alta, abrupta y barrida por el viento. Judas se sentaba a menudo para cobrar aliento; costábale trabajo respirar; tras él, por las anfractuosidades de las rocas, la montaña le enviaba a la espalda su soplo helado.

—¡Tú también!—exclamó en tono despreciador.—Jadeaba y movía su pesada cabeza, donde todos los pensamientos se habían ahora petrificado, luego, la erguía, guiñaba sus ojos muertos y murmuraba con furia:

—No, son demasiado injustos con Judas. ¿Me oyes, Jesús? ¿Me creerás ahora? Voy hacia ti. Acógeme bien, estoy cansado. Estoy muy cansado. Y volveremos a la tierra abrazados como dos hermanos. ¿Quieres?

Inclinaba la cabeza y abría mucho los ojos, mascullando:

—Pero tal vez, allá arriba, te irritarás también contra Judas de Kerioth. Tal vez no creerás. Y me enviarás al infierno. No importa, iré al infierno. Y en el fuego de tu infierno forjaré el hierro, forjaré el hierro y destruiré tu cielo. ¿Quieres?

¿Me creerás entonces? ¿Volverás entonces a la tierra conmigo, Jesús?

Judas llegó por fin a la cumbre de la montaña, al pie del árbol torcido. Y allí el viento empezó a atormentarle. Pero injuriado por el Iscariote, se puso a cantar dulcemente: el viento le decía adiós antes de marchar a la lejanía misteriosa.

—Está bien, está bien... Sus discípulos son... unos perros— le contestó Judas, preparando el nudo corredizo. Y como la cuerda podía engañarle y romperse, la ató de manera que colgase hacia el abismo; de suerte que, si se rompiese, se estrellaría él en las rocas. Y antes de desprenderse del suelo dando con el talón en el pie, Judas de Kerioth cuidó de prevenir una vez más a Jesús:

—Hazme buena acogida, Jesús; estoy muy cansado.

Y saltó. La cuerda se tendió, pero no cedió; el cuello de Judas se alargó y se adelgazó, sus piernas y sus brazos se cruzaron y cayeron como tiritañas húmedas, murió. Así, en dos días, Jesús de Nazareth y Judas de Kerioth, el traidor, dejaron la tierra, uno tras otro.

Durante toda la noche, el cuerpo se balanceó encima de Jerusalem, como un fruto monstruoso; y el viento le volvía la cara, unas veces a la ciudad, otras al desierto, como si quisiera que viesen alternativamente a Judas la ciudad santa y el espacio desolado. Sin embargo, de cualquier lado que virase el rostro deformado por la muerte, los ojos inyectados de sangre, idénticos ahora, como dos hermanos gemelos, miraban invariablemente al cielo.

Por la mañana, un paseante de penetrante vista descubrió en la altura el cadáver de Judas, como suspendido sobre la ciudad, y lanzó gritos de espanto. Acudieron gentes, descolgaron al ahorcado y, al saber su nombre, le echaron a un profundo barranco, en donde se pudrían gatos, caballos y otras carroñas.

Aquella misma tarde, todos los creyentes conocían el fin trágico del traidor, y al día siguiente lo sabía toda Jerusalem.

Se enteraron igualmente la Judea pedregosa y la verde Galilea; y de la mar a la otra mar que está más lejos todavía, se propagó la noticia de la muerte del traidor. No iba ni más de prisa ni más despacio que el tiempo, marchaba al mismo paso que él; y como el tiempo no tiene fin, no se dejará nunca de hablar de la traición de Judas y de su horrible muerte. Y todos, lo mismo los buenos que los malos, maldecirán su infame memoria; y entre todos los pueblos que han sido y que son, permanecerá eternamente solo, en su destino cruel, Judas de Kerioth, el traidor.

Leónidas Andreief

FIN

EL TIZIANO Y ALFONSO DE ESTE

Alfonso I, Duque de Ferrara, fue el primer príncipe italiano que ocupó al Tiziano y quien le sacó de su isla natal para introducirlo en el mundo cortesano. Los primeros datos exactos, aunque fragmentarios, sobre esta circunstancia, fueron divulgados hace años por un conocedor profundo de la vida de aquel coloso de la pintura italiana, el Conde JOSE CAMPORI, a quien también se deben datos decisivos sobre algunas de las obras más valiosas y ponderadas del maestro de Cadora. *Las Bacanales* ferraresas, que en otro tiempo, juntamente con las esculturas de Antonio Lombardi, constituían el orgullo de la «cámara de alabastro» de Alfonso, se trocarían hoy de buen grado por un Olimpo de alegres diosas griegas de años posteriores. La *Fiesta de Venus*, sin igual entre las palingenesias de asunto antiguo, dejó agotada toda una clase de arte neo-helénico, los cuadros de amores y niños, para los pintores de tiempos sucesivos. El artista mismo pareció maravillado y sorprendido de lo feliz de esta idea, de esta intuición. El cuadro filostrático se lo había sugerido, aunque iletrado, el propio Duque Alfonso, que le suministró una figura abocetada para el mismo. Tiziano confesó que aquella vez su triunfo habíase debido por completo a la idea a la cual el Duque infundió el alma y él revistió de cuerpo. Añadió el artista (que, por lo que se ve, estaba en camino de ser un cortesano) que se había confirmado

una vez más en su opinión de que los pintores debían la grandeza de su arte, por lo general y casi siempre, a la ayuda de los grandes príncipes, que sabían indicarles lo que habían de hacer, con inteligente inventiva (1).

Desde 1516 hasta la muerte del Duque, fue muchas veces el Tiziano huésped en el palacio de Ferrara. El Castellano gustaba del trato con los técnicos, artistas y artesanos, no sin suscitar así el enojo de los palaciegos, que pagaban ese desprecio de la etiqueta con el menosprecio a su persona, que alguna vez estuvo a punto de serle funesto. No era siempre cosa fácil tratar con este cabeza dura, con este extraño amigo del arte que, armado de herramientas, se ejercitaba, y no sin fruto, en romper sólidos muros y columnas, así como en tornear y pintar ánforas de barro. Era un rudo señor, activo y apasionado, que no toleraba se le contradijese ni se le obedeciese a medias; bien que en lo tocante a los intereses del Estado fuese como pocos dueño de sí mismo, firme en la desgracia y comedido en la fortuna. No era en modo alguno un tirano. Sólo a disgusto apretaba los tornillos de los impuestos; y una vez se le vió mandar fundir su plata y comer satisfecho en vajilla de barro.

Prescindiendo del tono cortesano, había algo de verdad en las palabras del Tiziano cuando afirmaba pertenecerle en cuerpo y alma. A este propósito podría citarse otra creación, cuyo motivo le inspiró también el Duque, y que por la importancia, nobleza y finura de expresión y forma, así como por su tierna ejecución, es de todas sus obras la que da más alta idea de la elevada categoría artística del Tiziano (2).

---

(1) Quale ingeniosissime li ordinaveno. Campori: *Nuova Antologia*, 1874. Este pasaje se aplica generalmente a *La Bacanal* de Madrid y a la *figurina bozata* sobre la bacante adormecida del primer término, que debe estar tomada de un antiguo relieve. Pero las palabras del Tiziano se acomodan mejor a un tema nuevo, como la fiesta de los niños que a aquella *Fête champêtre*, que sólo era una variante de la tabla de Bellini, en la que también hay una figura durmiente.

(2) Scanelli, en el *Microcosmo*, pág. 223, cita *El tributo al César* como

El *Tributo al César* sirvió de ilustración a la sentencia que llevaban grabada las monedas de oro de Alfonso. La frase «Quod est Caesaris Caesari quod est Dei Deo» era, en efecto, el texto que este jefe de la antigua casa güelfa de los Este podía alegar mejor como protesta y apología a un tiempo, de su lucha con tres representantes de Cristo, por la conservación de sus ciudades y de su dinastía; y ese texto venía a ser su «pallium» y «palladium». Gobernaba Ferrara, como vicario de la Iglesia, Módena, Reggio y Este, como vasallo del Emperador. Como yerno de Alejandro VI, érale odioso a Julio II, que si le hizo «gonfaloniero» de la Iglesia, le expulsó después de Módena y Reggio, para dar estas ciudades a Maximiliano, a quien se las compró después León X, en cuya coronación había llevado el Duque la sagrada bandera. Amenazado y despojado por los sucesores de Pedro, logró salvar al cabo sus Estados, gracias al apoyo del Emperador (1).

¡Cuán poco significa lo que más tarde el anciano maestro, colmado de gloria y honores (no tanto de oro), envió a su admirador Felipe II, comparado con lo que en aquel tiempo produjo en tal cantidad para el modesto Duque de Ferrara! No hay razón para poner en duda lo que afirman Vasari y Ridolfi; es decir, que el *Tributo al César* lo pintó el Tiziano para Alfonso, tanto más, cuanto que es posterior a 1514 (como dice Vasari, aunque más exacto sería señalar el 1516 como el año de su primera visita a Ferrara). Lo primoroso de la ejecución, que no tiene, sin embargo, nada de común con Jan van Eyck ni Durero (hasta se podría ver en ello la antítesis), se explica por la especial importancia que su protector daba al asunto, y más aún por el valor interno de su concepción. Delicadeza en el de-

---

prueba de «quanto siano valevoli per la buona operatione... gl'impulsi di compiacere al gusto de piu degni Principi, y cui comandi nei soggetti ordinari operano eccessi, e negli straordinarii miracoli».

(1) JOVIUS observa irónico: «Ut gloriosam triplicis triumphi lauream, si de sacrosancto hoste triumphare fas foret, meruisse dici possit.» Elog. L. VI. Basel, 1559; 309.

talle la tuvo siempre el Tiziano; se la encuentra en el retrato de la Duquesa Leonor (1537), y aun en 1545 causó el asombro de sus amigos con el retrato de Morosini, ejecutado en estilo «miniaturesco» (ARETINO = Lettere III, 161). Por su factura se aviene en un todo este cuadro al carácter de las tablas que se agrupan en torno a la Asunta. ¿A qué suponer un momento de evolución para cada rasgo especial de la obra de arte, cuando de su objeto y circunstancias brota la explicación?

No debe asombrarnos que el artista se esmerase en el retrato de su protector. Sobre la época y circunstancias de su producción no se encuentra, por desgracia, indicio alguno en los archivos de la casa de Este. Pero es lo más probable que date dicho cuadro de los primeros tiempos de la amistad entre el pintor y el Príncipe, si es que no se remonta al año 1532 como se ha dicho. Miguel Angel, al trasladarse a Ferrara, cuando el asedio de Florencia (1529, Julio-Agosto), lo contempló, maravillándose y elogiándolo (1), como en su comedia *La Cortigiana* (1534) nos refiere el Aretino, y Lodovico Dolce (que indica además los honorarios, 300 escudos) le hace decir que nunca creyó que pudiera llegar a tanto el arte, y que sólo Tiziano merecía el nombre de pintor. Para Buonarrotti, que por aquel entonces se ocupaba en pintar guerreros, el *Duque* del Tiziano tuvo acaso el encanto del contraste entre el documento histórico, en su cualidad de simple retrato de un caudillo vivo, y aquellas arrogantes actitudes por él imaginadas para retratar a los Médici.

Por el Aretino sabemos también que Carlos V se llevó a España este retrato. Sobre esta circunstancia trae el artículo de Campori curiosos detalles. Si exhumamos aquí este episodio que ya consta en la biografía del Tiziano, es porque en el punto capital, la identificación del cuadro, se cometió un error, de cuya rectificación se desprenden amplias consecuencias.

(1) E io stupendo Michelangelo lodó con istupore il ritratto del Duca di Ferrarra translato dalo Imperatore appresso di se stesso. Atto III. Scen. Viii. Lettere I, 257.

Fue en los últimos meses de 1532 cuando el Tiziano se presentó por vez primera ante el Emperador, en Bolonia. ¿Quién le había buscado? Acaso el mismo consejero imperial, cuya atención había llamado desde lejos y en cuyas manos se hallaban los hilos de los siguientes sucesos:

Granvella y Cobos, a quienes el Aretino llama «ojos del porvenir y luces del Consejo» (occhi del futuro senno del Consiglio) eran entrambos entusiastas del arte. Francisco de los Cobos, Comendador de León y «Secretario supremo» del Emperador, era uno de los instrumentos más eficaces e influyentes, al par que de los más oscuros, de su política. Traía su abolengo de una antigua familia castellana, que desde el siglo XIV tuvo su asiento en Ubeda, en la Andalucía occidental. Siguiendo a su señor por Flandes y Holanda, no se había olvidado el prócer de la antigua ciudad arrancada tres siglos atrás a los moros, y concibió el propósito de no volver a ella con las manos vacías. En la citada población, tan interesante para la historia del Renacimiento español, como poco conocida, hay pruebas que confirman que el ministro y sus deudos eran dados a las edificaciones grandiosas. En la iglesia del Salvador de Ubeda, sobre un altar lateral situado al Norte, subsiste aún el gran cuadro de Sebastián del Piombo, *La Piedad*, que el Virrey de Sicilia, Ferrante Gonzaga, no sin trabajo, le agenciara (1). En el fondo de este cuadro hay un tema miguelangelesco, bien conocido por el dibujo del Louvre. Sobre el altar mayor hay una estatua de mármol, veneciana, que representa al Bautista adolescente, regalo de la Señoría. La iglesia era creación suya, y el arquitecto Pedro Valdevira fue traído por él de Italia. La fachada del templo es un magnífico ejemplar de estilo plateresco. La fábrica del altar se destinó a sepultura del fundador y de sus descendientes, dándole a este efecto

(1) «Sebast. del Piombo e Ferrante Gonzaga», por Giuseppe Campori, en los *Atti e Memorie per gli studi di storia patria per le prov. Moden. e Parm.* Módena, 1864, 4.°

la consabida forma circular que afectan esas capillas de familia, quizá a imitación de la Annunziata de Florencia.

El Secretario de Estado oyó desde el primer momento el nombre del Tiziano en boca del Margrave de Mantua, Federico Gonzaga. Comó en Bolonia, hallándose en casa del Conde de Pepoli, viese a una hermosa joven, de nombre Cornelia, y expresase el deseo de poseer su retrato, apresuróse Federico a escribir al Tiziano, que se comprometió a hacerlo de memoria. Otras obras hizo además para Cobos: una reproducción de *San Sebastián* y un cuadro que representaba a las mujeres en el baño.

A más de la iglesia del Salvador, hay en Ubeda un suntuoso palacio, ya casi en ruinas, y habitado por gente pobre. En el gran salón se encontraban antiguamente el *Retrato de Cobos* y el de su esposa, *María Sarmiento de Mendoza,* obra del Tiziano. Mas tarde, se les trasladó al Palacio Real de Madrid, donde en el siglo XVII figuraban entre los retratos venecianos de la galería del Mediodía.

También se hallaba Cobos al lado del Emperador, cuando éste, a fines de otoño de 1532, pasó los Alpes para avistarse en Bolonia con Clemente VII, que andaba meditando nuevos planes para el engrandecimiento de su casa. Carlos V tuvo entonces tiempo para la política y para algo más. En Mantua, en casa de Federico Gonzaga, a quien dos años antes había hecho duque, pasó un mes entero, entregado a torneos, fiestas teatrales y cacerías; y entre unas y otras, pasábase también largas horas en el guardarropa del Duque, admirando las armas y los cuadros allí coleccionados. El que más impresión le hizo fue el retrato de su huésped, armado de todas armas, que hacía dos años pintara el Tiziano; y con este motivo, debió manifestar deseo o asentir a la proposición que se le hiciera de dejarse retratar por el artista (1). A esta circunstancia se

(1) Aretino: Lettere I, 257 (a la Emperatriz, 18 Diciembre 1537) ... nel vederlo l'altissimo Carlo consenti che rassemplasse Tiziano la fatale effigie sua.

atribuye la misiva dirigida por el Duque al Tiziano en 7 de Noviembre, llamándole con urgencia a Mantua (1).

Para cumplimentar este deseo marchó el Tiziano a Bolonia. Pero Carlos V quiso ver antes nuevas pruebas de su arte, y se le pidieron al artista indicaciones de obras suyas que le acreditasen. Acaso pensaron que este era el mejor medio, si no el único, de hacerse con buenos cuadros suyos, temiendo que al hacerle nuevos encargos para España se contentase con poner en ellos la «mitad de su espíritu». Ocurrió entonces que, en Enero de 1533, llegaron a Bolonia dos enviados de Alfonso con una misión política. Al punto se dió Cobos cuenta de la ocasión que se le presentaba y se dispuso a cogerla por los cabellos. Ya en la primera audiencia atajó el informe del jurista Casella para proponer a los legados que hiciesen a su señor un regalo de cuadros. En primer término, se pensó en el retrato del Duque. El Emperador no había visto nunca este retrato, pues no había estado en Ferrara. Pero el Tiziano le había hablado de él: «e cosa bellíssima», y quizá también Miguel Angel. Y Carlos V parecía sentir gran interés hacia la persona del anciano Duque. Dos años atras había tenido ocasión de conocerle a fondo, y entonces mismo acababa de hacer en su compañía el camino del Friaul, donde Alfonso le salió al encuentro con 200 caballeros hasta Mantua, habiendo sido su huésped en Módena. Pero ya desde mucho antes se había hablado de él con frecuencia en el círculo íntimo del Emperador. En 1526, cuando, perseguido por el odio del Médicis, elevado a la silla de San Pedro, vió a las claras los peligros de su neutralidad, había ofrecido sus servicios al Emperador, entonces, en Granada, por medio de Ludovico Cato, y olvidando que su padre había sido huésped de Luis XII, se puso a sí propio, a sus hijos y sus Estados bajo la protección del Monarca español. Entonces se llegó a concertar la boda de su primogénito Hércules con Margarita, la hija natural del Emperador. Pero en las

(1) En Crowe, I, 456.

borrascas del año siguiente, después de la catástrofe de Roma, hallándose lejos el Emperador, obligóle el general Lautrec a entrar en la Liga formada por los franceses para libertar al Pontífice, y Alfonso puso el sello a su deserción combinando la boda de su primogénito con Renata, la hija de Luis XII.

Un año justo después de esta boda, la unión entre el Emperador y el Papa era perfecta, y el Rey Francisco abandonaba por la paz de Cambrai a todos sus aliados italianos.

En esta apurada situación resolvióse Alfonso, a despecho de los suyos, a meterse en la boca del lobo. Decidió, pues, visitar al Emperador, que había acampado en Génova con un fuerte ejército, y tratar con él personalmente de sus asuntos. Carlos V tenía la intención de seguir su camino a Bolonia, evitando tocar en las tierras de Este y describiendo un amplio círculo sobre Mantua y Finale; Alfonso le rogó considerase Reggio y Módena como ciudades propias. En todas partes preparaba al Emperador recibimientos que le conquistaban todos los corazones. En Reggio se presentó él mismo ante el Emperador. El Monarca, que aún no había cumplido los treinta, y que se encontraba en un *mundo* de *enemigos* y por primera vez se mostraba en el difícil escenario de Italia, donde no tenía ningún amigo sincero (1), en trances de negociar con el Pontífice, gravemente enfermo por aquel entonces, el precio de su coronación como Rey de Italia y Emperador de los romanos, vió en el inesperado encuentro una ocasión de sondear aquel maestro en el ajedrez de la política güelfa. Con suma atención escuchó, pues, las perspicaces informaciones, las hábiles y astutas disertaciones de aquel príncipe, encanecido en veinte años de lucha, sobre el *sistema de Italia*, así como sobre los principales personajes y su turbia trama de intereses. Nunca hubiese podido suponer Clemente VII que el usurpador de Módena hubiese de brillar entre los príncipes reunidos en Bolonia para la coronación. Pero bien pronto demostróse que—

(1) Baumgarten: *Leben Karls V.* III, 128.

gracias naturalmente a los arroyos de oro que de los repletos cofres del palacio de Ferrara habían pasado al tesoro Imperial y a los bolsillos de los consejeros—el suegro de Renata había encontrado en Carlos un firme protector. No disfrutó, sin embargo, mucho tiempo de su triunfo, pues murió (como suele ocurrir) poco después (cinco semanas) de su enconado enemigo Clemente VII, en 30 de Octubre de 1534, si bien con la satisfacción de ver elevado a la Silla de San Pedro a un antiguo amigo suyo, el Cardenal Farnesio.

Ahora bien; al abandonar Italia quiso el Emperador llevarse a España el retrato del anciano prócer que no había de ver más.

Al conocer Alfonso el deseo del Secretario de Estado, apresuróse, naturalmente, a ofrecerle su colección de cuadros. Cobos insistía en que el Emperador había de tener aquel retrato. Casella parece haber insinuado que había de costarle mucho al Duque deshacerse de ese lienzo. Hizo presente que aquel retrato, como pintado hacía ya mucho tiempo (lo menos quince años), no tenía ya parecido con el Duque, y que mejor sería hacer uno nuevo, el cual podría enviarse a España con el de su hijo Hércules, que en 1530 había sido presentado al Emperador, en Mantua, con su hermano Hipólito. Pero los grandes quieren que se les sirva en seguida, y no era para nadie un secreto cuánto tardaba el Tiziano en despachar sus obras. Los demás cuadros, respondían a Casella, pueden enviarse en su sazón a Génova; pero el retrato de Alfonso debe ser traído inmediatamente aquí, a Bolonia. Cobos mismo tenía vivos deseos de verlo. Quizá quisiera cerciorarse de que era el original, y no una copia, lo que le entregaban. Al cabo de una semana, nuevos requerimientos, y al fin, en 23 de Enero de 1533, Alvarotto y Casella entregan el cuadro con una carta del Duque.

Cobos entonces se deshizo en cumplidos. Teniendo a la vista siempre el retrato del Duque, el Emperador no se olvidaría de él. Carlos V hizo que lo colocasen allí mismo en su Cámara. «¡Qué diría el Papa si lo supiese!», decía bromeando D. Fran-

cisco. Bien podía figurárselo. El astuto Duque parecía ahora fijar su fría y penetrante mirada, por encima de su monumental nariz, en el Emperador con gesto inquisitivo. ¡Y qué edificantes consideraciones no había de sugerirle en sus ratos de ocio aquella obra de arte, sobre la fuerza persuasiva de la artillería gruesa y de las bolsas de ducados, así como sobre el triunfo de una firme voluntad y las resoluciones prontas, sobre la elasticidad del medio!

*
* *

Ahora bien; ¿qué se ha hecho de este objeto de la codicia artística del Emperador?

En vano se busca el nombre de Alfonso de Este en los inventarios españoles de cuadros desde Carlos V a Carlos de Borbón. Su retrato no figuraba entre los que acompañaban al Emperador veintitrés años después en su soledad de Extremadura. Tuvo su sitio en el Palacio de Madrid, y en tiempos de Felipe II estuvo con otros muchos cuadros del Tiziano en las habitaciones particulares (no inventariadas). En el siglo siguiente se encuentra también en el Alcázar de Felipe IV, en la galería del Sur, dedicada a la escuela veneciana, el retrato de un Duque de Ferrara *con un perro*, y allí permanece hasta la muerte de Carlos II (1666, 1686, 1703, tasado en 150 doblones y 200 ducados). Sin duda se trata del *Veneciano jugando con un perro de aguas*, mencionado en el inventario de Carlos III y actualmente en el Museo del Prado, núm. 452. La opinión, recientemente extendida en Madrid (en el Catálogo de de 1828 figura todavía sin nombre) (1), de que el cuadro en cuestión es un retrato de Alfonso I, ha sido luego generalmente aceptada. Lleva la firma *Ticianus*. Representa a un hombre joven, barbudo, con justillo de terciopelo azul reca-

(1) En el Catálogo de 1828, núm. 746, se le domina *Retrato asombroso*. Alto, 1,25; ancho, 0,99, en madera. La suposición del nuevo Catálogo de que fuera regalo del Marqués de Leganés a Felipe IV es ociosa.

mado de oro, con cinto azul y rojo; alrededor del cuello una especie de rosario de cuentas negras y doradas; la mano izquierda sobre el pomo de la espada, mientras la derecha descansa sobre las sedosas lanas blancas con manchas obscuras de un perrillo de aguas. En la colección del Príncipe Kaunitz había una reproducción de este cuadro (1). Es de notar que nadie haya reparado en lo erróneo de esta denominación. Las facciones no concuerdan en un todo con los perfiles de las medallas y con los retratos auténticos de Alfonso I, como son los que se conservan en los Uffizi y en la galería de Módena. Tiziano había prometido una compensación a la obra maestra de que se había deshecho el Duque. A este fin se le entregaron por medio de Tibaldi las insignias de la orden francesa de San Miguel, que en 1528 le había sido conferida al Duque. El cuadro se término muerto ya Alfonso (1537), y fue *regiamente* pagado por su hijo Hércules (2). Pigna (en los *Romanzi*, Venecia, 1554) lo vió, y dice: «parecía que aun estaba vivo». Por último, también Ridolfi (1648) hace mención de él. ¿Sería, en efecto, aquel retrato tizianesco el que Francisco de Módena cedió en 1650 al Gran Duque Fernando II de Toscana, a cambio de una *Santa Catalina* de Leonardo? Lo cierto es que por aquel tiempo desapareció de Ferrara (3). La originalidad del desfiguradísimo cuadro de los *Uffizi* es discutible; pero concuerda por completo el lienzo con la descripción del cuadro compensatorio. Alfonso lleva allí un manto de piel, ostenta las insignias de la Orden de San Miguel, y tiene el brazo apoyado sobre la boca de un cañón. En la misma actitud se nos muestra en el

(1) Grabado W. Unger en el Catálogo de la colección Astaria, actualmente casa de Mme. André Jacquemart, en París.

(2) Dice M. Titiano: «... che poi, che egli ritrasse principi, non hebbe mai piu real premio di quello, che gli diede egli della imagine del padre *Aretino*, Lettere II (A Nic. Buonleo, 1538).

(3) Campori, a. a. 0,30 F. No concuerda con esto que el Cardenal Hipólito II regalase en 1568 un retrato de su padre, probablemente de Bastianino *Venturi*, a. a. 0,30.

cuadro atribuído a Dossi, que figura en la Galería de Módena (1); pero allí lleva cota de malla y guanteletes, y en la mano derecha sostiene una «quadrelle». En el fondo se ve figurada la destrucción de la flota veneciana en Polesella, el 22 de Diciembre de 1509, con el ataque a la cabeza del puente donde demostró Alfonso que su artillería no era cosa de juguete.

No es posible que un semblante sufra tal cambio en diez y ocho años. Pero las medallas son aún más elocuentes. Desde el primer momento reproducen un rostro de duras facciones y de agudo perfil. En la larga nariz, muy arqueada por arriba y aplanada luego de pronto, con la punta algo colgante (2), resalta el parecido con su padre Hércules I, así como con su tío el bastardo Lionel, cuyo perfil nos es conocido por las medallas y por el cuadro de Víctor Pisano (de la colección Morelli). La mandíbula inferior, muy corva; el labio inferior, algo prominente; la mirada, serena, firme y fría; la frente, surcada por una arruga vertical. Dice Paul Jovius que podía inferirse la dureza de su carácter de las severas y cortadas facciones de su adusto semblante (3). Muratori califica su aspecto de rudo (ruvido).

Trabajo costaría encontrar una cara que correspondiese menos a estas descripciones que la del retrato del Duque que se conserva en Madrid. Es aquél un rostro ancho, corriente, de rasgos regulares, de nariz recta, con la punta algo prominente. Las cejas, que en el otro son largas y horizontales, en

---

(1) Reproducido en un aguafuerte por *Venturi*, 29.

(2) Questo Alfonso fu di statura onestamente grande, di faccia lunga, di aspetto grave e signorile, ma piú tosto malincolico e severo. Bonaventura Pistofilo: «Vita di Alf. I d'Este», en los *Attie Memorie di storia patria per le prov. Modena e Parma*. Vol. III, 491. Con naso onestamente chinato giú in fondo. Giraldi, cit. por Venturi 30.

(3) Fuit Alphonsus aspectu et natura subausterus. *Vita Alfonsi, 293*. Basilea, 1559. In Alfonso... ut ex severo et peracri oris ductu coniectari licet et nos vidimus, ingenium egregie firmum stabileque et praecellens enituit. Elog. II.

éste se arquean formando bóveda. Vida y nobleza las tiene la figura; pero no se advierte en ella nada de la apostura convencionalmente dominadora que el Tiziano solía dar a los retratos oficiales de testas coronadas. En vez de los ojos penetrantes, este retrato tiene la mirada distraída, vaga, benévola. El uno nos presenta a un autócrata soldado; el otro, a un buen hombre.

Pero hasta la cronología viene en nuestro apoyo. Cuando el Tiziano llegó a la corte de Alfonso, tenía éste cuarenta años. El Catálogo de Madrid atribuye al personaje retratado treinta o treinta y cinco años. Además, el esposo de Lucrecia, en su juventud, y aun después de su advenimiento al poder, no llevaba barba (1).

La denominación «Duque de Ferrara», que se le aplica en los inventarios del siglo XVII, no resulta, empero, descaminada. También se expresaron en la entrevista de Bolonia deseos de tener el retrato del príncipe heredero de Hércules; y probablemente dicho retrato sería enviado por Génova. De este cuadro no se tienen otras noticias que la que da Vasari de haber sacado una copia de él Girolamo da Carpi para la Corte de Francia (2). El retrato que se conservaba en el siglo XVI en el guardarropa de los Este, debía ser pues, una reproducción de la primera obra. Según lo que de Hércules sabemos, el cuadro del Museo del Prado concuerda tan bien con sus facciones, como mal se aviene con las de su padre. Sin embargo, a juzgar por su edad, debe ser una copia posterior; Tiziano mismo reprodujo, es decir, copió, en 1555, los retratos del padre y el hijo (3).

Hércules nació en 1508, tenía veinticinco en la época de aquellas negociaciones con Carlos V, y llevaba cuatro años ca-

(1) Comp. LITTA: Famiglie celebri. D'Este. Medallas de la pág. 73.

(2) GIROLAMO: «...Ricavó la testa del Duca Ercole di Ferrara da una di mano di Tiziano, e questa contrafece tanto bene, ch'ella pareva la medesima che l'originale; onde fu mandata come opera lodevole in Francia. VASARI, 11, 236.

(3) *Eugene Muntz*, por caminos distintos, ha llegado a la misma conclusión que yo. *Chronique des Arts*, 1894, 181.

sado con Renata de Orleans. Tanto por su físico como por su carácter tenía poca semejanza con el padre. Tenía fama de benigno y magnánimo. Amante de la paz, cachazudo en política, podía pasar por la imagen de la paciencia. Al paso que su padre no había sido educado en el estudio de las humanidades, Hércules era casi un erudito. Cuando Alfonso, muerto León X, apresuróse a enviar a Adriano VI sus gratulaciones, envió a Roma a su hijo, que entonces tenía catorce años y que sedujo al Consistorio con un discurso en latín correctísimo. Sus facciones eran atrayentes, su estatura algo más que mediana, y bien que de carácter serio, animábase en la conversación.

En los documentos iconográficos, las facciones de Hércules aparecen con algunas variantes, pero en todas ellas resalta su ningún parecido con su padre. En las monedas más antiguas muestra una frente recta, y una nariz delgada, más o menos cóncava y prominente; el conjunto revela escasa energía. En las medallas de años posteriores (como son las Pastorinas) aparece con rostro demacrado, perfil casi abatido, expresión benévola, a veces angustiosa.

Este insignificante perfil, que reemplaza en Hércules II a las agudas líneas, y a las largas y corvas narices de sus belicosos ascendientes, habíalo heredado de su madre, Lucrecia Borgia. También por su carácter recuerda Hércules la pasiva y abúlica naturaleza de la hija de Alejandro VI, a la que recientemente se ha atribuído algo de demoniaco, debido al mágico hechizo que, sobre los nervios de nuestros modernos escritores, parecen ejercer los monstruos morales del Renacimiento. El hijo de Hércules, Alfonso II, murió sin dejar hijos y su hija Lucrecia—cuyo perfil (también de Pastorino) se parece extremadamente al de su padre—acabó sus días traicionando a su propia familia y entregando la gloriosa ciudad de sus antepasados a los legados del Pontífice. La casa de Este debió, como es sabido, su supervivencia a la rama segunda, nacida de la hermosa Laura Eustochia.

El cuadro del Prado, que es un retrato hasta las rodillas, debería acomodarse a las descripciones y al exterior de un príncipe heredero poco aficionado a los negocios. Con un padre como Alfonso podía el Príncipe abandonarse libremente a los placeres de una existencia refinada. Mas tarde hizo de su corte un Eldorado, como decía el Aretino elogiando a su *soave signore*. La mirada tiene algo de soñadora exaltación; lleva al cuello su rosario como cumplía a quien fue luego un celoso protector de cupuchinos y jesuítas. Sobre la mesa, en vez de guanteletes o papeles, se ve al mimado perrito.

Un detalle interesante es el vivo color azul del justillo. Este frío color, poco frecuente en los trajes de los retratos hechos por el Tiziano, parece que fue el color predilecto del Duque, y que por imposición suya lo escogió el pintor. El azul pasa por símbolo de la melancolía, de la amistad y de la hidalguía; azules eran el velo de Juno y el cinto de Minerva. Este color se avenía a maravilla con el melancólico temperamento de Hércules. En cambio, en las copiosas descripciones del biógrafo inglés del Tiziano (I, 190 dark coat), así como en el Catálogo del Museo del Prado, por Madrazo (núm. 452), *terciopelo negro*, no se menciona este color, lo que no deja de ser raro.

Así, pues, el verdadero retrato de Alfonso sin duda alguna se ha perdido, y probablemente, aunque no haya noticias de ello, mucho antes del incendio que sufrió el Palacio de Madrid en 1734, y que diezmó la regia pinacoteca. Pero acaso existiera en el siglo XVII, aunque con un nombre falso. En la sala del Mediodía se encuentra, en 1636 y 1686, un *Duque de Urbino*, obra del Tiziano, *con una mano sobre un tiro de artillería* (200 ducados). Se le había colocado junto al conocido *Retrato del Emperador,* de cuerpo entero, obra asimismo del Tiziano (Prado, núm. 453). Como no se tiene noticia de que el Tiziano retratase a ningún Duque de Urbino ni a ninguna otra persona con el insólito atributo del cañón, permitido es pensar que este presunto Duque de Urbino fuera el verdadero retrato de Al-

fonso que fue ofrecido a Carlos V. De ser así, el tema del cañón debió figurar ya en el retrato primitivo. Tal suposición no es aventurada. Vassari, al hablar del último retrato, menciona el cañón. Antes ya de hacerse el primer retrato había obtenido Alfonso algunos triunfos con su artillería gruesa, considerables para aquel tiempo. En el asedio de Legnago (1510) decidió la victoria un cañón colosal, llamado *il gran diavolo*. Acaso el cuadro de Módena atribuído a Dossi fuese (como también sospechaba Venturi) copia del primer retrato tizianesco. La cota de armas con el guantelete dice mejor con el cañón que el manto de piel del anciano.

El gesto y actitud del Duque son casi siempre las mismas que las de la figura principal del cuadro de *Los Embajadores de Holbein*, que figura en la Galería Nacional de Londres. También es semejante el traje. Holbein pintó al Embajador Dinteville (que también ostentaba la Orden de San Miguel) en el mismo año de 1533, en que el Emperador recibía el retrato del Duque, y el Tiziano empezaba otro nuevo para compensarle de la pérdida. El sieur de Polizi viene a ser una especie de antítesis pacífica del ducal artillero. Decidir si se trata de una semejanza casual, como suele ocurrir con obras que se producen en la misma época, o si existe entre ambas otra relación, no conduciría a nada.

Carlos Justi

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

María Tudor.

(CONCLUSIÓN)

En 14 de Mayo de 1554 salió Felipe de Valladolid, acompañado de unos mil jinetes, lozanamente engalanados. Fueron primero hacia el Noroeste, para acercarse a la frontera portuguesa y ver a su hermana Juana, que acababa de perder a su marido el Príncipe de Portugal; cambiaron luego el itinerario para ir a dar su último adiós a su abuela, Juana la Loca, retirada en su prisión-palacio de Tordesillas, y después pasaron, ciudad por ciudad, León y Galicia. El degenerado Don Carlos, hidrocéfalo y raquítico, se fué, por su parte, camino de Santiago y La Coruña. Dispensábansele a Felipe salutaciones de afecto y cariñosos augurios dondequiera; pues, ¿no iba, acaso, a establecerse en otro país, rico por añadidura, lo que bastaba a imprimirle el sello de la dominación española? Así que iban ufanos aquellos hidalgos que le escoltaban; ufanos los españoles altos y bajos, que le saludaban al paso y le estimulaban en su camino; ufanos y altivos hasta los mismos lacayos con sus mercenarias libreas. Todos eran españoles, y se daban a entender que era aquel viaje una victoria.

Víspera de San Juan, Felipe fue recibido a las puertas de

la ciudad de Santiago por ciudadanos que, de rodillas, y según usanza, le presentaban las llaves de oro; y mientras él y su comitiva resplandecían de magnificencia al sol del Mediodía por las calles de la ciudad del apóstol, dos lores ingleses, Bedford y Titzwalter, sentados a una ventana, observaban a hurtadillas, velándose con sus capas, el paso de su futuro Rey. A la mañana siguiente fuéronles presentados públicamente como enviados especiales de Inglaterra. Encontrólos a la puerta de la cámara que conducía al salón principal, y al arrodillarse los dos hombres y descubrir su cabeza, descubrió Felipe también la suya y les hizo reverencia. Bedford, «grande y buen cristiano», nos dice un testigo ocular, asumió la representación del contrato de bodas y besó la mano al Rey, y otro tanto hicieron los que le acompañaban. Al dejar el aposento, un inglés dijo a otro, complacido, según parece, de las maneras de Felipe: «¡Oh! Dios sea loado, que nos envía tan buen Rey.» Y los españoles que oyeron el dicho y entendieron el inglés, sintieron harto placer de poder repetirlo a sus compatriotas. Tenían razón los enviados de estar satisfechos de Felipe, pues aunque éste, de ordinario, era mal pagador de los que le servían, mostrábase muy liberal con los que le reportaban conveniencia. El día siguiente de la presentación fuéle enviada a Bedford una espléndida bandeja de oro, ricamente labrada, que no tenía menos de cinco pies de larga, y de modo semejante fueron gratificados los que le acompañaban.

Al embarcar les esperaba una bella flota, a que se juntaban algunos barcos ingleses de la Marina real; y Bedford rogó a Felipe que hiciera el viaje en uno de estos últimos. Mas no se consideró esto prudente ni digno; solamente se otorgó privilegio a los ingleses de elegir ellos, entre los barcos españoles, el que había de llevar al Rey. Se decidieron por un hermoso navío, propiedad de Martín de Bertondona, que era uno de los mejores marinos de España. Cuando Felipe fué a visitar el barco al siguiente día, debió encontrarle vistosísimo, con su torre de popa y castillo de proa brillantes de oro, sus

mil gallardetes flameando al viento y dominando al conjunto el soberbio estandarte real, de damasco carmesí, de treinta yardas de largo (1). Por fin, después de muchos regocijos, fiestas y ceremonias, los heraldos anunciaron que el Rey embarcaría al día siguiente, 12 de Julio. Sería en todo la flota hasta cien navíos, bien armados, y conteniendo seis mil hombres, a más de otros tantos marineros. Al llegar el Rey a su galera de doce remeros por banda, toda guarnecida de seda y tela bordada en oro, con músicos y remeros vestidos de damasco y engaladados con vistosos chambergos de plumas, y al entrar en el *Espíritu Santo*, navío destinado para llevarle a Inglaterra, toda aquella multitud que se apiñaba en las costas, invocó a Dios y a Santiago que enviase al regio viajero en próspero y seguro viaje, para confusión de Francia. Al quinto día, una escuadrilla flamenca de diez y ocho naves, apercibida en Land's End, acompañó al Príncipe después de pasar Needles, uniéndosele algunos barcos ingleses; y un jueves, 19 de Julio de 1554, las flotas unidas anclaron en aguas de Southampton, entre los resonantes aplausos y vivas que partían de los barcos ingleses y flamencos, anclados ya allí para recibirles.

Los ingleses y flamencos no habían estado, sin embargo, en buenos términos durante su estancia en Southampton. Los oficiales tuvieron sospecha de que el Almirante de Inglaterra, Lord William Howard, andaba en maquinaciones con Francia para capturar a Felipe; y referían que había hecho mofa del Almirante flamenco, de la Chapelle, y despreciado a sus barcos, llamándoles conchas de mejillones. Al desembarcar algunos de los flamencos, los soldados ingleses los habían silbado e insultado en las calles, y cuando Felipe llegó a Southampton persistía esta falta de armonía entre ellos. Al desembarque no mejoró la cosa, pues la nobleza inglesa, de ordinario tan

(1) Los pormenores del viaje y llegada a Inglaterra pueden verse en la citada obra *The Coming of Philip the Prudent*, en *The Year after the Armada*, por Martín Hume.

pródiga, si se exceptúa a los del séquito de la Reina, se mostró tacaña y disimulada en su mayor parte. Declararon los nobles que eran harto pobres para poder recibir al Rey con grandes y costosos preparativos, y hasta hubo recelos de que una mayoría del propio Consejo de la Reina intrigaba a favor de Isabel. Noailles seguía incansable en su tarea de sembrar la alarma y el desafecto.

Bedford había referido que Felipe era mal marinero, pero que, por fortuna, el viaje había sido tranquilo, y había esperado anclado veinte horas antes de desembarcar por primera vez en Inglaterra; así se encontró dispuesto para desempeñar las instrucciones del padre y cumplir con las recomendaciones de Renard, relativas a conciliarse las simpatías de los ingleses por todos los medios posibles. Durante los tiempos de su visita a Flandes y Alemania, había ofendido a sus súbditos de estos Estados, por su frialdad de maneras y su sobriedad española; pero desde el punto en que residió en Inglaterra, todo su sér experimentó radical mudanza en este punto; pues, como se ha dicho, a los requerimientos del deber sacrificaba de grado sus gustos e inclinaciones habituales. Una multitud de nobles, designados para formar el séquito de Felipe, llegaron a bordo del *Espíritu Santo* para saludarle. Al día siguiente, al acercarse a la magnífica chalupa regia que debía llevarle a tierra, el Conde de Arundel se le acercó con la banda de honor de la Jarretiera, en nombre de la Reina.

Entraron con él, además de los nobles ingleses, un escogido grupo de la Grandeza española: Alba, Feria, Ruy Gómez, su íntimo amigo Olivares... con Egmont, Horn y Bergues; pero no se permitió a soldado de armas alguno desembarcar, bajo pena de muerte. Felipe había sabido por Renard la inquietadora desconfianza que inspiraban en Inglaterra españoles armados, y al mismo tiempo llegaron noticias del Emperador nada agradables, de haber sufrido un revés en Flandes, necesitando a toda prisa todos los soldados que habían acompañado a Felipe. De suerte, que a la flota española no le fue per-

mitido entrar en el puerto de Southampton, sino que, después de algunas tardanzas y mucho murmurar de los españoles que se creían con la prohibición ofendidos, fue enviada a Portsmouth, a avituallarse para su viaje a Flandes.

Ya en tierra, pronunció ante Felipe, Sir Antonio Browne, un discurso en latín, en el que anunciaba que la Reina había nombrado a Felipe su caballero consorte, y le enviaba en señal un hermoso caballo blanco, enjaezado de terciopelo carmesí y oro, que junto de él mordía el duro freno. El Rey hubiera preferido andar a pie la corta distancia que le separaba de la mansión que le estaba preparada; pero Browne y los señores de su séquito le dijeron que no era costumbre, y el propio Browne «le tomó en sus brazos y le puso encima de la silla del caballo; luego, besando el estribo, marchó con la cabeza descubierta al lado de su nuevo señor, hacia la Iglesia de Holy Rood». Debía el Rey ofrecer gallarda figura al pasar por entre la curiosa multitud que le sonreía y hacía reverencia, erguido y afianzado en su corcel, con su rubia barbilla y cabellera espesa, vestido de negro terciopelo y plata, con macizas cadenas de oro y deslumbradora pedrería en su pecho, en su gorra de terciopelo, cuello y puños; y lo mismo los que le rodeaban, con vistosos vestidos que encuadraban en aquel ambiente de magnificencia. Todos los guardias ingleses, arqueros y palafrenes llevaban los colores amarillo y rojo de Aragón, y los nobles de la comitiva ingleses y españoles iban esplendidamente engalanados; pero bajo la seda y la pedrería palpitaban corazones llenos de odio. A los sirvientes españoles, que en número de cuatrocientos habían desembarcado, no se les consintió ocuparse en lo más mínimo en el servicio de su señor; tal era la celosa susceptibilidad inglesa; y en el banquete público en Southampton, el día antes del desembarco, Alba, a viva fuerza, afirmó su derecho a poner la servilleta a su señor, mientras los más íntimos cortesanos murmuraban y se mofaban en voz baja del tosco servicio de los ingleses que así les suplantaban.

Durante los cuatro días de la estancia de Felipe en Sou-

thampton, mientras se trasladaban a tierra todos sus efectos, se cambiaban espléndidos regalos y amantes mensajes, casi a cada hora, entre María y su prometido, Centenares de sirvientes, galanamente ataviados, con caballos ricamente enjaezados, anillos de diamantes y cadenas de oro, llegaban de parte de la Reina en Winchester, sin que lo estorbara el continuo aguacero. El lunes 23 de Julio salió de Southampton la gran cabalgata, compuesta de tres mil individuos. Con disgusto de los españoles, el Rey iba rodeado de ingleses solamente, y en el camino se le juntaron 600 caballeros más, también ingleses, vestidos de velludo negro y adornados de sendas cadenas de oro, enviados por la Reina como cuerpo de guardia adicional; a éstos siguió, pocas millas más alla, otra embajada, también de María, constituída por seis pajes, vestidos de brocado carmesí con bandas de oro, y en otros tantos preciosísimos caballos (1). No cesaba la lluvia, y pronto hubo menester Felipe de su manto de fieltro para preservar de la humedad su jubón de terciopelo negro y sus calzas de raso blanco bordadas en oro. Tan empapado iba, en efecto, que se hizo necesario hacer alto en Saint-Cross para cambiar sus vestidos por otros igualmente apropiados a las circunstancias, de gran riqueza, y que consistían en jubon de terciopelo negro con alamares de oro y sobrevesta de raso. Y así vestido él y su comitiva, fueron a la señorial basílica de Winchester a oír misa, y de allí a la casa del Deán, que estaba al lado, y era la destinada al alojamiento del Príncipe.

Aquella noche, a las diez, después de haber cenado, llegó el Conde de Arundel y díjole que la Reina le aguardaba en el palacio del Obispo, al otro lado de la Catedral. Cambió una vez más sus vestidos; esta vez vistió cordobán blanco, guarnecido de bordado de oro; y con un pequeño grupo de nobles ingleses y españoles cruzó la estrecha callejuela que hay entre los dos

(1) *The Coming of Philip the Prudent*, en *The Year after The Armada*, por Martín Hume. Felipe mismo había hecho llevar a Inglaterra 600 sementales andaluces para mejorar la cría de caballos ingleses.

jardines, y entró en el del Obispo por una puerta del muro (1). Una escalera privada daba acceso a la habitación de la Reina; allí vió entonces Felipe a su prometida por primera vez. La habitación era una galería larga y estrecha, en que Gardiner y otros consejeros se reunían anteriormente; al entrar Felipe, la Reina se paseaba con impaciencia. Estaba, como de ordinario, magníficamente ataviada, con muchas joyas sobre su vestidura de negro torciopelo, alto talle y basquiña de argentada labor. Cuando sus ojos se fijaron en el que había de ser su marido, volvióse rápidamente hacia atrás y beso su mano antes de tomar la de él. Felipe dióle galante beso en la boca, según la usanza inglesa.

De la parte de ella, al menos desde el primer momento, fue todo amor. La pobre dama, famélica de amor toda su vida, traicionada y vejada por los que más obligados estaban a mostrarle rendimiento, dotada de un espíritu reconcentrado en sí misma, había encontrado al fin en aquel joven, hermoso, apuesto y diez años más joven que ella, un sér a quien amar sin temor ni falta. Él examinaba el enlace con perfecto espíritu de sacrificio, pues significaba la victoria de la causa a que se habían consagrado él y su padre. Significaba, tarde o temprano, el aniquilamiento de Francia, la extirpación de la herejía y la hegemonía de España en Europa; y aun cuando María no fuese bella, era galán caballeresco, y, decidido a ofrecerse en sacrificio por la causa, se condujo de la más amable manera. Sentados bajo el dosel se hablaban los amantes amigablemente, él en español y ella valiéndose del francés, y tratando de enseñarle algunas palabras inglesas.

El día siguiente trajo nuevos cambios de espléndido vestir, tocando en esta ocasión ropas de grana y oro. Fue aquel mismo día la recepción pública de Felipe por su futura esposa, en el gran salón del Palacio. Allí, en el trono nacional, se

(1) Aunque el palacio está en ruinas, subsiste la puerta de la pared del jardín.

prometieron los novios, bebiendo en la misma copa de vino. Los cortesanos españoles se mofaban de todo lo inglés, y los ingleses ponían mala cara a los españoles. En el día de Santiago, santo patrono de España, la antigua catedral estaba deslumbrante de vívidos colores. Toda la pompa a que la riqueza podía bastar, o el capricho ordenar, debía honrar aquel casamiento que, por las apariencias, iba a decidir de la suerte del mundo por espacio de varios siglos. La Reina, según se cuenta, despedía tal brillo de sus joyas, que cegaba a quien la contemplaba, según estaba en su trono junto al altar, con su larga cola de paño de oro sobre el vestido de negro velloríi, tachonado de pedrería. Felipe llevaba un manto por el estilo, también cubierto de piedras, sobre cuerpo de raso blanco, que casi desaparecía bajo la multitud de cadenas y joyeles. Sobre un tablado erigido en medio de la nave, Felipe y María fueron desposados por el Obispo Gardiner, que, inmediatamente después, anunció a la concurrencia cómo el Emperador había transferido a su hijo el título de Rey de Nápoles.

En el festín de bodas, que tuvo lugar en el palacio del Obispo aquella tarde, María ocupó lugar preferente al de su esposo. Sentóse en el trono más alto y comió en vajilla de oro, mientras a Felipe se le servía en vajilla de plata; los españoles fruncían el entrecejo a la idea de que su Príncipe pudiera ser en ninguna parte el segundo. La opulencia sólida y la abundancia de todo producía estupefacción en los españoles, tanto en el banquete como en el baile y cena que se siguieron. Pero cuanto mayor era la riqueza del país, más grande era su disgusto, pues ya se empezaba a murmurar que el sacrificio de su Rey iba a ser vano. Felipe, en fin de cuenta, no iba a ser el dueño de Inglaterra, y habría menester de convocar Consejos siempre que tuviera que recurrir a la riqueza de los ingleses. Lejos, decían los cortesanos, de ser aquí el señor, ha de bailar al són que le toquen los ingleses: ha de ceder a los caprichos y prejuicios de ellos, en vez de conformarse éstos a los de él, como convendría a vasallos. Por su parte, los ingleses estaban

igualmente malhumorados ante las terroríficas predicciones de los agentes franceses. Durante el viaje de la real pareja a Basing, Windsor, Richmond y Londres, se iba empeorando cada vez más la situación.

Felipe y Renard hicieron cuanto pudieron por suavizar estas susceptibilidades. Todos los actos de clemencia eran ostentosamente asociados al nombre de Felipe, y el Rey se superaba a sí mismo en pruebas de amabilidad y generosidad (1). María, entretanto, estába satisfechísima de su joven marido, que fue con ella amable y caballeresco, como lo fue también con sus otras mujeres. «Sus Majestades—escribe un cortesano español—son la pareja más feliz del mundo, y están tan enamorados el uno del otro, que no se podría encarecer bien. El no la deja nunca, y cuando van de camino siempre marcha a su lado, la sube a la silla y la ayuda a apearse. Come con ella algunas veces públicamente y van juntos a misa todos los días festivos.» Continúa el mismo escritor: «Estos ingleses son la gente más desagradecida del mundo, y aborrecen a los españoles más que al diablo. Los roban aun en medio de la ciudad, y ninguno de los nuestros osa ir una legua fuera, por miedo a ser insultado. No hay la más mínima justicia para nosotros. Se nos ha ordenado de parte del Rey evitar disputas y resignarnos a todo mientras estemos aquí, sufrir todos sus insultos en silencio... Hásenos dicho que debemos tolerar cuanto se nos haga, por amor a Su Majestad» (2).

Los nobles españoles eran insultados descaradamente en las calles y los sacerdotes apedreados en las iglesias. Mas no era

(1) Bien sé que esta mi afirmación es contraria a la mayor parte de los historiadores ingleses, especialmente de Mr. Froude. La evidencia en favor de la mía resalta de cuanto sobre ello se dice en mi ensayo *The coming of Philip the Prudent,* en *The Year after the Armada* y en otros ensayos históricos. Mr. Froude y sus predecesores se basaban en los relatos, absolutamente infieles y fingidos, enviados a Francia por Noailles, así como en la versión hostil del agente veneciano.

(2) *The Coming of Philip the Prudent.*

esto lo peor. Lo que envenenaba más la cosa era que la convicción de que todo iba a ser inútil iba en aumento. En lugar de un pueblo sumiso y dispuesto a doblar la cerviz ante el nuevo Rey y sus compatriotas, encontraban los españoles un país en que el poder del soberano estaba estrictamente circunscrito, en que la única esperanza de dominación estribaba en la fuerza de las armas. «Este casamiento sería, a la verdad, un fracaso, si la Reina no tuviera sucesión—escribe uno de los chambelanes de Felipe.—Se nos había dicho en Castilla que si Su Alteza llegaba a ser Rey de Inglaterra, nos haríamos dueños de Francia...; pero en vez de esto, los franceses están más fuertes que nunca y hacen cuanto les parece en Flandes. Los Reyes aquí tienen tan poco poder como si fueran súbditos; los que realmente gobiernan son los consejeros, que mandan en el Rey... Dicen claramente que no permitirán a nuestro Rey marchar hasta que ellos y la Reina lo determinen, pues el país es suficientemente bueno para satisfacer a cualquier Rey.»

Mas Felipe porfiaba, ganando ascendiente sobre su mujer e influyendo poco a poco en los consejeros con dádivas y mercedes (1). Las cincuenta horcas que subsistían, como otros tantos testimonios muertos del partido de Wyatt, fueron, por orden del Rey, quitadas de las calles, y las calaveras de los más peligrosos revolucionarios también se hicieron desaparecer del

(1) Escribía Ruy Gómez desde Richmond, en 24 de Agosto de 1554, a Eraso: «El Rey trata a la Reina óptimamente, y sabe muy bien prescindir de lo que no es bueno en ella para satisfacer los sentidos. La tiene tan contenta que, cierto, el otro día, que estaban los dos solos, parecía que ella hacía el amor a él, y el Rey la contestaba en igual modo. En cuanto a esos caballeros (es decir, los consejeros ingleses), su conducta para con ellos es tal, que confiesan no haber habido nunca en Inglaterra Rey que tan pronto haya conquistado los corazones de todos.» (Mss. Simancas. Estado 808.) En Noviembre de 1554, Gonzalo Pérez escribía a Vázquez: «Los ingleses están ahora tan corteses, que apenas lo creería Vuestra Merced. Las benignidades y larguezas que han recibido y reciben del Rey ablandarían las piedras. La Reina es una santa, y creo que Dios ha de ayudarnos por causa de ella. (Ibidem.)

Puente de Londres, de modo que a la triunfal entrada de Felipe y María en la capital no estorbara ningún mal recuerdo; pero aunque Londres era fiel a María, odiaba a los españoles más que ninguna otra ciudad del reino; y la muchedumbre, que aclamaba a la Reina efusivamente cuando, en 18 de Agosto, iba con su marido en toda pompa desde Southwark a Whitehall, pasando por la City, daba oídos y asenso a los rumores bárbaros y necios de que un gran ejército de españoles venía a apoderarse de la corona de Inglaterra; de que un fraile español sería nombrado arzobispo de Canterbury; que el tesoro inglés iba a ser trasladado de la Torre a las arcas del Emperador, y otras muchas cosas de este jaez que divulgaban los agentes franceses. Así que, los pocos que mostraban rostro amable al Rey, dejaban de parecer gozosos al paso de sus súbditos. Magníficas galas decoraban las calles, y se recitaban salutaciones pomposas al Rey y a la Reina por niños vestidos de ángeles; porque la Corporación de Londres había recibido exhortaciones de que no omitiera ningún signo oficial de benévola recepción. Pero para mostrar cuánta susceptibilidad había en la Corte y en el pueblo, se cuenta el suceso siguiente:

Se habían pintado en una decoración de la calle de Grave Charch figuras de reyes, uno de los cuales, Enrique VIII, tenía en la mano una Biblia con el lema «*Verbum Dei*». Gardiner, al verlo, entró en furia, pensando que con aquella representación, completamente inocente, se pretendía insultar la idea católica de la Biblia, y, lleno de rabia, mandó llamar al pintor, a quien amenazó con toda clase de castigos.

La paciencia de Felipe fue destruyendo poco a poco todo aquel recelo que contra él se sustentaba. Se pudo ver que adonde su poder alcanzaba se sentían benignos efectos; aunque no se entendía, claro está, que aquella moderación formaba parte del plan profundo del Emperador para adquirir omnímodo poder en la política inglesa. La posición de María era entonces más difícil. Estaba profundamente enamorada de su marido, y deseaba con ardor el engrandecimiento de España, que vendría

a ser el triunfo del catolicismo sobre la herejía y la seguridad de ella en el trono; pero era una Reina inglesa, determinada si podía a gobernar para bien de su pueblo y estrechar la paz con Francia, más bien que meter a su nación en guerra. Cuando Noailles visitó a María para ir a darle sus insinceras felicitaciones por el casamiento que él había procurado estorbar, la Reina le aseguró que su amistad con Francia seguía inalterable, y Felipe, inmediatamente después, añadió su seguridad de que mantendría intactas todas las alianzas contraídas por Inglaterra si para el bien de Inglaterra servían (1).

Después se había hecho comprender a Polo que la restitución plena de sus propiedades a la Iglesia de Inglaterra no había de ir muy aprisa, pues esto originaría la revolución; permitiósele venir a Inglaterra como Legado, y el país se reintegró de nuevo al seno de la Iglesia formalmente en Noviembre de 1554.

El mismo día en que Polo llegó, se anunció oficialmente que la Reina estaba encinta; y todos los ingleses, y aún más, los españoles, estimaron aquello como un favor especial otorgado por el cielo. Para Felipe y su padre, importaba mucho ello; porque si nacía un hijo, la influencia de España sobre Inglaterra sería completa por siglos, tan duradera al menos, que bastase a la gran tarea de la unificación de la fe. Este interés, aun anticipadamente, fue utilizado por Felipe, pues durante las fiestas y regocijos que motivó la noticia propuso a sus oradores en el Parlamento que hablaran de la conveniencia de enviar un contingente de fuerzas al Emperador, que estaba en guerra con Francia, y de la consignación que en él había de recaer como Regente de Inglaterra, si el esperado niño sobrevivía a la madre. El celo de Bruner y Gardiner dió con estas cosas en tierra. Habían empezado ya su calamitosa obra de persecución religiosa, y que, acarreando naturalmente una reacción contra España, obligó a la Reina a disolver rápidamen-

(1) *Ambassades de Noailles*, vol. III. Leyden, 1760.

te el Parlamento antes de que se expusieran las proposiciones de Felipe.

No sólo era Felipe opuesto personalmente a las persecuciones en Inglaterra, que bien veía el daño que hacía a sus fines, sino que intimó a sus capellanes que denunciaran públicamente la política proseguida por los obispos ingleses. Renard deploraba sinceramente, en sus cartas al Emperador, este exceso de celo de los eclesiásticos ingleses, cuya única idea era, por lo demás, servir a la Iglesia y no a la política de España. Seis meses estuvo Felipe en la brecha luchando contra la marea creciente de las persecuciones; pero su padre sufría impaciencia porque se hiciera cargo de los asuntos de Flandes. Una pesadez mortífera le iba minando, aunque no era aún viejo, como había sucedido a otros individuos de su familia; y ya hacía tiempo que venía pidiendo a su hijo que fuera a aliviarle de sus cargas. Felipe había esperado semana tras semana, con siempre fallida ilusión de que la promesa de descendencia de María se cumpliera; pero al fin, la misma infeliz Reina había acabado por no creer más, y su marido ya no podía alargar el plazo de su partida. En Agosto de 1555, se ordenó que cesaran las rogativas al Todopoderoso por el feliz nacimiento de un príncipe, y el designio espléndido del Emperador y su hijo de asociar la Inglaterra y sus tesoros a su campaña contra Francia y la herejía, fue reconocido como un fracaso.

La convicción de su esterilidad tardó mucho en imponerse al ánimo de María, pues había rogado con tanto anhelo le fuera concedida la maternidad, que apenas podía creer que el cielo la abandonaría de esta manera. En su opinión, un hijo nacido de ella y Felipe habría hecho a Inglaterra, como ella decía, católica y fuerte para siempre, y cuando la amarga verdad hubo de ser admitida, cayó la Reina en la desesperación mortal, aumentada por la certeza de que su esposo amado, si bien se portaba con cortesía y consideración con ella, había de dejarla con el reconocimiento tácito de que su matrimonio había fracasado en el objeto principal. Anhelaba María estable-

cer la paz entre Francia y la nación de su marido. Sabía que la intriga francesa fomentaba activamente el movimiento revolucionario en Londres y en otras partes; que con dinero francés se pagaban multitud de folletos y publicaciones bufonescas contra ella y su fe; y que si no se hacía pronto la paz o se atajaba la agitación, había de lanzarse su país en la guerra o peligraría su trono. Pero sus esfuerzos en pro de la paz encontraban poca ayuda en Francia, pues cada paso que consolidara su posición y diera tiempo a españoles e ingleses para vivir en armonía bajo una ley, significaba la ruina de Francia; y el Consejo de María, y ella misma, aunque con más repugnancia, se vieron obligados a adoptar otra táctica y atacar de frente todo conato de rebeldía contra su poder.

La quemazón de los libros heréticos y sediciosos, entre ellos el libro de oraciones de Eduardo VI, no fue más que el preludio de la quema de personas, y Renard anunció al Emperador que medio año antes de la salida de Felipe de Inglaterra empezaría el holocausto. Poco importa que las persecuciones fueran religiosas o políticas—los apologistas de María y de Isabel se esfuerzan respectivamente en probar que sus víctimas eran delincuentes políticos, y esto es cierto mirando a la letra de la ley;—mas era evidente para Felipe y su padre que, cualquiera que fuese el pretexto para justificar la muerte de ingleses por el Consejo de María, las persecuciones no harían sino aumentar el odio contra España, y dificultarían el empleo de la ayuda inglesa contra Francia. Pero, a pesar de ello, Carlos no podía esperar más por su hijo, y a toda prisa ordenó que se presentara en Flandes.

Felipe acompañó a su mujer en pompa por Londres desde Hampton Court a Greenwich (1), para verificar su despedida, y allí la excitó a moderarse en los castigos, como también lo encargó al Consejo. María era también amable y benigna, pero

(1) Se había anunciado y creído, generalmente, que María había muerto, y los ciudadanos se regocijaron al verla en litera descubierta con Felipe y Polo cabalgando a sus lados.

de la estirpe de los Tudor, y vivía en una edad en que la vida del individuo se consideraba como nada ante la seguridad del Estado constituído. Además, los consejos de moderación provinientes de Felipe de España, patrocinador de la Inquisición, poca fuerza podían tener; aunque en tales circunstancias eran sinceros, pues Felipe era ante todo hombre de Estado, y la persecución en Inglaterra en aquel tiempo era contraria a su política. En todo caso, no se despidió Felipe de su esposa sin hacer cuanto estuvo de su parte para remediar las cosas. Quedó María desolada con su partida, que tuvo lugar en 29 de Agosto de 1555; mas se esforzó en parecer serena ante los espectadores de aquel cuadro. Con fuerte abrazo le despidió, y fué a buscar la soledad a un aposento desde cuyas ventanas se veía el Támesis. En tanto que la embarcación que llevaba al Rey a Gravesend seguía visible, los ojos de María, anublados en llanto, le seguían con enamorado afán; mientras Felipe, cortésmente continuaba agitando su mano y levantando su chambergo de plumas hasta que un recodo del río impidió verla más.

Renard había dicho la verdad. Aún no se había ido Felipe, cuando empezaron a encenderse las hogueras. Hooper, Rogers, Saunders y Tayor fueron abrasados dos semanas después: luego Riddley, y Latimer poco tiempo más tarde, para ser seguidos a los pocos meses de Cranmer y otros menos distinguidos. Gardiner, primer Ministro de María y su único consejero capaz, murió en Noviembre, precisamente en la ocasión de abrirse el Parlamento; y luego con Polo, eclesiástico en realidad extranjero, como su único guía, con el Consejo dividido, y ella misma cada vez más abatida, cayó María cada vez más abajo en la impotencia. Felipe había ordenado, antes de partir, le fueran remitidas copias de todas las reuniones del Consejo; pero vió pronto cuán difícil le era regular las acciones de los Ministros en provecho de su política, desde tan lejos; pues como al poco tiempo pidiera barcos ingleses para combatir contra Francia, halló al Consejo de la Reina tardo en la res-

puesta y no nada propicio; prometiéndosele que lo más pronto posible se enviaría para guarnecer el Canal. Esto no convenía a Felipe. Los barcos habían de ser aparejados prontamente y despachados; no a Dover, como había prometido el Consejo, sino a Portsmouth, para defender el paso del Emperador a España. Esto no eran sino primicias de la boda; lo que realmente necesitaba (y era ya el único beneficio que podía sacar de su casamiento), era que una Armada inglesa estuviese pronta, cuando él lo mandase, a lanzarse sobre Francia. La frialdad del Consejo inglés y sus continuas negativas a las proposiciones de María de darle la Corona matrimonial de Inglaterra cambiaron pronto la actitud de Felipe, y la suavidad con que tan singularmente se había hecho conocer en Inglaterra cedió la vez a aquella su habitual y seca altanería para con los ingleses que antes le había malquistado con los flamencos.

Había encontrado a su padre en el último gràdo de abatimiento espiritual y físico. Todo le había salido mal, y la pesadez de su tarea, más lejana que nunca de su fin, era mayor de lo que podía nadie soportar. «La fortuna»—decía él—es una cortesana que guarda sus favores para los jóvenes»; y así había determinado transmitir al joven Felipe su poderosa misión de unificar al mundo en la fe cristiana, como medio para alcanzar el predominio español. En Octubre de 1555, escena quizá la más dramática de la Historia, entregó Carlos a su hijo la soberanía de Flandes; y en 16 de Enero de 1556, la Junta de los Grandes de España, en el gran salón del Palacio de Bruselas, reitera el vasallaje de las históricas Coronas de Aragón y Castilla a Carlos V, en pro de su amado hijo único. La desdichada María Tudor fue desde aquel día Reina de España, como lo era antes de Inglaterra. Este título era vano para ella, aunque, por amor de su madre y por sí misma, quería a aquel país que fuera el único en ayudarla durante los días de sus tribulaciones, porque el nuevo estado de Felipe contribuiría a tenerla separada de él más que nunca. Felipe había prometido fielmente volver, y sus cartas repetían la promesa a cada momento. En cierta

ocasión, en que él estaba enfermo, envió María un propio a saber de su salud, pues vivía en zozobra. No era de importancia la indisposición, y ella fue debida a algún exceso que sobre la vida de cada día se permitió Felipe; tranquilizaba, pues, a su esposa y prometía el próximo regreso. El propio inglés, alborozado con estas noticias, dijo a algunos de los caballeros de Felipe que, aunque le llenaban de satisfacción las buenas noticias que podía llevar a la Reina, se guardaría muy bien de informarla sobre el hecho de que S. M. se había expuesto dos veces con aquel terrible tiempo que entonces hacía, ni de que hubiera danzado en unas fiestas, pues la Reina estaba muy alarmada siempre, y vivía tan acuitada por él, que se afligiría mucho (1).

Pero Felipe seguía sin volver, y pronto volvió a recaer María en desesperación al llegar órdenes de Bruselas, mandando que la nobleza y séquito del Rey en Inglaterra se pusieran en camino para España. El pueblo inglés siguió a la corte española, con placer, hasta el puerto, pues el temor de que sobreviniera la guerra era entonces más fuerte que nunca; pero para la Reina aquella partida fue golpe tremendo, pues ello significaba que su marido no volvería a vivir en Inglaterra. Pocos meses después, a principios del 1556, se rompió la alianza del Papa y del Rey de Francia contra el Emperador y Felipe, a causa de haberse formalizado una tregua entre éste y el de Francia, y por algún tiempo pareció que la situación mejoraba para María; pero en el verano de aquel año, la guerra con Francia empezó de nuevo, y Felipe se encontró frente a frente de una poderosa coalición del Papa, Francia y el Turco, o lo que es lo mismo, la guerra contra media Europa, y era entonces la precisa ocasión en que Inglaterra debía ayudar a España. Felipe escribía incesantemente, dando prisa al Consejo para que se le uniera en su guerra contra Francia; pero el

(1) Badoero al Dux: *Papeles de Estado de Venecia.* 15 de Diciembre de 1558.

Consejo contestaba con evasivas. La Reina se consumía en tristezas y disgustos, y trataba de hacer todo por agradar a Felipe. También ella tenía su resentimiento propio contra Francia, pues Noailles y su señor no habían dejado piedra que poner para estorbarla en su camino desde que subió al Trono. Pero su Consejo, y más sus súbditos, consideraban esto como un efecto de su matrimonio con el Rey de España, y sólo les importaba evitar la participación de Inglaterra en una contienda en que se ventilaba, principalmente, el dominio de España en Italia. María, además, estaba en la pobreza más angustiosa, por haberse resuelto firmemente a sancionar medida alguna que reintegrase a la Iglesia los diezmos y primicias; y los empréstitos obtenidos a la fuerza, de las clases pudientes, que sin razón se atribuía a obra de españoles para los fines de su campaña, había causado profundo descontento en el país.

Era evidente que nada se podía lograr de parte de Inglaterra para proyectos de España, a menos de realizar algún esfuerzo particular. Felipe se veía obligado a tomar el asunto sobre sí, e influir personalmente. El gozo de María, al saber que vendría, fue patético en alto grado, por más que Polo le avisara, como había ocurrido otras veces, de que Felipe no podía volver. La esperanza de ver a su marido pareció infundirle nueva vida y animación. Recorría todo Londres, visitaba a Polo en Lambeth y realizaba cuanto podía para conciliarse su voluntad. Desde entonces en adelante, durante muchas semanas, mientras el viaje del Rey estaba pendiente, el Consejo inglés tenía sesión casi día y noche, y no cesaban de ir y tornar correos de Londres, Bruselas y París (1). Los franceses reforzaban sus tropas alrededor de Calais y de Guisnes, y todo amenazaba una guerra entre Inglaterra y Francia, en cuanto Felipe así lo intimara.

El Rey desembarcó en Dover, en 18 de Marzo de 1557, y

(1) Michaeli, legado veneciano (*Calendario de papeles de Estado venecianos*), menciona una jornada extraordinaria de un correo por este tiempo, que fué de París a Londres en veinticinco horas.

otra vez su altanera frialdad dió lugar a signos de amabilidad para cuanto era inglés (1). Con gran placer de la Reina invirtió dos días en calma con ella sola en Greenwich, y luego la acompañó a caballo de Londres a Whitehall, yendo ella en litera. El recibimiento de los ciudadanos fue cortés, pero frío; pues aunque Felipe no era personalmente impopular, la idea de ir en guerra contra Francia por querellas de otra nación, era desagradable en extremo para los ingleses todos. Lo que complicaba la situación infinitamente era saber que Felipe estaba en guerra con el Papa—aquel enemigo capital violento de su casa y nación, el Cardenal Caraffa, Pablo IV,—y Polo, legado suyo, no podía ni aun tratar con el Rey, cuanto más secundar como Ministro una guerra contra el Pontificado de parte de Inglaterra. María también se encontraba solicitada entre su devoción a la Iglesia y su amor al marido. Su plan, como el de su Consejo, era ayudar con un contingente de tropas inglesas a Felipe, sin declararse en guerra nacional, y esto, según el tratado entre Carlos V y Enrique VIII, ya Felipe tenía derecho a reclamarlo, siempre que él fuera atacado por Francia.

Pero el Rey exigía más del país de su mujer de lo que le hubiera bastado a no haberse casado con ella, y así le daba priesa igual que al Consejo sobornado para que le concediesen mucha más ayuda de la que le ofrecían. Por fin triunfó en este punto, aunque se acordó que no habría declaración de guerra contra Francia, y sólo sí empleo de fuerzas inglesas para defender a Flandes y al territorio de Calais. Mandaríase 8.000 hombres de a pie y 1.000 de a caballo, y una flota inglesa con 6.000 combatientes, la mitad a costa de Inglaterra y la otra mitar a cargo de Felipe.

Acordado en esta forma, Francia atacó la primera, pues

(1) Refiere el mensajero flamenco Courteville que en su viaje a Canterbury entró en la catedral con espuelas, cosa prohibida; y siéndole reprendido por un estudiante, pagó Felipe la multa, vaciando el oro de su bolso en la gorra del estudiante.

conveníale evidentemente mostrarse en guerra franca, lo que le daba motivo para adoptar represalias en las costas de Escocia, mejor que combatir a contingentes ingleses al servicio de Felipe. Los protestantes ingleses desterrados en Francia fueron para ésta un gran subsidio. El temerario Stafford y la multitud de jóvenes insensatos que le seguían zarparon de Dieppe para Easter Sunday, con intento de apoderarse de la Corona misma de Inglaterra. Stafford capturó a Scarborough; pero él mismo fue apresado y pagó con la vida su tentativa. Aquel suceso conducía a un laberinto sin salida, porque los rebeldes habían partido de Francia, y el Rey francés los había ayudado, claro argumento de su enemistad. En 6 de Junio de 1557 declaróse, pues, la guerra entre Francia e Inglaterra, y Felipe, al fin, veía algún efecto de su matrimonio con la Reina inglesa. Odiaba él la guerra, y sus procedimientos no eran en lo más mínimo de Príncipe belicoso; pero la mejor coyuntura para asegurar la paz duradera consistía en mostrar su fuerza, mientras su influencia sobre la de Inglaterra se mantuviese, y se comprendía, en vista de la salud precaria de María, que esto no había de durar mucho.

A principios de Julio, Felipe caminaba por última vez de Gravesend a Dover por Canterbury, yendo al lado suyo en litera su mujer enferma. En 3 de Julio se despidió de ella a punto de embarcar en el bote que le había de conducir al galeón que aguardándole estaba. María, con la muerte en su corazón, volvióse de espaldas al mar, y fuese desolada a su mansión de Londres.

Los ejércitos congregados en Flandes, al mando del ilustre soldado Manuel Filiberto de Saboya, contaban hasta 50.000 hombres, y el ejército francés, acaudillado por Montmorenci, apenas llegaban a la mitad. Saboya empezó la campaña con varias escaramuzas rápidas que desconcertaron a los franceses, y luego súbitamente asaltó a San Quintín, en donde Coligny, con 1.200 hombres, se disponía a alojar antes que Saboya entrase. Encontrándose cogido en el lazo, pidió Coligny a

Montmorenci viniera en su socorro. Salió fallida la primera tentativa, y en 10 de Agosto, la mayor parte del ejército francés hizo un esfuerzo desesperado para entrar en la ciudad por lanchas sobre el Somme. No pudo ser, y las fuerzas de Montmorenci se vieron sorprendidas y tomadas por la estrategia superior del de Saboya. Dióse la orden de retirada demasiado tarde, convirtiéndose en verdadera desbandada de las tropas francesas. Seis mil franceses fueron muertos, y muchos más hechos prisioneros, con toda la artillería y el mismo Montmorenci, sin que quedara fuerza alguna entre las tropas victoriosas de Manuel Filiberto y las tropas de París. Felipe estaba en Cambray cuando se dió la batalla; y si hubiera sido guerrero, como su primo Saboya o como su mismo padre, hubiera conquistado la capital y tenido la Francia a sus pies. Pero, hízose sordo a las instancias de Saboya, y perdió aquella coyuntura, como otras tantas de su vida, por exceso en la deliberación. Cantáronse *Te Deums*, se prometieron ofrendas votivas, se echaron a vuelo las campanas, pero Felipe no adelantó un paso más. San Quintín estuvo en poder de españoles no más de quince días. Entregáronse al saqueo, asesinato y pillaje las bandas mercenarias de Felipe, y al desenfreno más horroroso, a despecho de las ordenanzas severísimas, no sin grande horror suyo, cuando comprobó tal relajamiento de la disciplina; mas luego, y a causa de aquella su demasiada deliberación que le perdía, acuarteló mansamente sus tropas en el territorio conquistado, en vez de llevar adelante sus victorias.

Los tudescos, descontentos con la parte que les cupo en el botín, agraviáronse y desertaron por millares; y los españoles declaraban que no se sentían con tripas para combatir delante de San Quintín. No animaba a sus corazones la guerra, porque nada les iba en ella, y otra cosa no demandaban sino tornar a sus hogares. En Londres, cuanto se hizo para festejar la victoria de San Quintín, obra fue de la Reina. Quemáronse pirotecnias en las calles, circuló la bebida profusamente, y Polo, en nombre de su Soberana, felicitó a Felipe, entendien-

do ser su triunfo una señal del favor divino; pero el pueblo no había menester ganar batallas en provecho ajeno, y así se negó a mostrar contento. Felipe, como de ordinario, estaba apurado de dinero, y antes que retener el insubordinado contingente de tropas inglesas durante el invierno, prefirió acceder a sus deseos, licenciándolas.

Mientras las fuerzas de Felipe se iban así desvaneciendo, a causa de su inercia, el brioso ejército francés, acaudillado por Guisa, que combatía contra los españoles a las puertas de Roma, fue reclamado repentinamente por Enrique II a la frontera de Flandes.

El Papa se había visto obligado a pactar con Alba, y se retiró de la guerra, dejando los mayores contrarios frente a frente. La fortaleza inglesa de Calais había sido desamparada, y al declararse la guerra, Noailles, de vuelta para Francia, insinuó que con gran facilidad podía tomarse. Guisa y su ejército de Italia aparecieron súbitamente ante la fortaleza, y capturaron el fuerte de Rysbank, en la isla arenosa que forma el puerto de Calais. Estas noticias llegaron a María al día siguiente (4 de Enero de 1558), a la sazón en que la Reina concebía nuevamente esperanzas de sucesión; y las recibió valientemente, despachando al punto socorros para reforzar la ciudad sin perder un día. Ordenósele a Lord Pembroke reclutar una fuerza de 5.000 hombres y pasar a Dunkerke, ciudad del dominio de Felipe. Pero antes de que estuvieran prontos, la situación de la plaza atacada había empeorado enormemente, trabajando la traición dentro y fuera de la fortaleza de Calais. Lord Grey de Witton, en Guisnes, estaba también apurado. «Mándesenos auxilios—decía.—Los he esperado de fuera de Inglaterra y Calais, y no sé cómo hacer para conseguir hombres y vituallas. Ahora no quedan ni unos ni otras para socorrer a Calais y las demás plazas de Vuestra Alteza, sino se nos envía alguna fuerza de Inglaterra mismo o de las tropas del Rey Católico.» El primer intento de asalto a la ciudadela de Calais fue fallido; pero pocos días después vino un gran golpe

de artillería para abatirla. Wentwort, su Gobernador, y Grey, el de Guisnes, enviaron mensajes a Felipe para asistirla; pero el tiempo urgía, y no se pudo improvisar fuerza suficiente para atacar a Guisa. Felipe, desde el principio, había ponderado a los del Consejo inglés la necesidad de ayudar a Calais; pero, como hemos visto, estaban agobiados, sin dinero y sin un jefe capaz. Calais fue abandonada a su destino, y en 8 de Enero de 1558 se entregó voluntariamente la plaza a los franceses. Pocos días más tarde cayó Guisnes también, y el último estribo de Inglaterra en Francia se perdió para siempre.

Tan pronto Guisa se hubo acercado a Calais, Felipe instruyó a su valido, el Conde de Feria, para que a toda prisa fuera a Inglaterra a buscar socorros con urgencia. Antes de partir, ya había sucumbido Calais, y al llegar a Durkerke para embarcar, supo lo de la pérdida de Guisnes; por lo que difirió su embarque para otro día, con el fin de no ser portador de malas noticias. El anuncio de los desastres ingleses había retumbado como un trueno en los oídos de María y sus muñidores; pero no fue para María causa de tanto abatimiento, porque aún esperaba que Dios la enviase un hijo, que haría cambiar el curso de los sucesos para bien. «Quisiera—decía—tener la cabeza de cualquiera de sus consejeros que se atrevían a hablar de paz sin la restitución de las fortalezas conquistadas, y ya se vería cómo Iglesia y pueblo abrirían sus arcas para suministrar recursos con que vengar el honor inglés y proteger el suelo de su Nación.

Feria llegó a Londres en 26 de Enero, y ya había dejado de subsistir la primera causa de su viaje con la toma de Calais. Vió a María en seguida, y la encontró animosa y esperanzada, deseosa de todo cuanto pudiera agradar a su marido, aunque dudaba de la buena voluntad de su Consejo. Dos días después, Feria encontró al Consejo en el palacio de Polo, y expuso las peticiones de su señor. María había dicho al Embajador que tanto el Consejo como el pueblo murmuraban que la guerra era sola incumbencia de Felipe, y pensaba que

sería menester grande audacia para deshacer esta objeción, antes que los Consejeros la utilizasen. Los Consejeros oyeron cortésmente el mensaje del Rey, y reconociendo que en principio estaban conformes con las ideas del Rey Felipe, que eran las de la Reina, pidieron tiempo para meditar la respuesta. Un día o dos después, el Consejo visitó a Feria, y fue el Arzobispo Heath el encargado de comunicar la respuesta. Estaba redactada en lenguaje sumiso hacia Felipe, y, en suma, iba llena de lamentaciones y desengaños. Lejos de poder enviar por los mares tropas de auxilio, estaban ellos necesitados de gente que defendiese el país. Las costas y la isla de Wight estaban a merced de los franceses, y, en especial, las de Escocia amenazadas ya de una invasión. Pero si el Rey Felipe les enviaba tres mil mercenarios alemanes, cuyo sustento podría correr a cargo de Inglaterra, se les acuartelaría en New Castle para proteger la parte Norte, y entonces ellos armarían en el Canal cien navíos con fuerzas suficientes, algunas de las cuales podrían emplearse, caso de necesidad, en servicio de Felipe. Feria declaró entonces que los cinco mil ingleses que había visto en Dover, prontos a embarcar, eran un hato de canallas, inútiles para soldados, y que él y su señor convenían en que nada de provecho podía esperarse de Inglaterra en auxilios de hombres que combatieran a servicio de extranjero.

«El país está en tales condiciones—decía Feria,—que si un centenar de enemigos desembarcaran, harían cuanto les viniera en gana» (1). Apoderóse el desasosiego de todas las clases en Inglaterra, a causa del disgusto que producía una guerra en provecho de España, y por las noticias inquietantes sobre la salud de la Reina. Según cuenta Feria, desde la caída de Calais no iba a la iglesia la tercera parte de las personas que solían antes concurrir; y cuando en conversación con la Reina le contaba el Embajador cómo los nobles españoles, en caso de guerra, estaban obligados a contribuir con crecido número de hombres de a caballo cada uno, la Reina movió tristemente la

(1) Feria al Rey. Mss. *Simancas Estado*, 811.

cabeza, convencida de que aquella práctica sería inaplicable en Inglaterra. «Entre toda la nobleza junta—dijo,—no se podría suministrar un centenar de hombres a caballo.» Reunido el Parlamento, al exponerse la petición de dinero, empezaron a susurrar que ya se mandaría directamente al esposo de la Reina, pues el altivo Embajador se burlaría con menosprecio de la manera mezquina con que los ingleses allegaban fondos para sus soberanos, y se añadía que ya podía darse por satisfecho si bastaban a sacar lo suficiente para la defensa del país, y que su señor no necesitaba para nada de ellos.

Felipe, que en realidad estaba muy apurado, insinuaba a María otros medios de aprontar dinero, fuera de lo que se votara en el Parlamento. En vano intentó Gresham tomar en préstamo 30.000 libras esterlinas en Amberes sobre el crédito de la Reina; los ensayos para sonsacar algún recurso a la Iglesia y a los nobles fueron de poquísimo resultado también. Lo que se obtuvo del acuerdo del Parlamento juntamente con los otros fondos que se pudieron reunir, fue enviado a Flandes para pagar la leva de alemanes al servicio de Inglaterra; a pesar de esto, pronto empezaron a oirse voces iracundas de que aquel dinero se destinaba para cosas de España. Los aprestos de la flota inglesa para la defensa, al parecer, de la costa, se llevaron a toda prisa a su término, porque los Consejeros ingleses, aturdidos, se dejaron engañar con la idea de que se iba a recobrar Calais, merced a un movimiento combinado de mucha importancia; cundió el espanto a la voz de hallarse en Dieppe una fuerte escuadra francesa, y que de las ciudades hanseáticas y de Dinamarca iban a precipitarse sobre la costa inglesa oriental; todo esto se decía para lograr la constitución de una flota poderosa que, aunque no ostensiblemente, en realidad había de servir los planes de Felipe. Pero cuando la flota estuvo pronta, tuvo cuidado Felipe de no permitir que Clinton se valiese de ella, como había querido (1). Y aquellos tan decantados merce-

(1) La flota inglesa fue el principal instrumento de la victoria sobre

narios alemanes, que en número de tres mil habían de venir a Inglaterra, no vinieron nunca, sino que a su debido tiempo se incorporaron al ejército de Felipe. Es digno de verse cuán astutamente Feria y su señor manejaban el ánimo de la Reina en contra de sus Consejeros, y viceversa. Con respecto a los dichos mercenarios, por ejemplo, aunque el Rey mandaba constantemente cartas y mensajes a la Reina, se abstenía deliberadamente de mencionar su propósito de emplear aquellos alemanes por quien ella había pagado. «No pongo nada de esto a la Reina—escribía.—Sería mejor que vos (es decir, Feria) trabajárais con prudencia con los Consejeros para inducirlos a que *nos* pidieran que les libráramos de esas tropas» (1).

Las esperanzas de María, tocante a sucesión, se vieron una vez más chasqueadas, y ahora, enteramente abatida, empezó a decaer. Polo estaba moribundo también, al decir de Feria; y todos los demás Consejeros, aunque constantemente estaban reclamando mercedes del Rey, iban siendo rechazados del nuevo régimen. «Aquellos a quienes Vuestra Majestad ha galardonado más, son los que sirven menos: Pembroke, Arundel, Paget, Petre, Heath, el Obispo de Ely y el Veedor.» Felipe mismo estaba decidido ahora a alejarse del todo, y para siempre, de su marchita mujer. «Lo que me escribís—dice a Feria—de visitar a Madama Isabel antes de dejar a Inglaterra, por las razones que me decís, me parece muy atinado; y yo escribo a la Reina que os he ordenado ir a ver a la Princesa, y pido a la Reina que os lo mande también hacer» (2). Feria, dejando harto alarmados a la Reina y al Consejo, fué a Hatfield a ver a Isabel, con toda clase de mensajes de amabilidad y significativas insinuaciones de Felipe; y salió de Inglaterra en Julio, dejando como sucesor suyo a un abogado flamenco llamado D'Assonleville.

---

los franceses y en pro de los flamencos, que se ganó en Tormes en Julio de 1558.

(1) Mss. *Simancas Estado*, 811.

(2) Mss., *Simancas Estado*, 811.

María había perdido toda esperanza: comprendía ahora que nunca sería madre; las persecuciones religiosas, y, sobre todo, aquella guerra en interés de Felipe, la habían hecho impopular personalmente, como nunca antes lo había sido; no tenía un solo hombre de Estado capaz y honrado junto a ella, pues Polo estaba a punto de muerte; tenía, en cambio, una gavilla de codiciosos, que no atendían sino a su interés; y la contristada Reina veía que no sería para ella la gloria de hacer a Inglaterra católica eternamente y conseguir la uniformidad de la Fe en el orbe cristiano. Al llegar el otoño, la situación de la Reina empeoró, y una fiebre constante la iba debilitando. En las últimas semanas de Octubre escribió D'Assonleville a Felipe que la salud de la Reina era desesperada, y se le dieron instrucciones a Feria para que se pusiera prontamente en camino para Inglaterra y permaneciera allí durante el período de transición que había de sobrevenir a la muerte de María. En 7 de Noviembre D'Assonleville escribió de nuevo, declarando que puesto que el Parlamento se había convocado para tratar de la sucesión, era de necesidad suma que Felipe, a ser posible, estuviese presente. Era verdad, pero Felipe tenía infinitas cosas a que atender, y aun tratándose de asunto tan importante como éste, no le era dable ausentarse de Flandes; porque los comisionados de la paz de Inglaterra, Francia y España, estaban en plena negociación, y la paz era para él ahora asunto de vital interés.

Feria llegó a Londres en 9 de Noviembre, y encontró a María postrada en su palacio de Saint-James, con raros intervalos de lucidez. Sonrió tristemente cuando el Embajador le entregó la carta de Felipe, y le saludó en su nombre; pero estaba en extremo débil para leer las líneas que él le había escrito; díjole que le enviaría un anillo suyo de los mejores, como prenda de su amor. La fiel Clarentius y Jane Dormer, su predilecta, que estaba prometida a Feria y fue, en efecto, más adelante su esposa, la asistían día y noche; pero los demás que la habían acompañado en sus días de gloria, preparaban su viaje para

Hatfield, a conquistar el afecto de aquella joven de rostro agraciado, labios sutiles y fría mirada, que tranquilamente se hallaba aguardando la Corona que el destino la tenía reservada. Feria no se descuidó de anunciar en voz alta la aprobación que el señor hacía de que Isabel sucediera en el trono de Inglaterra cuando María muriera, e hizo cuanto pudo para obtener de la primera alguna seguridad de que la fe y el culto católicos seguirían observándose en Inglaterra. Era Isabel fría y diplomática. Sabía bien que en todo caso a ella correspondería la sucesión, y estaba de acuerdo con sus amigos en usar de toda cautela para no comprometerse demasiado para el porvenir; y cuando Feria, dejando a la Reina en su lecho de muerte, se puso en camino para Hatfield para ver a la Princesa, ella empleó toda cortesía, pero rechazó firmemente toda sugestión de reconocerse deudora en lo más mínimo al patrocinio del Rey de España.

María, en sus intervalos de lucidez, aparecía devota y resignada, consolando a los pocos amigos que habían quedado apenados alrededor de su lecho de muerte, y exhortándolos a la fe y a la fortaleza. Era el 17 de Noviembre, en un lúgubre amanecer; la luz porfiaba enconada por abrirse paso entre las nieblas que se levantaban de las charcas entre Saint-James y el Támesis, a la hora en que se celebraba la misa cotidiana en la cámara mortuoria de María. La Reina estaba enferma de muerte ya; pero el Sacramento que ordenó se le administrara por última vez vigorizó la estragada salud de su cerebro, y las nubes que oscurecían su inteligencia se disiparon, cediendo el paso a una luz casi sobrenatural. Repetía las respuestas clara y firmemente, y cuando el celebrante cantaba el *Agnus Dei qui tollis peccata mundi,* exclamaba ella con clarísima entonación: *Miserere nobis! Miserere nobis! Dona nobis pacem!* Luego, al elevarse la Hostia, se inclinó ella en adoración, cerrando los ojos, que no abrió ya más sobre aquel mundo que tanto la había conturbado.

Y así, con la oración de misericordia y paz en los labios,

y su última mortal mirada fija en el sagrado misterio de su fe, acabó su vivir María Tudor (1). Su vida no fue más que un episodio pasajero en la Reforma inglesa; porque se frustraron sus intentos desde un principio, a causa de su casamiento impopular y la conducta de sus asesores eclesiásticos en lo tocante a religión. Como su madre y su abuela Isabel, no condescendió a pactar con lo que consideraba mal. «Antes perdería diez coronas, si las tuviera, que hacer traición a mi conciencia», eran sus palabras; y, aunque en grado inferior, esta era también la actitud de Felipe. El destino quiso que ambos vivieran en un siglo en que la rigidez de las creencias chocaba con el resurgir de la antigua ciencia y la distinta y más amplia manera de considerar la vida que trajo el Renacimiento. Tenían enfrente rivales cuyas condiciones eran muelles como la cera; pero determinados, no sólo a vencer, sino a aparecer en posesión de lo razonable cuando de sacrificar los principios se trataba; y el combate era desigual. María no podía cambiar—solamente una vez, obligada por la tremenda fuerza de las circuntancias, llegó hasta pretender señalar ella un nuevo camino en cosas de religión,—mientras que Isabel cambiaba tantas veces y tan completamente como cuadraba a sus fines. Felipe tenía un sistema único e invariable de convicciones y modos; sus rivales no tenían ninguno, pero los inventaban y dejaban cuando la ocasión se lo aconsejaba.

Y así fue como fracasó María Tudor: por desventura; pues era naturalmente buena, y hacía cuanto podía por conformarse a los dictados de su conciencia. Pero los defectos de su linaje eran en ella extremados; era Tudor, y, en consecuencia, terca y dominadora; era descendiente de Isabel la Católica, y, por lo mismo, místicamente devota y exaltada, no dándosele nada del dolor humano, si en su consideración entraban desig-

(1) Esta relación de los últimos momentos de María aparece en la *Vida de Jane Dormer, Duquesa de Feria*, escrita por su confesor y secretario, P. Clifford.

nios santos. Era Reina inglesa, enorgullecida con su reino insular; princesa española, casi igualmente enorgullecida con el país de los Reyes Católicos; y, como coronamiento de todo esto, era la esposa de Felipe II, comprometida en la causa por la que él vivía: la unificación de la fe cristiana y la destrucción del poder de Francia. Al año de su muerte, Inglaterra era una nación protestante y Felipe estaba casado con una princesa de Francia.

MARTÍN HUME

JULIO LEMAÎTRE [1]

I

El diletantismo.

Durante la marcha, habíamos discutido largamente, mi compañero de andanzas y yo, sobre los ingenios del Norte, extraños, misteriosos e inquietantes, y los de las razas latina y griega, puros, claros, palpitantes de luz. Al llegar a la cumbre de la colina, el horizonte nos ofreció perspectivas magníficas y contradictorias. Ante nosotros, un lago perezoso languidecía en un azul estremecimiento de sus adormecidas ondas, y el ocaso que duplicaba su esplendor en aquel espejo, dejábale el reflejo de largas franjas de oro de inefables tintas; nada quebrantaba la armonía de tales líneas y tales matices; flotaba allí tanta pureza y tanto halago, que el alma se llenaba de dulzura y gozo. En cambio, si nos volvíamos, surgía un caos de montañas entre la sombra de densas nubes; hubiérase dicho un mar embravecido, paralizado repentinamente entre tinieblas; las líneas se entrechocaban y las tintas sombrías se confundían, y, sin embargo, desprendíase una rara grandeza de aque-

(1) Julio Lemaître, el gran crítico francés, ha fallecido, y como tributo a su inolvidable memoria, publicamos este estudio magistral de Enrique Bordeaux.

lla visión a lo Gustavo Doré; por momentos, aquí y allá, un rayo del sol poniente atravesaba la sombra e iluminaba un prado verdoso o alguna vivienda agarrada al flanco de los montes, y estos oasis luminosos resplandecían en su marco de tristeza misteriosa.

Había allí como una simbolización de los genios; así se nos aparecían en su gloria pura y luminosa los artistas de Atenas y del Renacimiento; así se nos aparecían en su tenebrosa rareza los artistas de Alemania, de Inglaterra y de Noruega.

—¿Recuerda usted—dije a mi compañero—el rayo de sol que, en los *Aparecidos*, de Ibsen, desgarra en la hora suprema las nubes que entenebrecen el drama? La luz que surge en la sombra aumenta su magia, y prefiero esas líneas imprecisas que se mezclan confusamente en una inquietante magnificencia, al uniforme esplendor de ese lago tranquilo y sereno.

—Yo también—me contestó él—he preferido mucho tiempo la belleza que se busca, se oculta y se revela lentamente, como por sacudidas y relámpagos, a la que se ofrece por sí misma e invita al amor. Parecíame que el arte se embellece con el misterio, y que lo infinito de las músicas indecisas o de las tintas desconcertantes nos acercaba a la inefable visión de ese Infinito que atrae a nuestras almas. Las últimas sonatas de Beethoven, las sonrisas llenas de enigma de las mujeres de Vinci o de los prerrafaelistas ingleses, las confusas maravillas de los símbolos wagnerianos, las inquietudes de Hamlet o de Rosmer, me turbaban más profundamente que la clara irradiación de las obras de Mozart, de Rafael, de Racine y de todo el arte de los helenos.

—Así como casi todas las grandes obras—insistí—son tristes, al pronto parecen oscuras, y me agrada esa oscuridad que aparta a las muchedumbres irreflexivas. Nos dan así la sensación de lo Inconocible, la melancólica añoranza de eso desconocido que nos rodea, y cuya grandeza presentimos, el deseo de elevarnos por encima de las brumas terrestres hasta la Idea pura, al fin revelada. Y los relámpagos que proyectan sobre la

vida humana son más resplandecientes que la luz continua emanada de las bellezas demasiado fáciles de comprender.

—Ya no creo en esas cosas—replicó él entónces.—He abandonado, para siempre quizá, los países de las brumas y de los soles pálidos por los países de cálida y bienhechora claridad. Nuestro genio galo, latino y heleno, es, en definitiva, el más puro y más pujante. Y nada vale ya para mí como la inefable pureza de las formas antiguas, simbolizada en mi memoria en un grupo de Niobe y sus hijos, de palpitante gracia, que largamente admiré en los museos italianos. Nada hay, de otra parte, más inquietante que esa pureza, porque en las obras bellas las líneas precisas y los contornos bien delineados se hacen más vagos en nuestro ensueño que los prolonga, y precisamente los poemas más claros pasan a ser en nuestro pensamiento los más misteriosos, los más favorables a los sueños. El cuerpo necesita calor y el espíritu luz. El sol es el fecundo dispensador de vida y claridad: hacia él debemos encaminar todos nuestros anhelos; por él se desarrolla y prospera la vida, y la inteligencia engrandece sin cesar sus visiones.

En las horas en que el alma se forma, nuestro pensamiento, deseoso de saber y amar, va a veces, cansado de las bellezas clásicas y de las formas puras, a pedir a las literaturas decadentes, a los genios confusos y desordenados, el secreto que otros no han sabido decirle. Todos hemos experimentado el atractivo de languidez y de rareza que nos revela un poema de Baudelaire o un cuadro de Gustavo Moreau; pero ni éstos ni los otros satisfacen nuestro espíritu, porque el deseo es por esencia insaciable. Y, siempre descontentos, la mayoría vuelve, como he vuelto yo, a la belleza pura, simple y natural, que dieron alegremente a luz pueblos maravillosamente prendados de la línea y del color, como los de Grecia o de Italia.

—Hay—repuse,—en la presa del genio sobre nuestra alma, un misterio harto complejo a mis ojos para ser resuelto así. ¿Sabemos con precisión por qué tal escritor nos impresiona más que otro, a pesar de su frase inculta o de su pensamiento

oscuro? ¿Sé yo por qué la lectura de Ibsen se apodera por completo de mi alma, de mi alma, que permanece casi siempre indiferente ante los dramas sociales de Dumas, frecuentemente hermano de aquél en rebelión, y por qué la *Sonata patética* me afecta más íntimamente que todas las obras de Mozart, cuyo genio, no obstante, admiro? Raras correspondencias unen nuestros pensamientos a los de los artistas, y somos inconscientes violines de las melodías, frías o entusiastas, que suscita en nosotros el arco paseado por nuestras fibras.

—Es que, en todo estudio de una obra de arte, hay que distinguir dos elementos: el que proporciona el artista y el que suministra el lector, oyente o contemplador, según que se trate de poema, de música o de cuadro. Con arreglo al elemento que domine, la sensación será distinta. Bien sabemos todos que dos o tres libros solamente orientaron nuestro pensamiento en la juventud, y que en todas las obras posteriores no busca más que una satisfacción del diletantismo, o una certeza del espíritu, satisfecho de mirarse en la obra del genio.

—Un gozo sería contemplarse a sí mismo a través de todas las obras de belleza, admirar alternativamente los genios inquietos y confusos y los genios puros y serenos, y sentir la propia vida dominar todas las sensaciones. ¡Qué vital sueño el de comprenderlo todo!

—Y conservar la facultad de gozar de todo—añadió él.—Porque la ciencia del doctor Fausto no le preservó del tedio. Sí, el diletantismo es el sueño de gozar de todas las cosas; por eso es irrealizable.

Mientras que hablábamos, el ocaso había palidecido, y la noche había bajado sobre el horizonte entristecido. Y el misterio de las noches había dejado arrastrar sobre la tierra su velo de impalpable bruma; de suerte que nuestros ojos no distinguían ya sino una confusa visión de cosas, en el puesto de los esplendores recientes. Así, nuestros símbolos de luz y de sombra habían desaparecido, mezclándose en el sombrío cre-

púsculo, como nuestros pensamientos contradictorios se habían mezclado en un solo sueño, indeciso y vago, de abrazar todo el Arte y toda la Belleza...

Este sueño de abrazar toda la eterna Belleza, de gozar de todas las manifestaciones del pensamiento, cualesquiera que fuesen las razas y los pueblos que las hayan producido, ha venido a mi espíritu al leer las obras de nuestros modernos diletantes; y una reflexión me probaba que el diletantismo no se practica más que entre las razas claras del Mediodía, donde la luz incita al goce. Los Julio Lemaître y los Anatolio France, cuya flexible imaginación reviste mil formas y borda sus variaciones sobre todos los temas, no se conciben oriundos de los brumosos países de Alemania o de Inglaterra.

Prefiérase el genio sajón, germano o escandinavo, al genio latino o griego, no es menos cierto que los climas templados dieron a los pueblos que los habitaron una dulzura de costumbres y una gracia de expresión sin iguales. Canta claro, decíase del gallo galo; cantan claro, podría decirse de nuestros modernos escritores galos, de los que han sustraído su estilo a las influencias extranjeras. Solamente, en fin, las razas helena y latina saben divertirse y saben expresar sus alegrías sencillas; un Rabelais no pudo nacer sino en Galia, lo mismo que un Beaumarchais o un Meilhac. Allí es donde la felicidad parece ser el único fin del hombre y donde la existencia tiene por base el placer. Y, sin embargo, allí también los grandes Inquietos de nuestro tiempo, los Flaubert, los Leconte de Lisle, los Loti, los Bourget, arraigaron profundamente, llamando a la nada o a la luz, penetrando en lo más íntimo de nuestro sér. Hasta tal punto parece que la vieja tierra de los galos es a la vez la patria de la Alegría triunfante y del Deseo irrealizable.

Dos razas de artistas se han desarrollado, sobre todo, en nuestra Francia moderna: la de los Diletantes y la de los Inquietos. Ha pasado o no ha llegado aún la hora de los creyentes, y, si Zola se obstina en una fe en la Ciencia, que le ha en-

gañado por completo; si Melchor de Vogué contempla en lo futuro la Cruz salvadora, sobre el edificio de la Ciencia, la mayoría de los escritores busca la estrella que guíe su arte, vacilando en las encrucijadas de los caminos harto numerosos, y sin saber sobre qué base fijar su voluntad. Demasiada inteligencia e insuficiente voluntad; tal parece ser su estado de alma. Los unos toman el partido de flotar sobre las cosas sin poder fijarse; otros se obstinan en la dolorosa pesquisa de una verdad que sin cesar se oculta; y esta diferencia que los separa es de una esencial importancia.

Todo hombre que reflexiona sobre la existencia, se constituye en sueños una vida ideal que hubiera deseado. Julio Lemaître, al analizar este deseo, formula así su opinión: «En suma, hay tres vidas dignas de ser vividas (aparte la del perfecto budista, que no pide nada): la vida del hombre que domina a los otros hombres por la santidad o por el genio político y militar (Francisco de Asís o Napoleón); la vida del gran poeta que da realidad a representaciones más bellas que la realidad misma, y tan interesantes (Shakespeare o Balzac), y la vida del hombre que conquista y subyuga a todas las mujeres que encuentra en su camino» (Richelieu o Don Juan). Y con ese pesar que da un sueño de amor, añade: «Este último destino no es el menos glorioso ni el menos envidiable.» En esta enumeración, no ha olvidado más que la existencia que él se había elegido: la del diletante, que quiere gustar de todas las cosas y respirar su dulzura. Tal vez la omitió a propósito, por haber sentido la vanidad de ella, como hubiese sentido la vanidad de los otros destinos si los hubiera recorrido.

Comprender es el reflejo de crear. Por la comprensión revivimos la creación de una obra y adquirimos conciencia de nuestra inteligencia creadora. Pero, para que nuestro goce sea intenso, es preciso que no abdiquemos nuestra propia personalidad; importa que nos recobremos en seguida, a fin de tener el retroceso necesario para juzgar mejor la obra. El diletante pone, pues, en juego varias facultades; Julio Lemaître las

enumera así: «Hay en el diletantismo un deseo de comprenderlo todo, y un don de pronta *simpatía*, con el deliberado propósito de reaccionar por el temor de ser engañado. Compónese, pues, al mismo tiempo, de imaginación simpática y de desconfianza intelectual..., y así puede ser la peor cosa, o la mejor; todo depende de la dosis de los dos elementos componentes, y esta dosis depende a su vez del temperamento de quien lo practica...» Sobre la ligereza de intelecto que prontamente hace familiares todas las acciones y sensaciones, necesita el diletante la simpatía, que deja eternamente a las cosas su encanto de atractivo, y aleja el cansancio tan penoso y tan deprimente y también la facultad de desprenderse de la cosa amada, luego de haber saboreado sus delicias. Este dón supremo lo definía Paul Bourget: «un arte de transformar el escepticismo en instrumento de goce».

El diletante es evidentemente escéptico; pero de un escepticismo refinado y voluptuoso, que se complace en él mismo y halla en él su dicha. El escéptico que no tiene apego a sus ideas, y sabe deslizarse delicadamente sobre los sentimientos y pensamientos, desarrolla en sí todas las gracias amables, frívolas y dulces. No trata de convencer, le basta con agradar; fácilmente, con una negligencia llena de encanto, aplaude todas las opiniones, con tal de que estén bien expresadas, y se place en las contradicciones de los espíritus, cuyos opuestos razonamientos saborea.

Sutil y ligero, dulce a las personas y simpático a las cosas, está maravillosamente dotado para gozar de la vida. Triunfa en la conversación, porque, indiferente a su propio pensamiento, tiene los dones que encantan en la charla: la tolerancia y el arte de no insistir.

Cuando Bourget, en un admirable estudio sobre *Renán*, definía el diletantismo: «una disposición del espíritu, muy inteligente y muy voluptuosa a la vez, que nos inclina alternativamente hacia las diversas formas de la vida, y nos conduce a prestarnos a todas esas formas sin entregarnos a ninguna»,

daba una definición general aplicable a la vida, más bien que al arte. Frente a esta frase podía evocarse a los prodigiosos artistas del Renacimiento, cuya vida se multiplicaba en sensaciones poderosas y palpitantes aventuras, que podían libremente desplegar sus energías intactas, y conocer de la existencia lo más alegre y lo más trágico, juntamente: el Tiziano, Benvenuto Cellini, Leonardo de Vinci, Rubens, parecen haber sentido todo y expresado todo, uniéndose en ellos la inteligencia y la voluntad, el poder de sentir y la facultad de crear.

Lo que era frecuente entonces se ha hecho raro hoy. La vida está demasiado trabada, encauzada, reglamentada, para que renazcan esos despliegues de energía, y los convencionalismos sociales se alzan inevitablemente contra el artista de caprichos desmesurados, de sueños raros. Hoy el diletante puede tratar de dar variación a su vida con el cosmopolitismo: la diferencia de cielos y paisajes cautivará su vista; pero a su espíritu presentará la vieja Europa fatigada la identidad de costumbres. Quédale abierto un campo más vasto. Al recorrerle, conocerá en lo pasado y lo presente las diversas sensibilidades de los hombres, y sus sueños de belleza y de metafísica; con esto, multiplicará su vida y dará a su *yo* todas las encarnaciones del deseo. De todas las obras de arte, recogerá la suavidad de un perfume delicado o la caricia de un sueño sutil. Y mientras que admira contradictorios esplendores, tendrá la alegría de sentirse sobrevivir a la muerte de sus sensaciones; burlará la brevedad de la vida al engrandecer su intensidad, y su *yo* se ensanchará hasta el punto de sostener todo el universo que refleja.

Pero el diletantismo se traza a sí mismo los límites. Su dominio es el goce: más allá se extiende la inquietud. El diletante jamás se entrega por entero a la obra de arte que admira; así es, que a veces no llega hasta el alma de esa obra. Por esto, los Inquietos, que se entregan de corazón a su nostálgico deseo de hallar una certidumbre, experimentan, al contacto

de ciertas palabras o de ciertas músicas, misteriosos estremecimientos que no sentirán nunca los diletantes. Leed a los más sutiles y maravillosos de estos, Anatalio France y Julio Lemaître; estudiad sus sensaciones de estética frente a Shakespeare, Ibsen, Tolstoi: comprenden quizá todos los matices; pero no están *subyugados,* no lo estarán nunca, y aquí se halla su inferioridad. Lemaître confiesa que no le gusta de los autores extranjeros sino aquello en que se nos parecen. Ibsen le interesa sencillamente como una curiosidad, y después de haberse sorprendido admirando *El poder de las tinieblas*, parece temer el ridículo, y toma en broma al viejo Akin, al que llama el «pocero místico», y de quien debería meditar la frase: «Hay que tener un alma.»

Hay que tener un alma para creer o para llorar sobre la creencia muerta o el deseo de creer. El diletante no ve en su alma sino la dificultad de comprender y de sentir; el inquieto de la vida presiente en aquélla una conciencia superior a las vanas curiosidades y a los placeres intelectuales. Sufre con esto, porque no puede fijar su incierto pensamiento; pero tiene, cuando menos, ese raro dón de penetración que le hace descubrir, hasta el sufrimiento, la esencia de una obra de belleza. Basta comparar los estudios críticos de France y de Bourget, para percibir la diferencia que separa a un diletante de un inquieto—hasta en igualdad de inteligencia—en la comprensión de una de esas obras que hacen largamente pensar.

Puede haber, sin embargo, grados de escepticismo de los diletantes. El de France es deliberadamente agresivo y de una ironía un poco desdeñosa; el de Lemaître está penetrado de simpatía y de indulgencia; es, por decirlo así, moral y, sin perjuicio de ser alegre y hasta impertinente, está lleno de buena fe y de dulzura. Hay en él un hombre honrado con principios para la conducta de la vida, y un saltarín curioso de arte y de ideas, que se acomodan como pueden para vivir juntos; pero, como la existencia está llena de contradicciones, hacen buenas migas. Así, pues, se puede buscar en Julio Lemaître la

encarnación del diletantismo moderno, con sus alegrías, su invasión del espíritu, y hasta esa rara tristeza que a veces le acompaña, porque cansa incluso el gozar, y la frase de Próspero de Renán es eternamente verdadera: «Una copa es por esencia agotable.» Además, los escritores muy inteligentes de una época han recorrido todas las ideas de ella, y ofrecen en sus obras el reflejo; por lo tanto, aun cuando otros artistas nos sedujeran por una mayor potencia creadora, siempre serían los aludidos de un interés más directo para la historia intelectual de su tiempo. En fin, el autor de los *Reyes*, que de otra parte atrae irresistiblemente por la gracia de su ingenio y la calidad exquisita de su sensibilidad, ha simbolizado diferentes veces en sus libros, en un personaje, el alma de nuestro diletantismo contemporáneo.

II

La alegría del diletantismo.

Con una falta absoluta de respeto a la musa provinciana, Julio Lemaître, en un artículo que causó pena al infortunado Josefino Soulary, compara justamente el famoso soneto de los *Dos cortejos* a esas cromolitografías en las que se ve, de un lado, el *sobrino atrapado por el tío*, y del otro, *el tío atrapado por el sobrino*. Me he acordado de esta comparación al leer consecutivamente el primer estudio de Lemaître acerca de Renán, y los estudios siguientes que le consagró; en el primero, el crítico, que, aun cuando fino y delicado, tenía aún algo de provinciano, se asombraba de muchas cosas y, sobre todo, de la alegría de Renán, que se le antojaba imposible de conciliar con su doctrina de desencanto, y, astutamente, hacía el balance de las contradicciones; en los otros, ya no se asombra de nada: construye agradables paradojas y exalta al Maestro, al que declara escéptico por haber abrazado demasiadas certezas. Y emparenta tan directamente con el gran filósofo, a pesar del

giro bien personal de la frase y del pensamiento, que involuntariamente se piensa en el tío Renán, atrapado por su sobrino Lemaître en flagrante delito de contradicción; luego, en el sobrino Lemaître pillado por su tío en el mismo estado.

Julio Lemaître es, en efecto, uno de los espíritus más flexibles y más varios de este tiempo. Como el de Renán, con menos música e imprecisión en la frase, su pensamiento es difícil de coger, no en sí mismo, porque es siempre de una claridad maravillosa, sino en toda su obra, en el que aparece complejo, múltiple, diverso. Habla en una de sus páginas de los escritores cuyo encanto es difícil de fijar en una fórmula: él mismo es uno de éstos. Ninguna fórmula podría encerrar toda su seducción y toda su alma cambiante. Agrada, seduce, atrae; pero se desliza, huye, se desvanece, dejando la impresión de un sueño delicioso, que no hubiera surgido sino para disiparse en seguida. Recuerdo una pantomima de un teatro de ferias—lo que no es para desagradar a un enamorado del *Gato Negro* y de las marionetas,—en la que unos gendarmes trataban de prender a un ladrón, que se les escapaba sin cesar cuando creían atraparle, dejándoles sucesivamente una docena de chaquetas y otras tantas de chalecos. De igual suerte—a pesar del gusto deplorable de esta comparación—no puede uno apoderarse sino de la apariencia del pensamiento de Lemaître, que siempre se escapa cuando se le cree cogido. Pero, ¿sería diletante, si fuese de otra manera?

Alternativamente, poeta, crítico, cuentista, novelista, autor dramático, se ha contemplado en todo y se ha encontrado muy interesante: así ha escrito en doce volúmenes de crítica la historia de sus sensaciones; esto, para hacer rabiar a Brunetière, el defensor reconocido de la crítica impersonal, y para aumentar, en la medida de sus fuerzas, la parte de goce literario de la humanidad. Como es el hombre-Proteo, cada cual puede hallarse en él, a condición de ser muy delicado; como sabe extraer de una cosa todo el placer que pueda ella ofrecer, nos hace amablemente participar de su dicha.—No es serio, dicen algu-

nos. ¿Cómo queréis tener confianza en un crítico que ha expresado el deseo de releer seriamente en la segunda mitad de su vida los libros de que haya hablado en la primera?—Es paradójico, dicen otros, y nunca se sabe si se burla de las cosas o las admira.—Todo esto importa poco; posee los dos mágicos poderes que seducen a los hombres: agrada y hace reflexionar. El uno le es natural, el otro ha nacido sin pensarlo.

Por añadidura, muéstrese alegre o triste, serio o frívolo, hable de él o de los otros, desconcierta el análisis, en una época en que se han encendido tantas luces, que ya no se ve nada. Leed los filósofos: veréis que optimismo y pesimismo es en el fondo la misma cosa, que los términos contrarios son igualmente justos, y que blanco y negro son idénticos. Leed los críticos: veréis que las cosas más claras son las más complicadas, y os enteraréis, por ejemplo, de que Alcestes y Filinto, que habéis creído opuestos, son en el fondo el mismo personaje, y que Filinto no es sino un Alcestes tranquilizado. Leed los novelistas: veréis que no se ama sino a uno mismo en los otros, y que cuando se cree amar, se engaña uno. Verdaderamente, la existencia se hace difícil a los que piensan: no se comprende nada de nada; tal es la conclusión lógica de nuestra época de análisis, que ha querido revelarnos todo y percibirlo todo, y casi se compartiría la desesperación de aquel pobre hombre que había pensado formarse exactas nociones de todas las cosas, y que, ante tantas complejidades y contradicciones, volvíase hacia la muerte, exclamando: «Decididamente, la vida es demasiado complicada para mí, y me voy.»

No es necesario comprender, diría, sin duda, el autor de la *Rôtisserie de la reine Pédanque*, basta gozar. Y, en realidad, la frase de Julio Lemaître es una amable compensación de los cambios de su pensamiento: éste se agita, brinca, bulle, da cabriolas; pero en esas cabriolas halla medios de evocar los ritmos universales que rigen las cosas, como esas mujeres que no buscan sino el agradar, y que, no obstante, llevan en ellas como un reflejo de la eterna y misteriosa Belleza.

El escepticismo de este diletante es de una deliciosa e ingenua dulzura; está formado por una rara alianza de candor y de refinamiento, de candidez y de sutileza. Así se preserva de la sequedad y de la decepción: conoce esa filosofía práctica que enseña a no pedir a las cosas nada más que lo que puedan dar, y a prescindir, para gozar del presente, de la añoranza de una pasada vida o del deseo de un futuro ineludible. Sabe así interesarse vivamente en todos los espectáculos, sin conmoverse nunca con exceso. En suma: refiriendo a sí mismo todas las cosas, se constituye en centro del universo; con gracia lo confiesa así: «Yo no amo sino a mí, sea en mí, sea en los otros. Esto quiere decir que yo soy como todo el mundo.»

Para gozar mejor, mantiénese alejado de las sensaciones demasiado intensas, que se hacen dolorosas, y de los espectáculos demasiado profundos que cansan y enervan el pensamiento. Como no comprende bien sino lo que puede sentir, las pasiones demasiado vivas le son antipáticas. El fanatismo le es extraño, ha dicho. ¡Ah!, sí, ciertamente, y la creencia también, aunque a veces parece que la mira con un poco de melancolía. Los artistas que han tenido demasiada fe o demasiado escepticismo, son prontamente derribados por el crítico. El *Cid* de héroes apasionados e ingenuos le parece singular, magnífico y lejano; hace títeres sin miramientos con el príncipe Hamlet, como si éste fuese su enemigo personal, y presentía en él al viviente Dolor del pensamiento, y la Censura de su escepticismo; al místico rebelde, que es Polinto, prefiere Severo, que es algo renaniano; y, si le gusta un Dumas, el observador agudo y el moralista sin piedad, no puede dejar de parecerle algo fastidioso con su pretensión de dirigir las conciencias, y le llama un Jeremías *boulevardier*, un profeta de Israel que hace frases.

Es que los hombres de fe son contundentes en sus juicios, inconmovibles en sus concepciones y hasta un poco ridículos en su intransigencia. Todo es verdad y todo es mentira en la tierra; luego los que afirman, pecan siempre por algún lado; tal

parece ser la regla habitual de los diletantes. El miedo al ridículo es la gran preocupación de Julio Lemaître. Si ve que se desbordan sus admiraciones y entusiasmos, contiene prontamente tales desbordamientos, por medio de hábiles *quizás* o *casi* salvadores. Termina una parrafada moralista con una carcajada, como aquella deliciosa conferencia acerca de la *Hedda Gabler* de Ibsen, en la que predicaba la bondad y la sencillez del corazón, y terminaba así su requisitoria contra la extravagante noruega: «Hace algunos años, yo no hubiera sin duda visto en ella sino un tipo francamente curioso de mujer aburrida y rebelde, y hubiera pasado por inteligente. Pero he querido ser moral porque se debe serlo, porque hablaba a muchos hombres y mujeres reunidos, y porque esto agrada a Paul Desjardins.» Notad que el autor del *Deber presente*, de inquieta conciencia, es aquí la última preocupación de Lemaître; ha sentido hasta el alma el peligro de la harto aguda celebridad que pintaba en su personaje el autor noruego, y ha comprendido que el atractivo de esos seres raros y neuróticos podía desviar de la contemplación del verdadero fin de la vida; pero le ha parecido divertido atenuar el alcance de sus palabras, porque se iba a olvidar tal vez de su escepticismo.

Su inteligencia palpitante de sensibilidad se asusta ante la idea del menor paso en falso. De aquí sus vacilaciones, sus timideces, sus retrocesos. Necesítase un poco de ignorancia para ser atrevido; él no ha conservado ninguna; se conoce demasiado a sí mismo, y, al dudar de él, duda de todos. Sus cualidades favoritas son el buen gusto, el tacto, la delicadeza: perdería la cabeza antes que renunciar a ellas. Y puede juzgarse de su adhesión a lo discreto y las ideas templadas por la energía que despliega, allí solamente, contra el espíritu jacobino y la vulgaridad. Carecer de gusto y de tolerancia, es a sus ojos el crimen más imperdonable. Conocidos son su odio legendario contra Jorge Ohnet, al que quemó a fuego lento, ayudado por su cruel cómplice Anatalio France, y su hermo-

sa defensa de la libertad de pensar, cuando la prohibición de *Thermidor*.

Hombre honrado, ha combatido varias veces la desmoralización de los humildes y de los que sufren, y mostrado las leyes de bondad y de caridad necesarias para la vida social; pero siempre se detiene a tiempo para disimular sus buenos sentimientos, como si fuese ridículo abogar por la virtud. Si combate el vicio, es riéndose, y si defiende las creencias, es volviéndoles la espalda. No se entrega nunca. Ahora bien; es necesario entregarse para indignarse y ser elocuente. Pero la elocuencia no es inteligente a sus ojos, indica un fondo de brutalidad y de énfasis que no podría aprobar un diletante; desordena la armonía de los sentimientos y turba los corazones tranquilos; así, pues, conviene evitarla cuidadosamente.

Hay en Lemaître un fondo de rebeldía contra los convencionalismos y las hipocresías. Teme revelarlo, porque tiene miedo de excederse; pero no se incomoda porque otros combatan esos convencionalismos e hipocresías. Por eso guarda un rincón de su corazón para los artistas sinceros, aunque falten a las reglas y a los miramientos que él usa: Villon y Verlaine, ese dúo de bohemios que se dan la mano a través de los siglos, le agradan íntimamente, y tiene debilidad por los audaces que dicen lo que él no se atreve a decir.

En cuanto a sus contradicciones, no hay que contarlas. Todo buen escéptico participa de buen grado de las opiniones más diversas, lo que no hace sino dar mayor encanto y variedad a sus palabras, añadiéndole cierto despego de las cosas eminentemente filosófico. Al mismo tiempo de escribrir un pensamiento, el contrario se aparece con igual precisión, y el encanto de su frase flota entre las bellezas misteriosas de las ideas contradictorias, ofreciendo simultáneamente sus esplendores. Alternativamente, exalta y combate al amor con el mismo ingenio, y concluye por no comprender nada..., por haber comprendido demasiado. En arte, se preocupa muy poco de la teoría, y derriba alegremente las barreras del idealismo y del

realismo: «Me gusta todo—dice,—porque todo es verdad, incluso los sueños. Cualquiera que sea la visión de las cosas, propia de cada artista, es mía, con tal de que la forma que revista lleve el sello de la belleza...»

Todo tiene su lado bueno y su lado malo; en todo hay el pro y el contra. Y es agradable presentar alternativamente el pro y el contra con la misma ligereza de espíritu y la misma seguridad de expresión. Los sofistas de Grecia, y más adelante de Bizancio, debían también de complacerse así en el juego de las ideas combatientes. De otra parte, Lemaître confiesa ingenuamente que no tiene apego a su opinión, y, por lo tanto, no hay que mirar con rigor sus evoluciones. A veces—cuando la contradicción es demasiado evidente, cosa rara, porque él sobresale en los matices y medias tintas,—se sirve de una ingeniosa estratagema, de un *truco* muy habilidoso: imagina un interlocutor que formula ideas contrarias, y cuya opinión combate.

Pero de este delicado instrumento de escepticismo que lleva siempre consigo, hay que hacer, según frase de Bourget, un instrumento de goce. A esto contribuirá su saber. Su erudición duplica, en efecto, su facultad de gozar. Un espectáculo agradable evoca en él el recuerdo de otras sensaciones gratas que le procura el pasado, estudiado y comprendido. Nuestra alegría se embellece con todas las alegrías pasadas, y las generaciones desaparecidas trabajaron para aumentar nuestra dicha. Esa ciencia—de la que se bromea gustoso—da un singular sabor a su estilo, y le permite refinar sus impresiones: gracias a ella, ciérnese él sobre las épocas, sin haber guardado de cada una sino deliciosas emociones, mezcla todos los tiempos, todos los pueblos, todas las literaturas; franquea las fronteras, los siglos, las jerarquías, y juega complacientemente a la vez con las cosas más serias y más frívolas. El dón de remontarse sin cesar a las ideas generales, le permite hacer uso de todo su rico conocimiento de las literaturas y de las metafísicas; así acrecienta el campo de su pensamiento, hasta hacerle sin lí-

mites, hasta contener toda la humanidad de las diferentes edades con sus sueños, sus incertidumbres, sus deseos y sus inquietantes amores.

Su diletantismo gusta de vagar entre los sueños humanos. Cansado de haber reflexionado, trata con impertinencia a los que han creado sueños de belleza demasiado magníficos, y han desarrollado así en nosotros los irrealizables deseos. Gusta de ellos sin duda, y, no obstante, maltrata sus obras sagradas, porque es de una intensísima voluptuosidad romper los ídolos y reirse de sus restos. Tal vez la satisfacción de destruir vale lo que la satisfacción de crear; satisface en igual proporción nuestro deseo de dominación sobre las cosas. Julio Lemaître maltrata con una franqueza divertidísima a los Sófocles, los Shakespeare, los Corneille, los Hugo, que acostumbramos a venerar; diríase que se desquita de haberlos frecuentado demasiado en otros tiempos, porque nada se odia tanto como a los antiguos amigos.

El escritor refiere en uno de sus libros una curiosa anécdota referente a Barbey d'Aurevilly. Decía éste un día a una joven amazona de circo cosas tan raras y chocantes, que la amazona, no sabiendo cómo manifestar su alegría, cogió en brazos al buen señor (sus músculos de gimnasta le permitían este ejercicio), le sacudió en el aire como un polichinela, y luego le dejó en el suelo riendo a carcajadas. Barbey d'Aurevilly no se inmutó por esta audacia; pero, conservando su aire de impasible dignidad, dijo con indulgencia a Paul Bourget, que le acompañaba: «Es un poco familiar...» Lemaître es igualmente un poco familiar con los grandes genios; los sacude y los agita sin remordimientos. Pero ellos no deben enfadarse, porque saben que ese juego oculta un antiguo afecto.

Las cosas serias tienen el dón de atraer su verbo burlón. En cambio, las cosas frívolas tienen el dón de atraer sus meditaciones y los grandes sondeos de su pensamiento. Halla más filosofía en una pantomima del Nuevo Circo que en un libro de sabias disertaciones. A propósito de *Cocard y Bicoquet*, una

bufonada sin trascendencia, cita versículos de la *Imitación;* y, al escuchar la *Bella Elena*, recapitula muy seriamente todo Homero para resucitar a aquella cuya belleza hizo correr tantas lágrimas de sangre. La mala parodia de *Órfeo en los infiernos* le evoca igualmente la antigua religión órfica, a la que envía un tierno recuerdo, porque su espíritu se hubiera adaptado gustoso a aquella ley flexible y dulce: «Es una trasposición gala de una fábula antigua—dice de esta opereta,—que os induce a ensueños de exégesis religiosa, mientras que se escucha música parisiense y los ojos se recrean en graciosos cuerpos femeninos. Se disfruta oscuramente de treinta siglos a la vez, porque no hay muchos menos entre el tocador de lira Orfeo y el compositor Offenbach.»

Reserva todas sus facultades de metafísico para los bailables, las pantomimas, los juegos del Circo y del Gato Negro, de suerte que ya no le quedan para el análisis de las grandes obras. El bailable simboliza a sus ojos la eterna belleza de la que nuestro anhelo se obstina en apoderarse, y que huye lejos de nosotros, dejándonos el esplendor de su visión confusa, y también el sentimiento de no haber podido fijar ese esplendor frágil. De la danza oriental de ritmo grave, lento y voluptuoso, dice que es toda una filosofía: «... Ese baile no es sensual, es triste, casi espantoso, porque expresa algo fatal, universal y misterioso.» En el café concierto, cuando comulga con la idiotez de las multitudes, experimenta la necesidad de que le apruebe Sakya-Muni; y en el Gato Negro, «ese santuario en que lo vacuo y lo místico han hecho siempre buenas migas», las sombras chinescas de Caran d'Ache y de Rivière le evocan una *Leyenda de los siglos* más vasta y más sugestiva que la de Víctor Hugo; hasta tal punto es cierto, que las cosas más pequeñas contienen los mayores símbolos. Consuélase, en fin, de admirar el circo y la pantomima, deduciendo que eso es tal vez el final inevitable de las antiguas literaturas.

Así tienen tanta importancia a sus ojos una tragedia antigua o un poema del Gato Negro. Porque el espectáculo no está

en lo de afuera, sino en su alma misma. Lo que él nos dice no es el análisis de una obra más o menos bella, es el sentimiento profundo o frívolo, triste o alegre, que palpita en su corazón; es el dulcísimo y ligerísimo sueño de un instante que pasa a través de su pensamiento, es la serie cambiante y presentada al azar, mezclada en un grato desorden, de todas las ideas de su inteligencia, maravilloso reflejo del universo de escenarios diversos y leyes misteriosas.

El escepticismo y el gay saber no son los solos dones necesarios del diletante. Necesita también la pronta simpatía que embellece todas las cosas, y le permite renovar incesantemente su pensamiento al contacto de los espectáculos del mundo. Ahora bien; esta exquisita facultad que nos acerca las almas y las obras bellas, se revela en cada página de Julio Lemaître. Ama la vida, y esto es más raro de lo que se cree; sabe que aporta con ella inquietudes y sufrimientos, pero que, a pesar de todo, es la vida. Su filosofía, hecha de un dulcísimo pesimismo y de un benévolo optimismo—todo se mezcla ahora,—le ayuda a soportar todas las miserias, y su diletantismo le permite saborear todas las alegrías y aspirar todos los perfumes de la vida. Una lectura de un autor delicado, una velada estival en los Campos Elíseos, le hacen comprender la dulzura de existir, y la amplia parte de felicidad esparcida entre los mundos para los hombres de buena voluntad. Es preciso ser bueno para tomar así la vida; hay que ser indulgente con los seres, y dejarse mecer por el encanto palpitante de las cosas.

Sabe la alegría de comprender, gusta de divertirse, y hasta esto solo es lo que verdaderamente le importa. Y en su sueño de felicidad no querría tener alrededor sino caras felices y satisfechas. Con estas disposiciones de espíritu abre un libro o va al teatro: tras esto, no hay que asombrarse de su benevolencia y de su sensibilidad, siempre las mismas, a pesar de la variedad del espectáculo o de la lectura, porque siempre oye cantar en él las misteriosas canciones, alegres o melancólicas,

de sus eternos ensueños. Está seguro de no aburrirse nunca consigo mismo, y este pensamiento le es consolador.

Todo lo que le simbolice la vida, esa vida que atrae irresistiblemente a su amor, le seduce y le fascina. Adora el presente, que tiene sobre el pasado la ventaja de ser todavía. Le entusiasma nuestra época de pasiones, de fiebre, de inquietud cerebral, de delicadeza, de refinamiento, y al hablar de los Goncourt, a quienes quiere porque son bien de su tiempo, porque son singularmente inquietantes por su nervosismo, la nota aguda de sus percepciones, y el encanto dislocado, ardiente, contorsionesco de su estilo, trata de definir, con frases palpitantes, la seducción de ese modernismo, cuyo raro encanto tortura la frase de los Goncourt, inquieta el pensamiento de Bourget, afila el lápiz cruel de Foraín, enternece las parisienses fantásticas y tan gráciles de Villette, acaricia las fantasías de Meilhac y languidece una melodía de Massenet. En todas las páginas de Lemaître flota ese raro encanto, y los ensueños que inspira son dulces y frágiles. París es el nido de amor de este modernismo: en él se siente a su gusto y vaga libremente entre las calles desbordantes de ruido y de alegría, recreándose en los rizos de las mujeres elegantemente ataviadas, metiéndose en los teatros, en las exposiciones de pintura, y descansando en las bulliciosas terrazas de los bulevares. La vida intensa de París, en donde las impresiones se agolpan y se multiplican, estaba hecha para seducir a ese enamorado del vivir que se llama Julio Lemaître. Mejor que nadie saborea esa fascinación, y no se cansa de ella. En unas cuantas líneas seductoras analiza el parisianismo: «Son, dice, ciertas combinaciones de sentimientos que nos son propios, cierta atenuación del egoísmo, por el deseo de agradar, el dón de mezclar ternura o ironía a lo que si no sería un crudo libertinaje, la especie particular de bondad que engendran el escepticismo y el hábito de diversiones en que la ironía tiene siempre un puesto; lo que Oswaldo y la señora Alving, en el drama de Ibsen, llaman la alegría de vivir; pero sin arrebatos ni feroci-

dad, con un deliberado propósito de apartamiento burlón, un propósito de no ser trágico, ya en el dolor, ya en la voluptuosidad..., en el fondo, como veis, un yo no sé qué.» Es, en efecto, difícil definir el parisianismo, porque no se podría precisar la gracia desconcertante y la misteriosa seducción que impregnan el aire de París, y hacen que se ame a esa ciudad en donde la felicidad se esparce como una mujer de raros atractivos.

Este deseo de vida ha llevado a Lemaître hacia el teatro. Ha querido dar vida él también a personajes, a fin de verlos en escena. Pero en varias de las obras que compuso asoma el diletante, y aparece perfectamente desligado de los seres que creó. De aquí dimana también su curiosidad de la observación real, que le ha llevado a estudiar el mundo fuera de los libros y a contemplar, como divertido espectador, las costumbres modernas, y hasta las políticas, como lo demuestra *el Diputado Leveau*.

Así, el diletante gusta de la belleza y de la vida, y el arte y la existencia le renuevan sin cesar la dulzura de sus impresiones. En el arte y en la vida, parece buscar la salud que prolonga la alegría y rechaza a la muerte. El buen equilibrio de las fuerzas y la armonía de la razón le parecen aportar la duración de la dicha. Las sensaciones demasiado exacerbadas, los sueños torturadores de una belleza enfermiza, turban la serenidad del corazón y del espíritu, y es preciso no sentirlos sino de paso, como perversas fantasías que sazonan la existencia a dosis pequeñas y la envenenan a dosis violentas. El juicio—esa arma preciosa que preserva de los extravíos de la imaginación—sabe mantener el sabio equilibrio intelectual. Lemaître así lo hace respecto a las ideas. «Nosotros, los burgueses de París y de provincias, tenemos, a pesar de todo, un extraordinario afecto al buen sentido. Es un antiguo gusto de la raza. Lo tenemos casi todos, más o menos, Malherbe, Boileau, Voltaire y Thiers, en la medula.» Hace aquí el valiente, y se olvida de que su corazón tiene mucho que hacer para de-

fenderle de los impulsos de su simpatía, que gustosamente le arrastraría hacia los sueños de belleza singulares y sutiles.

Su misma lengua es muy sana y muy clara. Sabe siempre emplear la expresión justa, la palabra exacta, y no se detiene en complicaciones amaneradas, en afectaciones inútiles. Es sencilla, de una sabia sencillez que conoce todo su valor.

Así, Julio Lemaître encarna la alegría del diletantismo moderno. Tiene el escepticismo amable, la condición seductora, la delicada simpatía y el amor a la vida, que hacen perdonar el rebuscamiento egoísta del placer y el hábito de complacerse en las propias sensaciones. Muy desligado de todas las cosas, gusta de proclamar la vanidad de ellas; sabe multiplicar y embellecer su existencia con la variedad de los espectáculos que contempla o que se da a sí mismo.

¿Es el diletante en toda la acepción que se puede dar a esta palabra? ¿Es aquel cuyo pensamiento ha comprendido todas las artes y todas las literaturas, cuya inteligencia ha sondado todos los misterios de la vida y de la belleza? No, ciertamente; por haberse detenido demasiado entre las obras literarias, no ha tratado de penetrar en los esplendores pictóricos y musicales, y, si le gustan las magnificencias de la Naturaleza, nunca es sino de paso y sin dejar en ella un poco de su corazón. La pintura le es extraña, a lo que parece; nunca se encuentra en sus libros una sensación de cuadro. Y en cuanto a la música, confiesa ingenuamente que se ha quedado en las romanzas; no es esto, sin duda, más que una bravata, pero es cierto que el genio de un Beethoven o de un Wagner le deja indiferente.

Es un espíritu puramente literario. Aquí está el secreto de su talento, y también el de su debilidad. Fácilmente hubiera sido un alma libresca, si no le hubiese preservado su escepticismo. Su inteligencia, demasiado culta, se hubiera complacido en suscitarle interesantes recuerdos de sus lecturas, si no hubiese poseído el arte de no gustar más que suave y pasajeramente de los escritores.

Lo que domina en toda su obra es un delicadísimo sentimiento de la belleza. La belleza es la sonrisa de la vida, llena el alma de luz y de alegría; es bella, y esto basta para transformar la existencia, ahuyentar el tedio y la tristeza, acariciar los seres y las cosas.

Así, una gran parte de su obra es alegre y desbordante de vida y de salud. Podría simbolizarse en esa comedia caprichosa de *Flipote*, en que la vida exterior se muestra en plena luz, y que fue escrita—nos dice su autor—en medio de la felicidad. Por la alegría que aporta el diletantismo parece ser así la facultad de gozar de todas las cosas.

III

La tristeza del diletantismo.

Una antigua tradición atribuye a Virgilio estas profundas palabras: «De todo se cansa uno, menos de comprender.» Hay aquí como un llamamiento melancólico a la inteligencia consoladora que salva de los sufrimientos del corazón y de las tristezas de la vida. Pero la inteligencia no ha respondido a esta abjuración suprema, y he aquí que los diletantes se nos muestran fatigados de gozar de las cambiantes sensaciones, y piden a su cerebro que olvide todas esas cosas y guste del reposo que gustan los sencillos y los creyentes. Anatolio France proclama la inutilidad del pensamiento y el bien de la ignorancia, y Julio Lemaître murmura dulcemente: «Los que tratan como yo de entrar en todas partes, es, a menudo, porque no tienen casa propia, y hay que compadecerlos.»

No en vano ve el hombre en la vida un único fin de goce; siempre se mezcla a la felicidad un poco de amargura; y si el Amor y la Muerte marchan juntos a través de las edades, la alegría y el sufrimiento parecen misteriosamente unidos. La Belleza, que nos transporta a cielos superiores, tortura también

nuestras almas, sobrecogidas de una angustia indefinida y vaga, en presencia de esplendores demasiado intensos para nuestra debilidad, y experimentan ese doloroso estremecimiento que nos causan caricias demasiado suaves. La complejidad de nuestros orígenes nos ha entregado para siempre a los incesantes combates de las influencias pagana y cristiana que se disputan nuestro corazón, y no podemos gozar de los placeres de la tierra sin presentir en nosotros el deseo de las supremas delicias y la obsesión de la inquietud divina.

Hace un momento, Lemaître se nos presentaba como la encarnación de la alegría del diletantismo; ahora nos parece encarnar la tristeza de éste en su alma cambiante. En él se reflejan, ya lo he dicho, todas las ideas y los sueños de su época, y es un maravilloso campo de experimentación para el estudio de esa alma moderna, tan flexible y tan atractiva, tan difícil de fijar en sus múltiples evoluciones.

El escritor no lanza en su obra esas lamentaciones que repercuten a través de los siglos, llevadas hasta las edades lejanas por los poemas de belleza. La ironía de un Heine, el corazón roto de un Musset, el espíritu rebelde de un Ibsen, pueden proferir esas requisitorias contra lo malo de la vida y la muerte inevitable de nuestros sueños y nuestros amores. El es de otra raza de espíritus; no es ni un fuerte ni un rebelde; por eso permanece hostil a la emoción violenta y a la elocuencia inútil. Sólo flotan en su obra dulces murmullos de pena, tristes y fugitivos como esas blancas gaviotas que rozan apenas las aguas de los lagos tranquilos. Son prontamente olvidados, o bien su autor tiene el pudor de ocultar sus heridas a la multitud indiferente, como esas enamoradas que disimulan en sus pálidas sonrisas la melancolía de sus amores rotos. Pero esta exquisita sensibilidad, que un roce asusta y que oculta una especial aptitud para sufrir, conserva la profunda huella de los dolores velados, y por mucho que la frase caracolee con gracia y chispee alegremente, adivínase en ella el misterioso secreto de las vanas ternuras y de los sueños irrealizados.

Las campanas no son alegres sino en apariencia, y el alegre saber sería muy pronto el triste saber, «si no permaneciese superficial y ligero, si se adentrase un poco en el corazón humano». El diletantismo enseña bien a aspirar las flores sin cogerlas, pero los perfumes se volatilizan y las flores se marchitan. En medio de sus placeres de arte, la vanidad de todo contrista al crítico, desesperanzado de pronto, al pensar que escribe nadas sobre poca cosa. Piensa así en el *Gato Negro*, viendo desfilar las sombras chinescas, porque, por un raro contraste, siempre en los lugares alegres es donde se ve más acosado por la metafísica: «Puesto que no podemos conocer sino ínfimas parcelas del universo, y no podemos influir en él sino en una medida completamente insignificante, hagamos en nuestro rincón, bajo nuestra lámpara, un sueño que nos absorba, y procuremos morir en ese sueño. Y dejémonos desaparecer lentamente, como pobres y pequeñas sombras chinescas que somos.» ¿No hay en estas frases intencionadas y suaves como un deseo de detener un dulce sueño de diletante y de impedirle que huya desesperadamente como todas las cosas hacia las regiones desconocidas, de las que nunca se vuelve?

Siempre habrá un sufrimiento inexplicado en el mundo, y una prueba de esto es el cansancio del diletante. No se puede dar una razón precisa, sino que todo es vanidad, y que el fondo de todas las cosas es triste, formado por esos furtivos pesares, esas breves inquietudes, esos dolores súbitos que rozan al sér rezagado en las caricias de la vida y del arte, al que no pide precisamente a las cosas sino que no le hagan sufrir. En nosotros mismos, este principio de amargura es el que perturba toda sensación de felicidad. ¿Por qué el esplendor de un ocaso de empalidecidas tintas, de un rosa delicioso y de un oro inefable, nos llena el pensamiento de una misteriosa tristeza y nos evoca el fantasma de la muerte? Una velada de fiesta, una noche espléndida de animado baile, lo grato de las músicas entre el follaje primaveral, nos inundan de una inquietud profunda que encierra una rara voluptuosidad y, en esta vida en

que chocan todos los contrastes, los días alegres son los que a menudo nos turban hasta el fondo de nosotros mismos y suben a la superficie las melancolías enterradas en nuestra alma.

Una danza rápida y curiosa basta para evocar la muerte en el pensamiento de Julio Lemaître, y la risa macabra le da un estremecimiento interior. «Y en el fondo, dice, esa misma risa misteriosa e indefinible es la que el pintor Villette presta a sus parisinas; esa risa de la muerte es la que hace brotar, bien blanca, entre los entreabiertos labios de aquéllas y la que les da, no sé cómo, un aspecto de estrigias y de abismos inocentes...» Y en otra parte, este mismo pensamiento de la ilusión breve de la vida que la muerte se apresta a devorar, le atormenta mientras que contempla una brillante pantomima en el Nuevo Circo: «No existiendo más que un punto del tiempo, escribe, el resto es una negra noche que poblamos por una fantasía de la que ni siquiera somos dueños. ¡Ah! ¡No somos nada!, como habla Bossuet. ¡El sueño de una sombra!, que dice Píndaro. La idea que hemos vivido tantos años—porque esto lo atestiguan las fechas,—y nosotros no lo sabemos sino por ellas; que esto es, pero que de ello no comprendemos nada; que toda esta vida vivida es irrevocable, y que esto es horrible, bien que sea la más vana de las vanidades... Si queréis, hablaremos de otra cosa.» En vano se esfuerza el diletante en querer echar las visiones tristes que hacen melancólica su vida; vuelven siempre obstinadamente. Nada puede evitar su presencia; aparecen en todo momento, como fin inevitable de toda reflexión, unas veces vaporosas, fluidas, apenas perceptibles; otras veces muy próximas, muy precisas y dulcemente afectuosas.

Además, la Belleza, de la que el diletante es el amante fiel, se reviste fácilmente a los ojos habituados a su contemplación de un misterio frágil y doloroso. Las miradas que la han visto demasiado conservan el reflejo de un esplendor inalcanzable e imposible, y ella conserva igualmente siempre esas líneas indecisas que acusan la imposibilidad de conocerla por entero.

Julio Lemaître ha sufrido esta rara impresión, como todos los refinados de arte que, a su pesar, y a pesar de las formas puras y claras, se van a buscar, cada vez más lejos, la sensación de la Belleza inalterable y perfecta, y se detienen a veces en las gracias lánguidas y en las exquisitas fantasías. Esta belleza de neurosis, hecha de encanto lánguido y de grácil armonía, le atrae muchas veces; las literaturas decadentes, los caprichos de artistas dolientes, le prenden un poco de su pensamiento. Sin duda, el equilibrio de sus facultades intelectuales y morales, la salud espiritual de que parece gozar, le preservan de incursiones demasiado frecuentes al país de los sueños sutiles y de los ensueños vagos, pero le mira en ocasiones como una tierra de promisión, donde gustaría a veces de goces aún ignorados. Un baile de espectáculo le suscita esa evocación de pálidos fantasmas deslizándose suavemente entre perfumes enervantes. «Me imagino, en un decorado de cristal, un baile muy lento y todo blanco, de una melancolía misteriosa, bailado por muchachas pálidas, de cabellos de lino; un baile de almas, un baile *swedenborgien*, un sueño de Seraphitus-Seraphita...» Y su imaginación enfermiza vaga entre esas formas indecisas aparecidas como un sueño.

Así, su sueño de belleza, que parecía alegre y sonriente, se entristece al estímulo de imposibles y misteriosos deseos. Si el arte no le da toda la felicidad anhelada, la vida no puede tampoco satisfacerle. Su conciencia de hombre no ha abdicado por completo ante la busca del placer. Se da cuenta de la existencia de esta ley: la humanidad no vive de dudas, sino de creencias. Y si él se halla incapaz de creer, desea a los otros la fe que no supo guardar.

Lo que le interesa en Ibsen, este genio inquieto, es que piensa en alta voz y lleva a las ideas nobles. La preocupación de la solidaridad humana viene a veces a burlar su egoísmo, y para apartarle se repite a sí mismo que el escepticismo no hace daño a tercero, y que, de otra parte, los escépticos pueden ayudarse entre sí, y endulzar la vida con la bondad y la toleran-

cia. Pero sabe bien que se engaña, y que el escepticismo no bastará nunca para consolar a los hombres ávidos de afirmación y no de incertidumbre.

En un simpático análisis del alma de Bourget, ese otro inquieto, cuyo pensamiento sufre dolorosamente por no poder fijarse nunca, y que parece, sin embargo, encaminarse cada vez más hacia la creencia, estudia la preocupación moral que acompaña siempre al autor de *Cosmópolis*, y de la que él mismo padece en ciertas horas de tristeza: «... Esto no impide, añade, vivir como los otros, gozar, llegado el caso, del cielo, del aire puro o hasta de la sociedad de los hombres y las mujeres; pero, en los momentos en que se piensa, no se puede en modo alguno, fuera de una fe positiva, ser optimista: hay demasiados sufrimientos inútiles y absurdos, y, por todos lados, una negra muralla harto espesa... Sin duda, la ausencia de creencia positiva y el espíritu de análisis pueden, en algunos, degenerar en negligencia (véase Montaigne); pero no en aquellos cuya sensibilidad para el bien y el mal moral está excepcionalmente desarrollada.»

Ya no se trata aquí de gozar y de tomar de las cosas su parte de placer; el escritor toma al fin la vida muy en serio, y confiesa que el diletantismo no es sino una negligencia del espíritu y del corazón, imposible para los que tienen demasiada sensibilidad moral. En cuanto a él, se da cuenta de los deberes de la vida con los demás y con uno mismo: la conciencia es su guía. Pero ¿está bien seguro de esta conciencia en toda ocasión, y no es esta misma conciencia un patrimonio de las generaciones creyentes que le han precedido?

Esta preocupación moral ensancha el campo de su pensamiento: si le aporta más tristeza, le da también mayor grandor y nobleza. El ironista que hay en él sale pronto al encuentro del inquieto pronto a surgir. El diletante que quiere ser, rechaza lejos de sí estas melancolías de un instante que turbaban la pureza de su cielo: acusan, sin embargo, la persistencia en su alma de la primitiva creencia que fortifica y consuela.

De igual suerte, la religión ha conservado su atractivo para él. No son raros los artistas contemporáneos que han conservado el gusto de la piedad y del misticismo, sin perjuicio de haber perdido toda fe. En vano quiere explicar Julio Lemaître que la curiosidad por las religiones es uno de los sentimientos más distinguidos de nuestra época refinada: una simple curiosidad no bastaría para justificar esa obsesión de la idea religiosa, que experimentan hasta los más orgullosos, incluso los más incrédulos.

Oid a Lemaître celebrar las creencias de su alma de niño: «Amamos la religión de nuestras madres, porque es perfectamente misteriosa, y se encuentra uno cansado, en ciertos momentos, de la ciencia, que es clara, ¡pero tan corta!, y de la que se desliga uno un poco al ver la suficiencia de que llena a los espíritus mediocres.» Hojead su obra; encontraréis en ella frecuentemente estas quejas del corazón, deseoso de fe y de piedad, y amante de la religión sin creer en ella.

Tal vez el diletantismo no sea más que una falta de energía, una abolición de la voluntad que, a fuerza de apartarse de una elección definitiva, entre los diversos sueños de arte, entre los varios principios de vida, se ha suprimido totalmente, y se ha apartado para siempre del poder de efectuar esa elección. En todo caso, mezcla en una rara unión la libertad de espíritu que flota sobre la religión y la filosofía, contemplándolas con una simpatía idéntica, y el deseo de acabar de una vez con su incertidumbre, aunque sea a costa de sus más caras ideas.

La mayor parte de las obras creadas por Lemaître, fuera de sus libros de crítica, lo fueron, sin duda, en horas de exquisita melancolía, por tener el suave reflejo de una tristeza interior. Casi todos sus cuentos, sus dramas, *Rebelde* y *Boda blanca*, y sobre todo, su novela *Los Reyes*, palpitan de un sufrimiento profundo, que nos acusa las heridas de su alma por las que corre su diletantismo.

Tiriru, sabio de Bagdad, no puede soportar la vista del su-

frimiento; no quiere socorrerlo sino de lejos, sin verlo, por medio de intermediarios que transmiten sus limosnas, porque odia a los miserables, por su envilecimiento y su fealdad; es decir, por cosas de que no son responsables. Después de su muerte, para expiar este sentimiento, revive en Turiri el mendigo, y Krika, la mujer compasiva que le cuida, le hace comprender la bondad; la caridad consiste en servir a los pobres, pobremente, en entrar en «sus almas de pobres», en amarlos por su resignación y sus miserias. «Porque, añade el cuentista, el fin del universo no es la producción de la belleza plástica, sino de la bondad» (1).

Este tema, que recuerda el sublime *Mikail* de Tolstoi, es raro en un diletante. Pero el escritor, cuando crea, deja hablar a su corazón y hace callar a su espíritu: «Es, por lo tanto, cierto—dijo el viejo Calixto, al pensar en Myrra la cristiana,—que llevamos en nosotros sentimientos y pensamientos ignorados por nosotros mismos, y que el alma más límpida y más pura tiene sus tinieblas...» Así, el autor de *Los Reyes* tiene en su alma rincones desconocidos, en donde se ha conservado intacta una sensibilidad que palpita al contacto del sufrimiento.

Mirad el desfile de sus heroínas, toda una teoría de blancas vírgenes de ojos profundos y cándidos, de almas dulces y compasivas; la piadosa Hellé, hija pálida de Temístocles,—y la virgen Myrra, feliz con sufrir el martirio para rescatar el alma de Nerón, de quien esta inconscientemente enamorada,—y Lilith, la hija de Herodes, que va a adorar a Jesús en Belén,—y Serena la cristiana,—y Elena la Rebelde,—y esa grácil Simona de *Boda blanca*, tan exquisita con sus sueños de moribunda, su tenue egoísmo de enferma y su encanto de fragilidad y pureza.

La complicada inteligencia de Lemaître se complace en animar almas sencillas, como ese fraile Norberto, salvado de

(1) Diez cuentos: *Caridad*.

la muerte por un milagro, el hermano del *Juglar de la Virgen*, que tan lindamente celebra Anatolio France. Gusta también de las almas dolorosas, las que estaban hechas para amar y no conocieron el amor; tal la huerfanita Lidia, cuyo amor sencillo y recto hace resaltar el diletantismo de su novio; tal la *mayor,* cuyo corazón se rompe hasta morir. Los dolores secretos y silenciosos le afectan más que los sufrimientos trágicos: «... Nada hay más digno de compasión, dice, que esos corazones inquietos y solitarios, ávidos de darse, y que nadie ha querido tomar, que han prodigado tesoros inadvertidos y estériles, y a los que la muerte arrebata, exteriormente intactos, pero desgarrados por dentro, porque se han devorado a sí mismos.» Dos virtudes le atraen más que todas las otras, porque tienen un delicioso encanto de blancura inmaculada: la pureza y la caridad.

—¿Es usted pesimista, señora?—dice un personaje a Elena, en *Rebelde.*

—Sí, señor—contesta ella,—aunque me molesta mucho. ¡Hay tantos imbéciles que lo son! Verdad que hay muchos también que no lo son.

A Lemaître le molesta mucho también ser pesimista; por eso lo disimula con tanto cuidado. Así como *Flipote* encarna la alegría de su diletantismo, dos mujeres muy diferentes pueden encarnar su tristeza: Elena la Rebelde y la Frida de *Los Reyes.* Elena es una hermana de Froufou, en cuya alma se han amasado el rencor de su abandono de la infancia y el odio de la desproporción entre su sueño y la realidad; es de la familia de las Hedda Gabler y de las Nora de Ibsen, con menor encanto extraño y singular atractivo. La figura de Frida de Thalberg, grácil y dolorosa, es más viviente y cautivante que la de Elena. También ella es una rebelde, pero es una creyente y una enamorada, y la gracia frágil de su belleza conmueve y seduce dulcemente. Una noche de su infancia, es perseguida en el convento por sus crueles compañeras, que saben la condena del abuelo de aquélla, desterrado a Siberia, y esta

injusticia le llega al alma, y llena su espíritu de rebelió ncontra la vida mala... «Pensó que ella era, en efecto, *como su abuelo;* que era perseguida como él, porque tenía un alma diferente de las demás, y pensamientos desconocidos de los que forman en todo país la *sociedad regular*. Se exaltaba en un sombrío orgullo. Esbozábase en ella una insurrecta. A través de la inmensidad de las estepas, comulgaba con el abuelo, que sufría allá, en la casa de los muertos, y, desde lejos, le enviaba un gran beso de amor...» Desde aquel momento tuvo una inmensa piedad amarga, por el incontable número de los dolientes de todos los países y todos los siglos. Con todo el poder de su pálida belleza diáfana de madona niña; con toda la seducción de sus ojos, que son «del color de los lagos en que se miran pálidos verdes»; con toda la dulzura acariciadora de su espíritu y corazón, influye en el príncipe Hermann para que repare las injusticias sociales y consuele el dolor de los humildes y de los desheredados; y cuando muere su sueño, el amor invade toda su alma, y ya no sabe más que amar hasta la muerte...

Así la tristeza domina al diletantismo; la alegría no va sin sufrimiento, y aunque el diletantismo rechaza la inquietud de la belleza y de la vida, y se complace en su despego de las cosas, no logra alejar la idea de que todas las sensaciones son vanas, y de que la existencia tiene quizá un fin serio e ineludible que llena de melancolía al soñador retrasado en la contemplación de sus sueños. Haber querido abarcarlo todo, comprenderlo todo, sentirlo todo, no deja en el corazón sino un vacío inmenso, y el diletantismo, que es el sueño de gozar de todas las cosas, es irrealizable, como los son todos los sueños...

IV

Símbolos del diletantismo moderno.

Si yo hiciese crítica literaria, y no un estudio de las ideas modernas y de las relaciones entre la vida y el arte contempo-

ráneos, hubiera podido señalar la estética pautada, clara y armoniosa de Julio Lemaître, sus hábitos un poco singulares e indolentes de crítico, y tambien el entorpecimiento que padecía su pensamiento creador en los tiempos de sus primeros cuentos y sus primeras comedias; el diletante parecía ahogar en él al autor que le costaba trabajo dar vida a sus personajes, y que no se desligó sino lenta y penosamente del trato con los libros y de la influencia de éstos. Pero tales defectos literarios confirman el análisis de su estado de alma, y prueban la fuerza del diletantismo, capaz de contener el impulso del pensamiento y la emoción del corazón, que son los que hacen grandes a los escritores y emocionantes a las obras. Artísticamente, *Los Reyes* es su mejor libro, aunque a veces le perjudican la gacetilla y lo novelesco; pero la frase es viva, las almas sufren, los seres se quiebran bajo el inevitable destino, y un encanto indecible e inquieto flota sobre todas estas páginas.

Así como no se comprende bien lo que se puede experimentar, así gusta sobre todo evocar a los seres que se nos parecen como hermanos, y en los que podemos encarnar algo de nosotros mismos. Tres veces, inconsciente quizá, ha simbolizado Lemaître el diletantismo, que es la esencia de su alma, y las tres veces lo ha hecho con una tristeza y una inquietud que acusan el desencanto de su sueño y la vanidad de su alegría. Sereno, Jacobo de Thievres y el príncipe Hermann llevan los tres en la frente el signo de la melancolía, por no haber podido elevarse a las creencias puras: la duda ha entrado en sus corazones para siempre, y la vida les demostrará la inutilidad de su buena fe y la debilidad de su voluntad. Estas tres figuras están dibujadas con esa expresiva dulzura que indica la obra preferida del escritor; en ellas parece haber resumido su pensamiento sobre las cosas, y por esto son ellas maravillosamente sugestivas.

Sereno es un romano de los primeros tiempos del Cristianismo. Su padre era un ejemplo de las contradicciones del carácter: ambicioso y convencido de la vanidad de las cosas,

voluptuoso y pronto a sentir la amargura que yace en el fondo de los placeres carnales, amante de la vida que menosprecia, lleno de deseos y vacío de ilusiones. El hijo fue un muchacho inteligente, impresionable, dulce, reflexivo y sin alegría: de su infancia guardó la profunda impresión de los cristianos quemados por Nerón, y también la de Séneca el estoico, de alma de héroe.

Su alma tornadiza se prenda alternativamente de las diferentes concepciones de la vida. Después de haber practicado el estoicismo, ama a Lycisea, y se desquita de los placeres que había despreciado; pero conoce el disgusto y el cansancio de las voluptuosidades, sin haber gozado su embriaguez, porque quiere observarse a sí mismo y pierde todo gozo por el análisis. Después de quince años de libertinaje, en los que conserva una dulzura ingenua, languidece en un inmenso tedio, y resuelve morir. Combina un suicidio de refinado, que le falla por completo, merced a la intervención de su hermana Serena, la cristiana.

Esta le lleva a los discípulos de Cristo. El los admira, pero no puede determinarse a creer: le molesta que aquellos hombres desprecien tan rotundamente la sola vida de que estemos ciertos... «Me chocaba, dice, que aquellos santos estuviesen tan seguros de tantas cosas, y de cosas tan maravillosas, cuando, por mi parte, había buscado tanto sin encontrar, tanto dudado en mi vida, y puesto, finalmente, mi orgullo en mi incredulidad.» Si no entrega toda su alma a la fe, halla, por lo menos entre los cristianos, «la bondad de los corazones sencillos, la resignación de los miserables, el amor del sufrimiento, la castidad sin tacha». Por simpatía, pero sin creer, recibe el bautismo, en espera de ser tocado por la gracia. En fin, encarcelado con otros cristianos, rehuye el martirio, por temor, no a la muerte, sino al dolor y la fealdad que producen los suplicios, y toma un veneno después de haber escrito estas palabras: «He buscado sinceramente la verdad, me he esforzado, en mi adolescencia, en alcanzar la santidad tal como yo

la concebía. Y si he sido perezoso, voluptuoso y débil, si he hecho poco por los otros hombres, los he tenido siempre mucha indulgencia y piedad.» Muere, pues, en la incertidumbre, no habiendo hallado la paz, ni en la voluptuosidad ni en el renunciamiento.

El cuento debería terminar aquí, y conmovería grandemente por la buena fe y la tristeza de ese espíritu dolorido; pero el ironista reaparece al fin con la historia de una resurrección de yegua operada por las reliquias de Sereno, el pretendido mártir. Y esta broma vulgar atenúa el alcance de la obra, que se halla lejos, como armonía de la frase y elevación del pensamiento, del *Testamento de Silvano*, en donde M. de Vogué encarna la lucha del cristianismo y del paganismo bajo las magnificencias del cielo oriental.

Así, el escéptico Sereno no puede creer, y lo lamenta dolorosamente. Esta incertidumbre de su pensamiento hace sufrir a su alma, ávida de amar y de descansar en la fe definitiva. La alegría es difícil para el que no tiene creencias, y el sentido de la vida le es oscuro y triste.

El segundo personaje en que Julio Lemaître simbolizó la inquietud que se disimula bajo la careta del diletantismo, es el Jacobo de Thievres de esa *Boda blanca*, que es una obra exquisita de un arte un poco enfermizo, y que no fue comprendida por el público de la Comedia Francesa. Jacobo es un ocioso que se aburre, un vividor hastiado, que ha abusado de las sensaciones de la vida, y que no ha conservado en el naufragio de sus ilusiones y de su voluntad sino un espíritu curioso de sensaciones raras y un corazón indulgente y bueno. Sueña con llevar la felicidad a una pobre tísica, a la que la muerte amenaza, y que tiene sed de ternura, haciéndola creer en su amor, y casándose con ella castamente. «Saldrá de esta vida, dice él aludiendo a la grácil Simona, sin haber conocido de los hombres sino lo más puro y mejor que hay en ellos: la simpatía sin deseos y la casta piedad.»

Pero Jacobo se conoce bien cuando dice de sí mismo: «Yo

no soy más que un egoísta y un curioso, que no tiene por toda virtud sino un poco de indulgencia y de dulzura.» No hace, en suma, sino un experimento de hombre hastiado, contento con descubrir una nueva sensación, y hacer un poco de bien satisfaciendo su propia curiosidad. Y su experimento se vuelve contra él, y Simona muere, porque ha visto y comprendido que el pretendido amor de Jacobo era mentira, habiendo conocido de la vida y del amor lo suficiente para sufrir por ello hasta adelantar su muerte.

La verdad de este drama doloroso, en el que están frente a frente un alma toda blanca y toda inmaculada, y un espíritu artificial y corrompido por la busca de la sensación, es sencillamente la condenación del diletantismo. Así lo ha comprendido su autor, cuando, en su defensa de *Boda blanca*, escribía: «Y la moraleja del cuento, es que un voluptuoso y un curioso difícilmente puede ser completamente bueno, serlo con eficacia; que lo que pierde a Jacobo es el acometer un acto de caridad propiamente evangélico con un alma que no lo es; que un antiguo D. Juan, o sencillamente un diletante, no tendrá nunca en él sino una cantidad muy pequeña del espíritu de San Vicente de Paul, que se puede hacer mucho daño al ser bueno con espíritu harto artificial, con demasiada complacencia secreta, si acaso puede esto llamarse ser bueno; que la verdadera caridad toda sencillez, y que entraña el olvido de sí, es poco compatible con la actitud de despego de un hombre, para quien el mundo es ante todo un espectáculo...»

Difícil es mostrar más claramente lo malo del escepticismo y del diletantismo, o más bien, no su mal, sino su imposibilidad de producir el bien. Son frutos del egoísmo, y la caridad y la bondad requieren el olvido de sí mismo; no tienen nunca más que una simple apariencia y una pureza convencional; están esterilizados para siempre, y no pueden engendrar ningún consuelo de la vida, ninguna solidaridad humana, ninguna piedad activa y práctica. No serán nunca más que distracciones del espíritu, dedicado a recrearse con los

espectáculos del mundo y negándose a tomar parte en ellos, a unir su esfuerzo con los esfuerzos de la pobre y doliente Humanidad.

Pero el sufrimiento es la redención del mundo, así como la propagación de la idea es el rescate de la sangre derramada en las transformaciones sociales. El diletantismo no está exento de tristeza, porque el espíritu que reflexiona conoce demasiado la vanidad de sus alegrías y diversiones. Si no tiene la voluntad necesaria para marchar en derechura y rechazar las dudas de su alma, conserva la inquietud de vagar dolorosamente a través de los deseos y los sueños, sin detenerse nunca. El príncipe Hermann de *Los Reyes* es el símbolo de esta eterna inquietud del pensamiento, y su figura melancólica acusa la dulzura y el encanto de su espíritu doliente entre las incertidumbres de su voluntad, las fragilidades de su corazón lastimoso y las gratas ternuras de su amor. Busca la verdad, durante su vida de rey celoso de su pueblo; cuando cree abrazarle en su sueño de bondad y de piedad, reconoce que todos los esfuerzos de los hombres son vanos e inútiles, y que el destino maltrata su pobre corazón doloroso y su deseo supremo, y muere en los momentos en que buscaba en el amor el único refugio para su alma rota.

¡Ah! Los que hayan leído esta obra o la hayan visto representar, han debido de sentir pasar por ellos, en ciertas páginas turbadoras, ese misterioso estremecimiento que recorre toda el alma palpitante, y que es como la revelación de la belleza superior y el reconocimiento de ese Inconocible por el que anhelamos. Es el drama sombrío de la incertidumbre, y el príncipe Hermann es el hermano en inquietud y sufrimiento de Hamlet, el brumoso príncipe de Dinamarca; que el drama se desarrolle en un alma en lucha consigo misma, o en un alma en lucha con la idea social y el bien de la Humanidad, es idéntico, y en ambos, *la conciencia hace del hombre un cobarde* al revelarle las concepciones contrarias del pensamiento y aboliendo el poder de la voluntad.

—Los reyes se van porque ya no tienen fe, dice el rey Cristián. Han reconocido que no eran más que hombres, y sufren como todos los hombres. Y, en una entrevista entre Cristián y su hijo Hermann, formúlanse netamente la antigua y la nueva concepción de la realeza. A su padre, que le adjura a creer en su derecho real al cederle la corona, contesta Hermann que su voluntad y su juicio no tienen apoyo fuera de sí mismo; quiere «preparar un estado social en el que esté disminuído el sufrimiento de los individuos, y para esto, disminuir por de pronto la desigualdad de los derechos.»—«¿Crees, dice entonces el anciano rey Cristián, que se suprime el sufrimiento con leyes e instituciones? No se le suprime, puesto que el hombre, a medida que su condición material mejora, descubre nuevas maneras de sufrir. El verdadero objeto de la monarquía es el mantenimiento de una jerarquía querida por Dios, por la que el orden subsiste, ese primer bien de los pueblos, y en la que cada uno tiene su puesto, obedece, se sacrifica y trabaja por sí mismo, para su salvación eterna.»

Pero el príncipe Hermann se obstina en ver en la bondad la mejor solución de los eternos problemas sociales. Trata de tocar el corazón de su pueblo, con su buena voluntad y su amor; pero las más nobles intenciones sucumben bajo los golpes del destino, y el pueblo receloso, sin comprender tal llamamiento, desvanece para siempre las ilusiones que en él puso su príncipe; contra el dolor de su alma que sufre, contra las dudas de su espíritu inquieto, Hermann no tiene nada para defenderse, y se siente desamparado como barco a merced de las olas, y le entristecen todas las lágrimas que ha hecho derramar al querer evitarlas, y todas las lágrimas secretas que él mismo ha derramado durante la noche de su pensamiento incierto. Por este sufrimiento, que es grande y que se apodera de nuestra alma; por este encanto, torturador de melancolía y de piedad, nos atrae hasta su corazón de hombre prematuramente roto por el curso ineludible de las cosas.

Entre sus dudas y sus tristezas se le aparece aquella virgen

pálida y grácil, Frida de Thalberg, a la que ama, porque es su único consuelo, y la cual le corresponde a su amor, porque él encarna a los ojos de ella sus sueños de piedad y caridad. Un amor muy puro y muy frágil entristece estas páginas reflejando ya el mal del pensamiento. Y este amor, que ocupa demasiado puesto quizá en el alma de Hermann, liga aún más al príncipe a la pobre Humanidad, cuyo corazón y cuyo espíritu se estremecen entre las tinieblas de la muerte.

La obra no termina, y esta falta de final aumenta su tristeza. Se lo han censurado, sin embargo, al autor. Pero ¿concluye siempre la vida? ¿No es una mezcla de bien y de mal, de voluntades débiles e intenciones estériles, de sueños y de amores, de goces y tristezas? De otra parte, Julio Lemaître, como su héroe, el príncipe Hermann, no podía elegir entre las diversas concepciones modernas de la vida social: su corazón le atrae a los humildes y a los dolientes, y su espíritu le revela la vanidad de todos los sistemas aptos para hacer la felicidad de todos. No hay conclusión porque no podía haberla, y porque todas son buenas, o pueden ser buenas según la vida y según los hombres.

En esta figura del príncipe Hermann, Lemaître ha dejado desbordar toda la simpática piedad de su espíritu y de su corazón. No ha tenido aquí el valor de disfrazar de ironía o de alegría la tristeza de su diletantismo, que se trueca en esa inquietud eterna, cansada de vagar incesantemente, y deseosa de ternura y de reposo. A medida que avanza en la vida, comprende más que la duda no trae consigo sino un cortejo de penalidades y de errores, que no puede nunca producir el bien ni consolar las pobres almas de los hombres...

Hay en los *Aparecidos* de Ibsen una escena final que causa espanto. Osvaldo, al sentir que la locura entenebrece su cerebro, mira al sol que desgarra pálidamente las brumas del horizonte, y mientras que su madre, con las manos crispadas en la cabeza, se pregunta con terror mudo si debe cumplir la promesa hecha a su hijo, y salvarle del mal terrible aportán-

dole la muerte liberatriz, el loco, inmóvil en su butaca, pide el sol, aquel sol aparecido de repente como un símbolo de la alegría de vivir... De las más nobles de las obras modernas se alza confusamente una queja idéntica: diríase que también sienten descender sobre ellas el mal de la duda, de la inquietud y de la impotencia; con sus gemidos elocuentes o discretos, reclaman ese sol que da la alegría de vivir y consuela de existir; reclaman esa certeza definitiva—sea la fe o sea la nada,—de la que el hombre no puede prescindir para vivir, y cuyo misterioso secreto no conocerá sino en la eterna visitante, la Muerte de caballo pálido del apóstol San Juan...

ENRIQUE BORDEAUX

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871

I

Hacia Francia.

Desde algunos días, las nubes que empañaban el cielo de la política se habían disipado nuevamente, y, por fortuna, se hallaba conjurado todo peligro de guerra.

Tal era el tema de todas las conversaciones.

Así, pues, ya no nos quedaba más que hacer a nosotros, los oficiales, que instruir a nuestros reclutas, ejercitarnos en el servicio de guarnición y formar en las paradas, cuando en nuestros ensueños nos habíamos representado ya a la hermosa Francia, y cuando nuestra imaginación nos había dejado ya entrever lo que podían ser los horrores y las glorias de una campaña.

Y ni siquiera nos atrevíamos, en medio de aquella nueva orientación de los asuntos, a dejar que asomara nuestro despecho, sin granjearnos fama de ligereza juvenil. Así fue que dos de mis compañeros y yo decidimos hacer una excursión a Oberammergau, para ver representar allí la Pasión.

Dicho y hecho; pedimos un permiso de tres días, y sin tardanza, nos encontrábamos, una hermosa mañana, sentados en la diligencia que había de llevarnos al mismo pie de los Alpes de Allgau.

A los veinte años no hay decepción que dure, cosa tanto más cierta cuando se trata de un teniente mozo de reciente promoción.

Por la noche, un ordenanza de telégrafos se presentó inopinadamente en la hospedería donde nos habíamos albergado, y nos trajo la sorprendente noticia de que, a pesar de todo, la guerra iba a estallar: el rey de Prusia había sido ofendido en Ems por el ministro de Francia.

Al oír a aquel hombre, sentimos como si se nos incendiaran las venas. ¡Cómo! ¿La guerra? Era necesario precisar algo más.

Y el ordenanza nos obedeció y precisó; oímosle con la atención extremadamente tensa, y cuando hubo terminado, nos pusimos a discutir acerca de cuál podría ser la verdadera situación.

Hay que decir de paso que en el país en que estábamos, en aquellas estribaciones de los Alpes, las gentes no tenían nada de belicosas; incluso unos modestos burgueses que se encontraban en nuestra hospedería, se manifestaban muy mal dispuestos y no querían creer, a lo sumo, sino en una neutralidad armada.

Pero nosotros, que éramos soldados, no debíamos dudar un instante de la guerra; bien porque se está dispuesto a creer lo que se desea, o bien, y esto sobre todo, porque conocíamos demasiado a nuestro augusto soberano, porque le conocíamos mejor que todas aquellas gentes, cuya lectura diaria se reducía a *El Correo del Pueblo* o de *La Patria*, periódicos a cual peor.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Vamos a volver inmediatamente a Kempten?

—Claro que sí; el coche de mañana por la mañana nos llevaría demasiado tarde.

—¡Patrón! Necesitamos en seguida un coche para Kempten. ¿Cuánto nos costará?

—Quince gulden.

—Muy bien; haga que enganchen a escape.

A la media hora estábamos en camino, y a eso de las tres de la mañana llegábamos a nuestra guarnición.

No hablaré de la semana que siguió; fue toda de trabajo, día y noche; pero no nos cansábamos, llenos de entusiasmo y de alegría, y de un humor que triunfaba de todas las dificultades.

El 29 de Junio, a las diez de la mañana, todo el batallón estaba formado en el patio del cuartel; leíanse en todas las miradas la seguridad de vencer y la más absoluta confianza en la persona de nuestro jefe, el teniente coronel Schmidt, quien, a su vez, podía estar orgulloso de sus cazadores.

Conocíalos bien, y sabía que podía contar con todos sus hombres, desde el primero hasta el último.

Severo, pero justo, los había curtido en tiempo de paz en una ruda escuela; pero había sabido también ganarse sus corazones, merced a una incansable benevolencia.

No se encuentra a menudo un jefe así...; pero no es este el momento de retratarle.

Séame sencillamente permitido decir que el 1.° de Diciembre siguiente, es decir, en una época en que ya la guerra nos había endurecido, muchos cazadores estaban a punto de llorar, cuando el que nos mandaba, nombrado coronel de un regimiento de infantería, se despidió de nosotros; séame permitido decir que, de costumbre, siempre que se quería honrar a un jefe y calificarle de caballeroso, evocábase a nuestro antiguo teniente coronel; séame permitido decir que hoy todavía, en todos los lugares en que entonces se reclutaban los cazadores, se pronuncia y se recuerda siempre el nombre de aquél..., y se comprenderá fácilmente que tal hombre se granjease el afecto y la estimación de todos sus subordinados.

No lamentábamos sino una cosa en él: su rápido ascenso, que había de privarnos harto pronto de semejante jefe.

¡Nos hubiera agradado tanto conservarlo! Las palabras

que nos dirigió aquel día fueron las que debían ser, viniendo de él, breves, enérgicas, entusiastas, inflamables.

Y cada cual pensaba para sí: «No te engañas; iremos a donde nos lleves, y quedarás contento de nosotros.»

Se cumplió la palabra: Schmidt tuvo la alegría de ver cubrirse de gloria al 1.° de Cazadores.

Nos pusimos en marcha a las doce cincuenta y cinco de la tarde; la música tocaba la «Guardia del Rhin»; los habitantes nos enviaban su último saludo; lindas muchachas nos decían adiós con lo mano; más de un beso fue hurtado al paso, lo que en otra ocasión se hubiera tomado a mal, pero que en aquel día se perdonó en seguida.

Toda la noche fuimos traqueteados por el tren, para no apearnos hasta Mekelsheim, localidad situada entre Bruchsal y Heidelberg.

Desde allí, una marcha fatigosa nos llevó hasta el Rhin, pasando por Wiesbach, marcha que nos permitió darnos cuenta de lo que podían ser las primeras penalidades de una campaña.

Hacía un calor sofocante, que, sin embargo, no me molestó personalmente; ¿no era joven y vigoroso y no me hallaba, sobre todo, estimulado hasta el extremo, por una repentina aparición que había de tenerme anheloso? La catedral de Spira se me había aparecido a lo lejos, y cada paso ahora me iba acercando a ella.

Porque Spira era mi país natal; iba a poder abrazar una última vez a mis padres y a mi hermana, a quienes no había vuelto a ver desde hacía más de un año; y el solo pensamiento de aquel «volver a ver» me ayudaba a sobrellevar animosamente todas las fatigas.

Establecimos nuestro vivac precisamente frente a la ciudad; ante nosotros el Rhin brillaba espléndido, y en la orilla opuesta la antigua iglesia imperial proyectaba en las ondas

sus cúpulas y sus torres, que el sol poniente incendiaba con amplios rayos de oro.

Apenas instalados, vinieron a anunciarme la llegada de mis padres.

Los reconocí de lejos; acercábanse haciéndome signos cariñosos, mientras que mi hermanilla corría a mí, todo lo de prisa que le permitían sus piernas.

Fue un encuentro inolvidable; por desgracia duró harto poco, pues llegó una orden para que saliesen inmediatamente del vivac todas las personas extrañas.

Al día siguiente, nuestro batallón se puso al frente de la brigada y atravesamos la población para dirigirnos hacia el Oeste.

Mi pelotón formaba la punta de la columna; he de decir que nunca me sentí más orgulloso que aquel día en que, por primera vez, pasaba por mi ciudad natal al frente de mis cazadores, mientras que todos los habitantes nos dirigían curiosas miradas y nos contemplaban con interés creciente.

Todos naturalmente me reconocieron; señalábanme con el dedo, me lanzaban miradas significativas, enviábanme besos.

Más adelante, se me permitió una vez más dejar mi acantonamiento para volver a Spira a dar un postrer adiós a la casa paterna.

No había de volverla a ver hasta el 8 de Enero de 1871, cuando me llevaron a ella para curar mis heridas, inanimado de dolor y frío, en los huesos, con el brazo roto, las carnes abiertas.

El 4 de Agosto, antes de amanecer, dejábamos el campamento de Germersheim; no tardamos en oír los primeros cañonazos que venían de Wissemburgo.

Hubiérase dicho el lejano fragor del trueno; y esto nos producía el efecto de un imán poderoso que nos obligaba a andar más de prisa, hasta al punto de que casi llegábamos a tomar el paso de carrera.

Pero todo fue estéril; en vano nos apresuramos; estaba escrito que habíamos de llegar demasiado tarde, y que no seríamos de la partida en aquel día famoso en que, prusianos y bávaros, en fraternal alianza, iban a recibir el bautismo de sangre.

Llegamos a tener celos de nuestros compañeros del 11.° cuerpo bávaro más felices que nosotros, a los que les había sido dado ya recoger los primeros laureles, ante los mismos ojos del príncipe imperial, que mandaba el tercer ejército, jefe queridísimo entre todos, hacia el que estaban vueltos todos los corazones de la Alemania del Sur.

De concierto, hay que decirlo, con los cuerpos V y XI prusianos, habían infligido tal derrota a nuestros enemigos, que, con la mejor voluntad del mundo, no nos quedaba otra cosa que hacer sino poner un freno a nuestra impaciencia.

Así fue, que estábamos de muy mal humor aquella noche del 4 de Agosto, cuando, cerca de Langen-Kandel, nos obligaron a instalarnos en un vivac húmedo e ingrato.

Llovia a torrentes y sin cesar, hasta el punto de que el agua nos corría por todo el cuerpo y se metía en las botas.

Esto no me impidió, sin embargo, dormir muy bien y pasar una excelente noche; tampoco tuve demasiado frío, gracias a la solicitud de los campesinos de las cercanías que, al traernos más paja de la que estaban obligados, lograron hacer muy aceptable nuestro campamento.

Todas aquellas buenas gentes eran, en general, de una generosidad como nunca he encontrado en ninguna región de Alemania.

Cierto es que tenían razones muy especiales para felicitarse de nuestra presencia; el enemigo se hallaba apenas a nueve kilómetros de allí, y aquellos desdichados lo hubieran pasado mal si, por desgracia, le hubiésemos dejado llegar hasta ellos.

El 5, por la mañana, hacía ya mucho tiempo que estábamos preparados, cuando nos llegó la orden de marcha.

Aguardábamos con ansiedad el momento de ponernos en

camino, impacientes por acercarnos al campo de batalla de la víspera, y, con la esperanza de ver todavía al enemigo, intentar un último ataque que nos pusiera frente a él.

No tardamos en ver, desde las alturas de Schweighoffen, la ciudad y la región de Wissemburgo, teatro de la batalla de ayer; la emoción era grande en nuestras filas cuando entramos en aquel hermoso e interesantísimo país.

En el recodo de un camino, dentro de un vasto jardín, había 500 prisioneros franceses, custodiados por cazadores bávaros del batallón núm. 10; eran, en gran parte, turcos; puede imaginarse con qué curiosidad los contemplaban nuestros hombres.

—¡Valientes diablos negros!—declaró un bávaro;—tienen cabezas de mono, y diríase verdaderamente que no son seres humanos.

Eran numerosas las reflexiones de este género; la vista de aquellos prisioneros absorbía tanto a nuestros soldados, que nos costaba un trabajo ímprobo el hacerlos andar.

En aquel momento, nos parecían todavía cómicas todas aquellas figuras de regiones lejanas, y aún no conocíamos su valía y su bravura; más adelante, cuando los encontramos frente a frente en la batalla, aprendimos a juzgarles como se merecían.

Pero he aquí que, de repente, llega un largo grito desde la vanguardia de la columna, recorriéndola toda ella, como un estremecimiento.

—¡La frontera! ¡Aquí está la frontera!

Entonces, espontáneamente, mil voces se ponen a entonar la canción famosa que se eleva al cielo:

«Repercutió un llamamiento como el rumor del trueno»,

y continuamos acompasadamente nuestra marcha sobre Altenstadt.

El poste fronterizo de Francia se encontraba precisamente apoyado en la primera casa del pueblo.

«¡Hurrah, hurrah, hurrah!» Con estos gritos, agitando nuestros cascos, y saltando de gozo, desfilamos ante él..., y de nuevo, en nuestras filas, se alzó vigorosamente el glorioso canto:

«Patria querida, descansa tranquila
fiel y fuerte vela la guardia del Rhin.»

Y allá abajo, a nuestra izquierda, en ondas brilladoras, rodaba nuestro viejo Rhin; rodaba chispeante, y en aquel momento solemne le juramos cumplir con nuestro deber, para que siga siendo alemán, y no le franqueen nunca los franceses, como no sean prisioneros.

Todos hemos cumplido nuestra palabra.

Por el camino que seguíamos, habían debido pasar, poco tiempo antes, tropas prusianas, a juzgar por los numerosos restos de paquetes de cartuchos que se encontraban diseminados.

Eran, sin duda alguna, los batallones y regimientos alemanes que, el día antes, habían ido al combate de Wissemburgo.

Durante mucho tiempo todavía después, todos aquellos bravos, que por primera vez iban al combate, debieron de oír resonar en sus oídos la voz de mando de ¡carguen!, pronunciada precisamente frente al poste fronterizo.

Reinaba el mayor desorden en Altenstadt, desorden como tuvimos ocasión de encontrar a menudo durante la campaña, en las poblaciones situadas en los campos de batalla o en sus cercanías.

En la mayor parte de las casas había heridos; por todas partes, banderas blancas con la cruz roja indicaban que tal o cual vivienda había sido convertida en ambulancia, y debía permanecer al abrigo de las requisiciones.

Y, sin embargo, Altenstadt me seducía por un encanto particularísimo que me hacía preferir esta localidad a las otras

de las que he conservado el recuerdo; una muchacha, una judía, bella como la aurora, estaba en una ventana entreabierta, y, por su gracia, era el objeto de la admiración general y el punto de mira de todas las miradas.

No me chocaría que Makart se sirviera de ese modelo encantador cuando pintaba su *Judit*.

Pero he aquí que por primera vez aparecía ante nuestros ojos la espantosa realidad de la guerra; varias víctimas de la batalla de la víspera, a las que no se había tenido tiempo de enterrar, estaban allí, ante nosotros, en todo su horror. Eran hombres del regimiento 47, que diez y ocho horas antes se habían mostrado tan bravos en el asalto del Geisberg.

El espectáculo de esos primeros muertos que se encuentran en un campo de batalla os produce una espantosa emoción; están allí tendidos, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente al cielo, con las manos crispadas por la convulsión, y como queriendo rechazar el dolor, con el pecho agujereado..., y quisiérase socorrerles, quisiérase ocultar la horrible imagen y devolver los cadáveres al reposo de la tierra.

Pero no se tiene tiempo; hay cosas más apremiantes; es preciso seguir adelante y marchar al enemigo sin perder un minuto; para otros es el cuidado de desembarazar el campo de batalla...

Llegamos a Ingolsheim por la tarde, después de una marcha penosa y bajo una lluvia torrencial.

Tomamos una posición de espera al Sureste de la población, en un campo de patatas, especie de papilla indefinible.

Apenas nos paramos, llegó la orden de vivaquear allí; preciso era obedecer; pero ¡qué vivac!

La lluvia caía a cántaros, mientras que chapoteábamos en un verdadero fangal, en el que teníamos el temor de dejarnos las botas; al mismo tiempo, el agua nos corría por todo el cuerpo, como bajo una ducha.

A todo esto, no había una gota de agua que beber: los pozos habían sido completamente agotados; en cuanto al arroyo, había sido ensuciado por los caballos de la caballería, de la artillería y de la impedimenta, y no era más que un pantano fangoso.

Quedaba todavía una fuente en el patio de la alcaldía; pero estaba reservada para uso de los heridos, y unos centinelas prohibían su acceso.

Hubo, pues, que organizar un servicio de agua y mandar nuestros cazadores, ya extenuados, a más de una hora de allí, mientras que la lluvia seguía cayendo, como por ironía.

Para remate, cuando pedimos paja para tumbarnos, nos contestaron que no quedaba una brizna. Toda la existente había sido requerida por los prusianos de los cuerpos V y XI, que vivaquearon allí la noche anterior, y no dejaron tras sí nada más que un lodazal inservible para todo uso.

Lo mismo ocurría respecto a leña.

Habíamos cortado algunas ramas de los numerosos árboles frutales de los alrededores; pero apenas ardían y daban más humo que calor.

Para colmo de desdichas, el pan que traía yo guardado todo el día, no era ya sino una masa nauseabunda, con la que iba a mezclarse un resto de chocolate, procedente aún de mi madre.

Y, sin embargo, a pesar de todas estas contrariedades, estábamos alegres y de buen humor. El sentimiento de hallarnos en Francia; la satisfacción causada por la victoria de nuestros compañeros; la esperanza de alcanzar, a nuestra vez, prontamente los laureles, nos hacían olvidarlo todo. Hasta nos divertía bromear y reír en varias ocasiones.

Así no me olvidaré nunca de un oficial de la landewehr, que se tumbó a lo largo en el fango y no podía consolarse de ver su brillante uniforme manchado para toda la campaña.

Permanecimos toda la noche sentados alrededor de una gran hoguera encendida a duras penas; un buen vino caliente

nos servía de cama, y sustituía ventajosamente a nuestra harto desagradable alcoba.

Y continuamos charlando hasta el día, a pesar de todo, satisfechos y gozosos al ver realizarse la primera parte de nuestro sueño: nos encontrábamos en país conquistado, estábamos en el suelo de Francia.

II

La jornada de Wörth (6 Agosto 1870)

—¿Quién quiere apostar a que vamos a entrar en fuego hoy?

—¿Hoy? Ni por pienso. En primer lugar, los franceses, después de la derrota que han sufrido en Wissemburgo, se han eclipsado; y, además, nuestro cuerpo de ejército resulta ser el último en el orden de marcha; en fin, me duelen tanto los pelos por el ponche que ingerimos en el vivac de ayer, que me encuentro más bien dispuesto a dormir que a batirme; y como no podéis batiros sin mí...

—Evidentemente son razones serias, y estoy seguro de que nuestro Kronprinz y su digno adversario el mariscal de Mac-Mahon se servirán tenerlas en cuenta; pero, tranquilízate; apuesto, a pesar de todo, que tu gruesa corteza de tocino recibirá algo hoy.

—Y tu cabezota también.

—Tanto mejor; eso indica que cada uno tendremos lo nuestro; lo que no impide que me encuentre más que nunca convencido de que tendremos faena en grande antes de la noche.

—Te digo que no hay cuestión; ayer mismo decían los señores del estado mayor que ya no se encontraría al enemigo antes del 7 de Agosto.

—No opino yo así; ¿apostamos una botella de champaña?

—Muy bien; a condición de que tú te ocupes de hallarla, porque a mí no me gusta buscar.

—Choca, convenido; si nos batimos, tú pagas; si no, pago yo.

Tal era nuestra conversación en la mañana del 6 de Agosto, mientras que seguíamos, sobre un lodazal sin fondo, la carretera que va de Ingolsheim a Wörth; y tal era el lenguaje de dos jóvenes tenientes: el uno, conde de Reigesberg, grueso y redondo; el otro, un servidor de ustedes, alto y delgado, ambos del primer batallón de cazadores bávaros.

¿Era posible llamar «marcha» a los movimientos que hacíamos aquel día para avanzar? Seguramente no, porque más más bien chapoteábamos que andábamos.

Llovía continuamente desde hacía algunos días; ayer, mientras que vivaqueábamos, no cesaron los aguaceros, y hoy el Dios de la lluvia se complacía también en regarnos superabundantemente.

Todo esto no nos daba, a buen seguro, aspecto de parada, de la misma manera que el vivac sobre el fango de Ingolsheim no hubo de abrillantarnos nuestros uniformes nuevos.

Pero hacíamos buena impresión, no obstante, y estoy íntimamente convencido de que a más de una guapa muchacha le hubiera agradado estrechar bien fuerte entre las suyas una de aquellas manos sucias, y hasta dejarse robar un beso por alguno de nuestros mocetones, si hubiera estado segura de no ser vista por nadie.

Lo que nos daba tan buen aspecto, es que en nuestras miradas lucía la esperanza de la victoria, es que nuestros pechos estaban llenos de orgullo por la idea de encontrarnos en país conquistado, hasta el punto de que ya no se veían las manchas de lodo que ensuciaban nuestros uniformes y nuestras botas.

¡Qué sentimiento tan particular el de esa confianza inquebrantable en el éxito final!

No habíamos combatido nosotros mismos en Wissemburgo; pero nos había fascinado hasta tal punto la victoria, que fácilmente hubiéramos tratado de loco al que se hubiese atrevido a pretender que todavía la suerte podía volvérsenos en contra. Todo soldado y, con mayor razón, todo suboficial, todo oficial comprendía muy bien que esta vez, a la inversa de lo ocurrido en 1866, iban a llevarnos derechamente al fin, sin detenerse en consideraciones políticas; todos sabían que no habría reposo hasta que los franceses no fueran completamente derrotados, hasta que no pidieran merced.

Sostenidos por tales sentimientos, se comprenderá que nos era fácil soportar todas las fatigas y conservar, no obstante la lluvia, nuestra provisión de buen humor.

Pero, a pesar de todo, no puedo afirmar que aquella mañana fuese suculento nuestro desayuno.

En aquella época no eran conocidos aún los tejidos impermeables; mi buen asistente llevaba mis provisiones en un saquito que, hasta aquellos últimos días, se había comportado bastante bien, pero que empezaba a parecerse a una de esas bailarinas que de noche encantan al público, y que a la mañana siguiente se nos presentan sin afeites, sin postizos, sin dientes, sin otro encanto que sus cuarenta y cinco años.

El desgraciado saquito se había convertido, poco a poco, en el punto de cita de varios arroyuelos. Mi fiel Sancho (se acabará ciertamente por tomarme a mí por un Don Quijote) decidió conservar mi pan con el suyo, y formar un solo pedazo grueso en vez de dos pequeños, a fin de que no se ablandase tan pronto.

Su idea podía ser buena, pero la lluvia, en su obstinación, había estropeado también el pedazo grueso de pan, y a pesar de que Sancho hubo tomado la precaución de esconderle bajo un montón de utensilios de todo género que nadaban en mi maletín. Entre estos objetos había una caja de betún, que se juzgaba indispensable en aquella época, pero que parecería bien superflua hoy; su contenido, bajo la influencia del agua, se

convirtió en una especie de papilla; luego, en una salsa muy clara que, al derramarse sobre el pan, formó una mezcla indefinible.

Mi abnegado compañero se quedó naturalmente con la parte más estropeada de nuestro mendrugo, y me dejó lo de dentro; decir que aquello no sabía absolutamente nada a betún, y que no se necesitaba para digerirlo un buen apetito, y sobre todo un buen estómago, sería tal vez exagerar; pero lo esencial es haberlo soportado y no haberse resentido por ello.

Al frente divisábamos Schönenburgo.

—Oye—al asistente,—tal vez podrías comprar allí un pedazo de pan.

—Lo intentaré, mi teniente.

Hay que decir que en aquella época los asistentes no llevaban fusil, sino sencillamente sus bártulos y los de su oficial; así podían dejar más fácilmente la columna para ir en busca de provisiones.

Pero aquella mañana no hubo nada que hacer; y, en efecto, antes de llegar al famoso embeleco que se veía ante nosotros (así es como el soldado de 1.ª clase, Wögele, llamaba indistintamente a toda localidad francesa, tratárase de Londonville, pueblecillo del Perche, o de París), nos obligaron a inclinarnos hacia el Oeste, haciéndonos pasar por un camino de labradío espantoso, para concentrarnos hacia Keffenach.

El suelo era cada vez peor; necesitábamos hacer ahora grandes esfuerzos para sacar nuestras botas de un fango espeso y arcilloso; en cambio, el cielo se tornaba más clemente; era Júpiter, que no tenía probablemente más cubos que echarnos, y se contentaba con vaciar unas regaderas, que al fin se sirvió no mandar agua alguna.

Contentos con este cambio de temperatura, avanzábamos más alegremente, y no tardando, nos encontramos en una elevación al Oeste de Keffenach.

—¡Ah! ¿Qué ocurre? Mirad a ese oficial ayudante que llega a rienda suelta, salpicando todo a su paso.

Al mismo tiempo, desde la vanguardia, llegó la orden de acelerar la marcha.

—¿Pero qué pasa?

—No lo sé.

No veíamos ni oíamos nada de particular, y, sin embargo, una gran agitación se apoderó de nosotros ante la idea de que se necesitaba una seria razón para imponernos un andar tan rápido.

—Allí, por la derecha, hay truenos—exclamó uno de nuestros hombres.

—Imbécil—le contestó un compañero;—truena en la tierra, y el ruido que oyes es el del cañón; hasta me parece que la cosa es gorda.

Debo decir que el sonido no llegaba muy a menudo, a causa de que la lluvia no había cesado de caer por nuestro frente; pero empezábamos, sin embargo, a comprender mejor lo que podía ser el estrépito que percibíamos; ya no cabía duda, era el cañoneo.

A partir de aquel momento, fue inútil animarnos para hacer que avanzáramos.

Los hombres parecían súbitamente engrandecidos; habían cesado de charlar, prestaban oído y trataban de ver si por encima de las cabezas atrapaban al vuelo una palabra lanzada por algún ayudante, y avanzaban, avanzaban sin cesar...

Habían comprendido que era preciso apresurarse para llegar lo antes posible, y mostraban tanto más ardor, cuanto que tenían la suerte de hallarse a la cabeza de la brigada, es decir, los primeros para el ataque en el caso que éste se realizara.

El teniente coronel no pronunció un largo discurso, nos dijo sencillamente: «Hay una gran batalla allí; apresurémonos y tal vez tengamos la satisfacción de podernos batir todavía.»

Conocía bien a sus hombres. Ya no andábamos, corríamos, y pronto dejábamos rezagado al regimiento de infantería que venía tras de nosotros. Los de línea no podían seguirnos ya, no habían sido adiestrados por el viejo Schmidt.

Entonces me acordé de la censura que nos habían á menudo dirigido, y a mí en particular, por exigir demasiados esfuerzos de parte de nuestros hombres.

Es evidente que cuando yo era inspector de gimnasia y de esgrima de los suboficiales, los hacía trabajar duro; pero sabía muy bien con quiénes trataba: baste decir que pertenecían al batallón de Schmidt, y no hubiesen vacilado en sacar el diablo de su infierno si el «viejo» lo hubiera deseado.

Recuerdo todavía que, poco tiempo antes, hice, con todos los suboficiales del batallón, el trayecto de ida y vuelta de Kemplen a Kottern en cuarenta y ocho minutos, sin que un solo hombre saliese de filas, ni siquiera el cabito Zuchs, el cual, sin embargo, renqueaba ya en aquella época.

Así estábamos en condiciones de apreciar los resultados de esta ruda escuela en tiempo de paz: desconocíamos la fatiga, y puedo decir que si el teniente coronel y sus oficiales no hubieran cuidado de moderar nuestro paso, nos hubiéramos lanzado a la carrera para llegar más pronto junto a aquellos mozos y darles noticias nuestras. Pero nuestros jefes trataban, con justa razón, de calmarnos, porque sabían muy bien que el cuerpo, aun sostenido por la voluntad y la moral, no es capaz de soportar un esfuerzo exagerado.

Por nuestro frente, el cañoneo se iba haciendo más ruidoso. Ya no llovía; extendíase a nuestros pies un riente paisaje, iluminado por un sol espléndido.

Comenzábanse a distinguir humaredas: unas, muy lejanas, provenían de pueblecillos incendiados; otras, más próximas, nos revelaban la presencia de una poderosa artillería desplegada sobre las alturas delanteras de Preuschdorf.

A las cuatro y media de la tarde habíamos llegado a los alrededores de Lampertsloch.

Ya no sentíamos en el cuerpo la sensación de humedad que hacía poco nos venía de afuera; gracias al sol, gracias, sobre todo, a la rápida carrera que habíamos realizado, nues-

tros uniformes iban a mojarse de nuevo por la abundante transpiración.

Sobre la altura de Lampertsloch oímos, por primera vez, la crepitación de las ametralladoras; avanzamos entonces contorneando la linde de un bosque.

—¡Mirad, allí están!

—¿Quiénes? ¿Los franceses? No pueden ser, bien veis que tiran hacia el otro lado; son los nuestros.

Eran, en efecto, los prusianos del cuerpo V, cuyos disparos iluminaban con sus fogonazos las alturas de Diefenbach; podía observarse la eficacia de su tiro por las llamas que se elevaban de las casas incendiadas de Fröschwiller y de Elsasshausen.

—Y más allá, ¿no son franceses?

—No, son también alemanes; porque de otro modo, cogerían de flanco a la artillería que tenemos delante; todavía no podemos ver nada del enemigo.

—¿Qué son esas nubecillas de humo que se ven en los aires?

—Son schrapnels; no son peligrosos cuando estallan a esa altura; esos están lanzados por los franceses, evidentemente; los nuestros no subirían tan arriba.

—Mi teniente, mire usted franceses. Veo perfectamente los pantalones encarnados.

Me paré un instante, empuñé mis gemelos y miré; luego volví a mi sección.

—Tiene usted razón, Rief; son efectivamente franceses esta vez, pero son prisioneros.

En aquel mismo momento llegaba un oficial de Estado mayor de la división, que se presentó al teniente coronel y le comunicó una orden.

A nuestra izquierda había un campo libre.

La gruesa voz de nuestro jefe resonó tan fuerte, que todos los hombres le oyeron claramente.

«¡Por el flanco izquierdo! Columnas de compañías de frente, al pueblo que tenéis delante; paso gimnástico, ¡marchen!...

»¡Alto!...

»¡Mochilas en tierra!...

»Las mantas en bandolera; atad en ellas las marmitas.

»Cuatro hombres por compañía a la guardia de las mochilas, bajo la vigilancia del sargento mayor y de un cabo de la cuarta compañía...

»Reunirse en el camino...

»¡Listos! ¡pronto!»...

Todas estas órdenes fueron ejecutadas con la rapidez de un relámpago; no era cosa de alinear sabiamente las mochilas, como nos habían enseñado en el ejercicio; estábamos en la guerra.

Así, pues, cada sección—la compañía en aquella época se componía de cuatro—puso un hombre para custodiar las mochilas; yo elegí, por mi parte, un viejo cazador de la landwer que jadeaba.

Lloraba casi por no poder acompañarnos; pero no se atrevió a insistir; hizo bien, porque la reciente marcha forzada no había sido sino juego de niños al lado de lo que nos estaba reservado.

«Paso gimnástico, ¡marchen!»

No se oyó más que el tintineo de las marmitas, que golpeaban en las bayonetas y en los fusiles, produciendo un estrépito ensordecedor; pero no le hacíamos caso, no nos interesaba más que el ruido de la fusilería, y corríamos, corríamos en loca carrera, a través de Preuschdorf, de Mitschdorf y de Görsdorf.

Vimos de pronto lo que ocurría en la vertiente opuesta del Sauerthal, al Este de Fröschviller; era como un hormiguero vuelto del revés; prusianos y bávaros iban y venían en todos sentidos; en medio de ellos algunos franceses aislados, que eran conducidos a la retaguardia; había también muertos y heridos

como si los hubiesen sembrado, y allí también reconocíanse muchos más alemanes que franceses.

Llegábamos demasiado tarde para asistir al combate de infantería; la gran batería que estaba al Este de Wörth había también cesado de tirar, y el cañón no tronaba más que del otro lado del Sauer, menos fuerte, sin embargo, que antes.

»No llegaremos para la carga, pero quizá todavía para la persecución si vamos de prisa.

»Paso gimnástico, ¡marchen!»

Algunos viejos cazadores de la landwer, que no estaban habituados a semejantes trotes, tuvieron que dejar las filas; pero ¿qué nos importaba la ausencia de una veintena de sofocados, puesto que éramos todavía 980 los que podíamos llegar al enemigo y participar de aquella victoria tan espléndidamente preparada por las felices tropas que teníamos delante?

Y seguíamos corriendo.

A nuestra izquierda estaba el general von Kirscbach con su estado mayor; me hubiera alegrado, en otra ocasión, contemplarle a gusto, pero verdaderamente no tenía tiempo por el momento.

Torcimos a la derecha pasado Görsdorf, y bajamos, siempre a la carrera, la vertiente Este del Sauerthal; allí habíamos de encontrar los primeros soldados muertos, cazadores del 4.° batallón y soldados de línea de los regimientos, 1, 2 y 11 de la guardia; pero no nos conmovimos con exceso.

¿Nos habría ya endurecido hasta tal punto la marcha forzada a través del campo de batalla de Wissemburgo? Seguramente que no; pero no teníamos tiempo de compadecernos de los muertos, y nuestro pensamiento, como nuestro paso, se dirigía adelante.

Sólo rápidamente, y de paso, echamos una mirada a nuestros compañeros yacentes; tal vez podríamos ocuparnos de ellos algo después.

Mientras tanto había atardecido; habíamos llegado al fondo, bastante amplio, del Wiesenthal, donde de pronto el Sauer

nos cerró el paso; era un arroyo sumamente profundo, con riberas muy escarpadas; el agua era de apariencia pérfida.

Las compañías formaron en columnas.

—¿Podemos pasar?

—Sí, pero con la mayor precaución; varios hombres de la 1.ª división se han ahogado.

—Los nadadores delante—ordenó el capitán.

Yo era de éstos; me había criado a orillas del Rhin, y no en vano había pasado en las aguas de ese río gran parte de mis veranos.

De un salto estuve en medio del arroyo; era de apenas diez pasos de ancho, pero tan profundo, que con gran asombro mío me llegaba el agua por encima de los hombros; llegué, sin embargo, prontamente a la orilla opuesta, demostrando así que se le podía cruzar á pie.

«Calen bayonetas. Quitad las cartucheras y sujetadlas en la bayoneta, y cuidado que no se mojen.

»Pasad exactamente por donde he pasado yo.»

Los hombres obedecieron.

Como el arroyo era más profundo de lo que parecía, cada sección tuvo que elegir un sitio conveniente para atravesarle.

Algunos privilegiados dieron con una especie de puentecillo, del que no nos dimos cuenta sino más adelante.

Por lo demás, me era completamente indiferente la mojadura; poco me importaba que mi ropa se calase en un sentido por el sudor o en otro por el agua del arroyo; la sensación me era muy agradable, y me figuraba tomar un baño, nada más.

Lo más penoso fue que no tardaron en obligarnos a hacer alto, y vinieron a anunciarnos que nuestro batallón no tomaba parte en la persecución del enemigo, y que se limitaría sencillamente a proporcionar sus médicos y camilleros para atender a los heridos.

¡Cómo! ¡Después de habernos hecho trotar todo el día como mercenarios, por caminos abominables; después de haber recorrido los cinco últimos kilómetros, como si se tratara de la

salvación de nuestra alma; después de habernos hecho tomar un baño en el Sauer, venían tranquilamente a decirnos que no nos necesitaban!

Debo renunciar a escribir las palabras que pronuncié entonces, porque estos veinticinco años de paz me han civilizado de nuevo; pero ¡cuánto echo de menos la otra época, seguramente menos corrompida que la presente!

Puede haber en la guerra momentos penosos; háblase en ella ciertamente un lenguaje rudo; pronúncianse palabras más violentas; pero en la guerra se encuentran los más hermosos sentimientos, los más nobles, los más elevados.

En la guerra se engrandecen las virtudes más puras; el entusiasmo en lo más grande que tiene, el valor intrépido, la bravura, el instinto de sacrificio, el compañerismo más fiel, el sentimiento del deber, la abnegación, el amor de la patria y de su rey; en la guerra se forjan los hombres.....

.....

Pusiéronse las armas en pabellones; los soldados formaron grupos, los oficiales hicieron lo mismo, todo el mundo se tumbó; luego las conversaciones se entablaron sobre los acontecimientos de la jornada.

Era cierto para todo al mundo que nuestro tercer cuerpo de ejército había alcanzado de nuevo una brillante victoria; ¿podía ser de otro modo, y no era una evidente prueba de ello nuestra presencia en el campo de batalla abandonado por el enemigo?

Media hora después, estábamos descansados; no tardaron en ir apareciendo poco a poco los otros regimientos de la brigada, a los que habíamos precedido por el Sauerthal.

Mi reloj marcaba las siete; seguía andando, a pesar del baño forzoso que le hice tomar.

Avanzaba la noche, una de esas noches como no había de volver a encontrar en mi vida, la más admirable, ciertamente, que sea posible contemplar en la tierra; noche cuyo esplendor

era realzado todavía por nuestro gozo de haber sido favorecidos por la suerte.

El aire estaba puro, como ocurre siempre después de una prolongada lluvia; la temperatura había agradablemente refrescado, el sol desaparecía tras el bosque de Langensulzbach.

Pronto apareció la luna, y proyectó sobre todo el valle y las lindes de los bosques su luz chispeante y mágica.

Al principio aisladas, luego numerosas, cada vez más numerosas, encendiéronse luces en los campamentos; hubiérase dicho que eran otros tantos gusanos de luz, rojizos, serpenteando en medio del verde húmedo de los collados.

El cielo, al oscurecerse, hacía más visibles todavía las llamas que se elevaban de los pueblos incendiados de Froschwiller, Elsasshausen y Eberbach, iluminando los alrededores con su terrible resplandor.

En el valle, el ruido de la lucha y el estrépito de la batalla habían cesado; raros disparos se oían de vez en vez a orillas del bosque: sin duda, algún turco gravemente herido, que, arrastrándose, acababa de matar al camillero que se le acercaba;—¿era capaz de comprender aquel desgraciado negro que pudiera llegar a él un enemigo con otra intención que la de rematarle o torturarle? ¿Conocía acaso el convenio de Ginebra, el derecho de gentes, la compasión, el respeto a los vencidos? Seguramente que sus amos franceses no le habían enseñado nada de esto a aquel pobre diablo, que se hubiera mostrado menos sanguinario y menos decidido a asolar a Alemania; ahora bien, no era ciertamente esto lo que deseaba esa gran nación, colocada al frente de la civilización.

Se engañó, gracias al cielo, en sus esperanzas de conquista, porque el azar puso, afortunadamente, la suerte de nuestra parte.

No es menos cierto, sin embargo, que más de un árabe condenado y fusilado sostendría hoy tranquilamente a su familia, si antes de la guerra se hubiera tomado alguien el tra-

bajo de enseñarle a conducirse lealmente en el caso de tener la desgracia de ser herido o hecho prisionero.

De pronto, en un regimiento del quinto cuerpo, rompió a tocar una banda la «Guardia del Rhin».

Fue como un reguero de pólvora: en todas partes, en los altos, en los valles, allí donde había tropas alemanas, las músicas siguieron aquel ejemplo; las notas de la soberbia melodía resonaron majestuosamente, mientras que mil voces, elevándose del campo de batalla hacia el cielo estrellado, cantaban la victoria.

A la «Guardia del Rhin» siguió el «Salud a nuestro Rey», homenaje de las tropas a su jefe supremo; luego la «Oración», testimonio de gratitud al Gran Director de las batallas que, al sostener el buen derecho, había apoyado el destino de Alemania.

Nuestra charanga tocó admirablemente.

Nosotros escuchábamos, de pie, los graves acordes de aquellos himnos, con la cabeza descubierta, profundamente recogidos, y debo decir que nunca, en ninguna iglesia, me sentí tan conmovido como en aquel momento, en la noche de la batalla, en plenos campos, ante la magna Naturaleza...

.....

Nuestro reposo no fue de larga duración; a las 7,45 recibimos orden de marchar adelante, al Oeste de Fröschwiller, y de estar preparados a todo evento.

Hubimos de pasar por la altura donde, pocas horas antes, se había reñido el combate más encarnizado de la jornada; numerosos muertos y heridos sembraban el suelo; pero no podíamos verlos por la oscuridad de la noche y el terreno ya despejado en parte; oímos, sin embargo, muy claramente quejidos y lamentos, porque nuestros hombres habían dejado sus cantos, atentos al camino para no tropezar; llegábannos gritos espantosos de los heridos y súplicas de los moribundos, ya en francés, ya en alemán, ya en árabe; pero ¿qué podíamos hacer nosotros? No teníamos que perder tiempo, y nuestro deber es-

taba en otra parte; aquellos desgraciados no estaban, por lo demás, completamente abandonados; teníamos la prueba de esto en el ir y venir de todos aquellos médicos y enfermeros que distinguíamos perfectamente a la luz de sus linternas, en concienzudo cumplimiento de su fúnebre misión.

En Fröschwilller, el espectáculo era aterrador: el incendio se apagaba poco a poco, pero no lo bastante, sin embargo, para que se nos ocultasen todas las miserias de la guerra.

A través de la claridad de las ventanas percibíanse, más o menos iluminados, médicos que, sin descanso, se entregaban a su trabajo; y en las calles no había más que camilleros, que traían heridos en camillas ensangrentadas, buscando para aquellos infelices un sitio en las casas atestadas.

En medio de todo esto, los habitantes corrían de un lado a otro por su pueblo en cenizas, y renunciaban a hallar a los suyos, a los que no habían visto desde el principio de la batalla y a quienes creían para siempre perdidos.

Nos congratulamos de salir por fin de aquella miseria y sentirnos de nuevo en pleno campo.

Inmediatamente llegó la orden de que formáramos en orden de batalla, cosa que nos satisfizo mucho; todavía esperábamos el poder tomar parte en la persecución; pero, ¡ay!, fue en vano, y a eso de las diez una nueva orden nos prescribía volver al lugar en donde dejamos las mochilas y acampar allí.

De nuevo tuvimos que atravesar Fröschwiller; tomamos luego la derecha por Wörth y Diefenbach, y llegamos a la carretera, entre Preuschdorf y Sampersloch; allí debíamos detenernos.

Era media noche; encontramos paja en abundancia, gracias al celo de nuestro oficial de administración, hombre despierto y enérgico si los hubo; pudimos tumbarnos en seguida y descansar.

Pero antes de nada me pareció indispensable acudir al saco de mi asistente; saqué ropa interior todo lo seca posible,

y luego me desnudé, sin preocuparme de los que me rodeaban, hasta no quedarme sino la piel por traje; hice que mi hombre me friccionara concienzudamente, y me puse la ropa seudo-limpia; por fin me metí en el lecho de paja que me habían cuidadosamente preparado.

Me dormí prontamente como un bienaventurado—no con el sueño del justo, sería una pretensión,—pero con un sueño exento de agitación, el sueño de un joven extenuado, que reposaba tan gratamente al aire libre como en la cama mejor de su casa paterna.

CAPITÁN «TANERA»

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: El caso de Luis II de Baviera.=Cuestiones sociales: Los proletarios intelectuales.=Impresiones y notas: Perturbaciones producidas por el abuso de la cocaína.—Los españoles en Nantes.

HISTORIA

El caso de Luis II de Baviera.—Pronto hará veintisiete años que en las olas del lago Starnberg se representó el último acto de una tragedia, cuyo protagonista fue un verdadero rey, Luis II de Baviera, tan querido de su pueblo, que los buenos montañeses bávaros, apartados de las intrigas políticas de la corte, estiman todavía, envolviendo su historia en romántico misterio, como una especie de moderno caballero del Santo Graal.

En la historia de los últimos reyes de Baviera hay, como dice Luis Ganzamuber, un rasgo psicológico común: la inclinación al romanticismo. Luis I se retiró de la vida política porque no podía olvidar que un motín popular le obligó a abandonar a la mujer que amaba, Lola Montes. En cuanto a Luis II, no era más que un niño de diez y ocho años cuando subió al trono en 1864, habiendo sido educado por sus padres, y especialmente por su madre, en una vida de las más retiradas y de sencillez casi burguesa. Tratado severamente, no le habían permitido ninguna de las distracciones de la infancia, ni el uso de ningún juguete. Un aya francesa ejerció sobre él lastimosa influencia; admiradora de Luis XIV, quería hacer del

príncipe un émulo del Rey-Sol, recomendándole las fórmulas absolutistas del gran monarca: «El Estado soy yo. Tal es nuestro gusto.» No es extraño que con estas máximas Luis se creyese con derecho para maltratar a su hermano Otto (el rey actual, de nombre sólo, pues sabido es que hace cuarenta años está loco), de apoderarse de sus juguetes, no tolerando siquiera que un antiguo amigo de su padre se permitiera cogerle en brazos para evitarle una caída peligrosa. Otro de los principios del sistema de educación adoptado por los padres de Luis era el de la economía, llevada al extremo de no dar a su hijo más que una peseta por semana. A pesar de esto, Luis era muy generoso, pero tenía una noción muy vaga del valor del dinero; con motivo de su décimooctavo, cumpleaños su padre le había regalado un ejemplar de cada una de las monedas corrientes del país; el joven príncipe, que nunca se había visto con tanto dinero, se creyó rico, y fué a una joyería para comprar un medallón a su madre, eligiendo, sin vacilar, una alhaja que valía, naturalmente, mucho más que todo el dinero de que disponía.

Es importante anotar que Luis no tuvo en su infancia más que un solo compañero de juego, el conde de Holstein, el mismo que más tarde, después de haber recibido de él toda clase de favores, le hizo ignominiosamente traición.

Cuando fue llamado al trono, poco después de cumplir los diez y ocho años, su carácter estaba poco preparado para sufrir aquella brusca modificación de su existencia.

Una legión de aduladores le rodeó, abusando indignamente de su confianza, y sólo por su culto apasionado por el arte y la música, le permitió salir con bien de los primeros desencantos de su juventud.

Poco después de su advenimiento, en efecto, hizo llamar a Ricardo Wagner, entonces desconocido, y cuyo triunfo final quería facilitar. Luis tenía personalmente pocas dotes musicales, pues, según el maestro que le dió lección de piano, no tenía oído.

Las óperas de Wagner le sedujeron seguramente más por el romanticismo de sus asuntos que por su valor musical. Pronto se estableció íntima amistad entre el soberano y el artista, y ese fue el origen del primer conflicto entre Luis II y la opinión pública.

La amistad de Wagner fue denunciada como perniciosa; se criticó el lujo exagerado del artista y el abuso que hacía de la generosidad de su real protector, temiéndose que la enervante música del porvenir trastornase al joven soberano, siéndole tan funesta como el baile lo había sido para su abuelo. La nación exigía que su monarca se ocupara más de dirigir la nave del Estado que la barca de Lohengrin; Luis II cedió, y rogó a Wagner que saliera de Baviera.

A los veintidós años, dotado de una figura verdaderamente encantadora—amable y galante con las mujeres, pero tan reservado, que afectaba ignorar las numerosas pasiones que encendió en muchos corazones, cediendo a los deseos de su pueblo y a las instancias de su madre,—Luis se desposó con la princesa Sofía, que más tarde fue la duquesa de Alençon, que tan trágicamente murió en París en 1896, en el incendio del Bazar de la Caridad; pero aquellos desposorios quedaron rotos en condiciones todavía no bien conocidas; desde entonces el bello sexo no representó sino un papel insignificante en la vida de Luis, y hasta se le puede considerar como un verdadero misogino. ¿No era él quien decía a Ricardo Wagner: «Verdad que no hacéis ningún caso de las mujeres? ¡Son tan fastidiosas!» En los años siguientes, el rey fue perdiendo su contacto con el mundo interior, restringiendo hasta sus relaciones con su familia. La locura incurable de su hermano Otto le impresionó profundamente, y desde entonces temía ser víctima del mismo mal, haciéndose cada vez más intratable, y desconfiando de sus más fieles servidores, alejándose hasta de su madre cuando ésta se convirtió al catolicismo.

Nunca había tomado gusto a las ceremonias oficiales, y acabó por substraerse a ellas completamente huyendo de Munich,

refugiándose en los sitios románticos de sus montañas. Allí vivía en medio de sus queridos montañeses, que le adoraban, y su desconfianza era tal, que acabó por desentenderse de todas las personas cultas, no tolerando a su lado más que gentes de clase inferior.

Al principio de su reinado, Luis II, que dudaba todavía de sí mismo, había abandonado completamente a sus ministros los asuntos de Estado, pero no tardó en ocuparse personalmente de ellos y sus decisiones enérgicas excitaron el entusiasmo del pueblo bávaro. En sus relaciones con Bismarck desde 1860, ora fue su enemigo, ora su aliado, sacando en definitiva de la restauración del imperio alemán el reconocimiento de la autonomía bávara, no sólo en la administración interior, sino en lo militar y en lo diplomático.

Poco después de la guerra franco-prusiana, empezaron a difundirse los rumores más extraños sobre las extravagancias y las manías del rey. Se decía que no tenía relaciones personales con los ministros; que todos los asuntos se despachaban por correspondencia; que siéndole desagradable la vista de su presidente del Consejo, Ziegler, éste hacía sus informes oculto detrás de una pantalla; que habiendo el rey encontrado un gendarme, se le llevó, le hizo comer a su mesa y le despidió, regalándole un armónium; que un simple soldado de caballería, invitado a comer por el rey el día de su cumpleaños, recibió de regalo una finca después de haber visto al rey vestir en su honor el uniforme de su regimiento; que había hecho de su peluquero Hoppe su más íntimo asesor, encargándole de formar Ministerio, etc. Al lado de estos rumores completamente fantásticos había incidentes exactos, pero exagerados y deformados. Después de una de las representaciones que se hacía dar por la noche para él solo en el teatro de la Corte, Luis II dió orden a los actores de repetir la obra; uno de los artistas, fatigado, le rogó respetuosamente que le dispensara; el rey insistió, y como el actor se negase de nuevo, Luis II se encolerizó tanto, que arrojó un vaso de agua a la cabeza del oficial que

le trajera la respuesta, hiriéndole gravemente. Luis II era realmente irascible y extremado en sus simpatías y antipatías; le gustaban especialmente los individuos de hermosa prestancia y de voz sonora; y como su ayuda de cámara carecía de estos dones, tenía que aparecer ante el rey enmascarado, y hasta por no verle, le daba las órdenes por escrito; aquellas órdenes, casi siempre con lápiz en pedazos de papel, fueron una de las armas de que se apoderaron para declararle loco los enemigos del rey.

Luis II, contra todas sus apariencias de robustez, era de salud delicada. Comía mucho, pero había que vigilar su alimentación. Como tuvo que dejar de montar a caballo por motivos de salud, no hacía el ejercicio que requerían sus nervios. Cuando se enteró de las locuras de juventud cometidas por su padre, pensó que todos sus males eran fruto de la herencia fisiológica, y cuando se cometió el atentado contra el emperador Guillermo y el asesinato del Czar, sus causas de depresión se vieron acnmuladas por la manía persecutoria. Luis II, con su modo romántico de vivir, con sus paseos nocturnos en coche al resplandor de las antorchas, su teatro personal y su desconocimiento del valor del dinero, se veía cada vez más apurado y tuvo que recurrir al préstamo. Pero como todo el mundo conocía su situación, nadie se decidía a contratar con él, o si lo hacían era en condiciones onerosísimas. Como intermediario se servía, entre otras gentes subalternas, de Hesselsckwerdt, el furriel de Palacio. Entre las personas a quien éste se dirigió, estaba el conde de París, que, para obligar al rey, puso como condición *sine qua non* la neutralidad de Baviera en caso de conflicto franco-alemán. Hesselsckwerdt no se atrevió a hablar de esta condición a su amo, pero puso en conocimiento de la cosa al príncipe Luitpold, que de hecho llevaba la dirección del gobierno. La cosa metió tanto ruido, que la Cámara de Diputados entabló un debate sobre la crisis del Gabinete y el estado mental del rey. Entre las pruebas de locura, se presentó un billete que decía: «Mi querido Meyer: Os encargo que ma-

téis a todos los oficiales de justicia y a todos los ministros.» Era falso, pero produjo su efecto. El expediente de locura fue sometido a cuatro alienistas bávaros, que sin hablar ni siquiera ver al rey, le declararon loco, lo que prueba que la perdición de Luis II estaba resuelta de antemano. En consecuencia, se decretó la deposición y la reclusión del rey y se instituyó una regencia. El rey no sabía nada.

El 8 de Junio, después de cenar a media noche, Luis II quiso dar su paseo habitual; a punto de montar en el coche, vió en los almohadones un papel que decía: «Majestad, traición; tened cuidado.» Luis II no quiso salir ni se atrevió a acostar hasta las seis de la mañana; se durmió luego hasta las dos, y pasó el resto del día leyendo clásicos franceses. La noche siguiente, hacia las cuatro de la mañana, el monarca oyó ruido en su antecámara; era el cochero Osterholzer, que, precipitándose a sus plantas, le gritó: «Majestad, están abajo; ¡salvaos!» La comisión de Estado acababa, en efecto, de llegar de Munich. En ella figuraba el conde Holstein, que tanto debía al rey. Como Luis II había dado orden de no dejar entrar a nadie en el palacio, la comisión no logró llegar hasta el monarca, pues habiendo dado la voz de alarma algunos servidores leales, la gendarmería, los bomberos y gran multitud del pueblo acudió para proteger al soberano, teniéndose que volver la comisión por donde había venido con los coches que habían traído, entre ellos el destinado al rey, entre cuyos almohadones se habían hecho agujeros por donde habían de pasar las cuerdas con que había de atarse al destronado monarca. Luis II dió orden de prender a los miembros de la comisión; y aunque éstos se resistieron al principio, acabaron por someterse y fueron vueltos a palacio. La cólera del rey pasó, y tres horas después todos fueron puestos en libertad. El conde Durckeim, llamado por Luis II, pensando que se trataba de una revolución de palacio, apremió al rey para volver a Munich; pero Luis II, fatigado por tanta emoción, dilató el resolver; ni este paso ni la fuga a la frontera austriaca, que hubieran podido cambiar

la faz de las cosas, llegaron a realizarse por las indecisiones del rey. A las pocas horas de estar en Hohenschwangan el conde Durckeim recibió orden telegráfica del ministro de la Guerra de salir inmediatamente para Munich; por consejo del rey, el conde pidió autorización para quedarse, pero le fue negada; tuvo que partir, y al llegar a la capital fue preso.

El fracaso de la comisión obligó a la regencia a proceder de otro modo; el 11 de Junio se proclamó en todo el país el establecimiento de la regencia, y hecho esto, se relevó la guarnición de Hohenschwaugan, y el rey quedó así prisionero en su castillo. Cuando Luis se dió cuenta de su situación, se sometió sin resistencia a su suerte, y cayó en tal postración, que sólo pensaba en morir. Pidió a Hoppe que le proporcionase cianuro de potasio; pero el peluquero se negó a ello; luego tuvo la idea de precipitarse desde lo alto de la torre del castillo al barranco de Poellat; pero no acababa de decidirse. En esto llegó una nueva comisión de Estado. Aquella noche, el rey, sobrio de ordinario, bebió mucho cognac y vino, y después de comer pidió a Mayr, su ayuda de cámara, la llave de la torre; éste advirtió a los individuos de la comisión que estaban en la antecámara, y al volver al rey le anunció que la puerta de la torre estaba abierta.

El Dr. Gudden quería, al salir el rey, que los guardias se le echaran encima y lo llevaran; pero cuando se abrió la puerta y el monarca apareció, el encanto mágico de su imponente majestad produjo el efecto de siempre; nadie se atrevió a tocarle. El Dr. Gudden fue el primero en rehacerse, y dando un paso hacia adelante, dijo estas palabras históricas: «En nombre del príncipe Regente, Vuestra Majestad es mi prisionero.» Luis lanzó un grito de espanto, y dirigiéndose al médico alienista, le dijo: «¿Cómo puede usted firmar un acta que me declara loco, cuando usted no me ha visto ni me ha hablado?» Los guardias quisieron cogerle por el brazo, pero los rechazó, añadiendo: «Inútil, ando voluntariamente.» Dos horas después, fue llevado el rey al castillo de Berg.

A pesar de las instrucciones enviadas de Munich para que se tratara con consideración al soberano enfermo, no le ahorraron las más humillantes vejaciones. Luis II, profundamente penetrado de la dignidad de su carácter soberano, no podía soportar aquella caída; pero como su orgullo le impedía quejarse, fingió resignarse a todo para engañar a sus vigilantes. La noche del primer día que pasó en Berg, Luis II, por orden del Dr. Gudden, se acostó pronto y logró dormir hasta las dos de la mañana; pero cuando se despertó y quiso levantarse, los guardias le rehusaron sus vestidos. Sólo a fuerza de súplicas consintieron en darle las medias, y así, en camisa de dormir, pasó el pobre prisionero largas horas dando vueltas en su alcoba. Al día siguiente, Domingo de Pentecostés, Luis II quiso ir a misa; no se lo permitieron, por el justificado temor de que, a la vista de su soberano, se amotinase el pueblo para libertarle.

Aunque no podía sufrir al Dr. Gudden (era el que había tratado a su hermano Otto), el rey quería adormecer sus recelos; por la mañana había dado un paseo, a pesar de la lluvia, en compañía del doctor y de un guardia; por la tarde salieron de nuevo al parque; pero aquella vez, a instancia del rey, el guardia fue despedido. Lo que entonces pasó no ha tenido testigos, y sólo pueden hacerse suposiciones. Parece que el rey, aprovechando un momento de distracción del doctor, se quitó su levita y se precipitó en el lago para alcanzar a nado la otra orilla donde vivía, no sólo el duque Ludwig, su primo y fiel partidario, sino también la emperatriz Isabel, que le profesaba viva simpatía. El Dr. Gudden se lanzó a su vez, y en las olas del lago se entabló una lucha encarnizada, una lucha a muerte, que parece haber sido de violencia horrible, a juzgar por las huellas encontradas en los dos cadáveres, que fueron descubiertos unas horas después.

CUESTIONES SOCIALES

Los PROLETARIOS INTELECTUALES.—El mal apenas se remon-

ta a unos cincuenta años, y ya hace hablar de él cada vez que la sociedad moderna se ve amenazada de un trastorno radical. El fenómeno de la existencia de los proletarios intelectuales, como dice en *La Revue* su ilustrado director, Juan Finot, paraliza la marcha normal del progreso, poniendo en peligro sus más nobles conquistas.

¿Qué es un problema intelectual? El hombre que después de haber trabajado cierto número de años en amueblar su cerebro con toda una serie de conocimientos vagos o útiles, carece, al llegar a su madurez, de medios de vivir. Puede tener títulos universitarios, o no tenerlos; para el caso es lo mismo. Sus apetitos, frecuentemente legítimos, pero casi siempre exasperados por la miseria y las privaciones, le hacen coger tirria a la organización nacional que le oprime y le hostiga; ve en ella la causa de sus propias desgracias y de las de todos sus semejantes; y como la instrucción le ha suscitado ciertos prejuicios morales, políticos y religiosos sin haberle inculcado los deberes más elementales para con la patria y con el prójimo, llega hasta querer hacer saltar el edificio social sin preocuparse de las víctimas inocentes o culpables.

Los anarquistas más temibles surgen ordinariamente de entre los proletarios intelectuales. El militarismo contemporáneo que dirige casi todos los recursos de las naciones hacia los armamentos improductivos, no hace más que desarrollar ese malestar social. Pero como la anarquía internacional hace imposible por ahora todo sueño de desarme, el proletariado intelectual sigue en aumento. El desquiciamiento mundial, sin estar muy próximo, se hace cada vez más amenazador. Bajo el empuje de esos numerosos desclasificados, el odio y la desconfianza, entre ricos y pobres no hace más que aumentar, y la armonía social, gravemente comprometida, amenaza romperse, cediendo el puesto a la violencia y a la injusticia.

Está fuera de duda que los proletarios intelectuales son mucho más peligrosos para la sociedad que los manuales. Estos se someten o se resignan fácilmente a la miseria; pero

los agitadores intelectuales hallan ordinariamente maneras de entenderse con la sociedad, en detrimento de sus tropas indignamente engañadas y explotadas, y de ese modo renace la paz aparente, aunque la tempestad siga rugiendo en el fondo. ¿Qué hará la sociedad cuando los proletarios lleguen a ser un ejército de hambrientos o de revoltosos? A eso vamos a paso de gigante en casi todos los países civilizados. En todas partes se oyen los mismos gritos:—¡Hay demasiados médicos, abogados, periodistas, ingenieros y profesores! En Francia, por ejemplo, hay unos quince mil médicos, y de los tres mil que ejercen en París, la mitad no llega a ganar quinientos francos al mes. Salvo unos cientos de médicos que tienen probabilidades de alcanzar la gloria o la fortuna, el resto se ve condenado a una vida de privaciones y miseria. Y, sin embargo, nuestras Universidades siguen arrojando anualmente al mercado 1.200 licenciados nuevos. Y si esto sucede con la carrera más socorrida, ¿qué no ha de suceder con las demás? ¿Y qué decir de los funcionarios franceses? Sus sueldos apenas han aumentado, mientras las exigencias de la vida y los precios de todo se han triplicado. En Francia había, en 1846, 188.000 funcionarios; en 1873, pasaron a ser 285.000; en 1896, llegaron a 416.000, y hoy pasan de 600.000. Para poderse dar uno cuenta de la estrechez en que viven, baste decir que su sueldo medio anual es el de 1.500 francos. Un auditor del Consejo de Estado, puesto de tanto relieve, cobra 2.000 francos al año. Y para todos los cargos hay siempre miles de postulantes que aspiran, en vano, a esos cargos de revienta-hombres.

Durante largo tiempo se ha soñado con el título de ingeniero, como el abrigo más seguro contra la miseria social; pero, a pesar del desarrollo gigantesco de la industria, la situación de los ingenieros sigue empeorando; los ingenieros de politécnica, lo mismo que los de la Escuela Central, se encuentran hoy reducidos a sueldos de 200 a 300 francos mensuales, dándose por muy felices cuando consiguen encontrarlos, teniendo con frecuencia que aceptar, desalentados, condiciones subal-

ternas o expatriarse. Y, sin embargo, para las 250 plazas que quedan vacantes en la Politécnica, todos los años se presentan 2.000 pretendientes.

La carrera artística está lo mismo, y el alcoholismo, que tantos estragos hace en los artistas, contribúye a rematar en desesperaciones y desencantos, vidas de ilusión sin mañana. París cuenta con veinticinco mil o treinta mil pintores y escultores, de los que apenas un millar logra ganar convenientemente su pan cotidiano. Basta ir al Hotel Drouot, para ponerse en contacto con la miseria de nuestros artistas: en la salita del entresuelo se ven lienzos con marco, cuyo precio varía entre 3 y 20 francos; los pintores que los llevan no cobran de ordinario más que de 1,50 a 5 francos, de cuyos precios hay que bajar el coste de la tela, la esencia y los secativos, que importan el 75 por 100 del precio de venta, quedando reducido el jornal de los artistas al salario de los más miserables de los obreros manuales.

¿Cómo extrañarse del malestar de todas esas clases hambrientas y de sus gritos de odio contra una organización social que los condena a todas las humillaciones y a todos los sufrimientos? ¿Cómo, por otra parte, remediar esa grave enfermedad del proletariado intelectual?

La cuestión es de las más complejas. Sería preciso quizá, ante todo, reconstituir la enseñanza superior sobre nuevas bases, y, por otra parte, proporcionar al Estado recursos casi ilimitados para poder salvar a las víctimas del actual orden de cosas. Pero como el militarismo absorbe tantos recursos, habría que prescindir de los Poderes públicos para pedir soluciones a la iniciativa privada. El ejemplo de los Estados Unidos provoca beneficiosa emulación en algunos poseedores de grandes fortunas de Europa; pero su ignorancia hace que esos desprendimientos no tengan la aplicación que debieran. En Francia, por ejemplo, hay la tendencia deplorable de dirigir la mayor parte de los donativos hacia el Instituto de Francia. La Academia Francesa y las demás secciones del Instituto no

saben qué hacer con tantos legados intelectuales, que provocan artificialmente un exceso de producción, multiplicando los parásitos literarios y desmoralizando cada vez más a los donantes y a los beneficiados con un maná que transforma en escritores, hombres y mujeres, que de otro modo no hubieran jamás tomado la pluma.

Entre los esfuerzos hechos para remediar el proletariado intelectual se encuentra una iniciativa que merecería, según Finot, ser aplicada en mayor escala e imitada en otros países. Se trata de una especie de colegio práctico, destinado a ofrecer a los sin trabajo medios para rehacer su vida. La idea fue de varios ingenieros extranjeros, que, con un programa sencillo que no exige más que siete meses de estudio, permite a los matriculados asegurarse una existencia tranquila. El colegio se fundó bajo la protección de un Mecenas inteligente, y Finot nos ofrece una impresión de su visita. Conducido a las aulas por el ingeniero director, se encontró con alumnos de aspecto inusitado: si el más joven había pasado de veinte años, el más viejo debía tener sesenta, por lo menos. Todos trabajaban con perseverancia y energía; eran unos cuarenta, algunos con diplomas superiores; otros con estudios de politécnica; dos eran abogados y uno era un aspirante a médico que no había conseguido salir con bien de sus exámenes. A todos les han bastado de seis a siete meses de trabajo asiduo para convertirse en electricistas prácticos o para poder ejecutar ciertos trabajos de cerrajería complicada; todos encuentran colocación en París, y ganan de nueve a doce francos diarios. Como, en vista del éxito, el número de alumnos ha podido aumentarse de cuarenta a sesenta, y como los cursos se renuevan dos veces al año, el colegio en cuestión salva de la miseria anualmente 140 familias. El colegio lleva el nombre de Escuela de Electromontaje Raquel, y el Mecenas que provee a sus necesidades es Leonardo Rosenthal. Las lecciones son gratuitas, y hasta cierto número de alumnos reciben además una comida diaria. Como la mayor parte de ellos son pobres y vienen de barrios

lejanos, más de la mitad toman esa comida gratuita, la única que hacen en todo el día.

La Escuela comenzó en 1911 con 12 alumnos; la cifra subió en seguida a 23; en 1912 fueron 54; en 1913, 71 por semestre, y el año próximo, 1915, se admitirán hasta 150, o sean 300 al año. Los gastos suben hoy a 100.000 francos, suma realmente pequeña en relación con los resultados que de su acertado manejo se obtienen.

Finot quiere que esa institución modelo sirva de ejemplo, y que con arreglo a ella se funden otras escuelas de electricistas, de agricultores, etc. Pero ¿bastaría esa multiplicación de escuelas y esa consiguiente multiplicación de hombres prácticos para salvar de su miseria al proletariado intelectual? Sinceramente creemos que no. El mal tiene raíces más profundas, y ese remedio es demasiado superficial. Hay que ir por otros caminos; es preciso acabar con el favoritismo, que tantos desalientos produce y tan menguados ejemplos siembra; hay que castigar el atesoramiento, obligando al capital a no estar parado; hay que poner término a toda mano muerta; hay que infiltrar en todas las almas el espíritu sublime que irradia del Sermón de la Montaña, y que supo engendrar los San Francisco de Asís.

IMPRESIONES Y NOTAS

PERTURBACIONES PRODUCIDAS POR EL ABUSO DE LA COCAÍNA.— Tras el opio, la morfina, y tras ésta, la cocaína. ¡Pobre Humanidad! Vallon y Beissière nos informan, en el *Encephale*, de las «Perturbaciones mentales de origen cocaínico»; y en verdad que el cuadro es alarmante, pues entre los artistas y los literatos, y entre los noctívagos de Montmartre, el abuso de la cocaína constituye una epidemia terrible.

Las primeras picaduras de la cocaína son poco agradables; pasa lo que con el tabaco: sólo al cabo de cierto tiempo se goza con la absorción del humo. En la embriaguez cocaínica

pueden distinguirse dos fases: la primera se caracteriza por el aumento del dinamismo, traducido, por una parte, en una sobrexcitación intelectual, siempre estéril, pues sólo aumenta la locuacidad, la verbosidad; y por otra, en cierto prurito de gasto muscular, sin alteración sensible en la regularidad de los movimientos. La segunda fase, a la que no todos llegan, está caracterizada por cierta indolencia psíquica, con ensueños agradables en que el cocainizado se complace conservando su inmovilidad, como si tuviera miedo, al moverse, de que el encanto se disipara. A veces, en medio de esa calma se producen descargas nerviosas, en forma de movimientos bruscos, impulsivos, pero precisos.

Esta euforia inicial dura, sin embargo, poco. Se acostumbra uno a ella rápidamente, más pronto que con la morfina; y entonces, para hallarla de nuevo, hay que aumentar las dosis, llegando a absorber dos y hasta tres gramos diarios de la droga. En algunas semanas, el organismo se altera profundamente y se llega a una verdadera caquexia. Al mismo tiempo, las facultades mentales son atacadas, y la memoria se debilita, la voluntad se afloja y toda energía desaparece; los sentimientos afectivos se alteran y el cocainizado se hace indiferente a todo. Pero el más dañado es el sentido moral; de ahí las estafas, los robos, la prostitución, el asesinato para proporcionarse el veneno. Por último, se llega al insomnio completo, absoluto, entrecortado por pesadillas voluptuosas o aterrorizantes, como las de los alcohólicos crónicos.

Entonces suele presentarse la psicosis cocaínica. Su forma *lenta* presenta un período de perturbaciones sensoriales con alucinaciones de todos los sentidos, y otro período de ideas delirantes, en el que el enfermo cree en la realidad de todas esas alucinaciones, y tiene celos y manías persecutivas, hipocondría, etc. Si todavía se sigue usando la cocaína, viene la psicosis *aguda*, con confusión mental y agitación y toda la gama de la demencia.

*
* *

Los españoles en Nantes.—¡Cómo cambian los tiempos! En sus «Notas sobre los españoles y los portugueses en Nantes», Julio Mathorez nos presenta la Bretaña, y sobre todo Nantes invadida por los españoles, que tenían en su mano el comercio y la banca de la región. Ana de Bretaña estaba rodeada de españoles; los duques de Bretaña habían apreciado y favorecido siempre la inmigración española, y España tenía en Nantes toda una barriada, la más rica, la más respetada en la población. La colonia española era numerosa, y España en aquel tiempo—siglo xv y principios del xvi—proveía de banqueros a toda Europa. La mayor parte de aquellos españoles, bien tratados, queridos, colmados de privilegios y hasta ennoblecidos, se naturalizaban en el país, llegando a los más altos cargos; de allí vienen los Ruys (Ruiz), los Spinose (Espinosa), los Rocaz (Rocas) y tantos otros.

Naturalizados y todo, aquellos españoles nunca olvidaban su origen, de que se sentían orgullosos. Así, en las contiendas políticas interiores o exteriores, cuando se ventilaban intereses que afectaran directa o indirectamente a España, los hispano-nanteses estaban siempre del lado del Rey Católico. En las contiendas de la Liga, cuando Mercœur necesitó fuerzas para apoyar las pretensiones de la casa de Lorena y apeló a los católicos del Loire, todos los españoles de Nantes, antiguos y nuevos, se alistaron bajo las banderas de la Liga; la combinación, que tendía a llevar al trono de Francia una infanta, no tuvo mejores partidarios que los españoles de Nantes. El mismo Enrique IV, cuando fué a Nantes, quiso halagar al elemento español y se hospedó en la casa del conocido comerciante Andrés Ruys, una de las más consecuentes figuras de la colonia española.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

Las recompensas a los expedicionarios españoles al Norte de Europa con el Marqués de la Romana, por Juan Pérez de Guzmán. 5

Guía del buen decir, por Juan B. Selva..... 26

El discípulo traidor, por Leónidas Andreief..... 45

El Tiziano y Alfonso de Este, por Carlos Justi..... 74

Las Reinas de la España antigua, por Martín Hume..... 90

Julio Lemaître, por Enrique Bordeaux..... 120

La guerra franco-alemana de 1870 y 1871, por el Capitán Tanera 160

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 185

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración.
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
180	**Arenal.**—El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.**—Derecho Internacional privado.....	6
569-570	— **Audinet.**—Derecho internacional privado. (Dos tomos).....	12
368	**Bagehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Monton (Merinos) ...	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**-Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
447	**Bredif.**—La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve.....	2

N.º del Catál.º		Pesetas
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, dos tomos	13
556	— El gobierno de los Estados en la República Norteamericana	7
558	— Los partidos políticos en los Estados Unidos	6
367	**Bunge.**—La Educación	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*	14
557	**Burnouf.** — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548	**Buylla.**— Economía *(dos tomos)*	10
533-537-542	**Caillaux.**—Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución	4
559	— Crónicas del tiempo de Isabel II	7
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*	6
156	**Campoamor.**—Cánovas	1
79	— Doloras, cantares y humoradas	3
69	— Ternezas y flores	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*	24
393	— Pasado y presente	7
102	**Caro.**—Costumbres literarias	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX	3
65	— El suicidio y la civilización	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva	2
64	**Coppée.**—Un idilio	3
404	**Couperus.**—Su Majestad	3
361	**Champcommunale.**— La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
515	**Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Meré	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*	6
46	— Novelas del lunes	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos	6
567	**Deploige.**—El conflicto de la Moral y de la Sociología	7
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres	7
425	**Dollinger.**— El Pontificado	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
402	**Dumas.**—Actea	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias	4
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés	4

N.º del Catál.º		Pesetas
459	— Los veinte ensayos...	7
553	Engels.—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
155	Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1
162	Fernán Flor.—Tamayo..	1
158	— Zorrilla..	1
92	Ferrán.-Obras completas	3
352	Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
534	Fisher.—Economía política y geométrica.....	8
357	Fitzmaurice-Kelly — Historia de la Literatura española..... .	10
24	Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3
390	Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	Fouillée. — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
554-555	— Compendios de los grandes filósofos (*dos tomos*).....	12
333	Fournier. — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	Gabba. — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	Garnet.—Historia de la Literatura italiana....	9
201	Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito..... ..	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
539	— Justicia y Civilización.....	4
98	Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	Gay.—Los Salones célebres.....	3
345	George. — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	Giddings.—Principios de Sociología..... .	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	Girard.—La Elocuencia ática.....	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286	Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
531	— El Plagio...	8
164	Gladstonne.—Lord Macaulay.....	1
287	Goethe.—Memorias.....	5
538	Gómez Villafranca.—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406	Gonblanc.—Historia general de la Literatura.	6
21	Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
528	— La Clairon	6
543	— La mujer en el siglo XVIII.....	5
206	González.-Derecho usual	5
282-283	Goodnow.—Derecho	

N.º de Catál.º		Pesetas
	administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
564	**Gosse.**—Padre é Hijo: Estudio de dos temperamentos.....	3
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
502	**Guizot.**—Abelardo y Eloísa.....	7
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	9
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
527	— La Sociología y la política.....	4
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedagogía.....	2
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Haussonville.**—La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
565	**Justi.**—Estudios de arte español.....	6
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
322	**Kropotkine.** — Campos, fábricas y talleres.....	
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	**Lagerlof.**—El esclavo de su finca.....	3
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
560	**Larcher.**—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas.....	4
454	**Larcher y Jullien.**--Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.**—Economía política.....	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434	**Lewis-Pattée.** — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
222	**Lombroso.**—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	12
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.	3
563	**Lynch.**—Viaje al Clondic.....	4
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos.....	6
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo.....	3
224	**Manduca.** — Procedimiento penal.....	5
535	**Marie.**—Misticismo y locura.....	5
504-510-522	**Marshall.**—Tratado de Economía política (tres tomos).....	21
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (públi-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	co y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice.	
	— La Paz y la guerra...	8
410	**Martín.**— La Moral en China.....	4
481	**Mattirolo.** — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
375	**Max-Muller.**— La ciencia del lenguaje	8
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**— Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.** —María Estuardo.....	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*).....	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general.	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses..	2
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merkel.**—Derecho penal.	10
229	**Meyer.**—Derecho administrativo.....	4
230-231	**Miraglia.** — Filosofía del Derecho (*dos tomos*).....	15
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros.....	1
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
492	**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres.....	5
544	— Voltaire.....	6
398	**Mouton.** — El deber de castigar.....	4
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**— Sociología jurídica.....	9
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6

N.º del Catál.º		Pesetas
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
350	— Humano, demasiado humano.....	6
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6
490	**Nisard.** — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
497	**Nourrison.**—Maquiavelo	3
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
478	— La guerra y sus pretendidos beneficios....	1,50
473	**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
541	— El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor...	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
	Pepin y Ransson.—La reforma de la Magistratura y el Arte de Juzgar.....	6
483	**Perrot.**—Derecho público de Atenas,.....	4
161	**Picón.**—Ayala	1
549-550	**Piepers.**— La reforma del Derecho (dos tomos).....	10
417	**Potapenko.**— La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	**Prevost Paradol.** — La Historia Universal (*tres tomos*)..	16
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20

N.º del Catál.º		Pesetas
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519.	**Ricci.** Derecho civil (*veinte tomos*)	140
545	**Rocco.** — La Sentencia Civil	4
285	**Rod.**—El silencio	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas	8
415	**Roosevelt.**—New-York	4
523	**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva	6
453	**Rozan.**—Locuciones, proverbios	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*)	13
530	— Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona	6
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres	3
512	**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos	7
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional	9
518	**Sarcey.** Crónica del Sitio de París	6
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*)	30
241	—Fundamentos de la moral	5
465	—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología	4
464	— La nigromancia	3
458	— Estudios de Historia filosófica	4
448	— Eudemonología	5
568	**Schorn.** — El pianista Francisco Listz	7
508	**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio	4
568	**Schorn.** — El pianista Francisco Listz	7
115	**Schuré.** — Historia del drama musical	5
524	— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas	6
401	**Sienkiewicz.** —Orso. En vano	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy	2
320	**Sohm.**—Derecho privado romano	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX	3
256	**Spencer.**—De las leyes en general	8
247	— La moral	7
253	— El organismo social	7
254	— El progreso	7
257	— Etica de las prisiones	8
255	— Exceso de legislación	7
248	— La beneficencia	4
246	— La justicia	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas	9
249	— Las instituciones eclesiásticas	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)	12
250	— Las instituciones sociales	7
343	— Las instituciones profesionales	4
351	— Las instituciones industriales	8
488-489	**Squillace.**—Las doctrinas sociológicas (*dos tomos*)	10
561-562	— Problemas constitucionales de la Sociología (*dos tomos*)	12
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	5
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho	12
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad	9
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)	15
475	**Straffor llo.** — Después de la muerte	3
449	**Stuart-Mill.** — Estudio sobre la religión	4
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva	7
264	— La guerra según el Derecho internacional	4

N.º del Catál.º		Pesetas
266	— Las instituciones primitivas	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil	12
403	**Suttner.**—High-Life	3
106	**Taine.**—Florencia	3
334-468-476-482-487-529.	—Los orígenes de la Francia contemporánea (*seis tomos*)	40
268-269-313-337-347.	—Historia de la literatura inglesa (*cinco tomos*)	34
74	— La pintura en los Países Bajos	3
310	— Notas sobre París	6
107	— Venecia	3
362	— Los filósofos del siglo XIX	6
521	— Tito Livio	4
271	**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho	6
273	— La criminalidad comparada	3
500-506	— Filosofía penal (*dos tomos*)	14
339-360	**Todd.**— El gobierno parlamentario en Inglaterra (*dos tomos*)	15
400	**Tchekhof.**—Un Duelo	1
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia	10
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones	3
7	— El ahorcado	3
71	— El camino de la vida	3
63	— El canto del cisne	3
77	— El dinero y el trabajo	3
10	— El Príncipe Nekhli	3
81	— El trabajo	3
15	— En el Cáucaso	3
52	— Iván el imbécil	3
1	— La sonata de Kreutzer	3
95	— Lo que debe hacerse	3
48	— Los Cosacos	3
90	— Los hambrientos	3
3	— Marido y mujer	3
85	— Mi confesión	3
113	— Mi infancia	3
75	— Placeres viciosos	3
94	— ¿Qué hacer?	3
566	**Tougan-Baranowski.**—Las crisis industriales en Inglaterra	8
294	**Trevelyan.**—La Educación de Lord Macaulay	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*)	14
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales	3
97	— Demetrio Rudín	3
25	— El judío	3
123	— El reloj	3
47	— El Rey Lear de la Estepa	3
8	— Humo	3
139	— La Guillotina	3
16	— Nido de hidalgos	3
80	— Primer amor	3
60	— Un desesperado	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
477	**Vaccaro.**—Bases sociológicas del Derecho y del Estado	9
153	**Valera.** — Ventura de la Vega	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos	12
277	— Novelas y caprichos	3
55	— Ramillete de cuentos	3
82	— Tesoro de cuentos	3
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos	7
338	**Virgilii.**—Manual de Estadística	4
278	**Vivante.**—Derecho mercantil	10
419-420	**Vocke.** — Principios fundamentales de Hacienda (*dos tomos*)	10
551	**Wadleigh Chandler.**— La Novela Picaresca	4
498	**Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos	5
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida	3
325	**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa	9
408	**Wallace.**—Rusia	4
501	**Wentworth.**— Historia de los Estados Unidos	6
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana	12
494	**White.**—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología	8
389	**Whitman.**— La Alemania imperial	5

N.º del Catál.º		Pesetas.
356	**Wilson.** — El Gobierno congresional; Régimen político de los E. U...	5
443	**Willaughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos.....	3
364	**Witt.**—Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos....	7
374	**Wundt.**— Compendio de Psicología.....	9
503	— Principios de Filosofía	9
429	— Hipnotismo y sugestión	2
532	**Zahm.**—Biblia, Ciencia y Fe.....	6
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.....	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (*dos tomos*)	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (*dos tomos*).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
47	— Flaubert.....	1
154	— Gautier	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— La novela experimental..	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (*dos tomos*)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	—Nuevos estuds. literarios	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1

AP
60
E8
año 26
no.307-09

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY